¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos!
(frase atribuida al general PORFIRIO DÍAZ, presidente de México, 1877-1911)

Desde ese día sólo se oyó el grito de "guerra". Y luego siguieron las escenas de sangre y exterminio hasta que llegaron los caballos del norte y pisotearon la sonriente campiña del hermoso valle de México, y los degenerados descendientes de William Penn vinieron a profanar los sepulcros de nuestros antepasados. RAMÓN ALCARAZ

Los graves perjuicios que durante años infirió México a nuestros ciudadanos no han sido reparados; y se han desatendido solemnes tratados… En todo este tiempo hemos realizado mil esfuerzos para lograr la reconciliación. Se agotó nuestra paciencia desde antes de que México cruzara la frontera con Estados Unidos, invadiera nuestro territorio y derramara sangre norteamericana en tierra norteamericana.
Presidente JAMES K. POLK, mensaje al Congreso, 11 de mayo de 1846

Por un mejor entendimiento
entre México y Estados Unidos

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

A pesar de que han pasado 150 años de la dramática invasión norteamericana a México, el hecho de contar con una historia comprensiva de aquel suceso todavía es una asignatura pendiente. En la historiografía mexicana el tema ha quedado relegado junto con el periodo prerreformista, tan mal comprendido. La historiografía norteamericana tampoco le ha dado a la guerra con México la importancia que ésta merece, pero se ha ocupado cíclicamente del tema, sobre todo cuando Estados Unidos interviene en otras guerras internacionales que tanto reviven la euforia nacionalista. La bibliografía de Seymour V. Connor y Odie B. Faulk, *North America Divided. The Mexican War, 1846-1848* (1971), registraba 766 entradas, pero la mayoría de ellas están extraídas de diarios, correspondencia y libros sobre el movimiento expansionista hacia el noroeste mexicano. Desde entonces han aparecido muchas más, aunque la conmemoración parece no haber despertado otro proyecto que la elaboración de una enciclopedia de la guerra a la que le quitarán el insultante título de *guerra mexicana.*

En una primera etapa, en la historiografía norteamericana predominó la interpretación de la guerra como una página en la disputa seccional entre estados esclavistas y abolicionistas o como un canto a las gestas militares. A partir de la enunciación de la tesis de Frederick Jackson Turner sobre la frontera en la historia norteamericana, en la última década del siglo XIX, la guerra pasó a ser un episodio del expansionismo hacia el oeste, fenómeno que inspiraría una gran cantidad de literatura y que dominaría por muchas décadas la historiografía del vecino país.

El aspecto mejor estudiado en torno al suceso, tanto en la historiografía norteamericana como en la mexicana, ha sido el de la historia diplomática. Entre las obras nacionales contamos con la de Luis Zorrilla y la serie documental de Carlos Bosch García. La norteamericana fue más afortunada desde el buen inicio que significó el estudio de George L. Rives, *The U. S. and Mexico, 1821-1848* (1913), seguido del de Fred J. Rippy, *The United States*

and Mexico (1931) y que culminó en la obra que bien puede considerarse como el más completo recuento: *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon and the Mexican War* (1973), de David Pletcher.

Entre las obras generales, del lado mexicano continúan siendo indispensables los *Apuntes para la guerra con Estados Unidos,* escritos contemporáneamente en 1849, y *Recuerdos de la invasión norteamericana,* de José María Roa Bárcena, publicado tres décadas más tarde. A pesar de que en la historiografía se le sigue dando un crédito considerable al libro de Justin Smith, *The War with Mexico* (1919), el de Pletcher lo supera en todos sentidos, aunque ambos autores sean injustos con México y le atribuyan la culpabilidad de la guerra. Pese a que Pletcher no tuvo acceso al archivo de Relaciones Exteriores de México para completar la minuciosa investigación emprendida en repositorios norteamericanos y europeos, pudo consultar una buena cantidad de libros y colecciones bibliográficas nacionales. El impresionante material que acumuló le permitió situar al suceso en el amplio marco de las relaciones atlánticas de 1815 a 1848, mostrando la complejidad reservada a las relaciones internacionales.

El libro de John D. Eisenhower no tiene miras tan amplias. Su interés se centra en la historia militar, un aspecto que se ha tratado en otras obras norteamericanas, pero ahora con un enfoque más accesible al lector común. El autor es militar de carrera y autor de otros libros *(Bitter Woods, Strictly Personal, Allies, Intervention!* y, recientemente, de una biografía de Winfield Scott), lo que le ha dado el oficio necesario para hacer un buen recuento de los dramáticos encuentros bélicos, que ilustra con esquemas sencillos para mejor comprensión del texto. Eisenhower no se concreta a la historia militar, sino que redondea su libro con una reseña general de la política y la diplomacia de los dos países. Esto es loable, aunque —dada la complejidad de la historia mexicana del periodo— en ocasiones acepte interpretaciones harto discutibles y aun datos falsos, un mal que por desgracia es general en la historiografía disponible y del cual somos un tanto culpables los historiadores mexicanos, quienes incluso en tiempos muy recientes lo hemos soslayado, tal vez porque aquellos fueron tiempos de pérdidas e infortunios.

El autor contó con ciertas ventajas al escribir su obra, entre ellas haber crecido cerca de la política, como hijo del ex presidente

Dwight D. Eisenhower, contar con formación militar y la experiencia diplomática de haber sido embajador de Estados Unidos en Bélgica. Todo eso le permite acercarse a los hechos con sensibilidad y empeñarse en comprender otros puntos de vista. Para Eisenhower, la guerra debería merecer una atención especial en la conciencia norteamericana, al margen de la opinión que se atribuya a sus causas, puesto que fue tiempo de pasión, empeño y triunfo para Estados Unidos. El autor, fiel a la historiografía norteamericana reciente, acepta la culpabilidad de Estados Unidos en la guerra, aunque la pondera mediante el juicio de que la desorganización y corrupción mexicanas habían creado un vacío de poder que *inevitablemente* iba a ser ocupado por alguna potencia extranjera. El argumento es discutible y suena a *Real Politick* decimonónica, pero para Eisenhower representa un punto de equilibrio entre dos posiciones norteamericanas extremas ante la guerra: la que él considera que representa el juicio del general y presidente Ulysses S. Grant, testigo de la guerra, quien la calificó de "la guerra más injusta que una nación fuerte haya emprendido contra una más débil"; y la que sostuvo más tarde Justin Smith, para quien "las hostilidades fueron deliberadamente precipitadas por la voluntad de México […] México quería [la guerra], amenazó con ella y dio órdenes para emprenderla".

Algunos de los comentarios de Eisenhower muestran lo difícil que resulta —todavía, a 150 años de ocurrida— comprender el contexto y la complejidad que rodeó aquella guerra. Al final de su obra, acertadamente, concluye que el problema era muy sencillo: "México estaba en el camino del sueño americano del Destino Manifiesto". Para él, la anexión de Texas no fue el detonador de las hostilidades, puesto que ésta se llevó a cabo en marzo de 1845 y la guerra no se inició sino hasta mayo de 1846. Asimismo, comenta que fue por la presencia de un importante ejército en la margen del Río Bravo, es decir, ocupando un territorio que aun "muchos norteamericanos, por lo menos en privado, consideraban mexicano", como se dieron las condiciones para la guerra. Desde luego, esta opinión es imprecisa y acusa un desconocimiento del trasfondo político mexicano. Los políticos y militares mexicanos estaban convencidos, a partir de la independencia de Texas, de la inevitabilidad de la guerra; pero ante la comprometida situación del país —en bancarrota, sin ejército, sin aliados, amenaza-

do por la conspiración monarquista española y por los norteamericanos— no tenían muchas opciones, por lo que destinaron los fondos que pudieron para mejorar al ejército y reforzaron San Juan de Ulúa. Pese a todo, después de la experiencia con Texas, trataban de seguir el consejo del Foreign Office británico: no dar inicio a la guerra a efecto de que Estados Unidos no tuviera justificación para tomar los territorios que deseaba.

Una parte muy débil del libro, como sucede en general con la historiografía norteamericana, es la que se refiere a la colonización e independencia de Texas. El autor afirma que el gobierno de Estados Unidos se mantuvo al margen de los problemas mexicano-texanos entre 1836 y 1845, juicio que pasa por alto las constantes presiones diplomáticas norteamericanas por discutibles reclamaciones o por la cesión de Texas, el reconocimiento de la República texana en marzo de 1837 e incluso la violación a la "neutralidad" declarada por el presidente Andrew Jackson ante la lucha texana —Jackson permitió que autoridades estatales y ciudadanos norteamericanos apoyaran masivamente a los rebeldes—. La neutralidad en sí era discutible, pues la rebelión texana era un problema interno de México, en el que Estados Unidos no tenía por qué entrometerse. Eisenhower acepta la versión norteamericana sobre la colonización e independencia de Texas y pasa por alto la situación privilegiada que se concedió a los texanos, quienes además de concesiones y exenciones sorprendentes gozaron de amplia autonomía, de modo que, hacia 1834, no tenían verdaderos agravios que reprocharle al gobierno mexicano, como ha mostrado el autor alemán Andreas Reichstein *[The Making of the Lone Star*, College Station, Texas A & M University Press, 1989]. Esta visión hace a un lado los móviles anexionistas y los intereses de los especuladores que explotaron el temor de los colonos a la desaparición de la esclavitud, pues aunque se les había exceptuado de la abolición se prohibió la importación de nuevos esclavos; además, la Constitución de Coahuila y Texas había declarado la libertad de vientre, con lo que la desaparición de "la institución peculiar" fue asunto de una generación. La gran culpa de México fue su incapacidad para hacer efectivas sus leyes y defender su extensa frontera.

La parte medular del libro de Eisenhower es el relato de las escaramuzas militares, así como el sencillo y comprensible cua-

dro de la política norteamericana, con sus contradicciones y dobleces, con sus presidentes que ofrecen la paz y al mismo tiempo instigan hostilidades, que pretenden asegurar la paz pero a condición de que se les vendieran enormes territorios. El libro da cuenta de los enfrentamientos entre el mando superior del ejército y el titular del ejecutivo, junto a las luchas políticas entre demócratas y *whigs.* El autor acepta la interpretación de que el presidente James K. Polk prosiguió la guerra con la esperanza de negociar la paz. Es indudable que Polk hubiera preferido evitar la guerra y comprar el territorio deseado para no atizar las tensiones entre el Norte y el Sur y ahorrar los costos materiales de la guerra, pero también lo es que siempre estuvo decidido a arriesgar las hostilidades para obtener los estados de California y Nuevo México.

Los norteamericanos nunca han comprendido por qué un México sin recursos, que sufría derrotas continuas, se negaba a vender los territorios del noroeste y continuaba oponiendo ejércitos improvisados a los victoriosos invasores, y que a pesar de los reveses se negaba a aceptar la pérdida de territorios que "de todas maneras" iba a perder.

La obra nos muestra los recovecos de la personalidad de Polk en su insidiosa conducta para evitar que Winfield Scott asumiera el mando de la guerra, como le correspondía a éste por su jerarquía. Hay juicios del autor sumamente reveladores, como el que señala que las órdenes de Polk a Zachary Taylor, de marchar hacia el Río Bravo y decidir en qué momento se podía considerar que había "estado de guerra" entre los dos países, fueron totalmente anticonstitucionales.

Sorprende también que considere excepcional la victoria de Estados Unidos en vista de que el ejército norteamericano era más reducido. La opinión resulta poco convincente de acuerdo con su propio análisis de las batallas, al parecer basado en las afirmaciones de los partes oficiales norteamericanos, que pudieron haber caído en la exageración para aumentar el brillo de sus armas. El tamaño del ejército mexicano en nómina era de 30 000 hombres, aproximadamente, y estaba desperdigado por todo el territorio, pues había que defender los puertos de ambas costas y la inmensa frontera norte. Al estallar la guerra se engancharon voluntarios y soldados de leva que, por falta de recursos, carecían de la disciplina y el entrenamiento necesarios. Al no contar

con servicios de intendencia, los hombres eran acompañados por las soldaderas, que muchas veces cargaban con hijos, de modo que los movimientos en campaña se volvían un lastre. Además, el ejército mexicano contaba con más oficiales de los necesarios, la mayoría de los cuales estaban lejos de ser profesionales, pues habían logrado ascensos por su participación en los pronunciamientos de 1821, 1823, 1830, 1832 y 1841.

Las características de ambos ejércitos hacen difícil la comparación. Los norteamericanos tenían la desventaja de desconocer el terreno y de carecer de mapas y planos precisos. Sin embargo, contaban con oficiales profesionales, capaces de llevar a cabo un reconocimiento rápido y eficaz del terreno, como lo muestra la elección de lugares apropiados para presentar frente en La Angostura y Cerro Gordo. Más aún, la eventual superioridad numérica del ejército mexicano era un hecho muy relativo, pues se enfrentaba a tropas entrenadas y disciplinadas, dirigidas por profesionales, con buena organización y armamento moderno. Esta última fue la mayor ventaja del ejército invasor sobre el mexicano. La artillería norteamericana era de largo alcance, debido a lo cual hizo estragos en las tropas mexicanas y decidió el resultado de casi todas las batallas. Más bien sorprende que con una artillería anticuada y de tan corto alcance el ejército mexicano hubiera hecho retroceder al norteamericano en La Angostura, lo que explica la frustración que en su momento produjo —y aún produce— la orden de retiro que el Estado Mayor dio durante la noche, para alivio de las tropas de Taylor.

Eisenhower no cuestiona factores que obstaculizaron la defensa eficaz de los mexicanos. Desde luego, se debe subrayar que la bancarrota en que estaba el país había impedido modernizar el armamento del ejército e incluso comprar las municiones adecuadas para las armas que se tenían, pues sin capital líquido sólo se adquirían las que fiaban los usureros a precios exhorbitantes. El federalismo radical fue también un obstáculo; el gobierno federal, sobre cuyas espaldas cayó la responsabilidad de la defensa, carecía de competencia fiscal y debía recurrir al contingente que aportaban los estados, que pocos entregaron, además de que algunos se negaron a cooperar por desacuerdos políticos. El autor destaca el factor que tuvo la evidente desmoralización del ejército mexicano en las derrotas, pero exagera al

atribuirla a una desconfianza "de décadas o quizá siglos", lo que es imposible, dado que el ejército novohispano se había fundado apenas en la década de 1760. Es probable que la desmoralización se debiera al contraste de armamento y de recursos, así como a la necesidad de afrontar, derrota tras derrota, el abandono de heridos, la escasez de alimento, salario y transporte, todo ello sumado a rumores de traición. También sería conveniente recordar que mientras los norteamericanos movilizaron varios ejércitos para atacar por varios flancos de nuestro territorio, el ejército mexicano que luchó en la frontera, Monterrey y La Angostura se vio obligado a desplazarse a Veracruz y después al altiplano.

Como historiador militar, el autor divide la guerra conforme a las dos campañas emprendidas sobre territorio mexicano: la ocupación de las tierras septentrionales y la ruta de Veracruz a México. El relato que hace Eisenhower de las batallas es vívido: gracias a su formación, recrea las dificultades que enfrentaban los ejércitos y la claridad con que los jefes norteamericanos Taylor y Scott las resolvieron, lo cual explica la admiración que le despiertan. Eso sí, reitera la impreparación con que Estados Unidos entró en la guerra con México, "como en tantas otras de nuestras guerras". A ella atribuye la cautela de Scott para emprender la campaña, pues temía la falta de mapas y estudios del terreno.

Los generales mexicanos le merecen algunos juicios duros, pero sin duda trata de ser justo. Analiza certeramente los errores estratégicos de Santa Anna en la batalla que podía haberse convertido en victoria mexicana, la de La Angostura. No sólo critica al veracruzano por agotar demasiado a la tropa antes del combate, sino también por concentrar la defensa en un paso tan escarpado que sólo favorecía al ejército norteamericano.

La obra, como todos los libros de este carácter, contiene errores. Vale la pena anotar algunos ejemplos para que los lectores estén atentos en la lectura, pues se refieren al contexto mexicano. Atribuye directamente a Antonio López de Santa Anna el establecimiento del centralismo y el haber *exilado* a Valentín Gómez Farías en 1834, para instaurarlo (lo cual "ofendió a los liberales en México, Estados Unidos y en dondequiera"). Insiste en que Santa Anna, "en la cúspide de sus poderes", se las arregló para disolver el Congreso y para "ser declarado oficialmente dictador (?)". Todo ello es inexacto. No obstante que los texanos siempre

le atribuyen características de tiranía y dictadura a Santa Anna, éste no logró establecerse sino de 1841 a 1843 y de 1853 a 1855. Tampoco es cierto que, una vez dictador, impusiera las Siete Leyes, origen de la independencia de Texas. El Congreso concluyó la redacción de las Siete Leyes, la primera Constitución liberal centralista, en diciembre de 1836, y se juraron en enero de 1837, nueve meses después de la declaración oficial de independencia texana. Todo ese tiempo, Santa Anna estuvo en Texas, primero luchando y luego encarcelado y con grilletes. El retrato del enigmático y controvertido veracruzano se remite a la opinión de Wilfrid H. Calcott, quien lo consideraba el "Napoleón de Occidente". Este mote e imagen tan repetidos por los historiadores parecen haber sido acuñados por los texanos, pues no están presentes en periódicos y documentos mexicanos.

Entre los detalles que merecen aclararse está que después de la ocupación de la ciudad de México, Santa Anna no renunció al ejecutivo en favor de don Manuel de la Peña y Peña, sino que la Constitución disponía que, al faltar el titular, el presidente de la Suprema Corte de Justicia debía ocupar el cargo. También hay que corregir la idea general —que repite Eisenhower— de que la indemnización era la compensación de los territorios *conquistados durante la guerra;* en su informe al ministro Luis de la Rosa, los comisionados precisaron: "los 15 millones pactados en el artículo XII, y lo que importen las estipulaciones del XIII y el XXIV, son la indemnización más alta que pudimos obtener como resarcimiento de los daños que resiente la república. Disminuida ésta por el acrecentamiento que en territorio adquiere su vecina, *van a pesar sobre menor número de habitantes y sobre un pueblo menos grande las mismas obligaciones que antes tenía, y por consiguiente son ya más gravosas".*

La lectura del libro será de gran utilidad para los interesados en la historia de la infortunada guerra, pues les dará un buen análisis del aspecto militar y del contexto norteamericano que rodeó al suceso. Además, despertará reflexiones sobre algunos puntos olvidados del lado mexicano, como el que gran parte del despliegue del ejército invasor fue financiada con los impuestos pagados religiosamente por los mexicanos, que siempre se resistían a pagarlos a sus propios gobiernos.

JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

Eclipsada por la catastrófica Guerra de Secesión, que estalló apenas 13 años después, la guerra contra México prácticamente ha sido olvidada en Estados Unidos. En el transcurso de los años, a pesar del creciente interés por México, esa guerra es raramente mencionada, y cuando surge como tema, de lo que se habla por lo general es de la forma bastante dudosa en que se llegó a ella. Más específicamente, surge la pregunta: ¿tuvo razón Estados Unidos al enviar a Zachary Taylor al Río Bravo a principios de 1846, lo cual provocó la guerra entre ambos países? Las opiniones varían.

Ulysses S. Grant, por lo menos, estaba seguro de que Estados Unidos no tuvo razón. Más aún, llamó a esa guerra "la más injusta entre todas las que una nación fuerte haya jamás llevado a cabo contra una débil... un caso de una república que sigue el mal ejemplo de las monarquías europeas..."[1]

La afirmación de Grant no fue formulada a la ligera. Sus palabras condenatorias, que figuran en sus célebres *Memoirs,* de 1885, son categóricas. En contraste con la mayor parte del texto, en el que muestra notable serenidad, Grant reitera acaloradamente su desaprobación de la guerra contra México.

No todos están de acuerdo con Grant. Más aún, algunos estudiosos han justificado con igual fervor la conducta de Estados Unidos. El profesor Justin Smith, por ejemplo, sin duda el más acucioso investigador de esta contienda, escribió en 1919: "a decir verdad, las hostilidades se precipitaron deliberadamente por la voluntad y por los actos de México […] México quería [la guerra]; México amenazó con ella; México ordenó que se llevara a cabo". Smith concluye que, cuando México se negó a "aplicar medidas pacíficas" a las diferencias entre ambos países, con cada negativa "hizo justa una causa que antes se consideraba dudosa".[2]

Ahora bien, Justin Smith, a pesar de la minuciosidad de sus investigaciones, no convenció a los historiadores que le siguie-

[1] Grant, *Personal Memoirs of U. S. Grant,* vol. I, p. 53.
[2] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 155.

ron, como Bernard DeVoto, quien califica esos juicios de "persistentemente testarudos",[3] y sin duda alguna en Estados Unidos predomina la opinión de quienes, junto con Grant, consideran que México fue tratado injustamente.

En realidad, la cuestión no es tan sencilla, y las opiniones en torno de esa guerra están matizadas por el papel que desempeñó en el aumento de la animadversión entre los estados del Norte y del Sur de la Unión, lo que, andando el tiempo, desembocaría en la Guerra de Secesión. El Norte temía que creciera el territorio esclavista. A ello se debe que los hechos relacionados con el conflicto que amplió las fronteras de Estados Unidos del Río Bravo hasta el Pacífico hayan quedado subsumidos en la cuestión de la esclavitud.

La supresión en la conciencia norteamericana de acontecimientos como la guerra contra México representa una injusticia contra la historia. Conviene olvidar las guerras como tales, pero el periodo de la que se hizo contra México fue una época importante, una época de agitación, de pasiones, de heroísmo, de amargura y de triunfos. Los hombres respetables se llamaban "traidores" unos a otros; los políticos hablaban sin parar; los voluntarios acudían en tropel a los centros de reclutamiento; los generales disputaban entre sí, se violentaban y tercamente desobedecían las órdenes. El costo en vidas norteamericanas fue abrumador. De los 104 556 hombres que sirvieron en el ejército, tanto en cuerpos regulares como en voluntarios, 13 768 murieron, el índice de muertes más elevado en cualquier guerra de nuestra historia.[4] El periodo que abarca de 1844 a 1848 fue muy significativo, y no es algo que pueda relegarse a un oscuro rincón de la memoria.

Contrariamente a lo que suele creerse, la guerra con México fue apoyada con entusiasmo por la mayor parte de la población, al menos durante el primer año, al final del cual se reclutaron y equiparon los contingentes indispensables. Los voluntarios se alistaron en gran número para rescatar al *Old Rough and Ready* ("Viejo Rudo y Siempre Dispuesto") Zachary Taylor de la amenaza de los mexicanos en el Río Bravo. Como resultado de su memorable serie de victorias, más tarde el mismo *Zack* Taylor fue elegido presidente, honor que sólo se concede a los genera-

[3] DeVoto, *The Year…*, p. 510.
[4] Upton, *The Military Policy…*, pp. 216-218.

les victoriosos en guerras que han contado con el fervor popular. Al terminar la guerra el fastidio y la impaciencia se apoderaron del pueblo norteamericano, pero la desaprobación moral en gran parte sólo la sintieron unos cuantos habitantes de Nueva Inglaterra y algunos colonos provenientes de esa región, establecidos en el medio oeste.

El hecho es que México se resistió al sueño norteamericano del Destino Manifiesto. Si bien este término fastuoso y digno de alabanza se había acuñado recientemente, en 1845, la idea de la expansión hacia el oeste, rumbo al Pacífico, desde mucho tiempo atrás formaba parte de la mentalidad norteamericana. Ya en 1801, cuando Thomas Jefferson tomó posesión como presidente, se había referido a un vasto territorio que proporcionaría "espacio suficiente para nuestros descendientes hasta la milésima y la diezmilésima generación". Jefferson contribuyó en mucho a la realización de ese sueño cuando compró a Napoleón, emperador de Francia, el gran territorio de Louisiana y cuando envió expediciones exploratorias al oeste, primero al mando de Zebulon Pike y posteriormente al de Lewis y al de Clark.

En el transcurso de las cuatro décadas siguientes hubo otras expediciones, y los norteamericanos se dieron cuenta de que existía el "territorio de Oregon",[5] ocupado conjuntamente por Estados Unidos y Gran Bretaña. También se enteraron de las tierras del sudoeste, débilmente controladas por España hasta 1821 y de ahí en adelante por México. Las migraciones de los colonos norteamericanos hacia el oeste ya estaban en camino desde 1844, cuando la anexión de Texas, buscada desde tiempo atrás por la diplomacia norteamericana, se convirtió en un tema candente en todo el país.

Generalmente se da como un hecho que la anexión de Texas a la Unión, finalmente consumada el 4 de julio de 1845, fue la causa de la guerra entre Estados Unidos y México en 1846. En la medida en que la larga guerra fronteriza entre Texas y México influyó en la mentalidad norteamericana, sí lo fue. Pero el acto mismo de la anexión fue un asunto artificioso, e incluso después de la anexión se pudo haber evitado la guerra. Es verdad que

[5] Incluía los actuales estados de Oregon, Washington y Idaho, así como pequeñas partes de Montana, Wyoming y Canadá.

México nunca reconoció el "tratado" de Velasco (1836), en el que el presidente mexicano Santa Anna, prisionero de los texanos, aceptaba la independencia texana; pero a partir de ese momento Estados Unidos y la mayor parte de las naciones europeas reconocieron a Texas como nación soberana, aunque por razones internas ningún gobierno mexicano podía conceder dicha independencia. Así las cosas, el gobierno mexicano rompió relaciones con Estados Unidos en 1845, cuando el Congreso declaró la anexión, pero la guerra todavía tardó un año en estallar. Para ese entonces el ejército de Taylor estaba en el Río Bravo, ocupando un territorio que muchos norteamericanos, al menos en privado, consideraban mexicano.

Durante nueve años, entre la batalla de San Jacinto y la declaración de Estados Unidos de la anexión de Texas, el gobierno norteamericano siempre mantuvo una actitud neutral ante Texas y México. Sin embargo, el pueblo norteamericano no compartía esas reservas. Simpatizaba abiertamente con los emigrados anglosajones a quienes entonces consideraba texanos; por ello suministró armamento al ejército de Sam Houston y, aun cuando hubo actos de brutalidad de ambos contendientes, se puso del lado de la versión texana en cualquier cuestión controvertida. El resultado fue que en la opinión pública norteamericana aumentó gradualmente el antagonismo contra México como nación. Al pueblo mexicano llegó a considerársele poco menos que "civilizado", y que no merecía los derechos que por lo general se concedían a los europeos. Por consiguiente, no debe sorprender que se facilitara la racionalización de los actos injustos cometidos contra México.

Los estudiosos consideran hoy que México tuvo un destino triste, pues su pueblo fue, a la vez, víctima de su historia y del expansionismo yanqui. Ahora bien, no hay por qué agravar ese lamentable destino exagerando en demasía lo vergonzoso del proceder de Estados Unidos, porque la desorganización, la corrupción y la debilidad de México crearon un vacío de poder que inevitablemente habría de ser ocupado por algún invasor: si no Estados Unidos, lo hubiera hecho Inglaterra, o, menos probablemente, Francia, e incluso Rusia, si bien esto parecía improbable. La urgencia norteamericana por ocupar California, por ejemplo, se debió más al temor por la acción británica que a lo que

México podía hacer. Después de todo, se hablaba de una posible guerra entre Estados Unidos y Gran Bretaña a causa del territorio de Oregon, al norte de California. La debilidad de México provenía de casi tres siglos de gobierno autocrático español y de su propia y devastadora Guerra de Independencia, no de las acciones que Estados Unidos llevó a cabo.

Puede ser útil, al llegar a este punto, presentar al lector una secuencia de carácter general sobre los hechos de la guerra contra México. Igual que en muchas otras de nuestras guerras, Estados Unidos emprendió ésta lamentablemente mal preparado, al grado de que muchos mexicanos esperaban obtener una fácil victoria. Sin embargo, los rápidos triunfos de Taylor en el Río Bravo alejaron la ya cercana amenaza de México contra Texas. Por lo tanto, Estados Unidos tuvo tiempo para movilizar, equipar y entrenar un ejército de civiles. Haciendo a un lado su renuencia anterior, el Congreso proporcionó afanosamente dinero y voluntarios, aguijoneado por una opinión pública ansiosa y movido por el anuncio de que "en suelo norteamericano se había derramado sangre norteamericana". Tocó entonces al presidente decidir cómo iban a ser utilizados tales recursos.

Es importante advertir que, desde el principio y hasta el final, el presidente Polk llevó adelante la guerra sin perder la esperanza de lograr una paz negociada. Para salvar vidas de norteamericanos y evitar herir más de la cuenta el orgullo de México, Polk inicialmente sólo se propuso alcanzar objetivos militares limitados. Al principio esperaba que la ocupación de las provincias mexicanas más septentrionales, a la que se uniría la falta de voluntad por parte de México, haría que ambas naciones se sentaran a la mesa de negociaciones. Por ello Polk envió a Taylor desde el Río Bravo hasta Monterrey, y ordenó al general John E. Wool que se trasladara de Texas a Chihuahua y al coronel Stephen W. Kearny que de Misuri fuera a Santa Fe (Nuevo México) y posteriormente a California. Con la ocupación de esos territorios, aventuró Polk, quizá sería suficiente.

Sin embargo, ese plan fracasó porque subestimó el orgullo y la determinación del pueblo mexicano y su odio por lo gringo. Consiguientemente, Polk remplazó la mencionada estrategia limitada con una empresa de mayor envergadura, con una expe-

dición cuya finalidad sería apoderarse de la capital de México, precedida por un desembarco anfibio en el puerto de Veracruz. Sólo tomando la ciudad de México, concluyó Polk muy a su pesar, la fuerza militar podría poner de rodillas a México.[6]

La estrategia funcionó, pero el camino estuvo lleno de dificultades y peligros. El precio por ocupar Monterrey, Saltillo, Santa Fe, Los Ángeles, San Francisco y, más tarde, la ciudad de México fue muy alto, como muestran las estadísticas.

Quien visita México —por lo menos, a mí me pasó— se desconcierta cuando trata de imaginarse cómo fue posible que el pequeño ejército de Winfield Scott (sólo 6 000 hombres entraron a la ciudad de México en septiembre de 1847) haya podido conquistar una nación de tan vasto territorio, poblado en aquel entonces por siete millones de habitantes. La verdad, por supuesto, es que las huestes de Scott no hicieron tal cosa. Al principiar la ocupación de la capital, Scott tuvo dificultades para mantener el orden en sus límites reales, e incluso, cuando durante los meses siguientes recibió 24 000 hombres de refuerzo, sólo fue capaz de mantener abierta la línea de abastecimientos que lo comunicaba con la costa y apoderarse de las ciudades de México, Veracruz, Tampico, Cuernavaca, Pachuca y Toluca.[7] (Las últimas tres ciudades se hallan a menos de cien kilómetros de la capital.)

Por otra parte, Scott controló con firmeza los lugares de México que importaban, y pudo continuar haciéndolo indefinidamente a pesar de la política norteamericana. Esta ocupación resultaba insoportable para México. La capital no sólo era el principal centro de la política y del comercio del país; también constituía el alma de toda la nación. Añádase que Veracruz era el puerto principal, la ventana de México al exterior. Y como Estados Unidos estaba dispuesto a pagar 15 millones de dólares por los territorios del Norte, sobre los que ya ejercía un control absoluto, los términos del Tratado de Guadalupe Hidalgo, de 1848, parecieron razonables en opinión de los mexicanos sensatos, y la úni-

[6] Los aficionados a la milicia notarán las semejanzas superficiales entre esta evolución de la estrategia y la que se adoptó en Europa durante la segunda Guerra Mundial. Las provincias del norte de México corresponderían al norte de África, mientras que Veracruz sería la contraparte de Normandía.

[7] Ripley, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 575-577.

ca forma de liberarse de la ocupación yanqui. Ahora bien, por ningún concepto podría decirse que Estados Unidos había "conquistado" totalmente a México.

Mirando hacia atrás, se siente uno tentado a considerar el resultado de la guerra contra México como un final inevitable y a calificar de fácil la ininterrumpida serie de victorias norteamericanas. Pero las cosas no fueron así. El éxito de las fuerzas norteamericanas constituyó una hazaña notable. Considerando las enormes distancias, la lentitud de los transportes, la escasez de los recursos locales y la amenaza de virulentas enfermedades, resulta extraordinario que Taylor y Scott hayan logrado siquiera llegar al escenario de sus victorias, y luego hacer frente a las fuerzas mexicanas.

Hoy en día es difícil imaginar la pesadísima lentitud de una expedición a través de todo un país en los años cuarenta del siglo XIX. Se requerían unos dos meses para que un mensajero llevara un despacho de la ciudad de México a Washington y regresara con la respuesta. El transporte de suministros se hacía exclusivamente a fuerza de músculos. Hacían falta 20 bueyes para tirar de una pieza grande de artillería. Miles de animales, que requerían agua y forraje, eran necesarios para mover por tierra un ejército, aunque fuera pequeño. Y como se sabía poco en materia de salubridad, las enfermedades eran los peores enemigos. Los soldados con experiencia reconocían alguna relación entre la limpieza y las enfermedades (recuérdese el menor índice de muertes entre los disciplinados contingentes regulares, en contraste con lo que pasaba entre los meramente voluntarios). Pero no se identificaban las verdaderas causas: agua contaminada, insectos, etc. Las tropas de base acampadas en Veracruz, por consiguiente, andando el tiempo corrieron mayor peligro que los soldados que luchaban en el frente.

Factores logísticos, por lo tanto, restringían la fuerza que Estados Unidos podía trasladar a tal o cual punto del interior del país. Con el número de sus efectivos limitado de tal forma, las tropas norteamericanas fueron numéricamente inferiores en todas las batallas. Los hombres de Taylor y Scott estaban mucho mejor organizados, disciplinados y motivados que sus homó-

logos mexicanos, pero en algunos casos, como en Buena Vista, la superioridad numérica mexicana era tan grande que las fuerzas norteamericanas inevitablemente habrían sido diezmadas si no hubieran contado con armamento superior y con la habilidad para emplearlo.

No es menospreciar la pretensión de la infantería de ser la "reina de las batallas" si se reconoce que la artillería de campaña fue para los norteamericanos la diferencia entre victoria y derrota. La infantería de los dos bandos contaba más o menos con los mismos mosquetes de chispa y de percusión que disparaban postas o balas, de tan poca utilidad en distancias de alguna consideración que, según Grant, "un soldado podría estar disparándote todo el día sin que siquiera te enteraras".[8] En la artillería la situación era muy diferente. La de Estados Unidos tenía mayor alcance que la mexicana y sus proyectiles eran mucho más mortíferos. Al contrario de la artillería mexicana, que sólo disparaba un proyectil compacto, en el arsenal norteamericano había metralla de dos tipos,[9] uno de los cuales era más flexible porque se podía variar la cantidad de sus municiones, pero ambos eran letales. Además, los artilleros norteamericanos habían perfeccionado técnicas para quitar el armón de los cañones y disparar rápidamente. Al menos en materia de artillería, el ejército de Estados Unidos estaba a la altura de cualquier otro en el mundo.

Si bien cualquier aspecto de la guerra contra México es de interés, el más fascinante es la galería de personajes que participaron en ella: un grupo de individuos pintorescos, ególatras y audaces. La década de 1840 era la época de lo individual, en la que no existía el burócrata anónimo, sin rostro propio. Así, los ejércitos de ambas naciones se caracterizaban por sus conflictos intestinos mucho más que por la noble unidad de sus propósitos. Los comandantes de uno y otro bandos desobedecían las órdenes, y justificaban sus actos de insubordinación basándose en los "cambios de situación". Por supuesto, la distancia a que se hallaba el

[8] Grant, *op. cit.*, vol. I, p. 95.

[9] El primero se denominaba *canister* (bote de metralla); estaba formado por un cilindro de estaño con su correspondiente carga de pólvora y municiones pequeñas. El segundo, *grape,* era un "mazo" de balas entre dos bloques de madera denominados *sabots* (Lester R. Dillon, *American Artillery in the Mexican War,* p. 14).

cuartel general explicaba, hasta cierto punto, la incapacidad de los jefes locales para obedecer las instrucciones al pie de la letra, pero a menudo esta consideración servía para disculpar más de lo necesario la libertad de acción en el lugar de los hechos.

Zachary Taylor, por ejemplo, justificó su toma de posición tan precaria en Buena Vista alegando que Scott y otros jefes, que le habían ordenado retirarse a Monterrey, estaban demasiado lejos para poder apreciar la verdadera situación. En California, Robert F. Stockton argumentó que el cambio de situación justificaba su desacato a la orden presidencial que designaba como gobernador a Stephen W. Kearny. A veces, sobre todo del lado mexicano, en casos de insubordinación no se presentaba disculpa alguna. Esto sucedió cuando Valencia desafió una y otra vez las órdenes de Santa Anna de que se retirara de Contreras. (Como consecuencia, después de la derrota, durante algún tiempo la "esperanza de vida" de Valencia dependió de que se mantuviera lejos de Santa Anna.) La sumisión servil a la autoridad no era característica de aquel tiempo.

Debido al idioma, al tiempo transcurrido y, sobre todo, a la escasez de obras mexicanas sobre esta guerra, esta historia es narrada en buena parte desde el punto de vista norteamericano. Por lo tanto, los personajes descritos con más fuerza son los norteamericanos. Entre los mexicanos —Santa Anna, Arista, Ampudia y Gómez Farías— sólo destaca Santa Anna, líder tan lleno de defectos como casi indispensable. Ambicioso, enérgico, inteligente y falto de principios, Santa Anna dominó a tal grado la política y los asuntos militares de su país desde 1829 hasta la guerra México-Estados Unidos (e incluso posteriormente), que las otras figuras parecen significativas sólo en la medida en que influyeron en su destino. Únicamente Valentín Gómez Farías, liberal e idealista, dos veces vicepresidente de Santa Anna, demostró tener fuerza por derecho propio. Por desgracia para México, los objetivos de Gómez Farías en materia de política nacional no tenían relación con los intereses militares de su país.

Entre los norteamericanos, los "tres grandes" son, por supuesto, el presidente James K. Polk y los generales Winfield Scott y Zachary Taylor. Con diferentes trayectorias, acabaron juntos. Poco antes de 1844, cuando comienza esta historia, Polk no ocupaba ningún puesto público, y se dedicaba a la abogacía y a la

política en Columbia, Tennessee. Scott, como general en jefe del ejército de Estados Unidos, dividía su tiempo entre Washington y West Point, donde periódicamente establecía su cuartel general. Taylor era un soldado-hacendado que combinaba sus deberes militares con la agricultura a lo largo del Río Misisipi, gracias a la generosa cooperación de un ejército comprensivo. Otros personajes prominentes —el senador Thomas Hart Benton, los comodoros Robert F. Stockton y David E. Conner y los generales Stephen W. Kearny, William F. Worth, David E. Twiggs y Gideon J. Pillow— se dedicaban a sus respectivas carreras. Cuando sobrevino la guerra, cada uno hizo su aportación de una manera personal, a menudo individualista.

En lo relativo a lo meramente militar, quienes estudian la guerra contra México se sienten inclinados a establecer comparaciones entre Winfield Scott y Zachary Taylor. Ahora bien, estas comparaciones realmente resultan ociosas, porque cada uno de esos generales enfrentó circunstancias bastante diferentes.

Taylor era, con mucho, el más popular, el favorito tanto de los soldados como del público. Tosco, campechano, franco, modesto (en un principio), Taylor conquistó el respeto y a menudo la adulación de sus subordinados. Profesionales como U. S. Grant y George G. Meade lo admiraban; Oliver O. Howard (más tarde famoso en Gettysburgo) casi lo veneraba. El electorado político sólo vio en él las cualidades. Los oficiales del ejército por lo general lo consideraban casi ideal para las funciones que desempeñaba. Su valor tuvo más peso que la creciente insubordinación con que después actuó frente a sus jefes políticos. Los historiadores de la política, quizá influidos por su actuación cuando ocupó la presidencia, se inclinan a restarle méritos, pero para mí es digno de admiración.

La competencia militar de Winfield Scott, por contraste, impresiona a cualquier investigador de esta guerra. Scott no sólo visualizó la expedición a Veracruz —muchos hicieron otro tanto— sino que la llevó a cabo. Calculó las fuerzas necesarias, proyectó la logística, supervisó detalles como el diseño de los *surfboats* (botes para sortear las marejadas fuertes), coordinó las operaciones con la armada, participó en un sitio y en cinco enconadas batallas, y ocupó la ciudad de México a los siete meses de haber

desembarcado en Veracruz. Scott superó enormes obstáculos. Sus oficiales de mayor rango fueron, por mandato de un presidente de mentalidad política, no tanto militares profesionales como voluntarios "reacondicionados". En su ejército escaseaban la artillería pesada y los transportes terrestres. Su avance se detuvo en Jalapa, a pocos kilómetros de la costa, cuando expiró el periodo de servicio de casi todos sus voluntarios. Para hacer frente a la imposibilidad de obtener en Veracruz suministros para su tropa, Scott se sintió obligado a aislarse de su base de abastecimiento. Sin perder tiempo esperando lo que dispusiera Washington, avanzó audazmente y, a pesar de algunos errores tácticos, tomó la ciudad de México aprovechando los recursos locales. Los expertos militares, entre ellos el duque de Wellington, fascinados por la empresa, al principio vaticinaron el fracaso de la campaña mexicana de Scott, pero acabaron prodigándole alabanzas.

Sin embargo, Winfield Scott, quizás el soldado más capaz de la historia norteamericana, nunca ha recibido el crédito debido. En cierta forma, la fama que merecía tuvo la misma suerte de la guerra en que combatió, y pronto quedó en el olvido. Por otra parte, es un hecho que su personalidad contribuyó a su eclipse histórico. Su manera de ser, imperiosa, dominante, le granjeó enemigos encumbrados. Su ego a menudo lo hacía parecer ridículo ante la prensa y ante el público; el desdén con que hablaba a sus superiores lo hacía insufrible. Entre esos superiores el principal era el presidente Polk, quien siempre buscó la forma de rebajarlo.

Desafortunadamente, la personalidad de Scott también dividió a su propio ejército, circunstancia que desfiguró la grandeza de su campaña. Poco después de la ocupación de la capital mexicana, tres de los principales oficiales de Scott fueron arrestados por sus injustificados esfuerzos por degradarlo. Resulta difícil imaginar que esos actos de deslealtad hubieran podido presentarse entre los oficiales de Zachary Taylor.

El hecho es que esos dos generales —Taylor y Scott— representaron papeles diferentes. Quizás a ninguno de ellos le habría ido muy bien en las circunstancias del otro.

La reputación del presidente James Polk entre los historiadores como entre el público no anduvo bien durante varios decenios

después de dejar el poder, en parte debido a su poco simpática personalidad, pero también por los prejuicios de los historiadores del Norte, quienes lo asociaban con el fomento de la esclavitud. Las personas del medio castrense a menudo se sienten ofendidas por el desprecio que Polk manifestó a los militares en general y a Scott en particular. Además, la reserva con que procedía Polk a menudo fue causa de amargo resentimiento, especialmente la forma tan cuestionable como presentó al Congreso "una guerra ya en marcha". Ese incidente, con el cual Polk dejó sin opciones al Congreso en lo referente a la guerra o la paz, frustró a muchos *whigs,* de cuyas filas provinieron durante las siguientes décadas la mayor parte de los historiadores, y dio origen a este mote: Polk *el Mendaz.*

No obstante, ya en épocas modernas, el creciente atractivo de los presidentes "fuertes" y manipuladores ha elevado en la opinión de algunos historiadores el prestigio de Polk. Estas modas suelen cambiar, pero sea cual fuere el destino que espera a Polk en manos de los eruditos, hay que admirar su determinación. A pesar de sus argucias y de su absorbente obsesión por la política de partido, fue un mandatario eficiente. Polk no inventó aquello del Destino Manifiesto, pero fue su ejecutor ideal.

El aspecto general de las relaciones entre México y Estados Unidos excede los límites del presente libro. No obstante, los efectos de la guerra contra México sobre esas relaciones fueron mi preocupación constante mientras lo escribía. Espero que este esfuerzo ayude a valorar esa guerra como un hecho histórico significativo.

ANTECEDENTES

I. PRELUDIO
Noviembre de 1844

El viernes 15 de noviembre de 1844, aunque ya estaba oscureciendo, el general Robert Armstrong decidió quedarse en su despacho un poco después de la hora de cerrar. Armstrong, administrador de correos en Nashville, Tennessee, habitualmente regresaba a su casa a las seis de la tarde. Sin embargo, ese día tenía una razón especial para no salir a la hora de costumbre: posiblemente llegaría un mensajero portador de las últimas noticias sobre las elecciones presidenciales.

Armstrong andaba de humor sombrío. Veterano de la guerra de 1812, amigo cercano y protegido del general Andrew Jackson, aún no digería el hecho de que Tennessee hubiera repudiado, poco antes, al candidato presidencial que Jackson apoyaba, el demócrata James K. Polk. Este rechazo constituía un golpe serio, pues para *el Viejo Hickory* [Jackson] tenía un significado especial la candidatura de este antiguo y fiel partidario suyo. A lo largo de su vida pública, durante la cual había sido presidente de la Cámara de Representantes y gobernador de Tennessee, Armstrong había sido tan entusiasta seguidor de Jackson, que a menudo se le llamaba *el Joven Hickory*.

La desilusión derivada de la derrota de Polk en Tennessee se hacía más honda por el hecho de que la diferencia en el número de votos había sido extremadamente pequeña: de sólo 113. Pero ya no habría un recuento de votos; Jackson, *el Viejo Héroe,* no viviría para presenciar otras elecciones. De avanzada edad, debilitándose más y más, esperó la muerte en el Hermitage, a 19 kilómetros al este de Nashville, viendo cómo su amado Tennessee perdía el favor del Partido Demócrata.

Por lo demás, la pérdida de Tennessee en una elección tan disputada no decidió por sí misma el resultado de los comicios. Las cifras de casi todos los demás estados estaban tan equilibradas entre Polk y Henry Clay, el candidato de los *whigs,* que ya todo dependía de lo que sucediese en Nueva York.

La paciencia de Armstrong tuvo su recompensa. Ya estaba a punto de retirarse cuando oyó que se acercaba a galope tendido un caballo, y enseguida entró un mensajero con un paquete postal. Pronto encontró Armstrong lo que deseaba y, al abrir el sobre, literalmente saltó de alegría. Minutos después otro jinete se lanzaba a recorrer los 65 kilómetros del camino a Columbia, donde se hallaba esperando el mismísimo Polk.

Al amanecer, el candidato demócrata recibió este mensaje al abrir la puerta de su casa: "¡Gloriosas noticias! ¡Nueva York es suyo!" Polk guardó el mensaje, y durante el resto del día recorrió a pie la ciudad sin revelar a nadie que había sido elegido presidente de Estados Unidos.

La elección de 1844 tenía una especial importancia: representaba mucho más que escoger a un candidato: era también un referéndum sobre la cuestión de si se anexaba o no a Estados Unidos la República de Texas, que ocho años antes se había separado de México. Si se daba un paso más, el decreto sobre la anexión de Texas sin duda provocaría un conflicto serio con México.

Cuando los votantes norteamericanos colocaban a James Polk en su cargo, Antonio López de Santa Anna, presidente de México y archienemigo de Texas, viajaba pesarosamente a la ciudad de México, agobiado por muchos problemas. El pueblo mexicano, sin excluir a sus más próximos partidarios, se había hartado de él, y ahora, al finalizar el tercer año de su segundo periodo en la presidencia, Santa Anna se hallaba a punto de ser nuevamente derrocado. Como era su costumbre cuando ocupaba el poder, se había arrogado cada vez mayor autoridad y consentido un ceremonial excesivamente costoso, empeñado en continuar una guerra sin esperanza para reconquistar el perdido estado de Texas y descuidando sus deberes en muchos otros aspectos.

Pero los dispendios, la falta de juicio y la negligencia no eran inusuales en la forma como Santa Anna manejaba sus asuntos. Su permanencia en el poder ahora corría peligro porque se le acusaba de haber cometido dos pecados imperdonables: olvidarse de quienes lo habían llevado al poder y, lo más terrible para el modo de ver las cosas del mexicano, no había respetado la memoria de su esposa, doña Inés de Santa Anna, quien había sido muy

Mapa
La elección de 1844
demócratas *whigs*
Golfo de México Océano Atlántico

querida por el pueblo. Doña Inés había muerto de pulmonía en el mes de agosto anterior, y durante su larga enfermedad Santa Anna la había remplazado por María Dolores de Tosta, de 15 años de edad. Acabó de enfurecer al pueblo el hecho de que Santa Anna se hubiera casado con María Dolores sólo mes y medio después de la muerte de su esposa.

Al llegar a la ciudad de México, Santa Anna encontró una situación política aún más grave de lo que había imaginado. El general Mariano Paredes, a veces aliado y a veces rival suyo, habiendo decidido poco antes desafiar a Santa Anna, entró con 4 000 hombres en Querétaro, ciudad ubicada al noroeste de la capital. Santa Anna, subestimando todavía sus problemas políticos a pesar de las evidencias, resolvió encargarse de Paredes con sus fuerzas. Salió de la capital el 22 de noviembre, dejando a Valentín Canalizo, su suplente en la presidencia, a cargo de la lucha contra la oposición política.

Las cosas fueron de mal en peor. Santa Anna no logró acorralar a Paredes y luego se enteró de que todo se le había venido abajo en la ciudad de México, donde las tropas se rebelaron y pronto un empobrecido pueblo desfogó su ira. Derribaron la estatua que Santa Anna se había erigido a sí mismo, y penetraron al Teatro Santa Anna, donde el director se vio obligado a cambiarle de nombre para evitar su destrucción. Además, supremo insulto, abrieron el nicho donde Santa Anna había colocado su pierna amputada, y arrastraron por las calles esta reverenciada parte de su anatomía. Por último, el Congreso depuso a Santa Anna y a Canalizo, y nombró presidente sustituto al hasta entonces jefe de la asamblea, el general José Joaquín de Herrera.

A principios de enero de 1845 Santa Anna reconoció su derrota, y resolvió abandonar a su ejército, aconsejando a sus miembros que se sometieran a Herrera:

> ¡Compañeros de armas! Con orgullo padecí la pérdida de un importante miembro de mi cuerpo, perdido gloriosamente al servir a nuestra tierra natal, de lo cual algunos de vosotros fuisteis testigos. Ahora ese orgullo se ha convertido en dolor, tristeza y desesperación. Habéis de saber que esos despojos mortales fueron arrancados con violencia de su urna funeraria, previamente violada, y que fueron arrastrados y escarnecidos en la vía pública… Conozco vuestro asombro y sé que os sentiréis avergonzados. Tenéis razón. Excesos así no se conocían

> entre nosotros. ¡Amigos míos! Obedeciendo al destino voy a abandonaros. Allá, en tierras extranjeras, os recordaré. Ojalá siempre seáis sostén y ornato de nuestra nación… ¡Que Dios esté con vosotros![1]

Con todo, Santa Anna aún abrigaba esperanzas en lo relativo a su libertad personal. Salió acompañado de una pequeña escolta de caballería por la Carretera Nacional, confiando en que podría llegar sin contratiempos a Veracruz, en el Golfo de México, de donde partiría al exilio. Sin embargo, pronto comprendió que su pequeña escolta jamás podría defenderlo contra la ira popular, por lo que, como último recurso, se disfrazó de arriero, y siguió adelante en compañía de sólo tres ayudantes. Comenzaron a aparecer indios sospechosos, y los ayudantes pronto se esfumaron en el monte. Su pierna de palo impidió que Santa Anna los siguiera, y además no tardó en revelar su identidad. Pudo salvar la vida sólo porque un sacerdote comenzó a tocar la campana de la iglesia. Las ceremonias religiosas pacificaron a los indios, quienes entregaron su presa a las autoridades correspondientes.[2]

A mediados de enero de 1845, Santa Anna ya estaba preso en el Castillo de Perote, desde donde enviaba peticiones a un Congreso que le era adverso, mientras sus acreedores no dejaban de asediarlo. Con el tiempo se calmó la agitación en la ciudad de México, y el 3 de junio de 1845 el ex dictador, condenado al destierro de por vida, recibió el permiso para que, acompañado por su joven y aturdida esposa y un pequeño séquito, se embarcara en Veracruz con destino a La Habana.

El enemigo jurado de la anexión de Texas a Estados Unidos se había arruinado. Nunca más volvería Santa Anna a imponer condiciones en la política mexicana.

[1] Santa Anna, *The Eagle…*, p. 55.

[2] Bancroft, *History of Mexico,* vol. 5, p. 277, citado por Calcott, *Santa Anna…*, p. 215.

II. LA ERA DE SANTA ANNA
1810-1844

Antonio López de Santa Anna ha sido llamado "el enigma que México una vez tuvo". El calificativo no constituye una exageración, pues la historia mexicana, a partir de la independencia (1821) y hasta 1844, estuvo inextricablemente ligada a los altibajos de la carrera de este personaje. Sería tan difícil entender a México sin Santa Anna durante esos años como comprender a la Francia de 1796 a 1815 sin Napoleón. No obstante, no es nada fácil seguir paso a paso la trayectoria de Santa Anna debido a que estuvo llena de acontecimientos. Al parecer, este hombre incansable y enérgico se vio envuelto en una revolución de cualquier tipo casi año tras año durante su primera época y, ya establecido como la figura central de México, rara vez ejerció su poder político durante un largo periodo, por lo que sólo es posible examinar, superficialmente, los puntos culminantes.

Muchos han denigrado a Santa Anna, en especial aquellos mexicanos que condenan lo que pasó en su país durante la primera mitad del siglo xix. Con todo, sería difícil encontrar a alguien que pudiera representar mejor a su país que Santa Anna, si se piensa en la confusión y en la pobreza que azotaron en aquellos tiempos a esa desafortunada nación. Otros más sensatos que Santa Anna carecían de su capacidad para influir en las masas. Y ningún otro dirigente estaba dotado de la energía y de la imaginación que Santa Anna mostró. Fue, a pesar de sus defectos, el mejor dirigente que México pudo producir en aquellos tiempos.

Sin duda alguna, saltan a la vista las deficiencias morales de Santa Anna. Era un consumado oportunista que nunca vaciló en manipular a la masa ignorante, utilizando su magnetismo personal en provecho propio. Celoso nacionalista, jamás declinó en su dedicación a enaltecer a México, pero al mismo tiempo fue inestable, estaba ávido de riquezas y era en extremo vanidoso.

Se ha dicho que Santa Anna era un aristócrata, lo cual no corresponde a la realidad. Su inclinación a la pompa y al aparato

provenía de actitudes que aprendió de joven en el ejército español. Era populista por naturaleza, abiertamente mujeriego, y muchas de sus aficiones, como las peleas de gallos y las juergas, eran más bien características del pueblo bajo que de la muy discreta aristocracia.

Por desgracia —ésta era una de sus peores fallas—, Santa Anna carecía de preparación para las responsabilidades a las que tuvo que enfrentarse en su espectacular carrera. No realizó estudios militares en forma; adquirió su oficio en calidad de aprendiz; fue una especie de subproducto del oficial español. La carrera de Santa Anna no fue causa sino síntoma de los males que aquejaban a su país.

Santa Anna se crió en Jalapa, una pequeña y agradable ciudad cercana al puerto de Veracruz. Encajada en las estribaciones orientales de la Sierra Madre, Jalapa no padece ni el calor ni, en aquel tiempo, las enfermedades prevalecientes en las tierras bajas próximas al Golfo de México. El padre de Antonio era un respetado agente hipotecario veracruzano. Su familia era originaria de México, de ascendencia en su mayor parte, pero no totalmente, española.

En el ambiente mexicano de principios del siglo XIX reinaba la inquietud. Los privilegios de que gozaban la Iglesia católica y el ejército llegaban a lo excesivo, y el pueblo vivía en la miseria; los rumores de rebelión contra la corona española, a la que se consideraba culpable de la situación, comenzaban a oírse. Las fuerzas militares encargadas de mantener el orden en la Nueva España estaban integradas en su inmensa mayoría por gente nacida en México (sólo unos cuantos oficiales eran españoles), y se hallaban dispuestas a acoger en su seno a jóvenes inquietos y ambiciosos como Santa Anna. Como su padre no quiso ayudarlo, Santa Anna se las arregló para conseguir en 1810 una plaza de cadete en el ejército español y fue asignado a la guarnición de Veracruz. Tenía entonces 16 años de edad.

El principio de la carrera militar de Santa Anna coincidió con el primer auténtico levantamiento mexicano contra la autoridad española, el de Miguel Hidalgo y Costilla, y su regimiento pronto fue enviado para que ayudase a reprimir la rebelión. A fines de 1813, Santa Anna, de 19 años, ya tenía en su haber vari-

os hechos de armas en los que se había lucido. Había participado en acciones para someter a las primeras oleadas de inmigrantes norteamericanos que llegaron a Texas, quienes ya entonces desafiaban a las autoridades españolas.[1]

Las impresiones que esa primera campaña dejó en el joven Santa Anna fueron decisivas. A este respecto dice Wilfrid H. Calcott, uno de sus biógrafos:

> La campaña enquistó en la mente de Santa Anna… dos ideas que andando el tiempo le costaron caro. Una, que el terror constituía la mejor forma de habérselas con los rebeldes de Texas; la otra, que tales rebeldes luchaban mal y podrían ser derrotados sin dificultad por las tropas mexicanas.[2]

Para entonces Santa Anna ya se había metido en dificultades. Fue condecorado por su valor en la campaña de San Antonio, pero también fue encontrado culpable de malversar 300 pesos del comedor de su unidad. Durante algún tiempo su carrera quedó en suspenso, hasta que los cargos fueron retirados cuando las autoridades españolas vendieron todas las pertenencias personales de Santa Anna para cubrir la suma que aún quedaba pendiente.

En 1821 México por fin se independizó de España. Esta revolución, al contrario de las encabezadas por Hidalgo y José María Morelos (ambas reprimidas en forma brutal), tuvo éxito porque no provino del pueblo sino del descontento de jefes militares que, como sus soldados, eran mexicanos por nacimiento. Un alto oficial del ejército español, Agustín de Iturbide, simplemente hizo a un lado su juramento de lealtad a España y proclamó el Plan de Iguala, que declaraba la independencia de México. Cuando se le unió Vicente Guerrero, un auténtico revolucionario, la devastadora guerra de independencia ya había terminado.

En esa época Santa Anna tenía 26 años y era jefe de un considerable cuerpo militar. Su formación inicial, sin embargo, era la de un realista, y tardó en sumarse a los revolucionarios, pero en cuanto supo que numerosas fuerzas rebeldes se acercaban a donde estaba acampado su contingente, sin el menor escrúpulo, al punto cambió de chaqueta.

[1] Calcott, *Santa Anna…*, pp. 10 y 11.
[2] *Ibid.*, p. 11.

El año 1829, en el que Santa Anna cumplió los 35 de edad, fue el de su entrada de lleno a la política mexicana. A decir verdad, la gran oportunidad de hacerlo se la ofreció cierta decisión de la corona española.

Desde 1821, el rey Fernando VII tenía fuerzas militares en Cuba. En julio, cuando el presidente Vicente Guerrero aprobó una ley que expulsaba de México a todos los españoles, Fernando envió al brigadier Isidro Barradas al mando de 3 000 hombres para que se apoderara de Tampico. Alarmado, Guerrero comisionó a Santa Anna para que atacara la posición de Barradas, pero, receloso de la ambición de su antiguo compañero, no le proveyó ni tropas ni pertrechos. Entonces, Santa Anna estuvo a la altura de las circunstancias, y echando mano exclusivamente de recursos de su estado natal, Veracruz, organizó un ejército de 2 000 hombres y los equipó confiscando todas las armas que había en la ciudad de Veracruz y obteniendo préstamos forzosos de los comerciantes locales. También requisó cinco navíos en los que embarcó a sus hombres, y así llegó por mar a Tampico el 20 de agosto de 1829.

La campaña siguiente distó mucho de ser un modelo del arte militar, pero, a la manera de un perro que puede caminar levantado sobre sus patas traseras, llama la atención por el simple hecho de haber sucedido. Además, alcanzó la victoria: al cabo de tres semanas el comandante español se rindió, su ejército quedó atrapado en la ciudad y sus hombres se vieron acosados por el hambre y la fiebre.[3] Para que se le permitiera volver a Cuba, Barradas accedió a reconocer, en nombre de España, la independencia de México.[4]

Santa Anna fue aclamado entonces como un héroe, y la nación le rindió grandes homenajes. Tanto Veracruz como la capital lo colmaron de costosos regalos; el Congreso le otorgó el título de Benefactor de la Nación, y Tampico fue rebautizado (al menos durante algún tiempo) con el nombre de Santa Anna de Tamaulipas.

Con todo, el presidente Guerrero no se dejó llevar por el entu-

[3] La fiebre amarilla, o vómito, causaba terror en Veracruz. Los habitantes lograron adquirir cierta inmunidad, pero se aconsejaba a los extraños que se abstuvieran de llegar a la región cuando había epidemias.

[4] Oakah Jones, *Santa Anna*, p. 60.

siasmo de las multitudes. Si bien por necesidad honró en público a Santa Anna, en privado comentaba: "Acabaré colgándolo".[5] Como no se le concedió ocupar un puesto en el gobierno de Vicente Guerrero, Santa Anna se retiró desilusionado a su hacienda, cercana a Veracruz. Pero en 1833, al cabo de complicadas maquinaciones, Santa Anna fue elegido presidente de México.

Santa Anna no estuvo presente en su propia toma de posesión. Adujo que estaba enfermo y designó a su vicepresidente, Valentín Gómez Farías, para que prestara juramento en su lugar. Pasada la ceremonia no fue a la ciudad de México, sino que se quedó en su rancho veracruzano, y permitió que Gómez Farías llevara a cabo funciones de gobierno rutinarias en su calidad de presidente suplente.

La alianza de Santa Anna con el muy liberal Gómez Farías acabó en desastre. No tenían nada en común. Santa Anna debía su puesto al apoyo del ejército, pero Gómez Farías, a quien en broma se le llamaba "Gómez Furioso", se dedicó a recortar los privilegios del ejército y de la Iglesia. Una de sus primeras acciones tuvo efectos lamentables y duraderos sobre el futuro del país. Imprudentemente "secularizó" las instituciones misionales españolas de las costas de la Alta California. Las misiones prácticamente desaparecieron, con lo que se rompió ese lazo entre California y el centro del país.

Finalmente, Santa Anna decidió que Gómez Farías había ido demasiado lejos, retomó el poder y envió al vicepresidente desterrado a Texas.[6]

En diciembre de 1834 Santa Anna llegó a la cima de su poder. Disolvió el Congreso y se las arregló para ser nombrado oficialmente dictador,[7] con lo que escandalizó a los liberales tanto de México como de Estados Unidos y otras partes.

[5] Calcott, *Santa Anna…*, p. 78.

[6] La doctora Guadalupe Jiménez Codinach, de la Biblioteca del Congreso, afirma que esto no causó resentimiento, y que Gómez Farías se reunió con Santa Anna antes de salir para Texas.

[7] El término *dictador* tenía carácter oficial. Años antes, Bolívar recibió este título en Venezuela. Por otra parte, sus poderes no eran tan amplios como los de los dictadores del siglo XX.

Al año siguiente Santa Anna fue aún más lejos, y remplazó la Constitución de 1824 en vigor con las Siete Leyes, las cuales: *a)* abolían los estados (como entidades políticas) y los sustituían por "departamentos" administrativos; *b)* ampliaban a ocho años el periodo presidencial, y *c)* limitaban el derecho de voto a unos cuantos privilegiados. Al mexicano medio le importaban poco esas medidas, pero sí eran importantes para los habitantes de las áreas antes autónomas distantes de la capital. En primer lugar, entre esos ciudadanos se hallaban los 20 000 norteamericanos que se habían trasladado a Texas durante los últimos años, a quienes importaban sobremanera las nuevas disposiciones.[8]

Es probable que Texas, con una población abrumadoramente norteamericana, de todos modos se habría independizado, con o sin los sucesos de 1835. Demasiadas diferencias en tradición, cultura y religión separaban a sus pobladores del resto de México. Más aún, los nuevos texanos sabían que varios presidentes de Estados Unidos habían hecho propuestas para comprar Texas a México, y tenían confianza en que, llegado el momento, recibirían ayuda de los norteamericanos. Pero esas esperanzas no se referían a un futuro próximo, y las nuevas restricciones impuestas por Santa Anna ahondaron el distanciamiento. La ley contra la esclavitud por primera vez se pondría en práctica, y ya se cobrarían impuestos, que incluirían los derechos por mercancías importadas de Estados Unidos. Por si eso fuera poco, el estado de Coahuila-Texas dejaría de existir como entidad con gobierno autónomo. Estos cambios, en particular la prohibición de la esclavitud, fueron intolerables para la población de Texas.

A fines de 1835 se inició en Velasco un movimiento en pro de la independencia de Texas, encabezado por el legendario Sam Houston, el cual contó con el apoyo entusiasta de dos destacados radicales en la capital mexicana (uno de ellos era Gómez Farías). El 3 de noviembre de ese mismo año Texas declaró su independencia. En San Antonio, los insurgentes obligaron a las tropas mexicanas a abandonar la ciudad. El movimiento iba ganando fuerza.

[8] El término *texano* se aplicará en lo sucesivo a los inmigrantes estadunidenses de Texas.

Santa Anna decidió castigar personalmente a los rebeldes. Reunió un ejército en San Luis Potosí, zona donde por lo general se organizaban y equipaban las invasiones a Texas, y con 6 000 hombres se dirigió al norte a principios de enero de 1836. Estaba tan seguro del triunfo que llevó consigo a alrededor de 2 500 mujeres y niños, quienes se establecerían como colonos una vez que hubiera dispersado a los rebeldes. Además, castigaría el apoyo norteamericano —según proclamó—, llevando adelante su marcha hasta el Capitolio de Washington, donde izaría la bandera mexicana.[9]

La fracasada campaña de Santa Anna en Texas, tema de infinidad de libros, incluyó la toma por asalto de El Álamo, en San Antonio, y el aniquilamiento de todos sus defensores. De esta matanza (ocurrida el 6 de marzo de 1836) provenía el famoso grito de comunión de los desanimados rebeldes de Sam Houston: "¡Acuérdate de El Álamo!" Pero la masacre de Goliad, que poco después se llevó a cabo, fue en realidad el ultraje más grande: allí, uno de los generales de Santa Anna ejecutó fría y deliberadamente a 350 prisioneros rebeldes. Sin embargo, el recuerdo de El Álamo es lo que ponía en efervescencia la sangre de los rebeldes.[10]

Con la batalla de San Jacinto (21 de abril de 1836) quedó establecida la independencia de Texas. Fue un episodio verdaderamente salvaje: los 800 texanos de Houston atraparon a las ineptas tropas de Santa Anna mientras dormían la siesta, y, sedientos de sangre, mataron a muchos más mexicanos de lo que en realidad era necesario.[11] Sin embargo, después de la batalla Houston trató a Santa Anna con las consideraciones debidas a su calidad de presidente de México, y aunque durante la ausencia de Houston Santa Anna permaneció encadenado durante casi dos meses, al fin se le permitió salir de Texas… pasando por Washington.

El presidente Andrew Jackson lo recibió con cortesía, como

[9] Santa Anna quizá no cayó en la cuenta de que el gobierno norteamericano siempre fue neutral. Por otra parte, sí sabía que el pueblo de Estados Unidos apoyaba sin ambages a los rebeldes.

[10] Santa Anna afirmaba que el general José Urrea obró de conformidad con una ley española promulgada en 1814, según la cual cualquier persona que cruzara la frontera y entrase a Texas sería considerada "pirata". Hasta Houston reconoció el carácter legal de las atrocidades cometidas por Santa Anna.

[11] Santa Anna, *The Eagle…*, p. 265.

a un jefe de Estado, el 19 de enero de 1837, y discutió con él la situación política de Texas. En las pláticas surgieron dificultades cuando Jackson insistió en que México debía reconocer a Texas como país independiente. No se llegó a nada definido en las conversaciones, y cuando terminaron Jackson envió a Santa Anna a Veracruz en un buque escolta de Estados Unidos.[12]

Antes de abandonar Texas, Santa Anna se vio obligado a firmar el "tratado" de Velasco, en el que se reconocía la independencia de Texas. Este acuerdo, aunque rechazado por el nuevo gobierno mexicano, por lo general sí fue reconocido en el extranjero, aun cuando Estados Unidos esperó, para hacerlo, a que terminara el periodo presidencial de Jackson. A partir de entonces, no obstante las incursiones mexicanas que aterrorizaban a los colonos establecidos a lo largo de la línea fronteriza, la posibilidad de una reconquista era remota.

Al regresar a México, Santa Anna, ya depuesto, permaneció en el limbo político durante tres años, no exentos de incidentes. En 1838, por pública aclamación, fue comisionado temporalmente para que arrojara a los franceses que habían ocupado Veracruz con pretextos absurdos. Aunque pronto se expulsó a los franceses, Santa Anna fue herido durante la lucha en la pierna izquierda: un obús se la desgarró debajo de la rodilla y hubo que amputarla. Los cirujanos realizaron mal la operación y cinco centímetros de hueso quedaron expuestos. Durante el resto de su vida, Santa Anna nunca estuvo libre de dolores.

A pesar del dolor crónico, Santa Anna comenzó a hacer planes para regresar a la presidencia. En 1841 tuvo éxito con un golpe notable por su rapidez: todo terminó en 12 días. Los principales aliados de Santa Anna, Mariano Paredes y Gabriel Valencia, con el tiempo se contarían entre sus más encarnizados enemigos.

Durante su segunda presidencia, de 1841 a 1844, Santa Anna se entregó a una auténtica orgía de engrandecimiento personal, ofreciendo suntuosos banquetes en los que abundaban los uniformes vistosos. Cuando el dictador salía de palacio lo acompañaba un impresionante destacamento de caballería. Al Teatro

[12] Robert V. Remini, "Texas Must be Ours", en *American Heritage,* febrero-marzo de 1986, pp. 45 y 46.

Nacional se le cambió el nombre para darle el suyo, y una gran estatua de bronce representaba al héroe con el índice apuntando al norte, hacia Texas (o a la Casa de Moneda, en opinión de los críticos). Y Santa Anna personalmente supervisó la exhumación de su pierna amputada para trasladarla del rancho veracruzano a una urna colocada en lo alto de una columna en el cementerio de Santa Paula.

No obstante tales preocupaciones, Santa Anna fue capaz de conseguir algunas victorias militares. Sometió a pueblos rebeldes de Yucatán y Tabasco y mantuvo preocupados a los texanos. En el otoño de 1842 puso a un antiguo oficial napoleónico, el general Adrian Woll, al frente de una incursión contra San Antonio. Cuando los texanos intentaron tomar venganza en Santa Fe, las fuerzas santannistas capturaron a todos los miembros de la expedición y encerraron a la mayoría de ellos en el impresionante Castillo de Perote. Cuando se capturaron más texanos durante una fracasada incursión en el pueblo de Mier, a orillas del Río Bravo, Santa Anna los trató con crueldad, hasta que recibió una petición de clemencia del ya viejo Andrew Jackson. El presidente mexicano accedió para agradecer la cortesía con que Jackson lo había tratado seis años antes en Washington.

El peor error de Santa Anna como presidente fue seguir adelante con la guerra en la frontera con Texas. La incursiones, matanzas y atrocidades de uno y otro lado se describían con todo detalle en Estados Unidos, siempre desde el punto de vista texano. Esta continua corriente de noticias de guerra mantuvo al pueblo norteamericano en guardia y favorable a sus parientes de Texas. Muchos norteamericanos, quizá la mayoría, ya no tenían el humor para admitir que los derechos de México tuvieran la menor influencia moral en la política de Estados Unidos.

Santa Anna, nuevamente derrocado a fines de 1844, dejó como herencia a su sucesor, el presidente José Joaquín Herrera, un estado de cosas insoportable.

III. ¡ANEXIÓN!
Noviembre de 1844-julio de 1845

Terminadas las elecciones de 1844, el presidente John Tyler cayó en la cuenta de que le quedaban cuatro meses en el poder. Pero en vez de dejarlos sencillamente transcurrir, decidió continuar sus esfuerzos, iniciados a principios de 1844, para lograr la anexión de Texas. Alcanzar esta meta constituiría la culminación de los cuatro difíciles años de su mandato.

Aún quedaban por delante muchos problemas, y no era el menor el que no hubiera precedentes, pues Estados Unidos nunca se había anexado una nación independiente. El tratado de anexión que Tyler había firmado con representantes texanos a principios de ese mismo año sería rechazado por el Senado en junio. ¿Bastaría entonces con aprobar una ley para hacer una propuesta a Texas?

Además de la selección de un instrumento legal adecuado, quedaban pendientes cuestiones de carácter práctico, como la futura situación de Texas una vez incorporada a la Unión. ¿Se convertiría en territorio esta antigua nación independiente? ¿En uno, dos o en cinco estados? ¿Aceptaría la esclavitud? Incluso, no estaba claro qué fronteras tendrían las tierras que Estados Unidos podría reclamar como legalmente texanas.

Aunque generalmente se daba como un hecho que estas cuestiones no se resolverían antes de que Polk tomara posesión, la opinión pública aprobó, como lo dispuso Tyler, que se atendieran sin tardanza. La anexión contaba con el apoyo popular, y podría decirse que las elecciones de 1844 le otorgaron el consenso. La gente razonable estaba dispuesta a colaborar con Tyler, a pesar de la general impopularidad que tuvo durante los años de su presidencia. Los líderes políticos de uno y otro partido reconocieron que una dilación de cuatro meses afectaría irreparablemente la causa de la anexión. Quizá hasta los texanos perderían interés en ella.

Tyler, tomando la iniciativa, comenzó por avivar entre el pue-

blo norteamericano la opinión adversa a México. En el otoño de 1844 designó a un reconocido alborotador como representante norteamericano en ese país: Wilson Shannon, ex gobernador de Ohio, patriotero y patán, que pronto chocó con el ministro mexicano de Relaciones Exteriores, el liberal Manuel Crescencio Rejón, en otra época amigo de Estados Unidos. Al mes de haber llegado Shannon a la capital mexicana, estalló una guerra de palabras entre él y Rejón. Shannon retocó a su gusto ciertos truculentos mensajes de Calhoun, en los que el secretario de Estado arremetía contra México por su "salvaje ferocidad" en los choques que tenían lugar en la frontera con Texas, y se regocijó al transmitir a Washington las respuestas de Rejón, en las que igualmente se insultaba a Estados Unidos. Todo esto encantaba tanto a Calhoun como a Tyler, y cuando éste envió un mensaje especial al Congreso, añadió como apéndice la correspondencia entre Shannon y Rejón.

Por esos días, Tyler buscó un emisario para Texas que promoviera allí sentimientos favorables a Estados Unidos. Ese hombre fue Andrew Jackson *(Jack)* Donelson, sobrino y ayudante personal del *Viejo Hickory,* quien, además, por sus propios méritos, había logrado prestigio y era amigo personal de Polk y de Sam Houston, el presidente de Texas. Donelson aceptó el puesto, y a principios de diciembre de 1844 ya estaba instalado en una cabaña de madera en la capital de Texas, Washington-on-the-Brazos, cuya población era de 5 000 habitantes.

A su llegada, Donelson encontró que la situación política de Texas se había complicado porque Sam Houston y Anson Jones, su sucesor, sustentaban un criterio ambivalente en lo relativo al abandono de la soberanía de Texas. El pueblo, si bien herido porque el Senado había rechazado en junio el tratado sobre la anexión, aún deseaba ardientemente formar parte de Estados Unidos, porque ello garantizaría su protección de México.[1]

El interés en la anexión no se reducía exclusivamente al hemisferio occidental. La Gran Bretaña, que no veía con buenos ojos el creciente poderío de Estados Unidos, observaba de cerca la situación, esperando lograr que Texas continuara siendo una nación independiente. Su hábil encargado de negocios, el

[1] Justin Smith, *The Annexation of Texas,* p. 370, y Pletcher, *The Diplomacy…,* p. 177.

capitán Charles Eliot, sembró con bastante éxito la confusión entre los texanos.

Fueron tan eficaces los esfuerzos de Eliot (al menos esto opinaba Donelson), que el encargado de negocios norteamericano envió un mensaje urgente a Washington: "Debemos conseguir la anexión —exhortaba— sin fijarnos mucho en los términos".[2]

En realidad, el presidente Tyler luchaba enérgicamente en Washington en favor de la anexión, animado por las señales de simpatía de la prensa norteña.[3] Sin embargo, a pesar de contar con una opinión pública favorable, las medidas legislativas específicas encontrarían dificultades en el Congreso. Cualquier trámite, por ejemplo, tendría que ser "políticamente neutral", pues los demócratas dominaban la Cámara de Representantes y los *whigs* tenían el control del Senado. Además, existía el problema de la esclavitud.

El primer paso se dio cuando la Cámara de Representantes aprobó una medida, patrocinada por el diputado *whig* Melton Brown, que demandaba la anexión de Texas como estado de la Unión y la prohibición de la esclavitud únicamente en la zona situada al norte de la línea del "Missouri Compromise". La propuesta, hábilmente, no mencionaba cuestiones tan importantes como las fronteras futuras de Texas y lo relativo al pago de sus deudas. Poco después el Senado aprobó una propuesta del senador Thomas Hart Benton por la que se asignaban 100 000 dólares para financiar nuevas negociaciones con Texas. Así, ahora ambas ramas del poder legislativo intervenían en la cuestión.

Todo habría podido concluir allí, pero a principios de febrero de 1845 el presidente electo, James Polk, arribó a Washington para su toma de posesión y dio un renovado impulso a la cuestión texana. Polk adoptó un estilo cortés, no comprometido,[4] pero

[2] Donelson a Calhoun, 26 de diciembre de 1844. Papeles de Calhoun.

[3] El *Courier and Enquirer*, de Nueva York, mostró la dirección en que soplaba el viento cuando se colocó del lado del gobierno. El *Pennsylvanian*, a su vez, observó: "Apenas comenzamos a abrir los ojos ante la importancia de la cuestión texana", es decir, ante la posible pérdida de un mercado en perjuicio de los industriales norteños que sobrevendría si Inglaterra se apoderaba de Texas o llegaba a controlarla. Al mismo tiempo, muchos que aún miraban con malos ojos la medida se daban cuenta de que casi seguramente sería aprobada, y se dejaron llevar por la corriente.

[4] *Madisonian*, 21 de febrero de 1845.

sin abandonar un propósito que tomaba muy en serio: lograr la anexión antes de prestar juramento como presidente. Así las cosas, sugirió un compromiso para salir del callejón sin salida: ¿por qué no permitir que el presidente escogiera entre ambas propuestas una vez adoptadas y enviadas para su aprobación?

La idea de Polk ganó muchos simpatizantes, entre los que se destacó William Allen, senador por Ohio, miembro clave del Comité de Relaciones Exteriores. Fue tan conmovedor el respaldo de Allen al compromiso, que su colega Robert Walker lloró mientras escuchaba sus palabras.[5] Al atardecer del 27 de febrero de 1845, el compromiso Benton-Brown sobre la anexión fue aprobado en el Senado por escaso margen: 27 votos a favor, 25 en contra.

A la administración de Tyler sólo le restaban cuatro días, pero ya se había alcanzado la meta. Cuando el nuevo presidente tomara posesión, elegiría entre las dos posibilidades que se podrían proponer a Texas, la de Brown y la de Benton. Por tanto, ya todos podían concentrar su atención durante los días siguientes en las ceremonias de la toma de posesión.

Es decir, todos menos el presidente Tyler, quien el domingo 2 de marzo reunió a su gabinete para que considerara si él, a quien solamente le quedaban dos días en el poder, debería enviar a Texas una resolución con su firma. ¿Qué pensaba al respecto James Polk? Para averiguarlo, Tyler envió al secretario de Estado, John C. Calhoun, a donde se alojaba Polk, pero éste se negó a dar una respuesta, pues no deseaba participar en la decisión.

En su última noche como presidente, el 3 de marzo de 1845, John Tyler envió un despacho a Donelson, comisionado en Texas, con estos términos: se propondría la anexión a los texanos como un solo estado, como territorio al norte de la línea del "Missouri Compromise", donde no había esclavitud (propuesta de la Cámara de Representantes).

El gobierno de Tyler quería terminar con un triunfo. Pero, ¿aceptaría Texas esa oferta? ¿Qué haría México?

El sucesor de Tyler, James Knox Polk, complicó el asunto el día de su toma de posesión, pues revivió la disputa entre Estados Unidos e Inglaterra en lo relativo a Oregon. A media mañana del

[5] Sellers, *James K. Polk…*, p. 206.

4 de marzo de 1845, Polk salió del vestíbulo del Hotel Coleman bajo la lluvia y subió al carruaje descubierto del aún presidente John Tyler, a cuya izquierda tomó asiento, cruzándose de brazos mientras el desfile se dirigía por la lodosa avenida Pennsylvania hacia el Capitolio. Diez destacamentos de infantería y caballería escoltaban a los presidentes; la calle estaba llena de espectadores empapados. En el Capitolio, Polk permaneció en la sección destinada al Senado, mientras el vicepresidente, George M. Dallas, prestaba rápidamente juramento. Luego condujo al grupo presidencial a la plataforma especialmente construida sobre la Escalinata del Este.

El mal tiempo no desanimó a quienes, igual que en otras tomas de posesión, dejaban a un lado durante ese día las diferencias partidistas a fin de celebrar la victoria del nuevo presidente.

El discurso de Polk fue triunfal pero moderado, enérgico pero conciliador ante los adversarios políticos. Fue bien recibido, aun cuando se pronunció ante "una gran asamblea de paraguas", en palabras de un resentido John Quincy Adams,[6] ex presidente y a la sazón representante de Massachusetts.

Polk dijo, quizá con falta de sinceridad, que había sido elegido "sin haberlo yo solicitado", pero su actitud personal conquistó simpatías. Lo verdaderamente importante es que declaró ante el mundo que estaba a favor de los puntos de vista expansionistas que por entonces predominaban. Afirmó que con la anexión de Texas simplemente se rectificaba un error cometido en 1819, cuando Estados Unidos cedió Texas a España a cambio de Florida, y añadió que la anexión era "un asunto que sólo incumbía a Estados Unidos", en una advertencia a Inglaterra de que se abstuviera de intervenir.

A continuación, Polk sorprendió a su público cuando comenzó a hablar del territorio de Oregon, ocupado mancomunadamente por la Gran Bretaña y Estados Unidos, y, haciendo a un lado las negociaciones que se estaban celebrando acerca de las fronteras de ese territorio, declaró: "Tenemos sobre Oregon derechos evidentes e indiscutibles". Con ello abrió una caja de Pandora.

El Polk presidente se condujo en forma muy parecida a la del Polk político. Si su dedicación al trabajo, amor por los detalles,

[6] Adams, *Memoirs,* vol. 12, pp. 178 y 179.

pocos escrúpulos y gran discreción lo habían llevado a tan alto cargo, no tenía por qué cambiar. Como no confiaba en nadie, renunciaba a que los demás depositaran en él su confianza. Su inclinación a actuar con reservas lo aislaría más tarde y le costaría el apoyo de un público que llegaría a serle indispensable.

Por otra parte, Polk asumió la presidencia con ideas muy claras sobre lo que se proponía realizar. Cierta vez, según su secretario de Marina, el historiador George Bancroft, delineó los objetivos que esperaba alcanzar en los cuatro años de su mandato: llegar a un arreglo con Inglaterra sobre Oregon; adquirir California y extender las costas de Estados Unidos; reducir los aranceles como una fuente de ingresos, y establecer un departamento del Tesoro independiente.[7] Bancroft escribió esta lista muchos años después de haber sido formulada, lo cual quizá explique que se haya omitido lo relativo a Texas. Por otra parte, no tiene por qué tratarse de una falla de memoria por parte del historiador, pues para Polk la cuestión texana en realidad ya se había resuelto.

Sin embargo, como bien podía suponerse, en México la reacción fue hostil. Movido por el mensaje que Tyler dirigió a Texas la noche anterior, el general Juan N. Almonte, enviado de México, inmediatamente mandó una belicosa nota al Departamento de Estado y exigió que se le entregara un salvoconducto. Todo ello significaba que se rompían las relaciones entre México y Estados Unidos.

A nadie sorprendió la conducta de Almonte, pues el gobierno mexicano desde tiempo atrás había advertido que no toleraría la anexión de Texas. Ya en 1843 Santa Anna había amenazado con declarar la guerra, pues no se contentaría con romper las relaciones diplomáticas.[8] Con todo, Polk aún esperaba que hubiera lugar para una reconciliación. Sabía que cuatro meses antes habían depuesto a Santa Anna, y esperaba que el régimen de Herrera sí sería razonable.

De tal manera, Polk puso manos a la obra. Como una concesión a los sentimientos mexicanos, retiró al muy molesto

[7] McCormac, *James K. Polk…*, p. 251.

[8] "Mi país está decidido a declarar la guerra en cuanto reciba informes sobre estos actos", declaró Bocanegra, ministro de Relaciones, ante el ministro de Estados Unidos en México, Waddy Thompson, el 23 de agosto de 1843. Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, p. 84.

encargado de negocios en la ciudad de México, Wilson Shannon, a quien reprendió en público por el insultante tono de las cartas que dirigió a Rejón y al gobierno mexicano. Al mismo tiempo, Polk envió como emisario a México a William S. Parrott, quien conocía el país y hablaba bien el español, y le encomendó que lo informara sobre la situación que prevalecía en la capital mexicana. De momento, Polk no podía hacer más.

A finales de abril de 1845, la reacción de Inglaterra a su discurso pronunciado al asumir la presidencia hizo que la atención de Polk comenzara a distraerse de los asuntos de México. Esa reacción había sido enérgica. El primer ministro, sir Robert Peel, envió una fragata a Oregon, pero aun así sus opositores políticos lo tildaron de demasiado "razonable". Incluso el pacificador lord Aberdeen, secretario de Relaciones Exteriores, temía que las declaraciones de Polk "condujeran a la guerra".[9] A decir verdad, Polk corría el riesgo de provocar dos guerras: una en el noroeste contra Inglaterra y la otra en el suroeste contra México.

Probablemente Polk no esperaba una reacción tan fuerte en Gran Bretaña. En realidad, las declaraciones de su discurso se habían incluido como un gesto deferente dirigido a los demócratas norteños, quienes durante la campaña presidencial habían insistido en el nada realista lema *Fifty-four Forty or Fight* ("Al paralelo 54-40, o a pelear"). Con todo, Polk decidió mantenerse firme y escribió a su mentor, Andrew Jackson, que sostendría su posición "firme, audaz y prudentemente" y que "no daría un paso atrás".

Jackson dio su aprobación. Contestó que los ingleses sencillamente estaban haciendo redoblar los tambores "para alarmarnos… e infundir ánimos a los traidores de nuestro país". Y añadió: "Por ahora, nada de contemporizaciones con Gran Bretaña… Inglaterra, a pesar de sus bravatas, no se atreverá a ir a la guerra".[10] Jackson se manifestó inconmovible: Inglaterra ya tenía a Canadá, y si se le permitía volver a entrar al continente americano a través de Texas —aunque esto de momento pareciera inverosímil—, mucho temía que Estados Unidos tendría que luchar para impedir un enlace de las fuerzas británicas en Texas y

[9] Sellers, *James K. Polk…*, p. 235.
[10] Jackson a Polk, 2 de mayo de 1845, y Basset, *The Life…*, vol. VI, p. 404.

Canadá. Por otro lado, Jackson también tenía razón al considerar que, por motivos económicos, era casi imposible que por aquel entonces Inglaterra se decidiera a pelear. Por lo tanto, insistió en que Polk actuara con mano firme.[11]

Ahora bien, entre bambalinas, las negociaciones sobre los límites fronterizos de Oregon continuaban muy activas, basadas en una antigua propuesta norteamericana acerca de un asentamiento que ampliara la ya existente línea desde el Lago de los Bosques, Minnesota, hasta las Montañas Rocosas (paralelo 49). Sólo quedaba como manzana de la discordia lo referente a la isla de Vancouver, en el estrecho de San Juan. Las demás cuestiones, como los derechos de navegación en el Río Columbia, eran de menor importancia.

Por fortuna, el gobierno de sir Robert Peel estaba dispuesto a llegar a un arreglo basado en las no interrumpidas negociaciones. Los colonos norteamericanos de Willamette Valley, en Oregon, como bien lo sabía Peel, diariamente pasaban al territorio en disputa, por lo cual el tiempo no estaba en favor de Inglaterra. Así, a pesar de lo que se pregonara, el nuevo enviado estadunidense en Londres, Louis McLane, pronto sostuvo pláticas constructivas con Aberdeen. Hubo un progreso cuando McLane dio señas de que Estados Unidos estaría dispuesto a ceder toda la isla de Vancouver.

Surgió un obstáculo, sin embargo, al intervenir el embajador de Inglaterra en Washington, lord Packenham. Cuando el secretario de Estado, James Buchanan, le entregó una copia de la misma propuesta que Aberdeen estaba discutiendo en Londres, Packenham la rechazó sin consultar a nadie, sazonando su respuesta con algunos comentarios mordaces. A mediados de julio la tensión distaba mucho de haber disminuido.

El 29 de marzo de 1845, el presidente de Texas, Anson Jones, aún indeciso en lo referente a la anexión, envió un singular mensaje al presidente de México, José Joaquín Herrera, sugiriendo que, a cambio del reconocimiento por parte de México de la independencia de Texas, ésta se comprometería a no "anexarse o someterse a ningún país, fuese el que fuere".[12]

[11] Remini, *Andrew Jackson,* p. 46.
[12] Justin Smith, *The Annexation of Texas,* p. 410.

El encargado de negocios británico, sir Charles Eliot, había promovido esa propuesta, a petición de lord Aberdeen. Eliot estaba enterado de la "proposición Brown", aprobada en Washington por la Cámara de Representantes, y de la "proposición Benton", aprobada por el Senado. Pero aún no sabía que el presidente Tyler había enviado la versión de la Cámara de Representantes (esto es, la de Brown) a Donelson para que se la presentara a los texanos.

Jones comprendía que en Texas la opinión pública era favorable a la anexión, pero como asimismo sabía que tal opinión podía tomar otro rumbo, aprobó el envío del mensaje al presidente Herrera siempre y cuando el propio Eliot fuera el portador. Una propuesta tentadora de Herrera le permitiría a Jones presentar al pueblo de Texas dos opciones: la anexión a Estados Unidos o el reconocimiento de su independencia por parte de México.

Al cabo de seis meses en Texas, Donelson llegó a la conclusión de que el pueblo estaba abrumadoramente en favor de la propuesta norteamericana. Además, los agentes privados que Polk envió para investigar a fondo lo que estaba haciendo Donelson también mandaron informes optimistas en el mismo sentido.[13]

No obstante, las acciones de Polk parecen indicar que no sólo deseaba la anexión de Texas sino también crear dificultades con México. Estas dificultades surgieron cuando el comodoro Robert F. Stockton, al mando de una flotilla norteamericana, recibió la orden de permanecer en Galveston el tiempo necesario para "familiarizarse con los sentimientos del pueblo texano hacia Estados Unidos y México". En realidad, la misión de Stockton era mucho más amplia.

La flotilla presentaba una formación impresionante: el buque insignia era el célebre *USS Princeton,* el primer barco de guerra impulsado por hélice. Además su comodoro, Robert F. Stockton, no era un oficial común, sino un hombre de negocios rico e influyente, nieto de uno de los signatarios de la Declaración de Independencia, celoso patriota y entusiasta partidario de Polk en las recientes elecciones, que se había ganado un destacado lugar en la alta sociedad de Washington festejándola espléndidamente

[13] Uno de ellos era Archibald Yell, ex gobernador de Arkansas; otro, Charles A. Wickliffe, del partido de los *whigs.*

a bordo de su nave. Gracias a su influencia, su prestigio no se vio afectado por la explosión de un cañón en la cubierta del *Princeton* en febrero de 1844, que sobrevino cuando estaba a bordo el presidente Tyler, y en la que perdieron la vida el secretario de Estado, Abel P. Upshur, y el secretario de la Marina, Thomas W. Gilmer. Terminadas las investigaciones del caso, se ensalzó a Stockton por su "prudencia y muy elevada motivación".

La flotilla de Stockton llegó a Galveston a principios de mayo de 1845, y la población inmediatamente comenzó a preparar un gran baile en su honor. Entre tanto, Stockton envió a tierra un agente para que se informara sobre la actitud política del pueblo. Cuando el agente afirmó que siete de cada ocho texanos eran partidarios de la anexión, Stockton mandó un mensaje urgente al secretario de la Marina, George Bancroft, advirtiendo que México proyectaba ocupar importantes terrenos en la margen texana del Río Bravo. En ausencia de Donelson, y dado que Anson Jones, presidente de Texas, no inspiraba confianza, Stockton decidió encargarse él mismo de la situación, como en efecto lo hizo.

Poco después entró en contacto con el general de división Sidney Sherman, adjutor general de Texas, y enseguida informó que éste había reclutado 3 000 hombres, y que "don R. F. Stockton los proveería personalmente de pertrechos y municiones".

Donelson, alarmado, escribió poco después a Buchanan para refutar los informes de Stockton sobre la actitud amenazadora de México, y protestó personalmente ante el comodoro.

A pesar de las serias advertencias de Donelson, Stockton al parecer estaba empeñado en que comenzaran las hostilidades entre Texas y México. El presidente Anson Jones, a su vez, no pudo impedir que el general Sherman se declarara públicamente en favor de que sus fuerzas, con el apoyo de los cañones de Stockton, atacaran el pueblo mexicano de Matamoros, en la boca del Río Bravo. Después, durante una reunión de tres días, los emisarios de Stockton confesaron que el propio presidente Polk estaba interesado en impulsar las hostilidades.[14]

No obstante, pronto se resolvió el dilema de Jones. El 30 de mayo, Charles Eliot regresó de la ciudad de México con una oferta en la que el gobierno de Herrera ratificaba que reconocería

[14] Price, *Origins…*, pp. 118 y 122.4

la independencia de Texas a condición de que ésta nunca formara parte de ningún otro país. Esa propuesta borraba de momento en Texas la pesadilla de que México la invadiera y daba lugar a que el pueblo decidiera libremente entre dos opciones: el reconocimiento mexicano o la anexión a Estados Unidos.

Los texanos no tuvieron reservas. A fines de junio la flotilla de Stockton zarpó hacia Estados Unidos llevando la buena noticia: el Congreso texano había aceptado unánimemente la oferta norteamericana de que Texas se convirtiera en un estado de la Unión. Resultaba inevitable que la convención de Texas ratificara lo acordado.

EL ENFRENTAMIENTO

IV. EL VIEJO ZACK
Verano de 1845-diciembre de 1845

ZACHARY TAYLOR,[1] general brigadier honorario, coronel de la Sexta Brigada de Infantería del Ejército de Estados Unidos, no parecía tener cualidades para convertirse en héroe nacional. De acuerdo con el criterio de la época, a sus 61 años era ya un soldado viejo, algo lento y de modales bruscos. Sus largos años de servicio en todas las guerras de Estados Unidos desde 1812 habían apagado cualquier inclinación que hubiera tenido hacia las acciones de armas, aunque de cualquier forma había combinado a lo largo de esos años la profesión militar con su invariable amor por las labores del campo. Su padre, un granjero, abandonó Virginia para trasladarse a una plantación de 4 000 hectáreas en Kentucky, al año siguiente del nacimiento de Zachary. Éste ya pertenecía al ejército cuando adquirió dos plantaciones, una en Luisiana y otra en Misisipi.

A pesar de sus costumbres domésticas, Taylor había llevado una vida relativamente cómoda entre guerra y guerra, pues pudo conservar a su lado a la familia con sus pertenencias. Desde antes de la guerra contra los semínolas (Florida, 1840), en la que se le concedió el ascenso a general brigadier honorario, Taylor había proyectado retirarse a una de sus plantaciones. Parecía normal que, como hombre práctico, adquiriera cierto grado de inmunidad ante las imperiosas instrucciones de Washington, así como un sano escepticismo ante los rumores descabellados que siempre circulan en los campamentos militares.

Ahora bien, dichas características correspondían sólo a un

[1] El grado de Taylor se derivaba de un ascenso honorario, pero en las nóminas, para efectos de pago, se le asignaba el rango de coronel. Ahora bien, como el número de las posiciones excedía al de los grados que el Congreso estaba dispuesto a autorizar, los oficiales a menudo eran asignados, por "órdenes del presidente", a ocupar posiciones de acuerdo con su rango honorario. Por lo general, todos los oficiales recibían el tratamiento correspondiente a su grado honorario, cuando lo tenían. El sistema daba origen a una gran confusión y a ocasionales disputas.

lado de la personalidad de Taylor. En combate siempre había sido un verdadero bastión. En 1812, siendo capitán, recibió el ascenso honorario a mayor, distinción que por primera vez se otorgaba en el ejército norteamericano. Su conducta en la guerra de Black Hawk había sido apreciada, y el ascenso más reciente, en la guerra contra los semínolas, lo había logrado al encabezar a 1 100 hombres que atravesaron pantanos con el agua hasta la cintura para sorprender al enemigo. El propio Andrew Jackson le recomendó al presidente electo, James Polk, que, en caso de guerra contra los británicos a causa de problemas relacionados con Canadá, convendría encomendar a Taylor el mando de las fuerzas norteamericanas. Taylor quizá diera la impresión de ser demasiado tranquilo y sin mucho interés por nada, pero estaba perfectamente capacitado para las empresas difíciles.

A principios de junio de 1845, cuando los texanos estaban a punto de decidirse en favor de la anexión, se ordenó a Zack Taylor que reuniera a 2 000 hombres en Fort Jesup, Luisiana —frente a territorio texano, con el Río Sabinas de por medio—. Este "ejército observador" representaba alrededor de la cuarta parte de la capacidad combativa del ejército norteamericano en 1845. Por tanto, no podía dudarse de que algo serio se estaba preparando.

En realidad, no se necesitaba un talento excepcional para deducir los lineamientos generales de la futura misión de Taylor. Habían transcurrido casi tres meses desde que el presidente Tyler había enviado a Texas su propuesta de anexión, y con la presencia de Taylor se daba respuesta a la demanda de Texas de que Estados Unidos la protegiera mientras se resolvía lo relativo a la anexión. Sólo quedaba pendiente la misión que en el futuro tendría el ejército de Taylor.

Una carta del secretario de Guerra, William L. Marcy, fechada el 28 de mayo, puso a Taylor sobre aviso acerca de probables acciones militares contra México. Cuando los texanos aceptaran los términos establecidos para la anexión —el presidente esperaba que lo hicieran pronto—, se consideraría que Texas "tendría derecho a que este gobierno la defienda y proteja contra una invasión extranjera y contra las incursiones de los indios". Las fuerzas al mando de Taylor, por consiguiente, estarían "alerta y listas para cumplir con esos deberes…"[2]

[2] Marcy a Taylor, 28 de mayo de 1845. Exec. Doc. núm. 60, pp. 79 y 80.

La ruta de Taylor hasta Buena Vista

Sin precipitarse, el Viejo Zack, también conocido entre sus hombres como *Old Rough and Ready* ("Viejo Rudo y Siempre Dispuesto"), inició los preparativos para trasladarse a Texas. Cuando recibió la orden de que se preparara, la pequeña fuerza de Taylor incluía dos de los ocho regimientos de infantería del ejército de Estados Unidos —el tercero y el cuarto— y el grueso de uno de sus dos regimientos de dragones, el segundo. (Los dragones constituían un cuerpo de infantería montada, es decir, montados eran de caballería y a pie eran de infantería.)

La orden aseguraba que habría refuerzos, dado que otorgaba a Taylor autoridad para solicitar fuerzas adicionales a los gobernadores de los estados. Este poder, sin duda, carecía de sentido, o casi, pues sólo Luisiana podría proporcionar algunos refuerzos en un plazo razonable. Sin embargo, Polk y Marcy enviaron más regimientos de las fronteras norte y oeste, por lo que al cabo de pocos meses el Ejército de Ocupación —nuevo nombre de las fuerzas de Taylor— contaría con casi todas las tropas regulares.

A mediados de junio de 1845, incitado por los informes exagerados que enviaba Stockton, el secretario de Guerra Marcy ordenó a Taylor que llegara hasta el Río Sabinas o a algún otro sitio "a propósito para embarcarse, llegado el momento, con dirección a la frontera oeste de Texas". Taylor no debería desembarcar antes de tener la seguridad de que la convención texana, anunciada para el 4 de julio, había aceptado las condiciones de la anexión, o "antes de que reciba usted instrucciones del señor Donelson".[3]

Al indicarle a Taylor que se guiara por las instrucciones de Donelson, Polk contravenía procedimientos gubernamentales sólidamente establecidos, pues sometía a un jefe militar a las disposiciones de un encargado de negocios, perteneciente a otra dependencia gubernamental. En Washington, Winfield Scott, general en jefe del ejército, montó en cólera cuando, enterado de esa orden, vio que no podía hacer nada para contrarrestarla. El propio Donelson, formado en West Point, salvó la situación. Reconociendo que se trataba de un asunto delicado, obró con tacto y, en vez de darle instrucciones a Taylor, lo consultó.

Taylor, probablemente mucho menos irritado que Scott por la "metida de pata", aceptó el consejo de Donelson de actuar en el

[3] Marcy a Taylor, 15 de junio de 1845, *ibid.*

acto, una vez que el Congreso texano había aprobado por mayoría de votos la anexión a mediados de junio. Ambos estuvieron de acuerdo en que el pueblo de Corpus Christi, en territorio mexicano, al otro lado de la desembocadura del Río Nueces, sería el destino al que lógicamente se dirigiría Taylor. Éste decidió enviar por agua, desde Nueva Orleans, dos regimientos de infantería, el tercero y el cuarto, pero, accediendo a los deseos de Donelson de hacer un alarde de fuerza en el interior de Texas, mandó por tierra, pasando por San Antonio, al segundo de dragones. De cualquier forma, un viaje por mar hubiera resultado bastante duro para los caballos de los dragones.

A principios de julio, el tercer regimiento de infantería de Taylor, marchando al son de su banda, recorrió varias calles de Nueva Orleans y se embarcó en el vapor *Alabama.* El resto de las fuerzas —el cuarto regimiento de infantería, la artillería y las tropas auxiliares— se fletarían enseguida en barcos menos veloces. Al cabo de unas tres semanas de viaje sin incidentes, la vanguardia de Taylor, al mando de éste, llegó a la Bahía de Aransas, en Texas, el 25 de julio de 1845. El tercer regimiento de infantería estaba a las órdenes del teniente coronel Ethan Allen Hitchcock, uno de los primeros *westpointers* (clase de 1817), nieto del célebre líder de la guerra de independencia Ethan Allen, ex comandante de cadetes en West Point, y un ególatra de marca. Escritor prolífico, Hitchcock es el autor del mejor relato de ese difícil desembarco. En sus descripciones hay autopropaganda, pero son muy gráficas.

El *Alabama,* informa Hitchcock, no podía atravesar los bajos próximos a Corpus Christi, por lo que Taylor tuvo que desembarcar primero en la Isla de San José y luego transportar a sus hombres en una nave menor. El desembarco se enfrentó desde un principio a diversos contratiempos: las barcazas no llegaron, y los hombres, amontonados e impacientes, permanecieron en el *Alabama* casi todo un día. Sin embargo, Hitchcock, con buen instinto para todo lo histórico y dramático, consiguió una lancha en la que envió a uno de los comandantes de su compañía para que colocase en tierra firme una bandera norteamericana. "Las primeras barras y estrellas jamás izadas en Texas […] con autorización", escribió un malicioso Hitchcock.[4]

[4] Hitchcock, *Fifty Years…,* p. 193.

Al anochecer, Hitchcock ya había logrado que un guardacostas texano llevara a tierra a tres de sus compañías, y para la noche siguiente ya había desembarcado a todo su regimiento. Pero no terminaron allí las dificultades. Taylor y sus hombres tuvieron que quedarse dos días más en la isla de San José, hasta que, "fuera de sí, lleno de ansiedad y fatigado", Taylor decidió transportar a dos compañías en una barcaza por la Bahía de Aransas hasta Corpus Christi. Por desgracia, la barcaza encalló en los bajos, y Taylor y sus hombres tuvieron que esperar en la pequeña embarcación durante un día más y la noche siguiente.

Era el 31 de julio, es decir, ya habían transcurrido cinco días desde el desembarco en la isla de San José, cuando la totalidad de las fuerzas de Taylor llegó a Corpus Christi. El desembarco fue "casi un milagro", refunfuñó Hitchcock, atribuible a un "mero accidente" de una bahía excepcionalmente tranquila.

Por lo menos los norteamericanos fueron bien recibidos. Los notables de Corpus Christi, que acogieron a Taylor y a sus hombres con "satisfacción", eran casi todos contrabandistas, y su única fuente de mercancías ilegales era la vía terrestre que comunicaba con Matamoros, a orillas del Río Bravo, en territorio mexicano. Todos ellos se verían inmensamente beneficiados con la presencia de las bien remuneradas fuerzas norteamericanas. Su jefe, el "coronel" H. L. Kinney, era texano, y su nacionalidad podría ser el argumento para aducir —aunque nadie en el ejército lo creyera— que Corpus Christi, situado en la margen occidental del Río Nueces, constituía una extensión de Texas. De acuerdo con este raciocinio, las fuerzas de Taylor no habían salido de suelo texano.

Al parecer Taylor y sus hombres estaban fuera de peligro en Corpus Christi, pero en realidad se hallaban expuestos a ataques mexicanos lanzados desde tierra firme. Por el momento, él no contaba con la caballería capaz de rechazar los posibles ataques, y esta situación continuaría mientras no llegasen los 300 hombres del Segundo Regimiento de Dragones, que, transportados por tierra, arribarían al cercano pueblo de San Patricio. Taylor sabía que el 24 de agosto era la fecha fijada para la llegada de esos soldados, y no estaba dispuesto a sentarse a esperarlos. Así, dominado por la impaciencia, salió en su busca, pero el guía se extravió y hubo que pasar otra muy incómoda noche, esta vez en pleno desierto. Sin embargo, al día siguiente aparecieron los dra-

gones, un poco antes de lo esperado. Su comandante, el coronel David E. Twiggs, al oír los truenos de una tempestad en el golfo había creído que se trataba de los cañones enemigos y corrió en auxilio de Taylor.

Twiggs llevó noticias de San Antonio. Dijo que en Washington estaban muy preocupados por la situación poco segura de Taylor en el Río Nueces, y que el presidente ya había solicitado refuerzos adicionales. "Al parecer —escribió Hitchcock—, también otros, no sólo yo, comprendieron que era ridículo el plan de enviar entre 800 y 1 200 hombres a hacer la guerra a una nación civilizada de más de ocho millones de habitantes."[5]

En efecto, en Washington se sentían alarmados, y no sólo por la situación que reinaba en México. El 26 de agosto, dos días después de la llegada del Segundo Regimiento de Dragones a Corpus Christi, Polk discutió con su gabinete el rechazo de Packenham a su propuesta sobre el paralelo 49. Debido a la tosquedad de Packenham, decidió Polk retirar su propuesta y volver a su posición de base, y giró instrucciones a Buchanan para "hacer valer y respetar nuestros derechos sobre todo el territorio de Oregon, desde los 42 hasta los 54 grados, 40 minutos latitud norte", pues, apuntó, Packenham no había presentado ninguna contrapropuesta. "Si tenemos guerra —escribió Polk no sin cierta complacencia—, no seremos nosotros los culpables."

Por una parte, Polk jugaba con la idea de una guerra en la frontera noroeste y, por la otra, seguía adelante con su plan para fortalecer la posición de Taylor en Corpus Christi. A fines de octubre Taylor dispondría de un total de 3 554 hombres.[6] Con esto, el noroeste quedaría desprotegido.

El ejército de Taylor representaba una verdadera rareza en el

[5] *Ibid.*, p. 197.

[6] Cuatro regimientos de infantería (de ocho autorizados para todo el ejército), un regimiento de dragones (de un total de dos) y los cuatro regimientos de artillería. Su ejército no debía ser tan pequeño, aun sin contar los voluntarios. Las unidades regulares podían aumentar pronto hasta llegar al número de elementos autorizados para las compañías y regimientos (42 soldados rasos por compañía). Marcy solicitó al Congreso, meses después, cien hombres por compañía. Este incremento representaría en el ejército regular un aumento de casi 8 000 hombres, con lo cual casi llegaría a 16 000 efectivos. En esta forma, de la noche a la mañana el ejército de Taylor tendría bastante más de los 7 000 hombres (Emory Upton, *The Military Policy of the United States,* p. 198, y Matthew Steele, *American Campaigns,* p. 81). Hitchcock erró un poco cuando calculó la población de México.

historial militar estadunidense porque lo integraban exclusivamente elementos regulares. Éstos eran soldados de excepción: muy fuertes, muy disciplinados y dignos de confianza en la lucha. Muchos de ellos, alrededor de 42%, habían nacido en Alemania e Irlanda, y servían en el ejército de Estados Unidos como podrían haberlo hecho en cualquier otro. Como gran parte de ellos no eran ciudadanos norteamericanos, llegaban a sentirse muy inclinados a desertar cuando estaban aburridos o a disgusto. Uno de cada siete de los hombres de Twiggs desertó durante la marcha por tierra.[7] Con todo, llegada la hora, esos hombres soportaban condiciones duras, negligencias y, con mucha frecuencia, malos tratos e insultos, que habrían hecho insubordinarse a los voluntarios. Los mandos superiores tenían calidad, porque Taylor había heredado un grupo de excelentes oficiales subalternos, que en buena parte habían recibido las enseñanzas de Sylvanus Thayer en West Point. Los oficiales de infantería —Grant, Kirby Smith, Sykes, Sedgwick— infundían disciplina y fuerza de voluntad. Los artilleros —Sam Ringgold, Ridgeley, Bragg— aportaban el decisivo apoyo de la artillería ligera. Ingenieros como George G. Meade eran expertos en caminos, vías fluviales, terrenos y fortificaciones.

¿Se hallaba en peligro este ejército fuera de lo común? Taylor no mostraba ninguna preocupación. Parte de su confianza —quizá de su estoicismo— bien pudo derivarse de sus experiencias con los indios, quienes invariablemente superaban en número cualquier fuerza que él comandara. Taylor parecía contento sentado fuera de su tienda, dispuesto a recibir a cualquier visitante. Se cuenta que uno lo tomó por un ordenanza, y que cierto teniente, muy orgulloso de pertenecer a una de las principales familias del estado de Virginia, fue al cuartel general para echarle un vistazo. Vio a un viejo, de rostro bronceado y en mangas de camisa, que estaba limpiando una espada, y le dijo: "Oye, viejo amigo, ¿dónde podría ver al general Taylor?"

El viejo "amigo", sin levantarse, respondió, señalando los cuarteles: "Joven forastero, ésa es la tienda del Viejo Zack".

"Soy teniente, no un 'joven forastero' —dijo el de 'sangre azul',

[7] Mil hombres desertaban anualmente del ejército, según la Oficina de Registros del Ayudante General, Archivos Nacionales.

y añadió—: Otra cosa, buen hombre, ¿de quién es la espada que estás limpiando?"

El viejo repuso: "Como usted es un oficial, un coronel, no hay inconveniente en decirle que esta espada pertenece al mismísimo general".

Entonces el visitante se desciñó la espada y dijo: "Buen hombre, agradecería que me limpiaras mi espada. Mañana, cuando venga a ver al general, te daré un dólar".

Al otro día el teniente vio a su viejo amigo charlando con unos oficiales y le hizo señas para que se acercase. Lo hizo el anciano. Llevaba en la mano la espada del teniente, el cual, agradeciendo con efusión el servicio, le picó las costillas diciendo: "Mira, gordito, dime dónde está el general y este dólar será tuyo".

El "gordito" tomó posición de firmes y dijo: "Teniente, yo soy el general Taylor", y dando la vuelta lentamente añadió: "Ahora, ¡venga el dólar!"

Al día siguiente Taylor ordenó que le presentaran al teniente, como lo disponía el protocolo.[8]

Otros también tuvieron semejante impresión. Cuando el teniente George Meade se presentó a mediados de septiembre para recibir órdenes, encontró al general "sencillo, un anciano sensato, que se ríe con ganas de lo preocupados que están en los estados del norte por la posición en que él se encuentra, pues piensa que no existe ni la más remota posibilidad de que vaya a estallar la guerra […] Dice que está muy aburrido de este país y de la misión que se le encomendó, y que saldrá de aquí cuando llegue el general Worth". Se rumoreaba asimismo que Taylor era "un fiel *whig,* opuesto *in toto* a la anexión de Texas".[9]

Ahora bien, Meade estaba viendo precisamente lo que Taylor quería que los demás viesen. Hitchcock, a su vez, sospechaba que, en realidad, Taylor estaba "sucumbiendo a la ambición", y mostraba una sonrisa burlona cuando Taylor hablaba, como quien no quiere la cosa, de "ir al Río Bravo". Estas palabras, escribió Hitchcock, resultaban "extrañas en quien originalmente, y hasta hace muy poco, calificaba a la anexión de imprudente en lo político y de perversa en el terreno de los hechos". Taylor, con-

[8] Chamberlain, *My Confession,* pp. 140 y 141.
[9] Meade, *The Life…,* p. 26.

cluía Hitchcock, quería "otro ascenso honorario, y con tal de lograrlo forzaba las cosas".[10]

Fuese lo que fuere lo que verdaderamente motivaba a Taylor, el estado de ánimo entre la tropa y entre los oficiales era muy bueno en Corpus Christi durante los últimos días del verano. En comparación con lo que es el servicio invernal en los ventisqueros de Minnesota, las condiciones parecían hasta cómodas; el calor no era excesivo, y la brisa mantenía al campamento libre de enfermedades, con excepción de una diarrea benigna causada por el agua salobre. Dado que escaseaba la leña necesaria para cocinar, no se podía saborear la carne de venado y de pavo silvestre que traían los cazadores, pero aun así la comida no era mala, aun cuando fuera a base de carne de cerdo y frijoles.

Entre los oficiales existía cierto ambiente de familia. Muchos se habían formado en West Point, y por primera vez desde su graduación volvían a ver caras conocidas. Característico fue el caso del capitán Ephraim Kirby Smith, comandante de una compañía del Quinto Regimiento de Infantería, quien describió su llegada al campamento durante una tormenta. Daba traspiés frente a las fogatas del campamento, escribió, cuando "me dieron una cordial bienvenida las voces […] de antiguos compañeros a quienes hacía años que no veía". Como otros, él percibió la ocasión: "Nuestras compañías recibieron el refuerzo de 50 reclutas […] Podría ejercer una autoridad parecida a la del grado de capitán, y como están las cosas creo que tendré la oportunidad de hacerlo". Elemento entusiasta del ejército regular, casi reventaba de orgullo: "El campamento […] encerrará el mayor cuerpo de tropa regular […] que haya sido reunido desde la Revolución".[11]

Al llegar a Corpus Christi estos soldados se portaron mejor de lo que pudiera esperarse. Eran veteranos, y para ellos un campamento era como cualquier otro. Alrededor de éste se formó un pequeño puesto comercial sin nada interesante que ofrecer, pero los soldados se contentaban con poco, pues creían que la expedición habría de terminar pronto y que, sin duda, no pasaría de ser una correría más.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo la pequeña factoría comenzó a crecer, y pronto congregó a 2 000 personas: pocas del

[10] Hitchcock, *Fifty Years…*, pp. 200 y 201.

[11] E. Kirby Smith, cartas, 28 de agosto y 18 de septiembre de 1845.

sexo femenino aparte de algunas esposas texanas y unas cuantas "lavanderas". Pronto hubo un buen número de cantinas, y después de la llegada del Segundo Regimiento de Dragones menudearon "vergonzosas riñas y pendencias" y hasta "parrandas escandalosas". Un capitán de dragones pidió su baja para no ser sometido a juicio, y dos soldados fueron juzgados y sentenciados por liarse a golpes a causa de una mujer. El ambiente de desorden empeoró de día en día.[12]

Taylor comprendió que su ejército no podía permanecer en Corpus Christi indefinidamente, pero no dependía de él el traslado a otra parte. Por lo tanto, obrando como comandante previsor, se preparó para hacer frente a cualquier contingencia. Por si tenía que avanzar, envió diversas partidas para que reconocieran el terreno entre el Río Nueces y el Río Bravo, generalmente encabezadas por miembros del Cuerpo de Ingenieros Topógrafos, entre quienes estaba George Meade.

Las cartas de Meade a su familia retratan la situación y al hombre. La belleza de aquellas tierras del interior pudo impresionar a Kirby Smith, pero Meade, incluso en su correspondencia personal, sólo se refiere a la topografía, a caminos intransitables, al suelo blando, a la visibilidad limitada por los grandes chaparrales. Lo intrigaba un sitio de nombre Brazos de Santiago, "un brazo de mar, que se proyecta en la cercana boca del Río Bravo, y se acerca hasta unos 32 kilómetros de Matamoros, un pueblo mexicano". Meade iba a encabezar una partida de cien hombres que exploraría una posición de gran importancia estratégica, y se sintió muy desilusionado al cancelarse la expedición.

La cancelación probablemente se debió a órdenes de Washington para que el ejército de ocupación permaneciera en Corpus Christi todo el invierno. Y ahí se quedó, padeciendo el mal tiempo y con creciente irritación. Algunos de los oficiales, Hitchcock y el capitán William W. S. Bliss (ayudante de Taylor) entre ellos, formaron un círculo de estudios para leer a Spinoza, Schiller, Kant y Socino, pero otros compañeros fueron menos constructivos.

A fines del otoño, sobrevinieron desagradables altercados entre los comandantes de más elevada graduación a propósito de un

[12] Hitchcock, *Fifty Years…,* p. 203.

ascenso honorario. Dos excelentes soldados, el coronel (general brigadier honorario) William J. Worth, segundo de Taylor, y el coronel David E. Twiggs, comandante del Segundo Regimiento de Dragones, acabaron enemistados. Eran de carácter muy diferente. Worth tenía muy buena figura —alguien lo llamó el "Ney del ejército"—, en West Point había sido comandante de cadetes (un poco antes de Hitchcock), y ayudante de Winfield Scott en 1812. Twiggs era corpulento, de cuello corto y grueso y de pelo blanco; era enérgico y emprendedor, pero no tenía una personalidad agradable. Las circunstancias no eran propicias para ninguno de los dos.

Para una revista militar, Taylor designó a Twiggs comandante de la tropa. Twiggs no había recibido un ascenso honorario pero, como coronel del ejército regular, tenía un grado superior al de Worth. Éste, bastante vanidoso, se sintió indignado por lo que él consideraba una afrenta, y no ocultó su disgusto. Pronto, el campamento se dividió en dos facciones, cada una con su propia opinión sobre si la prioridad correspondía al grado honorario o al grado regular. Todo ello exasperó a Taylor, y, para no tener que celebrar la proyectada ceremonia, canceló la revista y envió un mensaje al presidente pidiéndole que resolviera el problema. Winfield Scott, general en jefe, interceptó el mensaje y, como soldado profesional del más alto rango, publicó una circular donde se decidía que el grado honorario tenía precedencia sobre el grado en el ejército regular.

En cuanto se conoció en Corpus Christi la decisión de Scott, un grupo de oficiales, encabezados por Hitchcock, redactó una petición de 10 páginas y 158 firmas dirigida al presidente del Senado, la cual se envió el 19 de diciembre de 1845. Mientras la respuesta llegaba, el enfrentamiento continuó al rojo vivo.[13]

En Corpus Christi, el primer día del año 1846 fue casi igual que en cualquier otra parte: libaciones, carreras de caballos, juegos de azar, funciones de teatro y un baile por la noche. Además, la tradición ordenaba que los oficiales de mayor rango obsequiaran pastel y ponche de huevo. Según Meade, en el teatro se presentó una "compañía de cómicos de la legua, que destrozan lo mismo la tragedia que la comedia y hacen de la farsa una payasada, en

[13] *Ibid.,* pp. 204 y 206.

el más decantado estilo".[14]

Pero para el pequeño ejército de Taylor los días de tedio estaban a punto de terminar. Ese año, 1846, traería cuanta experiencia emocionante hubieran esperado, y bastante más.

[14] Meade, *The Life…,* pp. 44 y 45.

V. MISIÓN DE "PAZ"
Verano de 1845-enero de 1846

ZACHARY TAYLOR sometió a sus tropas a un duro entrenamiento en las inmediaciones del Río Nueces, pero aun así en su campamento reinaba la frivolidad, en comparación con la inflexible austeridad que, en Washington, observaba su comandante en jefe. Esto no quiere decir que Polk y su esposa vivieran como ermitaños (nada más lejos de la verdad), sino que todas sus actividades, de día y de noche, se orientaban a los objetivos de aquella administración. Los Polk organizaban de dos a tres cenas por semana, cuyos invitados, invariablemente personas que pudieran favorecer la política presidencial, debían retirarse temprano para que el presidente pudiera seguir trabajando.

Sarah Polk, como primera dama, tenía influencia por derecho propio. Siguiendo las costumbres rurales del sur, prohibió el baile, pero no el alcohol, en todas las ceremonias de la Casa Blanca. Además, los domingos no permitía la entrada a la Casa Blanca a ninguna visita, excepto en casos de emergencia. Su personalidad opacaba a la de su marido. También era muy reservada, pero ante el público mostraba una amabilidad superficial que agradaba tanto a amigos como a enemigos políticos. Además, gastaba bastante dinero en ropa.[1] El retrato oficial de la señora Polk, donde se ve a una mujer de rostro afilado, imponente, no corresponde a la realidad. Su personalidad compensaba ciertas fallas naturales, al grado de que se le seguía admirando aun cuando la popularidad política de su marido era baja.

La sociedad de Washington vio con gusto que se redecorara el interior de la Casa Blanca, cosa que no sucedía desde la época de James Monroe. El Congreso, por dimes y diretes, había negado a John Tyler cualquier suma para la redecoración, pero fue tan generoso con los Polk que el presidente anunció que sólo

[1] Encargó en París un guardarropa que costó 600 dólares, suma enorme en aquella época (Sellers, *James K. Polk…*, p. 307).

emplearía la mitad de la cantidad asignada. El interior se renovó totalmente, por lo cual los Polk durante algún tiempo tuvieron que alojarse en el cercano Hotel Coleman para huir del calor y del olor de la pintura fresca.[2]

Se decía que "la política era la religión de Polk y que el Partido Demócrata era su iglesia".[3] Mucho de verdad encerraban esas palabras, pues Polk parecía consagrar a la política las 24 horas del día. Nunca había pertenecido a ninguna Iglesia convencional, no tenía ningún pasatiempo. No practicaba deportes, y su ejercicio físico se reducía a largos paseos a pie por las mañanas y al atardecer. Se ufanaba de su espíritu de abnegación. "Mi tiempo —escribió en su diario— ha estado enteramente consagrado a mi despacho, al cumplimiento de mis deberes públicos. Este encierro en mi oficina ha sido constante y continuo, y muy intenso mi trabajo."[4] No es de extrañar que, a los tres años de escribir estas palabras, haya tenido que abandonar el poder con la salud muy quebrantada.

Dentro del gabinete, James Buchanan representaba el mayor problema para Polk. Así fue desde el principio y aquello parecía empeorar. Sin embargo, durante algún tiempo las diferencias entre los dos no llegaron a un nivel personal porque nunca se engañaron. Polk insistía en una línea más dura de lo que parecía prudente a Buchanan, pero éste obedecía fielmente las órdenes de su jefe.

En el otoño de 1845, no obstante, tuvo lugar la primera confrontación de Polk y Buchanan, cuando por la muerte del magistrado Henry Baldwin se creó una vacante en la Suprema Corte. Hubo quienes pensaban que el puesto debía ser ocupado por Buchanan, el cual aparentaba no ambicionar tal nombramiento. Con todo, cuando fue a ver a Polk para asegurarle cuál era su posición, dijo, sin que viniera al caso, que en Pensilvania, su estado natal, había "desilusión" por la actitud del presidente en relación con los aranceles, y que el correspondiente resentimiento lo desconcertaba como miembro del gabinete presidencial. Así, el presidente podría suavizar la situación "transfiriendo" a Bucha-

[2] Sellers, *James K. Polk…*, pp. 306-309.
[3] Castel, "Winfield Scott".
[4] Polk, *Diary*, 1 de abril de 1846, p. 69.

nan a la Suprema Corte.[5] Polk no entendió la intención de las palabras de Buchanan: la cuestión de los aranceles sólo muy de lejos afectaba la política exterior, y él estaba muy satisfecho con la actuación de Buchanan como secretario de Estado. Para el presidente, la cuestión parecía resuelta de momento.

Las relaciones de Polk con el Congreso se hicieron más espinosas porque, sobre todo en el Senado, tuvo que lidiar con gente ambiciosa a la que no inspiraba ningún temor y a la que no podía controlar. Las más prominentes de entre esas personas eran Benton, Calhoun y William Allen, presidente del Comité de Asuntos Exteriores. Polk necesitaba el apoyo del Senado en lo relativo a Oregon y México, pero no había política capaz de satisfacer simultáneamente a esos tres líderes. Al parecer, Calhoun y Allen se contrapesaban mutuamente. Calhoun, al volverse más y más regionalista, se inclinaba por la reconciliación con Inglaterra en lo relativo a Oregon. Allen, por el contrario, insistía fanáticamente en la política casuística de "Al paralelo 54-40, o a pelear". De momento, por consiguiente, Polk prefirió hacer las paces con Benton, quien podía ser el más equilibrado.

A fines de octubre de 1845, por primera vez desde la convención demócrata de 1844, Polk invitó a Benton a la Casa Blanca. Al presidente le complació descubrir que el "coronel" Benton, como lo llamaba Polk, era "agradable y amable", como cuando habían coincidido como miembros del Congreso años atrás.

El presidente comenzó por rechazar cualquier probabilidad de que la controversia sobre Oregon se dirimiera mediante negociaciones con Gran Bretaña. Benton repuso prudentemente que él siempre había estado en favor de un arreglo con base en el paralelo 49, pero reconoció sin dificultad la evidente diferencia, por lo que ambos buscaron los puntos en los que pudieran llegar a un acuerdo. En efecto, encontraron algunos, de corto alcance, entre los cuales se incluía "notificar" a los británicos con 12 meses de anticipación que se daría por terminada la ocupación inglesa del territorio de Oregon. Benton también estuvo de acuerdo en que las leyes y la jurisdicción de Estados Unidos se extendieran a los ciudadanos norteamericanos de Oregon.[6]

Luego hablaron de California, región que iba despertando

[5] *Ibid.*, 29 de septiembre de 1845, pp. 12 y 13.
[6] *Ibid.*, 24 de octubre de 1845, pp. 17 y 18.

creciente interés. Antes, incluso los más entusiastas partidarios del Destino Manifiesto [7] habían dado por hecho que el flujo de norteamericanos hacia California inevitablemente acabaría, como había sucedido en Texas, por atraer toda la zona al seno de la Unión. Pero esa cómoda suposición había recibido un golpe debido a un alarmante mensaje de Thomas O. Larkin, cónsul de Estados Unidos en Monterey. La Hudson's Bay Company, según Larkin, estaba alentando al gobierno mexicano para que, mediante una expedición militar, sometiera a la levantisca población de esa difícil zona. Además, en Monterey había agentes británicos cuya misión nada tenía que ver con lo comercial. Esos mensajes coincidían con el del doctor Parrott, quien desde la ciudad de México informó sobre el "gran interés en todo lo californiano" manifestado "en los círculos británicos". Añadió Parrott que un sacerdote irlandés proyectaba fundar una colonia en California.[8]

Todo esto significaba que Inglaterra amenazaba la posición de Estados Unidos en la costa del Pacífico, y confió a Benton que ya había enviado instrucciones a Larkin, a Parrott y al comodoro John D. Sloat.[9] Benton agradeció la información pero no se comprometió a nada.

Pero algo que Polk no incluyó en su diario fue que pocos días después decidió dar algunos pasos en firme en lo relativo a California, y de ello se enteró Benton. La noche del 30 de octubre de 1845, Polk citó en la Casa Blanca al teniente primero Arnold H. Gillespie y lo envió a una misión especial. Tres días antes se había comisionado a Gillespie para entregar a Larkin despachos del Departamento de Estado, pero ahora Polk lo designaba "agente especial" y le confiaba un paquete que Benton le enviaba a su yerno, el capitán John C. Frémont, jefe de la misión que realizaría sondeos en Oregon y California. Sea lo que sea lo ocurrido esa noche, Gillespie salió de la Casa Blanca persuadido de que su verdadera misión consistía en colaborar para que Frémont convenciera a los californianos de que debían levantarse contra el

[7] Término probablemente acuñado por John Sullivan en 1842, según datos de la doctora Guadalupe Jiménez Codinach, de la Biblioteca del Congreso. Sin embargo, ya se usaban expresiones parecidas desde la época de Jefferson.

[8] Hussey, "The Origin of the Gillespie Mission", p. 46.

[9] Sloat tenía a sus órdenes el escuadrón norteamericano en el Pacífico.

gobierno mexicano.[10]

Gillespie tardó más de dos semanas en partir de Nueva York porque antes tenía que hacer arreglos bastante complicados. El factor tiempo constituía un problema. Como el viaje directo de Washington a California atravesando llanuras y montañas era largo, tedioso y peligroso, para llegar a Monterey Gillespie no tenía más remedio que cruzar parte de México. Como vestir uniforme fácilmente crearía dificultades, el Departamento de la Marina prefirió que Gillespie vistiera de civil. Abordaría una nave comercial para ir de Nueva York a Veracruz, de donde, atravesando a todo lo ancho el territorio mexicano, se dirigiría al puerto de Mazatlán, y de ahí subiría por la costa del Pacífico a Monterey. El secretario Bancroft le proporcionó credenciales que lo acreditaban como hombre de negocios.

El 16 de noviembre de 1845 Gillespie se puso en camino. No lejos de Sandy Hook, lleno de optimismo, en un barco guía envió un último mensaje al secretario de Marina: "le aseguro que no se arrepentirá de haberme nombrado para esta misión…, y que, con el éxito obtenido… recibiré la única recompensa a que debe aspirar un soldado".[11]

Gillespie era ambicioso. Al terminar su viaje se vio hasta qué grado.

El 9 de noviembre de 1845, el doctor Parrott, agente especial de Polk, regresó a Washington, seguro de que México ansiaba arreglar la cuestión de la línea fronteriza entre ambas naciones, lo cual no sorprendió a Polk. En realidad, previendo los informes que iba a recibir, acababa de firmar el nombramiento de John Slidell, de Luisiana, como "ministro extraordinario y plenipotenciario" ante el gobierno mexicano. Además, convenció a Parrott para que regresara como secretario de legación con Slidell, aun cuando sabía que Parrott no era bien visto en México.

A las 12:30 p. m. del 2 de diciembre de 1845, un comité mixto, integrado por representantes de ambas cámaras, fue a la Casa Blanca para comunicar a Polk que el Congreso estaba dispuesto a

[10] Hussey, "The Origin of the Gillespie Mission", p. 52.

[11] Gillespie a Bancroft, 16 de noviembre de 1845, *California Historical Society Quartely*, vol. l8, núm. 3, 1939.

recibir cualquier mensaje que el presidente deseara enviar. A continuación, después de dar las gracias, Polk envió al Capitolio a su secretario con su primer mensaje sobre el estado de la Unión.[12]

El mensaje de Polk había sido anunciado como una segunda Doctrina Monroe, sólo superada en importancia por la primera.[13] Sin hipérbole, puede afirmarse que revelaba perfectamente cuál era la posición de Polk. El texto: *a)* enumeraba los muchos agravios que México había hecho a Estados Unidos; *b)* dio a conocer el prometedor informe del doctor Parrott; *c)* prometió que se enviaría a México un ministro (no designado); *d)* modificó los términos de la ocupación bipartita de Oregon, de conformidad con el acuerdo anglo-estadunidense de octubre de 1818; *e)* informó sobre el estado en que se hallaban las negociaciones, y *f)* reiteró las medidas provisionales que Polk había discutido con el senador Benton hacía poco más de una semana, en especial su proyecto de notificar a Inglaterra al respecto con un año de anticipación.

Lo que dijo Polk sobre Oregon terminó con esta nota desafiante: "Oregon es parte del continente norteamericano, sobre el cual, puede afirmarse con certeza, el derecho de Estados Unidos tiene prevalencia […] la propuesta de arreglo británica […] en ningún momento podría ser acogida por Estados Unidos".[14]

El mensajero llegó al Capitolio a la 1:10 p. m., e inmediatamente ambas cámaras suspendieron la sesión. Una locomotora estaba ya esperando para llevar copias del mensaje a Baltimore. La noticia sobre este envío se dio utilizando la nueva línea telegráfica Washington-Baltimore. Cuando el documento llegó a Baltimore, en las calles del centro una gran multitud presenció cuando se le dio pública lectura. Entre tanto, otra locomotora quedó lista para llevar copias del mensaje presidencial a Filadelfia. En Washington la lectura terminó a las 4:00 p. m. A las 5:30 se comenzó a leer en público en el correo central de Filadelfia, y a eso de las 10:30 p. m. ya había copias del mensaje en Nueva York. Las multitudes que llenaban las calles, con frenesí patriótico, coreaban: "¡Jackson resucitó!"[15]

Incluso los más serenos consejos estatales reaccionaron en forma muy favorable al mensaje de Polk. Lewis Cass, de Ohio, esta-

[12] Polk, *Diary,* 2 de diciembre de 1845, p. 30.
[13] Perkins, *The Monroe Doctrine 1826-1827.*
[14] *The State of the Union Messages of the Presidents,* vol. 1, pp. 634-645.
[15] Sellers, *James K. Polk…,* p. 339.

ba frenético: "¡Dejaste esculpida la verdadera doctrina! ¡Cortaste el nudo gordiano!" Benton también estuvo a favor, pero con cierta cautela.[16] Polk estaba en su apogeo.

El 29 de noviembre de 1845, John Slidell, recién nombrado ministro ante el gobierno mexicano, desembarcó en Veracruz con una serie de instrucciones de imposible cumplimiento que imprudentemente había aceptado. Si al principio se sentía algo incómodo con su misión, seguramente su malestar aumentó al ver que los funcionarios mexicanos preferían no recibirlo personalmente. Tuvo que esperar en Nueva Orleans del 17 de septiembre al 10 de noviembre de 1845, mientras John Black, cónsul norteamericano en Veracruz, buscaba la manera de que el enviado fuera recibido.

El 13 de octubre, Manuel Peña y Peña, ministro mexicano de Relaciones Exteriores, notificó a Black que recibiría a Slidell como mero "comisionado", no como "ministro" oficialmente reconocido. Asimismo, insistió en que fuera retirado el escuadrón de la marina norteamericana anclado en Veracruz.[17] Extraoficialmente, Peña y Peña indicó que un comisionado debía tener "carácter conciliatorio", cualidad de la que carecía el doctor Parrott.

Polk y Buchanan no hicieron caso de dichas condiciones cuando designaron a Slidell "ministro extraordinario y plenipotenciario" y nuevamente enviaron a Parrott a la legación en la capital mexicana. Esta actitud arrogante no se debió a mera inadvertencia, pues diplomáticos como Joel Poinsett, ex ministro en México, habían advertido que "el gobierno mexicano no quería y ni siquiera se atrevería a recibir a nuestro ministro plenipotenciario".[18]

Lo que Slidell, de acuerdo con sus instrucciones, debía proponer en México era excesivamente duro. Además de rechazar terminantemente cualquier tipo de reparaciones por la anexión de Texas, que de suyo hubieran sido razonables, enumeraría los intolerables "insultos y ultrajes cometidos por… México en perjuicio de ciudadanos norteamericanos", y presentaría cuatro opciones sobre ajustes a la línea fronteriza en vez de un pago

[16] Polk, *Diary*, 2, 5 y 6 de diciembre, p. 30.
[17] Sellers, *James K. Polk…*, p. 331.
[18] Poinsett a Van Buren, 26 de mayo de 1846, en Sellers, *James K. Polk…*, p. 265.

en efectivo: *a)* en lo concerniente a una línea fronteriza en el Río Bravo y en la mitad de Nuevo México, Estados Unidos sólo tendría en cuenta las reclamaciones de ciudadanos norteamericanos contra México; *b)* en lo relativo a una línea fronteriza que añadiría el resto de Nuevo México, Estados Unidos reconocería las reclamaciones y pagaría cinco millones de dólares; *c)* en cuanto a una línea fronteriza que incluiría la Bahía de San Francisco, Estados Unidos reconocería las reclamaciones y pagaría 20 millones de dólares; y por último, *d)* en lo concerniente a una línea fronteriza que abarcaría Monterey (California), se pagaría la suma de 25 millones de dólares, además de atender las reclamaciones.[19] Sin duda, se trataba de una lista de compras muy bien hecha.

Slidell era el hombre indicado para intimidar y exigir como lo requería la situación. Aunque hablaba bien el español, lo cual pudo ganarle simpatías entre los mexicanos, en realidad daba la impresión de que los despreciaba.[20] Por encima de todo, Slidell ansiaba este nombramiento porque bien podría proporcionarle la fama y la categoría que tanto ambicionaba.

Slidell era talentoso, inquieto, inteligente, ambicioso. Criado en Nueva York, salió para Nueva Orleans en 1849, a los 26 años de edad, en circunstancias un tanto oscuras.[21] En esta ciudad asumió el modo de vivir y las actitudes del Sur. Tuvo éxito como abogado, y Martin Van Buren, por aquel entonces secretario de Estado en el gabinete de Andrew Jackson, pensó en recomendarlo para un puesto diplomático, pero el propio Jackson se opuso.[22] Hacia 1845 Slidell ya era diputado por Luisiana. Había logrado muchas cosas, pero no el reconocimiento nacional que anhelaba.[23]

[19] Sellers, *James K. Polk…*, pp. 336-338.

[20] "No tengo un elevado concepto de la inteligencia de los mexicanos", escribió en seguida de su desembarco.

[21] Slidell, buen tirador, disparó sobre el propietario del Park Theater, con quien tuvo dificultades a propósito de una joven dama, lo cual le creó dificultades con la policía.

[22] "Sabiendo que tiene usted una opinión favorable sobre el señor Slidell…, con esta carta deseo recomendarle que tenga cuidado con él, que no tropiece usted feamente con obstáculos que no tienen por qué existir por donde usted camina, y que tenga mucho cuidado en cualquier tipo de comunicaciones con [Slidell]" (Carta de Jackson a Van Buren, citada por Wilson en *John Slidell*, p. 13).

La llegada de Slidell a Veracruz provocó un levantamiento en México, pues precisamente por entonces el rebelde Paredes esperaba un pretexto para alzarse contra el gobierno de Herrera. Más aún, contaba con los medios para hacerlo, pues cuando desobedeció las órdenes de Herrera para que en el mes de agosto anterior se trasladara al norte, Paredes se quedó en San Luis Potosí con 7 000 de los mejores soldados de México.

Herrera quedó asombrado cuando Slidell llegó a Veracruz a principios de diciembre. El gobierno mexicano suponía que este arribo se pospondría mientras el Senado norteamericano supuestamente estudiaba el nombramiento del ministro, lo cual, por una u otra razón, no sucedió. Peña y Peña envió a Black, el cónsul en Veracruz, un mensaje para suplicarle que impidiera el desembarco de Slidell, pero éste ya se había puesto en camino hacia el interior del país antes de que Black pudiera intervenir. Al fin lo alcanzó en Puebla, pero no logró disuadirlo, y Slidell llegó a la capital el 6 de diciembre.

La consternación de Herrera aumentó cuando supo que Slidell había recibido el título de "ministro" y que proyectaba permanecer indefinidamente en México. Herrera turnó el asunto al Consejo de Gobierno, el cual respondió al cabo de dos semanas que a Slidell no se le podría recibir en calidad de ministro. Entre tanto, el impaciente enviado de Estados Unidos envió dos notas a Peña y Peña en protesta por estas dilaciones y porque el gobierno no se dirigía a él dándole el título que, en su concepto, le correspondía.

En la víspera de la Navidad Slidell lanzó una desmesurada protesta, en la que incluso amenazaba con recurrir a la fuerza.[24] A continuación abandonó la capital y se fue a Jalapa a esperar las instrucciones de Washington. Siete días después, el general Mariano Paredes ocupó la ciudad de México y se convirtió en el nuevo presidente.

Si los sucesos en México no iban resultando del agrado de John Slidell, lo mismo le ocurría a Polk con lo que pasaba en Washington, pues, disipada la euforia que causó su mensaje anual, de

[23] En palabras del propio Slidell, su misión "implica por lo menos considerable responsabilidad, y, si se logra llevarla a buen fin, proporcionará fama y prestigio" (Wilson, *John Slidell,* p. 15).

[24] Slidell a Peña y Peña, diciembre de 1845, en Sellers, *James K. Polk…,* p. 399.

nuevo tuvo que enfrentarse a la realidad. Incluso la más importante de sus recomendaciones, la referente a la "notificación" que iba a enviarse a Inglaterra, encontró serios obstáculos.

La situación se caldeó aún más cuando lord Aberdeen presionó para que el problema se sometiera al arbitraje en Europa, a lo cual jamás accederían los norteamericanos. Polk, ante la posibilidad de que estallase la guerra, hizo una concesión a la Gran Bretaña y aceptó consultar a tres o cuatro senadores sobre un compromiso acerca de una línea fronteriza que coincidiera con el paralelo 49 y llegara hasta el estrecho de San Juan de Fuca, de manera que se dejara la punta sur de Vancouver a los ingleses. Con esto las negociaciones podrían volver al mismo punto en que se iniciaron.[25]

A principios de enero de 1846, Polk recibió el primer despacho de Slidell desde que éste, muy indignado, partiera de la ciudad de México. No le parecía factible llegar a un arreglo, y ya sólo deseaba que toda la culpa del fracaso recayese en México.[26]

Ante el callejón sin salida en que se encontraba Slidell, Polk dio nuevas instrucciones a William Marcy, secretario de Guerra, quien, el 13 de enero de 1846, envió el siguiente mensaje al general Taylor, entonces en Corpus Christi: "General: me ordena el presidente le gire instrucciones para que avance y ocupe con las fuerzas a su mando una posición en la margen oriental del Río del Norte, o en sus inmediaciones…"[27]

[25] Polk, *Diary*, 23 de diciembre de 1845, p. 36.
[26] Slidell a Buchanan, 27 de diciembre de 1845, en Sellers, *James K. Polk…*, p. 400.
[27] Marcy a Taylor, 13 de enero de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 90.

VI. SANGRE NORTEAMERICANA EN SUELO NORTEAMERICANO
Enero-abril de 1846

La orden de Polk del 13 de enero de 1846, para que el ejército de Taylor se trasladara de Corpus Christi a "una posición en la margen oriental del Río del Norte, o en sus inmediaciones", fue muy del agrado de este general; más aún, se basaba en una recomendación que el propio Taylor había hecho al ayudante general tres meses antes.[1]

Sin embargo, dos párrafos de la orden de Polk, aunque sutilmente redactados, dejaban a Taylor en una posición bastante incómoda:

> No se busca, en la situación actual de nuestras relaciones con México, que usted lo trate como a país enemigo, pero si, por declarar la guerra o por cualquier otra acción abiertamente hostil a nosotros, asumiera ese carácter, no tendrá usted que obrar meramente a la defensiva, siempre y cuando los medios de que disponga le permitan obrar en otra forma…
>
> Como Texas se ha incorporado plenamente a nuestra unión de estados, queda usted autorizado a pedirle formalmente al Poder Ejecutivo de ese estado que proporcione los contingentes que puedan ser necesarios para repeler una invasión o para asegurar al país contra una previsible invasión.[2]

Con el primer párrafo de esta orden, el presidente de Estados Unidos ponía en manos del jefe de operaciones el poder de decidir si existía o no un estado de guerra, lo cual constituía una

[1] Comunicado de Taylor al procurador general, 4 de octubre de 1845, Exec. Doc. núm. 60, p. 108. La costumbre militar dictaba que todos los comandantes de campo enviaran sus comunicaciones al cuartel general inmediatamente superior. En este caso, el ayudante general del Departamento de Guerra era el general brigadier Roger Jones. Los mensajes de Polk a Taylor fueron firmados tanto por Marcy, el secretario de Guerra, como por el ayudante general.

[2] Marcy a Scott, 13 de enero de 1846, Exec. Doc. núm. 60, XXX Legislatura, primera sesión, p. 91.

medida muy fuera de lo común. Ahora bien, el segundo párrafo resultaba aún más espinoso, pues la posibilidad de requerir refuerzos militares no era la *carta blanca* que a primera vista parecía ser. El artículo I de la Constitución de Estados Unidos expresamente limita el empleo de la milicia estatal a "ejecutar las leyes de la Unión, suprimir las insurrecciones y rechazar las invasiones". Por tanto, si Taylor asumía la ofensiva una vez iniciadas las hostilidades (como se le ordenaba que lo hiciera), no podría emplear la milicia con ese objetivo en territorio mexicano.

Teniendo en cuenta el carácter reservado de Polk, no se podría determinar si él y el secretario de Guerra deliberadamente colocaron a Taylor en una situación difícil o si involuntariamente habían cometido un error. Winfield Scott, el general en jefe, inmediatamente habría visto el carácter inconstitucional de la orden, pero la verdad es que Polk ya había decidido dirigir el ejército sin consultar al autoritario Scott. Cualquiera que haya sido su razonamiento, el caso es que Taylor resolvió, si llegaba el momento, entrar en batalla con sólo el pequeño ejército de ocupación a su mando.

La buena disposición de Taylor para abandonar Corpus Christi y seguir adelante provenía, en parte, de su gran preocupación por el bienestar de sus hombres. En octubre, cuando por primera vez recomendó el avance, el tedio ya había comenzado a apoderarse de las tropas. El constante entrenamiento, por muy indispensable que fuera, se volvía molesto, e incluso los más profesionales entre los jóvenes oficiales se quejaban del continuo y monótono redoble de tambores. Más aún, el estado del tiempo iba de mal en peor. Los vientos que llegaban del mar eran cada vez más fríos y la lluvia penetraba las endebles tiendas de campaña. Escaseaba la leña tanto para la calefacción como para la cocina. El campamento de Corpus Christi ya no era habitable.

Cuando el 4 de febrero llegó la orden de que Taylor lo abandonara, el general prometió que sin "perder un minuto" se dirigiría a Point Isabel, en Brazos Santiago, donde su base podría recibir suministros directamente de Nueva Orleans.[3]

Con todo, Taylor tardó más de un mes en ponerse en marcha. Carecía de un navío para enviar exploradores a Brazos Santiago

[3] Taylor al procurador general, 4 de febrero de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 116.

(a más de 160 kilómetros de distancia), y el traslado por tierra llevaría demasiado tiempo. Por otra parte, necesitaba uno o dos navíos con algún armamento para proteger la proyectada base de los ataques por mar. Taylor los había solicitado insistentemente pero Washington no había respondido. Por fin, el Departamento de la Marina hizo un pequeño esfuerzo y asignó tres naves en pésimas condiciones al Departamento de Guerra.[4] Todo esto retrasó a Taylor.

Al fin el comodoro David E. Conner, comandante del *Home Squadron,* que patrullaba el Golfo de México, envió ayuda. A mediados de febrero Conner se enteró del predicamento en que se hallaba Taylor, y ofreció proporcionarle "uno o dos navíos pequeños" que lo ayudaran a apoderarse de Brazos Santiago (la bahía que cercaba Point Isabel) y a proteger la posición. Taylor agradeció la oferta.[5]

A pesar de los preparativos, la inminente marcha al principio se pudo mantener en secreto. Pero hacia el 18 de febrero ya todo el mundo se había enterado de las órdenes que tenía Taylor, con lo cual se generalizó el revuelo. Los garitos y las cantinas de Corpus Christi se lamentaban, y no es de extrañar que, para evitar la próxima partida de Taylor, se hicieran correr rumores de que "se acercaban grandes contingentes mexicanos que iban a atacarlo".[6] El general, por supuesto, no prestó atención a los "informes".

El domingo 8 de marzo, tropas de avanzada, esto es, el Segundo Regimiento de Dragones, al mando de Twigg, equipado con artillería ligera, se pusieron en marcha para ir directamente por

[4] A principios de noviembre, Taylor informó que el *On-ka-hy-e* había zarpado de la Bahía de Aransas con rumbo a Mobile un mes antes y que aún no regresaba. El comandante del *Harney,* a su vez, informó que este barco "estaba anclado en el río Misisipi", y que no se hallaba en condiciones de salir al mar. Por último, no había noticias sobre el paradero del *Dolphin (*Comunicado de Taylor al procurador general, 8 de noviembre de 1845, Exec. Doc. núm. 60, p. 113).

[5] Taylor al procurador general, 4 de febrero de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 117.

[6] George Meade, *Life and Letters,* cartas a su esposa, 18 de febrero y 2 de marzo de 1845. El 14 de febrero Taylor envió esta advertencia a Washington: "Sin duda van a llegar muchos informes al departamento describiendo en forma exagerada los preparativos con los que México quiere oponer resistencia a nuestro avance, si no es que para intentar alguna invasión a Texas. Estos informes incluso han circulado en este lugar, y nacen de intereses meramente personales relacionados con la permanencia del ejército aquí. Confío en que el Departamento de Guerra no les prestará ninguna atención".

tierra a Matamoros. El camino era accidentado pero estaba bien marcado por las huellas que durante años comerciantes y contrabandistas habían dejado en su recorrido Corpus Christi-Matamoros. Era la ruta conocida en México con el nombre de Camino del Arroyo Colorado.[7]

Al día siguiente, la Primera Brigada, al mando del general brigadier honorario William J. Worth, salió de Corpus Christi; el 10 de marzo partió la Segunda Brigada (comandada por el coronel James S. McIntosh), y el 11 lo hizo la Tercera Brigada (a las órdenes del coronel William Whistler). Taylor permaneció detrás para observar la salida de la Tercera Brigada, a la que acompañó durante unos kilómetros; después siguió adelante, con la idea de alcanzar a Twiggs antes de llegar a territorio donde quizá fuera a ofrecer resistencia el enemigo.

Las fuerzas de Taylor constaban de más o menos unos 3 550 hombres entre oficiales y tropa, seguidos de 307 carros y vagones tirados por bueyes y mulas. Taylor dejó en Corpus Christi su "destacamento marino" al mando del mayor John Monroe: un equipo para sitiar conformado por oficiales de la Marina, ingenieros, piezas de artillería, etc., que viajarían desde Corpus Christi por vía marítima,[8] a fin de llegar, según se había planeado, a Brazos Santiago al mismo tiempo que Taylor y su ejército terrestre. Para facilitar el contacto entre el oficial administrativo y él, Taylor escogió la siguiente dirección: c/o Oficial de Intendencia en Nueva Orleans.[9]

El 11 de marzo, Taylor despidió en Corpus Christi a la Tercera Brigada. Al día siguiente, después de recorrer 48 kilómetros, se reunió con la Segunda Brigada, la cual iba "avanzando con gran regularidad". Ese mismo día informó a Washington que el bergantín *Porpoise* había llegado un día antes a la altura de Aransas, con órdenes de Conner para prestar "cuantos servicios estuvieran a su alcance". Taylor anexó una carta que Conner le escribió para proporcionarle datos (a los que el propio Con-

[7] Taylor al procurador general, 8 de marzo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 118 y 119.

[8] Taylor tenía a su disposición medios de transporte, como el *Alabama,* pero como no estaban artillados tenían necesidad de contar con escoltas navales.

[9] *Ibid.,* 12 de marzo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 118 y 119.

ner no daba gran importancia) acerca de considerables fuerzas mexicanas que se dirigían al norte y del descontento general que ya despertaba el recién instalado régimen de Paredes. También remitió una copia de una proclama anti-Paredes emitida por un tal general Antonio Canales en Camargo, no lejos de Matamoros. Este revoltoso, aborrecido enemigo de los texanos fronterizos, sólo controlaba un regimiento auxiliar, pero las noticias sobre cualquier clase de disturbios en México eran bien recibidas.[10]

El desplazamiento por tierra comenzó en forma bastante agradable para la tropa. Al principio se caminó en dirección oeste, a un lado del Río Nueces, cruzando amplias praderas con islotes de vegetación aquí y allá y uno que otro tupido matorral. Kirby Smith, entusiasmado, envió a su familia la descripción de una planta, la bayoneta, que llegaba a tener 4.5 metros de alto y se adornaba con flores blancas de unos 12 centímetros de diámetro, protegidas por unas "bayonetas" verdes y brillantes: ¡una verdadera novedad para un oriundo de Nueva Inglaterra! Conforme la marcha avanzaba, el ejército tomó dirección sudoeste, y llegó a la tierra de las tarántulas y de las víboras de cascabel. Por esos andurriales, los hombres de Smith cazaron un pequeño antílope con el que pensaron reforzar su rancho, pero estaba tan flaco que lo dejaron libre.

Llegó un momento en que todos estaban sucios y con mucho calor, y en una ocasión pasaron 36 horas sin una gota de agua. Taylor, por supuesto, compartía todas esas penalidades. Igual que sus hombres, tenía la piel quemada por el sol (acabó despellejándose) y los labios agrietados y en carne viva. Como era de esperar, en ninguno de sus despachos habló de las penalidades por las que estaban pasando él y sus hombres. Incluso, los veteranos como Smith parecían gozar con esas larguísimas y abrasadoras jornadas.[11]

Taylor esperaba atravesar los primeros 160 kilómetros sin que nadie lo estorbara. Sin embargo, como pasando Arroyo Colora-

[10] Taylor al procurador general, 12 de marzo de 1846; carta de Conner a Taylor desde el *USS Falmouth* (frente a Veracruz), 2 de marzo de 1846, y proclamación de Canales, febrero de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 121-123.

[11] Kirby Smith, carta en varias partes a su esposa; comienza el 17 de marzo de 1846.

do, a unos 50 kilómetros de Matamoros, en cualquier momento podía ser atacado, decidió concentrar sus fuerzas en tal arroyo. En todo caso, aunque no lo hubiera hecho así, habría bastado para alertarlo el incidente que tuvo lugar el jueves 19 y el viernes 20 de marzo, cuando el Segundo Regimiento de Dragones envió al arroyo a un grupo de reconocimiento, al que una partida mexicana de caballería irregular desafió desde la orilla opuesta. Los mexicanos no emprendieron ninguna acción agresiva, pero "dejaron en claro" que si se cruzaba el arroyo se cometería "un acto hostil".[12] Taylor no podía calcular con exactitud el número de esa fuerza, pero aun así preparó para el día siguiente un asalto en gran escala.

El día 20, temprano, Taylor colocó a sus dragones y a la Primera Brigada, al mando de Worth, en posiciones cercanas al arroyo, apoyadas por toda la artillería. En el ínterin, llegó la Segunda Brigada, comandada por McIntosh, y la situó a la derecha de la Primera. En su informe, Taylor dijo concisamente que el "cruce se inició y ejecutó tal y como se había planeado y ordenado. No se disparó ni un solo tiro…"[13]

Otros describieron la operación en términos más expresivos. Kirby Smith afirmó que "había sido uno de los momentos más emocionantes de mi vida". Todos los hombres, escribió, "desde el general en jefe hasta el más pequeño de los jóvenes tambores, tenían la certidumbre moral de que nos encontrábamos al borde de un feroz y sangriento conflicto, pero no vi a nadie que no estuviera animoso y en apariencia con ansias de que se iniciara el juego". Smith admiró el orden perfecto con que cuatro compañías, al mando del capitán C. F. Smith, se metieron al agua. Momentos después, el general Worth corrió para ponerse a la cabeza de esa columna. "Reteniendo la respiración y en silencio, vimos cómo fueron avanzando por el agua, temiendo que en cualquier momento recibirían una descarga fulminante." Cuando llegaron a la mitad del arroyo sin que se hubiera disparado un solo tiro desde la otra margen, añadió Smith, "con maldiciones entre dientes los hombres expresaron su desilusión". No obstante, cuando la cabeza de la columna llegó a la otra orilla, los soldados lanzaron aclamaciones, la banda tocó "Yankee Doodle" y

[12] Taylor al procurador general, 21 de marzo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 124.
[13] *Ibid.,* pp. 123-125.

todos comenzaron a subir el cerro. A la distancia, Smith vio que algunos mexicanos iban en retirada. "Había terminado la gran batalla de Arroyo Colorado."[14]

En la mañana del 24 de marzo de 1846, las fuerzas de Taylor llegaron a un cruce de caminos cerca del Río Bravo. El de la izquierda iba a Point Isabel, a 16 kilómetros de allí, y el de la derecha a Matamoros, a 32 kilómetros. Preocupado por la seguridad de su proyectada base en Point Isabel, Taylor decidió inspeccionar personalmente el terreno. Escogió a siete compañías del Segundo Regimiento de Dragones y marchó en dirección este, enviando a Worth, con las tres brigadas de infantería, en busca de un sitio donde pudieran acampar en las inmediaciones del camino a Matamoros. Worth acampó cerca de una charca denominada Palo Alto.

En Point Isabel, Taylor recibió buenas y malas noticias. El contingente que viajó por mar había llegado felizmente tres horas antes, y el *Porpoise,* el *Lawrence* y el *Woodbury* habían anclado muy cerca de la costa. Pero, por otra parte, algunos edificios de la aldea El Frontón habían sido incendiados, por órdenes, según se decía, del general Francisco Mejía, cuyo cuartel estaba en Matamoros. Además, una copia del llamamiento a las armas hecho por Mejía anunciaba una actitud hostil.[15]

Taylor no se detuvo en Point Isabel. Temprano en la mañana del 28 de marzo se unió en Palo Alto a sus tropas, y al mediodía, el pequeño contingente, ondeando banderas y al compás de una marcha, partió corriente arriba siguiendo la margen izquierda del Río Bravo, con Matamoros a la vista.

Allí los norteamericanos vieron por primera vez territorio mexicano. Hicieron alto y "a sus anchas" pudieron observar a 90 metros de distancia al otro lado del río, centinelas a lo largo de la orilla, y detrás la bandera mexicana por todas partes en el pequeño pueblo. Unos cuantos hombres y mujeres caminaban despreocupados en las inmediaciones. Todas las barcas y canoas habían sido llevadas al lado mexicano.

Al principio el ambiente no era abiertamente hostil. Por la

[14] Carta de Smith a su esposa.

[15] Taylor al procurador general, 25 de marzo de 1845. En realidad, el documento llegó a manos de Taylor en Arroyo Colorado.

mapa

tarde, realmente, fue sorprendente para los norteamericanos la visión de jóvenes mujeres que paseaban a la orilla del río y que comenzaron a desvestirse muy tranquilas para, a continuación, meterse al río, sin hacer ningún caso de los muchos espectadores que había en cada orilla. Algunos jóvenes oficiales norteamericanos se apresuraron a zambullirse para alcanzarlas, pero los guardias mexicanos les prohibieron ir más allá del centro del río, "por lo que regresaron después de intercambiar 'besos volados' con las bronceadas damiselas".[16]

Sin embargo, esa misma tarde se comenzó a ver cuál era en realidad la situación. Taylor decidió enviar a Matamoros un mensaje para el general Mejía, y lo puso en manos del general Worth, a quien trataba como si fuese su segundo a pesar de que, en el ejército regular, Twiggs tenía grado superior. Los hombres de Worth izaron una bandera blanca, y los mexicanos, al verla, enviaron a unos cuantos hombres en una barca. Estos hombres —dos oficiales de caballería y un intérprete— eran los mismos que habían hecho advertencias en Arroyo Colorado.

Inmediatamente se presentaron dificultades de carácter protocolario. Como Mejía deseaba una conferencia en toda forma con Taylor, se negó a hablar con un subordinado, pero dijo que nombraría a su segundo, el general Rómulo Díaz de la Vega, para que lo representara. Worth pasó entonces a la margen del lado mexicano acompañado de cinco ayudantes. De la Vega los recibió con "la debida cortesía y respeto". Entonces Worth presentó el mensaje que Taylor dirigía al general Mejía, al que dio lectura el intérprete.

Las posturas de uno y otro bando eran marcadamente opuestas. De la Vega, en nombre de Mejía, le dijo a Worth que México consideraba un acto de guerra el que Taylor hubiera entrado con sus tropas en el estado de Tamaulipas (entre el Río Nueces y el Río Bravo). Worth contestó que ese no era el criterio del gobierno norteamericano, y que el ejército de Taylor continuaría en territorio tamaulipeco, "con derecho o sin él", mientras sus superiores no le ordenaran que se retirase. Añadió que todo lo relativo al territorio en disputa era de la incumbencia de los respectivos gobiernos, y que él, Worth, era un mensajero, no un negociador,

[16] Carta de Smith a su esposa, 29 de marzo de 1846.

por lo cual, si no hablaba personalmente con el general Mejía, tendría que llevarse la carta del general Taylor, la que había permitido que el intérprete leyera a De la Vega sólo como muestra de cortesía.

De la Vega insistió en que siguiera la discusión. ¿Cómo consideraría el gobierno de Estados Unidos el que tropas mexicanas entraran en territorio norteamericano? A eso respondió Worth con un proverbio: "Bástele a cada día su cuidado", y agregó que los norteamericanos se ocuparían de esa situación cuando ocurriera. El intérprete omitió el proverbio, pero De la Vega, que evidentemente entendía el inglés, se encogió de hombros y sonrió.

Worth aún quería saber muchas cosas:

—¿Se arrestó al cónsul de Estados Unidos en Matamoros?

—No.

—Exijo verlo.

De la Vega no respondió.

—¿Declaró México la guerra a Estados Unidos?

—No.

—¿Están en paz ambas naciones?

—Sí.

—Entonces exijo ver al representante de mi gobierno.

A continuación, De la Vega envió un mensajero a Mejía para comunicarle lo que demandaba Worth. Mejía, por el mismo conducto, rechazó lo que denominó "petición" de Worth.

Prácticamente, con eso se dio por terminada la conferencia, pero Worth aún sugirió que los mexicanos enviaran un mensajero, el cual, así lo prometía, sería recibido personalmente por el general Taylor. Cuando De la Vega protestó porque la bandera de las barras y las estrellas ondeaba en territorio mexicano, Worth declaró que ahí se quedaría la enseña, y que se consideraría acto de guerra cualquier incursión de las fuerzas mexicanas por la margen izquierda del río. Acto seguido Worth regresó al campamento de Taylor.[17]

Dos fuerzas militares frente a frente, sólo nominalmente en paz, se lanzaban, Río Bravo de por medio, miradas amenazadoras. El conflicto armado parecía inevitable.

El viernes 13 de febrero de 1846, el presidente James Polk

[17] Minutas de una entrevista entre Worth y De la Vega, en la margen derecha del Río Bravo, 28 de marzo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 134-138.

recibió en la Casa Blanca a un visitante de muy especiales características, el coronel Alejandro José Atocha, español por nacimiento pero ciudadano de Estados Unidos por naturalización. Meses antes, Atocha había presentado sus respetos a Polk, pero esa reunión nada tuvo de memorable, aunque esta ocasión sí lo sería por varios conceptos.

Atocha afirmó ser amigo de Santa Anna, el depuesto presidente mexicano, quien vivía en La Habana desde que había huido de México. Un mes antes, Atocha había hablado con Santa Anna, el cual, se lo confió a Polk, esperaba recuperar pronto el poder. Además, insinuó Atocha, el reciente golpe dado por Paredes en la ciudad de México en realidad era obra de Santa Anna.[18]

Santa Anna, según Atocha, quería llegar a un arreglo: por 30 millones de dólares aceptaría una línea fronteriza entre México y Estados Unidos que corriera del Río Bravo al Río Colorado, en el oeste, y de ahí a la Bahía de San Francisco, en el Océano Pacífico, con lo cual prácticamente se cedería a Estados Unidos todo lo que hoy es Nuevo México y el norte de California. Con ese dinero, opinaba Santa Anna, se pagarían las deudas más urgentes de México, se proporcionaría apoyo al ejército y se daría estabilidad al gobierno.

Sorprendía a Santa Anna, agregó Atocha, que Estados Unidos hubiera complacido al tambaleante gobierno de Herrera con el retiro de la escuadra que tenía en Veracruz y al no ordenar al general Taylor que saliera de Corpus Christi y continuara avanzando. México, aseguraba Santa Anna, jamás entablaría negociaciones si no se veía amenazado militarmente. Polk, a su vez, no dijo que ya había ordenado a Conner regresar a Veracruz y que desde el mes anterior Taylor había reanudado su avance. En esta entrevista no se llegó a ninguna conclusión.

A los tres días de lo anterior, Atocha regresó con el mismo mensaje, al que añadió esta advertencia: ningún gobierno mexicano podría sobrevivir si avalaba públicamente una propuesta como la de Santa Anna. Por lo tanto, habría que hacer entend-

[18] Polk, *Diary,* 13 de febrero de 1846. Hay pruebas contrarias a esto. El doctor Miguel Soto, de la Universidad Nacional Autónoma de México, afirma rotundamente que Paredes estaba a sueldo de los españoles, y que servía de pantalla para el restablecimiento de algún tipo de gobierno monárquico (véase Soto, "The Monarchist Conspiracy and the Mexican War").

er a la opinión pública mexicana que el gobierno había tenido que ceder ante graves amenazas de Estados Unidos. Un ejército en las inmediaciones del Río Bravo, considerables fuerzas navales frente a Veracruz y la salida de Slidell de Jalapa quizá serían suficientes. Además, el arzobispo de México se calmaría cuando supiese que el gobierno ya podría pagarle el medio millón de dólares que le adeudaba. Para terminar, Atocha citó estas palabras de Santa Anna: "Cuando vea al presidente [Polk], aconséjele la adopción de medidas muy enérgicas; dígale que lo del tratado puede prosperar y que yo lo apoyaré".[19]

Polk tenía poca confianza en Atocha, pero su visita lo movió a actuar de alguna manera. Al principio se sintió tentado a enviar un agente especial para que se comunicara con Santa Anna. Habló del tema en una reunión del gabinete, cuyos miembros le hicieron objeciones, por lo que Polk, no muy seguro de las ventajas de su propuesta, prefirió no insistir. También pensó en ordenar a Slidell que abordara uno de los barcos de guerra y esperara el regreso de Santa Anna. En todo caso, como en su más reciente despacho Slidell aún hablaba de la posibilidad de ser recibido por el gobierno de Paredes, y como poco después supo que los ingleses se preparaban para una guerra en Oregon, Polk consideró prudente dejar por lo pronto las cosas como estaban.[20]

Sin duda, la situación con Gran Bretaña había empeorado. Con base en alarmantes informes de McLane desde Londres, Polk envió una carta conciliadora a lord Aberdeen en la que nuevamente se invocaba la antigua propuesta sobre el paralelo 49 y se reconocía a Inglaterra, con ciertos límites, el derecho de navegar por el Río Columbia. Si los británicos estaban de acuerdo, Polk pediría "consejo" al Senado sobre esas cuestiones. En esa carta el presidente hacía considerables concesiones, dado que originalmente había demandado el dominio total de Estados Unidos en Oregon.

En el Congreso se tomaban iniciativas al respecto en las que diversas tendencias adoptaban direcciones diferentes. Calhoun, George McDuffie y otros senadores apoyaban una resolución para que Polk llegara a un acuerdo en el conflicto sobre Oregon,

[19] Polk, *Diary,* 16 de febrero de 1846, pp. 52 y 53.
[20] Sellers, *James K. Polk…,* p. 402.

pero otros insistían en el control total de ese territorio. Por consiguiente, Polk decidió esperar. En público se mostraba agresivo, pero en privado lo era mucho menos. Al parecer, se contentaría con que el Senado diera su aprobación para que él notificara a Inglaterra que se ponía fin a la ocupación mancomunada.[21]

En el Senado el debate sobre esa notificación se mantuvo al rojo vivo durante un mes, mientras Inglaterra observaba cada movimiento. Polk sólo expresaba su frustración en su diario: "La verdad es que en todas estas discusiones sobre Oregon en el Senado, a demasiados senadores demócratas les ha interesado más la elección presidencial de 1848 que el llegar a un arreglo sobre Oregon con base en los 49 grados o en el 54-40".[22]

Finalmente se salió del atolladero cuando el 23 de abril el Senado y la Cámara de Representantes aprobaron que Polk enviara la notificación a Londres. La ocupación mancomunada de Oregon llegaría a su fin en el plazo de un año, sin importar lo que pasara en la mesa de negociaciones. Mientras tanto, Inglaterra continuó armándose, y la guerra por Oregon parecía inminente.

Mientras la cuestión de Oregon seguía candente, Polk continuaba observando la situación de Slidell en México. A pesar de las tentadoras "ofertas" de Atocha, Polk y su gabinete siguieron persuadidos de que lo mejor sería tratar con el gobierno de Paredes. No obstante, la visita de Atocha hizo renacer en Polk la esperanza de que sería más fácil arrancar concesiones a México ofreciendo dólares que amenazando con recurrir a la fuerza. Si se autorizaba que Slidell entregara medio millón de dólares, e incluso más, cuando se firmara un tratado, Paredes podría conservar el poder al menos mientras se ratificaba el tratado. El gabinete estuvo de acuerdo.

Este tipo de diplomacia, por supuesto, tenía que manejarse con gran delicadeza. Sería difícil poner el dinero en manos de Slidell "sin revelar al público y a los gobiernos extranjeros su objetivo". Pero Polk recordó una ley de 1806 que concedió dos millones de dólares al presidente Jefferson para la compra de Florida. Aunque ese dinero nunca fue utilizado, la ley sentó un precedente, por lo cual, a pesar de las objeciones y sospechas de Buchanan (qui-

[21] Polk, *Diary*, 6 y 8 de marzo de 1846, pp. 60 y 61.
[22] *Ibid.*, 22 de abril de 1846, pp. 72 y 73.

en sospechaba de cualquier idea de Polk), el presidente invitó al senador Benton a la Casa Blanca para discutir el asunto. Como Benton estaba en favor de la expansión pero se oponía a la guerra, no fue necesario convencerlo.[23] En las subsiguientes reuniones los senadores Allen y Cass también estuvieron de acuerdo. Sólo el senador Calhoun, de regreso en el Senado, continuaba indeciso, e insistía en que antes de emprender ninguna otra cosa se resolviese pacíficamente el problema de Oregon.[24]

Así las cosas, el 7 de abril se vino abajo toda esperanza de poder comprar territorio mexicano. Slidell informó que, definitivamente, ningún funcionario mexicano iba a recibirlo. Polk canceló su solicitud sobre las mencionadas medidas legislativas, y se consideró obligado a pedir que se declarara la guerra a México. La verdad es que tenía ante sí una guerra en dos frentes, uno contra Inglaterra sobre Oregon y el otro contra México en el Río Bravo.[25]

Después de los primeros contactos entre mexicanos y norteamericanos en el Río Bravo —las zambullidas en el río y las hostiles conversaciones—, los dos ejércitos, en una y otra ribera, por lo pronto se concretaron a observarse en una tensa espera. Durante la noche posterior al arribo de los norteamericanos, las tropas de Mejía comenzaron a construir parapetos y a instalar un cañón que podía lanzar proyectiles de seis kilogramos en un sitio desde donde podría "barrer el frente del campamento norteamericano". Taylor, a su vez, colocó la artillería ligera del capitán James Duncan en una posición desde la cual apuntara directamente a donde se suponía que estaba el cuartel del general Mejía,[26] y comenzó a construir un complicado reducto. Comprendiendo que urgía actuar con prontitud, los hombres de Taylor trabajaban con una energía que asombró a los mexicanos.[27] Con todo, al principio no hubo ningún acto hostil.

Los norteamericanos estaban nerviosos. Como esperaban un ataque esa primera noche, durmieron con sus armas al alcance

[23] *Ibid.*, 28 de marzo de 1846, pp. 67 y 68.
[24] *Ibid.*, pp. 67-69.
[25] *Ibid.*, 7 de abril de 1846, pp. 69 y 70.
[26] Philip Barbour, *The Journals…*, carta a su esposa, 19 de marzo de 1846, pp. 20 y 21. El guía de Taylor, Chipita, había vivido mucho tiempo en Matamoros.
[27] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 38.

de la mano. A las 10 p. m. sonó la alarma: se había descubierto, del lado norteamericano del río, un "gran contingente de la caballería mexicana".[28] Pero el informe, como se pudo comprobar, no tenía fundamento: se debió únicamente a los nervios de los centinelas.

Aunque Taylor esperaba que pronto llegaran a Matamoros refuerzos para los mexicanos, al parecer de momento no corrían peligro las tropas norteamericanas que ya se hallaban en esa población. Se suponía que 3 000 soldados mexicanos ya estaban listos,[29] pero, en palabras de uno de los espías, se trataba "de unos pobres infelices" a los que se podría zurrar con un solo regimiento. Por otra parte, se opinaba que los oficiales mexicanos "tenían modales finos y buena presencia".[30] Podría discutirse hasta qué grado era peligrosa esa combinación. El ejército de Taylor era demasiado pequeño para enfrentarse a todo México, ¿cuántos mexicanos serían convencidos de resistir? Hitchcock esperaba un ataque; Taylor, no.[31]

Las deserciones en las filas norteamericanas, que sólo ahora se habían hecho frecuentes, llegaron a constituir un problema serio. Los mexicanos fomentaban hábilmente esos escapes aprovechan-

[28] Hitchcock, *Fifty Years…,* p. 218.

[29] El cálculo era bastante exacto. Ramón Alcaraz *(The Other Side…,* p. 36) menciona unidades mexicanas, entre ellas una compañía de zapadores, el Segundo Regimiento de Infantería (ligera), el Primero y el Décimo regimientos de infantería, el Séptimo Regimiento de Caballería, varias compañías de guardias fronterizas, un batallón de la Guardia Nacional de Matamoros y 20 piezas de artillería: en total, 3 000 hombres. Pocos días después recibieron refuerzos: el Sexto Regimiento de la Marina y un batallón de soldados de la defensa costera de Tampico.

[30] Meade, *The Life and Letters…,* p. 54; Barbour, *The Journals…,* p. 25. Otros observadores no compartían la impresión favorable de Barbour.

[31] Kirby Smith, *Letters,* p. 35; Ethan Allen Hitchcock, *Fifty Years…,* p. 218, y George Meade, *The Life and Letters…,* p. 54. La opinión más equilibrada es la del mayor Philip N. Barbour: "Creo que, desde un punto de vista militar, el general Taylor cometió un error al llegar aquí con fuerzas tan reducidas. Aunque no me parece que nos puedan derrotar las tropas mexicanas que ahora se encuentran en esta frontera, es razonable esperar que el pueblo se lanzará a defender sus hogares, y que en poco tiempo se podría levantar un ejército de 10 000 hombres, mientras nosotros no podemos ni retirarnos ni recibir ayuda. En vista de lo anterior, resulta sorprendente la indiferencia, por no decir desprecio, con que nuestros oficiales y soldados ven a las baterías mexicanas, que nos miran amenazadoras. Al parecer, nadie en nuestras filas cree posible que nuestro ejército llegue a encontrarse en una situación desastrosa; por lo demás, la mayoría está impaciente y desilusionada porque el general Taylor no inventa un pretexto para tomar la

do que los soldados irlandeses eran católicos como ellos. Más aún, trataron espléndidamente a los dos dragones que capturaron precisamente el día de su llegada. Los dragones regresaron a su campamento narrando deslumbrantes historias. Los otros soldados escucharon relatos sobre bellas mujeres y gente amable, lo cual hizo que el número de deserciones aumentara, en especial durante los primeros días. Cuando una noche 14 hombres atravesaron el río a nado, Taylor implantó medidas drásticas: los guardias recibieron la orden de disparar. A raíz de la muerte de dos desertores, comenzaron a disminuir los abandonos en masa.[32]

El sargento John Riley era un desertor típico: irlandés, de muchas agallas, bien parecido, que ya antes había abandonado el ejército británico en Canadá y después servido durante algún tiempo como instructor de ejercicios militares en West Point. En el ejército de Taylor era uno de los sargentos del Quinto Regimiento de Infantería. Posteriormente refirió que, "dominado por el deseo de ir a la iglesia", un domingo por la mañana atravesó nadando el río para no volver jamás. Quizá lo atrajo tanto la oferta del gobierno mexicano de donarle 130 hectáreas de tierra buena como el amor de Dios. En fin, cualesquiera que hayan sido las razones, hubo muchos que siguieron su ejemplo: durante el tiempo que Taylor se detuvo en Matamoros desertaron más de 200 hombres, muchos de ellos extranjeros, como Riley, que no se habían asimilado a la sociedad norteamericana; se habían alistado en el ejército para huir de un ambiente que les parecía hostil, y acabaron por abandonar definitivamente esa sociedad.[33]

La politiquería en el interior del ejército siguió asediando a Taylor. Algunos días después de su llegada a Matamoros se le informó de la decisión del presidente Polk sobre la cuestión de los ascensos honorarios. Tal decisión favorecía al propio Taylor y a Twiggs, pues establecía que la graduación militar regular tenía precedencia sobre la honoraria. El general Worth —orgulloso, agresivo, vanidoso— estuvo de pésimo humor durante cinco días, al cabo de los cuales presentó su renuncia. Taylor la aceptó en el acto, quizá para sorpresa de Worth, quien se alejó del Río Bravo el 8 de abril. Hitchcock, asqueado por todo aquello, se

población" (Barbour, *The Journals…*, carta a su esposa, 30 de marzo de 1846, p. 23).

[32] Meade, *The Life and Letters…*, p. 54.

preguntaba "qué se podría pensar del patriotismo de un oficial revolucionario que abandona su puesto en presencia del enemigo arguyendo agravios que, en opinión de casi todo el mundo, carecen de todo fundamento verdaderamente justificable".[34] (Resulta irónico que, tres días después, Hitchcock pidiera licencia para irse durante algún tiempo a su casa por motivos de salud.)

Viendo las cosas materialmente, Matamoros ofrecía pocos motivos de queja. A principios de la primavera los días eran claros y también las noches, aún no hacía calor y soplaba una brisa constante. Se dificultaba caminar por el campamento por haber sido instalado en tierras labrantías marcadas por los surcos del arado, pero abundaba la madera y el Río Bravo proveía de fresca agua potable.[35] Aunque el clima por lo general era agradable, no siempre estaba tranquilo. A los 10 días de llegar a Matamoros un violento vendaval casi arrasó el campamento. Kirby Smith y su hermano a duras penas salvaron su "endeble cabaña".[36]

El 9 de abril de 1846, los hombres de Taylor quedaron hondamente impresionados cuando el coronel Truman Cross, oficial de intendencia, no regresó de una salida a caballo de rutina. Cross era muy popular, y el temor de que algo grave le hubiera pasado aumentó cuando se supo que Antonio Canales, con su aborrecida guerrilla de "rancheros", se encontraba no lejos del campamento. Conforme pasaron los días sin que hubiera noticias de Cross, en el campamento su destino se convirtió en obsesión.

Mientras los norteamericanos lamentaban la suerte de Cross, en Matamoros los mexicanos supieron que el general Pedro de Ampudia, de origen cubano, pronto llegaría con refuerzos —3 000 hombres—, lo cual provocó sentimientos de agradecimiento pero también de preocupación porque este militar, de 42 años de edad, tenía bien merecida fama de ser innecesariamente cruel. Se le adjudicaba el sobrenombre de "el asesino de Sentmanat" por la ejecución de un tal Francisco Sentmanat, en 1844, cuya cabeza mandó freír en aceite para conservarla y exhibirla en la plaza central de San Juan Bautista.[37] Además, se consideraba que Ampudia era oportunista e incompetente,[38] y que debía su

[33] Nevin, *The Mexican War*, pp. 27 y 28.
[34] Hitchcock, *Fifty Years…*, 7 de abril de 1846.
[35] Meade, *The Life and Letters…*, carta, 7 de abril de 1846, pp. 55 y 56.
[36] Kirby Smith, *To Mexico…*, carta a su esposa, 9 de abril de 1846, pp. 35-37.

nombramiento al apoyo que le dio a Paredes cuando éste se sublevó en San Luis Potosí en el mes de diciembre anterior. Debido a todo ello, al punto el pueblo de Matamoros se dirigió al presidente Paredes para pedir que les enviara otro general y sugerir que el general Mariano Arista podría ser el hombre indicado.[39]

Ampudia, sin tener conocimiento del ambiente que prevalecía en Matamoros, llegó el 11 de abril, alegremente dispuesto a cruzar el Río Bravo y dar sin tardanza la batalla, aunque Paredes todavía tardó 12 días en declarar su guerra "defensiva". Ampudia comenzó a preparar un ataque que tendría lugar el 15 de abril, o sea, al día siguiente de la fecha señalada para el arribo de los refuerzos. Por principio de cuentas, envió a Taylor un ultimátum amenazando con empezar la guerra si los norteamericanos no se retiraban al Río Nueces en 24 horas:

> A don Z. Taylor… Demando formalmente que usted, a lo sumo en el plazo perentorio de 24 horas, levante el campo y regrese a la margen oriental del Río Nueces, mientras nuestro gobierno llega a un arreglo sobre la cuestión texana pendiente. Si usted insiste en permanecer en tierras del departamento de Tamaulipas, surgirá una situación que sólo podrá decidirse recurriendo a las armas. Si esto llega a suceder, le hago saber que aceptamos la guerra que usted mismo, obrando con gran injusticia, provocó…[40]

Taylor respondió cortésmente pero sin ambigüedades: "Lamento la alternativa que usted propone, pero, al mismo tiempo, deseo dejar en claro que esto no significa que evitaré dicha alternativa…"[41]

Ampudia sin duda esperaba esa respuesta, y estaba preparando otro mensaje para Taylor cuando, el 14 de abril por la tarde, supo que dentro de poco sería remplazado por el general Arista. Desesperadamente, convocó a un consejo de guerra en el que solicitó que se diese apoyo al proyectado ataque, basándose en que en la capital no conocían la situación que prevalecía en el Río Bravo. Los oficiales de Ampudia habrían preferido atacar

[37] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 117.
[38] Alcaraz, *The Other Side…,* p. 39.
[39] *Ibid.* Véase también Wilcox, *History…,* p. 42.
[40] Ampudia a Taylor, 12 de abril de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 140.

pero no quisieron desobedecer las órdenes de Paredes. Sin el apoyo de sus oficiales, Ampudia no tuvo más remedio que esperar la llegada de Arista y ponerse a sus órdenes.[42]

El 15 de abril, el general Taylor consideró que, en los términos del ultimátum de Ampudia, Estados Unidos y México ya estaban en guerra. Por consiguiente, ordenó a los navíos que Conner le había dejado que bloquearan la desembocadura del Río Bravo. El comandante naval norteamericano en Brazos Santiago se encargaría de detener todos los navíos y de confiscar las municiones y alimentos cuyo destino fuese Matamoros. Como en esa pequeña población había 6 000 soldados mexicanos, pronto escasearían las provisiones, y su comandante se vería forzado a entrar en acción.[43]

Entre tanto, en el campamento norteamericano creció la urgencia de averiguar qué había pasado con el coronel Cross. Hubo una intentona personal que, en el mejor de los casos, despertó sospechas: un teniente atravesó a nado el Río Bravo aparentemente para buscar a Cross, pero al punto fue capturado y nadie se preocupó por él. Oficialmente, el teniente David Porter[44] se dirigió con una patrulla de 10 hombres al lugar donde se presumía que había muerto Cross, pero cayeron en una emboscada y Porter fue brutalmente asesinado. Poco después se encontró el cadáver de Cross. Nadie dudó que había muerto a manos de "una partida del otro lado que merodeaba por el campamento". Entre los norteamericanos se enquistó una sed de venganza.[45]
El general Mariano Arista, de 43 años, pecoso, de pelo rubio rojizo,

[41] Taylor a Ampudia, 12 de abril de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 139 y 140.

[42] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 39-41, y Cadmus Wilcox, *History of the Mexican War*, p. 43. Los comandantes mexicanos, una vez remplazados, por lo general quedaban a las órdenes de sus sucesores.

[43] Meade, *The Life and Letters…*, carta del 25 de abril de 1846, p. 37, y Alcaraz, *The Other Side…*, p. 37.

[44] Porter era hijo del famoso oficial de marina cuyas naves prestaron ayuda a los mexicanos un cuarto de siglo antes, durante la guerra contra España.

[45] Meade, carta del 22 de abril de 1846, pp. 67 y 68. "Lamento comunicarle que ya se encontraron los restos del coronel Cross, quien, sin duda, fue villanamente asesinado por una partida del otro lado que merodeaba en las cercanías de nuestro campamento, y que precisamente por esos días el general Ampudia contestó a la carta del general Taylor negando saber algo sobre esa desaparición. Ya se sabe que tenía el reloj de la infortunada víctima y que algunos oficiales monta-

era uno de los generales mexicanos más respetados. Pocos años antes, al distanciarse de Santa Anna, buscó refugio en Estados Unidos, donde permaneció hasta la caída del veracruzano, a fines de 1844.[46] A pesar de sus relaciones con los norteamericanos, Arista estaba aún más dispuesto que Ampudia a atacar a Taylor. El 23 de abril, antes de llegar a Matamoros, envió al general Anastasio Torrejón con 1 600 soldados de caballería para que atravesara el Río Bravo a pocos kilómetros de donde había acampado Taylor. Éste, a su vez, mandó para interceptar a Torrejón al capitán Seth Thornton, a la cabeza de sólo 63 dragones. La patrulla norteamericana cayó en una emboscada; 16 hombres murieron o cayeron heridos, y los demás, entre ellos el comandante, fueron capturados.

El domingo 16 de abril, el general Taylor informó de esta acción a Washington: "Puede considerarse que ya comenzaron las hostilidades".[47]

Al mismo tiempo, pidió al gobernador de Texas cuatro regimientos de voluntarios, no de la milicia estatal, porque los voluntarios no estarían sujetos a las molestas restricciones que imponía la Constitución sobre el empleo de tropas en territorio enemigo.

En Washington, el presidente James Polk preparaba un mensaje sobre la guerra destinado al escéptico Congreso, aunque no estaba completamente seguro de que los legisladores aceptaran hacer una declaración. No obstante, como el martes 5 de mayo se enteró del ultimátum de Ampudia y del bloqueo de la desembocadura del Río Bravo ordenado por Taylor, aunque aún nada se había dicho sobre el inicio de las hostilidades, Polk confiaba en

ban su caballo… Se le sepultará con honores militares, aun cuando su pobre hijo proyecta llevárselo a Washington […] Este villano acto y la infame mentira del comandante general [Ampudia] han encendido en nosotros el ardiente deseo de vengar la muerte del coronel y han destruido todo sentimiento de simpatía que algunos de los nuestros experimentaron hacia un pueblo al que consideraban tratado con injusticia…"

En contraste con el caso de Cross, los oficiales consideraban honorable la muerte de Porter, y veían en ella el "destino de un bravo soldado". El que haya "hecho que tres de sus enemigos mordieran el polvo antes de que él mismo sucumbiera", y que el "cobarde" enemigo hubiera permitido que nueve hombres escaparan, parecía causar más satisfacción que pesadumbre (Meade, carta del 21 de abril de 1846, p. 66).

[46] Nevin, *The Mexican War*, p. 28.

que pronto llegaría el esperado despacho.

El viernes 8 de mayo, John Slidell regresó de México y se entrevistó con Polk. Quizá en actitud defensiva por el fracaso de su misión, Slidell clamó insistentemente porque Estados Unidos exigiera un "desagravio" de los mexicanos por las "ofensas y daños" y que "actuara sin dilación y con energía" (o sea, que declarara la guerra). Polk se inclinaba a darle la razón. El pueblo norteamericano, pensaba, había tomado el rechazo a Slidell como un insulto a toda la nación, que se añadía a toda una serie de anteriores ofensas.[48] "Sólo es cuestión de tiempo", dijo Polk a Slidell, pues llegaría el momento "en que informaría al Congreso".[49]

Al día siguiente, sábado, Polk se reunió de nuevo con su gabinete. Sólo Buchanan y el secretario de la Marina, George Bancroft, temían que el Congreso se opusiera a la guerra y que los británicos se mostraran hostiles. Polk pasó por encima de estas objeciones, declarando que ya existían motivos de sobra para declarar la guerra, que ya no le era posible "permanecer en el 'statu quo'" más tiempo y que tenía la obligación de presentar al Congreso un mensaje sobre la guerra el martes siguiente, pues de lo contrario faltaría a su deber.[50] Se volvió a votar y entonces, aunque no de muy buena gana, Buchanan estuvo de acuerdo. Bancroft no cedió y siguió oponiéndose a la guerra. Entonces Polk reafirmó su decisión de presentar su mensaje el siguiente martes.

A partir de las 6 p. m. el ritmo de los sucesos se aceleró aún más. El ayudante general, Roger Jones, mostró al presidente el despacho fechado el 26 de abril en el que Taylor advertía que las hostilidades ya habían comenzado. Aunque casi era de noche, hubo tiempo para que el *Union* de Washington publicara en su edición nocturna esta noticia de última hora: "Sangre norteamericana derramada en suelo estadunidense". El director, el siempre leal Thomas Ritchie, se las ingenió para echar al propio general Taylor la culpa por esa peligrosa situación. El artículo del *Union,* sin más ni más, afirmaba que aun cuando Taylor tenía autoriza-

[47] Taylor al procurador general, 26 de abril de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 14l.

[48] "Las indignidades cometidas contra nuestro ministro demandan expiación", dijo el *Picayune,* de Nueva Orleans. A su vez, el *Republican,* de San Luis, declaró que por su carácter y dignidad Estados Unidos "no debía permitir tan manifiesto insulto contra su representante" (Polk, *Diary,* pp. 81 y 82).

[49] Polk, *Diary,* 8 de mayo de 1846, p. 81.

ción para reclutar voluntarios, por desgracia "no había hecho a tiempo la convocatoria que le habría proporcionado seguridad ante cualquier tipo de contingencias".[51]

Esa misma noche Polk se reunió con su gabinete. Como ya ni siquiera Bancroft opuso resistencia, optó por enviar su mensaje al Congreso el lunes en vez del martes.

Tras esta decisión, la Casa Blanca se convirtió en el centro de una intensa actividad. Empleados de los departamentos de Estado y de Guerra recorrieron Washington para empezar a sacar copias de la correspondencia entre Slidell y el gobierno mexicano, lo mismo que de la cruzada entre el Departamento de Guerra y Taylor, que se incluirían en el mensaje de Polk. Buchanan y Bancroft, los antiguos disidentes, permanecieron en la Casa Blanca para ayudar al presidente en la preparación de su mensaje. Afortunadamente, Bancroft ya había compilado una "historia de las causas de nuestra protesta" contra México.

El domingo por la mañana, Polk, sentado ante su escritorio, percibía la excitación que reinaba en las calles, lo cual le recordaba a cada momento que era necesario presentar su mensaje precisamente el lunes. Durante poco más de una hora interrumpió su trabajo para llevar a la iglesia a su esposa, a una sobrina y a un sobrino. Después del almuerzo sólo recibió a importantes personajes, en su mayoría miembros del Congreso, a quienes había convidado para intercambiar puntos de vista. Terminó de trabajar a las 10:30 p. m., y más tarde escribió devotamente que "lamentaba la necesidad que me obligó a pasar en esa forma el día del Señor".[52]

El mensaje de Polk fue un largo y exhaustivo informe de abogado. Naturalmente, censuró a los mexicanos y lamentó que los "serios agravios perpetrados contra nuestros conciudadanos durante muchos años no hubieran recibido satisfacción". La paciencia de Estados Unidos, dijo el presidente, había llegado al límite "desde antes de los recientes informes llegados de la frontera [del Río] del Norte".[53] México había invadido territorio nor-

[50] *Ibid.*

[51] Sellers, *James K. Polk…,* p. 408.

[52] Polk, *Diary,* 9 y 10 de mayo de 1846, pp. 84-86. Entre los visitantes estuvieron el senador Sam Houston, el diputado Barclay Martin, todos los miembros del gabinete (excepto Marcy, quien estaba enfermo), los diputados Haralson y

teamericano y derramado sangre norteamericana. Ambas naciones estaban ya en guerra, enteramente por culpa de México.[54] Este punto de vista constituía una magistral racionalización. Lo menos duro que puede decirse del mensaje de Polk es que probablemente él sí creyó en él.

El lunes 11 de mayo de 1846, la Cámara de Representantes sesionó durante hora y media mientras un funcionario daba lectura al mensaje presidencial y algunos de sus anexos. Luego, al cabo de un debate que sólo duró 30 minutos, los representantes, por 173 votos contra 14, aprobaron las recomendaciones de Polk. Los 14 votos en contra adquirieron importancia porque quienes los emitieron estaban encabezados nada menos que por el ex presidente John Quincy Adams, y posteriormente recibieron en Nueva Inglaterra el título de los "Inmortales Catorce". El hombre a quien le tocó el privilegio de llevar al presidente la noticia de la desproporcionada votación fue nada menos que Slidell.

El Senado sesionó durante más tiempo, pues Calhoun y Benton se mantuvieron en sus trece. Hubo momentos en que parecía que un pequeño grupo de demócratas se uniría a los *whigs* para derrotar a Polk. Pero, al fin y al cabo, la oposición no pasaba de ser mera palabrería, pues ni siquiera el Senado podía negar al presidente los medios para llevar adelante una guerra que en realidad ya había estallado. En la tarde del martes se le comunicó a la Casa Blanca que el Senado también había aprobado la declaración del presidente por 40 votos a favor y dos en contra. Calhoun, quien había hablado en contra, se abstuvo de votar. La guerra con México ya estaba oficialmente declarada.

Al parecer, la determinación con que Polk manipuló esta guerra hizo que Gran Bretaña adoptara una actitud más conciliadora. El 12 de junio, un mes después de la declaración de guerra, Inglaterra y Estados Unidos llegaron a un arreglo sobre una línea de compromiso para dividir Oregon. La frontera entre Estados Unidos y Canadá seguiría el paralelo 49 hasta el estrecho de San Juan de Fuca, con lo cual se cedía íntegramente la isla de Van-

Baker, y el presidente de la Suprema Corte, Ingersoll.

[53] Al Río Bravo a menudo se le denominaba Río del Norte.

[54] Mensaje de Polk al Congreso, 11 de mayo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 8.

couver a Gran Bretaña y se le reconocía el derecho a navegar por el Río Columbia hasta 1859. El 15 de junio de 1846, Buchanan y Packenham firmaron el correspondiente tratado, que tres días después ratificó el Senado por 41 votos a favor y 14 en contra.

Polk bien podía sentirse satisfecho. Se había disipado el espectro de las guerras simultáneas con México e Inglaterra, y ya podía dedicar toda su atención, con distracciones sin importancia, a la guerra con el país del sur.

LA GUERRA DE ZACHARY TAYLOR

VII. ¡QUÉ BUENO QUE NO ME FUI CON ELLOS!
26 de abril-17 de mayo de 1846

TAYLOR ya no tuvo tiempo de reflexionar. Sabía que una considerable fuerza mexicana se hallaba en la margen oriental del Río Bravo, aguas arriba de donde se encontraba su ejército, pero no tenía idea del número. De lo que sí estaba seguro era de que no podía sentarse a esperar los acontecimientos. En Point Isabel había dejado un almacén de abastos no bien defendido, y en Matamoros tenía tropas defensivas muy mal abastecidas. Además, le produjo verdadera alarma un informe acerca de que tres regimientos mexicanos habían atacado la pequeña guarnición del mayor Monroe.[1] Si del otro lado del río había tantas fuerzas enemigas, consideró, no podía enviar suministros sólo protegidos por una escolta normal; cualquier expedición que no incluyese todas las fuerzas con que contaba correría muy serio peligro. Por tanto, al principiar la tarde del 1 de mayo de 1846, Taylor desmontó las tiendas de campaña que tenía en Matamoros, dejó al Séptimo Regimiento de Infantería a cargo de las improvisadas defensas de Fort Texas, y salió con sus 300 carromatos.

Taylor tenía un ejército fogoso, consciente de que iba a Point Isabel no sólo por suministros sino también para combatir. Sus hombres no sentían odio por los mexicanos; al contrario, el relato de Thornton sobre la forma en que él y sus hombres fueron tratados cuando cayeron prisioneros había producido expresiones de gratitud.[2] Con todo, se daban cuenta de que no podían sentirse seguros mientras las fuerzas mexicanas que estaban en aquella región no fueran totalmente derrotadas. Además, otro factor

[1] Barbour, *The Journals…*, 27 y 28 de abril, pp. 49 y 50. El general Antonio Canales, quien había vuelto a cambiar de redil tras pronunciarse en Camargo el invierno anterior, encabezó, según se dijo, el ataque de un regimiento de caballería y dos de infantería. Después se supo que nada de eso era verdad.

[2] Un consejo de guerra investigó la forma como Thornton había hecho su ronda.

intangible entró en escena: las fuerzas regulares de Taylor sabían que pronto quedarían diluidas en el flujo de miles de voluntarios, quienes inevitablemente recibirían todos los lauros por cualquier futura victoria en la que tomaran parte. En consecuencia, los hombres de Taylor estaban en ascuas por ganar una batalla en la que el ejército regular, y sólo el ejército regular, pudiera atribuirse los créditos. Por eso mismo había que enfrentarse cuanto antes al enemigo.[3]

El Séptimo Regimiento de Infantería, que se había quedado en Fort Texas, era un regimiento orgulloso de su fama, cuyo sobrenombre de los *Cotton Balers* (Embaladores de Algodón) lo había ganado por su heroica defensa escudado en pacas de algodón en la batalla de Nueva Orleans, durante la guerra de 1812. Estaba a las órdenes del mayor Jacob Brown, de 58 años de edad y originario de Massachusetts, quien 30 años antes se había alistado como soldado raso. Oficial del Séptimo Regimiento desde entonces, Brown había conquistado gran respeto por su conducta como soldado y por su impecable integridad. Su regimiento fue reforzado con dos baterías de ocho cañones, una de las cuales constaba de cuatro poderosos cañones de 18 libras. Otro regimiento, al mando del teniente Braxton Bragg, tenía tres cañones de seis libras y un mortero. Aunque era limitada la utilidad de la artillería ligera de Bragg en un emplazamiento fijo, Taylor tenía la impresión de que el mayor Brown necesitaba esa potencia de fuego adicional. Y así, "para que el cocinero fuera el primero en probar el guisado", Taylor ordenó al ingeniero que había diseñado las fortificaciones y supervisado su construcción, el capitán Joseph K. F. Mansfield, que permaneciera al lado de Brown.

Las mujeres que se encontraban en el campamento no se separaron de las tropas. Una de ellas alcanzó fama superior a la de la mayor parte de los combatientes. Se llamaba Sarah Borginnis, mejor conocida como la *Great Western* (nombre de un famoso barco de vapor de aquellos tiempos). Su leyenda como uno de los más pintorescos personajes del sudeste ya había comenzado. Musculosa, fornida, de 1.80 metros de altura, Sarah, según se afirmaba, podía dar una paliza a cualquiera de los hombres del

[3] La unanimidad de este sentimiento es incuestionable. Barbour (*The Journals…*, p. 47), Kirby Smith *(To Mexico with Scott…,* p. 53) y George Meade *(The Life and Letters…,* p. 76) lo recalcan firmemente.

regimiento, y en cierta ocasión, en Corpus Christi, estuvo a punto de hacerlo con un soldado imprudente que le hizo un comentario inconveniente. Se contaba que la *Great Western* se ofreció una vez para cruzar Arroyo Colorado y "poner en su lugar" a todo el ejército mexicano.[4] Pero a pesar de su gran fuerza y belicosidad, era físicamente atractiva, de pelo oscuro, ojos azulinos, y llegado el caso demostraba que también tenía un corazón tierno. Cuidaba con cariño a "sus" muchachos, y no quiso viajar cómodamente por barco de Corpus Christi al Río Bravo arguyendo que necesitaban de sus servicios como lavandera y cocinera. El reglamento ordenaba que sólo las mujeres casadas podían vivir en el campamento, cosa que no presentaba ningún problema para Sarah pues por aquel entonces era esposa de un soldado del Séptimo de Infantería.[5] Aun cuando oficialmente eran "no combatientes", ella y otras mujeres similares compartían los mismos peligros y dificultades que los soldados.

La decisión de Taylor de terminar la fortificación de Fort Texas antes de partir para Point Isabel hizo que se retrasara más de lo que hubiera querido, pero aprovechó bien el tiempo. Ubicado en un punto estratégico del sinuoso Río Bravo, el emplazamiento dominaba el río en ambas direcciones. Tres de sus seis estrellas daban al frente del pueblo de Matamoros. En su perímetro de 730 metros había un muro de unos tres metros de altura y 4.5 metros de anchura en la base, rodeado de una zanja de 2.4 metros de profundidad. Aunque por necesidad fue construido de tierra, se consideraba que el muro proporcionaba defensa suficiente contra los cañones de 12 libras, los más grandes de que disponía la artillería mexicana. En el interior, Taylor dejó a la guarnición con víveres para dos semanas y con lo que le pareció una suficiente dotación de municiones. El fuerte podía resistir sin dificultades mientras regresaba Taylor, siempre y cuando tuviera un poco de buena suerte.

El 1 de mayo, el mismo día en que Taylor salió de Fort Texas, el general Arista dejó al coronel Mejía en Matamoros al mando

[4] Ferguson, *The Port of Brownsville, A Maritime History of the Rio Grande Valley.*

[5] En uno de los relatos se le da el nombre de "Sarah Bourdett". Sin embargo, en la época a que nos referimos aceptaba el apellido Borginnis, es decir, el de quien por entonces era su marido. Durante la guerra cambió de consorte libre, alegre e informalmente (véase Samuel Chamberlain, *My Confession,* pp. 241 y 242).

de una pequeña guarnición, y trasladó el cuerpo principal de su ejército corriente abajo del Río Bravo, hacia un lugar llamado Longoreno, donde proyectaba pasar a la margen izquierda. El general Anastasio Torrejón, que aún se encontraba río arriba del punto donde se hallaba Taylor, recibió órdenes para que, ejecutando un amplio movimiento por la retaguardia del enemigo, se reuniera con Arista en Longoreno. Si todo salía bien, Arista tendría concentradas sus fuerzas en la retaguardia de Taylor, entre los norteamericanos y su almacén de provisiones en Point Isabel. El plan era bueno, aunque quizá la difícil ruta asignada a Torrejón era demasiado larga y no permitía que Arista calculara con exactitud el tiempo necesario para recorrerla.

El estado de ánimo en el ejército de Arista era bastante especial. Conscientes de su superioridad numérica, aquellos hombres se desplazaban despreocupadamente, pero su confianza era quebradiza, mermada en parte por las murmuraciones y recriminaciones a que se entregaban los oficiales. El general Ampudia no había tomado estoicamente su relevo, y no perdía oportunidad para sembrar la desconfianza en torno del general Arista. El propio Arista se sentía a disgusto porque el plan que estaba siguiendo se lo había impuesto en la capital el ministro de Guerra. Su falta de seguridad en sí mismo sin duda era contagiosa.[6]

Desde un principio la operación encontró escollos. El ala a las órdenes de Torrejón avanzaba con inesperada lentitud, y cuando al fin llegó a Longoreno sólo encontró dos botes para cruzar el río, por lo que se necesitaron 24 horas tan sólo para el traslado de los elementos de combate. Ya había pasado Arista sus tropas a la margen oriental cuando los exploradores le informaron que las fuerzas de Taylor habían cruzado en dirección de Point Isabel. Como los mexicanos se habían movido con excesiva lentitud, Taylor se salió de la trampa.

Con todo, Arista no se desanimó: encontraría una posición favorable para esperar el inevitable retorno de Taylor. En cuanto los cañones de Matamoros comenzaran a bombardear la fortificación norteamericana en la margen opuesta, Taylor se vería en la necesidad de salir de Point Isabel para ir en ayuda de la guarnición. Entonces, aunque con menos, no tendría más remedio

[6] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 42 y 43.
[7] *Ibid.*

que atacar al fuerte ejército de Arista.[7]

Entre tanto, Zachary Taylor conducía su ejército a marchas forzadas hacia Point Isabel. Era un hombre inquieto, que difícilmente se mantenía tranquilo, muy diferente del jefe sereno y dueño de sí que figuró después en los carteles políticos. El mayor Monroe le enviaba informes contradictorios, y además lo intranquilizaba el hecho de que la compañía de vigilantes texanos,[8] al mando del capitán Sam Walker, hubiese perdido 10 hombres cuando unidades de rancheros la atacaron el 29 de abril, lo cual despertó en los mexicanos una preocupante agresividad. Todo esto lo impulsaba a conducir a sus hombres en forma tan implacable que aun los más bravos veteranos se quejaban: salidas a media tarde, poco sueño, nada de hogueras, marchas en la madrugada para llegar a Point Isabel, a casi 50 kilómetros de terreno muy accidentado, en menos de 21 horas. Ni siquiera *Stonewall* Jackson y su "caballería de a pie" los superarían.

Taylor llegó a Point Isabel el 2 de mayo al mediodía. Febrilmente comenzó a cargar sus 300 carromatos y a reforzar las débiles defensas del depósito. Había que trabajar mucho en Fort Polk —con este nombre bautizó el puesto—, porque era vulnerable a los ataques que el enemigo pudiera lanzar desde tierra firme. Poco después de la llegada de Taylor las obras se interrumpieron cuando se oyó fuego de artillería por el rumbo de Matamoros y Fort Texas. Cuarenta años después recordaba Ulysses S. Grant: "yo era un teniente segundo que nunca había oído los disparos de un cañón enemigo, y me arrepentí de haberme alistado".[9]

Taylor se enfrentaba nuevamente a un dilema: terminar las obras de defensa en Point Isabel, o regresar para reforzar a Fort Texas con sus tropas. No obstante, puesto que había dotado al Séptimo Regimiento de Infantería con lo necesario para un sitio de dos semanas, en primer lugar envió una unidad de texanos al mando de Sam Walker para que estableciera contacto con el mayor Brown. Como Walker conocía el territorio, confiaba en que podría cumplir su misión y regresar. Quizás así podría recuperarse del bochorno que le había causado la humillante

[8] La compañía de Walker, compuesta esa vez por 77 hombres, fue la única unidad de voluntarios que hasta entonces había permitido Taylor que formara parte de su ejército. Consintió el empleo de estas tropas irregulares después de la muerte del coronel Cross.

[9] Grant, *Memoirs*, vol. I, p. 92.

sorpresa que recibieran sus Rangers pocos días antes.
La tarde del 1 de mayo transcurrió agradablemente en Fort Texas. Durante la tarde siguiente se oyó en el campamento que en Matamoros estaban repicando las campanas; los soldados se asomaron a ver qué estaba pasando al otro lado del río y vieron una procesión de sacerdotes y frailes que iba recorriendo los emplazamientos de la artillería para bendecir cada cañón.

A la mañana siguiente abrieron fuego los cañones mexicanos. Conforme el bombardeo continuaba sin perder intensidad, los norteamericanos fueron comprendiendo que el fuerte resistiría, y que estaban dando magnífico resultado el buen diseño de las fortificaciones y el agotador trabajo que requirió su construcción. El sitio, como bien lo sabían, abrumaría su fuerza de voluntad: el estrépito incesante, la fatiga que produciría el constante estado de alerta —eso duraría quizá una semana— pondrían a prueba su capacidad de resistencia. Un veterano más tarde comentó que "habría preferido participar en 20 batallas" en vez de soportar aquel bombardeo.[10]

Para el 5 de mayo el bombardeo de Fort Texas sólo había cobrado la vida de un hombre, el sargento Weigart, del Séptimo de Infantería, cuyo destino presentó tintes macabros: después de que un obús lo privara de la vida instantáneamente, su cadáver, colocado en la mesa de la enfermería, fue alcanzado por otro disparo, y después del entierro un obús más explotó en su tumba y lo exhumó.[11] Varios hombres más resultaron heridos, y Sarah Borginnis, a quien en determinado momento un proyectil le deshizo un plato que tenía en las manos, tuvo una actividad frenética, cuidando tanto a hombres como a mujeres.

Walker se presentó ante Taylor el 5 de mayo. Aunque sus hombres no habían podido atravesar las líneas enemigas, él logró llegar a Fort Texas y entrevistarse con el mayor Brown, quien le dio noticias optimistas. Sus hombres habían silenciado a la artillería mexicana, y ya sólo estaba disparando un único mortero, colocado en tan baja posición que no lograba dar en el blanco. Brown había administrado bien sus municiones, parecía muy animado y con fundadas esperanzas de sostenerse mientras duraran sus

[10] W. S. Henry, *Campaign Sketches…*, p. 104.

[11] La información proviene de un viejo manuscrito propiedad del coronel Bruce Aiken, de Brownsville.

provisiones. Aunque Walker antes de partir había oído algunos disparos de armas ligeras, Taylor se tranquilizó y permaneció dos días en Point Isabel.[12]

El ejército de ocupación salió de Point Isabel el 7 de mayo, decidido a abrirse a tiros el camino de regreso a Fort Texas. El mayor William W. S. Bliss, ayudante de Taylor, dio esta orden antes de emprender la marcha: el ejército saldría a las tres de la tarde, y si en el camino se encontraban tropas enemigas, se les atacaría. No cabía dudar de los resultados. Y terminó citando la consigna de Taylor: "[El general] recuerda a los batallones de infantería que la bayoneta es su arma principal".[13]

Esa tarde el ejército recorrió 11 kilómetros por el camino de Matamoros y a la mañana siguiente continuó su marcha por aquella llanura increíblemente pareja. En la arena se caminaba con lentitud. Después de recorrer ocho kilómetros, en la charca de Palo Alto los exploradores de Taylor vieron que las fuerzas de Arista, dispuestas en doble fila de más de un kilómetro de longitud, bloqueaban el camino de Matamoros.

Fue un momento de gran tensión, el momento para el que durante nueve meses se habían preparado los hombres de Taylor, el que habían deseado ardientemente desde el desastre de Thornton. Pero llegaba en circunstancias desfavorables: el sorprendido era Taylor, no Arista, y Taylor sabía que tendría que abrirse paso en medio de fuerzas casi tres veces más numerosas que las suyas.

Arista acababa de llegar esa mañana, pero había escogido acertadamente su posición. No obstante su superioridad numérica, se contentó con adoptar una actitud defensiva, pues sabía que Taylor era quien se veía presionado. Taylor envió a dos jóvenes ingenieros, Jacob Blake y Lloyd Tilghman, a reconocer el terreno, y ellos informaron que los flancos de Arista estaban protegidos, pues a uno lo cerraba un pantano infranqueable y al otro una loma boscosa. El centro de la posición de Arista era plano, pero un gran chaparral limitaba la visibilidad, lo mismo que el

[12] Se dio gran publicidad a la hazaña de Walker en Estados Unidos. A las pocas semanas llegó por barco un nuevo caballo para Walker, regalo con que expresaron su agradecimiento los ciudadanos de Nueva Orleans (Walter Webb, *The Texas Rangers in the Mexican War).*

[13] Orden núm. 58, fechada el 7 de mayo de 1846.

hecho de que la línea de defensa se encontraba precisamente al sur de una curva del camino. Por otra parte, el gran séquito de aprovisionamiento del general Taylor —300 carros y centenares de mulas y bueyes— quedaba en extremo vulnerable a un ataque de la caballería. Como Taylor no podía proteger las provisiones llevándolas a un bosque tupido, la caballería de Arista podría rodear la columna de Taylor y saquearlas. Taylor protegió sus carromatos con un escuadrón de dragones y un par de piezas de artillería,[14] pero esta protección a su talón de Aquiles le restaba un valioso contingente.

El traslado desde el camino hasta la línea de tiradores fue rápido, porque los pequeños regimientos de Taylor —de menos de 300 hombres cada uno— podían maniobrar ágilmente fuera del camino, además de que toda la columna sólo tardaba media hora en pasar por un punto. Por lo demás, Arista no atacó: esperó y permitió que todo esto se llevara a cabo.

Taylor, a su vez, también se detuvo para que sus soldados, divididos en dos grupos, llenaran sus cantimploras en la charca. Después volvieron a alinearse. Se colocó al Octavo de Infantería a la izquierda (apoyado por la batería ligera de Duncan), y enseguida a los regimientos Cuarto, Tercero y Quinto. La batería ligera de Sam Ringgold se unió al Quinto, a la derecha. Los cañones pesados, los de 18 libras, en el centro de la línea de fuego, dispararían desde el camino, entre los regimientos Tercero y Cuarto de Infantería. "Redoblaron los tambores, palpitaron agitadamente los corazones, los pulsos latieron marcando el compás, las rodillas temblaron sin cesar."[15] El propio Taylor permaneció montado a la jineta en su caballo *Old Whitey,* observando y mascando tabaco.

No tuvo que esperar mucho el Viejo Zack. Sin tardanza, la artillería mexicana abrió fuego a unos 600 metros de distancia, pero como carecía de proyectiles de alto poder sus obuses llegaban al suelo antes que a los norteamericanos, quienes se protegían con facilidad. Pronto comenzó a responder la artillería de Taylor, con lo cual al fin llegó el momento que anhelaban sus jóvenes artilleros. Al frente se colocaron las baterías de Ringgold, Duncan, Ridgeley y Bragg,[16] removieron los armones y

[14] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 164.

[15] Samuel French, *Two Wars…* El tiempo pasado aparece en el texto original.

[16] El mayor honorario Samuel Ringgold, los capitanes Braxton Bragg, James Duncan y Randolph Ridgeley.

comenzaron a disparar contra las filas mexicanas a razón de una descarga por minuto.

Arista hubiera querido atacar con todo, pues sus hombres caían a su alrededor, y la artillería yanqui no tendría el mismo efecto sobre sus líneas si estuvieran cerca que si estuvieran lejos. Pero Arista comprendió que no podría controlar a su infantería en medio de aquel chaparral, por lo que decidió atacar exclusivamente con la caballería. Sobre el flanco derecho de Taylor irrumpieron los estruendosos lanceros. El Octavo de Infantería, que pronto quedaría rodeado, formó rápidamente un cuadrado hueco, mientras Ringgold ametrallaba a los que ya habían comenzado a acercarse. Los hombres de Torrejón hicieron una pausa, y luego se retiraron dejando atrás a muchos soldados de caballería. La infantería norteamericana realizó su única maniobra de ese día: adelantó el flanco derecho no para atacar al enemigo sino para ganar una posición desde donde pudiera "apoyar a Ringgold".[17]

Los dos contendientes se detuvieron para cobrar aliento. Arista intentó otro asalto de caballería sobre el flanco izquierdo de Taylor, hacia el tren de suministros, pero sus jinetes habían perdido el ímpetu y también acabaron retirándose.

Poco antes de anochecer ninguno de los dos ejércitos había logrado nada decisivo. Pero quizá los dioses se habían cansado de esa batalla, porque pusieron fuego al herbazal, que ardió como si fuera un enorme pajar. El humo cegaba a todos, ya bastante enceguecidos por el opresivo mare mágnum. Muchos de los heridos mexicanos murieron trágicamente quemados en esa hoguera.[18] Cuando se disipó el humo, Taylor envió un destacamento de dragones al sitio donde se ubicaban los carros de provisiones del enemigo, pero estaban protegidos también. Por fortuna para

[17] Barbour, *The Journals…*, p. 55. Desde un principio fue tema de controversia la exacta ubicación de las tropas en Palo Alto. La persona mejor informada sobre el tema es A. A. Champion, de Brownsville, quien durante mucho tiempo ha reunido y cotejado cuanto relato ha podido encontrar. En determinado momento el gobierno de Estados Unidos creyó que Champion se había equivocado debido a las grandes cantidades de metal que se encontró con un equipo detector de minas. Resultó que el "campo de batalla" era en realidad un campo de pruebas de la artillería, utilizado mucho tiempo después de la guerra con México. (Datos proporcionados por Bruce Aiken, entrevistado por el autor en septiembre de 1983.)

[18] Ramón Alcaraz *(The Other Side…*, p. 47) sitúa la hora del incendio antes del ataque de Torrejón sobre el flanco derecho de Taylor. Además, atribuye el fuego a una "estratagema" de los estadunidenses.

los norteamericanos, Arista no contaba con artillería que pudiera dar cuenta de ellos, y así regresaron a sus filas casi sin un rasguño.

Los desconcertados hombres de Arista demandaron entonces que se pusiera fin a la carnicería: no podían alcanzar al enemigo, no podían lanzarse al ataque, y los estaban matando sin misericordia a distancia. Arista, contra su voluntad, cedió.

Sin embargo, aún no se decidía la batalla. Contabilizando por puntos, Taylor podría cantar victoria, pues sus bajas sólo sumaban cuatro hombres muertos y 42 heridos, entre oficiales y soldados, mientras que 500 cadáveres de mexicanos yacían en el campo de batalla. Pero no había roto el frente enemigo; Arista no había huido, sólo se había retirado un poco. Por tanto, a Taylor no le quedaba más remedio que continuar peleando.

En términos generales, las bajas norteamericanas habían sido mínimas en Palo Alto. Pero Taylor perdió dos oficiales (mortalmente heridos, tras prolongada agonía murieron en Point Isabel): Sam Ringgold tenía desgarrados los muslos y al capitán John Page un obús mexicano le arrancó la mandíbula inferior. Particularmente sensible fue la muerte de Ringgold, pionero de la muy valiosa artillería ligera. En cierta forma, Ringgold había prestado su más valioso servicio antes de Palo Alto, cuando perfeccionó esa artillería y entrenó a los artilleros que después la aprovecharon en diversas batallas.

Los hombres de Arista pasaron una noche pésima, velando a sus muertos y preocupados ante la batalla que librarían al día siguiente. En algunas partes aún ardía la hierba, y su "siniestro resplandor"[19] iluminaba el campamento. El médico encargado de las medicinas había desaparecido durante la batalla. Los heridos que corrieron con mejor suerte fueron llevados a Matamoros apilados en carretas. Lo peor de todo era que la moral de los mexicanos había recibido un golpe devastador. Al cabo de decenios e incluso siglos de engaños por parte de sus jefes, los soldados tenían muy poca confianza en ellos, y sólo entraban en batalla cuando el enemigo les inspiraba un gran desprecio. Ahora que los norteamericanos mostraban una inesperada fuerza,

[19] Alcaraz, *The Other Side…,* p. 49.

en el ejército de Arista pronto se concluyó que "con habilidad y valor jamás se alcanzaría la victoria". Comenzaron las deserciones, al grado de que hasta Arista fue acusado de traidor. La psicología mexicana no se detuvo ahí: estaban siendo castigados por la ambición e incompetencia de sus líderes. Y hasta se llegó a decir que los yanquis eran meros agentes del mal enviados para castigar a México.[20]

A las seis de la mañana siguiente, Arista decidió retirarse de Palo Alto en busca de una situación más propicia. Sus fuerzas, con Ampudia a la cabeza, llegaron al cabo de cuatro horas al lugar donde establecerían la nueva línea defensiva. Como Taylor no presentó oposición, Arista tuvo tiempo para preparar otra batalla.

El nuevo campamento de Arista se constituyó en Resaca de la Palma,[21] donde el lecho de un lago seco facilitaría la defensa. Este lecho, típico de aquella región, alguna vez había sido un canal del siempre cambiante Río Bravo, algo parecido a lo que en Luisiana se denomina *bayou*. Tales formaciones lo mismo pueden estar secas que llenas de agua; la de Resaca de la Palma estaba seca, y su configuración proporcionaba estupendos obstáculos defensivos. Los informes de Arista de aquella tarde rebosan confianza y optimismo.

Al descubrir el 9 de mayo por la mañana que Arista había salido de Palo Alto, Taylor convocó un consejo de guerra para discutir el siguiente movimiento. Él siempre se había inclinado por perseguir a Arista, pero había convincentes razones para no hacerlo. Al fin y al cabo, el ejército enemigo no estaba destruido y seguía contando con muchos más soldados que el norteamericano. La mayor parte de los oficiales presentes en la conferencia —siete de un total de diez— aconsejaron permanecer en la posición que ocupaban y esperar la llegada de los voluntarios que Taylor había pedido 12 días antes. Quizá fuera un proceder prudente, teniendo en cuenta la desigualdad de fuerzas, pero no era el estilo de Taylor. Éste, tras escuchar cuanto dijeron sus oficiales, se puso del lado de la minoría: "Señores, prepárense a reanudar el avance".[22] Y se pusieron en marcha. Se detuvieron después de caminar 10

[20] *Ibid.*, p. 50.
[21] Resaca de Guerrero. Alcaraz, *The Other Side…*, p. 50n.
[22] Las versiones sobre este episodio varían. Barbour *(The Journals,* p. 57) reconoce

kilómetros en dirección de Matamoros. Los exploradores encontraron pelotones enemigos al norte de Resaca de la Palma, y Taylor se dirigió a ese lugar. Tras observar con lentes de campaña la posición de Arista, decidió atacar, tomando cuidadosas medidas para proteger sus pertrechos. Designó para esta tarea a 250 hombres que no pertenecían a ningún regimiento, y los dotó con dos cañones de 18 libras que no habían sido particularmente útiles el día anterior. El resto de sus hombres, como ya había aconsejado en El Frontón, debían "confiar en la bayoneta".

Taylor habría preferido repetir la victoria fácil de la víspera bombardeando otra vez al enemigo con fuego de artillería, pero a causa del espeso chaparral no se podía tener buena puntería a larga distancia; más aún, por la misma razón también resultaba difícil controlar a la infantería. La batalla podría degenerar en una refriega, en una serie de acciones esporádicas.

A primera hora de la tarde Taylor galopó a donde se encontraba el capitán George A. McCall, del Cuarto Regimiento de Infantería, quien le informó que el enemigo había tomado posiciones en el chaparral, en el lado más próximo y en el más distante de Resaca de la Palma. Las fuerzas de Arista ocupaban una línea bastante larga, pero sólo una pequeña sección tenía importancia, la cercana al camino de Matamoros. Por consiguiente, Taylor colocó sus cuatro regimientos de infantería a horcajadas sobre aquel camino, el Quinto y el Octavo formando una columna a la izquierda, y el Tercero y el Cuarto a la derecha.

Primero que nada, quizá Ridgeley, ahora al frente de la batería de Ringgold, podría abrir a cañonazos una brecha en la posición de Arista. Con el enemigo a la vista, Ridgeley preparó sus cañones y disparó, pero como el chaparral constituía una verdadera barrera, sólo se dio cuenta de que se acercaba una columna mexicana cuando prácticamente ya la tenía encima. De pronto, Ridgeley se encontró en una situación muy peligrosa. Disparó a boca de jarro contra los atacantes y se preparó a pelear cuerpo a cuerpo. Por fortuna para él, el fuego dio resultado, y los lanceros atacantes se

que McIntosh, Duncan y el capitán Morris se declararon en favor de que continuara la lucha. Todos están de acuerdo en que a Taylor lo animó el entusiasmo de un suboficial sobre cuya identidad hay varias teorías. Sedgwick, quien no estuvo presente en Palo Alto, sostiene que fue Duncan quien le dijo espontáneamente a Taylor: "General, ayer los apaleamos y hoy lo volveremos a hacer". Otros afirman que fue Ridgeley.

retiraron. La infantería que se encontraba a su alrededor continuó luchando en el magnífico y feraz chaparral.

Taylor, muy cerca del campo de batalla, decidió avanzar. Había que lanzar a los dragones a la lucha. Mandó llamar al capitán Charles May y le ordenó que colocara su certera compañía al lado de la batería de cañones del enemigo. May comenzó a hacerlo, y entonces Ridgeley gritó: "¡Charley, espera a que yo atraiga el fuego!" Diciendo esto hizo un disparo, y los mexicanos respondieron.

Así descubrió May dónde estaban los cañones enemigos. Sus dragones avanzaron galopando de cuatro en fondo, sin salirse del camino. La brisa hacía ondear sus cabelleras. Hizo lo mismo que ocurrió en Balaclava algunos años después, cuando tuvo lugar la famosa carga de los 600: cargó contra los cañones, pasó sobre ellos y se enfrentó al general De la Vega. Momentos después, al verse rodeado por la infantería mexicana y por los artilleros que regresaban a donde estaban sus cañones, giró en redondo y, a la cabeza de sus dragones, a todo galope recorrió los 400 metros de regreso.[23]

Taylor observaba la acción desde un punto favorable, y gritó furioso al coronel Belknap, del Octavo de Infantería: "¡Apodérate de esos cañones, y por Dios, no los sueltes!" Los hombres de Belknap atacaron, se apoderaron de los cañones… y también del general De la Vega.

Para entonces comprendió Arista, tardíamente, que la batalla iba muy en serio, y sin pensarlo más llegó a la línea de fuego, hizo a un lado al alicaído general Canales, quien ya había luchado bastante, y personalmente encabezó a sus lanceros en una más de sus vanagloriosas cargas. Pero al cabo de unos cuantos disparos, y de algunas bajas mexicanas, Arista y sus hombres dieron marcha atrás.

En realidad, pocos de los soldados de Arista lucharon en esta acción (estaban muy dispersos en el campo de batalla), pero eso no les impidió ver lo que estaba sucediendo: que la base de su

[23] Se atribuye injustificadamente a May la captura del general De la Vega. Diversos periódicos estadunidenses publicaron grabados del dramático momento. A May se le concedió un doble ascenso honorario y obtuvo el grado de teniente coronel. Nunca fue popular entre sus compañeros, quienes lo ridiculizaron por su inmerecida buena suerte. No obstante, como dragón continuó desempeñándose bien.

ejército quedó aislada y que el camino de retirada a Matamoros lo controlaba el enemigo. Cundió el desaliento. Al ver retirarse a la Segunda Brigada, la élite del ejército mexicano, se adueñó de ellos el pánico. Entonces huyeron en desbandada.

La batalla de Resaca de la Palma degeneró en tumulto. Las fuerzas de Taylor siguieron de cerca hasta el Río Bravo a los empavorecidos enemigos. Los defensores de Fort Texas lanzaron exultantes aclamaciones al ver a los fugitivos, a quienes no pudieron perseguir porque las baterías mexicanas del otro lado del río les habrían causado muchas bajas.

Taylor continuó la persecución hacia Fort Texas, donde se enteró, consternado, de que Jacob Brown, el valiente veterano, herido por la explosión de una granada cuando inspeccionaba sus posiciones el 5 de mayo, había fallecido esa mañana. Pero el sabor de la victoria era muy dulce, y por la noche un regocijado *Old Rough and Ready* redactó un mensaje de triunfo dirigido al ayudante general: "¡Nuestra victoria ha sido total!"

Y en efecto lo era: siete piezas de artillería, muchas municiones, tres banderas y alrededor de 100 prisioneros, entre ellos el general De la Vega, habían caído en sus manos. Las bajas norteamericanas al cabo de dos días de batalla eran, informó Taylor, 34 muertos y 113 heridos. En cuanto a las bajas mexicanas, calculaba 300 muertos (los norteamericanos dieron sepultura a 200). Tiempo después Meade calculó 1 200 entre muertos y heridos, 300 ahogados al querer cruzar el río, y entre l 000 y 2 000 desertores.[24]

Ahora empezaba la terrible tarea de enterrar a los muertos. Los soldados lo hicieron lo mejor posible, pero los lobos y los buitres realizaron la mayor parte del trabajo. Por otro lado, la tropa encontró un estupendo botín en la tienda del general Arista. Aun cuando los objetos de plata y otros artículos de lujo automáticamente pasaron a ser propiedad del gobierno estadunidense, los soldados se apoderaron de la papelería del general, y muchos la usaron para escribir cartas a sus familias describiendo orgullosamente su victoria.

El 17 de mayo de 1846, Zachary Taylor emitió la Orden Gene-

[24] Taylor al procurador general, 9 y 12 de mayo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 296 y 297, y Meade, *The Life and Letters…*, 15 de mayo de 1846, p. 83.

ral Núm. 62: Fort Texas cambiaría su nombre por el de Fort Brown (en torno del cual fue formándose lo que actualmente es Brownsville).

Años después, un barquero llamado Ramón recordaría esos primeros días de mayo de 1846:

> Me llevó tres días transportar al ejército mexicano al otro lado del río: ida y vuelta, de noche y de día. ¡Ay, tenía yo tantas ganas de unirme a las tropas! Gozaba de su música, ¡era tan alegre!, y de las banderas que ondeaban en el aire. Todos los hombres cantaban y parecían felices, pero no pude unirme a ellos. A los tres días regresaron sin música y sin banderas. Ya no necesitaban mi barca. Llegaron en grandes grupos, corriendo o arrastrándose como tortugas. Y se echaron al agua en cuatro patas, como las tortugas, y no pararon hasta llegar a la maleza en territorio de la República Mexicana. Venían de la batalla de Resaca de la Palma. ¡Qué bueno que no me fui con ellos![25]

[25] Dobie, *Coronado's Children,* pp. 119 y 120.

VIII. "UN PLATO DE SOPA A TODA PRISA"
Washington, verano de 1846

Muy al norte del Río Bravo, la opinión pública de Estados Unidos estaba cambiando sustancialmente. Las noticias de la derrota de Thornton llegaron a Nueva Orleans varios días antes que a Washington. Mientras Zachary Taylor preparaba su informe oficial, en el lugar de los hechos los periodistas escribieron sus reseñas. Como todos esos escritos se enviarían en el mismo barco, los destinados a Nueva Orleans estarían apareciendo con grandes encabezados días antes de que el gobierno tuviera la menor idea de lo ocurrido. La opinión pública, que había permanecido en la incertidumbre ante el éxito cada vez menos probable de la misión de Slidell, ante la caída del presidente Herrera, ante el avance de Taylor hacia el Río Bravo y, por último, ante el asesinato del coronel Cross, ahora reaccionaba como una presa sin control. En el sudoeste, donde se consideraba muy real la amenaza mexicana, donde los texanos de El Álamo, Goliad y los miembros de la infortunada expedición de Mier (1843) tenían amigos y familiares, donde a los mexicanos en general y a Ampudia en particular se les veía como "bárbaros perversos", muchísimos hombres se alistaron en el ejército. Imposible permanecer con los brazos cruzados mientras las fuerzas de Taylor estuvieran en peligro.

Algunos años después un oficial describió el ambiente que reinaba en aquella época:

> Por todo el país, en especial en los estados del Sur y del Oeste, había muchos que participaron activamente en la lucha por la independencia de Texas y que al regresar a su casa fueron objeto de especial atención, en comidas al aire libre y en esos mítines masivos que tanto gustan al norteamericano, y donde siempre obtenían una reacción comprensiva las denuncias contra la opresión y la crueldad de los mexicanos o las descripciones de los heroicos sufrimientos de los mártires texanos. Casi no había hogares en el país que no supieran de la salvaje matanza de los hombres de Fannin en Goliad, de la espartana defensa de El Álamo… o de la retirada de los texanos cruzando San Marcos, Gua-

> dalupe, Colorado, Brazos y Buffalo Bayou, que no fue interrumpida sino hasta llegar a San Jacinto […] Casi no había un hogar donde no se hubieran escuchado con horror los detalles de la malhadada expedición de Mier… De Ampudia se refería que en el Yucután… cayó en su poder su adversario, el general Santmenal, y sin someterlo a juicio lo decapitó e hirvió en aceite su cabeza y mutiló su cuerpo […] Por supuesto, cuando se supo que Thornton, Hardee y sus camaradas habían sido capturados y estaban en poder de Ampudia, se generalizó el impulso […] de ir inmediatamente en su ayuda.[1]

En Nueva Orleans, el viejo general brigadier Edmund P. Gaines reaccionó como lo había hecho "en casi todas las perturbaciones posteriores a la guerra de 1812".[2] Sin esperar instrucciones de Washington, Gaines asumió la responsabilidad de dirigirse a los gobernadores de Luisiana, Alabama, Misisipi y Misuri para que le proporcionaran voluntarios. En un plazo notablemente corto reunió y organizó a 12 600 hombres. También fue notable que haya alistado a la mayoría (11 000) para un periodo de seis meses, término que carecía de toda base legal, pues el periodo máximo autorizado para la milicia era de tres meses. Antes de que Washington pudiera poner fin a lo que estaba haciendo Gaines, éste ya había enviado unos 8 000 hombres a Brazos Santiago, donde Taylor no tenía manera de alojarlos y ni siquiera los necesitaba.

En el Congreso no fue menos impulsiva la respuesta a la recién reconocida guerra contra México. El 11 de mayo, al cabo de un debate de dos horas sobre la comunicación de guerra de Polk, la Cámara de Representantes aprobó que se proporcionaran al presidente más soldados y más dinero de lo originalmente previsto. En su mensaje, Polk no especificó lo que necesitaba, y se limitó a pedir autorización para "llamar a que prestaran servicios públicos a un gran número de voluntarios, para servir durante periodos no menores de seis o 12 meses, a no ser que fueran dados de baja antes", y "medios suficientes para el sostenimiento de todas nuestras fuerzas y para proveerlas de víveres y municiones".[3] Polk tenía en mente 26 batallones, esto es, alrededor de 23 000 hombres.[4] Pero la Cámara de Representantes autorizó al presidente

[1] Wilcox, *History…*, pp. 45-47.
[2] Upton, *The Military Policy…*, p. 201.
[3] Exec. Doc. núm. 196, p. 6, citado en Upton, *The Military Policy…*, p. 202.

para que, además de utilizar las fuerzas regulares y las milicias ya existentes, reclamara "un máximo de 50 000 voluntarios" para servir durante 12 meses o hasta el fin de la guerra.[5]

No obstante, algunos senadores parecían preocuparse por no dar la impresión de que habían votado con excesiva precipitación. Entre ellos se destacaba John J. Crittenden, *whig* de Kentucky, cuya primera reacción fue poner en tela de juicio las circunstancias en que su amigo Zachary Taylor se había trasladado al Río Bravo. Cuando se le aseguró que Taylor lo había hecho obedeciendo instrucciones específicas del Departamento de Guerra, al parecer se tranquilizó. Luego, tras decir que lamentaba que "estuviéramos en guerra con nuestro vecino más cercano", propuso que una "misión especial" integrada por diplomáticos acompañara al ejército de Taylor.[6] Tras expresar así su desaprobación de la forma como estaba actuando Polk, Crittenden se adhirió a quienes habían aprobado la concesión de enormes recursos al presidente para llevar adelante la guerra. Esta pausa en los debates impidió que el Senado actuara tan rápidamente como la Cámara de Representantes (lo cual para Polk no estaba lejos de constituir una traición), pero el retraso fue mínimo. Polk otorgó a la War Bill (Declaración de Guerra) fuerza de ley el miércoles 13 de mayo de 1846.

Teniendo en cuenta la rapidez con que se aprobó, la War Bill, junto con posteriores enmiendas, proporcionaba bases razonables para la movilización. Sin embargo, presentaba dos puntos débiles: uno, que el poder para nombrar oficiales voluntarios con grado inferior al de general de brigada quedaba en manos de los respectivos gobernadores, aun cuando los hombres a quienes iban a mandar pertenecieran al servicio federal, no al estatal. El otro punto débil (una obra maestra en el arte de rehuir responsabilidades) provenía de la renuencia de los políticos a fijar claramente el periodo de servicio militar de los voluntarios. Tanto Polk como el Congreso rehuían mañosamente esa responsabili-

[4] Informe del secretario de Guerra, 5 de diciembre de 1846, Exec. Doc. núm. 4, p. 47.

[5] Emory Upton, *The Military Policy…*, p. 203. En otras secciones de la ley se establecía que la ropa, el caballo y el equipo (excepto las armas) de los voluntarios tenían que proveerlos los voluntarios mismos, y que el gobierno pagaría una compensación por tal concepto.

[6] Crittenden, *The Life…*, vol. I, pp. 241 y 242.

dad. El presidente solicitó voluntarios que servirían ya sea seis o 12 meses; los diputados debían escoger. El Congreso autorizó 12 meses o hasta el fin de la guerra: el presidente podía elegir. A la hora de aplicar la ley, Polk pidió a los gobernadores unos contingentes de voluntarios que servirían "por un periodo de 12 meses *o* hasta el fin de la guerra":[7] los voluntarios tenían la palabra. El resultado fue que casi nadie se alistó para servir todo el tiempo que durara la guerra. Por lo tanto, al cabo de un año habría que reclutar otros voluntarios, o poner fin a la guerra.

El miércoles 13 de mayo de 1846, el día en que Polk firmó la War Bill, el secretario de Guerra, William Marcy, y el general en jefe, Winfield Scott, fueron a la Casa Blanca a conferenciar con el presidente. Polk no sentía gran simpatía por Scott: además de ser el jefe profesional del ejército, se creía que "abiertamente buscaba la presidencia"[8] con el apoyo de los *whigs.* En opinión de Polk, ésta era la peor acusación que podía hacérsele a cualquier individuo.

Más aún, en cuanto a personalidad, Polk y Scott eran totalmente opuestos. Éste era muy alto (1.95 metros), fanfarrón y egocéntrico, además de famoso, y tendía a ver a Polk, de baja estatura e introvertido, con aire de superioridad. Polk se vio forzado a reprimir su resentimiento personal por respeto al rango de Scott como general en jefe del ejército y, aún más, porque era un héroe nacional. Así las cosas, aunque Polk prefería pedir consejo sobre cuestiones militares a "expertos" como Thomas Hart Benton,[9] no podía decretar la movilización sin contar con la cooperación profesional de su soldado de más alto rango.

En 1846, el general de división Winfield Scott ya era una verdadera leyenda. Pronto cumpliría 60 años y había pasado más de la mitad de ellos como general, pues durante la guerra de 1812, a la edad de 28 años, había ascendido a general brigadier.

[7] Informe del secretario de Guerra, Exec. Doc. núm. 4, p. 47.

[8] Seward, carta, 4 de enero de 1846, p. 771.

[9] Benton, un fiel demócrata, pertenecía al grupo más ofendido por la posición de Scott, un activo *whig*. A fines de marzo de ese año, cuando Scott fue demasiado lejos en el asunto de los "ascensos honorarios", Benton aconsejó que "inmediatamente se ordenara el traslado [de Scott] a algún puesto en la frontera del norte, como una merecida reprensión…"(Polk, *Diary*, p. 67).

Con brillante participación contra los ingleses en Chippewa y Lundy's Lane, por su actuación en la última de estas batallas le fueron concedidos la "congressional medal"[10] y un ascenso honorario a general de división. En una guerra que produjo pocos éxitos y pocos héroes, el desempeño de Scott fue motivo de orgullo nacional, y su fama como militar rivalizó con la de Andrew Jackson, de más edad que él. Además, Scott permaneció en el ejército mientras que Jackson se dedicó a la política. Así, Winfield Scott fue la figura más destacada en la guerra de Black Hawk, en 1832, y en la vigilancia en Charleston, ese mismo año, de los "nullifiers" (que pretendían tener el derecho a anular disposiciones del gobierno federal). Estuvo al mando en la guerra contra los semínolas (1837) y en 1838 se encargó de vigilar la frontera con Canadá. Su prestigio se incrementó cuando ejecutó la controvertida orden de Jackson de trasladar a 16 000 cheroques de Carolina del Sur y Tennessee a las reservaciones del oeste del Misisipi. La forma en que administró el ejército desde que fue nombrado general en jefe (1841) se caracterizó por su precisión y buen tino.

Con todo, su trayectoria no siempre estuvo libre de obstáculos. En 1809, como capitán en la "artillería ligera", Scott, con gran falta de tacto, tildó al general a cuyas órdenes estaba de traidor "casi tan grande como Aaron Burr". Se le sometió a consejo de guerra y fue suspendido de su puesto de mando durante un año, tiempo que Scott aprovechó para profundizar en sus estudios militares. Salió mejor librado en 1817 cuando calificó de "sediciosa" una orden del general Jackson, pues el castigo no pasó de ser tildado de "buscapleitos bravucón". Por último, 20 años después, Jackson lo sometió a un tribunal de guerra por no haber tenido éxito en la guerra de la Florida. El tribunal no sólo exoneró a Scott: lo alabó por su "energía, firmeza y habilidad".

Su altanera forma de ser y su tendencia a dejarse ir de la lengua no provenían, como podría suponerse, de los muchos años como general. Siempre tuvo esas características. Además, nunca recibió un castigo capaz de cambiar su manera de ser. A decir verdad, algunas de las medidas disciplinarias que se le aplicaron él las tomó como aquello de que "no hay mal que por bien

[10] No debe confundirse con la Congressional Medal of Honor.

no venga".

Con una carrera así, ya no le quedaba a Scott más ascenso que la presidencia, el único honor que aún no le otorgaba la nación. Esto por ningún motivo lo distraía de la administración del ejército, pero era una idea que cada vez con más frecuencia aparecía en sus cartas. Siempre había estado del lado de los *whigs*, posiblemente porque siempre le había hecho la competencia a Andrew Jackson, pero también, lo más probable, por el conservadurismo innato en gran parte de los militares.[11] En 1839 el nombre de Scott ya se mencionaba en los círculos políticos;[12] y en 1842 se le tomaba tan en serio que Pensilvania lo consideró como una especie de hijo predilecto.[13] Con todo, la postulación para candidato en las elecciones presidenciales recaería en Henry Clay.

Después de la derrota de Clay en 1844, dirigentes *whigs*, en particular el senador John Crittenden, decidieron que Clay jamás volvería a ser elegido, y se comenzó a pensar en Winfield Scott y en Zachary Taylor como posibles jefes del partido *whig*. Siendo el único *whig* en el Comité de Asuntos Militares del Senado, Crittenden era el conducto natural al que recurrían los generales para quejarse del maltrato político a que los sometía el presidente demócrata. Crittenden desempeñaba muy bien este papel. Descrito como "el pequeño senador de Kentucky, feo, aficionado al alcohol y a los naipes, que lo mismo hacía bromas pesadas que practicaba la oratoria de calidad, y con un agudo juicio político",[14] era un "creador de presidentes" nato. Por tanto, los estrechos lazos entre Crittenden y Scott no eran vistos con buenos ojos por el presidente Polk.

Ese primer encuentro de Winfield Scott con su comandante en jefe fue breve. Cuando el general expuso sus planes para atraer voluntarios, algo —quizás su manera de hacerlo— molestó a James Polk, el cual dijo que la exposición había sido "incompleta" y que necesitaba, "para ese mismo día", una presentación

[11] Uno de los problemas de Polk, al menos desde su punto de vista, era que en mayo de 1846 los tres generales —Scott, Gaines y el general de brigada John E. Wool— eran *whigs*, como también lo eran los generales honorarios de brigada Zachary Taylor y Roger Jones, el ayudante general.

[12] William Henry Harrison a Crittenden, 7 de noviembre de 1839, en Crittenden, *The Life…*, vol. I, p. 113.

[13] Crittenden a Clay, 2 de julio de 1844, en Crittenden, *The Life…*, vol. I, p. 185.

[14] Sellers, *James K. Polk…*, p. 312.

en toda forma. Después de terminada la reunión, sin embargo, le ofreció a Scott el "mando del ejército que se iba a reclutar", y el general, por supuesto, aceptó. Polk escribió en su diario que no consideraba a Scott "en ningún sentido conveniente para tan importante mando".[15]

Ese día, miércoles 13 de mayo de 1846, fue de gran actividad para Polk. En su diario describió una larga junta con el gabinete para discutir sobre los mensajes que se enviarían a los jefes de otras naciones a fin de anunciar el estado de guerra.[16] Pero no mencionó su encuentro con Benton ni lo que vino después: sus órdenes a cierto coronel para que llevara un contingente a un punto situado al oeste de Fort Leavenworth, en territorio indio. Tampoco mencionó un breve mensaje que, por instrucciones suyas, envió el secretario de la Marina George Bancroft:

> Departamento de Marina de Estados Unidos
> 13 de mayo de 1846
>
> Al comodoro Conner, jefe del Escuadrón Nacional:
>
> Comodoro: Si Santa Anna intenta entrar a puertos mexicanos, déjele usted el paso libre.
>
> George Bancroft [17]

La noche siguiente, a las 8, Marcy y Scott fueron a ver de nuevo al presidente. La conferencia duró hasta la medianoche. Polk comenzó resumiendo su plan de guerra, sencillo y básico: "llevar fuerzas bien entrenadas a las provincias del Norte" de México, y mantenerlas allí mientras se negociaba la paz. Se calculaba que con este plan se ocuparían tan vastas extensiones de su territorio que México se vería obligado a negociar la paz. Marcy y Scott aceptaron de inmediato, ya que con ese plan era posible limitar las acciones militares a una rápida campaña. En el transcurso de la conferencia, Scott propuso que se llamara a filas a 20 000 de los 50 000 voluntarios autorizados por el Congreso, comenzando por los estados del oeste y del sudoeste.[18] Polk se resistía a llamar a filas a tantos voluntarios, pero reconoció "que

[15] Polk, *Diary,* 13 de mayo de 1846, p. 90.
[16] *Ibid.,* pp. 90-92.
[17] Exec. Doc. núm. 60, p. 774.

no quería asumir la responsabilidad de que la campaña fracasara por negar al general Scott todo lo que pedía".[19] Así quedó marcado el rumbo, al menos para las primeras etapas de la guerra.

El tenso ambiente de estas dos conferencias impidió que hubiera una comunicación franca y abierta. Sin duda, las condiciones en las que Polk se proponía ofrecer el mando de las fuerzas que estaban en el Río Bravo fueron mal interpretadas. El presidente, por su parte, esperaba que Scott partiera de Washington de inmediato. La presencia de Scott en el Río Bravo no garantizaba por sí sola la seguridad del ejército, pero sería un alivio, pensaba Polk, que Scott no estuviese constantemente a la vista del público. Más aún, al mismo Scott le beneficiaría que su nombramiento fuese un *fait accompli,* porque muchos demócratas de los estados del oeste, lo mismo en el Senado que en otras partes, presionaban a Polk para que nombrara a alguien que no fuera el *whig* Scott. Por consiguiente, Polk quería actuar sin dilación.

Scott, a su vez, pensaba que debía quedarse en Washington por algún tiempo, mientras se enfrentaba a la gigantesca tarea administrativa que representaba una movilización para una guerra en el extranjero. Mientras se ponía a funcionar la maquinaria, Scott planeó hacer un viaje a los ríos Ohio y Misisipi para cerciorarse de que se hiciera bien el embarco de las tropas. Luego podría ir al Río Bravo acompañado por una "nube de refuerzos". El aumento en el número de soldados justificaría la asunción del mando por el general en jefe. En esas circunstancias, su llegada no lastimaría el orgullo de Taylor al verse remplazado.[20] Por esos días, naturalmente, nadie en Washington tenía noticias de las recientes victorias de Taylor en Palo Alto y Resaca de la Palma. Sin embargo, Taylor se había desempeñado bien en Corpus Christi y Matamoros, y Scott, aun cuando quería sustituirlo en el campo de batalla, sinceramente deseaba evitar toda apariencia de que el remplazo se debía a algún error de Taylor. Por supuesto, no faltó quien dijera que para Scott era poco atractivo verse al mando de un pequeño ejército colocado en una situación peligrosa.

[18] Texas, Arkansas, Illinois, Misuri, Ohio, Indiana, Kentucky, Tennessee, Alabama, Misisipi y Georgia.

[19] Polk, *Diary,* 14 de mayo de 1846, pp. 93 y 94.

[20] Carta de Scott a R. P. Letcher, 5 de junio de 1846. Si bien esta carta fue escrita algunas semanas después, y en ella se advierte una profunda autoconmiseración, no hay razón para dudar de que siempre fueron éstas las intenciones de Scott.

El 19 de mayo, menos de una semana después de su junta con Scott y Marcy, Polk ofreció a sus secretarios de Guerra y de la Marina una conferencia sobre cómo debía conducirse la guerra. Con su acostumbrado afán por la discreción —y por la desconfianza que le inspiraban sus generales—, los "instó a que uno y otro atendieran personalmente todos los asuntos sin excluir los detalles, y que no permitieran que sus subordinados actuaran sin su supervisión".[21] En otras palabras, debían administrar sus secretarías como él conducía el gobierno. El trasfondo de este sermón, sin embargo, lo constituía la preocupación de Polk por la sospecha de que Scott proyectaba quedarse en Washington hasta el 1 de septiembre de 1846. No podía permitirse un retraso así, advirtió Polk a Marcy, y añadió que si Scott no ocupaba "muy pronto" su puesto, lo "suplantaría" en el mando. Ésa sería una decisión del presidente, al fin y al cabo, pero Marcy tendría que compartir la responsabilidad en caso de presentarse alguna controversia. Por lo tanto, "tomaría en sus manos el asunto: daría órdenes y se encargaría de que fuesen obedecidas".[22]

Marcy tomó muy en serio las instrucciones. Al día siguiente visitó a Benton en la Colina del Capitolio, y ambos planearon la forma de "archivar" a Scott. Añadirían una enmienda al proyecto de ley que autorizaría al presidente el nombramiento de dos nuevos generales de división en la nómina del ejército regular (con lo que llegarían a tres) y cuatro generales de brigada (para contar con un total de seis). Con la autorización para nombrar dos nuevos generales de división, lograría Polk ascender a Taylor (por necesidad política) y designar a otro general de división que podría tomar el mando en el campo de batalla e incluso convertirse en general en jefe. Este nuevo nombramiento, se acordó, recaería en el propio Benton. Aunque hacía 30 años que el senador no vestía uniforme, desde hacía mucho tiempo abrigaba ambiciones militares. Como la guerra había conmocionado al *establishment*, ésta podría ser su oportunidad. El proyecto de ley fue debida-

[21] Polk, *Diary,* 19 de mayo de 1846, p. 96.

[22] Polk, *Diary,* pp. 96 y 97. Se comprende que Scott haya tenido otra opinión; según él, "se dedicaba a hacer […], *con mi propia pluma,* todo el trabajo importante del secretario" (carta de Scott a R. P. Letcher, fechada el 5 de junio de 1846, en John J. Crittenden, *The Life…,* vol. I, p. 245).

mente presentado.

La noticia de esta jugarreta llegó a Scott, quien "comprendió que había gato encerrado". En la tarde siguiente a la reunión de Marcy y Benton se encaró con Marcy, el cual contraatacó informándole del disgusto del presidente por su ininterrumpida presencia en Washington.[23] Al día siguiente, Scott le escribió una larga carta a Marcy. Principiaba con una detallada descripción de los problemas a que se enfrentaba todos los días (con el ayudante general, con el intendente general, con el comisario general de subsistencias, con el jefe de la artillería y con el jefe de sanidad). A continuación manifestaba que "sabía de la gran impaciencia que despierta, quizá en muy elevados círculos, el que todavía no haya yo partido para el Río Bravo". Él era "demasiado viejo como soldado" y "comprendía la infinita importancia" de defenderse de los peligros en la retaguardia.[24] Concluyó diciendo: "no deseo colocarme en la más peligrosa de todas las posiciones: *fuego en la retaguardia desde Washington, y fuego en el frente desde México*".[25]

Esa misma tarde del 21 de mayo, el presidente Polk recibió a un molesto visitante, un desconocido que solicitaba la reinstalación de su cuñado en el rango de capitán del ejército. Con el fin aparente de apoyar su causa mediante el descrédito de Scott, presentó una carta escrita por éste en el mes de febrero anterior en la que el general se negaba a recomendar a una persona que solicitaba un puesto en el nuevo Regimiento de Infantería Montada. La solicitud era inútil, decía la carta, porque tal regimiento había sido "planeado por los hombres del Oeste para proporcionar puestos, o mejor dicho *paga,* a los demócratas del Oeste. Ninguno que venga del Este, ningún graduado de la Academia Militar, y ciertamente, ningún *whig,* lograría un lugar…"[26] Estaba Polk echando rayos y centellas a causa de las acusaciones políticas que encerraba el escrito, cuando entró Marcy con la carta de Scott, que acababa de recibir. Polk ya sabía que no podía

[23] Scott a R. P. Letcher, 5 de junio de 1846, en Crittenden, *The Life…*,vol. I, pp. 245-247.

[24] Bernard DeVoto (*The Year of Decision,* p. 198) dice que la carta era "una profecía de primera clase, si bien insubordinada e imprudente".

[25] Scott a Marcy, 21 de mayo de 1845, en *Congressional Globe Appendix,* p. 650.

[26] Scott a Archer, 16 de febrero de 1846, copia, documentos privados de Polk.

confiar en Scott, pero aún evitó toda acción directa. A menos de tener asegurada la aprobación del Congreso para nombrar nuevos generales, reconoció el presidente, quizá se vería forzado a enviar a Scott a tomar el mando en la guerra con México.[27]

El 23 de mayo por la tarde llegó la solución al problema burocrático que enfrentaba Polk, cuando la prensa de Nueva Orleans informó sobre las victorias de Taylor en Palo Alto y en Resaca de la Palma. Polk se sintió feliz, pero aún necesitaba la confirmación oficial antes de entrar en acción.[28] Con todo, el lunes siguiente estaba ya bastante seguro de las victorias de Taylor, y citó a una junta del gabinete para discutir el borrador de la respuesta que Marcy iba a dar a la imprudente carta de Scott. La redacción final era una obra maestra —mostraba un elevado estilo, aflicción y magnanimidad— en la que se trataba a Scott como a un chiquillo. Después de referirse al "extraordinario carácter" de la carta del general y a las "graves cuestiones que planteaba", concluía diciendo que el "presidente faltaría a su deber con la nación si insistiera en su determinación de imponer a usted el mando del ejército en la guerra contra México". Scott seguiría en el puesto que ocupaba, con instrucciones de "consagrar sus esfuerzos a los arreglos y preparativos…"[29]

Con fruición ordenó Polk que la carta de Marcy se entregara ese mismo día. Gracias a las victorias de Taylor, la nación contaba ahora con un nuevo general, y Scott podría ir desapareciendo de la escena pública.

Winfield Scott no estaba acostumbrado a que lo trataran con aires de superioridad, y la carta de Marcy le produjo una verdadera conmoción. Cuando se sintió con fuerzas suficientes para responder, lo hizo empezando, muy de acuerdo con su carácter, con palabras que denotaban autocompasión: "Recibí hoy su carta, alrededor de las 6 p. m., cuando estaba a punto de tomar un plato de sopa a toda prisa..."[30]

Esas veintitantas palabras dieron a Polk y a Marcy armas para

[27] Polk, *Diary,* 21 de mayo de 1846, p. 99.
[28] *Ibid.,* 23 de mayo de 1846, p. 103.
[29] *Ibid.,* 25 de mayo de 1846, p. 651.

poner a Scott en ridículo. Y lo hicieron sin tomar para nada en cuenta la explicación bastante torpe dada por Scott a sus palabras ni un obsequioso párrafo lleno de alabanzas a Polk.[31] Inmediatamente se dio a conocer esta correspondencia, y "el plato de sopa a toda prisa" persiguió a Scott durante el resto de su vida. Polk, ni tardo ni perezoso, envió un mensaje al Congreso en el que nombraba al general brigadier honorario Zachary Taylor general de división honorario.[32] Dado su nuevo rango, resultaba ilegal que Taylor permaneciera en el Río Bravo a las órdenes de otro general de división como Winfield Scott. Por otra parte, la opinión pública ya no permitiría que se retirase a Taylor de donde estaba.

Pero el destino no dejó que Polk se saliera totalmente con la suya. El proyecto de ley elaborado por Benton, en el que se autorizaba el nombramiento de dos nuevos generales de división y cuatro nuevos generales de brigada, no encontró dificultades en el Senado, pero sí las tuvo en la Cámara de Representantes. En la Cámara, Garrett Davis, uno de los "Inmortales Catorce" que habían votado contra la guerra, pidió la palabra para recalcar que el nombramiento de cuatro nuevos generales de brigada era un ardid "bastante obvio, para incrementar su poder [el de Polk]", innecesario en una guerra forzosamente corta contra un país tan débil y desorganizado como México. Sin embargo, el ataque se centró en el nombramiento de los dos nuevos generales de división. Según Davis, la propuesta ocultaba dos segundas intenciones: "una, deshacerse del actual comandante en jefe [...]; la otra, sustituir al gene-

[30] *Ibid.,* p. 652, y Scott a Marcy, 25 de mayo de 1846.

[31] "Habla usted de mi entrevista con el presidente sobre el tema de la vasta e impresionante invasión de México. Ojalá contara con tiempo para hacer justicia a mis recuerdos acerca del excelente buen sentido, comprensión de los asuntos militares, paciencia y cortesía del presidente en esas entrevistas. Desde entonces he hablado a menudo de las admirables cualidades que puso en juego en esas ocasiones, y lo he honrado en la medida en que puedo hacerlo" (Polk, *Diary*, p. 652).

[32] Polk, *Diary*, 26 de mayo de 1846, pp. 104 y 105. En las memorias de Scott, escritas en 1864, este tema aún causaba resquemor. Ésta es su versión: "Por lo general, en esos días —como siempre en épocas difíciles— Scott permanecía entre 15 y 18 horas diarias en su despacho. [Una vez] en que lo buscó el secretario de Guerra y no lo encontró, se apresuró a escribir una nota donde decía que ya estaba de vuelta en su despacho, y que sólo había salido un momento para tomar un 'plato de sopa a toda prisa', porque una comida en forma era del todo imposible" (Winfield Scott, *Memoirs*, vol. II, p. 385). Es una explicación plausible, pero la verdad es que Scott no escribió una "nota" sino una larga y muy pomposa epístola.

ral Taylor y arrancar de su frente parte de la magnífica corona de laurel con que recientemente se adornó..."

Enseguida Davis sugirió que se permitiera a *Old Rough and Ready* dirigir la guerra, dado que el general en jefe ya tenía laureles de sobra: "Desearía, señor presidente [de debates], que el general Taylor se encargara de la conducción de la guerra hasta que ésta termine".[33]

Asimismo, llamó la atención sobre un pequeño artículo publicado en el *Union* la tarde del 9 de mayo, en el que Ritchie, por orden de alguien, trataba de culpar precisamente a Taylor de cualquier desastre futuro.[34] A continuación mencionó Davis todas las solicitudes presentadas por Taylor para que se proporcionaran refuerzos, y terminó pidiendo urgentemente que *"sin dilación se destinaran reclutas a ese ejército..."*[35]

El discurso de Davis bastó para hacer fracasar el plan de Polk. Dos días después, un comité de la Cámara de Representantes redujo el solicitado aumento a sólo un general de división y dos generales de brigada. En estas circunstancias, Polk no tuvo más remedio que ascender a Taylor, el nuevo héroe, a general de división. En esta forma se frustraron temporalmente las ambiciones militares de Thomas Hart Benton.

Al XXIX Congreso aún le quedaba la tarea de sanear algunas cuestiones administrativas relacionadas con el ejército. Se reconvino al general brigadier Edmund Pendleton Gaines por haber reclutado ilegalmente a 11 000 voluntarios para luego destinarlos a puestos administrativos sin provecho. Se dispuso el ascenso de los coroneles Stephen W. Kearny y David E. Twiggs al grado de generales de brigada. Por último, se autorizó a Polk para que nombrara generales de voluntarios mientras durara la guerra.[36]

[33] *Congressional Globe,* pp. 903 y 904.

[34] "Debe tenerse en cuenta que el general Taylor, desde hace meses, ha tenido autorización para reclamar fuerzas auxiliares de Texas, Luisiana y algunos otros estados del Sudoeste (en realidad, para disponer de todos los refuerzos que le parecieran necesarios). Pero, militar caballeroso, creyendo que contaba con fuerzas suficientes para enfrentarse a cualquier enemigo que se presentara y para superar cualquier peligro, no ejerció la autoridad que se le había otorgado. Su sentido de la seguridad prevalecía sobre cualquier otra consideración, y no reclamó los voluntarios por asegurarse contra todas las contingencias." Citado en el *Congressional Globe.*

[35] *Congressional Globe,* p. 904.

El Congreso suspendió sus sesiones el 25 de junio de 1846.

En esta forma, la Batalla del Potomac llegó a su fin. El triunfador, evidentemente, fue Zachary Taylor, quien fue ascendido a general de división y continuó al mando de las fuerzas que operaban en el Río Bravo. Polk a todas luces venció a Scott. Éste, cuya reputación política se vino abajo temporalmente porque la gente se burlaba de sus cartas, se quedó, frustrado, en Washington.

En todo caso, la victoria de Polk fue por puntos; Scott no estaba fuera de combate.

[36] *Ibid.,* pp. 1 025 y 1 026.

IX. PREPARATIVOS
Verano de 1846, en el Río Bravo

En su campamento del Río Bravo, Zachary Taylor no tuvo tiempo de saborear sus victorias. Casi inmediatamente después de haber levantado el sitio de Fort Brown, de nuevo se dirigió a Point Isabel, esta vez para reunirse con el comodoro David E. Conner, cuya cooperación necesitaba para proteger la base de Brazos Santiago contra algún ataque por mar y para facilitar la realización de sus planes futuros.

Tales planes aún eran informes, porque hasta entonces Taylor había estado preocupado por la amenaza que representaba el ejército de Arista. Sólo había recibido órdenes vagas. El último mensaje de Marcy databa de enero, y decía: "No se concrete a acciones defensivas", y nada más. Pero como ya se habían asegurado las tierras que reclamaba Texas al norte del Río Bravo, había que hacer planes para el futuro.

Dado que no había órdenes adicionales, Taylor preparaba su primer paso: atravesar el Río Bravo y ocupar Matamoros. Después, en cuanto estuviera disponible, avanzaría río arriba, hasta Camargo, a fin de preparar una maniobra ambiciosa que ejecutaría dirigiéndose al oeste, hacia Monterrey,[1] capital del estado de Nuevo León. El Río Bravo proporcionaba el mejor conducto para el transporte de tropas y suministros hasta esa ciudad, mas para aprovecharlo necesitaba que Conner le proporcionara naves y personal.

Taylor no conocía personalmente a Conner, pero uno y otro estaban enterados de sus respectivas reputaciones. Se sabía que Conner era un tanto ceremonioso, por lo que Taylor, deseoso de obrar con cortesía, desempacó, por primera vez desde la fracasada revista ceremonial en Corpus Christi, su arrugado uniforme con charreteras y galones dorados. El 13 de mayo, apenas cuatro

[1] Para diferenciarla de Monterey, California, empleo la forma moderna del nombre de esta ciudad mexicana. En Estados Unidos suele pensarse que Monterrey está al sur de Texas, pero en realidad está al oeste de Matamoros.

días después de la batalla de Resaca de la Palma, Conner desembarcó en Point Isabel, en traje de paisano. Una vez repuestos ambos de la sorpresa que les produjo su inesperado aspecto, se sentaron a preparar sus planes.[2]

En el transcurso de sus pláticas, Taylor y Conner idearon nuevos métodos para hacer más fluida la circulación de hombres, equipo y suministros desde los barcos hasta Matamoros. Como había desaparecido la amenaza que los mexicanos representaban en la desembocadura del Río Bravo, Taylor ya no necesitaría pasar por Point Isabel si desembarcaba sus tropas en la Isla de Brazos y vadeaba la pequeña ensenada para dirigirse directamente a las bases en las inmediaciones del Río Bravo. Para instalar a estos hombres, junto con el equipo y los víveres, establecería una serie de campamentos a lo largo del río, donde esperarían la oportunidad de marchar hacia el interior. Los más afortunados viajarían por el río; los demás tendrían que hacerlo entre la arena y el calor de la ribera.[3]

Taylor puso en práctica sus planes con toda energía. El 15 de mayo ya había terminado lo relativo a la logística, e inmediatamente se dirigió al recién denominado Fort Brown para prepararse a cruzar el Río Bravo. Treinta años más viejo que la mayor parte de sus oficiales y soldados, sin rehuir ninguna de las dificultades, Taylor no sólo no se quedó atrás de ellos sino que les tomó la delantera.

El 17 de mayo de 1846, por fin llegaron los tan esperados morteros pesados. Mientras tanto, Taylor había reunido un número suficiente de pequeñas embarcaciones que le permitirían atravesar el río. Comenzaba a hacerlo cuando llegó un emisario de Arista para solicitar un armisticio. Arista proponía que ambos ejércitos suspendieran sus actividades hasta que sus respectivos gobiernos "arreglaran la cuestión" de la frontera entre uno y otro país.[4] Taylor rechazó secamente la propuesta, pero añadió que permitiría a las fuerzas de Arista que se retiraran de Matamoros sin

[2] Grant, *Memoirs,* vol. I, p. 92.

[3] Éste era un mejor arreglo que el anterior, pero sobrepobló la Isla de Brazos. Al parecer, aquel verano una unidad permanecía, como término medio, cinco días en la isla antes de salir para alguno de los campamentos. Hubo un momento en que se congregaron 8 000 hombres en la isla. En 1984 aún podían verse los pilotes que clavó Taylor.

[4] Taylor al procurador general, 18 de mayo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 298.

ser molestadas, siempre y cuando el comandante mexicano no se llevara ninguna "propiedad pública". Los enfermos y heridos que Arista tuviera que dejar en Matamoros no correrían ningún riesgo, pues Taylor no acostumbraba atacar a los incapacitados. Pero exigía una respuesta ese mismo día, al atardecer.[5]

Como no llegó la respuesta, Taylor decidió seguir adelante y cruzar el río, fuese como fuese, aguas arriba de la población. Esperó hasta el amanecer para enviar al otro lado del río primero la infantería ligera y luego la caballería. Después de llegar sin incidentes a la margen derecha, se le acercó una delegación de autoridades civiles. Arista, le informaron, había salido de Matamoros la noche anterior. Se había llevado su equipo pero había dejado a enfermos y heridos, 300 hombres en total. Taylor no hizo ninguna concesión a estos funcionarios —no tenía necesidad de hacerlo—, pero les aseguró que respetaría sus propiedades privadas y que permitiría que sus leyes civiles continuaran en vigor. Al tomar Matamoros, Taylor estableció su campamento y su cuartel general fuera de la población, y proporcionó atención médica a las hombres que Arista había dejado en los hospitales.[6]

La política norteamericana, y Taylor estaba de acuerdo con ella, era tratar como pueblo amigo al mexicano.[7] De esta manera, hizo todo lo posible para no desorganizar la vida diaria de Matamoros. No apostó muchos guardias en las calles: para patrullar una población de 4 000 habitantes sólo se asignaron dos compañías, y se dio instrucciones a los comandantes de prestar tanta atención a la conducta de los soldados norteamericanos como al mantenimiento del orden entre la población civil. Se esperaba, por supuesto, que los miembros de la guardia "serían un modelo de disciplina y corrección".[8] Taylor, asimismo, se esforzó en hacer que la ocupación no constituyera una carga económica para el pueblo, por lo cual todos los víveres y suministros destinados a su ejército se pagarían al precio que tenían en el mercado. La cantidad que los ciudadanos pedían por los víveres y por el forraje a

[5] *Ibid.*, p. 297.

[6] *Ibid.*, pp. 297 y 298, y Taylor a Wood, 19 de mayo de 1846, p. 3. Estos documentos concuerdan, pero no todos registran los mismos hechos.

[7] March a Taylor, 6 de julio de 1845.

[8] Orden núm. 65, Matamoros, 23 de mayo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 490.

[9] No todos los soldados estuvieron de acuerdo con esta política: "Nuestro go-

menudo era superior a la normal, pero Taylor no regateaba.[9] Por otra parte, para fomentar un buen ambiente imprimía un periódico bilingüe, el *Republic of the Rio Bravo and Friend of the People*, en cuya primera plana había lecciones de español y una columna en la que sus soldados podían exponer sus motivos de queja.[10]

El 11 de mayo de 1846, los primeros 8 000 voluntarios reclutados por el general Edmund P. Gaines en Nueva Orleans llegaron a Point Isabel, y a partir de entonces el ejército de Taylor presentaría un aspecto diferente. Los recién llegados eran revoltosos, y el tiempo que permanecieron embarcados no contribuyó a apaciguarlos. Unos cuantos desertores de sus filas habían emprendido actos de pillaje en la ribera texana desde antes de que Taylor cruzara el Río Bravo. Fue de lamentar que el ayudante de Taylor, al hacer circular el fallo de Taylor para cambiar el nombre de Fort Texas en honor del mayor Brown, considerara necesario añadir amenazas contra los recién llegados: "El comandante general se enteró con pesar de que algunos voluntarios se han apoderado de cabezas de ganado que son de propiedad privada, y que las vendieron en beneficio propio. Actos así no van a ser tolerados…"[11]

Por supuesto, nunca podría tolerarse la conducta desordenada, pero, dicho sea con toda justicia, los voluntarios tenían muchos motivos para quejarse de la situación en que se encontraban. Taylor carecía por completo de medios para tratarlos decentemente, y los campamentos en los que tuvo que meterlos estaban repletos y en malas condiciones. Para colmo de males, los voluntarios que se habían comprometido a servir tres meses

bierno fue muy prudente al suponer que conquistaría México a base de amabilidad, por lo que habría que obligarlo al cese de las hostilidades ofreciéndole un mercado abierto a cuanto pudieran cosechar y el pago de precios muy altos… La experiencia adquirida en la campaña demostró lo absurdo de esa política" (Samuel Reid, *The Scouting Expeditions of McCullough's Texas Rangers,* pp. 43 y 44).

[10] Otro soldado dijo: "Había un pequeño *bayou* [brazo pantanoso de un río]… que se debía atravesar y embarcaciones para hacerlo, pero como el agua tenía poca profundidad muchos prefirieron vadearlo. [Un voluntario] dijo: 'me gustaría vadearlo, pero como eso equivaldría a ofrecer servicios *voluntarios,* juro que no lo haré'" (*Republic of the Rio Grande,* Matamoros, 23 de junio de 1846 [cortesía de Bruce Aiken]).

[11] Taylor, orden núm. 62, cuartel general, Ejército de Ocupación, campamento cerca de Fort Brown, Texas, 17 de mayo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 489.

pronto aprendieron que en tan poco tiempo no podrían realizar nada que valiera la pena. Taylor comprendía su frustración y se preocupaba por ellos.[12] Entonces, él, a su vez, desfogó su propia frustración en una carta a Marcy. Había solicitado solamente ocho regimientos, un total de 5 000 hombres, recordó al secretario, y quería hacer constar que "nunca solicité este refuerzo, superior a ocho regimientos".[13]

No hacía falta que Taylor escribiera, pues los altos funcionarios de Washington estaban bien enterados del lamentable desbarajuste, al grado de que Marcy ya había tomado medidas para que un consejo de guerra juzgase a Edmund Gaines, el causante del fracaso. El presidente Polk sabía bien que los 8 000 voluntarios de Luisiana que sin más ni más se le enviaron a Taylor, aunque fueron ilegalmente reclutados por Gaines para seis meses de servicio, sólo estaban obligados por la Constitución a permanecer tres meses en el ejército.[14] Por consiguiente, intentó resolver el problema reconociendo oficialmente a los 8 000 hombres como si en esa forma Luisiana accediera a una petición de Taylor y, además, recomendando que éste los "urgiera" a alistarse 12 meses.[15]

Eso era imposible. Esos hombres, que con todo entusiasmo se habían enrolado por tres meses en mayo, ya habían sudado a mares en Brazos de Santiago y padecido los mosquitos y el apiñamiento en los campamentos del Río Bravo. Estaban hartos, y sólo una de la compañías de Luisiana, la del capitán Albert C. Blanchard, ofreció ampliar a 12 meses[16] su periodo de servi-

[12] "Mucho temo que vayan a venir tantos voluntarios que difícilmente tendremos en qué ocuparlos. Las principales posiciones del enemigo se hallan tan lejos y con un desierto de por medio, que será imposible […] llegar a ellas porque nos faltan medios de transporte" (Zachary Taylor, *Letters*, carta a Robert C. Wood, 19 de mayo de 1846, p. 3). Taylor había iniciado una extensa y reveladora correspondencia con su yerno, el doctor Wood, quien permaneció ejerciendo en Point Isabel varios meses después de la partida de Taylor.

[13] Taylor al procurador general, Matamoros, 20 de mayo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 299.

[14] Por ley del 28 de febrero de 1795.

[15] Marcy a Taylor, 28 de mayo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 281 y 282.

[16] La decisión de que al cabo de tres meses regresaran los hombres que se habían enganchado para servir seis meses causó resentimiento. "Su Excelencia", Isaac Johnson, gobernador de Luisiana, escribió que el periodo de tres meses era muy duro y que sometía a los reclutas a la "tortura" de escoger entre un periodo de tres meses y uno de 12. Después de todo, "el llamado al patriotismo de Luisiana… no dejó tiempo para calcular, reflexionar o dar largas… El juez abandonó su tribunal, el abogado a sus clientes, el médico a sus pacientes, el comer-

cio. Así, con excepción de la Phoenix Company de Blanchard, los hombres de Luisiana regresaron a su hogar, sin los 145 de sus camaradas que habían muerto de alguna enfermedad.[17]

El caso de los voluntarios texanos era muy diferente. Taylor había solicitado cuatro regimientos, pero Texas únicamente proporcionó tres, dos de caballería y uno de infantería, con los cuales se organizó una división. El gobernador texano J. Pinckney Henderson había dejado temporalmente su puesto a fin de ponerse a la cabeza de ellos con el grado de general de división. Cuando se les ofreció la alternativa de ampliar su periodo de servicio, los del regimiento de infantería prefirieron ser dados de baja. Por el contrario, los dos regimientos de caballería se quedaron. Uno de ellos, el del coronel John C. *(Jack)* Hays, que provenía del oeste de Texas, se hizo famoso con el nombre de Texas Rangers y dejó su nombre indeleblemente grabado en la historia de esta guerra.

Los hombres de Hays eran veteranos que habían estado combatiendo contra indios y mexicanos desde que Texas había conquistado su independencia en 1836, aunque no quedaron formalmente constituidos hasta febrero de 1854. Era una unidad poco regimentada y, en la práctica, varias de las compañías tendían a operar por separado. Una de ellas, la de Sam Walker, ya había tomado parte en la campaña de Taylor contra Arista, y las de McCulloch y Gillespie llegaron poco después.

Estos pioneros se conocían bien, conocían a los mexicanos y sabían a qué habían venido. Como apunta Walter Prescott Webb, "traían consigo a sus viejos enemigos", el principal de los cuales era Antonio Canales, *el Zorro* de Chaparral. Acostumbrados a la crueldad de la lucha en la zona fronteriza, despreciaban todo lo mexicano, actitud que chocaba contra los esfuerzos de Taylor por promover la amistad con el pueblo. Por otra parte, eran extraordinarios como soldados irregulares de caballería, y aun cuando Taylor no se hacía ilusiones sobre su conducta fuera del campa-

ciante su caja, el mecánico su taller, el ministro del Evangelio su púlpito, para acudir al reclamo de voluntarios…" (Johnson a Marcy, 12 de junio de 1846, en U. S. Congress, Exec. Doc. núm. 60, pp. 309 y 310).

[17] Marcy a Taylor, 26 de junio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 307 y 308. Emory Upton *(The Military Policy…,* p. 202) dice que en realidad el número de muertos y heridos en Palo Alto y en Resaca de la Palma llegó a 170.

[18] Webb, *The Texas Rangers…,* pp. 8 y 9.

mento, siempre procuró retener sus servicios.[18]

A mediados de mayo de 1836, la Texas Ranger Company de Ben McCulloch llegó a Brazos Santiago. McCulloch había reclutado a sus hombres en sólo 36 horas, e inmediatamente los puso en marcha; no había tiempo para repartirles uniformes, mucho menos para entrenarlos, y, sobre todo, no había tiempo para infundirles disciplina. Para un observador ocasional estos *rangers* eran un grupo de hombres de aspecto fiero, la mayoría con grandes barbas y mostachos, en una época en que gran parte de los varones, y sin duda los militares, iban bien afeitados. Despreciaban todo tipo de uniforme y sólo se les identificaba por el sombrero de ala flexible, común entre los Rangers de Texas, y por las dos pistolas que llevaban en el cinturón.[19] No obstante, a pesar de la tosquedad de su aspecto y de su conducta, entre los Rangers de Texas había médicos, abogados y otros muchos con grados universitarios que renunciaron a su categoría profesional durante el tiempo que durara su alistamiento.

La compañía de McCulloch salió de Point Isabel el 22 de mayo de 1846 y acampó cerca de la charca en Palo Alto. Durante la noche percibieron, sin darle importancia, el sonido de cascos de caballos. Más tarde se enteraron de que aquellos jinetes pertenecían a la unidad de William J. Worth, que había salido de Point Isabel para dirigirse a Matamoros.

Al mediodía siguiente los hombres de McCulloch llegaron a Resaca de la Palma, donde aún se veían dispersos en el suelo sombreros, cajas de cartuchos, cinturones, bayonetas rotas y prendas de ropa desgarradas y con manchas de sangre que habían pertenecido a los soldados mexicanos. Era un espectáculo desolador: "el aire del cielo, libre y fresco, quedaba contaminado por los horribles efluvios que emanaban de los caballos, mulas y bueyes muertos que se veían por todas partes", escribió uno de aquellos hombres. Como el limpiar aquellos detritos de batalla no le correspondía a McCulloch, reanudó su marcha y dejó atrás aquel hedor, permitiendo que "lobos y aves de rapiña se hartaran y cebaran con los manjares que para sus asquerosos apetitos les había preparado el hombre".[20]

[19] Reid, *The Scouting Expeditions…*, p. 26.
[20] *Ibid.*, pp. 41 y 42.

William Jenkins Worth, que había rebasado aquella noche a la compañía de McCulloch en Palo Alto, se presentó ante Zachary Taylor el 23 de mayo de 1846. Worth se sentía descorazonado porque los ascensos a general de brigada recién autorizados habían recaído en David E. Twiggs y Stephen W. Kearny, pero Taylor no se mostró muy comprensivo. Desaprobaba que Worth abandonara anteriormente el ejército de ocupación por un motivo trivial como era el de los rangos honorarios (por lo cual ya no participó en las batallas de Palo Alto y de Resaca de la Palma). Además, se le había informado del mal comportamiento de Worth, bajo la influencia del alcohol, en Estados Unidos. A Taylor, cuyos juicios ásperos sobre iguales y superiores contrastaban con su proceder amable con los subordinados, le desagradaba Worth. Éste, escribió, había sido "mimado e inflado por acciones que nunca realizó". Peor aún, "entre los oficiales […] pocos hay, si es que hay alguno, que exija tanto de un soldado cuando se trata de sus propias comodidades, o que esté tan poco dispuesto al menor sacrificio cuando se trata de hacerle un beneficio…"[21] Sin embargo, aunque juzgaba duramente el carácter de Worth, Taylor reconocía su indudable capacidad y se sentía complacido por el regreso de este caprichoso subordinado.

En Washington, la planeación de la guerra continuaba siendo decididamente vaga, aun después de las noticias sobre las victorias de Taylor en el Río Bravo. Polk ya no conferenciaba directamente con Scott, e incluso Marcy guardaba su distancia con este general. A ello se debió que Marcy y Scott enviaran por separado órdenes a Taylor, que a veces se duplicaban y a veces divergían. Por fortuna, todas las intrucciones llegadas de Washington dejaban la decisión final en manos de Taylor. El 8 de junio Marcy, con toda cautela, habló por primera vez de Monterrey. "Es de desear —escribió— que se mantenga usted en posición de tomar y retener Monterrey con sus fuerzas actuales."[22] Cuatro días después, Scott fue un poco más preciso: "el presidente desea que usted, con su acostumbrada energía, se apodere de rutas de avance más allá del Río Bravo, y que apresure sus operaciones hacia el corazón del país enemigo […] El camino real a la capital

[21] Taylor a Wood, 3 de septiembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 6.
[22] Marcy a Taylor, 8 de junio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 324.

de México es, por supuesto, una de esas rutas…" El "camino real a la capital de México" sólo se podía referir al camino que va de Monterrey, cruzando el este de la Sierra Madre, por el Paso de la Rinconada, hasta más allá de Saltillo.

No obstante, al mismo tiempo, Polk estaba enviando misiones para que ocuparan otras partes del norte de México. Ya el 2 de junio Marcy había ordenado al coronel Stephen W. Kearny que condujera por tierra un contingente desde Fort Leavenworth, territorio de Kansas, hasta Santa Fe. Una vez que asegurara Nuevo México para Estados Unidos, Kearny se dirigiría a California, de ser posible, antes del invierno.[23] Por esos días Polk ordenó personalmente al general de brigada John E. Wool que reuniera un ejército de voluntarios en San Antonio, Texas, para entrar en territorio mexicano y presentarse con el general Taylor. Si éste lo consideraba factible, Wool continuaría por el oeste hasta el centro comercial de Chihuahua.[24] Por último, Polk esperaba que el Escuadrón del Pacífico, a las órdenes del comodoro John D. Sloat, tomara los puertos de la Alta California, probablemente antes de la llegada de Kearny.[25]

Estas operaciones eran necesarias y sensatas, pues asegurarían la ocupación de los territorios que el presidente Polk subrepticiamente deseaba obtener al terminar la guerra, cuando ambas naciones firmaran un tratado de paz. Pero eran expediciones en pequeña escala comparadas con la de Taylor, a cuyas órdenes estaba el grueso del ejército estadunidense. Su labor era la más importante.

Taylor obró con realismo cuando recibió de Washington órdenes de carácter discrecional. El 2 de julio hizo ver que la ruta de 1 600 kilómetros por tierra desde el Río Bravo hasta la ciudad de México no era la adecuada para un ejército numeroso, y recomendó que sus operaciones se limitaran a "aislar las provincias del norte".[26] Al decir "provincias del norte" se refería a Nuevo León y a Coahuila, cuya capital, Saltillo, distaba 80 kilómetros de Monterrey.

Pero una estrategia de largo plazo no era lo que más interesaba a Taylor por entonces. Había decidido llegar a Monterrey

[23] Marcy a Kearny, 3 de junio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 153.
[24] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, p. 267.
[25] Marcy a Kearny, 3 de junio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 154.
[26] Taylor al procurador general, 12 de julio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 331.

pero aún no sabía por cuál ruta. Preferiría, si le fuera posible, utilizar el Río Bravo y establecer su base en Camargo, pero los muy inseguros medios de transporte le imponían proyectar una ruta terrestre. Específicamente, necesitaba saber si era factible ir directamente de Matamoros a Monterrey pasando por Linares.[27] Por lo tanto, a principios de junio envió a la compañía texana de McCulloch a reconocer la ruta de Linares. Para ayudar a McCulloch le dio un buen mapa que había encontrado en la tienda del general Mariano Arista cuando las fuerzas mexicanas salieron a toda prisa de Resaca de la Palma. Los Rangers de McCulloch se pusieron en marcha entusiasmados, pues uno de los "dividendos" de su misión era que perseguirían a Antonio Canales y a Blas Falcón, el probable asesino del coronel Cross. Estuvieron a punto de capturar a Falcón. El 2 de junio los Rangers se enfrentaron a una partida de mexicanos, quienes tras rápidos ataques se retiraron de inmediato. Después se enteraron de que Falcón formaba parte de ese grupo.[28]

El 23 de junio McCulloch se convenció de que una "gran división" no podría ir de Matamoros a Linares porque en esa ruta escaseaba el agua. Además, supo que Arista se encontraba en Linares con mil soldados de infantería y algunos escuadrones de caballería. Como también le informaron que Canales se escondía en los cerros, al oeste, McCulloch, una vez cumplida su misión, rompió el contacto con Taylor y se lanzó a perseguir a su enemigo personal.[29]

Cuando Taylor se enteró de lo que había descubierto McCulloch, decidió concentrarse en el traslado de su ejército a Camargo por el Río Bravo. La maniobra era realizable porque Taylor había conseguido embarcaciones, pero difícil porque el río constituía un obstáculo enorme. En línea recta una distancia de 160 kilómetros se cuadruplicaba debido al zigzagueante lecho del río. Además, la corriente era fuerte y formaba remolinos. No se contaba con pilotos que conocieran el río y la madera para combustible era escasa. Sin embargo, siguió adelante moviendo a sus fuerzas de sección en sección.[30] Para llevar a cabo esta maniobra recurrió a

[27] *Ibid.*, 21 de mayo de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 300.
[28] Reid, *The Scouting Expeditions…*, pp. 45 y 46.
[29] *Ibid.*, pp. 46 y 47.

Worth, el hombre con mando independiente al que le tenía más confianza, y antes de que terminara julio Worth avanzó junto con buena parte de la Primera Brigada. Contingentes de avanzada —el Quinto y el Séptimo de Infantería— ya se encontraban a la vista de Camargo. Taylor salió de Matamoros el 4 de agosto.[31]

A fines de julio el capitán Luther Giddings, del Primer Batallón de Voluntarios de Ohio, desembarcó con un grupo de oficiales de remplazo en la isla de Brazos Santiago. Giddings se había separado de su regimiento al enfermarse en Nueva Orleans, después de su viaje por el río Misisipi. Ya restablecido, estaba procurando ponerse al corriente con sus compañeros.

En Brazos Giddings se sintió fascinado por el paisaje. La isla, desierta hasta muy poco tiempo antes, ahora "hervía de gente en plena actividad: soldados, marineros, artesanos y otros más iban de aquí para allá como hormigas". Con todo, el verdadero trabajo lo realizaban los estibadores mexicanos que desembarcaban las naves, todos ellos sin más ropa que sus grandes sombreros, y a quienes no parecían molestarles los rayos del sol. Además de soldados y estibadores, había un buen número de vendedores de bebidas alcohólicas que siempre acompañan a los ejércitos. Estos bienvenidos parásitos exponían su mercancía bajo toldillos de manta. Los precios eran exorbitantes, pero no había más remedio que pagarlos.

Una parte de la isla presentaba un aspecto lamentable: era donde voluntarios gravemente enfermos procuraban hallar algún rincón en la sombra. Sofocados, semiasfixiados por la arena, con fiebre muy alta, se les había negado la entrada al cómodo hospital donde se atendía a los heridos de Palo Alto y Resaca de la Palma,[32] porque esos cuidados eran sólo para el ejército regular.

Giddings corrió con suerte porque a los oficiales que se trasladaban individualmente sólo se les detenía unas cuantas horas en la Isla de Brazos. Pronto se encontró en una pequeña embarcación que por agitadas aguas iba a Camp Belknap, puesto temporal del Primer Batallón de Voluntarios de Ohio. Al irse acercando a la angosta desembocadura del río, Giddings vio, en la margen

[30] Taylor a Wood, 25 de julio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 30.
[31] *Ibid.*, 11 de agosto de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 31 y 39-41.
[32] Giddings, *Sketches…*, pp. 28-31.

mexicana, un escaso grupo de jacales hechos con barro y varas, caserío al que los norteamericanos conocían con el nombre de Bagdad. Camp Belknap se hallaba algo más adelante en la margen izquierda del río, esto es, en la texana. Al llegar Giddings vio un ir y venir, un barullo como el que el día anterior le había llamado grandemente la atención en Brazos. Había en el campamento muchos soldados, marineros, "cantineros", empleados, cocineros y "parásitos", pero, nuevamente, los únicos que de verdad parecían trabajar eran los peones mexicanos.

En Camp Belknap las condiciones de vida eran lamentables. Hombres y animales se hacinaban juntos en el fango, y era indispensable hacer grandes esfuerzos simplemente para sobrevivir. En beneficio del oficial de intendencia, el economato se instaló a orillas del río, pero el campamento propiamente dicho estaba a 1 600 metros de distancia, al otro lado de un pantano. Por consiguiente, los soldados tenían que cruzar a diario el lodazal para recibir sus provisiones. Para colmo de males, pululaban las serpientes, las tarántulas, los escorpiones, las pulgas y las arañas. Las hormigas eran lo más molesto y las tarántulas lo más temido.[33] Uno de cada ocho hombres del Primer Batallón de Ohio estaba en la lista diaria de enfermos cuando llegó Giddings. Un mes después calculó que la proporción ya era de uno por cada cuatro.[34]

Con un mal humor generalizado, los incidentes eran inevitables. Por ejemplo, hubo un altercado entre el Primer Batallón de Ohio y el Batallón de Maryland cuando los voluntarios de este último fueron descubiertos robándose un bagre de la tienda del comandante del primero, y los hombres de uno y otro bando se dispusieron a defender a sus compañeros. Durante la confrontación, alguien dio la orden de que se amartillaran las armas, lo que por fortuna no se cumplió, evitándose una verdadera catástrofe, pero los avergonzados coroneles tuvieron que explicar al general Taylor lo que había pasado. El incidente dio material para jugosos comentarios en la prensa norteamericana.[35]

Finalmente, el Primer Batallón de Ohio salió de Camp Belknap y por el Río Bravo se dirigió a Camargo. El viaje por esta vía era

[33] El piquete de una tarántula podía causar espasmos y delirios tan intensos que a veces era preciso llevar por la fuerza a la víctima a su tienda y no permitirle salir.

[34] Giddings, *Sketches…*, pp. 39 y 40.

[35] Giddings, *Sketches…*, p. 38. La "guerra del bagre" fue uno de los más celeb-

a la vez una novedad y un peligro. Como la corriente era fuerte y los pilotos un tanto inexpertos, la embarcación necesitó una semana entera para recorrer los 640 kilómetros que la separaban de su destino. En la mayor parte del recorrido el río estaba desbordado e inundaba las tierras. A los pilotos se les dificultaba decidir por dónde iba el río para no salirse de él, y a veces fue necesario que el coronel enviara algunos hombres a tierra en busca de la indispensable madera para las calderas de la embarcación.[36]

Con todo, el viaje tuvo sus recompensas. En la margen occidental los mexicanos no se mostraron hostiles. En una de las paradas los norteamericanos desembarcaron para mezclarse con la gente y ser espectadores de un "fandango", esto es, un baile al aire libre en el que "una sudorosa multitud morena, de ambos sexos, se empeñaba en valsar, jugaba, fumaba y bebía". Una noche la embarcación atracó cerca de una cabaña propiedad de un violinista famoso en la región. Los soldados fueron en su busca y pasaron la noche en su compañía, bailando o al menos zapateando y brincoteando. Contentos por librarse de los atestados cuartos de su embarcación, los hombres "compitieron para ver quién ejecutaba los saltos más grandes y singulares".[37]

El Primer Batallón de Ohio llegó a Camargo el domingo 16 de agosto. El pueblo propiamente dicho se encontraba cerca del Río San Juan, a unos cinco kilómetros de su punto de confluencia con el Río Bravo. El campamento norteamericano (que llegó a tener 12 000 hombres) se extendía hacia el sur a lo largo del río San Juan. Por desgracia, el agua de este río era aún menos potable que la del Río Bravo, y según Giddings 20% de ella era puro lodo. Sin hacer caso del peligro, algunos soldados llenaron sus cantimploras y otros lavaron su ropa en el río. Corriente arriba de donde se hallaba el regimiento de Ohio algunos texanos bañaban sus caballos, y algo más allá varias mujeres mexicanas acarreaban en primitivos cántaros de barro agua mucho más limpia que

rados enfrentamientos entre las unidades de voluntarios. Hubo otro, entre los de Illinois y los de Georgia, en el que sí hubo pelea. Uno de los heridos fue el coronel Edward D. Baker, de Illinois, quien años después postuló a Abraham Lincoln como candidato a la presidencia (véase Taylor, *Letters,* carta a Robert C. Wood, 16 de septiembre de 1846, p. 59).

[36] Giddings, *Sketches…,* p. 49.

[37] *Ibid.,* pp. 63-65.

la usada por los soldados para llenar sus cantimploras.[38]

Al principio, el campamento de Camargo le agradó a Giddings. En compañía de un nuevo amigo, su general de brigada voluntario, fue a visitar al general Taylor. Lo encontró muy tranquilo a la entrada de su tienda, "con saco y pantalón de lino, haciendo girar entre sus dedos un sombrero de paja y, por cuanto podía verse, conversando con quien estaba adentro, o quizá dictándole algo". Amable y cordial, el corpulento y canoso general dio la bienvenida a sus visitantes y charló brevemente con ellos. Luego les pidió que visitaran al general Worth, puesto que éste estaba formalmente al mando del campamento.[39] A la mañana siguiente Giddings recorrió el campamento del ejército regular y admiró su impecable organización. Caballería, infantería y artilleros ocupaban el mismo terreno, cada quien en su lugar, "con equipos y disciplina" perfectos.[40] Para terminar su recorrido, Giddings presenció la revista que Taylor llevó a cabo ese 18 de agosto. Como de costumbre, Giddings concentró su atención en Taylor, el cual, a pesar de ir cómodamente vestido de civil, "sobresalía entre aquellos brillantes uniformes".[41]

Por desgracia, el brillo en Camargo estaba reducido a Taylor y a su tropas regulares. Para los voluntarios Camargo era sinónimo de aburrimiento, inmundicia y tragedia. Las enfermedades cobraban muchísimas víctimas, y durante todo el día podían verse cortejos fúnebres. Las grandes tiendas del hospital estaban siempre llenas. A los muertos los sacaban al amanecer y al atardecer. Toda la noche, cerca del hospital, se oían "las quejas y lamentos de aquellos infelices".[42]

Las estadísticas de muertes durante la permanencia de Taylor en Camargo son sobrecogedoras. Cuando al fin salieron sus tropas, sólo 370 de los 795 georgianos; 324 de los 754 originarios de Alabama, y 317 de los 588 hombres del Segundo Regimiento de Tennessee estuvieron disponibles. Se calcula que 1 500 hombres murieron en Camargo, esto es, uno de cada ocho de los que

[38] *Ibid.,* pp. 70 y 71.
[39] *Ibid.,* pp. 71 y 72.
[40] *Ibid.,* pp. 74 y 75.
[41] *Ibid.,* pp. 79-81.
[42] *Ibid.,* pp. 83 y 84.

ahí acamparon.[43] Taylor se daba perfecta cuenta de las penalidades de sus hombres, y lo desconcertaba el que por falta de información hubiera escogido ese lugar para establecer el campamento. Lo único que ahora podía hacer era visitar los hospitales, preparar cuanto antes la salida de Camargo y escribir al ayudante general para pedir más oficiales del cuerpo médico. (En Washington, el jefe de sanidad militar no prestó atención a las peticiones de Taylor y dijo que sus oficiales médicos eran "censurables".)[44]

Una semana antes de la proyectada partida de Taylor, llegó a Camargo la primera "oleada" de generales voluntarios. Formaban parte de este contingente el general de división William O. Butler y los generales de brigada John A. Quitman, Gideon J. Pillow, Thomas L. Hamer y James Shields. Era un gran contingente que Taylor consideró excesivo: "Por lo que me toca, hubiera deseado que no fueran tantos".[45]

Ahora bien, no era un mal grupo si se considera que sus nombramientos tenían carácter político. Butler, de Kentucky, era el de mayor experiencia, pues sirvió a las órdenes de Andrew Jackson en la guerra de 1812. Quitman, de Misisipi (a quien Taylor calificó de "caballero inteligente") también conocía el servicio militar, pues había organizado un contingente para ayudar a los texanos.

Gideon Pillow, de Tennessee, el único de dudosa fama, ya había dejado "huella" en la historia por sus grandes esfuerzos en favor de la postulación de James Polk en Baltimore como candidato demócrata en 1844. Sin embargo, como soldado poco tenía que ofrecer Pillow. Desde hacía bastante tiempo ostentaba el grado de general de brigada en la milicia de Tennessee, pero ese grado era más bien de índole política, y nunca había prestado servicio militar activo. Por supuesto, la experiencia podría remediar esto, siempre y cuando su entrenamiento sobre la marcha no costara demasiadas vidas. Por lo demás, Pillow presentaba

[43] Nichols, p. 128.

[44] Carta de Taylor al procurador general, 12 de septiembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 414; el jefe de sanidad militar a Taylor, 29 de julio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 41 (esta carta responde a una de Taylor que no se ha encontrado).

[45] Taylor a Wood, 23 de agosto de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 45 y 46.

esta amenazadora característica: era informante secreto del presidente Polk. De esto probablemente no estaba enterado Taylor, y Pillow, por el momento, al menos se portó cordialmente con el general.[46]

A principios de septiembre de 1846 ya era urgente salir de Camargo. Polk, la prensa y el público estaban perdiendo la paciencia. Al héroe de Palo Alto y de Resaca de la Palma ya se le daba el mote de "General Retraso". Taylor, por supuesto, quería sacar cuanto antes sus tropas de la sentina de Camargo, y decidió hacerlo aun cuando no estaba totalmente preparado. Usando mulas compensaría el escaso número de carros a su disposición.[47] Además, avanzaría sólo con una parte de su ejército: todos los regulares (alrededor de 3 200), unos 3 000 voluntarios y una sección de la artillería pesada.

El 19 de agosto, la Segunda División, al mando de Worth, salió para Cerralvo, a unos 100 kilómetros de distancia, con el fin de establecer allí una base de avanzada. La Primera División, comandada por Twiggs, seguiría unos días después a Worth, y la Field Division, la de los voluntarios de Butler, constituiría la retaguardia. En una ruta paralela, hacia la izquierda (sur), los Rangers de Texas de Hays tomarían la ruta de China, posiblemente para reunirse en Marín con el contingente principal de Taylor.[48]

Cuando Taylor decidió que sólo llevaría 3 000 voluntarios a Monterrey (de un total de 7 700), el escogerlos se convirtió en algo difícil. Los 4 700 que quedarían atrás sin duda iban a sentirse desilusionados, pues se habían enrolado para combatir, no para morir en un lodazal. Sin embargo, había que poner en práctica lo decidido. Lo que más le importaba a Taylor, tal como

[46] Pillow a Mary Pillow, 16 de agosto de 1846, en Stonesifer, "Gideon Pillow…", p. 55.

[47] Taylor al procurador general, 1 de septiembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 558. Justin Smith *(The War with Mexico,* vol. I, p. 490) dice que Taylor obtuvo 1 000 mulas del alcalde de Reynosa.

[48] Taylor no estaba muy seguro de que se presentaran los texanos —ya casi había expirado su especial alistamiento por seis meses—, pero conservaba la esperanza. Si no se presentaban, se iría sin ellos (Taylor al procurador general, 3 de septiembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 418).

lo comunicó al Departamento de Guerra, era que entre los hombres escogidos estuviese representado "el mayor número posible de estados".[49] El sentido común aconsejaba, por supuesto, conceder prioridad a las unidades menos disminuidas por las enfermedades, por lo que escogió, además de los texanos, a los Fusileros de Misisipi, al Regimiento de Tennessee, al Primero de Ohio y al Batallón Baltimore-Washington. Quienes se quedaron fueron distribuidos en los campamentos de Camargo y Matamoros, en el Río Bravo, y en el hospital, todos ellos al mando, inevitablemente poco firme, del recién llegado general de división Robert Patterson.[50]

La última de las unidades de Taylor salió de Camargo el 6 de septiembre.[51] Para quienes tendrían que enfrentarse al fuego del enemigo se perfilaba una sensacional y peligrosa aventura. Había llegado a su fin el desagradable periodo de concentración.

[49] Taylor al procurador general, 3 de septiembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 417. El ejército se organizó en esta forma: ocho regimientos de infantería regular (2 500 hombres), cuatro regimientos de infantería de voluntarios (2 000 hombres), cuatro baterías de artillería ligera (280 hombres), una batería de artillería pesada (cien hombres), dos escuadrones de caballería regular (200 hombres), un escuadrón de caballería de voluntarios (150 hombres) y dos regimientos de caballería de voluntarios (1 000 hombres). Total: 6 230 hombres (George Meade, *The Life and Letters…*, vol. I, p. 126).

[50] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, p. 493. La distribución era como sigue: Camargo, 2 100 (Pillow y Marshall); Matamoros, 1 100 (Clarke); campamentos al sur de Matamoros, 4 500, y hospitales, 1 400.

[51] Exec. Doc. núm. 60, p. 418.

X. REGRESO DEL SOLDADO DEL PUEBLO
Verano de 1846, en México

Tenían razones de sobra los norteamericanos para preguntarse cuáles serían las intenciones del alto mando mexicano. La verdad es que los propios mexicanos tampoco tenían idea de lo que iban a hacer.

El desalentado ejército del general Mariano Arista había padecido más desde su retirada de Matamoros que en ninguna de las batallas libradas al norte del Río Bravo. La ruta al oeste de Linares era peligrosa por su total desolación. Primero la escasez de agua fue un tormento, y después las lluvias torrenciales, que inicialmente parecían una "bendición de la Providencia", acabaron por convertir los caminos en un lodazal. El hambre y el cansancio llevaron a aquellos hombres al borde de la desesperación. Algunos se suicidaron; otros mataron y se comieron a sus animales de carga, mientras que los generales ocupaban con sus pertenencias buena parte de los medios de transporte. En fin, el 24 de mayo, al cabo de una semana infernal, los sobrevivientes llegaron casi arrastrándose al Pozo de Todos Santos, donde había víveres en abundancia.

Pero en vez de ser recibidos como héroes, los hombres de Arista sufrieron todavía más humillaciones, pues el ya tambaleante gobierno de Paredes necesitaba un chivo expiatorio al cual atribuir la lamentable situación de todo el país. Por tanto, se escogió como víctima al popular general Arista, quien fue sometido a un consejo de guerra y expulsado del ejército a principios de julio. Su sucesor en el mando general del ejército fue Tomás Mejía, achacoso e incompetente, quien había tenido a su mando las fuerzas de Matamoros.[1]

El castigo de Arista, sin embargo, no impidió el desplome del desafortunado gobierno de Mariano Paredes, cuyo jefe era vilipendiado como producto no del pueblo sino del ejército, y cuya

[1] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 69-71.

impopularidad originó indiferencia hacia la guerra. Conociendo que su única esperanza de sobrevivir estaba en la lealtad del ejército, Paredes aprovechó cualquier fuente de ingresos para pagar a sus soldados. Pero sus intentos por obtener préstamos dando como garantía los bienes de la Iglesia fracasaron, y pronto el partido monárquico, en el que se apoyaba, lo hizo a un lado. Los líderes de este partido le ponían obstáculos a Paredes; aunque el mismo partido monárquico era débil, no tenía planes para el futuro y carecía de apoyo popular. Los ataques contra Paredes fueron en aumento. Se le acusó de no haber protegido la frontera del norte contra los indios, y cuando retiró de las inmediaciones de la ciudad de México al grueso del ejército, sus opositores afirmaron que estaba reforzando su seguridad personal a expensas de la seguridad de la nación.[2]

Abundaban los grupos revolucionarios poderosos. En febrero había surgido un movimiento para reinstalar al exiliado Santa Anna, y el 15 de abril, mientras Ampudia y Taylor intercambiaban amenazas en las márgenes del Río Bravo, la caballería rebelde de Juan Álvarez había declarado su apoyo a un triunvirato integrado por Santa Anna, Herrera y Rincón. (Como se recordará, Canales se rebeló antes de que Taylor saliera de Corpus Christi.) Paredes mandó a la cárcel en mayo a varios dirigentes políticos, con lo cual aumentó el descontento. En varias partes del país estallaron pronunciamientos, especialmente en Guadalajara, el 20 de ese mismo mes. A fines de julio renunció Paredes, y el vicepresidente, Nicolás Bravo, aceptó las riendas del gobierno. Sus días en el poder fueron muy pocos.[3]

El 16 de agosto de 1846, el comodoro David E. Conner, en el barco *Princeton,* anclado a la altura de Veracruz, escribió a toda prisa una nota para el secretario Bancroft. La primera parte era un relato objetivo sobre la forma en que había puesto en práctica la orden presidencial del 13 de mayo. Santa Anna y sus oficiales acababan de llegar a Veracruz a bordo del *Arab,* barco mercante inglés, al que Conner "permitió entrar sin causarle la menor molestia". Tenía informes dignos de crédito de que el *Arab* no transportaba carga y de que no se le permitiría hacerlo en su viaje

[2] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 214 y 215.
[3] *Ibid.,* pp. 216 y 217.

de regreso. Conner habría podido subir al *Arab* sin ninguna dificultad, pero le pareció mejor no hacerlo, "y dar la impresión de que había entrado [al puerto] sin ayuda de mi parte".

A continuación, Conner añadió algunas conjeturas personales:

> Ya es absolutamente seguro que todo el país —esto es, las guarniciones de cada población y de cada fortaleza— se declaró a favor [de Santa Anna]. Con todo, a menos que la adversidad le haya enseñado algo y que se haya convertido en un hombre nuevo, sólo hará que aumente la confusión en el país, con lo cual en menos de tres meses será derribado del poder.[4]

El informe de Conner describía la culminación de muchos meses de intrigas por parte de Santa Anna y sus amigos. En febrero, quizá antes, cuando el coronel A. J. Atocha se entrevistó con el presidente Polk, ya se conspiraba en toda forma contra el régimen de Paredes. Mientras tanto, Santa Anna había logrado el apoyo de J. N. Almonte, antiguo enemigo suyo. El pronunciamiento de Guadalajara en mayo proporcionó el pretexto para que Santa Anna regresara a México, y así, el 8 de agosto, tras obtener autorización para salir de La Habana, se embarcó en el *Arab,* el que, al cabo de algunas dificultades en alta mar, lo llevó a Veracruz.

La mañana del 16 de agosto, una desordenada guardia de honor dio la bienvenida a Santa Anna en las calles de Veracruz —la guarnición del puerto se había declarado en su favor—, pero la población civil se mostró poco entusiasta, en el mejor de los casos. Parte de la gente era abiertamente hostil, y en un muy concurrido mitin se demandó que las autoridades exigieran al recién llegado "garantías" sobre su futura conducta. Cuando esta demanda fue rechazada, se envió a un representante para decirle a Santa Anna que ordenara a su guardia de honor salir de Veracruz. El valeroso enviado le recordó al célebre ex dictador que su exilio lo había originado su falla en cumplir la voluntad del pueblo.[5]

Pero las adversidades de ese tipo nunca habían derrotado a Santa Anna. Abandonó el muelle y, recorriendo calles que había atravesado en su niñez, llegó al palacio municipal, donde emitió un largo manifiesto en que reprobaba la forma en que se habían

[4] Conner a Bancroft, 16 de agosto de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 776.

[5] Calcott, *Santa Anna…,* p. 240.

conducido los asuntos públicos desde que había abandonado el poder a fines de 1844. Sin embargo, no se comprometió entonces ni en pro de la guerra ni en pro de la paz con Estados Unidos.[6] Igual que en otras muchas ocasiones, su magnetismo, de momento, conquistó a la multitud.[7]

Santa Anna sabía que la hostilidad con que inicialmente se le recibió no debía tomarse a la ligera. Como profundo conocedor de la psicología del pueblo mexicano, decidió sin tardanza que él y sus seguidores no podían trasladarse a la capital sin haber preparado el terreno. Por lo tanto, Almonte y otros partidarios suyos se adelantaron mientras Santa Anna y su esposa regresaban a su rancho veracruzano.[8]

Durante este periodo de reclusión Santa Anna envió a sus agentes en la ciudad de México un diluvio de órdenes y consejos (a muchos de los cuales no se les hizo caso). Luego, convencido de que había llegado el momento oportuno, el Napoleón de Occidente emprendió el viaje. Él estaba en lo correcto; ahora, en efecto, las perspectivas habían mejorado. Fue cordialmente recibido en Jalapa el 5 de septiembre, y en la ciudad de México el Teatro Nacional fue repentinamente rebautizado como Teatro Santa Anna. En la semana que siguió las estatuas y retratos con su imagen salieron de donde se les había escondido, y el nombre de Santa Anna volvió a ser el de numerosas calles. Las multitudes repetían lemas en favor de Santa Anna, y se arrojaron algunas piedras contra la casa del ex presidente Herrera. Cuando Santa Anna llegó a las puertas de la ciudad, el 15 de septiembre, el nuevo presidente en funciones, general J. M. Salas, le dio la bienvenida.

El tiempo había actuado en favor de Santa Anna. Ya se sabía que Zachary Taylor se dirigía a Monterrey por la ruta de Cerralvo, y esa amenaza justificaba que Santa Anna tomase de inmediato el mando de un gran ejército. En Veracruz, un mes antes, había dicho en una arenga:

[6] Véase el texto completo en Exec. Doc. núm. 60, pp. 777-786.

[7] Niles, *Register*, 26 de septiembre de 1846, p. 49.

[8] Wilfrid Calcott, *Santa Anna,* p. 240. Carta de Conner a Bancroft, 25 de agosto de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 776 y 777. Los emisarios fueron (además de Almonte), Juan Álvarez, J. M. Mora, Rejón (quien también había regresado con Santa Anna de La Habana) y la familia Gómez Farías.B

> ¡Mexicanos! Hubo un día —mi corazón se dilata al recordarlo […]— en que me otorgásteis el título de Soldado del Pueblo. Permitidme que vuelva a adoptarlo, esta vez para siempre, y que me consagre, hasta la muerte, a la defensa de la libertad y de la independencia de la República.

Ahora pondría en práctica todo lo que significaba el título de "soldado". Ya no podía pensarse en promesa alguna de llegar a una paz negociada que incluyera concesiones territoriales a cambio de dólares yanquis. El dirigente natural de la nación mexicana estaba de regreso, y se aprestaba a expulsar del suelo patrio al aborrecido gringo.

XI. MONTERREY I: VÍAS DE ACCESO
Septiembre de 1846

El capitán John R. Kenly, comandante de una compañía del Batallón de Baltimore-Washington, se sentía orgulloso de la unidad a sus órdenes. No sólo iba a ser "brigadeado" con un regimiento del ejército regular en la Primera División, la del general David E. Twiggs, sino que también recibiría los uniformes azules reglamentarios, con lo que su unidad se distinguiría de las otras unidades voluntarias. Kenly atribuyó este reconocimiento especial a la influencia del coronel William H. Watson, comandante del batallón.

Kenly consideraba al Batallón de Baltimore, nombre que generalmente se daba a esta unidad, como "un poco diferente". Tenía fama de observar una conducta escandalosa cuando no estaba de servicio, pero Kenly atribuía esta falla a que los hombres del batallón "tenían más mundo", a que eran antiguos marinos, miembros de cuerpos de bomberos o socios de clubes de pesca quienes, vistiendo el uniforme "regular", tendían a "dominar" a sus camaradas menos favorecidos. Eso sí, en lo militar Kenly consideraba que sus hombres eran "más soldados" que los demás.[1]

Como el Batallón de Baltimore se estaba preparando para salir el 1 de septiembre de 1846 de Camargo, el coronel Watson notificó a los comandantes de su compañía que debían celebrar un último rito: cada compañía debía escoger de entre sus filas a un teniente segundo adicional. Aunque Kenly cuestionaba este método para escoger oficiales, tenía confianza —justificada como se vio después— en que su candidato sería el elegido. Por la elección se retrasó un día la partida.

Al día siguiente, ya para salir el batallón, Kenly observó fascinado cómo los arrieros mexicanos cargaban las mulas.[2] Admi-

[1] Kenly, *Memoirs…*, pp. 76 y 77.

[2] Se destinaron dos de estos animales al cuartel de la compañía para que transportaran las pertenencias de los oficiales. Al resto de la compañía se le asignó una bestia por cada ocho hombres, proporción muy inferior a la usual en el ejército.

ró la pericia con que estos humildes hombres desempeñaban un trabajo que requería paciencia, habilidad y buen humor. A este respecto, más tarde escribió: "Basta saber que las tiendas de campaña, los palos de sus armazones, ollas, escudillas, hachas, picos, molinos de café, cajas de parque, etc., tienen que subirse y bajarse de los lomos de las mulas a diario, ser llevados por valles y montañas, cruzando matorrales, arroyos y ríos durante kilómetros y kilómetros, para apreciar los conocimientos que se necesitan para realizar bien ese trabajo". Por esa razón, Kenly llegó a sentir afecto por las mulas y por quienes cuidaban de ellas, "pese a las muchas molestias que causa este tipo de transporte para un ejército".[3]

La Cuarta Brigada, de la que formaba parte el Batallón de Baltimore, salió de Camargo por la noche. Para el 4 de septiembre ya había pasado por Mier, y en Puntiaguda, adonde llegaron el día 6, se detuvieron a esperar al resto del ejército de Taylor. El propio Taylor llegó poco después, y la brigada recorrió el 9 de septiembre los últimos 25 kilómetros que aún la separaban de Cerralvo. De ahí en adelante se incrementarían las probabilidades de enfrentar una acción hostil, por lo que se decidió que el ejército avanzara por divisiones, no por brigadas individuales.[4]

Nuevo León, comparado con la zona del Río Bravo, ofrecía un cambio muy agradable. Los campos estaban bien cultivados, había corrientes de agua cristalina, huertas y jardines donde crecían higueras y granados. El aire era fresco y los caminos buenos. Todo ello representaba un bienvenido cambio para hombres que habían "atravesado como mejor pudieron lodazales y lagunas, desiertos de arena, llanuras ardientes, desde la costa del Golfo hasta San Juan".[5] Todos estaban de excelente humor.

No corrió con tan buena suerte el Primer Regimiento de Ohio, perteneciente a la Primera Brigada de Hamer y a la división de Butler, que, según se había planeado, debía llegar cuatro días después del Batallón de Baltimore. Las cosas salieron mal desde el primer momento, cuando las mulas no llegaron a la hora con-

[3] Kenly, *Memoirs…*, p. 81.

[4] John Kenly, *Memoirs…*, pp. 81-83, y Luther Giddings, *Campaign…*, p. 108. Una división compacta era capaz de rechazar un ataque previsto a tiempo, pero fácilmente podía ser aniquilada cuando sus elementos estaban dispersos.

[5] Kenly, *Memoirs…*, p. 83.

venida. El retraso sumó varias horas y la unidad tuvo que salir al mediodía, cuando el calor era ya sofocante.[6] Los inmisericordes rayos solares calentaban a tal grado los objetos de metal que era imposible sostenerlos en la mano, y algunos soldados inexpertos bebieron tan aprisa su ración diaria de agua, que poco después comenzaron a perder fuerzas por la sed. Desesperados, ansiaban encontrar agua, de cualquier tipo, en cada recodo del camino, "incluso en algún lodazal podrido". En una ocasión, al ver a lo lejos un rancho solitario, desapareció hasta el último vestigio de disciplina. Rompiendo filas, todos corrieron a un pozo que estaba junto a una choza. Giddings describió así aquel episodio: "¡Vanas esperanzas! ¡Placer instantáneo! La casa estaba abandonada; en el pozo no había 'ni una gota de agua para humedecer los labios'". Todos los hombres llegaban corriendo, negándose a creer lo que se decía, y se asomaban incrédulos al pozo agotado.[7]

Reinaba el desorden y las unidades se mezclaban entre sí. Para colmo de males, los guías se extraviaron, provocando que las compañías de la vanguardia tuvieran que dar marchar atrás y volvieran a recorrer por lo menos tres kilómetros. Sólo la mitad del Primer Regimiento de Ohio logró llegar al campamento antes del oscurecer. El resto de la tropa, disperso, excepto dos regimientos, fue llegando poco a poco durante la noche.[8]

Mientras tanto, el capitán William Henry, del Tercer Regimiento de Infantería, tomaba un descanso en Puntiaguda, adonde había llegado el 5 de septiembre. Aquel semiderruido pueblo de 400 habitantes naturalmente no le causó ninguna admiración a Henry, pero sí apreció la amabilidad de quienes gentilmente invitaban a los oficiales norteamericanos a los fandangos que se celebraban dos veces por semana. Una noche, Henry se unió a los soldados que iban rumbo al pueblo. En el camino se encontraron con un grupo de muchachos mexicanos que rodearon su cabalgadura gritando alegremente: "¡Fandango! ¡Fandango! ¡Y mujeres bonitas!" Sin embargo, a Henry y sus amigos les esperaba una gran desilusión. Poco antes de las 10, cuando iba a comenzar la fiesta, se soltó un aguacero y fue preciso suspenderla. Henry tuvo que

[6] Giddings, *Sketches…*, p. 112.
[7] *Ibid.*, p. 113.
[8] *Ibid.*, pp. 114 y 115.

contentarse con ver algunos juegos de azar, y enseguida regresó al campamento.[9]

Esparcimientos así eran la única forma de entretenimiento que encontraron los norteamericanos en su marcha hacia el sur. Pero conforme se alejaban al sudoeste, camino de Monterrey, los hombres de Taylor advirtieron un cambio: la gente se hacía menos amable. Más y más frecuentemente, cuando se le preguntaba por los fandangos, respondía con hostilidad y doble intención: "¿Fandango? Sí, habrá mucho fandango en Monterrey". Con lo cual no se referían a una fiesta sino a una sangrienta batalla.

La división de Butler se unió al resto del ejército de Taylor el 10 de septiembre en Cerralvo. Fue muy poco el tiempo de que dispuso la tropa para gozar de aquel risueño pueblo, con sus casitas de blanca piedra caliza y su arroyo cristalino que nacía en la montaña, pues su comandante general tenía cosas más importantes en qué pensar. Su ejército ya había recorrido la mitad del camino a Monterrey, y el ambiente era cada vez más hostil.

Mientras tanto, tras la desgracia de Arista y el desempeño incompetente de Mejía, se reinstaló a Pedro de Ampudia como general en jefe del Ejército del Norte. Igual que en Matamoros, Ampudia tomó el mando con imágenes de gloria dando vueltas en su mente. Sabía, por supuesto, que Santa Anna acabaría recuperando el poder, pero no inmediatamente. Antes de que eso sucediera, soñaba Ampudia, podría derrotar a Taylor en Marín, a 30 kilómetros de Monterrey, y así todo México lo aclamaría como a un héroe. Los momios, sin duda, estaban a su favor. Tres brigadas del ejército regular acababan de llegar de Guadalajara, con lo que sus fuerzas sumarían, el 10 de septiembre de 1846, 7 000 soldados regulares y 3 000 rancheros: un contingente bastante más numeroso que el de Taylor.[10]

Por la mañana del viernes 11 de septiembre de 1846, Ampudia cabalgó a Marín para inspeccionar el terreno y reunirse con Anastasio Torrejón, cuya caballería había estado rondando a las fuerzas de Taylor desde que salieron de Camargo. Dos días después celebró un consejo de guerra, en el que descubrió, para su

[9] William Henry, *Campaign Sketches…,* pp. 173-175.
[10] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 230.

desconsuelo, que sus comandantes de brigada ni de lejos compartían su enorme deseo de tomar la ofensiva y que, en realidad, habían decidido quedarse en las fortificaciones de Monterrey. Como Ampudia no podía pasar por encima de esta decisión, se vio obligado a ceder. Al menos contaría con una posición fuerte detrás desde la que podría enfrentar a un ejército menor.[11]

La ciudad de Monterrey era una verdadera fortaleza. Sus edificios eran de piedra y de techos planos y las rectas calles hacían de cada casa un fuerte. Al oeste, el escarpado Cerro de la Independencia[12] dominaba la ciudad, por lo que mientras Ampudia lo conservase en su poder daría protección a su línea de abastecimientos, esto es, al camino de Saltillo, atrás del cerro por el oeste. Además, la ciudad contaba con la protección que le daba al sur y al oriente el sinuoso Río Santa Catarina, el cual, aunque vadeable, dificultaba cualquier ataque lanzado desde alguna de esas dos direcciones. Atrás de este río, al sur, se erguía la majestuosa Sierra Madre, cuya primera estribación, conocida como el Cerro de la Federación, corría paralela al Cerro de la Independencia.

Taylor tendría inevitablemente que acercarse a Monterrey por el camino de Marín, al noreste de la ciudad. Para defender ese acceso, ingenieros mexicanos habían construido dos fuertes, la Tenería, al frente, y el Fuerte del Diablo, un poco más atrás.

Una enorme fortificación, la Ciudadela, dominaba toda el área. Esta sólida edificación de piedra, ubicada a un kilómetro al norte de la ciudad, se levantaba sobre los cimientos de un gran templo inconcluso. Pero la Ciudadela ni remotamente tenía al aspecto de un templo. Sus muros de 10 metros de altura encerraban un terraplén cuadrangular fortificado, capaz de contener 400 soldados y 30 cañones. Prácticamente inexpugnable, sus ocho cañones podrían ametrallar el camino de Marín, e incluso tenían a su alcance casi cualquier punto al norte o al este de la ciudad. Sombría y amenazadora, la Ciudadela inspiraba respeto a los norteamericanos, quienes al momento la bautizaron con el nombre de Black Fort.[13]

[11] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 68.

[12] Los mexicanos le daban el nombre de Montaña del Obispado, a causa de la estructura que se levantaba en la falda oriental.

La posición de Ampudia, al parecer inexpugnable, en realidad tenía una evidente debilidad: las posiciones, en el Cerro de la Independencia, en la Colina de la Federación, en el Black Fort y en la Tenería, distaban mucho entre sí y no podrían ayudarse mutuamente. Por tanto, como Ampudia había decidido guarnecerlas todas simultáneamente en vez de conservar algunas fuerzas de reserva, carecía de una fuerza móvil con la cual reforzar cualquier punto que fuera duramente atacado. Mientras le concediera todo el terreno entre cada uno de los bastiones a Taylor, éste podría ir atacando, una a una, sin gran peligro, cada posición.

Ampudia adoptó esta táctica —tan opuesta al ataque de Taylor en Marín— porque él y sus veteranos de Resaca de la Palma estaban nerviosos, como también lo estaba la población de Monterrey. Algunos habitantes abandonaron la ciudad para librarse del terror que veían venir, y los que se quedaron, preocupados, levantaron barricadas en las calles y alrededor de los fuertes. Esta cooperación del pueblo dio un poco de confianza a los soldados. Lo que tanto éstos como los civiles advertían era que el punto más débil en la defensa de Monterrey era el propio comandante.

Ampudia, no obstante su marcial apariencia —alto, erguido, de bien cuidados bigote y perilla—, era tan poco popular en Monterrey como lo había sido en Matamoros, porque se percibía que su valor —o falta del mismo— abarcaba desde la baladronada hasta el terror. Su debilidad y sus vacilaciones hacían perder mucho tiempo en la construcción y en el desmantelamiento de posiciones, como sucedió en la Tenería. Pero soldados y civiles continuaron esforzándose estoicamente al aproximarse la hora de la verdad.

Mientras Monterrey apuntalaba sus defensas, Taylor continuó su inexorable avance. El 11 de septiembre de 1846 ya estaba listo para salir de Cerralvo, sin dar importancia a la noticia de que Santa Anna había llegado a Veracruz. Dedicó sus últimos días en Cerralvo a buscar herraduras para sus caballos y mulas, una tarea indispensable porque, como lo confirmaron sus exploradores, de allí en adelante todo el camino estaba cubierto de piedras afi-

[13] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 233. Los mexicanos sólo instalaron ocho cañones (tenían 30). Consideraron que ese número era suficiente.

ladas.[14] Los soldados, a su vez, estaban menos interesados en la logística que en la posibilidad de una gran batalla en Monterrey. Ellos conocían algo de aquella zona, pues el capitán Henry, entre otros, con buen ojo había analizado las baterías avanzadas (la Tenería y el Diablo), que tiraban de enfilada desde la Ciudadela, y podían hacer "toda clase de disparos desde el Obispado". Los informes al respecto, advertía el capitán Henry, hacían que "incluso los más veteranos de la tropa regular estuvieran preocupados, por no hablar de los voluntarios".[15] Al capitán Kenly, por el contrario, le preocupaban los informes sobre el ejército de Ampudia que le llevó uno de los arrieros, quien aseguraba que Ampudia daría la batalla en toda forma. "No podía yo poner en duda las afirmaciones de ese arriero —escribió Kenly—. Se percibía una evidente sinceridad en todos los rasgos de su semblante de hombre de bien."[16]

Las órdenes de Taylor especificaban que el ejército continuaría su avance distribuido en divisiones. Cada soldado llevaría raciones suficientes para ocho días y 40 cartuchos de munición.[17] El 12 de septiembre, la vanguardia de Taylor, con alrededor de 200 hombres,[18] salió a preparar los caminos para los pesados carromatos. Y el 13 de septiembre partió la Primera División, al mando de Twiggs; el 14 le siguió la Segunda, la de Worth, y el 15 salió la División de Campo de Butler.[19]

A partir de Cerralvo, la primera parada importante se hizo en Marín, adonde llegó el 15 de septiembre la cabeza de la columna de Taylor. La compañía de Kenly en el Batallón de Baltimore, perteneciente a la división de Twiggs, iba en la vanguardia. Al

[14] Taylor a Wood, Cerralvo, 10 de septiembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 54.

[15] William Henry, *Campaign Sketches…*, 11 de septiembre de 1846, p. 179.

[16] Kenly, *Memoirs…*, p. 84. Como Kenly admiraba a los arrieros, se puede creer en la sinceridad de sus palabras.

[17] "Todo el equipo y todas las municiones excedentes (que provengan de bajas sufridas en el camino) deben ser puestos en manos del teniente Stewart…, el cual proporcionará los certificados de depósito…" (Taylor, orden núm. 115, Cerralvo, 11 de septiembre de 1846. Citado por Luther Giddings, *Sketches of the Campaign in Northern Mexico*, pp. 119 y 120).

[18] Noventa zapadores, protegidos por cien dragones y 25 Rangers. En Papagayos encontraron a unos 600 soldados de la caballería mexicana, quienes se concretaron a observarlos.

[19] Meade, *The Life and Letters…*, 17 de septiembre de 1846, pp. 129 y 130.

irse acercando a la última de las cumbres desde donde podía verse Marín, Kenly se concedió unos momentos para admirar la belleza del paisaje, que fueron interrumpidos por un sonido de cascos proveniente de la retaguardia. Volvió la cabeza, y vio al general Taylor seguido de una pequeña escolta. Taylor desmontó y, sonriendo, le tendió la mano a Kenly y le recordó su primer encuentro, unas semanas antes, en Matamoros. Esta cordialidad de su general puso nervioso a Kenly, pero se sobrepuso para informarle que su vanguardia no había visto ser viviente desde su partida del campamento esa mañana.

Taylor hizo alto y, sin pronunciar palabra, observó el valle durante uno o dos minutos. A continuación se volvió y dijo: "Capitán, avance con todo cuidado, y, de ser posible, entre al pueblo, atraviéselo y deténgase hasta que llegue la columna".[20]

Kenly y sus hombres obedecieron al punto y, al irse acercando a Marín, tuvieron la sensación de que el pueblo estaba abandonado. Sus hombres se amontonaban en completo silencio, agobiados por toda aquella soledad. El sonido de sus pasos producía eco en los muros de piedra.

Kenly, a la cabeza de la columna, de pronto tropezó con un mexicano que yacía en un charco de sangre, a la entrada de una casa. Sin duda estaba muerto, probablemente asesinado unos minutos antes, pero ¿quién lo había hecho y por qué? Al no ver ningún indicio, después de una pausa, Kenly y sus hombres continuaron la marcha extremando precauciones. Cuando al fin llegaron al otro extremo del pueblo, dieron un suspiro de alivio por no haberse topado con francotiradores. De pronto, como a un kilómetro, vieron un cuerpo de caballería enemiga.[21] Eran soldados de Torrejón que habían seguido a Taylor durante todo el camino. Al descubrir a Kenly, aquellos jinetes vacilaron —"todos sus movimientos revelaban falta de decisión"— y se alejaron al trote.

Kenly permaneció en el mismo sitio hasta la llegada del batallón que abría la marcha de todo el ejército. Pasaron varias horas antes de que el último contingente de la división de Twiggs, un tanto dispersa, pudiera acampar aquella noche.[22]

[20] *Ibid.,* pp. 91 y 92.
[21] *Ibid.,* p. 92.

Taylor se detuvo en Marín para esperar la llegada de sus divisiones. Estaba decepcionado porque, contrariamente a lo que deseaba y esperaba, no llegaban los regimientos texanos de caballería mandados por Henderson, que sumaban unos 1 000 hombres. Quizás habían regresado a Texas al terminar su periodo de servicio, o quizá se retrasaron al presentarse alguna situación difícil. Tampoco podía descartarse que, *motu proprio,* hubieran emprendido alguna misión. Taylor no tenía manera de saberlo. El 17 de septiembre informó que unos 1 000 soldados de caballería al mando de Torrejón habían estado siempre delante de las unidades norteamericanas, ahuyentando y robando a sus propios compatriotas. Taylor había dudado —y seguía dudando— que Ampudia fuera a intentar la defensa de Monterrey.[23]

Marín era la última localidad donde el ejército de Taylor podía disfrutar el paisaje. Pero los pensamientos estaban en lo que vendría. El decidido William Henry, por ejemplo, fue al pueblo una mañana, subió por una escalera en espiral a la torre de mampostería de la iglesia, y contempló el Valle de San Juan, de 25 kilómetros de amplitud. Más lejos, sin embargo, a 40 kilómetros de distancia, se podía ver el pueblo de Monterrey e incluso, se imaginó Henry, el Obispado mismo.[24]

> El 18 de septiembre, al amanecer, las alegres notas del toque de diana —tambores y cornetas— despertaron al adormecido campamento. A los pocos minutos no quedaba ni sombra de los millares de tiendas que habían cuadriculado el verdor del valle. Terminado el desayuno, las tropas de la vanguardia comenzaron a cruzar el riachuelo, camino de Monterrey, aún a 45 kilómetros de distancia.[25]

La caballería de Torrejón seguía al acecho, y al pensar en la inminente batalla los arrieros temían que sus propios compa-

[22] *Ibid.,* pp. 92 y 93.

[23] Taylor al procurador general, 17 de septiembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 422. Meade era menos optimista. Ese mismo día escribió: "Henos aquí, a 40 kilómetros de Monterrey, a una jornada de marcha forzada o a dos a paso normal. No sabemos más sobre la forma en que nos recibirá el enemigo, sobre sus defensas o acerca del número de sus soldados de lo que sabíamos en Matamoros, a 500 kilómetros de distancia" (George Meade, *The Life and Letters…,* p. 130).

[24] William Henry, *Campaign Sketches…,* 27 de septiembre de 1846, p. 187.

[25] Giddings, *Sketches…,* p. 128.

triotas los capturaran. Algunos intentaron escapar, pero el ubicuo "coronel" Kinney, ahora al mando de un contingente de bestias de carga, inmediatamente los detuvo.[26] El ejército recorrió 30 kilómetros ese día, y cuando arribaron a la hacienda de San Francisco Taylor tuvo la satisfacción de comprobar que Henderson y sus texanos habían estado esperándolo. Naturalmente, ni siquiera se dignaron ofrecer disculpas por su injustificada ausencia. Su presencia en cualesquiera circunstancias era muy valiosa, y ahora podía significar una gran diferencia en Monterrey.

Esa noche, la última antes de la primera gran batalla de Taylor, le dio algún tiempo para pensar y meditar. Era de sentido común que los mexicanos presentarían una tenaz batalla. "'¡Mucho fandango en Monterrey!' Confieso que esas palabras me sonaban continuamente en los oídos…",[27] escribió Kenly años después. Y Giddings refiere en sus *Sketches:*

> A toda la tropa, en especial a los nada aguerridos voluntarios, la proximidad del enemigo y la certidumbre de que pronto se iniciaría el combate producían una extraña excitación. ¡Con cuánta ansiedad contemplábamos el futuro en esa hora! ¡Cuán activos eran los recuerdos! ¡Qué inefablemente agradables para los sentidos eran en esos momentos las obras de la naturaleza! Para nosotros […] la tierra y su "majestuosa bóveda ornada con fuegos dorados" parecía más hermosa que nunca.[28]

A la mañana siguiente, 19 de septiembre, el Ejército de Ocupación levantó el campo y se dirigió a Monterrey. A eso de las 9 a. m. terminó la espera. Taylor, que cabalgaba al lado de los texanos, se hallaba a unos cinco kilómetros de Monterrey cuando divisó una unidad de lanceros enemigos. Los texanos querían atacarlos,

[26] Kenly, *Memoirs…,* pp. 94 y 95, y William Henry, *Campaign Sketches…,* p. 190.

[27] Kenly, *Memoirs…,* pp. 93 y 94.

[28] Giddings, *Sketches…,* p. 149. También son suyas estas palabras (pp. 148 y 149): "en el ejército pocas personas podían ver con indiferencia un juicio así cuando se estaba celebrando. Los oficiales de alto rango […] quizá veían resplandecientes recompensas brillando en un oscuro y peligroso futuro. Quizá las parcas les susurraban al oído enigmáticas promesas sobre la Presidencia, el Senado o misiones en el extranjero. Pero como también estaba en juego su *vida,* y considerando las responsabilidades tanto como las recompensas anejas al rango y a la posición, es dudoso que gozasen de tanta tranquilidad mental en vísperas de la batalla como los anónimos soldados, denigrados en lo individual y aplaudidos en su conjunto, destinados a morir sin llantos y a vivir sin honores".

pero el general, comprendiendo que si sus tropas avanzaban más estarían al alcance de la artillería de la Ciudadela, los contuvo.

Entonces comenzó a "hablar" el Black Fort, y sus disparos retumbaron en los cerros. Los soldados que se habían rezagado por el calor se sobresaltaron. Resonaron otras dos descargas, pero los proyectiles, si bien bastante peligrosos, no eran del tipo expansivo sino del sólido. Cuando una tercera descarga cayó enfrente de Taylor y rebotó sobre su cabeza, él y su estado mayor retrocedieron lentamente. Acamparía donde lo estaban esperando sus tropas, en un acogedor bosquecillo de pacanas y robles recubiertos de musgo, con una fuente de la que brotaba un arroyo. La tropa inmediatamente dio al sitio el nombre equivocado de Walnut Springs (Manantial de los Nogales) que, no obstante su errónea denominación, era un lugar muy a propósito para instalar el cuartel general.[29]

[29] William Henry, *Campaign Sketches…,* p. 190. Giddings *(Sketches…,* pp. 139 y 140) confirma este relato. El nombre oficial del bosquecillo, popular sitio de recreo en épocas de paz, era Bosque de Santo Domingo, pero los norteamericanos siempre lo denominaron Walnut Springs.

XII. MONTERREY II: "TRES GLORIOSOS DÍAS"
20-23 de septiembre de 1846

Los cañonazos disparados desde Black Fort aquel sábado por la mañana indicaron que había comenzado la lucha por Monterrey. Aunque careciendo de informes completos, Taylor había hecho planes tentativos para cuando llegara el momento de entrar en acción.

En Monterrey la posición clave era el Obispado, en lo alto del Cerro de la Independencia. Si los atacantes se apoderaban de él dominarían la ciudad y el camino principal que, por el oeste, llevaba a Saltillo. Más aún, si se tomaba rápidamente el Obispado quizá Ampudia se vería obligado a rendir la plaza sin más contienda.

Pero Taylor no podía conducir a todo su ejército al Cerro de la Independencia. Como había llegado por el oriente, tendría que dirigirse al norte de la ciudad para poder llegar al cerro, con lo cual sus flancos y la retaguardia quedarían expuestos al fuego proveniente de Black Fort. Por consiguiente, decidió, si el terreno lo permitía, enviar parte de sus fuerzas, primero al norte y después al oeste de Black Fort, para atacar el Cerro de la Independencia desde el noroeste, dejando el grueso de sus hombres en el acceso del oriente, donde en esos momentos se encontraba.[1]

Por decir lo menos, la decisión de Taylor de dividir sus fuerzas frente a un enemigo numéricamente superior podría calificarse de audaz. El riesgo que asumió era reflejo del desprecio con que veía al ejército enemigo, y de su convencimiento de que Ampudia no saldría del recinto fortificado de la ciudad. Con todo, no podía negarse que el ataque a Monterrey era una empresa ambi-

[1] El plan de Taylor en lo general consistía en lo que se denomina un "movimiento giratorio", una maniobra cuyo objetivo era atacar la retaguardia del enemigo, no precisamente su flanco. En cualquier condición, esta táctica es temeraria, ya que implica la separación de los dos flancos del ejército, por lo que éstos quedan temporalmente incapacitados para ayudarse mutuamente.

ciosa, pues, como era de esperarse, los mexicanos lucharían con desesperación. Desgraciadamente para los norteamericanos, Taylor se equivocó al subestimar al enemigo.

Antes de poner en práctica su plan, Taylor necesitaba estar seguro de que el terreno al norte de Black Fort podría aguantar el paso de una gran parte de su ejército. Por ello, inmediatamente después de su llegada ordenó al ingeniero en jefe, el mayor Mansfield, que determinara si ello era posible. Asimismo, comisionó al capitán William G. Williams, asistente de Mansfield, para que reconociera las defensas al norte y al oriente de la ciudad.

Ambas misiones exploradoras eran peligrosas, pues el área estaba ocupada por la caballería mexicana y gran número de rancheros. A las 10 de la noche Mansfield, no obstante, regresó a Walnut Springs con seis prisioneros y buenas noticias: el terreno era transitable y las defensas en el oeste de la ciudad eran relativamente débiles. Entonces Taylor ordenó que la división de Worth y los Rangers de Hays se dirigieran al día siguiente al oeste de Monterrey.[2] La división de Twiggs y la de Butler podrían, en el norte y en el oriente, alejar de Worth la atención de Ampudia y, si corrían con suerte, incursionar sin problemas en la ciudad.

Al asignar a Worth esta acción independiente, de importancia decisiva para el éxito de la campaña, Taylor no tomó en cuenta que Twiggs, no Worth, era el subordinado regular de mayor rango. Sin embargo, a pesar de su carácter difícil, Worth era el mejor elemento del ejército de Taylor, y éste no podía exponerse a riesgos innecesarios. Al parecer, Twiggs no protestó.

20 DE SEPTIEMBRE DE 1846

A eso de las 2 p. m. del domingo 20 de septiembre, Worth estaba listo para emprender la marcha. El regimiento texano de caballería al mando de Hays fue el primero en salir del campamento, seguido por la Primera Brigada del coronel Thomas Staniford y por la Segunda Brigada del coronel Persifor F. Smith.[3] La for-

[2] Taylor al procurador general, Monterrey, 9 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 83.

[3] Informe de Worth, 28 de septiembre de 1846, en U. S. Congress, Exec. Doc. núm. 4, p. 102. La brigada de Staniford comprendía el Octavo Regimiento

mación, "por su porte impecablemente militar", marchaba como si estuviera en un desfile. Llamaba la atención la unidad de C. F. Childs, la "infantería 'piernas rojas'", artilleros sin piezas de campaña que insistían en lucir el color de la artillería en la parte baja de sus pantalones. También se destacaba Worth, "bello ejemplar del soldado de casta", quien, orgulloso y seguro de sí mismo, encabezaba a caballo su columna.[4] Lo que no se podía percibir era la inflexible determinación de Worth de conquistar un "ascenso o una tumba".[5]

Mansfield había escogido una buena ruta para Worth, bastante protegida contra los cañones de Black Fort, aun cuando no era de esperar que la columna pasara completamente inadvertida. En efecto, los exploradores destacados en el Cerro de la Independencia pronto la descubrieron. Desde Walnut Springs Taylor observó la reacción de Ampudia: inmediatamente envió refuerzos al Cerro de la Independencia. Taylor intentó distraer su atención, y ordenó que se hiciera una descarga en el acceso oriental a Monterrey, lo que, en el mejor de los casos, resultó inútil.[6]

Al cabo de cuatro tediosas horas en las que se recorrieron sólo 10 kilómetros, Worth ordenó hacer alto. Ansioso por seguir adelante, él mismo, acompañado por Meade y unos 50 texanos, fue a inspeccionar el terreno. Después de recorrer unos tres kilómetros vieron que un gran número de soldados enemigos se estaban aprestando para el combate en un punto ubicado entre ellos y el camino de Saltillo, por lo que decidieron dar marcha atrás. Sin embargo, algunos de los mexicanos se situaron detrás del contingente de Worth y tomaron posiciones en una tapia. Los texanos abrieron fuego contra quienes posiblemente querían tenderles una emboscada, y mientras los mexicanos titubeaban Worth y los suyos a todo galope llegaron a un lugar seguro.[7] Como ya era muy tarde para seguir adelante, Worth ordenó acampar

de Infantería, la artillería al mando de C. F. Smith, el batallón de artillería que comandaba Childs y la batería de Duncan. A la brigada de Persifor F. Smith pertenecían la Quinta y la Séptima baterías, la compañía de voluntarios de Luisiana que comandaba Blanchard y la batería artillada al mando de Mackall.

[4] Kenly, *Memoirs…*, p. 98.

[5] Bill, *Rehearsal…*, p. 129.

[6] Taylor al procurador general, 9 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 83, "Report", y Reid, *The Scouting Expedition…*, p. 152.

[7] Meade, *The Life and Letters…*, carta, 27 de septiembre de 1846, p. 133.

en ese mismo sitio. En seguida garrapateó una nota dirigida a Taylor para informarle del lugar en que estaban y resumirle los planes para el día siguiente.[8] La división pasó la noche sin tiendas ni mantas ni fuego. Unos cuantos prepararon la cena y se divirtieron correteando algunos pollos y cerdos propiedad de rancheros mexicanos. La verdad es que la noche fue bastante mala.

21 DE SEPTIEMBRE DE 1846

Al amanecer del lunes Worth y sus hombres reanudaron la marcha. Nuevamente iba a la cabeza la columna de fusileros montados al mando de Hays. A lo largo de dos kilómetros y medio se dirigieron al oeste; propiamente no encontraron resistencia, aunque les dispararon esporádicamente desde el Cerro de la Independencia. Después, en un punto situado a unos 300 metros del camino Monterrey-Saltillo, los exploradores de Hays tropezaron con la unidad que había estado a punto de emboscar a Worth la noche anterior, alrededor de 1 500 hombres entre soldados rasos y jinetes.[9] Inmediatamente las tropas de Hays se apostaron detrás de una tapia como tiradores, y las dos compañías de infantería ligera al mando de Childs se colocaron en los flancos.

El combate fue encarnizado y sangriento, y reinó la confusión. Los texanos de McCulloch, acorralados en campo abierto, emprendieron el regreso sin dejar de disparar. Los mexicanos los siguieron a galope, con sus gallardetes rojos y verdes ondeando al viento, encabezados valientemente por el estupendo teniente coronel Juan N. Nájera. Los hombres de McCulloch contestaron el fuego disparando rifles, pistolas y escopetas, mientras los texanos apostados en la tapia hacían fuego a discreción. Nájera cayó herido pero no dejó de animar a sus hombres.[10] Pronto las baterías de Duncan y Mackall estuvieron listas y comenzaron a disparar por encima de los texanos.

El escuadrón mexicano casi quedó destruido; los sobrevivientes huyeron, algunos hacia Monterrey y otros hacia Saltillo, dejando a un centenar de hombres entre muertos y heridos en un com-

[8] William Henry, *Campaign Sketches…*, p. 193.
[9] Varían las cifras. Meade calculó 2 000.
[10] Reid, *The Scouting Expedition…*, p. 157.

bate de tan sólo 15 minutos. El color chillón de sus uniformes aumentaba la "absurda y espantosa" escena de los cuerpos tendidos en las más disímbolas posturas. Como no había tiempo para andar con miramientos, los hombres de Worth enterraron a 32 de los muertos en una fosa poco profunda.[11]

Esta acción abrió la ruta hacia Saltillo, y poco después de las 8 a. m. Worth ya estaba en marcha. Exultante, Worth envió a toda prisa una nota a Taylor: "La ciudad es nuestra".[12] Fue un aserto ligeramente prematuro, pero, en todo caso, ya se le había cortado a Ampudia su única línea de reabastecimientos y refuerzos.

Worth ya había cumplido parte de su tarea, esto es, "rodear el Cerro del Obispado" y "ocupar una posición en el camino a Saltillo". Con todo, aún quedaba pendiente una parte importante de su misión: "dominar las posiciones aisladas que el enemigo tenía en ese sector".[13] Sin duda estaba decidido a seguir adelante, sobre todo porque el apoderarse del Cerro de la Independencia era esencial para restablecer una comunicación directa con Taylor en Walnut Springs. Sin embargo para llegar hasta las posiciones mexicanas aún le quedaba por recorrer cierta distancia, porque la ruta indirecta que había seguido lo había desviado varios kilómetros hacia el oeste.[14]

Ahora bien, ¿cuál de estas alturas paralelas debería atacar, en primer lugar, el Cerro de la Independencia, al norte, o el Cerro de la Federación, al sur? Ambos tendrían que ser tomados a su debido tiempo, porque el Obispado estaba situado en el costado oriental del Cerro de la Independencia y El Soldado ocupaba una posición correspondiente en el Cerro de la Federación. Desde ambos puntos se podía observar la ciudad. Worth decidió atacar este último (ya mencionado en la nota que envió a Taylor la noche anterior),[15] pues, hasta cierto punto, su defensa era algo

[11] Samuel Reid, *The Scouting Expeditions…*, p. 158; Worth, informe, p. 103, y Ramón Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 71 y 72. Las pérdidas de Worth fueron pocas; se ha hablado de un muerto y dos heridos. A lo sumo, el total no pasó de una docena.

[12] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 244. Quedaban dos caminos secundarios que atravesaban la Sierra Madre, insuficientes para el suministro de equipo y víveres.

[13] Informe de Taylor al procurador general, 9 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 83.

[14] Informe de Worth, Exec. Doc. núm. 60, p. l03.

más débil y sería menos difícil tomarlo. Además, como se extendía un poco más hacia el oriente, su dominio situaría a los norteamericanos en un semicírculo alrededor del Cerro de la Independencia, permitiéndoles concentrar el fuego sobre él desde tres direcciones. Por tanto, era lógico atacar primero el Cerro de la Federación.

El extremo occidental de este cerro, como el de la Independencia, estaba defendido por piezas de artillería, las que eran el objetivo inmediato. Para escalarlo, Worth seleccionó una fuerza de asalto integrada por las tres compañías de infantería ligera del capitán C. F. Smith y seis compañías de los Rangers texanos de a pie, unos 300 hombres en total. Una vez que esta fuerza se apoderara de los dos cañones, Smith seguiría hacia el este, loma abajo, con dirección a El Soldado. Su unidad partió al mediodía.[16]

Para llegar al Cerro de la Federación desde la posición que en ese momento ocupaba, Smith tendría que cruzar el Río Santa Catarina y avanzar por la margen derecha. Como no se encontraron fácilmente los vados, Smith se vio forzado a marchar río arriba (hacia el oeste) para buscar un sitio por el que sus hombres pudieran cruzar chapoteando. Una vez que lo encontraron, vadearon la corriente entre la inefectiva metralla que les disparaba el enemigo.[17] Una vez en la ribera opuesta y en una posición oculta al sur del Cerro de la Federación, Smith comenzó a reconocer el área. Comprobó que la cumbre tenía una altura de 130 metros, que la cubría un tupido chaparral y que estaba defendida. No obstante estas desventajas, Smith ordenó avanzar.[18]

Todo ello, por supuesto, requirió tiempo, por lo que Worth, impaciente, habiendo perdido contacto con esas fuerzas, decidió enviar a la Segunda Brigada del coronel Persifor Smith a investigar. Esta fuerza siguió una ruta más directa pero los defensores mexicanos no le dispararon, quizá porque habían concentrado su atención en la pequeña unidad de C. F. Smith. Poco después los dos Smith se reunieron al pie del Cerro de la Federación y sus

[15] William Henry, *Campaign Sketches…,* p. 193.

[16] Informe de Worth, Exec. Doc. núm. 60, pp. 103 y 104.

[17] Reid *(The Scouting Expeditions…,* p. 162) hablaba de una "terrible tormenta de balazos y metralla". Sin embargo, no hubo heridos.

[18] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 244 y 245.

hombres se entremezclaron. Todos juntos comenzaron el ascenso, los regulares compitiendo con los texanos, disparando descarga tras descarga, "entre los frenéticos vítores y aclamaciones de sus camaradas". Los defensores de este cerro, sin idea de lo que iban a enfrentar, huyeron aterrorizados abandonando un cañón de nueve libras.[19] Los norteamericanos apuntaron ese mismo cañón a El Soldado, al otro extremo del cerro, y en tiro certero inutilizaron la única pieza de artillería que había allí. Los defensores de El Soldado se dispersaron a la carrera.

Así terminó un día memorable para Worth y sus hombres. Los triunfadores celebraron en el agreste paisaje de las montañas circundantes, sin hacer caso del fuego esporádico proveniente del Cerro de la Independencia.[20]

Esa noche fueron apareciendo nubes que anunciaban una tormenta, que esta vez fue peor que la anterior. Los hombres, sin tener dónde guarecerse, pasaron la noche empapados, sin mantas y sin alimentos. Algunos lograron dormir un par de horas. Tal vez fue una fortuna que el ataque comenzara temprano el día siguiente.

El 21 de septiembre de 1846, fecha en que William J. Worth se cubrió de gloria, podría considerarse como el peor día en la larga carrera de Zachary Taylor. Sin embargo, había principiado con excelentes auspicios.

Al capitán John Kenly, del Batallón de Baltimore, lo despertaron temprano esa mañana. El coronel Watson, amigo suyo y comandante del batallón, lo mandaba llamar, y Kenly, lleno de presentimientos, entró a la tienda de su jefe cuando éste aún no acababa de vestirse. Watson, en efecto, tenía estupendas noticias: el Batallón de Baltimore seguiría adscrito al Primero de Infantería y saldrían juntos para tomar por asalto Monterrey. Sólo una cosa un tanto delicada preocupaba a Watson: ¿cuál compañía iba a dejar en Walnut Springs para protegerla de las fuerzas de la caballería mexicana, que merodeaban por el lugar?

En realidad, Watson ya había tomado una decisión: la compañía del capitán Robert Bronaugh se quedaría en Walnut Springs.

[19] Reid, *The Scouting Expeditions…*, p. 163.
[20] *Ibid.*, p. 165.

Kenly estuvo de acuerdo, y, a la vez, comprendió la situación molesta en que se encontraba el coronel. Bronaugh y sus hombres, quienes habían venido a México para combatir al enemigo, iban a ponerse furiosos. Y Bronaugh, como era el estilo de los voluntarios, no iba a tener pelos en la lengua. En fin, no había más remedio que pasar por una escena desagradable.

Kenly se preparaba ya para salir de la tienda cuando Watson lo detuvo para pedirle su opinión, despreocupadamente, sobre las botas que se pondría, si las nuevas, pesadas y con suelas de corcho, o unas más ligeras. Kenly le recomendó estas últimas, porque el coronel quizá tuviera que correr en el curso del día. Watson rió de buena gana y dijo que él, al contrario que sus hombres, iría a caballo. Además, las botas pesadas eran un regalo de sus amigos del Baltimore Bar. Kenly examinó esas botas que, en verdad, le causaron admiración.

No mucho después, esas mismas botas le servirían a Kenly para identificar el cadáver de Watson.[21]

El plan de Ampudia para la defensa de Monterrey era impracticable, al grado de que este general ya estaba preparado para evacuar casi todos los suburbios del oriente, al norte de un riachuelo que nacía en el centro de la ciudad y corría hacia el noreste. Esta corriente era vadeable pero sus márgenes eran escarpadas, sobre todo donde el camino principal de Marín cruzaba el Puente de La Purísima. Proporcionaría una fuerte línea defensiva, siempre y cuando Ampudia estuviese dispuesto a que Taylor ocupara, sin pelear, los suburbios más alejados del centro.

Ahora bien, como el péndulo de sus resoluciones había regresado al optimismo, Ampudia decidió defender esos suburbios. A fin de facilitar esa defensa, sus ingenieros ya habían construido un par de pequeñas estrellas, detrás de las cuales se encontraba el seguro fuerte denominado El Diablo (o El Rincón), donde había tres cañones y donde podrían instalarse entre 150 y 200 hombres.[22]

Alrededor de 400 metros más allá de El Diablo se hallaba la más importante de las avanzadas de Ampudia, la Tenería, una curtiduría comercial cuyos muros se habían reforzado y en cuyo

[21] Kenly, *The Scouting Expeditions…*, pp. 105 y 106.
[22] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 249.

recinto cabían aproximadamente 200 hombres. Su azotea plana y sus sacos de arena la hacían una posición formidable, y lo habría sido más si se hubieran despejado sus accesos y se hubiera completado el foso; no obstante, aun con esas fallas era muy de tomarse en cuenta.[23]

Taylor estaba familiarizado con la Tenería, a la que denominaba "Avanzada Número 1" o simplemente "Número 1". Aquella mañana ordenó a Mansfield explorar el área que conducía a ella. Al parecer, Taylor no le daba más importancia que a otras posiciones, y cuando envió al coronel John Garland para que encabezara un ataque de distracción limitada en esa dirección, le dijo como quien no quiere la cosa: "Coronel, conduzca su columna hacia la izquierda, de manera que quede fuera del alcance de los proyectiles enemigos, y si llega a parecerle que puede tomar, recurriendo a la bayoneta, alguno de esos pequeños fuertes que se ven desde aquí, hágalo, pero consulte al mayor Mansfield. Está allá abajo".[24]

Lo que más le interesaba a Taylor en esos momentos era bombardear el Black Fort. Sus dos cañones cortos de 24 libras y un mortero de 10 pulgadas, protegidos por un regimiento de voluntarios de Butler, ya habían estado disparando contra el fuerte pero sin ningún resultado. Cuando los del Black Fort contestaron el fuego, los norteamericanos sufrieron sus primeras bajas. Los voluntarios se enardecieron con este intercambio hasta que los médicos y cirujanos comenzaron a intervenir y "se oyeron los gritos de dolor de las primeras víctimas".[25] Entonces, los soldados enpezaron a retroceder.

Taylor había ordenado combatir sobre el extremo oriental de la ciudad, para lo cual colocó la Primera División de Twiggs (temporalmente al mando de Garland) a la izquierda del camino de Marín, y la Primera División de Butler a la derecha. En el ala

[23] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 249 y 250. El estado en que se encontraba la Tenería se debió en gran parte a que Ampudia vaciló entre ocupar o no una posición más allá del río. En realidad ya había sido destruida antes y reconstruida a toda prisa apenas la noche anterior (domingo).

[24] Registrado por el ayudante de Garland en los archivos del ayudante general. Citado por Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 251 y 566. El general Twiggs no se levantó esa mañana, probablemente porque había ingerido una dosis excesiva de un laxante, con la teoría de que en los intestinos sueltos hacen menos daño las heridas de bala (véase Kenly, *Memoirs…,* p. 119).

[25] Giddings, *Sketches…,* p. 161.

izquierda reinaba la calma y una gran excitación en la derecha. Pronto se dispuso Garland a ejecutar su ataque de distracción contra la Tenería: primero iría el Primero de Infantería seguido del Tercero de Infantería y, al último, el Batallón de Baltimore. Al cabo de media hora de marcha forzada, los hombres de Garland que iban en la vanguardia salieron de un maizal a unos 500 metros de su objetivo. Al momento, las tres unidades se formaron en línea de batalla: el Tercero de Infantería a la derecha, el Primero de Infantería en el centro y el Batallón de Baltimore a la izquierda. Inmediatamente comenzaron a disparar los cañones de la Tenería. Los primeros proyectiles cayeron a los pies de los soldados y rebotaron por encima de sus cabezas. No tardó el Black Fort, a la derecha del frente, en disparar un cañón de 18 libras. Algunos cuantos cayeron heridos, y sólo su buena suerte hizo que muchos otros resultaran ilesos. Sin embargo, los norteamericanos tenazmente siguieron disparando.[26]

En este punto, Garland se reunió con Mansfield, que aún no desmontaba. Hablaron de lo que iba a hacerse a continuación, pero sin acabar de comprender las órdenes, un tanto vagas, que poco antes había dado Taylor. ¿Iban a avanzar en medio del nutrido fuego del enemigo? ¿Habían cumplido su misión con el despliegue de fuerza que acababan de hacer? Al parecer encontraron la respuesta que buscaban no en las palabras de Taylor sino en su personalidad. Ni Garland ni Mansfield querían asumir la responsabilidad de regresar sin haber atacado, por lo cual forzaron el ataque. Así se interpretó, con fatídicas consecuencias, aquella orden equívoca.[27]

Los hombres de vanguardia de Garland avanzaron. Cuando llegaron a unos 100 metros de la Tenería, pudieron ver que uno de los emplazamientos de la artillería ya había sido abandonado.[28] El éxito parecía estar al alcance de la mano.

Garland, si bien cayó en la cuenta del abandonado empla-

[26] "Nos atacaban en enfilada. Seguimos avanzando. Otro tiro disparado desde la Ciudadela, y el teniente Dilworth, del Primero de Infantería, al dar un paso perdió una pierna. Si el cañón que hizo ese disparo hubiera apuntado un octavo de pulgada más hacia la izquierda, quién sabe cuántos de nosotros habríamos quedado lisiados" (Kenly, *Memoirs…*, p. 107).

[27] "Inconcebible mirar a los ojos al *Old Rough and Ready* si hubiésemos ordenado la retirada de las tropas sin que mediara una poderosísima razón" (Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 251).

zamiento, no le prestó atención y se atuvo al plan ya trazado. Ordenó a la brigada hacer alto y comenzó a conducir penosamente sus 500 hombres en línea oblicua hacia la derecha, deseando sin duda tomar la posición que se hallaba en la retaguardia.[29] Cuando esta unidad llegó a los suburbios, todos ellos fortificados, los defensores comenzaron a disparar desde las azoteas, desde el Black Fort, desde la Tenería y, ya para entonces, desde El Diablo, al otro lado del río. Reinó la confusión, y los oficiales, en medio del humo, se extraviaron en las callejas de los suburbios. Simplemente, no les quedó más remedio que resistir. El aristocrático pero popular mayor Philip Norbourne Barbour cayó muerto al atravesarle una bala el corazón. En la confusión, el Tercero de Infantería corrió hacia un punto donde los edificios —a uno de ellos llevaron el cadáver de Barbour— ofrecían alguna protección. A muy corta distancia, mortalmente herido, estaba el capitán Williams, el ingeniero que había explorado la posición.[30]

Más o menos en ese momento llegó la batería de artillería ligera de Braxton Bragg, pero sus cañones de nada sirvieron porque disparaban contra calles vacías. Entonces Garland, siguiendo las recomendaciones de Mansfield, ordenó que la división se retirara. La orden llegó a la mayoría de las unidades, pero no a todas.

Al parecer el coronel Watson, del Batallón de Baltimore, fue uno de los que no se enteraron. Aunque sus tropas sí recibieron la orden y procuraron convencerlo de que se retirara, el coronel —con su espíritu belicoso en ebullición— tomó un trago de su cantimplora, y exclamó: "¡Nunca, muchachos, nunca! ¡Mi sangre irlandesa no permite que me eche para atrás!"[31] Y se negó a partir.

Taylor, mientras tanto, no tardó en comprender que el ataque de Garland estaba en dificultades, por lo que envió en su auxilio tres compañías del Cuarto de Infantería, a las que siguió la brigada de Quitman. Ya en camino, este segundo contingente pasó un poco al este de la división de Garland, pero lo agreste del terreno impidió que entraran en contacto. La segunda fuerza

[28] Kenly, *Memoirs…*, p. 107.
[29] Giddings, *Sketches…*, p. 164.
[30] William Henry, *Campaign Sketches…*, pp. 194 y 195.
[31] *Ibid.*, p. 195.

también soportó el diluvio de metralla que estaba diezmando a la brigada de Garland. Aunque ellos sufrieron, en palabras de Taylor, "demasiada leña",[32] continuaron hacia la Tenería.

Cuando la brigada de Quitman —formada por los regimientos voluntarios de Tennessee y Misisipi— se estaba aproximando a la Tenería, descubrieron que una compañía del Primero de Infantería ya había llegado y estaba disparando desde una azotea adyacente. O el capitán Electus Backus no había recibido la orden de Garland de que todos se retiraran, o había preferido no hacerle caso. Los mexicanos, alarmados por la disposición de los norteamericanos para, de ser necesario, sufrir grandes bajas, comenzaron a titubear, y fueron víctimas del pánico cuando vieron que su comandante, que ya había huido en Resaca de la Palma, huía una vez más de la Tenería. Buena parte de la guarnición hizo otro tanto.[33] Enseguida los norteamericanos, voluntarios y regulares, tomaron por asalto la Tenería e hicieron alrededor de 30 prisioneros. Backus desempeñó un papel decisivo, pero el precio lo pagaron los voluntarios, quienes habían atacado en campo abierto. El regimiento de Tennessee sufrió bajas que sumaron 25 muertos y 75 heridos.[34] La Tenería quedó definitivamente en manos de los norteamericanos, y con ello Taylor obtuvo un punto de apoyo en su avance hacia la posición de Ampudia.

Cabe decir, entre paréntesis, que la proeza de tomar la Tenería influyó mucho en la carrera de Jefferson Davis, comandante del Regimiento de Misisipi. Este hombre ambicioso (alguna vez yerno de Zachary Taylor, antes de la muerte de su joven esposa) ya se había destacado en la política de su estado, y durante la guerra contra México se esforzó por justificar sus estudios en West Point y por ganar nuevos laureles realizando actos de heroísmo militar. Con su valiente desempeño del 21 de septiembre de 1846 logró este objetivo.

Entre tanto, la otra brigada de Butler, la que mandaba Hamer,

[32] Taylor al procurador general, 9 de octubre de 1846, en U. S. Congress, Exec. Doc. núm. 4, p. 85, y Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 252. El Cuarto de Infantería "casi en un solo instante" perdió la tercera parte de sus elementos. El coronel Watson, separado de sus hombres, se unió a los de Quitman, y cayó cuando los encabezaba en un ataque, lejos de sus propias tropas.

[33] Alcaraz, *The Other Side…,* p. 73.

[34] *Ibid.,* pp. 252 y 253; Kenly, *Memoirs…,* p. 111, y Giddings, *Sketches…,* p. 167.

avanzó, con el Primero de Ohio al frente, al oeste de la posición de Garland, hacia La Purísima. Hamer, Butler y el propio Taylor iban en primera línea. Este último, quizá debido a una costumbre adquirida cuando combatía a los indios en Florida, se lanzó a campo abierto como cualquier oficial de infantería. Pero los mexicanos, a quienes no les impresionaba la alta graduación de quienes iban al frente de las fuerzas enemigas, repelieron los ataques norteamericanos como si de ningún modo hubiera intervenido el general en jefe. La batería de Ridgeley hizo cuanto pudo pero resultó tan poco efectiva como la de Bragg. A eso de las cinco de la tarde comprendió Taylor que todo era inútil, y ordenó que sus fuerzas, excepto las unidades que ocupaban la Tenería, se replegaran a Walnut Springs.

Los norteamericanos se retiraron ordenadamente, acosados por el enemigo. Una unidad rechazó el ataque de un escuadrón de lanceros mexicanos, pero el fuego proveniente del Black Fort continuó causando bajas. Cuando se contaron las víctimas del día, éstas llegaron a 394, cifra verdaderamente abrumadora.[35] A este precio tomó Taylor la Tenería, además de infligir algunas bajas y adueñarse de cinco piezas de artillería. Lo más importante de todo ello fue que las fuerzas al mando directo de Taylor habían hecho que Ampudia distrajera su atención del ataque que Worth lanzaba en el oeste, luchando contra el grueso de la guarnición mexicana.[36]

Aun cuando los resultados hayan justificado el precio que por ellos se pagó, el 21 de septiembre fue el peor día en la carrera de Taylor. En esa fecha el casi siempre sereno general perdió el control. Su precisión se hizo vaguedad y su determinación, titubeo. En otras palabras, perdió la cabeza.

¿Qué falló? Prácticamente todo. Lo que Taylor se propuso como un ataque de distracción para ayudar a Worth se convirtió en un ataque en gran escala, no previsto, contra un enemigo fuerte y bien atrincherado. En un solo día Taylor perdió alrededor de 10% de los que participaron en el ataque, y entre los oficiales el

[35] Taylor al procurador general, 9 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 4, p. 86. Henry vio cuando un proyectil disparado desde Black Fort le arrancó la cabeza a un soldado y la lanzó al aire junto con su fusil (Henry, *Campaign Sketches…*, p. 197).

[36] A los refuerzos mexicanos, al mando del general García Condé, originalmente enviados esa mañana para apoyar a Torrejón, se les ordenó regresar al Puente de La Purísima (Alcaraz, *The Other Side…*, p. 73).

porcentaje fue aún más elevado. Pagando un precio espantoso, al fin comprendió que los mexicanos a quienes había subestimado sabían pelear muy bien. Al final, cansado y sin ánimos, Taylor renunció a casi todas sus conquistas.

Por periodos de este tipo habían pasado buena parte de los más grandes generales. *Stonewall* Jackson cometió errores en White Oak Swamp (1862); Lee se equivocó al tercer día en Gettysburgo; Grant sacrificó a muchos hombres en Cold Harbor (1864). En el mismo estilo, aunque en menor escala, Taylor tuvo dificultades en ese primer día en Monterrey, pero, como esos grandes generales, también se recuperó.

22 DE SEPTIEMBRE DE 1846

La tropa de Taylor descansó el 22 de septiembre, el segundo día de la batalla. Sus hombres estaban física y moralmente exhaustos, y con dificultad serían capaces de levantarse por sí mismos. Pero todo el peso del día recayó sobre Worth.

A las tres de la mañana se ordenó a sus hombres que formaran filas. Una partida de asalto, esta vez al mando de Childs y de Hays, comenzó a subir entre tropezones —algunos arrastrándose— por la falda occidental del Cerro de la Independencia.[37] Llovía mucho y hacía mucho viento, pero lograron llegar a pocos metros de la posición que ocupaban los mexicanos antes de que los descubrieran. Para asombro de todos, en pocos minutos habían llegado a la cima del cerro.

Por otra parte, el Obispado, en el extremo oriental del monte, bien podía resistir un simple ataque de infantería. Por consiguiente, Worth esperó mientras el teniente Edward Deas[38] y 50 artilleros arrastraban un desarmado cañón corto de 12 libras 250 metros a la parte alta del cerro. A eso del mediodía, el obús quedó colocado en el interior del recinto atrincherado en la falda oriental, desde donde se ametralló al palacio, a 400 metros de distancia cuesta abajo, con evidentes buenos resultados.[39]

[37] La infantería ligera de Smith y los texanos volvieron a unirse a la unidad de Worth después de la caída de El Soldado. La Segunda Brigada de Smith permaneció en el mismo lugar.

[38] No debe confundirse a Edward Deas con el teniente George Deas, el que en Matamoros cruzó a nado el Río Bravo.

El teniente coronel Francisco Berra, en el interior del Obispado, se enfrentaba a una situación muy difícil, agobiado por la artillería norteamericana desde dos puntos: el Cerro de la Independencia, al oeste, y el Cerro de la Federación, al otro lado del río. La fuerza estadunidense iba en aumento: Childs y Hays ya habían recibido el refuerzo del Quinto de Infantería y de los voluntarios de Luisiana al mando de Blanchard. Berra tenía aún 200 defensores en el fuerte, y los muros seguían intactos; si permanecía en el recinto, podría sostenerse durante algún tiempo.[40]

Pero obrar así iba contra el modo de ser de este impetuoso mexicano, y, desobedeciendo las órdenes de Ampudia, dirigió a su infantería y caballería a un ataque desesperado fuera del palacio, precisamente al lugar donde los amenazaba el fuego del enemigo. Inmediatamente fueron diezmados los mexicanos, y Berra echó totalmente a perder lo poco que había tenido a su favor. Sus hombres huyeron cuesta abajo en dirección a Monterrey. Muy pocos regresaron al palacio.

Los cañones cortos de Worth no tardaron en derribar los portones del palacio, y los norteamericanos lo invadieron. Como se trataba de un edificio grande, la lucha continuó hasta que Duncan y Mackall entraron en acción, sembrando por doquier metralla y consternación. La bandera de las barras y las estrellas ya ondeaba en el palacio a las cuatro de la tarde. El fuego de la artillería se concentró en los supervivientes que huían cuesta abajo o por las calles de la ciudad.[41]

Esa noche, Ampudia, totalmente abatido, retiró sus avanzadas y las concentró en la sección más poblada de Monterrey, abandonando el fuerte El Diablo, las defensas del Puente de La Purísima y todas las demás posiciones de las afueras. Sus soldados no habían perdido la esperanza y protestaron la retirada, pero de nada les sirvió.

Miércoles 23 de septiembre de 1846

En la mañana del 23 de septiembre todos los que habían participado en la batalla de Monterrey estaban agotados, particu-

[39] Informe de Worth, Exec. Doc. núm. 4, p. 105.
[40] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 75. La conjetura es mía.
[41] Informe de Worth Exec. Doc. núm. 4, pp. 104 y 105.

larmente los norteamericanos. Los hombres de Worth habían pasado por muy duras pruebas físicas, y aunque sus pérdidas no habían sido relativamente de mucha consideración (32 entre muertos y heridos al cabo de dos días de lucha)[42] las marchas excesivamente largas, las cuestas escarpadas y la falta de alimentos y de abrigo los habían llevado al límite de lo humanamente soportable. En la parte de la ciudad que ocupaba Taylor, las grandes pérdidas, la desorganización y el choque emocional de la batalla del primer día habían dejado prácticamente inmóviles a los soldados.

Los mexicanos, por su parte, habían pasado por otro tipo de pruebas. Estaban menos cansados que los hombres de Worth, y con menos bajas que las que sufrió Taylor, pero bajo la carga psicológica de verse forzados a responder a las iniciativas del enemigo. Sin embargo, ninguno de ellos, ni Ampudia ni sus hombres, tenían el menor deseo de lanzar una ofensiva. Por el momento todo estaba tranquilo.

Taylor se encontraba letárgico esa mañana, y al parecer sin prisa por aprovechar las ventajas que había logrado. No le dio órdenes a Worth, quien, irritado e impaciente, esperaba en el Obispado, y envió a Quitman a la Tenería con órdenes de entrar a la ciudad cuando le pareciera oportuno, proteger a sus hombres en las casas y en los muros, y "avanzar cuidadosamente hasta donde juzgara prudente". Taylor ignoraba que el fuerte El Diablo había sido abandonado.[43]

Pero cuando Quitman tomó el puesto de Hamer en la Tenería supo que el fuerte El Diablo había sido evacuado, por lo que mandó a los voluntarios de Misisipi, al mando de Davis, a que lo ocuparan y a que entraran en la ciudad. Davis lo hizo y encontró poca oposición. Las fuerzas que se hallaban en Walnut Springs sólo tuvieron alguna idea de lo que estaba pasando cuando, al formarse después del toque de diana, oyeron disparos de artillería. Entonces Taylor ordenó que se prepararan el Segundo Regimiento de voluntarios texanos, al mando de George Woods, el Tercero y Cuarto regimientos de infantería y la batería que mandaba Bragg. (Los regulares eran comandados otra vez por Twiggs.) El propio Taylor se dirigió a caballo a la Tenería.[44]

[42] Nichols, *Zach Taylor's…*, p. 154.
[43] Informe de Taylor, 9 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 4.

Para Taylor las acciones de esa mañana serían de mero reconocimiento, con el fin de preparar el ataque coordinado que iba a lanzar el día siguiente. Así, aun cuando su infantería avanzó mucho, hasta un punto a sólo una cuadra de la Plaza Mayor, Taylor afirmó que se sentía "satisfecho" porque la entrada de sus hombres a la ciudad había sido relativamente fácil, y enseguida ordenó que se retiraran de nuevo a la Tenería y al fuerte El Diablo. Entre tanto, Ridgeley bombardeó la ciudad con un cañón que había tomado al enemigo. Por la noche, una vez más los hombres de Hamer relevaron a los de Quitman.

Y se continuó con los planes del general. Para quienes avanzaban "cuidadosamente, protegidos por casas y por muros", la escena fue algo más impresionante. Sin embargo, esta vez los norteamericanos avanzaron metódicamente, aconsejados por los texanos de Woods, quienes durante 10 años habían combatido en ciudades. Los soldados evitaban las calles, avanzaban de casa en casa y entraban en cada edificio que encontraban. Empleando picas y palancas abrían agujeros en las paredes medianeras, por los que arrojaban al edificio adyacente bombas de seis libras con la mecha encendida. En esta forma se libraban de las tropas mexicanas que se hallaban en la planta baja —los civiles ya se habían refugiado en la Plaza Mayor de la ciudad—, y después los soldados norteamericanos subían por las escaleras hasta las azoteas, donde apostaban tiradores para proteger a sus compañeros. La maniobra se repetía en la casa de al lado. La artillería ligera, si bien poco efectiva, al menos funcionaba con relativa impunidad porque se cargaba y recargaba a cubierto; luego de disparar rápidamente en la calle, se podía jalar con una cuerda para alejarla del fuego enemigo. Las bajas durante ese día, en palabras de Taylor, fueron "pocas".[45]

Durante esta acción de armas las tropas norteamericanas descubrieron impresionantes residuos de la batalla de dos días antes. En medio de la confusión que reinó el 21 de septiembre, los hombres de Garland, desesperados, se habían visto forzados a abandonar a muchos muertos y heridos, entre ellos al coronel Watson, del Batallón de Baltimore. Algunas de las víctimas aún estaban vivas, con la lengua horriblemente hinchada a causa de la

[44] *Ibid.*

[45] Informe de Taylor, 9 de octubre de 1846. Sin embargo, Grant *(Memoirs…,*

sed. La mayor parte de los hombres ya habían muerto, y los rastros indicaban que, aún vivos, a algunos los habían mordisqueado los lobos. Mientras no terminase la batalla no se podría despejar todo aquello.

Mientras tanto, en el Cerro de la Independencia, Worth estaba en espera de órdenes que nunca llegaron. A las 10 de la mañana, al intensificarse en las calles el sonido de los disparos que venían de la parte baja del monte, decidió que ya había esperado demasiado y que tendría que atacar por cuenta propia.[46] Pronto sus hombres atacaron con furia la parte baja del cerro y el costado occidental de Monterrey. Donde empezaban los edificios caminaron más despacio y aplicaron las técnicas que en la lucha callejera empleaban los texanos, y así llegaron a una cuadra de la Plaza Mayor.[47] Las dos alas del ejército de Taylor sólo estaban separadas ahora por dos cuadras, pero no se había establecido ninguna comunicación entre ellas.

En ese momento, Worth oyó el sonido de las descargas que provenían del otro extremo de la ciudad, detuvo su avance y aprestó el mortero de 10 pulgadas que le hizo llegar Taylor. Desde el cementerio comenzó a disparar contra la Plaza Mayor, y uno de los proyectiles causó daños en el templo.

Ampudia estaba totalmente desanimado. Además de no tener ninguna comunicación con Saltillo, temía que los cañonazos destruyeran la iglesia. No carecía de motivos para alarmarse, pues había utilizado esta casa de Dios para almacenar sus municiones y, al menos de momento, ponerse él mismo a salvo. Alguna bala de cañón que cayera en su depósito de explosivos causaría una inimaginable devastación entre la aterrorizada multitud que, buscando protección, abarrotaba el templo. Esta posibilidad abrumaba al general mexicano hacia el final del periodo que posteriormente Winfield Scott denominó "Los tres gloriosos días".

vol. I, p. 115) afirmó años después que, de los 12 oficiales del Tercero de Infantería que participaron en la acción, cinco perdieron la vida.

[46] En el informe de Worth del 28 de septiembre de 1846 (U. S. Congress, Exec. Doc. núm. 4, p. 105) se afirma que posiblemente se "extraviaron" las órdenes por la gran distancia que tuvieron que recorrer.

[47] Informe de Worth, septiembre de 1846, Exec. Doc. núm. 4, p. 105.

XIII. MONTERREY III: LA TREGUA
24 de septiembre-12 de octubre de 1846

El jueves 24 de septiembre de 1846 amaneció radiante y prometedor para Samuel C. Reid, de los Texas Rangers de McCulloch. La lluvia de la noche anterior había refrescado el aire, y el Valle de Santa Catarina "volvía a sonreír bañado en los brillantes y gozosos rayos del sol, como queriendo alegrar y animar a nuestros hombres a realizar nuevos esfuerzos en el camino de la victoria".[1] Los soldados de McCulloch se hallaban cerca de la oficina de correos, en el sector occidental de Monterrey, preparándose para el ataque al centro de la ciudad. Poco antes, las piquetas de algunos emprendedores Rangers habían perforado el grueso muro de una casa que ocupaba la esquina opuesta, y una aterrorizada unidad de la caballería mexicana que se había apiñado adentro intentó escapar por la puerta principal, pero los hombres de McCulloch desataron un fuego tan intenso que la mitad de esa compañía perdió la vida antes de llegar a la otra acera. En palabras de Reid, fue una "deliciosa mañana".[2]

La moral de la población civil estaba por los suelos. Las mujeres, de pie en las entradas de las casas, sin hacer el menor caso a los cadáveres que había en las calles, ofrecían naranjas y otras frutas a los texanos. Durante la noche, afirmaban, la caballería mexicana había salido de la ciudad. Tildaban de cobarde a Ampudia y predecían que los norteamericanos sin duda tomarían Monterrey antes del anochecer. Los soldados aceptaron los obsequios de aquellas mujeres, y en el momento en que se disponían a seguir su marcha, "enardecidos por el fuego de la artillería, las voces de los soldados, el paso de marcha de la infantería y el sonido metálico de las armas",[3] llegó a caballo un correo que entregó un mensaje a McCulloch. Sus hombres se desilusionaron al saber que de momento se suspendía el ataque

[1] Reid, *The Scouting Expeditions…*, p. 200.
[2] *Ibid.*
[3] *Ibid.*

porque se estaban realizando negociaciones encaminadas a la rendición de Monterrey. Apenas comenzaba a amanecer.

En el costado oriental de la línea de combate los hombres estaban mejor informados. En realidad, en la tarde anterior Ampudia había enviado un mensajero con bandera blanca para que pidiese el cese de hostilidades mientras sacaba de la ciudad a mujeres y niños. Taylor rechazó la solicitud y sus oficiales estuvieron de acuerdo.

Las negociaciones formales acerca de la tregua comenzaron muy temprano el 25 de septiembre. A las tres de la madrugada el Primero de Ohio, en la Tenería, oyó un toque de trompeta proveniente de las líneas mexicanas, y a continuación se vio a un oficial que caminaba por la calle acompañado de una pequeña escolta. La expresión triste del oficial indicaba cuál era su misión. Se trataba del coronel Francisco R. Moreno, ayuda de campo de Ampudia, quien se presentó al general Hamer. Éste le proporcionó de inmediato una escolta para que lo condujera al cuartel general de Taylor. Cuando se retiró Moreno, los hombres del Primero de Ohio, quienes hasta entonces se habían conducido con propiedad, rompieron en exclamaciones y se abrazaron y felicitaron entusiasmados.[4]

En el Bosque de Santo Domingo (Walnut Springs) Moreno expresó la propuesta de Ampudia concerniente a la rendición de Monterrey y, sin dar ninguna señal de temor, formuló esta rigurosa condición: que se les permitiera a las tropas de Ampudia llevarse todas sus armas y todo su equipo.[5] En las discusiones subsiguientes reconoció que los norteamericanos bien podrían tomar Monterrey por la fuerza, pero arguyó que esto lo pagaría Taylor con las dos terceras partes de su ejército. Más aún, afirmó Moreno que Washington y la ciudad de México ya habían nombrado representantes encargados de negociar la paz.[6] Taylor, que no podía confirmar si Moreno estaba diciendo la verdad, rechazó lo que proponía el coronel mexicano y simple y sencillamente exigió la rendición total de las fuerzas de Ampudia y la entrega de cuanto pudiera considerarse propiedad pública en

[4] Giddings, *Sketches…*, p. 204.
[5] Taylor a Wood, 12 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 60.
[6] William Henry, *Campaign Sketches…*, p. 212.

Monterrey.[7] Taylor añadió que reanudaría el ataque si antes de ese mediodía Ampudia no aceptaba esas condiciones. Con todo, como lo habían impresionado las palabras de Moreno, pospuso el ataque que encabezaría Worth para darle tiempo al tiempo.

No tardó Ampudia en enviar otro mensaje en el que solicitaba hablar personalmente con Taylor en el cuartel de Worth, situado al poniente de la ciudad, lugar más conveniente para ambas partes que el Bosque de Santo Domingo o la desolada Tenería. Como los hombres de Worth ya habían establecido contacto con el cuerpo principal del ejército de Taylor, éste estuvo de acuerdo.

El primer encuentro de Taylor y Ampudia fue breve. El estadunidense se mantuvo inflexible, y desechó toda discusión que no se refiriera a las condiciones que ya había estipulado para la rendición de la ciudad. Sin embargo, amplió hasta la una de la tarde el plazo concedido para obtener una respuesta. Ampudia regresó a su cuartel y enseguida envió un mensaje en el que "aceptaba en principio" las bases de la rendición.[8]

Cuando los dos comandantes se reunieron por segunda vez, Ampudia, aprovechando lo que Moreno había dicho en la mañana, afirmó que, en efecto, el gobierno mexicano "iba a recibir a los comisionados para las negociaciones de paz, y ya se habían nombrado los representantes mexicanos".[9] Ampudia subrayó que por ello, y sólo por ello, quedaba libre en lo personal de la obligación de defender a Monterrey. Sin embargo, no cedió en lo referente a que se le permitiera evacuar la ciudad llevando consigo todo su equipo y lo que perteneciera al gobierno.

Taylor llegó a la conclusión de que Ampudia estaba dando marcha atrás, pues, "en principio", ya había aceptado las condiciones de la rendición, y estaba a punto de dar por terminada la conferencia cuando el gobernador de Monterrey intervino para sugerir que una "comisión mixta" mexicano-estadunidense

[7] Ripley, *The War…*, vol. 1, p. 237. Véase también Exec. Doc. núm. 60, pp. 348 y 349.

[8] R. S. Ripley, *The War…*, vol. I, pp. 239 y 240. Ramón Alcaraz *(The Other Side…*, p. 78) retrata a un Ampudia muy desorientado: "Ampudia, furioso y quizás arrepentido de su debilidad, declaró solemnemente que, como ya nada tenía que ofrecer, se le debería enterrar en las ruinas de la ciudad". Añade Alcaraz que Worth recorrió las pocas calles que iban desde su cuartel hasta el de Ampudia para inducirlo a que aceptara. Ni en el informe de Worth ni en ninguna otra fuente norteamericana se habla de esto.

[9] Ripley, *The War…*, vol. I, p. 240.

"estudiara" el problema. Taylor vaciló, pero al fin consintió en nombrar tres representantes —Worth, Henderson y Davis— para hablar con los tres representantes de Ampudia.[10] La conferencia se verificó al atardecer del 24 de septiembre.

Cuando se reunieron los comisionados, aunque ninguno de los dos bandos creía que se reanudarían las hostilidades, sí maniobraron para obtener un máximo de ventajas. Taylor hizo una concesión importante: ya no exigiría la rendición del ejército de Ampudia; se le permitiría evacuar Monterrey si dejaba en la ciudad todo el equipo, con excepción de las armas blancas de los oficiales. Además, Ampudia se retiraría al otro lado del paso de La Rinconada y Taylor, a su vez, se comprometía a no avanzar más allá de esa línea durante ocho semanas, o mientras no se supiera lo que habían dispuesto los respectivos gobiernos.

El previsible rechazo por parte de los mexicanos se centró en objeciones "periféricas", específicamente en la exigencia de que se entregaran todas las armas y toda la artillería. Los argumentos fueron y vinieron, obstaculizados por el hecho de que la posición de los representantes de Ampudia era más inflexible que la de su general.

Finalmente ambos bandos llegaron a un arreglo. Los mexicanos podían retener una batería de artillería de campaña, lo que significó, sin mucha precisión, seis cañones escogidos al azar y 21 proyectiles, además de que la caballería se quedaba con sus monturas. Un último obstáculo fue que Ampudia, para salvar las apariencias, recurría en la redacción de los textos a infinidad de eufemismos. Por fin los comisionados firmaron el documento definitivo en las primeras horas del 25 de septiembre de 1846.[11]

Desde el punto de vista de los norteamericanos, la cuestión más importante de la tregua era la rendición inmediata del Black Fort (Ciudadela), posición que dominaba la zona que circundaba a Monterrey. Ante la insistencia de Taylor, Ampudia ordenó que el fuerte se rindiera, y esa misma mañana tuvo lugar la ceremonia de la firma.

A Persifor F. Smith, para recompensar sus admirables servi-

[10] Los comisionados mexicanos eran los generales García Condé, Requena y don Manuel María del Llano (Alcaraz, *The Other Side…*, p. 78).

[11] La principal fuente es Ripley, *The War…*, pp. 241-243. Consúltese también Exec. Doc. núm. 60, pp. 349 y 350.

cios en la toma del Cerro de la Federación, se le asignó el mando de los hombres que presenciaron la rendición del Black Fort. De conformidad con los términos de la tregua, los mexicanos hicieron ocho disparos de cañón mientras se arriaba su bandera. Cuando las barras y las estrellas ondearon en los muros de la fortificación, una salva de 28 cañonazos —uno por cada estado norteamericano— fue disparada desde el Cerro de la Independencia. Los mexicanos salieron del fuerte, y los exultantes hombres de Smith entraron marchando al compás del "Yankee Doodle".[12]

Se arregló con tal rapidez la rendición del fuerte que la ceremonia sorprendió a gran parte de las fuerzas de Taylor. En el Batallón de Baltimore, que había remplazado al Primero de Ohio en la Tenería, se sospechó que se había pactado una tregua una hora después de amanecer, cuando centenares de mujeres mexicanas, "unas sollozando, otras sonriendo, llegaron para hablar con los prisioneros que habían sido llevados al edificio de la destilería".[13] Enseguida, cuando todo en Monterrey parecía estar muerto, comenzaron a circular rumores contradictorios. Al fin, a eso del mediodía, un rayo de fuego cruzó el firmamento, seguido del estallido de un trueno. Los hombres su pusieron de pie, creyendo que se había reanudado la lucha, pero al dirigir la vista hacia el Black Fort vieron izada la bandera de Estados Unidos.[14] Lanzaron ensordecedoras aclamaciones e izaron en la Tenería la bandera del Batallón de Baltimore junto a la de las barras y las estrellas. Los voluntarios, a su vez, dispararon una salva "en honor del ataque a Monterrey y de su caída".[15]

En los días siguientes el ejército de Ampudia evacuó Monterrey, a razón de una división por día. Los norteamericanos observaron con gran interés a las tropas mexicanas, y llegaron a la conclusión de que "no eran un ejército derrotado". Los hombres de infantería, aunque mal vestidos, eran "fortachones y rechonchos",

[12] Henry, *Campaign Sketches…,* pp. 214 y 215. Henry estaba seguro de que esa bandera sería "sagrada para cualquier norteamericano", y también de que "cuando recuerdan al precio de cuántas vidas valiosas se conquistó, [los norteamericanos] derraman lágrimas".

[13] Kenly, *Memoirs…,* p. 131.

[14] *Ibid.,* pp. 131 y 132.

[15] *Ibid.,* p. 132.

y los de caballería, no obstante el mal aspecto de sus monturas, conformaban un "cuerpo de hombres de buena presencia". Después de los soldados, los vivanderos salieron "montados en lo que pudieron, lo mismo en un *mustang* presentable que en un humilde y paciente asno". En ese grupo iban las esposas de algunos oficiales, "pintorescamente envueltas en ponchos de alegres colores";[16] pero también gente consternada que no soportaba quedarse donde estaba el odiado enemigo. Muchos abandonaron sus casas y negocios, e iban a pie con niños en brazos.[17] Los mexicanos dejaban un "enorme cementerio. Cadáveres insepultos, mulas muertas y en estado de putrefacción, calles silenciosas, todo ello daba a la ciudad un aspecto desolador".[18]

El 28 de septiembre Taylor nombró a William J. Worth gobernador de Monterrey, y su división entró a la ciudad. Los exhaustos norteamericanos agradecieron ese breve periodo de respiro; la reorganización y el reaprovisionamiento del ejército llevaría unas seis semanas, según cálculos de Taylor.[19] Aunque fueron pocas las críticas que se lanzaron en el seno del ejército contra el general en jefe, la magnitud de las bajas —en especial las del primer día— daba mucho que pensar a la tropa. Pocos creían, quizá ninguno, que la guerra terminaría sin que hubiera más derramamiento de sangre.

Al atardecer del domingo 11 de octubre de 1846, llegó al Departamento de Guerra, en Washington, la noticia de la victoria de Taylor, e inmediatamente el secretario Marcy llevó el mensaje a la Casa Blanca.

Polk recibió con frialdad las nuevas sobre la rendición de Monterrey, y en vez de manifestar orgullo se concentró exclusivamente en lo negativo. Desaprobó en especial la tregua que concedió Taylor, pues con ello, afirmó el presidente, el general había "violado órdenes terminantes". El enemigo había estado "en sus manos", sostenía Polk, y por lo tanto Taylor tenía que haberlo hecho prisionero, desarmarlo, concederle libertad condicional,

[16] William Henry, *Campaign Sketches…*, pp. 217 y 218.
[17] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 79 y 80.
[18] *Ibid.*, p. 80.
[19] Taylor a Wood, Exec. Doc. núm. 60, p. 60.

para luego seguir avanzando en territorio mexicano.[20] El presidente no manifestó orgullo por la victoria de Taylor ni pesar por las pérdidas. Sólo se fijó en la tregua.

A la mañana siguiente Polk se reunió con su gabinete. Bien enterados de la predisposición de su jefe, ese grupo de hombres que a todo asentían también opinó que Taylor había "cometido un error muy grave" al imponer a Ampudia condiciones tan benignas y, sobre todo, al estar de acuerdo en un armisticio de ocho semanas. Polk sostuvo que si Taylor hubiera hecho más prisioneros "probablemente habría puesto fin a la guerra con México".[21]

Por otra parte, en público Polk se vio forzado a tragarse su encono. El país, exultante por la victoria, no toleraría una crítica abierta. Winfield Scott, sin molestarse en pedir a Polk su autorización, declaró en público que los de la batalla habían sido "tres días de gloria", en lo cual casi toda la prensa estuvo de acuerdo.

Polk no podía oponerse al clamor público y se limitó a ordenar a Taylor que pusiera fin al armisticio, "empleando un lenguaje que ni aprobaba ni condenaba su conducta..."[22] Así, el mensaje que al día siguiente Marcy envió a Taylor simplemente se concretó a decir que el presidente lamentaba "que no se pudiera considerar aconsejable insistir en los términos propuestos originalmente". Al conceder que el presidente estuvo "desinformado" de las circunstancias que justificaban el cambio, Marcy atacó el punto más débil de Taylor, o sea, que había sido influido por lo que Ampudia argüía sobre una paz expedita. A este respecto, el mensaje de Marcy dejaba claro que "quienes hoy dirigen la república no habían dado ninguna prueba de que 'favorecieran los intereses de la paz'". Por último, Taylor fue instruido

[20] James K. Polk, *Diary,* 11 de octubre de 1846, p. 155. En lo referente a las instrucciones para Taylor, Polk tenía esencialmente razón, aun cuando la carta de Scott para Taylor, escrita el 12 de junio de 1846, dejaba oscuros algunos puntos: "Si continúa el éxito de sus operaciones, quizá llegue el momento en que se le propongan negociaciones de paz, precedidas de un armisticio intermedio. Usted no tomará en consideración esa propuesta mientras no esté seguro de que el enemigo la hace de buena fe. Una vez convencido de esto, puede usted conceder un armisticio de duración limitada, e informar a Washington sobre la propuesta de paz".

[21] Polk, *Diary,* 12 de octubre de 1846, p. 156.

[22] *Ibid.*

para que "hiciese saber que el armisticio terminaría inmediatamente".[23]

El rechazo de Polk a la tregua acordada por Taylor se basaba sobre todo en consideraciones políticas, tanto personales como oficiales. A decir verdad, tenía mucha razón al objetar lo que Taylor decía acerca de que la posibilidad de conquistar en breve plazo la paz hablaba en favor de la concesión de la tregua, pues el general, si bien había argumentado con toda sinceridad, se había excedido en sus atribuciones como comandante militar.

Las verdaderas razones de Taylor para conceder la tregua eran de carácter a la vez militar y realista. A su ejército se le habían agotado las municiones y las provisiones, y habría sido diezmado en un ataque final. La mayor parte de los oficiales sostenía esta misma opinión. Meade, por ejemplo, defendió el proceder de Taylor con base en la fuerza que aún tenía el ejército de Ampudia y en el estado de agotamiento en el que se hallaba el de Taylor. Los voluntarios, escribió Meade, "comenzaban a desorganizarse, ya había regimientos que vacilaban, e individuos que se negaban a avanzar"; además, las "tropas regulares estaban tan golpeadas que ya casi eran inútiles…"[24]

Y había otras opiniones del mismo tenor: la de Giddings, quien echaba en cara a los texanos el fomentar las opiniones adversas a la tregua,[25] e incluso la de Reid, miembro de la compañía de McCulloch, quien se había desilusionado cuando fue cancelado el ataque final. Reid no era de los que evadían un combate si éste se consideraba necesario o aconsejable.

Sin embargo el más destacado entre los defensores de Tay-

[23] Marcy a Taylor, Exec. Doc. núm. 60, pp. 355 y 356.

[24] Meade, *The Life and Letters…*, pp. 138 y 139.

[25] Luther Giddings, *Sketches…*, p. 212. "Entre los maldicientes en nuestro ejército sobresalían los texanos. En la noche del 23 de septiembre se apoderaron de las mejores casas en las proximidades de la Plaza Mayor, y, aún deseosos de continuar la carnicería, esperaron la mañana para vengar en grande los agravios acumulados durante su larga guerra de independencia. Por supuesto, con la capitulación del 24 se malograron las esperanzas de dulce venganza que durante mucho tiempo habían alimentado. Afortunadamente para la población mexicana, el general norteamericano sabía ser generoso en la victoria. Como puede verse en la 'historia de la guerra' mexicana, entre los enemigos había algunos descontentos por la forma como terminó el sitio, en lo cual les sobraba razón. Por otra parte, en ambos lados los descontentos hablaron de pecados contra la humanidad."

lor era Jefferson Davis, quien dirigía a los Fusileros de Misisipi y era uno de los comisionados. Cuando posteriormente se discutió el tema, publicó una carta insistiendo en que no creía que Taylor "hubiera podido hacer que el enemigo se rindiera sin condiciones". Y añadía: "Si yo hubiera opinado [que eso era posible], se lo habría comunicado a la comisión y al general, y me habría sentido imposibilitado para firmar el acuerdo".[26]

Así llegó a su fin la batalla de Monterrey. Fue una victoria muy costosa. Taylor tomó una ciudad estratégica y políticamente importante, tras una batalla que en principio pensó que no sería necesaria, pero en esta forma el ejército de Ampudia se libró de un día más de lucha. La guerra se alargaría. Más aún, el mensaje que Marcy le envió a Taylor con órdenes de comenzar las operaciones se enfocaba sobre todo en el futuro. En lo concerniente al ejército de Taylor, lo más importante era que, al igual que el de Ampudia, había sobrevivido. Con todo, había sufrido daños de carácter moral. William J. Worth, el más destacado entre los subordinados de Taylor, recibió merecidas alabanzas, pero también se le infló peligrosamente el ego a expensas de su general en jefe.[27] Ahora bien, casi tan importante como estos resultados fue el efecto del repudio de Polk a la tregua que Taylor pactó con Ampudia. Esto tuvo consecuencias todavía no previstas ni en Washington ni en Monterrey.

[26] Davis al *National Union,* 2 de enero de 1847, citado por Reid, *The Scouting Expeditions…,* pp. 205 y 206.

[27] El honorable Bailly Peyton, un político voluntario que sirvió y ayudó a Worth y gran partidario suyo, escribió a Crittenden: "Me pide [Worth]… que le diga que usted debe ser y va a ser presidente de Estados Unidos, y que aún no ha decidido si va a aceptar el puesto de secretario de Guerra, que por descontado sabe que se le ofrecerá…

"Considerado en conjunto, es el gallo más bien puesto del ejército, muy por encima de los del montón" (John J. Crittenden, *The Life…,* vol. I, p. 259).A

XIV. SEGUNDO INTENTO
Octubre-noviembre de 1846

Santa Anna era demasiado buen político para dejarse engañar por el entusiasmo con que fue recibido al entrar en la capital de México. Sabía que sus partidarios habían ideado y llevado a cabo las celebraciones, como también sabía que por doquier reinaban el desorden y el descontento. El desagradable incidente que echó a perder su llegada a Veracruz le abrió los ojos. Sin embargo, como el pueblo mexicano era hostil a los norteamericanos, decidió, quizá guiado por su instinto, explotar ese sentimiento unánime en beneficio propio. Dejó las funciones administrativas del gobierno en manos del general José Mariano Salas y volvió a su papel de defensor militar del país. Con su acostumbrada energía, comenzó a organizar un ejército con las unidades acuarteladas en los aledaños de la capital, y, a toda prisa, se preparó para dirigirse al norte del país. Poco después, el 28 de septiembre de 1846, con su pequeño ejército entró a la ciudad de México, y se dirigió después a San Luis Potosí, donde estableció la base de sus operaciones contra Taylor.

Santa Anna recibió las primeras noticias de la rendición de Ampudia cuando llevaba un día de camino, y poco después comenzó a ver a los desertores. Con dudas sobre la verdadera situación de las fuerzas de Ampudia, Santa Anna le envió a Saltillo órdenes para que condujera a San Luis Potosí lo que aún quedara de su ejército, mientras hacía los preparativos para someterlo a un consejo de guerra.[1] Ampudia, a su vez, formuló acusaciones contra una docena de sus subordinados. Fue un recurso hábil porque Santa Anna tenía que atender cuestiones más urgentes y no podría investigar al respecto. Así, el derrotado comandante, aunque bajo sospecha, se libró de todo castigo.[2]

Santa Anna llegó a San Luis Potosí el 8 de octubre de 1846. Por esos días estaba obsesionado por la concentración, el entrena-

[1] Ripley, *The War…*, vol. I, p. 363.
[2] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 83 y 84.

miento y el equipamiento de un ejército "invencible" para atacar a Taylor, cuya línea de abastecimiento se alargaba kilómetro tras kilómetro desde que salió de Camargo. La concentración en San Luis Potosí era una buena idea, pero Santa Anna, llevando las cosas demasiado lejos, ordenó el traslado de las guarniciones de todas las poblaciones y aldeas de todo México, con lo cual dejó las manos libres a Taylor en los estados del norte. Incluso se evacuó el puerto de Tampico, a pesar de las enérgicas protestas de sus habitantes y las acusaciones que a nivel nacional se hicieron acerca de que Santa Anna estaba de acuerdo con los norteamericanos. La verdad es que para crear su gran ejército el Napoleón de Occidente estaba dispuesto a pagar incluso ese precio.

Por aquellos días el principal problema de Santa Anna era contar con apoyo logístico para las fuerzas que estaba organizando. Al principio, cuando la población temía que en cualquier momento Taylor le cayera encima, con todo celo proporcionó productos agrícolas y recursos a Santa Anna. Pero cuando pasó el susto, sin embargo, la actitud de la gente volvió a lo normal, esto es, a la apatía. Cada día resultaba más difícil obtener reclutas en varios estados, especialmente en el norte. Durango argumentaba dificultades con los indios; Michoacán hizo otro tanto, y Zacatecas ya se había unido a otros estados en una conjura para derribar al nuevo presidente. Sin embargo, otros sí cooperaron: Guanajuato proporcionó 5 000 hombres y Jalisco 2 000.[3]

Como siempre, escaseaba el dinero. Se había estimado que cada hombre costaría un peso diario, por lo que un ejército de 35 000 (el total, según los planes) costaría un millón de pesos mensuales. La fuente normal para obtener recursos, los derechos de aduana, fue anulada por el bloqueo naval de Estados Unidos; por ello se recurrió a otros medios, entre los que se incluía la habitual presión sobre un clero poco dispuesto a colaborar. Santa Anna obtuvo un empréstito de 15 millones de pesos, garantizado con propiedades de la Iglesia, sólo que 10 de esos millones nunca se recibieron.[4]

Mientras Santa Anna se afanaba en San Luis Potosí, la situación política en la ciudad de México se iba fragmentando. Casi no se tomaba en cuenta al presidente en funciones, José Maria-

[3] *Ibid.*, pp. 88 y 89.
[4] Véase Calcott, *Santa Anna…*, tabla, p. 249n.

no Salas, de manera que tanto los "puros" (los que habían derribado a Paredes) como los "moderados" estaban más atentos a las señales provenientes de San Luis Potosí que a las que se emitían en la capital. Manteniendo el equilibrio entre ambas facciones fue como, al parecer, Santa Anna conservó las riendas en la mano durante algún tiempo, pero los rumores y las conspiraciones eran comunes en la capital. A principios de diciembre, el Senado celebró una elección presidencial en la que Santa Anna se las arregló para ganar con una pequeñísima mayoría: 11 votos para él (uno de los "puros") y nueve para un desconocido. Pero fue Gómez Farías, elegido vicepresidente, el que se encargó de las labores administrativas cotidianas desempeñadas hasta entonces por Salas,[5] lo que contribuyó a que hubiera cierta estabilidad. Por otra parte, como Gómez Farías no tenía la habilidad para conseguir dinero, el gobierno sólo dotó al ejército de Santa Anna con un mínimo de recursos. Afortunadamente para Santa Anna, el gobernador de San Luis Potosí le brindó apoyo incondicional, y el ejército pudo así depender de fuentes locales de abastecimiento.[6]

Santa Anna pasó cuatro meses muy activos en San Luis Potosí. Si bien descuidaba a veces sus actividades militares debido a lo mucho que le preocupaba el dinero,[7] llevó a cabo un eficaz programa de adiestramiento y reunió el ejército más fuerte que México pudo presentar durante toda aquella guerra. A fines de enero de 1847, contó con más de 20 000 hombres, entre oficiales y soldados,[8] esto es, tal y como lo había planeado Santa Anna, con una fuerza abrumadoramente superior a la de Taylor.

[5] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 92.

[6] *Ibid.*, pp. 86 y 87.

[7] Wilfrid Calcott, *Santa Anna…*, p. 249. Reaparecieron las viejas acusaciones de corrupción, a pesar de que Santa Anna contribuyó con su propio peculio a la adquisición de suministros para el ejército.

[8] Ramón Alcaraz, *The Other Side…*, p. 94. El ejército estaba constituido por tres divisiones de infantería (11 616 hombres), cuatro brigadas de caballería (2 437), un regimiento de húsares (422) y una "división de observación" (1 655 de infantería y 2 121 de caballería). Con artilleros, ingenieros y otras tropas de apoyo, el total llegó a 19 996 soldados, 1 379 oficiales y 162 "jefes". Como es fácil suponer, los "jefes" eran los oficiales con grado de general y cierto número de inútiles pegotes. Era una organización de mucho bulto, pues la caballería estaba dividida en cinco unidades diferentes con sus respectivos jefes. Pero era lo mejor que podía hacer Santa Anna, quien dependía de las tropas que le proporcionaban varios estados por separado.

En Monterrey, Zachary Taylor se hallaba convenientemente inmovilizado, legal y moralmente, por lo estipulado en la tregua. En rigor, estaba haciendo de la necesidad virtud, pues sus unidades requerían por lo menos ocho semanas para adaptarse a la pérdida de sus jefes. Los texanos de Henderson, que tanto se habían destacado en la batalla de Monterrey, habían regresado a su casa, y los remplazos —los regimientos de caballería de Tennessee y Kentucky, enviados desde San Antonio— aún tardarían algún tiempo en llegar. El estado de ánimo entre los hombres de Taylor se había recuperado poco a poco después de la inesperada sacudida en la batalla de Monterrey, pero las noticias de que Ampudia había evacuado Saltillo y los rumores sobre la mala situación de Santa Anna en San Luis Potosí eran alentadores.[9]

Esta relativa calma no carecía de algún elemento trágico. A fines de octubre, el capitán Randolph Ridgeley, al caerse del caballo, recibió un fuerte golpe en la cabeza y falleció al día siguiente. Semanas después, el general de brigada Thomas Hamer, el hombre que según U. S. Grant llegaría a ser presidente, murió a causa de una fiebre maligna tras una larga enfermedad.[10]

Las relaciones entre las fuerzas que ocupaban Monterrey y la población civil que se quedó en la ciudad eran cordiales. Al capitán William Henry, por ejemplo, lo fascinó la historia de una señorita Dos Amades, quien vistió uniforme y, cual "una segunda Juana de Arco", encabezó el ataque de un grupo de lanceros contra los norteamericanos la tarde del 21 de septiembre. Sin embargo, a Henry no le inspiraba la menor simpatía un sacerdote sorprendido cuando incitaba a los norteamericanos a desertar: "Si él consigue desertar, debe ser ahorcado, por muy santo que sea". Henry también visitó —no oficialmente— una escuela de señoritas. "Allí había unas muy bonitas; con una de ellas, de mirar luminoso, sin duda habría yo hecho travesuras de haber hablado bien su lengua." Asimismo, sintió compasión por los pobres, a quienes "sus sacerdotes mantenían en la ignorancia y sometidos a una obediencia ciega".[11]

[9] William Henry, *Campaign Sketches…*, pp. 231 y 234.

[10] *Ibid.*, pp. 234 y 252. U. S. Grant, *Memoirs…*, p. 100. El diputado Hamer había enviado a Grant a West Point en 1839.

[11] Henry, *Campaign Sketches…*, pp. 233, 240 y 241. Smith no usa exactamente el mismo nombre cuando habla de la "señorita", y no cita sus fuentes.

Como se recordará, en el plan original del presidente Polk se hablaba de la ocupación de todos los estados del norte y del noroeste de México. Se le había encomendado a Taylor la principal fuerza de ocupación, pero a un considerable ejército auxiliar lo comandaba el general de brigada John E. Wool, que partiría de San Antonio, cruzaría el Río Bravo y se pondría a las órdenes de Taylor. Polk supuso que Wool seguiría avanzando 800 kilómetros hacia el oeste a fin de tomar Chihuahua, pero la decisión final la dejó en manos de Taylor. Tampico era la ciudad más importante de la región oriental, un puerto ubicado 450 kilómetros al sur en la costa del Golfo de México, separado de Matamoros por la Sierra Madre. Por consiguiente, Tampico constituía lógicamente el objetivo del que debía apoderarse el escuadrón al mando del comodoro David Conner.

Operaciones a cargo del general Wool: agosto-noviembre de 1846

El general de brigada John E. Wool se encontraba en Washington cuando se iniciaron las hostilidades. Era uno de los generales *whigs* a quienes Polk miraba con desconfianza, pero era un militar competente, que en lo político no representaba ninguna amenaza para Polk. Así, el 28 de mayo de 1846 el presidente le ordenó que "partiera hacia el oeste y se encargara del rápido reclutamiento de voluntarios que a la mayor brevedad partirían al Río Bravo".[12]

Polk había escogido al jefe adecuado para esta difícil misión. Wool era un oficial muy ceremonioso, muy meticuloso (sus subordinados le decían *Old Fussy* [Viejo Escrupuloso], que prestaba gran atención a todos los detalles de sus unidades. Por tanto, era la persona ideal para transformar a una masa de voluntarios en algo más o menos parecido a un ejército. Sus hombres siempre se quejaban de su severidad, pero invariablemente lo miraban con respeto.

Wool salió de Washington sin haber recibido del Departamento de Guerra órdenes por escrito. Las recibió en Louisville. Así

[12] Polk, *Diary,* 28 de mayo de 1846, p. 106.

quedó al mando de todas las tropas tanto regulares como voluntarias que se hallaban en San Antonio. En las órdenes se añadía que probablemente Taylor lo enviaría a Chihuahua.[13] En Lavaca, Texas, se unió a una parte de su futuro ejército (que incluía 500 carromatos), y emprendió la marcha atravesando lodazales hasta San Antonio, adonde llegó el 14 de agosto. Era una población de 2 000 habitantes, totalmente incapaz de proporcionarle los suministros que necesitaba, por lo que dividió sus fuerzas en dos secciones y salió de San Antonio con 1 300 hombres el 25 de septiembre. La primera etapa de su marcha lo llevó 300 kilómetros al suroeste, en dirección de Presidio del Río Bravo (Eagle Pass). Los 1 200 hombres que un mes más tarde se reunieron con el ejército de Wool estuvieron al mando del coronel Sylvester Churchill.[14]

En el Río Bravo, a partir del 8 de octubre de 1846, Wool dedicó varios días a la construcción de un pequeño puente de pontones, y después, dejando un destacamento para vigilar este puente que posteriormente aprovecharía Churchill, se desplazó unos kilómetros hacia el sur. Al cabo de una semana, durante la cual se enteró de la caída de Monterrey, siguió hacia Monclova. Los carromatos avanzaban con dificultad por los caminos, y en la región no abundaban los alimentos; además, no tenía mulas suficientes para transportar las provisiones que necesitaba.

A fines de octubre Wool ya había llegado a Monclova y enviado su informe a Taylor. Éste, atado por las disposiciones de la tregua, envió instrucciones a Wool de acampar donde se encontraba y esperar nuevas órdenes. A Wool le vino muy bien el descanso en Monclova, pues tendría tiempo para adiestrar a sus hombres y para explorar el camino de Chihuahua. Asimismo podría, al fin, inculcarles un poquito de disciplina. Esto último no resultó una tarea fácil. Samuel E. Chamberlain, del Primero de Dragones,

[13] Jones a Wool, 11 de junio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 328.

[14] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 267, 268 y 270. Buhoup es citado en la p. 509. Andando el tiempo, la fuerza de Wool llegó a unos 3 400 hombres, de los cuales sólo 600 (entre ellos los escuadrones Primero y Segundo de Dragones) eran regulares. "La división del general Wool estaba integrada por el Primero y Segundo batallones voluntarios de Illinois, a las órdenes de los coroneles J. J. Hardin y William H. Bissell; el Sexto Batallón de Infantería, al mando del mayor Bonneville; la Caballería de Arkansas, que encabezaba el coronel Archibald Yell; la batería de artillería ligera del capitán John M. Washington; los dragones del coronel William S. Harney, y una compañía 'espía' de los Texas Rangers. El total llegaba a cerca de 3 000 hombres, entre soldados y oficiales" (Samuel Chamberlain, *My Confession,* p. 43).

describió el tipo de dificultades a las que se enfrentaba el general Wool:

> Un día, cuando pertenecía yo a la guardia del general, éste, con su estado mayor, llegó a caballo al pueblo para comer. Al aproximarnos al puesto de guardia, un novato estaba sentado en el suelo, al lado de una *señorita* de picaresco aspecto, comiendo *frijoles* y *pan de maíz* [tortillas].* El centinela, muy tranquilo, se quedó mirando la cabalgata, y sin el menor intento de ponerse de pie para hacer el saludo militar, dijo: "Buen día, general. Parece que hace demasiado calor para andar por ahí a caballo".
>
> El general rugió esta orden: "¡Llame al oficial de la guardia!"
>
> Entonces el novato se levantó un poco apoyándose en un codo, y dijo arrastrando las palabras: "Teniente Woodson, que venga aquí inmediatamente, al puesto nueve. El viejo general lo necesita". Entonces se volvió hacia su acompañante con aire de satisfacción, como si hubiera cumplido ejemplarmente con su deber.
>
> El oficial de guardia se presentó sin cinturón y sin espada, con la guerrera desabotonada y un sombrero de paja. El general lo reprendió duramente por presentarse así y por observar una conducta indigna de un oficial de la guardia. Después de ello el oficial soltó esta andanada dirigida al novato: "Jake Strout, no vales una m... Si no te pones de pie y saludas al general, saco a empujones a tu chica. ¡Que me parta un rayo si no!"
>
> El galán centinela, fuera de quicio, replicó: "Si el general quiere que lo saluden, que lo salude el teniente, porque en lo que a mí respecta..."[15]

Conner en Tampico

El puerto de Tampico, en la costa del Golfo de México, desde tiempo atrás se consideraba como uno de los más importantes puntos para ser ocupados por Estados Unidos. Como ciudad principal del estado de Tamaulipas y segundo puerto mexicano en orden de importancia, Tampico era la presa natural para la nación que controlaba las aguas adyacentes.

La ciudad tenía una historia bastante extraña. Debido a su lejanía de la capital del país, presentaba tentadores atractivos para los invasores extranjeros (recuérdese la expedición española de

* En español en el texto original.

[15] Chamberlain, *My Confession,* pp. 273 y 274.

1839). Además, había servido como refugio natural en varias revoluciones. Debido a su comprobada utilidad como base para sus enemigos, el gobierno mexicano a través de los años no había reforzado sus defensas. Sin embargo, después del inicio de las hostilidades con Estados Unidos, el gobierno central había decidido defender el puerto, por lo que se le ordenó al comandante de la guarnición, Anastasio Parrodi, que lo fortificara. Pero ahora Santa Anna estaba retirando las tropas de Parrodi a Tula, al otro lado de la sierra, de donde se dirigirían a San Luis Potosí antes de volver a Tampico, si es que alguna vez lo hacían. De esta manera, Parrodi tenía atadas las manos.

No obstante, para el comodoro Conner un asalto sobre Tampico presentaba varios problemas. Las aguas en la desembocadura del Río Pánuco eran peligrosas, y las naves ancladas cerca de la costa quedaban muy expuestas a las tempestades que frecuentemente hacían estragos en la región. Además, Conner ya había sufrido descalabros en operaciones de ese tipo, cuando, en agosto, en dos ocasiones intentó apoderarse del puerto de Alvarado, al sur de Veracruz.[16]

Esas experiencias convencieron a Conner de que le sería difícil tomar y retener un puerto fortificado sin el apoyo de fuerzas terrestres. Por consiguiente, como necesitaba que sus hombres permanecieran en las naves, las fuerzas adicionales tendrían que venir del ejército.

En septiembre de 1846 el presidente Polk comprendió el problema y ordenó a Marcy que enviara 3 000 hombres del ejército de Taylor para que dieran apoyo a Conner. Marcy, a su vez, escogió al general de división Robert Patterson como jefe de estas fuerzas, todo ello sujeto a la aprobación de Taylor, pero, para ganar tiempo, se comunicó directamente con Patterson al tiempo que le escribía a Taylor.[17]

Taylor formuló enérgicas objeciones. Como las tropas que se mandarían a Tampico eran las que había dejado en el Río Bravo, no se podía prever cómo esta medida interferiría la campaña que

[16] El gran caudal del río y la resistencia de los mexicanos habían frustrado su pequeño esfuerzo. Aunque eran insignificantes, representaban los únicos triunfos mexicanos hasta esa fecha. En la capital se llegó a proponer que a Alvarado se le asignara el título de "Heroico" (R. S. Ripley, *The War…*, vol. I, pp. 307-309).

[17] James K. Polk, *Diary*, 22 de septiembre de 1846, p. 150. Marcy creía que Patterson ya había regresado a Matamoros, lo cual haría más apremiante la co-

había emprendido. La verdad es que Taylor se estaba volviendo susceptible, y aprovechando sus prerrogativas pudo detener la partida de Patterson y protestar, el 15 de octubre, por la forma en que actuó Marcy. En fin, Patterson se quedaría en Camargo, y Conner se las tendría que arreglar como mejor pudiera para tomar Tampico.[18]

Por esos días, un agente[19] informó a Conner que los defensores de Tampico, sin excluir al propio Parrodi, iban a salir de allí, pero aún no había averiguado en qué fecha. Por consiguiente, Conner esperó hasta mediados de noviembre, cuando, habiendo ya recibido refuerzos navales de consideración, decidió hacer un intento. Comenzaban a entrar sus barcos al puerto cuando una diputación de la ciudad llegó para pedirle que la ocupación se realizara pacíficamente, pues la población civil, se le aseguró, no tenía ni los medios ni el deseo de resistir. A la mañana siguiente Conner declaró formalmente que Tampico se hallaba bajo la protección de Estados Unidos.[20]

Sin embargo, Conner aún necesitaba una fuerza para ocupar la ciudad, por lo que, a falta de la infantería de Patterson, envió a su representante, el comodoro Matthew Perry, a la Isla de Brazos. Patterson, en Camargo, asumió la responsabilidad de enviar un reducido destacamento de 500 hombres, que por agua llegaron a Tampico el 23 de noviembre. El resto de las tropas necesarias para la guarnición de Tampico fueron enviadas directamente desde Estados Unidos.[21] De esta manera se aseguró la ocupación norteamericana.

La carta en la que Marcy ordenaba a Taylor que pusiera fin al armisticio acordado el 25 de septiembre llegó a Monterrey el 2 de noviembre de 1846. Se comprende que el regaño haya puesto

municación directa.

[18] Taylor al procurador general, 15 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 251-354, y Ripley, *The War…*, vol. I, p. 313.

[19] Anne McClarmonde Chase, nacida en Irlanda, esposa del difunto cónsul norteamericano, quien aprovechaba su inmunidad como súbdita británica para actuar como espía y esparcir rumores falsos entre los mexicanos (David Nevin, *The Mexican War*, p. 132).

[20] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, pp. 279 y 280.

[21] *Ibid.*, pp. 281 y 282.

[22] "El 2 de noviembre el mayor James Graham llegó de Washington; era porta-

furioso a Taylor, quien, mañosamente, envió a Saltillo al mismo mensajero con la carta en que se ponía fin a la tregua. Calculando el tiempo que tardaría la carta en llegar a San Luis Potosí, Taylor consideró que nada le prohibía reanudar las hostilidades a partir del 15 de noviembre.[22]

La indignación de Taylor contra Washington se exacerbó aún más cuando se enteró de que se fraguaba una conjura contra él. Involuntariamente, Scott agravó la situación cuando, deseando convencer a Taylor de que los unía una amistad personal, le escribió para comunicarle que se estaba intrigando para lograr que Patterson lo remplazara.[23] Así, en vista de la comunicación directa de Marcy a Patterson y de la orden de dar fin al armisticio, Taylor se sentía agraviado. Evaluó la situación con bastante acierto:

> Me he enterado, a través de autoridades muy bien informadas, de que se está intrigando en contra mía para que se me retire el mando de mis tropas. Mi único pecado es la falta de discreción por parte de ciertos políticos que han propuesto mi nombre como el de un candidato indicado para las próximas elecciones presidenciales, lo cual verdadaderamente lamento…[24]

Por otra parte, por aquellos días el Viejo Zack ya empezaba a dar a Polk y a Marcy verdaderos motivos de queja. Sintiéndose frustrado, Taylor comenzó a escribir cartas a varios amigos, entre los que se destacaba el senador Crittenden, a quien dirigió en varias ocasiones largas epístolas. Ambos eran amigos, y sin saber a ciencia cierta si Taylor tenía o no ambiciones políticas, Crittenden se persuadió de que Polk y Marcy lo estaban tratando en

dor de despachos dirigidos al general Taylor. Por supuesto, reinó gran excitación hasta que se divulgó su contenido. El gobierno daba instrucciones al general Taylor para que anunciara a las autoridades mexicanas que quedaba roto el armisticio, y que Estados Unidos reanudaría las hostilidades con renovada energía… Para poner en práctica estas instrucciones, el mayor Graham, acompañado de una pequeña escolta, fue enviado el 6 de noviembre para informar al general que mandaba las fuerzas mexicanas acerca de las órdenes de nuestro gobierno. Sabemos que se le permitirá ir a Saltillo, pero no es nada probable que se le permita ir más allá" (William Henry, *Campaign Sketches…*, p. 239).

[23] Scott a Taylor, 26 de septiembre de 1846, en Crittenden, *The Life…*, vol. II, p. 257.

[24] Taylor, *Letters…*, 10 de noviembre de 1846, pp. 66 y 67.

[25] "De una vez saquen su Santa Anna, / Qu'el Viejo Zack llegó a Monterrey. /

forma injusta. Ahora bien, Crittenden obró con discreción, pero el general Gaines distó mucho de hacerlo y publicó una de las cartas que le escribió Taylor. Con ello Washington obtuvo una prueba concreta de que a Taylor, a pesar de todas sus declaraciones, lo había mordido el "gusanito" presidencial. Esto hizo que Polk comenzara a ver en Taylor una amenaza política, sobre todo porque los periódicos *whigs*, considerando que Winfield Scott estaba ya acabado para la competencia política de 1848, "inflaron" al máximo las victorias de Taylor. Hasta los granujas de Filadelfia cantaban coplas como ésta:

> Old Zack's at Monterrey,
> Bring out your Santa Anner;
> For every time we raise a gun,
> Down goes a Mexicaner.[25]

Esta y otras coplas sin duda llegaron a oídos de Polk. Ninguna de ellas podía agradar a un hombre cuya "religión era la política".

Pero las desavenencias eran una cosa muy distinta de la cruda realidad que presentaba la marcha de la guerra. Ya se había comprobado el fracaso de la "guerra limitada". Con ella no se obtendría una victoria rápida y a bajo precio a costa de un México sumiso: habría que llevar la guerra hasta la capital del país, o al menos hasta los puertos del Golfo de México.

Advertir todo ello no sucedió de la noche a la mañana. Polk y sus consejeros durante algún tiempo pensaron muy en serio en un desembarco en Veracruz, pero no se habían decidido porque ello implicaría reclutar más voluntarios e incrementar las fuerzas regulares. Sin embargo, como se acercaba la fecha del mensaje sobre el estado de la Unión, era preciso tomar decisiones.

Polk normalmente pasaba semanas e incluso meses preparando su mensaje anual, y ya desde octubre comenzaba a escribir lo que iba a presentar en diciembre. En un borrador del mensaje había previsto recomendar el fin de la parte activa de la guerra y de la mera ocupación de la porción del territorio mexicano a lo largo de la línea de contacto establecida. Este proyecto

Ya lo saben: cada vez que el rifle apuntamos / A un mexicano nos echamos" (Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 373).

[26] McCormac, *James K. Polk…,* p. 560, y Benton, *Thirty Years…,* vol. II, p. 693.

correspondía al punto de vista que Taylor había expuesto al empezar el año y a las opiniones de muchos políticos, incluso las de demócratas como Buchanan y Calhoun. (Este último propuso que se aplicara su política de "magistral inactividad"[26] tanto en México como en Oregon.)

Pero esta política cambió de buenas a primeras cuando el consejero militar favorito de Polk, el senador Benton, regresó a Washington para las sesiones del Congreso correspondientes al periodo 1846-1847. A petición de Polk, el senador Benton leyó el manuscrito del mensaje y de inmediato protestó. Dijo que la política de "magistral inactividad" iba contra su modo de ser; que había observado el curso tomado por la guerra durante el receso parlamentario, y que estaba dispuesto a apoyar una expedición para apoderarse de Veracruz, seguida por el avance por tierra de una gran fuerza que tomaría la ciudad de México. Una comisión bipartidista integrada por distinguidos dirigentes políticos (él mismo entre ellos) debería acompañar a esas fuerzas para proponer la paz. Sólo actuando inmediatamente se podría evitar que por causa de la guerra el Partido Demócrata saliera derrotado.[27]

Polk expuso a su gabinete las ideas de Benton el 10 de noviembre de 1846, pero pospuso toda decisión al respecto, esperando recibir los comentarios de Taylor que Marcy había solicitado en su carta del 22 de septiembre. Sin embargo, cuatro días después, Polk, un tanto impaciente, pidió a Benton que asistiera a una junta del gabinete para que hablara en favor de su más emprendedora estrategia. Benton aceptó, y a pesar de que se había generalizado la renuencia a reactivar la guerra,[28] logró su objetivo. A manera de concesión insignificante a Marcy, quien se oponía a que la guerra tomara mayores proporciones, Polk dispuso que sólo intervinieran nueve regimientos, en vez de los 10 que recomendaba Benton.[29]

Así se decidió "la operación Veracruz". Ahora bien, organizar la expedición suponía escoger a quien la encabezara. Era un

[27] Elbert Smith, *Magnificent Missourian…*, p. 216, y Benton, *Thirty Years…*, vol. II, p. 693.

[28] Era público y notorio que Marcy, entre otros, se oponía al enlistamiento de más voluntarios.

[29] Benton, *Thirty Years…*, vol. II, pp. 694 y 695. Benton, según lo que refiere, gozó mucho con el sobresalto de Calhoun cuando en la tribuna del Senado se

punto difícil para Polk, porque le desagradaba profundamente delegar en cualquiera tan grave responsabilidad, en especial en un soldado profesional que no fuera de los suyos. La dificultad aumentaba de grado porque Polk conocía bien a todos los candidatos y ninguno le simpatizaba. Pero, irremediablemente, había que enfrentarse sin dilación al problema.

Lo relativo al jefe de la expedición ya se había discutido con Benton el 10 de noviembre de 1846, incluso antes de la importante junta del gabinete en la que Benton había cambiado el curso de la guerra. Pero una vez decidido que se emprendería la campaña, Polk pidió de nuevo la opinión de Benton. En sus conversaciones, por principio de cuentas, aplicaron un proceso de eliminación. Taylor, afirmaba Polk, "no tenía suficiente capacidad", en lo cual estuvo de acuerdo Benton. ¿Y Scott? Benton manifestó su desaprobación guardando silencio. Entonces Polk mencionó a otros candidatos, ninguno del agrado de Benton.

Finalmente, Benton dijo lo que tenía que decir: "Debería existir el grado de teniente general del ejército, al que le correspondería ser general en jefe". Para este puesto, añadió, se requería un hombre de talento e inventiva. Obtener la paz en esas circunstancias dependía más de la habilidad y energía del jefe que de su simple valor. Por consiguiente, saltaba a la vista quién era el hombre indicado. Al respecto, Polk escribió en su diario: "Si el Congreso aprobaba la creación de ese rango, él [Benton] estaría dispuesto a aceptar el mando".[30]

Polk ya estaba acostumbrado a estos despliegues de megalomanía. Benton había sido coronel en la guerra de 1812, 34 años antes, y el presidente Jackson lo había considerado como un posible general en jefe. Y la idea de que el general en jefe fuese un demócrata resultaba atractiva, pues no se podía permitir que los *whigs* utilizaran la guerra convirtiéndola en una estupenda arma política.[31]

En consecuencia, Polk le aseguró a Benton que aunque el Congreso se negara a crear el rango de teniente general, aún podría

leyó el mensaje final. A Calhoun, sostiene Benton, no se le informó con anticipación sobre este cambio radical en la estrategia de la guerra.

[30] Polk, *Diary,* 10 de noviembre de 1846, p. 163.

[31] Elbert Smith, *Magnificent Missourian…,* p. 216.

[32] Elbert Smith, *Magnificent Missourian…,* p. 216. Hay un historiador que expone

ser, sin ninguna dificultad, general de división. Como Benton declinó cortésmente el nombramiento a ese rango de categoría inferior, Polk reiteró su promesa de que el senador estaría al frente de cualquier comisión encargada de negociar la paz.[32]

Winfield Scott, entre tanto, contra lo que solía suceder, había controlado su carácter mientras seguía languideciendo en Washington. Se moría de deseos de que se le encomendara el mando, pero nunca hizo declaraciones públicas sobre el tema. Quizá para alejarse de la tentación de hacerlo, mudó temporalmente a West Point el cuartel general del ejército, donde el aire le ayudaba a combatir la fiebre intermitente que lo aquejaba, y donde, además, estaría a considerable distancia del secretario de Guerra.

En determinado momento, a principios de septiembre, hizo por escrito una propuesta a Marcy. Los regimientos voluntarios de caballería, recién organizados, se encontraban a 15 o 20 jornadas del Río Bravo, observó en su carta, y (dando por descontado que su asunción del mando sólo dependía de su disponibilidad) notificaba que podría llegar al Río Bravo a fines del mes.[33]

Marcy respondió concisamente al cabo de dos días: "En lo relativo a la conducción de la campaña en México, no se consideró la salida del general Taylor de su cargo para asignárselo a usted".[34]

Así rechazado, el único recurso que le quedó a Scott fue enviar a su viejo amigo Crittenden copias de la "vulgar e insolente" carta de Marcy.[35]

Pero todo ello ocurrió antes de los sucesos de Monterrey. El escenario había cambiado considerablemente, teniendo en cuen-

la siguiente teoría: "Al parecer, Benton nunca tuvo la intención de encargarse personalmente de la dirección de campañas y batallas. Deseaba limitar sus funciones a 'la responsabilidad de los planes y movimientos, dejando a los generales que comandaban divisiones y columnas únicamente la responsabilidad de ejecutarlos'… En su discurso… ante el Senado comparó su mandato… al que ordinariamente ejerce el presidente" (Meigs, *The Life…*, p. 364).

[33] Scott a Marcy, 12 de septiembre de 1846, en Crittenden, *The Life…*, vol. I, p. 250.

[34] Marcy a Scott, 14 de septiembre de 1846, en Crittenden, *The Life…*, vol. I, p. 250.

[35] Crittenden, *The Life…*, vol. I, pp. 249 y 250. Crittenden, conocido por su buen carácter, era el mejor conducto para que Scott manifestase sus tribulaciones. Seguramente sonrió cuando Scott habló de él en términos poéticos: "Tan fiel como el cuadrante al sol, aunque no lo refleje".

[36] Polk, *Diary,* 12 de noviembre de 1846, p. 166.

ta que Taylor había caído de la gracia de Polk y que se habían hecho nuevos planes para ampliar la campaña militar en México. Scott, si bien respetando las formas en su actitud ante Taylor, estaba haciendo todo lo posible por congraciarse con Marcy con muestras de deferencia y con la preparación de planes. (Presentó un plan para el desembarco en Veracruz inmediatamente después de que, por primera vez, Benton mencionó esta idea a Polk el 12 de noviembre de 1846.)[36]

La campaña de Scott dio resultado. Marcy, quien no compartía el carácter vengativo de Polk, pronto se convenció de que Scott, a pesar de sus defectos, era el hombre mejor dotado para la empresa en ciernes. Por consiguiente, el miércoles 18 de noviembre de 1846, formalmente recomendó a Scott al presidente, y subrayó que este general ya era políticamente inofensivo. Asimismo, añadió que Butler había sido herido en Monterrey y que Patterson, además de carecer de experiencia, no había nacido en Estados Unidos, lo que lo incapacitaba para ser presidente. Sobre todo, insistió en que se estaba acabando el tiempo.

No enteramente satisfecho con la recomendación de Marcy, Polk de nuevo se entrevistó con Benton en la Casa Blanca. El senador, ya resignado a que el rango de teniente general no lo aprobaría pronto el Congreso, apoyó a Scott, el candidato de Marcy. Polk consintió muy a su pesar, pero reiteró su promesa de que el rango de teniente general, si se autorizaba, lo recibiría Benton, junto con el mando de todo el ejército.[37]

Al día siguiente Polk citó a Scott. Generalmente a un presidente le agrada crear nuevas comandancias y dar la buena noticia al agradecido general. Actos así constituyen uno de los privilegios de su alta investidura. Pero de esta entrevista Polk no obtuvo mucho placer, a menos de que haya gozado con ver cómo se retorcía Scott. Polk, jugando al gato y el ratón, primero examinó con cierto detenimiento la situación, insistiendo en su importancia. Scott afirmó con entusiasmo que estaba de acuerdo con todo ello. Después, con algunos rodeos, Polk dio a entender que si se convencía de que el general Scott "confiaba, como es debido, en su administración", él, Polk, estaría "dispuesto" a nombrarlo para

[37] *Ibid.*, 18 de noviembre de 1846, pp. 169 y 170.
[38] *Ibid.*, 19 de noviembre de 1846, pp. 170 y 171.

el cargo.

Scott, en palabras de Polk, parecía "muy emocionado", y se soltó diciendo "que tenía enorme confianza en la administración… y que cooperaría muy cordialmente… Hacía mucho tiempo que no veía yo un hombre tan feliz. Camino de la puerta [volvió] a manifestarme su profunda gratitud".[38]

Cuando el agradecido general Scott salió del despacho presidencial estaba al borde de las lágrimas. Ni de lejos pensó que su jefe esperaba remplazarlo por el futuro teniente general Thomas Hart Benton.

XV. BUENA VISTA I: "ENORME ANSIEDAD"
Noviembre de 1846-febrero de 1847

MIENTRAS Polk estaba cambiando en Washington el carácter de la guerra, Taylor, en Monterrey, seguía adelante con sus propios planes. En lo esencial, sus puntos de vista sobre la estrategia de la guerra diferían poco de los que delineó a principios de julio, o sea, que las tropas norteamericanas en el área a su mando "no debían poner la mira en la ciudad de México, sino concretarse a aislar las provincias norteñas".[1] No habían cambiado sus ideas, pero ya podía ser más específico en lo relativo a las cifras.

Sólo para llegar de Saltillo a San Luis Potosí, opinaba Taylor, se requeriría un ejército norteamericano de 20 000 hombres, la mitad de ellos pertenecientes a las tropas regulares.[2] Además, para atacar simultáneamente San Luis Potosí y Tampico se necesitarían entre 25 000 y 30 000 soldados. Tampoco cambió el criterio de Taylor en lo concerniente a Tampico. Siempre había estado en favor de que se tomara dicha ciudad, pero sólo como un eslabón más de una cadena de posiciones que debían retenerse mientras se entablaban las negociaciones de paz. No consideraba a Tampico como un trampolín para futuros avances.

Pero Taylor aceptaba que serían necesarios un desembarco anfibio cerca de Veracruz y el avance subsiguiente hacia la ciudad de México en caso de que la estrategia consistente en ocupar las provincias del norte no condujera a la paz. Para esa campaña, opinaba, se necesitarían 20 000 hombres, la mitad de los cuales también deberían pertenecer al ejército regular.[3] Taylor nunca había visto con buenos ojos esta campaña, pero no por egoísmo, pues en la época en que expresó esas opiniones tenía muchos motivos para pensar que él mismo estaría al mando de ella.[4]

[1] Taylor al procurador general, 2 de julio de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 331.
[2] *Ibid.*, 15 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 352.
[3] *Ibid.*, pp. 352 y 353.
[4] Taylor al procurador general, 15 de octubre de 1846, en U. S. Congress, Exec. Doc. núm. 60, pp. 352 y 353. Entre paréntesis, Taylor reiteró estas ideas en una car-

El 8 de noviembre de 1846, Taylor supo que Wool había llegado a Monclova, y que recomendaba que su unidad, en vez de ir a Chihuahua, continuara siendo parte del ejército de Taylor. Los exploradores de Wool habían regresado a Monclova informando que en todo el itinerario no había agua y que el camino era casi infranqueable para las carretas. Wool recomendaba seguir hasta Parras, 280 kilómetros al sureste, desde donde se controlaba uno de los principales caminos a San Luis Potosí (el otro era el de Saltillo). Como se sabía que Santa Anna estaba organizando un ejército en San Luis Potosí, Taylor estuvo enteramente de acuerdo en que las fuerzas de Wool se añadieran a las suyas. Por lo que a él se refería, la misión original de Wool había fracasado.[5]

El propio Taylor ya había decidido avanzar hacia Saltillo. El mismo día en que llegó el mensaje de Wool, le ordenó a Worth que en cuatro días saliera para esa ciudad. Sin embargo, precisamente en la mañana en que iba a partir Worth, Taylor recibió un despacho de Marcy donde se reflejaba la inquietud que entonces prevalecía en Washington. Marcy, como de costumbre, dio a sus órdenes un sesgo indeciso, y dijo que en Washington "se dudaba seriamente" sobre la conveniencia de avanzar más allá de Monterrey. Le indicó a Taylor que debía fortalecer su posición y mantener abierta su línea de comunicaciones, si es que el general "coincidía con este punto de vista".[6]

ta dirigida a Edmund Gaines el 5 de noviembre de 1846, un par de días después de haber recibido órdenes de que pusiera fin a la tregua. Después de justificar *in extenso* la tregua, objetó la expedición a Veracruz: "Si estuviéramos (según afirman el presidente Polk y el general Scott) ante la necesidad de 'conquistar la paz', y ello mediante la toma de la capital del país, [entonces] sí tendríamos que ir a Veracruz, apoderarnos de esta ciudad y después marchar sobre la ciudad de México […] Pero, suponiendo que con este proceder conquistáramos la paz en algo así como 12 meses, ¿quedarían compensados el derramamiento de sangre y el costo en dinero, ambos inevitables? Creo que no, especialmente si no nos ocupamos del ya vencido país. Imagino que en el nuestro hay muy pocos individuos que piensen en anexar México a Estados Unidos" (carta de Taylor a Gaines, Monterrey, 5 de noviembre de 1846). Esta carta se dio a conocer en enero de 1847, lo que sólo sirvió para hostigar a Polk y provocar su enojo. Gaines no debió publicarla.

[5] William Henry, *Campaign Sketches…*, p. 241. El peregrinaje de Wool por el norte de México dio a los hombres de Taylor la impresión equivocada de que Wool se había perdido. Se habló de que este general "caminaba por algún desierto, en busca del ejército de ocupación". Esto dio lugar a que en son de burla se preguntara en el campamento de Taylor: "¿Tienes ya noticias del general Wool?" (John Kenly, *Memoirs…*, p. 167).

Teniendo en cuenta la libertad que se le otorgaba, Taylor siguió adelante con sus planes al día siguiente. Así, Worth encabezó la marcha de unos 1 000 hombres, seguido a corta distancia por Taylor y dos escuadras de los dragones de May.[7]

Camino a Saltillo, Worth y sus hombres recorrieron casi 50 kilómetros no lejos de las márgenes del Río Santa Catarina; cruzaron un pueblo de ese mismo nombre, y luego se dirigieron al sur hasta el desfiladero del Paso de La Rinconada; después continuaron la marcha hasta llegar a un amplio valle que conduce a Saltillo. En este alto valle quedaron atrás los árboles de cítricos y comenzaron a aparecer los trigales. Al cabo de una marcha de 100 kilómetros pasaron de una zona de clima tropical a una de clima templado.[8]

Además del cambio de paisaje, los hombres de Worth pudieron advertir cierta hostilidad en la actitud del pueblo. Cuando la vanguardia de Worth llegó a unos 19 kilómetros de Saltillo, se encontró con la consabida diputación encargada de transmitir la protesta del gobernador, quien, por otra parte, ya se había ido a San Luis Potosí. Por supuesto, no se prestó la menor atención a la protesta, y los hombres de Worth siguieron, batiendo tambores y ondeando banderas, hasta la plaza mayor de Saltillo. Taylor siguió de largo y acampó cerca de un riachuelo al sur de la ciudad.[9]

A pesar de la frialdad con que fueron recibidos, a los soldados les agradó bastante la ciudad, de más o menos el tamaño de Monterrey pero más compacta. Las calles estaban bien pavimentadas y las casas sólidamente construidas. Había cuatro plazas, y su catedral era más grande que la de Monterrey. Había harina en abundancia, pero el combustible tenía que traerse desde un punto bastante retirado, y como escaseaba la leña habría que enfrentarse al crudo invierno de la región. Los saltillenses al principio intentaron fijar un precio exorbitante por el forraje, pero cedieron cuando Taylor amenazó con apoderarse de lo que necesitaba y pagarlo a un precio que él mismo determinaría.[10]

[6] Marcy a Taylor, 22 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 364.

[7] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 264. Este ejército se componía de la batería al mando de Duncan, el Quinto y Sexto regimientos de infantería, la compañía que comandaba Blanchard y ocho compañías de artillería. Todos estos elementos estuvieron con él durante la batalla de Monterrey.

[8] Marcy a Taylor, 22 de octubre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 364.

[9] William Henry, *Campaign Sketches…,* p. 245.

Taylor nunca intentó quedarse en Saltillo, pero antes de regresar a Monterrey envió una compañía de dragones a investigar si por el camino a San Luis Potosí podía desplazarse un ejército: el suyo o el de Santa Anna. La compañía regresó tras haber recorrido 50 kilómetros, e informó que todos los depósitos de agua que vieron habían sido destruidos. Al menos los mexicanos no regresarían por esa ruta. En todo caso, eso es lo que Taylor creía.[11]

En Monterrey se echó de menos la presencia de Taylor. Entre otras cosas, las relaciones entre los soldados y la población civil se habían deteriorado. Uno de los regimientos envió un destacamento a Marín para vengar el asesinato de dos de sus hombres, y ese mismo día un mexicano fue tiroteado a la entrada de su casa. Un oficial que acertó a pasar por ese sitio se quedó viendo cómo expiraba el herido. Por otra parte, se informó que la línea de comunicación con el Río Bravo estaba en peligro, y que casi todas las unidades militares que la utilizaban eran atacadas por los rancheros. Más aún, el ejército necesitaba el efecto reconfortante que producía la sola presencia del *Old Rough and Ready*, quien sólo se había ausentado por 10 días.[12]

A su regreso, Taylor fue recibido con la noticia de que el escuadrón al mando de Conner había entrado en Tampico. Esta vez, como estaba obrando por cuenta propia, se alegró mucho con la noticia, y envió una brigada al mando del general James Shields a Camargo, a fin de que por vía fluvial se trasladara a Tampico. Shields tendría a sus órdenes la guarnición que estaba en esa ciudad mientras llegaba una fuerza más numerosa.[13] Por otra parte, Taylor necesitaba una ruta terrestre de Monterrey a Tampico, por lo que, para despejar el camino de Linares a Victoria, decidió conducir personalmente a 4 000 hombres hasta esta última, a mitad del camino a Tampico, enviar una parte de su contingente a este puerto y regresar a Monterrey con el resto. Inmediatamente comenzó a hacer los preparativos para poner en marcha el plan. Esto ocurría a fines de noviembre.

[10] *Ibid.*, pp. 245 y 246.
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*
[13] Henry, *Campaign Sketches…*, p. 247. Taylor quizá no estaba enterado de que

La situación que enfrentaba Taylor había cambiado. Como se juzgaba remota la probabilidad de encontrarse con un ejército mexicano considerable, bien podría ocupar plazas fuertes como ya lo había hecho en la frontera. Por lo tanto, comenzó a reorganizar sus fuerzas: abolió la abultada División de Voluntarios, y reunió en una brigada (la de Butler) los regimientos de infantería de Ohio y Kentucky, y en otra (de Quitman) los regimientos de Georgia, Misisipi y Primero de Tennessee. El propio Taylor conduciría a Victoria a la división de Twiggs, la brigada de Quitman y el Batallón de Baltimore, y dejaría a Worth en Saltillo, a Wool en Parras y a Butler en Monterrey. Butler, el oficial de más alto rango, tendría el mando conjunto de diversas unidades que por lo pronto se quedarían en Monterrey. Patterson, que entonces se hallaba en Matamoros, se reuniría con Taylor en Victoria.[14]

En Washington, Winfield Scott gozaba preparando su partida para el Río Bravo, teniendo especial cuidado para preservar el frágil equilibrio entre Polk y Marcy. Cuando llegó a manos del presidente la carta en la que Taylor protestaba por la despreocupación con que se conducía Patterson, Scott inmediatamente la "condenó" y dijo que exigiría a Taylor una explicación.[15] (Nunca lo hizo.) Proyectaba salir de Nueva York por barco el 28 de noviembre, escasamente 10 días después de ser notificado de su nueva misión. Polk le prohibió a Scott que informara a Taylor sobre

se enviarían refuerzos directamente de Estados Unidos.

[14] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, p. 357, y carta de Taylor a Crittenden, 26 de enero de 1847, en John J. Crittenden, *The Life…*, vol. I, p. 272. Kenly *(Memoirs…*, pp. 168 y 169) describe el júbilo de su batallón al saber que iría con Taylor a Victoria: "Esa mañana fui al mercado a comprar naranjas. Regresaba con una brazada de ellas cuando oí que alguien me llamaba diciendo: '¡Capitán, capitán!' Miré en derredor y vi al general Taylor sentado en un taburete de campaña enfrente de su tienda. Me acerqué, me saludó de mano y me indicó que me sentara. Me sentí tan halagado que, sin saber lo que hacía, le ofrecí una naranja. Preguntó cómo nos estaba yendo. Le contesté, y entonces hizo otra pregunta: '¿Qué pudo inducir a Watson, a usted mismo y a otros más a venir desde tan lejos para exponerse a tantos peligros y penalidades?' Escuchó mi respuesta con atención, y cuando terminé de hablar movió la cabeza, sonrió y dijo que 'no podía entenderlo'. Antes de que me retirara, el general Twiggs se acercó a donde estábamos y le preguntó al general Taylor sobre la fecha probable en que él y sus hombres podrían emprender la marcha, y sobre si podría llevarse al Batallón de Baltimore. El general Taylor se volvió hacia mí y preguntó si me gustaría irme. Yo repuse: 'General, nosotros siempre queremos seguirlo a usted'. Entonces le dijo al general Twiggs: 'Por supuesto, lléveselo'. Ya no esperé más y fui corriendo a nuestro campamento para comunicar a todos la estupenda noticia".

la nueva estrategia, pero cuando Scott llegó a Nueva York inmediatamente le escribió a Taylor una carta que apenas disimulaba los recientes cambios. Iba a México, decía, para dirigir operaciones en un terreno nuevo (suponía que Taylor podría adivinar a qué se refería esto). Scott tendría que quitarle a Taylor la mayor parte de sus tropas, pero como sus victorias habían convertido a Taylor en "una eminencia", por lo pronto sólo podría actuar a la defensiva. En consecuencia, en su carta aseguró tener la firme esperanza de que Taylor recibiría antes de la primavera los refuerzos suficientes para reanudar las operaciones. Y añadía:

> No voy, mi estimado general, a remplazarlo en el mando inmediato de una línea de operaciones con la que usted y su bravos alcanzaron esclarecida fama. Mi teatro de operaciones es otro…
>
> Pero, aun así, mi estimado general, me veré obligado a quitarle la mayor parte de sus valerosos oficiales y soldados (tanto regulares como voluntarios), a quienes durante tanto tiempo y con tanta nobleza ha dirigido […] Apelo a su patriotismo para que acepte gustoso este sacrificio temporal. Nadie podría hacerlo mejor que usted…
>
> Pronto tendrá usted conocimiento de que recientemente se ordenó el reclutamiento de nueve regimientos de nuevos voluntarios… Éstos, en la primavera —digamos en abril—… quizá ya estén en el campo de operaciones, si México no propone antes condiciones para llegar a un arreglo. Es probable que bastante antes de la primavera (marzo) vuelva usted a contar con fuerzas suficientes para reiniciar la ofensiva.[16]

Scott tuvo cuidado de informarle a Taylor de su propia agenda de actividades, en espera de que pudieran reunirse. Proyectaba estar en Nueva Orleans el 12 de diciembre, en Point Isabel el 17 y en Camargo el 23. No pensaba ir a Monterrey, y comprendía que quizá las circunstancias impidieran a Taylor reunirse con él. De ser así, lamentaría no tener la oportunidad de felicitarlo personalmente por sus "brillantes hazañas", pero no perdía la esperanza de que se reunieran "en alguna parte en el interior de México".[17]

Scott se embarcó el último día de noviembre, pero su viaje sufrió retrasos a causa del mal tiempo. Después de una "escala de

[15] Polk, *Diary,* 21 de noviembre de 1846, p. 174.

[16] Scott a Taylor, Nueva York, 25 de noviembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, pp. 373 y 374.

trabajo" en Nueva Orleans, llegó a Brazos dos días después de la Navidad, con dos semanas de retraso.

En San Luis Potosí, sus agentes informaron a Santa Anna que Taylor planeaba llevar el grueso de su ejército a Victoria. Por lo tanto, decidió aplastar inmediatamente a la pequeña guarnición de Worth en Saltillo, y con ese fin envió al norte el grueso de su caballería, a la que, con la mayor brevedad, seguiría el ejército principal. El 16 de diciembre se enteró Worth de los movimientos que realizaba Santa Anna, y enseguida se lo comunicó a Butler, quien seguía en Monterrey. Butler envió a su vez a un mensajero a Taylor, el cual cuatro días antes había salido rumbo a Victoria[18] y aún no sabía nada del nuevo nombramiento de Scott.

Cuando Taylor recibió el mensaje de Butler el 18 de diciembre, decidió regresar a Monterrey con sus tropas regulares y que los voluntarios de Quitman siguieran su marcha a Victoria. Todas las unidades que aún se hallaban en el norte de México convergerían en Saltillo. Butler llegó de Monterrey el 19 de diciembre y Wool de Parras el 21. Taylor iba un poco atrás de Butler.[19]

Entre tanto, los activos exploradores de Santa Anna le informaron que Taylor, habiendo cambiado sus planes, estaba concentrando fuerzas en Saltillo, por lo que Santa Anna, quien aún no estaba listo para lanzarse a una gran batalla, canceló temporalmente su desplazamiento hacia el norte. Taylor, bastante frustrado, a su paso por Monterrey se enteró de la falsa alarma y reemprendió la marcha a Victoria.[20]

Taylor llegó a Montemorelos, a 80 kilómetros de Monterrey, el día siguiente de la Navidad. Allí recibió cartas de Washington, entre ellas la que Scott le había enviado un mes antes desde Nueva York. Como en el itinerario de Scott se preveía su llegada a Camargo el 23 de diciembre, que ya había pasado, una cita entre ambos parecía imposible.[21] Taylor en su respuesta le informó a Scott sus recientes actividades y sus planes inmediatos: examinaría el paso entre Victoria y Tula, y luego, cuando su presencia

[17] *Ibid*.

[18] Taylor a Crittenden, 16 de enero de 1847, en Crittenden, vol. I, *The Life…*, p. 272.

[19] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, p. 358.

[20] Taylor al procurador general, 22 de diciembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 385.

ya no fuera indispensable en Victoria, regresaría a Monterrey, probablemente en febrero. Terminó diciendo a Scott: "Tendré mucho gusto en recibir sus órdenes".[22]

Taylor llegó a Victoria el 4 de enero de 1847, seis días después de Quitman. Un contingente de la caballería mexicana, de unos 1 500 hombres, salió de la ciudad al saberse que se acercaba Quitman. Después de reconocer el terreno, Taylor llegó a la conclusión de que por los pasos que conducían a Tula, donde Santa Anna estaba concentrando parte de su ejército, no podrían transportarse piezas de artillería ni podrán moverse las carretas. Tranquilizado porque Santa Anna en aquel punto no representaba una amenaza, envió a Tampico todas las unidades de Twiggs. Así, él mismo podría regresar a Monterrey antes de febrero, como lo había previsto.[23]

A partir de entonces comenzó a resquebrajarse la amistad de Taylor y Scott, sobre todo por la mala comunicación. Cuando Scott llegó a Camargo el 3 de enero de 1847, se enteró de que Taylor ya había salido rumbo a Victoria. Pero la carta de Taylor fechada el 26 de diciembre en Montemorelos estaba esperándolo, y su estilo amable al parecer le dio ánimos a Scott para que, en ausencia de Taylor y sin pensarlo más, ordenara a Butler que enviase al Río Bravo la mayor parte de las fuerzas de Taylor. Por desgracia, para ahorrar tiempo, Scott envió a Taylor sólo una copia de las detalladas órdenes que había dado a Butler, acompañada de una breve nota adicional. Entre las fuerzas que se llevaría Butler se incluían estas unidades:[24]

Caballería regular (Primero y Segundo Regimientos de Dragones)	500 hombres
Voluntarios de caballería (sugerencia de Butler)	500 hombres
Dos baterías de artillería ligera de campo (la de Duncan y la de Taylor)	
Infantería regular (Worth, Twiggs)	4 000 hombres

[21] Scott llevaba dos semanas de retraso, pero no se dio cuenta de que Taylor ignoraba ese hecho. Por consiguiente, era razonable esperar que Taylor sí pudiera reunirse con él en Camargo.

[22] Taylor a Scott, 26 de diciembre de 1846, Exec. Doc. núm. 60, p. 848.

[23] Taylor al procurador general, 7 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 387 y 388.

Infantería voluntaria	4 000 hombres

Scott redactó su carta con muy poco tacto, sin pensar en los sentimientos de Taylor y dejando traslucir cierto pique. Lamentaba, decía, que su carta del 25 de noviembre hubiera tardado tanto, porque, "supongo, lo habría hecho regresar a Monterrey". Asimismo se refirió, entre burlón y obsequioso, a quiméricas posibilidades de un avance futuro encabezado por Taylor. Si bien en el final de la carta había palabras de optimismo que todo comandante necesita, también se leía esta frase irritantemente vanidosa: "La Providencia sí puede derrotarme, pero no creo que los mexicanos puedan hacerlo".[25]

Las instrucciones que Scott dio a Butler le llegaron a Taylor por dos conductos diferentes. Una copia fue confiada a un joven teniente de infantería, John Alexander Richey, oriundo de Ohio, graduado en West Point en 1845. Salió a cumplir esta misión rutinaria acompañado de una pequeña escolta, y al pasar por Villagrán, un pueblo entre Monterrey y Victoria, el 13 de enero de 1847, decidió comprar algunas provisiones y entró al pueblo solo y llevando consigo la carta de Scott. Por la noche lo lazaron y asesinaron. Muy poco después, en San Luis Potosí Santa Anna tuvo el gusto de leer el detallado informe de lo que los norteamericanos habían dispuesto llevar a cabo en el norte del país.[26] Como la otra copia de la carta de Scott le llegó a Taylor directamente de Matamoros, los norteamericanos durante varios días ni siquiera sospecharon que Santa Anna ya se había enterado de su contenido.

Pero cuando al fin recibió la otra copia en Victoria, Taylor reaccionó con auténtica furia. Para conservar el decoro protocolario, envió dos respuestas, una, la "oficial", al ayudante de Scott, y la otra, la personal y nada conciliadora, al propio Scott. En la personal protestaba contra el número de hombres que conduciría Butler al Río Bravo y contra la manera en que se había procedido. Jamás pensó, decía, que se fuera a diezmar en esa forma a su ejército, aun cuando en su carta del 25 de noviembre Scott lo había "dado a entender". Y continuaba diciendo que nunca se

[24] Scott a Butler, 3 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 852.
[25] Scott a Taylor, 3 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 849 y 850.

habría quejado si simplemente se le hubiese relevado del mando para convertirlo en subordinado de Scott o enviarlo a casa. La verdad es que por orden de Scott le quedaban a Taylor menos de mil soldados regulares y una unidad de voluntarios de reciente reclutamiento para sostener una línea defensiva ante un ejército enemigo de más de 20 000 soldados que se iban acercando por el sur. En lo referente a la promesa de Scott de que posteriormente podría avanzar hacia San Luis Potosí, opinó que "ni por un momento podría pensarse en tan absurda idea".

Sin embargo, Taylor no renunció: permanecería en México "aunque muy agraviado y ofendido en lo personal por el curso de acción adoptado, sin precedente, al menos en nuestra propia historia".[27]

Scott pasó por alto con notable buen humor esos arrebatos. No tomó en cuenta los reproches de Taylor, y con toda cortesía rechazó la propuesta de Taylor de que lo considerase su subordinado. La posición que ocupaba Taylor, escribió Scott, era de mayor responsabilidad que la que correspondería a un cargo directamente a sus órdenes. No obstante, un párrafo muy importante contradecía esas apaciguantes palabras: "debo pedirle que salga usted de Saltillo y que no envíe destacamentos […] muy lejos de Monterrey".[28]

Estas palabras —las recibió en Monterrey— eran más de lo que Taylor podía soportar. Decidió no hacer caso de lo que se le ordenaba —porque era una orden— y desahogó sus frustraciones con su amigo el senador John Crittenden, a quien le dijo que el proceder de Scott constituía un "ultraje" inaudito, producto de su "enorme duplicidad". Sin embargo, Taylor dio marcha atrás en lo relativo a la estrategia que había recomendado pocas semanas antes: "Creo que lo más seguro habría sido concentrar todas las fuerzas en Saltillo […] y partir inmediatamente hacia el corazón del país". Y terminaba con una infausta posdata:

> Acababa de terminar esta carta, cuando me llegó un informe de Saltillo, a 100 o 110 kilómetros de donde me encuentro, donde están acantonadas fuerzas de considerable magnitud, acerca de que una de las dos compañías de caballería de Arkansas, al mando del mayor

[26] Ripley, *The War…*, vol. 1, p. 345, y *West Point Register*, 1980, p. 238.
[27] Scott a Taylor, 15 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 863.

> Borland […], enviada a un sitio a 80 o cien kilómetros de distancia para realizar labores de inteligencia y observar los movimientos del enemigo, había sido sorprendida y capturada. Aunque el informe proviene de un oficial de alto rango, abrigo esperanzas de que resulte erróneo.[29]

A fines de enero de 1847, la situación en Monterrey parecía bien controlada por Taylor. Ciertamente, habían fracasado sus esfuerzos por recuperar los despachos que llevaba consigo el teniente Richey cuando lo asesinaron, pero, por otra parte, se rumoreaba que Santa Anna, recién elegido presidente de México, había regresado a la ciudad de México y que el ejército estacionado en San Luis Potosí carecía de suministros porque el Congreso mexicano "no quería o no podía votar en favor de la asignación de los fondos necesarios".[30]

Como al parecer habían disminuido las amenazas que pesaban sobre él, Taylor decidió poner en práctica su plan favorito: concentrar al sur de Saltillo todas las fuerzas. Dejaría a Worth en esa ciudad y enviaría al recién llegado Wool a Agua Nueva, a 28 kilómetros de distancia. Hizo lo que se proponía, y al cabo de 12 días él mismo estaba en Agua Nueva.

Sin embargo, no todas las noticias eran buenas. Una unidad de Kentucky y la caballería de Arkansas, al mando de los mayores John P. Gaines y Solon Borland, respectivamente, habían sido sorprendidas y estaban en poder del enemigo en Encarnación, 50 kilómetros al sur. También sufrió el mismo destino un pequeño destacamento de la caballería de Kentucky, comandado por el capitán William J. Heady, enviado para ir en busca de Gaines y de Borland. Con todo, eran incidentes menores, posiblemente debidos a la acción de fuerzas de la caballería mexicana que se habían quedado rezagadas. Taylor llegó a la conclusión de que "probablemente se habían realizado demasiados desplazamientos en el camino de San Luis a Veracruz".

En lo referente a sus propias intenciones, escribió Taylor: "Me

[28] Scott a Taylor, 26 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 864.

[29] Carta de Taylor a Crittenden, 26 de enero de 1847, en Crittenden, *The Life…*, vol. I, pp. 273-278. Taylor, sin darse cuenta de ello, fue injusto con Scott, pues la orden de salir de Saltillo venía de Marcy (carta de Scott a Marcy, 4 de febrero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 87).

[30] Taylor al procurador general, 26 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 60,

propongo retener esta plaza, a menos que el gobierno de Washington me ordene terminantemente salir. He remitido informes completos sobre mis puntos de vista y sobre los acontecimientos".[31]

Scott y Taylor tuvieron razón al temer que Santa Anna pronto tendría en sus manos la copia de la carta de Scott a Taylor que llevaba Richey. Scott se enteró a principios de febrero de la suerte que había corrido Richey, pero se equivocó en lo relativo a la reacción de Santa Anna. Creyó que el militar mexicano concentraría su atención, para impedirlo, en el desembarco de Scott en Veracruz, del cual apenas se enteraba. Como esa maniobra impediría cualquier movimiento por parte de Santa Anna en contra de Taylor, Scott se propuso escribir a Taylor sugiriéndole que, partiendo de Saltillo, se dirigiera al sur, a San Luis Potosí.[32] Scott nunca mandó esa carta, pero Taylor había llegado a la misma conclusión, o sea, que podría marchar hacia el sur de Saltillo, aun cuando no llegara hasta San Luis Potosí.

Santa Anna, sin embargo, no reaccionó como lo habían predicho Scott y Taylor. Desde un punto de vista militar, habría sido sensato obrar en esa forma, pero Santa Anna estaba más interesado en fortalecer su propia posición ante el pueblo mexicano. Por consiguiente, estaba menos preocupado por una posible futura amenaza por el rumbo de Veracruz que por la deslumbrante perspectiva de poder aplastar a Taylor. Tan estupenda victoria sobre los gringos llevaría al Napoleón de Occidente a niveles de popularidad nunca vistos.

Por lo demás, en la ciudad de México aumentaba la presión política, pues el pueblo estaba impaciente por la falta de actividad. Por ello, Santa Anna decidió, para destruir a Taylor, hacer marchar a un ejército de 20 000 hombres sobre los desiertos y montañas entre San Luis Potosí y Saltillo.

El 28 de enero, las principales unidades de Santa Anna, entre ellas la artillería, un batallón de ingenieros y la compañía de San Patricio, integrada por desertores norteamericanos, salieron de San Luis Potosí. En cada uno de los tres días siguientes, una división de infantería saldría con el mismo rumbo.[33] El cuartel general se trasladó el 2 de febrero. Muchos de los soldados

pp. 1159 y 1160.

[31] *Ibid.*, 7 de febrero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 1162 y 1163.

tenían una idea bastante clara de lo que les esperaba, y aunque estuvieran determinados a hacerle frente, ello no impedía que se sintieran tristes. Resignados dijeron adiós, algunos con lágrimas en los ojos.[34] Junto a las tropas marchaba un buen número de vivanderos, sobre todo del sexo femenino.

Desde un principio todo salió mal. El primer día, tres hombres de la división al mando de Ortega murieron de frío. Una gran fatiga se apoderó de todos, cuyo único consuelo era ver a los prisioneros norteamericanos que hizo la caballería de Miñón, enviados a retaguardia.[35] Una lluvia helada, nada frecuente en esa región, cayó incesantemente durante una semana. El 5 de febrero reapareció el buen tiempo y hubo un respiro de varias horas, seguidas por una onda de calor excesivo. Asimismo, cuando las tropas dejaron atrás las tierras cultivadas, no más de 45 kilómetros, enfrentaron las elevadas temperaturas del desierto, con el consiguiente cortejo de sed y sufrimiento. Poco acostumbrados a la disciplina, muchos hombres, para aligerar su carga, tiraban raciones de alimentos y otras cosas necesarias. Además, la incompetencia de algunos oficiales aumentaba todas estas penalidades.[36]

La división al mando de Pacheco, al frente de la marcha, llegó a Encarnación el 17 de febrero de 1847, después de recorrer 480 kilómetros en algo menos de tres semanas. No fue una marcha rápida, y el propio Santa Anna había contribuido a las dificultades algunas semanas antes destruyendo todos los depósitos de agua a lo largo de la ruta. En esas circunstancias, lo más notable fue que 15 000 hombres —quizá 20 000— pudieron llegar al final.

[32] Scott a Marcy, 4 de febrero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 876.

[33] 29 de enero, don Francisco Pacheco; 30 de enero, don Manuel Lombardini; 31 de enero, don J. M. Ortega. R. S. Ripley (*The War…*, vol. I, p. 377) calcula, con base en "informes mexicanos", que Santa Anna tenía 23 340 hombres y 20 piezas de artillería. En este número quizá se incluían cuatro brigadas de caballería enviadas antes.

[34] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 114 y 115, y Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, p. 380.

[35] Ramón Alcaraz, *The Other Side…*, p. 115. Quienes cayeron prisioneros en Encarnación pertenecían a las tropas al mando de Gaines, Borland y Heady. Alcaraz no identifica las unidades.

[36] Más o menos a la mitad del camino, el comandante de una división decidió descansar en un sitio que le pareció apropiado para hacerlo, pero no informó de ello a la división que venía a continuación. Como en ese lugar sólo cabía una división, cuando llegaba otra tenía que retroceder durante todo un día para conser-

Los demás o desertaron o murieron, y en este caso fueron abandonados. No obstante, el intrépido Santa Anna fue aclamado con entusiasmo cuando en Encarnación pasó revista a los sobrevivientes.[37]

Únicamente los fuertes resistieron. Y estas sufridas tropas caerían pronto sobre un disperso e inferior en número ejército de Tayor.

En Washington, el senador John Crittenden, que continuaba representando entre los *whigs* el papel de pacificador, respondió a la amarga carta de Taylor en tono comprensivo, pero también con la esperanza de que los agravios sufridos por el general sólo hubieran sido producto de la inadvertencia. También esperaba que cualquier otra diferencia entre Scott y Taylor pudiera evitarse, excepto en el caso de que fuera necesario "defender el honor" de Taylor.[38]

Sin embargo, Crittenden tenía en la cabeza cuestiones más importantes. Le preocupaba la seguridad de Taylor no sólo porque era amigo suyo, sino porque este general tenía importancia política. En una u otra forma, todos los sucesos, todas las maquinaciones de uno y otro lado, habían colocado a Taylor en una situación que lo favorecía ante la opinión pública. Para la ciudadanía, los villanos que estaban poniendo en peligro al ejército de Taylor, por incompetencia o por sucias intenciones, eran Scott y el cada vez más impopular presidente Polk. Crittenden en raras ocasiones había visto que el "sentimiento popular estallara en esa forma". Taylor era "el centro de una simpatía y de un interés universales", y se había levantado un clamor unánime contra "quienes lo dejaron a usted expuesto a tan inevitables peligros […] Prevalece una enorme ansiedad".[39]

var la distancia conveniente (Alcaraz, *The Other Side…*, p. 117).

[37] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 120.

[38] Crittenden a Taylor, sin fecha, en Crittenden, *The Life…*, vol. I, p. 280.

[39] *Ibid.*, p. 279.

XVI. BUENA VISTA II: "AL BORDE DEL DESASTRE"
22 y 23 de febrero de 1847

Samuel E. Chamberlain, del Primer Regimiento de Dragones, era un joven que pecaba de exageración cuando informaba sobre hechos que encerraban elementos más o menos dramáticos. Sin embargo, sus evaluaciones acerca de sus coetáneos por lo general eran severas. Aunque era recluta reciente, pronto adoptó la actitud de los miembros del Primer Regimiento, que pertenecía al ejército regular, y demostraba tal desprecio por los voluntarios que incluso en un "soldado antiguo" se hubiera visto mal. Contrastando con la mayor parte de sus coetáneos, a los cuales Taylor inspiraba afecto y admiración, diríase que Chamberlain, en el mejor de los casos, compartía sólo a regañadientes esos sentimientos. Por lo demás, sus más envenenadas flechas las reservaba para el teniente coronel Charles May, a quien se le había concedido un doble ascenso honorario pocos meses antes porque supuestamente había capturado al general De la Vega en Resaca de la Palma. Chamberlain jamás olvidó que esa captura se había atribuido injustificadamente a May, del que en sus relatos siempre hablaba con sarcasmo.

Cuando el Primero de Dragones se formó al amanecer del 20 de febrero de 1847, frente a la tienda del general Taylor, Chamberlain experimentó una oleada de orgullo. La fuerza que Taylor iba a enviar para hacer un reconocimiento al sur de Agua Nueva, comentó, "incluía la verdadera élite del ejército": 300 dragones, la compañía de Texas Rangers de Ben McCulloch y una parte (los mejores) de los cañones de seis libras de la compañía de Washington. Por desgracia, al mando de todo ello estaría el "Murat de América", Charles May.[1]

Después de presentarse ante Taylor, May condujo a ese contingente al sur sobre el camino de San Luis Potosí. Pasó cerca de las partidas de vigilancia del regimiento de Kentucky y atravesó

[1] Chamberlain, *My Confession*, p. 106.

el Paso de los Pinos. A los 10 kilómetros de camino la unidad torció a la izquierda y, al cabo de tres horas a paso veloz, hizo alto para descansar una hora. Se capturó a un lancero mexicano que, al negarse a proporcionar información al enemigo, fue enviado a la compañía de McCulloch para que "se encargara de él".

Transcurrrieron varias horas. Luego el pelotón de Chamberlain, como fuerza de avanzada, llegó a la cima de una colina a cuyo pie estaba el Rancho Hedionda. Al acercarse al rancho, el pelotón vio a unos hombres que corrían hacia un barranco, y a distancia tan larga que las grandes nubes de polvo que levantaron lo mismo podía causarlas un ejército considerable que una manada de ganado. El teniente Sam Sturgis, comandante de este pelotón, ordenó a su segundo que ocupara el rancho, mientras él y sus ordenanzas perseguían a los mexicanos que al parecer huían hacia el barranco. Momentos después se oyeron disparos, y ya no regresó el teniente Sturgis.[2] Los mexicanos que se habían quedado en el rancho fueron hechos prisioneros. Chamberlain concentró su atención en la nube que veía al sur, seguro de que la causaba un ejército muy numeroso.

No tardó el coronel May en alcanzar a las unidades que iban en la vanguardia e inició preparativos para la defensa de Rancho Hedionda, aun cuando en su opinión la gran nube de polvo la levantaban simples manadas de reses. Se obligó a los prisioneros mexicanos a que construyeran parapetos; se aprestaron las piezas de artillería; se desensilló a los caballos, se les limpió, se les dio de beber y de comer; se mataron algunas reses del rancho, y la tropa cenó muy bien esa noche.

De pronto aparecieron jinetes en el horizonte, como a un kilómetro y medio de distancia, y sus lanzas reflejaban los rayos del sol poniente. No se podía determinar su número, pero May, convencido de que se trataba del cuerpo principal del ejército de Santa Anna, preparó la defensa. Ordenó que se sacrificaran los animales que no se podrían utilizar y gritó órdenes —por fortuna no obedecidas— para que se ajusticiara a los prisioneros mexicanos. Las partidas de exploración regresaron como a las 10 de

[2] A Samuel D. Sturgis lo tuvieron preso los mexicanos durante ocho días. Después participó de manera destacada como general de brigada, durante la Guerra de Secesión.

la noche, sin haber encontrado a las tropas enemigas; únicamente dieron con un sitio donde sin duda habían acampado unidades de la caballería mexicana. May ordenó: ''¡A caballo!", y la compañía emprendió el regreso a Agua Nueva. Los clarines, desobedeciendo abiertamente a May, trasmitieron las órdenes con sus cornetas.

La jornada de regreso distó mucho de ser fácil. Los caballos tropezaban en las madrigueras de los coyotes; los cañones rebotaban en las asperezas del camino; abundaban las víboras de cascabel, y no había soldado que no lanzara maldiciones. Un fuego de artillería se oyó en la distancia, y enseguida aparecieron jinetes a la altura del flanco del contingente norteamericano, que al parecer preparaban una emboscada en el Paso de los Pinos. Las únicas balas que alcanzaron a los hombres de May, sin embargo, salieron de los fusiles de los mismos soldados norteamericanos, que dispararon en un momento de terror. Al llegar al paso, May ordenó atravesarlo a galope. En Agua Nueva, el redoble de los tambores dio la señal de alarma; los guardias dispararon y echaron a correr.

Los 400 hombres de May inmediatamente se dirigieron a la tienda del general Taylor. El Viejo Zack, de pie cerca de una fogata, muy tranquilo, simplemente comentó: "Malditos pelotones. Ya sabía yo que eran ustedes quienes venían". Esto pasó a primera hora de la mañana. En el campamento no sonó el toque de diana, pues se permitió descansar a aquellos hombres que habían recorrido 130 kilómetros en 24 horas sin dormir.[3]

La caballería mexicana que avistaron los soldados de May formaba parte de los destacamentos de Miñón, los cuales se habían adelantado al ejército de Santa Anna a fin de explorar el terreno. A esas horas el cuerpo principal de las fuerzas de Santa Anna se estaba concentrando en Encarnación, donde estaba el primer ojo de agua más allá de Agua Nueva. El general mexicano estaba enterado de la posición de Taylor, pero dudaba de la ruta por la cual lanzaría el ataque. Una posibilidad era la ruta de Hedionda, que ya había explorado May, un camino secundario que por el oriente conducía a Agua Nueva. Si lo seguía podría cortarle a

[3] Chamberlain, *My Confession*, pp. 106-109.

Taylor el acceso a Saltillo, perspectiva tentadora pero difícil de alcanzar puesto que se necesitarían dos días más para recorrer la distancia. Por consiguiente, Santa Anna decidió enviar a Miñón por el camino de Saltillo y retener el grueso de sus fuerzas en el camino real. El 21 de febrero Santa Anna inició la marcha, y las unidades que la encabezaban acamparon por la noche en el Paso Carnero, a 10 kilómetros de donde se hallaba Taylor.[4]

Deseando salir cuanto antes de Encarnación y preocupados por ello, Santa Anna y sus oficiales no notaron una extraña presencia que rondaba el campamento mexicano, la de Ben McCulloch, quien audazmente había pasado inadvertido. Llegado el momento oportuno, McCulloch regresó al campamento de Taylor alrededor del mediodía del 21 de febrero, para informar que Santa Anna se estaba acercando a Paso de los Pinos. Así se enteró Taylor de que había llegado la hora de entrar en combate.

Lo ocurrido en Monterrey no hizo que Taylor perdiera confianza en su capacidad para enfrentarse a los mexicanos, por muy grande que fuera su superioridad numérica, y estaba listo para dar la batalla en el hermoso valle de Agua Nueva. Aun cuando sus flancos podrían quedar copados en esa posición y el terreno plano permitir que los mexicanos sacaran partido de su superioridad numérica, Taylor se resistía a retirarse. Wool, a su vez, insistía en que el ejército regresara a La Angostura, una posición defensiva ideal ubicada frente a la hacienda de Buena Vista. Taylor respetaba la habilidad y el alto rango de Wool, y al fin estuvo de acuerdo con el plan que proponía. Entonces ordenó que la caballería de Arkansas se quedara en Agua Nueva para empacar las provisiones y el equipo. Fue la única vez en la guerra que Taylor se retiró ante un enemigo,[5] y le dolió hacerlo.

[4] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 382.

[5] "El general Taylor prefería pelear en donde entonces nos encontrábamos, no porque ese lugar presentara militarmente ventaja alguna, sino porque su enorme orgullo ni siquiera le permitía pensar en una retirada. 'No —decía—. ¡Que el diablo me lleve si huyo!' […] El general Wool, después de consultar a los oficiales de más alto rango, declaró que asumiría toda la responsabilidad; que como no quería contemplar el sacrificio del ejército, lo conduciría de regreso a Buena Vista, y que los resultados quedarían en manos de la batalla y del Departamento de Guerra. *Rough and Ready* se puso furioso y le dijo al general Wool que 'escogiera el camino por donde se iría al c…o', y se fue a Saltillo montado en *Old Whitey*…" (Samuel Chamberlain, *My Confession,* pp. 110 y 111). Este relato, escrito años más tarde, y no confirmado en ninguna fuente digna de crédito, constituye sin duda,

El Regimiento de Caballería de Arkansas, al mando del coronel Archibald Yell, pronto pidió ayuda esa noche para cargar el bagaje en Agua Nueva,[6] por lo que fueron enviados un batallón de la Caballería de Kentucky y dos compañías del Primero de Dragones. Cuando llegaron, a medianoche, estaban ardiendo enormes cantidades de provisiones, y vieron una larga hilera de carretas vacías. Inmediatamente los de Kentucky y los dragones se pusieron a trabajar, y 20 carretas estaban ya colocadas en la retaguardia cuando atacaron los primeros mexicanos, los de la caballería al mando de Miñón. Los voluntarios huyeron casi en desbandada, y los dragones se quedaron sólo el tiempo necesario para prender fuego al resto de las provisiones y a algunas construcciones antes de desaparecer a la carrera. Llegaron ordenadamente a La Angostura el 22 de febrero por la mañana.[7]

Cuando Santa Anna se levantó esa misma mañana en el Paso Carnero, esperaba obtener una victoria fácil. Quizá le causó enojo que las mujeres no hubieran querido quedarse en Encarnación, pero no hizo nada al respecto. Y cuando vio que se incendiaba el campamento norteamericano de Agua Nueva, rápidamente concluyó que todo el ejército de Taylor era víctima del pánico. Se sintió tan entusiasmado que sin más ni más ordenó que sus sedientas y exhaustas tropas salieran hacia La Angostura, sin siquiera darles tiempo para llenar sus cantimploras.[8]

Al acercarse Santa Anna a La Angostura comenzó a darse cuenta de que en ese pequeño valle la victoria costaría mucho. En Agua Nueva el terreno estaba "formado de extensas y anchas llanuras", muy a propósito para lanzar un vigoroso ataque frontal y aprovechar al máximo su "magnífica caballería".[9] La situación en La Angostura era totalmente distinta.

y en el mejor de los casos, una exageración. Sin embargo, incluso en el informe que rindió Taylor se percibe cierto tono de disculpa cuando se refiere a la retirada (Taylor al procurador general, 6 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 1).

[6] "La Caballería de Arkansas se negó a participar en la carga de las carretas…" (Chamberlain, *My Confession,* p. 111).

[7] R. S. Ripley, *The War…,* vol. I, p. 386. Chamberlain (*My Confession,* p. 112) dice que en la caballería de Arkansas "cundió el pánico". Sin embargo, aquí también cabe recordar que Chamberlain solía exagerar en sus relatos.

[8] Alcaraz, *The Other Side…,* p. 121. Alcaraz afirma que la caballería siguió adelante, obedeciendo las órdenes de Santa Anna, sin siquiera detenerse para proveerse de agua.

[9] Alcaraz, *The Other Side…,* p. 122.

Una vez que Taylor decidió retirarse de Agua Nueva y dirigirse a La Angostura, dejó el campo en manos de Wool y, acompañado de los dragones de May, regresó a Saltillo. Wool era perfectamente capaz de organizar la posición defensiva —quizá aún mejor que el propio Taylor—, pero Taylor distaba mucho de estar seguro de que Santa Anna fuera a permanecer en el camino real para atacarlo de frente en La Angostura. La región no era sólo accidentada sino montañosa, y había en ella varios caminos secundarios. Por lo tanto, existían muchas razones para que Taylor esperara un movimiento envolvente en su retaguardia de parte de la caballería mexicana, quizá incluso por una parte del ejército principal de Santa Anna. Al final resultó que la batalla de Buena Vista se entabló en La Angostura, pero el campo de batalla potencial fue mucho mayor.[10]

Taylor permaneció en Saltillo hasta que, en la mañana del 22 de febrero, se convenció de que nada de importancia iba a pasar allí. Enseguida partió de nuevo para Buena Vista, a 10 kilómetros de distancia.

John E. Wool, encargado de organizar la posición al sur de Buena Vista, sólo disponía de unos 4 750 hombres (incluidos los enfermos), distribuidos como sigue:

Primer Reg. de Infantería de Illinois	580	Cor. John J. Hardin
Segundo Reg. de Infantería de Illinois	573	Cor. William H. Bissell
Segundo Reg. de Infantería de Kentucky	571	Cor. William R. McKee
Brigada de Indiana	1 253	Gral. de Br. Joseph Lane
Segunda Brig. de Infant. de Indiana		Cor. William A. Bowles
Tercera Brig. de Infant. de Indiana		Cor. James H. Lane
Primer Reg. Fusileros de Misisipi	368	Cor. Jefferson Davis
Primer Reg. de Cab. de Arkansas	479	Cor. Archibald Yell
Primer Reg. de Cab. de Kentucky	305	Cor. Humphrey Marshall
Primero de Dragones	133	Cap. Enoch Steen
Segundo de Dragones	76	Tte. Cor. Charles A. May

[10] El aficionado a la historia militar recordará que la primera batalla de Bull Run tendría lugar en un pequeño rincón de un terreno de lucha potencialmente mayor. Lo mismo ocurrió en Waterloo en 1815. Llama la atención el paralelo entre el éxito de Taylor en Buena Vista y el fracaso de Leónidas en las Termópilas (480 a. C.). En el caso de Leónidas, los persas aprovecharon una ruta secreta para atacarlo por la retaguardia y así derrotarlo y aniquilarlo.

Texas Rangers	61	No se mencionó el comandante
Compañía de Espionaje	27	Mayor Ben McCulloch
Cuarta Batería de Artilleros	117	Cap. J. M. Washington
Tercera Batería de Artilleros	(150)	Cap. Braxton Bragg
Tercera Batería de Artilleros	(150)	Cap. Thomas W. Sherman
Estado Mayor	41	Taylor/Wool[11]

Era, en general, un ejército novato. En la artillería, que incluía 18 cañones,[12] casi todos eran regulares, como también lo eran los dragones; pero sólo 700 entre un total de casi 4 800 hombres habían participado en algún combate: los Fusileros de Misisipi, el Segundo de Dragones y la artillería.

Pero el terreno que Wool y Taylor habían escogido era ideal para la defensa, que Wool organizó en forma magistral. Esencialmente, el terreno proporcionaba sólo tres vías practicables de acercamiento desde el camino real de San Luis Potosí hacia la posición de los norteamericanos: el camino real que llegaba hasta el frente y dos que, atravesando lomas y colinas, llegaban hasta el flanco izquierdo de Wool.

Por supuesto, Wool ante todo daba prioridad al camino real Saltillo-San Luis Potosí, por donde se sabía que se estaba desplazando el ejército de Santa Anna. Era el más fácil de defender porque descendía hasta un paso de sólo 15 metros de ancho, limitado al oriente por varios acantilados y al occidente por un riachuelo cortado por barrancos muy hondos por donde no podrían pasar las piezas de artillería. (La posición de Wool miraba al sur; por lo tanto, los acantilados quedaban en su flanco izquierdo y el río y los barrancos en el derecho.) Para defender esa posición, Wool colocó tres cañones de la batería de Washington casi en el camino real, protegidos por el Primer Regimiento de Infantería de Illinois, al mando de Hardin, parte del cual se colocó en la punta del acantilado a su izquierda y el resto en una loma a su derecha. Para apoyar esa posición, Wool situó la Tercera Brigada de Indiana, de Lane, en una loma exactamente detrás de la batería del capitán Washington.

[11] Taylor al procurador general, 6 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 142.

[12] Cálculos del autor, basados en que estas tres compañías eran de las dotadas con seis cañones cada una. Quizá hubo algunos más, porque la batería del capitán Washington tenía ocho (Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 388 y 450).

La segunda ruta de acceso, la de más riesgo, atravesaba una pradera espaciosa al oriente del camino real, que desembocaba en la punta del acantilado, ocupada en parte por el Primero de Illinois, desde donde se podía ver la batería del capitán Washington en La Angostura. La pradera, conocida con el nombre de La Meseta, era ancha y plana, y estaba ubicada a 18 metros sobre el camino de San Luis Potosí. Para llegar ahí la artillería y la caballería necesitarían cruzar una hondonada situada como a dos kilómetros y medio de La Angostura. Santa Anna podría (y realmente lo haría) utilizar esa hondonada como vía de acceso para lanzar su ataque principal contra el flanco izquierdo de Taylor.

Para proteger La Meseta, Wool colocó sus contingentes como sigue (de izquierda a derecha): el Segundo Regimiento de Infantería de Indiana (con tres cañones de la batería del capitán Washington); el Segundo de Illinois, al mando de Bissell (con dos cañones de la batería de Bragg), y el Segundo de Kentucky, comandado por McKee (con tres cañones de la batería de Sherman). Como estos regimientos se ubicarían enfrente del punto desde donde quizá llegaría el ataque, era probable que los primeros disparos cayeran sobre el Segundo de Indiana.

La tercera vía de acceso para Santa Anna rodeaba la posición de Wool, e iba a dar directamente a Buena Vista, en la retaguardia de los norteamericanos. Este paso, más allá de La Meseta, era relativamente angosto (500 metros) y largo, y representaba para la fuerza atacante una caminata de seis kilómetros y medio (mientras que por La Meseta sólo se recorrerían dos kilómetros y medio). De momento, en opinión de Wool, esta ruta no constituía una amenaza inmediata, por lo que no dejó ahí ningún destacamento.

22 DE FEBRERO DE 1847

En el natalicio de George Washington, fecha nuy importante para los patriotas voluntarios de Taylor, sólo se llevaron a cabo las fintas preliminares de la gran batalla. Los hombres de Santa Anna estaban agotados al cabo de una marcha de 100 kilómetros, y aún no se posicionaban.[13] Este ejército estaba organizado

[13] Alcaraz (*The Other Side…*, p. 122) dice que algunos soldados, aunque muy resistentes, en realidad murieron a causa de fatiga extrema, y no de hambre o de sed.

más o menos como cuando salió de San Luis Potosí (menos unos 4 000 hombres), pero ahora contaba con un par de nuevos cuerpos. Ampudia, recién habilitado tras un periodo de suspensión por los sucesos de Monterrey, mandaba una brigada independiente de infantería ligera. El otro cuerpo, un reforzado regimiento de ingenieros al mando del general Santiago Blanco, había alcanzado la categoría de importante elemento táctico, y constituía una verdadera cuarta división.

El plan inicial de Santa Anna parecía un esquema bien fundamentado militarmente. Situó la división de Blanco a la izquierda, en línea recta hacia el camino real y a La Angostura. El ataque principal lo llevarían a cabo las divisiones de Lombardini y de Pacheco, y se dirigiría a La Meseta, de este a oeste, hacia el flanco izquierdo de Wool. La división de Ortega intervendría en la misma dirección del ataque principal. Sin embargo, se necesitaría tiempo[14] para emplazar estas fuerzas en sus respectivas posiciones, y al llegar la noche del 22 de febrero aún no se terminaban los preparativos del ataque principal.

Mientras tanto, los exploradores de Santa Anna habían descubierto que una montaña de considerable altura al oriente de La Meseta no estaba ocupada. Si Santa Anna se apoderaba de esas ásperas cuestas, quizá contaría con un sitio para colocar su artillería e incluso para poner en práctica una táctica evasiva en torno de La Meseta. Por consiguiente, a eso del mediodía Santa Anna ordenó ocupar esos altos a la brigada de infantería ligera de Ampudia y a la brigada de caballería de Julián Juvera.

A las 11 de la mañana del 22 de febrero reapareció Taylor, aclamado por la tropa. Aquellos hombres reconocían la capacidad de Wool, pero Taylor era su héroe. Momentos después de su llegada se presentó un mensajero de parte de Santa Anna, portando una bandera blanca y esta comunicación:

> Está usted rodeado por 20 000 hombres y, según todas las probabilidades, no puede evitar una derrota y la destrucción de sus tropas; pero, mereciéndome consideraciones y una estimación particular,

[14] Aun cuando todo su ejército estuviera formado en una sola columna de cuatro en fondo, como si se hallara en un terreno apropiado para una parada militar, el desfile de 14 000 hombres tardaría más de una hora. Ahora bien, aquel terreno accidentado no se prestaba para un desfile.

> se lo aviso para que pueda salvarse de una catástrofe y rendirse a discreción bajo la seguridad de ser tratado como cumple al carácter mexicano; a cuyo fin se le concede el plazo de una hora desde la llegada de mi parlamentario al campo de usted… ¡Dios y libertad![15]

Taylor reaccionó con violencia (algunos testigos dijeron que soezmente), pero su respuesta, por escrito, fue a la vez serena y sarcástica: "En respuesta a su comunicación de esta fecha, en la que me solicita rendir mis fuerzas a discreción, le ruego me permita decirle que me inclino a no acceder a su petición".[16]

La batalla comenzó a las tres de la tarde de ese día con un intercambio de fuego entre una brigada de la división de Blanco y los norteamericanos que se hallaban en La Angostura, el cual no tuvo mucha importancia. Sin embargo, los hombres de Ampudia pronto comenzaron a escalar la sierra, y Taylor, tardíamente, despachó a los regimientos de caballería de Arkansas y de Kentucky, junto con un batallón de la brigada de infantería de Indiana, todos al mando del coronel Humphrey Marshall, de la caballería de Kentucky. Los hombres de Marshall se enfrentaron a los de Ampudia, y durante toda la tarde no cesó un indeciso tiroteo, hasta que la fuerza estadunidense, al verse flanqueada, regresó a su base en la montaña. Al caer la noche Taylor comprobó que ocupaba una posición segura. El Segundo de Indiana y el Segundo de Illinois, en La Meseta, estaban listos para enfrentar por la mañana al enemigo, suponiendo que el principal ataque de Santa Anna vendría de esa dirección.[17]

Entonces, todavía preocupado porque su retaguardia no estaba protegida, Taylor regresó a Saltillo. En fin, así terminó el primer día de aquella batalla.

23 DE FEBRERO DE 1847

Al cabo de una noche muy fría, de mucho viento y de incesante llovizna a 1 800 metros de altura, por la mañana tanto los mexicanos como los norteamericanos tenían los nervios de punta. Les sobraba razón, sobre todo a los norteamericanos, superados

[15] Exec. Doc. núm. 60, p. 98.
[16] *Ibid.*
[17] Taylor al procurador general, 6 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 134.

numéricamente en proporción de tres a uno.

En el campamento mexicano, Santa Anna ordenó que el toque de diana sonara a diferente hora para cada unidad con el fin de enfatizar las impresionantes dimensiones de su ejército. Enseguida formó su infantería y caballería en una larga línea mientras todas las bandas tocaban música religiosa. Los sacerdotes, vestidos con magníficas sotanas, bendecían destacamento tras destacamento, y el humo del incienso aromatizaba el ambiente. Aun a la distancia en que se encontraban podían los norteamericanos admirar los sofisticados uniformes mexicanos —rojo, verde, amarillo, carmesí y azul—, que contrastaban con las garras que ellos vestían. Además, eran impresionantes las evoluciones que *ex profeso* ejecutaban las unidades mexicanas. Los *vivas* coreados anunciaban una batalla contra un terrible adversario.[18]

La acción se inició con un ataque simultáneo a La Angostura y a La Meseta. En La Angostura, la batería del capitán Washington y el Primero de Illinois rechazaron sin dificultad a la división del general Blanco, pero en La Meseta Santa Anna corrió con mejor suerte. Los regimientos de caballería de Arkansas y de Kentucky, comandados, respectivamente, por Yell y Marshall (que habían vuelto a subir la sierra esa mañana), se dispersaron en medio de gran confusión. Entonces Pacheco atacó al Segundo de Indiana, al mando de Bowles, y fue sorpresivo que, luego de luchar encarnizadamente, Bowles ordenara la retirada de su regimiento. Nada pudo detener a los voluntarios del Segundo de Indiana, asombrados o no, una vez que comenzaron a correr a la retaguardia. En esta forma quedó desprotegido el flanco izquierdo de Wool.

Santa Anna parecía tener la victoria al alcance de la mano, a pesar del desorden que también reinaba en sus filas. La división de Manuel Lombardini (al mando de Francisco Pérez, porque Lombardini estaba herido) pronto se reunió con los hombres de Pacheco, y ambas fuerzas concentraron su ataque en el Segundo de Illinois al mando de Bissell. Pero como los mexicanos se desplazaron prematuramente hacia el flanco izquierdo de Bissell, dejaron al descubierto sus propios flancos frente a la compacta artillería estadunidense. Una lluvia de metralla detuvo por el momento a la infantería mexicana, pero la caballería continuó

[18] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 388 y 389, y Wilcox, *History…,* p. 217.

en persecución del Segundo de Indiana y de las caballerías de Arkansas y de Kentucky.[19]

En este punto, a eso de las nueve de la mañana, al fin regresó Zachary Taylor. En La Meseta, un abatido Wool le informó: "General, fuimos apaleados", a lo que Taylor repuso: "Eso es algo que sólo yo puedo decidir". E inmediatamente ordenó que los Fusileros de Misisipi de Davis, quien había estado con él en Saltillo, congregaran al disperso Segundo de Indiana y reforzaran el tambaleante flanco izquierdo. Acto seguido, Wool envió al Tercero de Indiana, a las órdenes del coronel Lane, en ayuda de Davis.[20]

Davis se sostuvo e incluso avanzó, mientras la artillería causaba estragos en las divisiones mexicanas. No obstante, los lanceros mexicanos llegaron a 800 metros de distancia del flanco estadunidense, en dirección a Buena Vista. Taylor despachó cuatro compañías de dragones, al mando de May, y dos compañías de la caballería de Arkansas para que los interceptaran. Desplazándose detrás de los hombres de Davis, los dragones de May llegaron a tiempo a su destino. Las fuerzas de caballería norteamericana, combinadas de tal forma, pudieron rechazar y dispersar a los lanceros. Además, el devastador fuego de la artillería creó tan gran desorden que la división de Pacheco y la de Lombardini se retiraron hacia el norte. A Santa Anna, que se hallaba cerca, le mataron el caballo. Una batería de cañones de 16 libras, traída desde la sierra por el Batallón de San Patricio, no era rival para la artillería ligera de Taylor.[21]

En esta forma terminó la primera fase de la batalla. Santa Anna había: *1)* rodeado el flanco izquierdo de Taylor; *2)* diezmado tres unidades (las caballerías de Arkansas y de Kentucky y el Segundo de Indiana); *3)* asegurado una posición muy favorable en La Meseta, y *4)* causado considerables bajas al enemigo. Sin embargo, Taylor aún tenía todo un ejército en el campo de batalla y no

[19] Wilcox, *History…,* pp. 221-223.

[20] *Ibid.,* p. 224. Taylor dejó en Saltillo cuatro compañías de voluntarios de Illinois, dos compañías de Fusileros de Misisipi y dos cañones cortos de 24 libras (p. 217). La fuente para este intercambio de palabras entre Taylor y Wool es el teniente R. S. Garnett, citado por Wilcox, *History…,* p. 223. La amenaza provenía de los 1 500 jinetes de Miñón.

[21] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 391; Ripley, *The War…,* vol. I, p. 413, e informe de Taylor, 6 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 133-135.

había perdido ningún terreno vital para su defensa.

Como los norteamericanos se habían hecho fuertes en La Meseta, Santa Anna decidió enviar una división que aún no había participado en la batalla, la del general Pacheco, para que se desplazara por la tercera vía de acceso, al borde del flanco izquierdo de Taylor, con lo cual envolvería a la posición estadunidense, pues tres lados de La Meseta ya estaban ocupados. Taylor vio salir a Pacheco a la cabeza de la caballería, e inmediatamente envió a los Fusileros de Misisipi y al Tercero de Indiana, al mando de Lane, para que lo interceptaran. Estos regimientos, junto con la artillería de Bragg, subieron con gran dificultad hasta la más lejana de las lomas y esperaron la carga de los mexicanos. Los dos regimientos se formaron en una V invertida, y se abstuvieron de disparar hasta que los mexicanos llegaron a un punto a sólo 70 metros de distancia, y entonces abrieron fuego al mismo tiempo. La línea mexicana se vino abajo. Los de Misisipi se encarnizaron rematando con sus machetes de 45 centímetros a los heridos. Los mexicanos se retiraron hasta un barranco próximo, y únicamente se salvaron de sufrir más muertes cuando una tormenta se presentó de repente.

A la una de la tarde Scott ya se estaba preparando para atacar a los amedrentados sobrevivientes de la división de Pacheco. Entonces se aproximó un pequeño grupo de oficiales mexicanos portando una bandera blanca, quienes formularon una pregunta extraña: "¿Qué es lo que 'quiere' Taylor?" Desconcertado, el propio Wool tomó una bandera blanca y se encaminó al punto donde se creía que estaba Santa Anna. Pero los mexicanos no cesaron de disparar, y Wool regresó a su campamento. En todo caso, ese breve paréntesis permitió escapar al grueso de la división de Ortega.[22]

Ahora los mexicanos parecían vulnerables, y Taylor, con excesivo celo, ordenó atacarlos. El Primero de Illinois, al mando de Hardin, acampado en los puntos más elevados de La Meseta, avanzó con seis compañías. Los mexicanos, al ver que se trataba de una fuerza pequeña, se detuvieron y se reorganizaron. Bissell (comandante del Segundo de Illinois) y McKee (jefe del Segundo de Kentucky) se dieron cuenta de la difícil situación en que se

[22] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 391-393.

encontraba Hardin y ordenaron a sus regimientos que acudieran a socorrerlo. En ese momento, un inesperado número de hombres de Lombardini comenzó a salir de un gran barranco. Los norteamericanos retrocedieron, pero muchos de sus oficiales se quedaron donde estaban. Hardin perdió la vida, blandiendo su sable hasta el final. Henry Clay Jr. envió a sus hombres a la retaguardia, pero él, a pesar de hallarse herido, continuó en el frente de batalla. Clay era hijo de un hombre cuya protesta contra la aplicación de una política agresiva hacia México probablemente le costó la presidencia. Resulta irónico que el joven hijo de ese hombre haya peleado literalmente hasta el último momento, disparando su pistola ya caído, en una guerra a la que su padre se opuso con todas sus fuerzas. McKee, comandante de Clay, también murió en esa ocasión.[23]

Una vez más la artillería salvó a Taylor. Mientras los soldados restantes de la infantería norteamericana huían meseta abajo, la batería al mando de Washington, ya desplegada, se concentró en los mexicanos que los perseguían y los hizo pedazos. Los hombres de Bragg y los de Sherman también acudieron a prestar apoyo. Este último ataque del día hizo historia.

Atardecer del martes 23 de febrero de 1847

El ejército de Zachary Taylor, si bien no cedió terreno, se hallaba en una situación desesperada. Los hombres estaban agotados; escaseaban las municiones; había perdido 673 elementos entre oficiales y soldados, y 1 500, quizá más, habían desertado.[24] Para obtener refuerzos regresó por tercera vez a Saltillo, de nuevo con los Fusileros de Misisipi. (El regimiento de Davis fue el único que en ninguna ocasión dio la espalda al enemigo.) Taylor proyectaba dejar a Davis como jefe de la guarnición de Saltillo, mientras él avanzaría al frente de las seis compañías de la infantería de Illinois y Misisipi que se habían quedado allí. Además, llegarían los refuerzos adicionales que previamente había solicitado. En efecto, en la noche del 23 de febrero arribar-

[23] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 393-395. Pérez quedó al mando de la división de Lombardini, porque este último cayó herido unas horas antes.

[24] *Ibid.,* vol. I, p. 396.

on dos regimientos a Buena Vista. Con estos refuerzos, el ejército se encontraba numéricamente tan fuerte como antes de empezar la batalla.[25] Y el muy serio problema de los abastecimientos, para su alivio, se mitigaría considerablemente con la llegada de 40 carretas a la mañana siguiente. Así, el ejército de ocupación estaría listo para proseguir la lucha.

24 DE FEBRERO DE 1847

Al ir subiendo el sol atrás de la sierra, los hombres de Taylor cobraron ánimo. Pero no miraban muchos mexicanos en ese frente, y pronto descubrieron que aunque toda la noche se vieron fogatas en el campamento de Santa Anna, él mismo ya se había retirado.

Primero se oyó un débil murmullo, que después se convirtió en un grito. Taylor y Wool se abrazaron, con lágrimas en los ojos.[26]

Santa Anna había celebrado un consejo de guerra la noche anterior, y se convenció de que no tenía a mano recursos para sostener un día más de pelea. Se detuvo en Agua Nueva, pensando que de esa forma tentaría a Taylor para que ampliase el frente. Quizá ésa fue su intención porque conservaba la superioridad numérica, aun después de haber sufrido 2 100 bajas.[27] Pero Taylor no mordió el anzuelo.

En el campamento de Taylor pronto se olvidó que habían estado muy cerca de un desastre. Además, los despachos que llegaban de Washington expresaban gran satisfacción. El 1 de marzo, de nuevo en Agua Nueva, escribió al ayudante general: "Reteniendo en nuestro poder a Monterrey no se hubieran obtenido resultados tan decisivos…"[28]

Taylor habría sido más sincero si hubiera descrito la batalla de Buena Vista como Wellington describió la de Waterloo: "estuvi-

[25] Wilcox, *History…,* p. 235. El general de brigada Thomas Marshall, que anteriormente se hallaba en el Paso de la Rinconada, e incluso el coronel George W. Morgan, del Segundo de Ohio, que antes estaba en Cerralvo.

[26] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 398.

[27] *Ibid.,* pp. 397 y 398. Las bajas de Santa Anna fueron 1 800 muertos o heridos y 300 prisioneros.

[28] Taylor al procurador general, 1 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 99.

mos al borde del desastre". Pero sus acciones hablaron por él. Regresó a Monterrey y ahí se quedó. Había librado su última batalla contra México.

LA GUERRA EN EL OESTE

XVII. "PERA MADURA A PUNTO DE CAER"
1840-1846

El 13 de mayo de 1846, el día en que el Congreso de Estados Unidos reconoció el estado de guerra con México, el presidente James Polk ordenó al secretario de Guerra William Marcy que enviara al coronel Stephen W. Kearny, del Primero de Dragones, a ocupar la ciudad mexicana de Santa Fe, Nuevo México. Polk no esperaba que el hecho de someter a la población local fuera a presentar tantas dificultades. Por lo tanto, Kearny continuaría hacia California si calculaba que podía hacerlo antes de que comenzaran las nevadas en las montañas. Polk puso en marcha esta maniobra con miras a lograr un tratado de paz que firmaría con México algún tiempo después.

El envío de un contingente al oeste no podría calificarse de acción importante. Teniendo en cuenta que Kearny encabezaba una fuerza pequeña, este episodio casi se pierde en la gran corriente migratoria de los colonizadores norteamericanos hacia el oeste. Ciertamente, considerando las cosas *post factum,* parecería probable que Estados Unidos habría obtenido el control del oeste sin necesidad de pelea, pues ya había comenzado la expansión demográfica hacia el Océano Pacífico. En 1843, la primera de las "grandes migraciones" a Oregon ya había tenido lugar, seguida de otra de magnitud aún mayor en 1845. En palabras del historiador Bernard DeVoto, "esos años convirtieron a Oregon en tierra norteamericana, independientemente de lo que pudiera decirse en el Congreso o en la calle Downing".[1] La corriente migratoria se retrasó en California y en Nuevo México, pero en 1846 ya se había iniciado.

La fiebre por emigrar a California llegó a ser una suerte de justificación mística, nacida de una actitud romántica, del deseo idealista de hacer participar en las superiores instituciones norteamericanas a la gente menos favorecida, del sentimiento de que aún quedaba por realizar algo muy grande. Incluso aquellos

[1] DeVoto, *The year…,* p. 115.

que, como el senador Benton, se resistían a violar los derechos de México, parecían sentir que la "Providencia" quería que Estados Unidos creciera en dirección al Pacífico.[2]

El Destino Manifiesto, desde un punto de vista práctico, distaba mucho de ser poco realista, pues los territorios codiciados por Estados Unidos estaban casi deshabitados, y quienes vivían en Texas, Nuevo México y California ya gozaban, dentro de la República Mexicana, de una semiautonomía. Constituían la parte del antiguo imperio español donde "el vigor imperial de España languideció y se agotó… Aquí comenzó su decadencia".[3]

El pueblo norteamericano daba a esas tierras el nombre de Gran Desierto Norteamericano, a la espera de que lo llenara un Estados Unidos en expansión.

En 1846 Texas reclamaba todas las tierras al norte y al este del Río Bravo, territorios entre los que se incluía la propia ciudad de Santa Fe. Lo que se hallaba al oeste de esa frontera, y en general al norte de El Paso, Texas, y al sur de Oregon, era territorio que reclamaba México, y en teoría estaba dividido en dos estados, la Alta California y Nuevo México. La línea divisoria entre uno y otro no estaba bien determinada, al menos en opinión de los cartógrafos norteamericanos,[4] aun cuando por lo general se suponía que California se extendía hacia el este hasta una línea a 160 kilómetros del Río Bravo, y que abarcaba lo que hoy constituye los estados norteamericanos de California, Nevada, Utah, Arizona, Nuevo México y partes de Wyoming y Colorado.[5] En realidad, las tierras pobladas de Nuevo México y de California eran franjas angostas, que en el caso de Nuevo México seguían el curso del Río Bravo y en California la línea de la costa del Pacífico. Fuera de estas franjas, los territorios circundantes estaban

[2] Una asociación literaria, Brook Farmers, establecida cerca de Boston, declaró en su publicación interna: "No hay duda sobre las intenciones de los dirigentes e instigadores de este infame asunto, o sea, ampliar el 'área de la libertad' hasta las costas de California, robándole a México otra considerable parte de su territorio; y la gente está dispuesta a poner en práctica esas intenciones al pie de la letra… Debe considerarse [esto] como una monstruosa iniquidad, pero al fin y al cabo parece formar parte de un más amplio designio de la Providencia" (DeVoto, *The Year…*, pp. 9 y 10).

[3] DeVoto, *The Year…*, p. 13.

[4] *Ibid.*, p. 6.

[5] *Ibid.*, p. 17.

ocupados sólo por indios, sin nexos con esas antiguas colonias españolas y prácticamente sin haber recibido de ellas ninguna influencia.

La fundación de Nuevo México fue anterior a la de California. La expedición de Coronado (1540) no derivó en asentamientos permanentes, pero antes de que terminara el siglo XVI don Juan de Oñate ya había establecido una colonia de 400 varones y con cierto número de mujeres y niños, en un lugar próximo a lo que hoy es El Paso, Texas. Partiendo de ahí, la Nueva España envió varias expediciones exploradoras que, a su vez, establecieron algunas pequeñas misiones. Los indios por lo general eran dóciles, y se calculaba que en 1680 unos 2 400 mexicanos vivían en diversos asentamientos en Nuevo México.[6] Después de un alzamiento indígena que de momento interrumpió la ocupación, Nueva España restableció sus asentamientos, aún rodeados por navajos, utes, apaches y comanches. Hacia 1800 la población de Nuevo México ya llegaba a más o menos 30 000 habitantes, 10 000 de los cuales eran indios. Esta cifra llegó a cerca de 40 000 en 1825.[7]

Antes de la independencia de México (1821), España había prohibido cualquier intercambio entre Nuevo México y Estados Unidos. Fue una política fácil de acatar para los mexicanos debido a la casi inexistente red de caminos; casi toda la gente se veía obligada a no alejarse mucho del lugar donde vivía. Por otra parte, España imponía esas mismas restricciones a los norteamericanos. Casi todos los que se aventuraban por la región prohibida eran arrestados. A algunos, como el teniente Zebulon Pike, en 1807, se les trató bien; pero otros, como Sylvester Pattie (en 1830), murieron en cautiverio.

No obstante, después de la independencia de México las restricciones en la frontera se suavizaron, y pronto comenzó a surgir el comercio entre Estados Unidos y México. Comerciantes norteamericanos de San Luis empezaron a transitar el camino a Santa Fe, y hacia 1825 la ruta del río Arkansas hasta Santa Fe (en aquel tiempo llamada "Santa Fe Trail") ya estaba bien trazada y nivelada. Los hermanos Bent, William y Charles, fundaron Bent's Fort, importante apeadero, cerca de la actual Ánimas, Colorado, y establecieron un lucrativo negocio dedicado a proporcionar

[6] Rives, *The United States…*, pp. 106 y 107.
[7] *Ibid.*, pp. 108 y 109.

víveres y diversas clases de equipo a las caravanas. Mercaderes de Misuri servían pedidos de ferretería, cuchillería, sombreros, camisas, telas, ropa blanca, chales, medias, calcetines, y sus ganancias eran del orden del 60%, algo así como 30 000 dólares por cada caravana cargada. En Santa Fe, los hermanos Bent compraban oro y pieles de castor.[8]

Santa Fe era un pueblo pequeño. Se le describía como la "capital de los coyotes… un montón de hornos de ladrillos, un acopio en el desierto de barcazas del río Misisipi". El Palacio de los Gobernadores también era blanco del sarcasmo; se le describía como un "solo piso con 120 metros de adobe en el costado norte de la plaza; su pórtico es sostenido por columnas de troncos de árbol apenas desbastados, y sus puertas son tan bajas que uno de Misuri tuvo que agacharse para entrar".[9] Las calles estaban llenas de burros y bueyes, estos últimos tirando de carretas de dos ruedas; por doquier se veían indios, peones, tramperos y carretoneros. Por la noche, en la plaza se prendían fogatas donde los hombres se calentaban el trasero mientras escuchaban la música de violines y guitarras. Decían los visitantes que, como en Taos, al parecer las principales diversiones eran la bebida, la fornicación y las apuestas. Así es como veían a Santa Fe los primeros mercaderes norteamericanos.[10]

De Santa Fe las caravanas de Misuri continuaban por el camino real hacia el sur, hasta el centro comercial de Chihuahua. Tanto el Santa Fe Trail como el camino real estaban bien señalizados, pero escaseaban el agua y el forraje, y las tribus de indios feroces robaban y asesinaban a cualquier grupo de viajeros sin suficientes medios para hacerles frente. A fin de trasladarse con relativa seguridad, un viajero o mensajero que deseaba ir de Misuri a Santa Fe o Chihuahua tenía que acomodarse al calendario de las escoltas.

El gobernador de Nuevo México en 1846 era un tal Manuel Armijo, hombre poderoso que, según se decía, "ambicionaba imitar a los texanos y conseguir la independencia de Nuevo México".[11] Era enérgico y de imponente estatura, además de astuto, codi-

[8] Lavender, *Bent's Fort,* pp. 57, 62 y 117.
[9] *Ibid.,* p. 106.
[10] *Ibid.,* p. 107.
[11] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 286.

cioso y cruel. Era asimismo hombre de negocios que enviaba sus caravanas a Misuri por el Santa Fe Trail. Se decía que había nacido pobre y que había entrado a la política debido a su gran habilidad para librarse de ser castigado por robar borregos.[12] A partir de 1837 Armijo había sido varias veces gobernador, y en 1846 ya había pasado a manos de su familia la mayor parte de las tierras que rodeaban Albuquerque, más o menos 100 kilómetros al sudoeste.

En 1841 tuvo una magnífica oportunidad de mejorar aún más su posición. La nueva República de Texas había decidido extender sus reclamaciones a las tierras del norte del Río Bravo, en las que estaba incluida Santa Fe. Al cabo de cuatro años de independencia los texanos determinaron enviar una expedición, vagamente disfrazada de escolta para unos mercaderes, a esa población, la cual constituía su principal objetivo militar. Por desdicha para los texanos, habían dado excesiva importancia a los informes sobre el descontento que reinaba en Nuevo México por el trato recibido del gobierno central, en la capital de la República, y tal expedición, formada por sólo 270 voluntarios, resultó lamentablemente insuficiente.

Todo le salió mal a esa expedición, que finalmente quedó destruida no por los cañones de Nuevo México sino por privaciones de orden físico. Algunos de sus miembros se rindieron en el pueblo de Antón Chico y otros en Laguna Colorada. Armijo, feliz con la desgracia ajena, describió a esas casi incruentas rendiciones como "grandes victorias". En la ciudad de México se celebró con repicar de campanas la victoria de Armijo, y se pronunciaron discursos que lo ensalzaban a él… y al recién reinstalado Santa Anna. En Santa Fe se trató con gran crueldad a los prisioneros texanos, cuya suerte cambió cuando fueron enviados al sur del Río Bravo, desde donde la mayoría de ellos pudo regresar a su lugar de origen.

Las circunstancias fortuitas que rodearon al aniquilamiento de la expedición texana fortalecieron en Armijo la convicción de que "es mejor tener fama de valiente que serlo en realidad".[13] Las condiciones que prevalecían en el estado mexicano de Alta

[12] Lavender, *Bent's Fort,* p. 204.

[13] Rives, *The United States…,* vol. I, pp. 480-484, y Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 285 y 286.

California eran muy parecidas en muchos aspectos a las que reinaban en Nuevo México. La principal diferencia radicaba en la forma como el pueblo norteamericano percibía a esos estados. Aunque California interesaba más, el público conocía mejor a Nuevo México. Por ser región cosmopolita y costera, California encerraba cierta "mística"; sus atractivos se parecían más a los del Oriente, no eran como los de los otros territorios que constituían a Estados Unidos.

Los norteamericanos comenzaron a llegar a la costa occidental muchos años antes, solos o en pequeños grupos; la mayor parte eran tramperos o desertores de la gran flota ballenera que periódicamente llegaba a Monterey.[14] La mayoría se adaptaba al ambiente. Durante mucho tiempo los emigrantes llegaban decididos a partir al cabo de poco tiempo o a convertirse en californios.

Por otra parte, los dirigentes políticos norteamericanos desde hacía mucho tiempo tenían los ojos puestos en esa región. El presidente John Quincy Adams ya había recomendado su adquisición, y Andrew Jackson, en 1835, ofreció a México cinco millones de dólares a cambio del territorio al norte de una línea que iba de Monterey a la Bahía de San Francisco.[15] La oferta fue desdeñada, pero en ese mismo año Richard Henry Dana viajó por mar al estado y, con su famoso libro *Two Years Before the Mast*, intensificó considerablemente el interés del público en esa región. Pronto los periódicos comenzaron a publicar artículos sobre esa ubérrima tierra y sus colinas repletas de oro. Al mismo tiempo, presentaban evidencias de las maquinaciones británicas para apoderarse de California e impedir que Estados Unidos se extendiera hacia la costa oeste. No obstante, aunque los norteamericanos estaban fascinados por lo que se relataba sobre la maravillosa California, no sabían nada sobre su topografía, ríos, puertos y ciudades (lo cual contrastaba con sus conocimientos

[14] Se calculaba que esa flota comprendía 600 navíos y 17 000 hombres (*Hunt's Merchant's Magazine*, enero de 1845, citado por Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, p. 525). Su base principal se hallaba en Lahaina, en las Islas Sandwich (Hawai). Antes de la independencia de México era ilegal, pero se dice que cierto John Hudson compró al rey de España una goleta en 1805 (entrevista con William Mason, Los Ángeles, diciembre de 1985).

[15] Hubert Bancroft, *History of California*, vol. III, p. 400. Los rusos estaban interesados en la región, y se afirmaba que temían más a la interferencia norteamericana que a la mexicana.

sobre Nuevo México y Oregon). La costa oeste sencillamente estaba demasiado lejos.

La densidad demográfica de California en 1846 sólo llegaba a un individuo por cada 40 kilómetros cuadrados. La población total era de unos 25 000 habitantes, de los cuales sólo unos 10 000 eran de raza blanca. Alrededor de cinco mil eran indios "semicivilizados", quienes habían sido bautizados en las misiones, y otros 10 000 eran completamente salvajes. La entonces capital de California, Los Ángeles, era un pueblo con casas de adobe y con sólo 1 500 habitantes;[16] en la región próxima a la Bahía de San Francisco unas cuantas personas habitaban un conjunto de edificios, conocido como Yerba Buena, fundado en 1836. Había otros asentamientos, sobre todo en Monterey, San Pedro y San Diego, pero no pasaban de ser establecimientos comerciales, simples grupos de pequeños edificios.

Los nativos de California —los californios— desde tiempo atrás habían dejado de tener lazos estrechos con la ciudad de México, y sus nexos políticos con ella eran descritos como una "telaraña".[17] Racial y culturalmente, mexicanos y californios eran una misma cosa, pero el tiempo, la distancia y las circunstancias los alejaron emocionalmente, a tal grado que hasta los norteamericanos eran mejor aceptados en California que los mexicanos.[18] El más importante de los lazos culturales fue roto en 1834 cuando Valentín Gómez Farías, presidente interino, "secularizó" las 21 misiones de la Iglesia católica. Esas misiones habían sido el soporte de la política española concerniente a los asentamientos regionales, junto con los presidios y los "pueblos", donde a los colonizadores se les daba tierra gratis. De estos tres tipos de asentamientos, las misiones, con mucho, habían sido las más importantes, porque se convirtieron en centros educativos, religiosos y culturales para todos los indios que vivían en las zonas circunvecinas. En torno de ellas habían surgido varias ciudades, como San Luis Obispo, Sonoma, San Juan Bautista y San Juan Capistrano. Las misiones realizaban funciones sociales que los soldados de los presidios veían con desdén. Y así, cuando las

[16] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 315. Hoy Alaska tiene un habitante por cada dos kilómetros cuadrados, índice de densidad 20 veces superior.

[17] DeVoto, *The Year…,* p. 20.

[18] *Ibid.,* p. 321.

secularizaciones de Gómez Farías privaron a las misiones de sus funciones laicas, la población india descendió de 30 000 a 10 000 en sólo 10 años.[19]

Ya en 1846, debilitada por cuatro rebeliones independientes en una sola década (la última estalló en 1844), California adquirió la categoría de provincia semiautónoma. Teóricamente la administraba un gobernador civil llamado Pío Pico, en Los Ángeles, pero el poder de Pico se veía limitado por las grandes distancias entre los asentamientos y por la falta de medios para hacer cumplir las leyes. Como resultado, un tal José María Castro, general de quien se afirmaba que "carecía totalmente de vigor y de firmeza en sus propósitos", tenía el dominio en el norte. En Monterey congregó a un grupo de simpatizadores totalmente ajenos "a la disciplina, a la sobriedad y al orden".[20] Por lo general, en otras circunstancias Castro y Pico quizá se hubieran entendido en sus respectivos feudos, si no fuera porque Monterey era el único puerto que comerciaba con otros países. Todos los ingresos por derechos aduaneros se cobraban precisamente en Monterey, y Castro tranquilamente se embolsaba entre 80 000 y 100 000 dólares al año. Pico se hallaba a 650 kilómetros de distancia, y no tenía manera de llegar a un arreglo con Castro.[21] Para el mundo externo, prácticamente no había ningún gobierno en California, la "abandonada del Pacífico".

Los californios, en términos generales, compartían la tendencia mexicana a ser descuidados, amantes de las diversiones y extraordinariamente hospitalarios.[22] Se decía que, además de los fandangos que duraban toda la noche, el varón californio, jinete verdaderamente incomparable, amaba a su caballo sobre todas las cosas. Por otra parte, debido a su gran individualismo, el californio no participaba como debiera en las actividades cívicas. Tampoco le interesaba demasiado quién lo gobernaba, siempre y

[19] Hutchinson, *California,* pp. 56-58 y 67.

[20] Colton, *Three Years…,* p. 14.

[21] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 320.

[22] "Aunque [California] casi está en guerra, se conservan todas las cosas amables de la vida y la libertad. La persona, la vida, la libertad son tan sagradas en la tierra del californiano como lo serían en tu propio hogar. Nunca traiciona [el californiano]; los derechos de la hospitalidad, en su juicio siempre generoso, lo llevan a poner en peligro su vida a fin de defender la ajena. Puede luchar contra ti en el campo de batalla, pero en el seno de su familia puedes bailar con sus hijas […]" (Walter Colton, *Three Years…,* pp. 17 y 18).

cuando no se le molestara en sus derechos y en su religión.

Esto dio como resultado que los californios nativos, si bien constituían el grupo mayor de los pobladores del estado, no eran los que más sobresalían. En 1846 ya habían llegado a esas tierras unos 1 200 "extranjeros", que representaban a casi todos los países de la Tierra,[23] y el grupo mayor era el norteamericano. La mayoría de estos yanquis, alrededor de 800, se concentraban en el Valle de Sacramento, la región a la que primero llegaron los nuevos colonos después de atravesar las montañas del este. El Valle de Sacramento estaba dominado por un fortín fronterizo, Sutter's Fort, propiedad de John A. Sutter, inmigrante suizo que gozaba de una situación a la vez privilegiada y precaria: por un lado era anfitrión de los recién llegados colonos norteamericanos, pero por el otro debía agradecimiento al gobierno californio porque le había concedido la ininterrumpida posesión de 20 000 hectáreas en las proximidades del Río Sacramento. Sutter ocupaba oficialmente un puesto gubernamental que le concedía (de lo cual se ufanaba) "poder de vida y muerte sobre cualquier habitante de su distrito",[24] y salió bien librado de los inevitables actos de equilibrio procurando complacer a ambas partes. Cuando llegaban colonos, les proporcionaba (por un precio, naturalmente) lo que les hacía falta, y luego informaba a Castro sobre sus actividades.[25] En esto se basó la prosperidad de Sutter's Fort, que en 1844 tenía un muro de cinco metros y una docena de cañones.[26]

Con el arribo estimado de 350 nuevos colonos norteamericanos anualmente a Sutter's Fort (y debido al descontento de la población local con la ciudad de México), era natural que la mayor parte de los norteamericanos, lo mismo en California que en Washington, se inclinaran más a que la región formara parte de la Unión Americana sin necesidad de derramar sangre. Se destacaba en este grupo Thomas O. Larkin, de Nueva Inglaterra, hombre poco instruido que llegó al "trampolín del mundo" en 1832 en busca de fortuna.[27] Le fue bien, y en poco tiempo se con-

[23] Un agudo observador veía en ellos al "indómito californiano, al indio semisalvaje, al trampero errante del Oeste, al mexicano anárquico, al licencioso español, al británico regañón, al huidizo francés, al irlandés desafortunado, al laborioso alemán, al aventurero mormón". Y añadía que todos habían llegado "esperando encontrar poco trabajo y poquísimas leyes" (Colton, *Three Years…*, p. 19).

[24] Lewis, *Sutter's Fort*, p. 117.

[25] *Ibid.*, p. 122.

[26] Informe de Frémont, 1843-1844, en Goetzmann, *Army Exploration…*, p. 98.

virtió en el principal comerciante de Monterey, donde contrajo matrimonio con una joven de buena familia. En su calidad de miembro destacado de la comunidad, Larkin sirvió de intérprete y mediador cuando el comodoro H. Catesby Jones tomó —precipitada y equivocadamente— Monterey en 1842. Con ese incidente subieron los bonos de Larkin en el Departamento de Estado en Washington. En 1843 fue nombrado cónsul, y como tal demostró ser un observador sagaz que, además, sabía expresarse. Sus despachos constituían la mejor fuente de información que entonces tenía Washington.[28] En lo personal era generoso, y se decía que su hospitalidad era "munificente".[29] Tanta influencia tenía Larkin que cuando un distinguido intelectual escribió más tarde sobre la competencia entre Francia, Inglaterra y Estados Unidos, observó: "En esta contienda, Estados Unidos tenía dos considerables ventajas: Larkin, su muy hábil cónsul en Monterey, y la preponderancia de sus ciudadanos entre los extranjeros en ese territorio".[30]

El rango de Larkin como cónsul de Estados Unidos no estorbó sus actividades comerciales; en realidad, ambas actividades se complementaban. En lo político, a su vez, no vio ningún conflicto entre su amor a California y el deseo de que se afiliara a Estados Unidos.

De igual manera pensaba un destacado californio establecido en Sonoma, comerciante y útil fuente de crédito, el general Mariano Guadalupe Vallejo. En otra época casi tan poderoso como Castro, Vallejo se había retirado de la política, pero en su calidad de patriota californio personalmente opinaba que el futuro de los intereses de California no se encontraba en México sino en Estados Unidos, y ello lo convirtió en el mejor amigo de Estados Unidos en la región.[31] Vallejo y Larkin, junto con Sutter, estaban persuadidos de que por el bien de todos, el de ellos y de Califor-

[27] Harlow, *California…*, p. 14.

[28] Bernard DeVoto, *The Year…*, p. 20. A principios de 1846, por ejemplo, Larkin envió a Polk una detallada y notable evaluación (de unas 3 000 palabras) sobre la situación de California en lo relativo a historia, condiciones actuales e incluso los precios de infinidad de productos, desde el oro hasta las pieles de res.

[29] *Cf.* "California in 1846: A Report to the U. S. Government", originalmente publicado en *The Pacific Monthly*, diciembre de 1863, en Lewis, *California in 1846* (Grabhorn Press, San Francisco, 1934); y Colton, *Three Years…*, p. 17.

[30] Lewis, *The United States…*, p. ix.

nia, Estados Unidos debía permitir que California llegara pacíficamente a formar parte de la Unión.

En palabras de Larkin, "la pera está madura y a punto de caer".[32]

[31] Hutchinson, *California*, p. 99.
[32] Larkin a Leidesdorff, 23 de abril de 1846, en Hagwood, *First…*, p. 55.

XVIII. OCUPACIÓN DEL OESTE
Junio-octubre de 1846

En California la pera quizá estaba a punto de caer, pero el presidente Polk no estaba dispuesto a esperar sentado a que cayese por sí sola. Las fuerzas que enviaba al oeste, bajo el mando de Stephen Kearny, eran considerables: el Primero de Dragones (300 hombres), el Primero de la Infantería Montada de Misuri (1 000 hombres) y, posteriormente, el Segundo de Misuri, al mando del coronel Sterling Price. Por lo demás, como se comprobó después, el territorio al oeste de Santa Fe sólo tenía capacidad para enfrentar a una pequeña fracción de esas cifras.

Evidentemente, Kearny era el indicado para encabezar la misión. Veterano de la guerra de 1812, había pasado más de 30 años en la frontera oeste, los últimos 10 al mando de la selecta tropa del Primero de Dragones.[1] Tenía 52 años de edad y buena estampa militar, con fama de "eficiente, efectivo, cortés, callado y duro". Era un jefe muy autoritario, y la política no tenía que ver con él; era un soldado del ejército regular ciento por ciento.

Kearny conocía bien gran parte de la región que iba a cruzar. El año anterior había encabezado a una parte de sus tropas en una marcha de 3 500 kilómetros, realizada como una "demostración de fuerza" más allá de Fort Laramie, hasta South Pass, Wyoming, y al regreso pasó por el borde oriental de las Rocosas hacia Bent's Fort, en Arkansas. En el camino negoció con indios sioux, cheyenes y arapahos, a los que, al parecer, convenció —esa era su misión— de que no atacasen las caravanas de los migrantes.[2]

Su principal subordinado en esta campaña era, a su manera, un hombre tan notable como él mismo: el coronel Alexander W. Doniphan, un abogado de Liberty, Misuri, quien sin dificultad fue seleccionado comandante del Primero de Voluntarios de Misuri, a pesar de que en ese regimiento había hombres

[1] Algunas de las compañías del Primero de Dragones se habían ido con Wool para unirse a Taylor.

[2] Goetzmann, *Army Exploration…*, pp. 112 y 113.

con mayor experiencia militar. La elección de Doniphan se basó totalmente en la opinión que sus hombres tenían de él, a quien seguían porque era el más alto y el más "duro" de todos. No era fanfarrón, y prefería aplicar la disciplina por consenso en lugar de imponerla. Sin embargo, a pesar de sus procedimientos informales, nadie ponía en duda su autoridad. Con su guía estarían seguros.

Los hombres que Doniphan llevó consigo eran pioneros, totalmente ajenos a la severa disciplina del Primero de Dragones. Por lo general eran soldados civiles alborotadores, joviales, que se habían enrolado para ir en busca de aventuras. En una u otra forma aprendieron a admirar y respetar al siempre austero Kearny, y debido a que también lo consideraban una especie de curiosidad, muchos de ellos lo seguían en Fort Leavenworth sin motivo aparente y sin una buena razón. Kearny, sabiendo que le era forzoso depender de esos hombres, correspondía de buena gana a lo que ellos sentían por él.[3]

Con esta fuerza nada convencional, Kearny comenzó a organizar su expedición. Sabía por su mucha experiencia que contaba con poco tiempo si quería llegar a California antes de que empezaran las nevadas. Más aún, como en su ruta escasearían la hierba y el agua, proyectó enviar sus fuerzas por destacamentos, que irían partiendo gradualmente. El Santa Fe Trail había sido recorrido con regularidad por los comerciantes desde 1825, pero nunca había tenido que soportar el paso de un grupo que se acercara siquiera a los 1 600 hombres al mismo tiempo.[4]

Debido a su viaje del año anterior, Kearny estaba familiariza-

[3] Un día, quizá en busca de descanso, Kearny subió solo a una nave de vapor. Algunos voluntarios sorprendieron al centinela e irrumpieron en el barco. Dos de ellos palmearon a Kearny en la espalda mientras le decían de buen humor: "¡Oiga, viejo, no crea que nos va a abandonar! Juramos que por la causa y en compañía de usted desafiaríamos rayos y centellas. ¿De qué quiere echarse un trago, general?" Antes de que terminara este encuentro, Kearny ya se había tomado una generosa cantidad de whisky (Bernard DeVoto, *The Year…*, p. 232).

[4]

Primero de Dragones (Kearny)	300	hombres
Primero de Misuri (voluntarios)	860	hombres
Artillería (mayor M. L. Clark)	250	hombres
Otros	190	hombres
Total	1 600	hombres

Además, 460 caballos, 3 700 mulas de tiro, 15 000 reses, 12 cañones de seis libras y cuatro de 12 (Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 286, y David Nevin, *The Mexican War,* p. 109).

do con Bent's Fort, y sin mucho pensarlo decidió que ahí descansaría, se rehabilitaría y concentraría a su ejército. Por otra parte, no tenía mucho para escoger, porque Bent's Fort era el único sitio bien establecido a lo largo del Santa Fe Trail. Para seguir esta ruta tendría que desechar la de Cimarron Cutoff, más corta y menos difícil, y atravesar el peligroso Raton Pass, pero todas esas consideraciones tenían importancia secundaria, pues era necesario hacer una parada en Bent's Fort.

A lo largo de junio Kearny fue despachando partidas de su ejército, pero él se esperó a salir de Fort Leavenworth hasta el último día del mes, dos días después de que lo hiciera Doniphan. En términos generales, seguiría el amplio y bien señalizado Santa Fe Trail. A las cuatro semanas de su salida de Council Grove, el último fortín fronterizo del territorio pacificado, sus tropas llegaron a una herbosa pradera a 15 kilómetros de Bent's Fort. Kearny arribó el último día de julio de 1846, cuando ya su ejército estaba completo, excepto por un escuadrón de dragones.[5]

No había sido un viaje fácil. La preocupación de Kearny porque no abundarían ni la hierba ni el agua estaba bien fundada. Los hombres tuvieron que beber agua que ni los caballos aceptaban, por lo que muchos enfermaron. Abundaban los mosquitos de diversa clase. Los rostros ardían, las lenguas se hincharon. Algunos hombres se rindieron a la apatía y otros a una cólera incontrolable. De un total de 100 caballos de una de la unidades de artillería, fallecieron 60.[6] Aun así, Kearny no disminuyó el ritmo de la marcha, y la mayor parte de aquellos hombres recorrieron un promedio de 32 kilómetros diarios, lo que da un total de unos 1 050 kilómetros.

Kearny había oído decir que la gente de Nuevo México estaba descontenta con el gobernador, Manuel Armijo, por lo que creyó que Santa Fe caería sin librar combate. No obstante, se percató de que para lograrlo debía persuadir a los mexicanos de que sus intenciones eran pacíficas y de que podía aplastarlos si oponían resistencia. Con este objetivo lanzó una proclama dirigida al pueblo de Nuevo México:

[5] Turner, *The Original Journals…*, p. 66.
[6] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, pp. 288 y 289.

> El suscrito llega a Nuevo México a la cabeza de una gran fuerza militar con el objeto de procurar la unión y mejorar las condiciones de los habitantes. Obra así por instrucciones de su gobierno, y con la seguridad de que contará con el apoyo necesario para alcanzar esos objetivos. Se ordena a los ciudadanos de Nuevo México… que prosigan sin interrumpir sus ocupaciones pacíficas. Mientras hagan esto, serán respetados sus derechos tanto civiles como religiosos.[7]

A fin de tener la seguridad de que esta proclama convencería al pueblo de Santa Fe, Kearny se apoyó astutamente en la naturaleza humana. Perdonó la vida a tres espías mexicanos que habían sido capturados, quienes normalmente habrían sido fusilados, y los mostró por todo el campamento. Enseguida los puso en libertad bien provistos de ejemplares de la proclama. Uno de los espías salió del campamento felizmente acompañado de su esposa, de quien no tenía noticias desde hacía mucho porque había sido raptada años antes por los indios.[8]

Para entrar en contacto con Armijo, Kearny fue a ver a James Magoffin, conocido comerciante de Santa Fe que por entonces se encontraba en Bent's Fort. Magoffin aceptó la misión, y partió de Bent's Fort con una escolta el 1 de agosto. Pocos días después obtuvo una audiencia personal con el gobernador. Sin embargo, Armijo le dio largas al asunto; insistió en que esperaba refuerzos de Chihuahua y en que, al menos por el momento, resistiría al invasor.

Pocos días después Kearny reanudó su avance, esta vez al pie de las Rocosas —en un principio se podía ver el Pico de Pike—, y siguió ascendiendo hasta Raton Pass, a más de 2 600 metros de altura. Se aproximó a Santa Fe por una ruta indirecta, al este del paso, que rodeaba la base del Pico de las Truchas.[9] El forraje continuaba siendo un problema, y a veces parecía que se iban a perder aún más monturas. El 10 de agosto Kearny recibió un informe, no confirmado, según el cual en una junta Armijo se

[7] Exec. Doc. núm. 60, p. 168. Véase también Exec. Doc. núm. 60, pp. 172-175, y el informe de William H. Emory, Exec. Doc. núm. 7, p. 33.

[8] Parecía contenta en su nuevo ambiente, y se quedó. Tuvo una criatura con uno de los hombres de Bent. Aun así, el mexicano quería recuperar a su mujer. Kearny comprobó que ella estaba dispuesta a volver y la entregó a su marido (W. H. Emory, *Notes…*, pp. 66 y 67).

[9] Prácticamente no ha cambiado el Santa Fe Trail. Hoy en día lo recorre la autopista interestatal 25, siguiendo casi la misma ruta de antes.

había declarado en favor de la rendición a los norteamericanos, pero que esto había sido rechazado.[10]

En todos los pueblos que encontró en el camino Kearny hizo público el texto de la proclama de Bent's Fort. En la plaza principal de Las Vegas, Tecolote y San Miguel, de pie, lo leyó a los ciudadanos ahí reunidos.[11] Poco después comenzó a ir más lejos: se atrevió a prometer la nacionalidad norteamericana a todos los habitantes de Nuevo México, e incluso convenció a muchos alcaldes para que juraran lealtad a Estados Unidos. Kearny "hizo caso omiso —se diría más tarde— de los argumentos que se oponían a su proceder, como violatorio de lo considerado estrictamente legal".[12]

Al cabo de dos semanas y a 350 kilómetros de Bent's Fort, la tropa de Kearny se acercó a Santa Fe por el sudoeste, atravesando Apache Canyon, el último puesto capaz de ofrecer resistencia. A Kearny se le había advertido que ahí le haría frente Armijo con 12 000 hombres, pero todo acabó en que Armijo, sin coraje para luchar contra los norteamericanos a pesar de su superioridad numérica, encomendó la ciudad a un subordinado y huyó a Albuquerque.[13]

Al entrar los norteamericanos a Santa Fe, encontraron a una población que los recibió imparcialmente. El alcalde invitó a Kearny a tomar un refrigerio en el palacio del gobernador, un edificio de una planta en la plaza principal, donde se izó con las debidas ceremonias la bandera de las barras y las estrellas mientras los soldados de Estados Unidos saludaban con 13 salvas de cañón. Si bien el grueso de sus tropas acampó en las colinas, Kearny se alojó en el palacio del gobernador.

Durante los días siguientes se consolidó la presencia norteamericana. Los alcaldes de los pueblos vecinos prestaron juramento de fidelidad. El domingo 23 de agosto, Kearny y sus oficiales fueron a la parroquia para participar en los servicios religiosos.

[10] H. S. Turner, *The Original Journals…*, p. 70. Al parecer, el debate entre los habitantes de Nuevo México fue muy acalorado. El principal defensor de la resistencia, Diego Archuleta, después de la guerra, participó en la política local con bandera norteamericana.

[11] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 291.

[12] Turner, *The Original Journals…*, pp. 71 y 72, y Ripley, *The War…*, vol. I, p. 284.

[13] Turner, *The Original Journals…*, p. 72.

Cuatro días después organizó un baile para 500 personas, entre norteamericanos y mexicanos. Se informó que en la velada había "reinado la armonía", aun cuando el humo de los puros era tan espeso que Kearny se sintió mareado y tuvo que retirarse.[14]

Había que atender diversos asuntos. El 19 de agosto, al día siguiente de su entrada en Santa Fe, Kearny comisionó a dos de sus ingenieros topógrafos para que escogieran el sitio donde se habría de construir un fuerte que dominara la ciudad. Poco después, en efecto, desde cualquier punto de Santa Fe se podía ver Fort Marcy, ubicado a sólo 600 metros sobre la plaza, como un claro recordatorio para indios y mexicanos de la autoridad de Estados Unidos.

Como su *mandato* había convertido a los habitantes de Nuevo México en ciudadanos norteamericanos, Kearny decidió crear una Constitución para la nueva provincia, que Doniphan, abogado de profesión, redactó. El resultado fue el Código Kearny, que a su debido tiempo fue remitido a Washington para su aprobación. Para familiarizarse con aquel territorio hasta el Río Bravo —y para que se viera que lo estaba haciendo—, Kearny condujo a una parte de sus fuerzas a una expedición exploratoria. Al regresar ya estaba listo para continuar hacia California. En resumen, había anexado el territorio de Nuevo México sin un solo disparo.

El viernes 2 de octubre de 1846, el presidente Polk se enteró del éxito de Kearny. Con su característica frialdad anotó en su diario: "El general Kearny ha cumplido bien, hasta hoy, con sus deberes".[15]

El capitán honorario John C. Frémont, del Cuerpo de Ingenieros Topógrafos del Ejército de Estados Unidos, no era un oficialillo de tantos, sino un profesional muy capaz, meticuloso, de 32 años de edad, respetado en el mundo de la exploración científica y conocido entre el público como *Pathfinder* ("pionero"). Pero lo más importante para el ambiente del poder político era su condición de yerno del senador Thomas Hart Benton. Valiente y decidido, arrolladoramente ambicioso, testarudo, tortuoso, maestro en el arte de hacerse publicidad y aprovechar sus relaciones personales, se podía decir que él era casi su propia y única ley.

[14] *Ibid.,* pp. 73 y 74.
[15] Polk, *Diary,* 2 de octubre de 1846, p. 153.

Hasta 1845 esa independencia de Frémont no había hecho mal a nadie. Sus superiores se daban perfecta cuenta de que el Cuerpo de Ingenieros Topógrafos se veía beneficiado por el prestigio de su presencia, por lo que se hacían de la vista gorda ante sus debilidades, e incluso cooperaban con él en las expediciones que proyectaba.

Frémont había iniciado su carrera en 1837 como protegido de Joel Poinsett, entonces secretario de Guerra. Tras participar como subordinado en una misión exploratoria, al año siguiente se convirtió en discípulo de Benton y abrazó con entusiasmo la idea del Destino Manifiesto, tan del agrado del senador. Benton se puso furioso cuando Frémont se fugó con su hija Jessie, pero se calmó al regularizarse la unión. A partir de entonces al yerno no le faltó el respaldo incondicional del suegro;[16] obtuvo fama y su nombre llegó a ser familiar para todos.

A decir verdad, Frémont y Benton eran muy útiles el uno para el otro. El senador, en sus empeños por dar aliento a la expansión occidental hasta Oregon, necesitaba a alguien que mantuviera vivo ese territorio en la conciencia pública. Necesitaba, sobre todo, a alguien que demostrara que el viaje a Oregon era factible y razonablemente seguro para los colonos. Las dos expediciones de Frémont (1842 y 1843-1844) lograron tal objetivo. De esta manera Benton y Frémont llegaron a formar un equipo en el que el uno proporcionaba al otro lo que éste necesitaba.

En junio de 1845 Frémont estaba listo para emprender su tercera expedición. Según su costumbre, él mismo había determinado la ruta que iba a seguirse, pero Benton fue el encargado de sugerirla para obtener la aprobación automática del coronel John J. Abert, jefe de los ingenieros topógrafos.

A la sazón, el prestigio de Frémont había atraído a renombrados montañeses deseosos de trabajar a sus órdenes, entre ellos Kit Carson, Tom *Broken Hand* Fitzpatrick, Joseph Walker y Alexis Godey. En este viaje acompañaron a Frémont, además de los mencionados, 12 indios delawares. Ninguno de estos hombres tenía grado militar, pero todos, esbeltos y resistentes, eran veteranos de muchos encuentros. A ninguno le faltaba su mosquete de 26 libras y un largo cuchillo.[17] Frémont, el único militar entre

[16] Goetzmann, *Army Exploration…*, p. 68.

[17] Por cuanto podía verse, Frémont intentaba conducir sus operaciones a la

todos ellos, mostraba poco o ningún interés en la inminente guerra. No obstante, al acercarse a California, su contingente de 60 soldados armados era, considerado aisladamente, la más importante fuerza combativa de la región. Y Frémont, a quien sus hombres profesaban una fanática lealtad, era, en el mejor de los casos, como un cañón sin emplazamiento fijo.

Frémont y su gente llegaron a Sutter's Fort en diciembre de 1845, precisamente por los días en que en México la misión de John C. Slidell era rechazada. Sus hombres estaban agotados y hambrientos. Desde su partida de Fort Leavenworth el 20 de junio de 1845, se habían detenido en Bent's Fort y atravesado la Sierra Nevada siguiendo la ruta que Frémont había descubierto el año anterior. Sutter's Fort hubiera sido un lugar ideal para descansar y reorganizarse, pero Frémont prefirió hacer las cosas a su manera. Por ello fue a Monterey, donde explicó a un desconfiado general Castro que su misión tenía carácter pacífico, que proyectaba dirigirse al norte en busca de una ruta a Oregon y que no causaría problemas. Finalmente Castro dio su autorización para que Frémont y sus hombres permanecieran en California, pero insistió en que debían permanecer en el Valle de Sacramento.

En marzo de 1846 Frémont dejó a un lado las instrucciones de Castro y pasó de San José a un lugar a sólo unos 40 kilómetros de Monterey. Cuando Castro le ordenó que saliera de ese sitio, se negó a hacerlo, izó la bandera de Estados Unidos y comenzó a prepararse para la defensa. Pero Castro tenía artillería, y cuando Frémont supo que el californio se disponía a sitiarlo, furioso se escabulló el 9 de marzo, protegido por la oscuridad de la noche, en dirección a Oregon. No fue el último contacto que Castro tuvo con Frémont.

El 11 de febrero de 1846, tres semanas antes de que Frémont saliera de Sutter's Fort para dirigirse a Monterey, el teniente de marina Archibald Gillespie llegó a Mazatlán, en la costa occidental de México. Ahí se reunió con el comodoro John D. Sloat, del Escuadrón del Pacífico de Estados Unidos, y, en una de sus

manera de una acción militar. Un día, cerca de Fort Leavenworth, según un relato, leyó a su unidad lo que establecía el código militar. Trece de sus hombres inmediatamente regresaron a su lugar de origen (Thomas Salathiel Martin, citado por William H. Goetzmann, *Army Exploration…*, p. 118).

muchas, extensas y zalameras cartas, informó al secretario de la Marina sobre los progresos realizados. Desde su salida de Nueva York en noviembre del año anterior, Gillespie había desembarcado en Veracruz y, disfrazado de comerciante, atravesado la República Mexicana. Las órdenes que llevaba Gillespie eran que Sloat le asignara una corbeta que lo transportara a Monterey. Sloat escogió la *Cyane*.

Como algunos cruceros británicos habían estado observando de cerca los movimientos de Sloat, Gillespie temió que los agentes ingleses se hubieran enterado de su misión. De ser así, cualquier confirmación de que Gillespie llevaba despachos de Washington podría ser causa de que el escuadrón naval británico se presentara en Monterey, donde izaría la bandera del Reino Unido antes de que Sloat pudiera entrar en acción. Por consiguiente, Gillespie y Sloat estuvieron de acuerdo en que la corbeta *Cyane* siguiera una ruta indirecta a Monterey, que lo llevaría primero a las Islas Sandwich (Hawai). Los preparativos para tan largo viaje pospusieron la salida del *Cyane* hasta el 22 de febrero.[18]

Gillespie llegó a Monterey a mediados de abril de 1846, e inmediatamente se reunió con Larkin. A Gillespie le simpatizaba el cónsul Larkin, pero sin más ni más descartó su actitud crítica hacia el reciente comportamiento de Frémont,[19] en cuya búsqueda salió poco después.

Lo mismo que Frémont, Gillespie se dirigió al norte por la ruta de Sutter's Fort, adonde llegó el 28 de abril. Sutter no se sintió impresionado por su visitante. "Me pidió caballos y alguien que lo llevara con Frémont —escribió más tarde Sutter.— Le presté mi mula favorita y me la devolvió con problemas respiratorios."[20] Dos semanas después de la partida de Gillespie, Sutter informó sobre esta visita a Castro.

Al cabo de arduas y peligrosas jornadas, Gillespie y su pequeño contingente alcanzaron a Frémont a principios de mayo a orillas del Lago Klamath Superior, al norte de la línea divisoria entre California y Oregon. En un dramático incidente, Frémont se vio obligado a salvar a Gillespie de unos indios cuando éste se acercaba al campamento. La incursión que los indios realizaron

[18] "Gillespie and the Conquest of California", en *California Historical Society Quarterly,* primavera de 1938, pp. 123-130.

[19] *Ibid.,* Gillespie a Bancroft, 18 de abril de 1846, Monterey, p. 136.

[20] Lewis, *Sutter's Fort,* pp. 120-122.

esa noche, que casi arrasó el campamento de Frémont, probablemente fue la causa de la vaguedad de las notas que uno y otro escribieron sobre su encuentro.[21] Unidos de esta manera por un peligro común, Frémont y Gillespie inmediatamente se convirtieron en aliados, lo cual resultaba natural porque ambos se encontraban "mutuamente compatibles", por enérgicos, ambiciosos e impetuosos, y porque ambos despreciaban a los californios.[22]

Desde antes de que Gillespie lo alcanzara, Frémont había aminorado su marcha a causa de las impresionantes nevadas. Es probable, por lo tanto, que le agradara encontrar una razón para no continuar hacia el norte. En todo caso, al recibir las cartas de Benton que Gillespie le entregó, se dispuso a regresar a Sutter's Fort. Para Frémont apenas empezaban las experiencias en California.

Entre tanto, la confrontación de los primeros días entre Frémont y Castro aún resonaba en Sacramento y Monterey, pues la renovada belicosidad de Castro, provocada por Frémont, incluía amenazas que atemorizaron a todos los colonos norteamericanos. Considerando que ellos constituían el siguiente objetivo de Castro, un grupo de habitantes de Sutter's Fort pasó a los hechos y, a mediados de junio, atacó por sorpresa a unos californios y se robó 150 caballos. Poco después otros 40 hombres se presentaron en Sonoma, donde hicieron presos a unos 18 californios, se apoderaron de ocho piezas de artillería, 250 depósitos de armas y 250 caballos.

Irónicamente, en Sonoma el comandante era Manuel Vallejo, amigo y colaborador de Larkin en los esfuerzos por atraer a California pacíficamente al seno de la Unión. Cuando esa mañana 150 alborotadores de Sutter's Fort llamaron a la puerta, imprudentemente Vallejo los invitó a pasar y les ofreció hospitalidad. Los norteamericanos no tardaron en emborracharse, y Vallejo y otros tres individuos fueron hechos prisioneros y llevados a Sutter's Fort. Para entonces Frémont ya había regresado del Lago Klamath, a tiempo para convencer a Sutter de que metiera en la cárcel a los californios. A pesar de la oposición de Frémont, Sutter

[21] Véase un relato exhaustivo de las incursiones de los indios en Benton, *Thirty Years' View…*, vol. II, pp. 690 y 691.

[22] "Letter from the Farthest West" [Carta del muy Lejano Oeste], 10 de junio de 1846, citado por Lewis en *The United States…*, p. 25.

trató a Vallejo y a los otros tres prisioneros con grandes consideraciones.[23]

Poco después, en Sonoma, los colonos norteamericanos se declararon independientes del régimen californio y establecieron la efímera República de California, con William B. Ide, originario de Vermont, como comandante en jefe. Los rebeldes idearon una nueva bandera, símbolo de la nueva "república", en la que aparecían una estrella y un oso pardo mal dibujado. Al populacho de Sonoma se le conoció entonces como los ciudadanos de la República de la Bandera del Oso.

Según el modo de ver las cosas en la California de la época, los *Bear Flaggers* constituían una fuerza importante. Al cabo de sólo 10 días de "independencia", sin dificultad y sin que nadie recibiera un rasguño, repelieron una expedición formada por 50 hombres que Castro envió para combatirlos.[24]

En ese momento Frémont decidió revelarse como instigador del movimiento de la Bandera del Oso,[25] y envió un mensaje a Washington con el que renunciaba al ejército de Estados Unidos. Fundó el grupo denominado Batallón de California, se autonombró comandante del mismo, y a su nuevo amigo, Gillespie, le dio el cargo de ayudante. En este batallón se incluía al grupo original de Frémont, además de 190 colonos, entre ellos todos los trabajadores de Sutter y los mejores de sus indios.[26]

El 4 de julio de 1846, en Sonoma, durante una de las celebraciones de la fiesta nacional, Frémont anunció que conquistaría toda California. Esta proclama es digna de atención porque se hizo en una época en que Frémont ignoraba si Estados Unidos y México estaban o no en guerra. Larkin, entre otros, se sentía angustiado ante la posibilidad de que se desatara la violencia y hubiera derramamiento de sangre, y opinaba que la conducta de Frémont era indecorosa. "El Oso —escribió al día siguiente— supera a todos los animales en estos rumbos."[27]

[23] *Ibid.*, 24 de junio de 1846, citado por Lewis en *The United States…*, pp. 31 y 32. Véase también Nevin, pp. 99 y 104.

[24] Nevin, *The Mexican War*, p. 105.

[25] Lewis, *Sutter's Fort*, p. 125.

[26] Oscar Lewis, *Sutter's Fort*, p. 127. Gillespie negó posteriormente haber participado cuando aún no sabía que Estados Unidos y México estaban en guerra.

En Mazatlán, el comodoro John Sloat, de 65 años de edad, enfermizo y próximo al retiro, obró con prudencia a pesar de la impetuosidad con que se conducían sus compatriotas en el Valle de Sacramento. Gillespie le llevó las instrucciones que se pondrían en práctica en el caso de que Estados Unidos y México fueran a la guerra, pero Sloat no estaba muy seguro de que ya hubieran comenzado las hostilidades. A través de fuentes mexicanas se enteró, a mediados de mayo de 1846, de la emboscada que se le tendió a Thornton en Matamoros, pero eso no bastó para que entrara en acción. Sin embargo, las vacilaciones del comodoro terminaron cuando oyó el rumor de que el almirante sir John Seymour se disponía a atacar Monterey en nombre del rey de Inglaterra. Para prevenir ese ataque, Sloat, muy preocupado, partió para California a principios de junio.[28]

Llegó con su escuadrón de cinco naves a Monterey el 2 de julio de 1846, e inmediatamente desembarcó para presentar sus respetos a las autoridades californias. Enseguida consultó a Larkin, quien no había perdido la esperanza de que prevaleciera la paz. Influido por los argumentos de Larkin para que procediera sin ninguna precipitación, Sloat siguió vacilando, sin poder olvidar que en 1842 el comodoro Catesby Jones había caído en desgracia por tomar Monterey sin autorización.

Por otra parte, Sloat también estaba preocupado por la posibilidad de que la flota británica desembarcara y ocupara Monterey, y reconoció que eso sería peor que apoderarse prematuramente de ese sitio. Entonces, al enterarse de que ya se había proclamado la República de la Bandera del Oso, sin más pensarlo concluyó que Gillespie y Frémont habían obrado autorizados por Washington, y se sintió en libertad para exigir que Castro ordenara la rendición de Monterey.

Castro refrendó su carácter de enemigo, y Sloat desembarcó con un destacamento de 250 marineros e infantes de marina. Monterey se rindió sin ofrecer resistencia, y en una ceremonia que tuvo lugar en la plaza principal el capitán del *Savannah,* William Mervine, leyó una proclama anunciando que Estados Unidos tomaba posesión de la Alta California. En lenguaje conciliador, el mensaje de Sloat prometía que se respetarían los dere-

[27] Larkin a Leidesdorff, 5 de julio de 1846, en Hawgood, *First…,* pp. 82 y 83.
[28] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 334.

chos de los ciudadanos californios. El siguiente paso de Sloat fue enviar a Mervine para que ocupara Yerba Buena.[29]

Desde ese momento dejó de existir la República de la Bandera del Oso, y Frémont y Gillespie, a la cabeza de 160 jinetes, entraron a Monterey el 19 de julio para enrolarse en el servicio de Estados Unidos. Todavía le esperaba a Sloat una sorpresa final: Frémont reconoció que había organizado y dirigido el movimiento de la Bandera del Oso sin autorización de Washington. Tres días después, gustosamente entregó el mando al recién llegado comodoro Robert F. Stockton.

Stockton, veterano político y oficial de la armada, antiguo comandante del *USS Princeton,* superpatriota y conspirador en Texas, era diametralmente opuesto en actitud a Sloat, y desde que llegó a California decidió ocuparla recurriendo a la fuerza de las armas.

Sin embargo, en una acción militar así los recursos de Stockton se atomizarían debido a la magnitud del territorio. A mano sólo tenía cuatro naves: una la envió a Yerba Buena, otra a Monterey, y destinó dos, el *Congress* y el *Cyane,* para el ataque a Los Ángeles.[30] (La quinta nave aún seguía en Mazatlán.)

Para atacar el pueblo de Los Ángeles, a pocos kilómetros tierra adentro del puerto de San Pedro, Stockton necesitaba fuerzas terrestres, como el Batallón de California, al mando de Frémont, e inmediatamente lo enroló en las filas del servicio naval norteamericano.[31] De acuerdo con el plan de Stockton, el Batallón de California se embarcaría en el *Cyane* rumbo a San Diego, a fin de cortar la línea de comunicaciones entre Los Ángeles y el estado mexicano de Sonora, al sur. El *Congress* izaría la bandera en Santa Bárbara, y después se dirigiría a San Pedro, donde unos 300 marineros e infantes de marina desembarcarían para dirigirse luego a Los Ángeles.[32]

Castro había salido de Monterey desde tiempo atrás, y al fin se reunió con Pico en Los Ángeles. Juntos intentaron enfrentar a los ingleses contra los norteamericanos, y preguntaron al cónsul británico si los ingleses podrían neutralizar a los norteamericanos

[29] *Ibid.,* p. 335.
[30] Colton, *Three Years…,* p. 15.
[31] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 336.
[32] Colton, *Three Years…,* p. 20.

en el mar.[33] Pero el cónsul, carente de la debida autoridad, nada podía prometer. Entonces apareció Larkin en escena y procuró resolver amistosamente la situación. Poniendo a prueba su relación, que tanto le había costado, con los californios, insistió ante Castro y Pico para que le pidieran a Stockton que reconociera a California como república independiente protegida por Estados Unidos. Ambos accedieron.

Stockton, no obstante, rechazó cualquier solución que no fuera la de la conquista militar, y tenía elementos para llevarla a cabo. Castro y Pico, por consiguiente, huyeron el 10 de agosto, y Larkin entró a Los Ángeles dos días después, prácticamente solo. El 13 de agosto de 1846, Stockton y Frémont, junto con una banda militar de música, recorrieron los 30 kilómetros que separan a San Pedro de Los Ángeles.

Cuatro días después, el 17 de agosto, un barco llevó a Los Ángeles los despachos que anunciaban que al fin se había declarado la guerra entre Estados Unidos y México. Stockton emitió una proclama donde se afirmaba que California ya pertenecía a Estados Unidos. Se restableció el imperio de la ley y del orden, y la vida recuperó su normalidad. Poco después se contó con un periódico y se construyó una escuela, y se programaron elecciones municipales para septiembre. Stockton redactó una serie de leyes que envió a Washington para su aprobación. Algunas de ellas, por ejemplo la referente a la aprehensión de ciertos ladrones de caballos y a la devolución a los dueños de propiedades robadas, despertaron oleadas de aprobación entre los californios.

California se acogía a la bandera de Estados Unidos sin dificultades mayores. Al menos eso es lo que se pensó.

[33] Museo de Historia Natural del condado de Los Ángeles.

XIX. CAOS EN CALIFORNIA
Octubre de 1846-junio de 1847

No obstante las apariencias, la pacificación de California en agosto de 1846 era más ilusoria que real. Aunque se habían dispersado las fuerzas de Castro y de Pío Pico, los californios no se sintieron conquistados, y sólo esperaban el momento oportuno para rebelarse. La zona de mayor agitación era la de Los Ángeles, donde Arnold Gillespie, quien había sido nombrado alcalde por Frémont, distaba mucho de tener el control. Las severas medidas que implantó resultaban pesadas y ofensivos sus aires de superioridad. Debido a que los ciudadanos disciplinados, cuya buena voluntad era indispensable para mantener a raya a los crónicamente descontentos, eran los más agraviados, Gillespie no tuvo aliados entre ellos cuando se iniciaron los desórdenes.

Una sublevación de gran magnitud tuvo lugar a las seis semanas de que Gillespie tomara posesión, y continuó creciendo hasta que, a fines de septiembre de 1846, el alcalde comprendió que su guarnición de 48 hombres tendría que rendirse. El capitán José María Flores, oficial californio entonces en libertad condicional, aceptó la capitulación de Gillespie y le concedió algunas garantías. Se permitió que Gillespie y sus hombres salieran de la ciudad y se dirigieran a San Pedro, de donde el 4 de octubre zarparon para Monterey en un barco mercante. Los californios encabezados por Flores, alrededor de 300, pronto sometieron a las guarniciones norteamericanos de San Diego y Santa Bárbara. Stockton, en Monterey, se sintió muy frustrado por estos desórdenes pues tuvo que posponer su salida para Mazatlán. Se hallaba en la misma situación que en agosto.

De inmediato comenzó a restaurar la autoridad de Estados Unidos. En primer lugar, ordenó a Frémont, cuyo Batallón de California había permanecido en el Valle de Sacramento, que se trasladara a Monterey y de ahí continuara, por mar, a San Pedro. Sin embargo, Frémont no era nada afecto al transporte marítimo y además tenía otros planes, por lo que encontró pretextos para

quedarse en Sacramento. Ya se iría por tierra cuando lo juzgara necesario.

Para esas fechas Stockton ya tenía bien estudiado a Frémont y comprendió que no podía contar con él. Por consiguiente, se dispuso a retomar la ciudad de Los Ángeles con las fuerzas navales a su alcance. El *Savannah* estaba disponible en Monterey, con una tripulación de 225 hombres, a los que se añadiría la fuerza que había salido con Gillespie de Los Ángeles. Stockton podría, si bien con cierta dificultad, improvisar una unidad de desembarco de aproximadamente 400 hombres, a cuya cabeza pondría al capitán Mervine. Se trataba, por supuesto, de una medida arriesgada porque Mervine no tenía ni artillería ni caballos, además de que carecía de los medios para proveerse de nuevos suministros, pero Stockton esperaba que la guarnición de Los Ángeles no fuera tan fuerte y que Mervine pudiera dominarla sin mucho esfuerzo.

La operación no salió bien. El 8 de octubre de 1846 Mervine desembarcó en San Pedro, sólo para encontrarse con Flores, que le hizo frente en el llano situado entre ese puerto y Los Ángeles. Para los californios fue casi un juego rechazar a los norteamericanos. Dando muestra de su habilidad como jinetes, hacían cabriolas en sus monturas justo fuera del alcance de las pequeñas armas de Mervine, disparando de vez en cuando su único cañón. Cuando los norteamericanos, que iban a pie, avanzaban furiosos para acercarse al cañón, los jinetes de Flores sencillamente lo arrastraban con una cuerda fuera de su alcance. Luego, desde una distancia segura, volvían a dispararlo. Mervine, frustrado, al fin desistió de su empeño. Sus bajas sólo habían sido cuatro hombres muertos y 10 heridos, pero saltaba a la vista que carecía de fuerzas suficientes para superar la resistencia que sin duda ofrecería Flores. Su esfuerzo había sido inútil.

Este fracaso significaba que los norteamericanos probablemente no volverían a tomar Los Ángeles en un futuro cercano, principalmente porque Flores había llevado a otra área todos los caballos y el ganado de la región. Había funcionado bien la estrategia de los californios de confinar a los norteamericanos en San Pedro y en los puertos del norte.

A fines de octubre, a las tres semanas de su fracaso en San Pedro, el comodoro Stockton decidió adoptar una nueva táctica: cambiaría su base de avanzada contra Los Ángeles de San Pedro

a San Diego. Esto podría llevarse a cabo, pensó, porque Flores, después de apoderarse de ese pueblo, comprendería que no podría retenerlo y lo abandonaría. San Diego proporcionaría una base de operaciones adecuada; el terreno llano próximo al puerto permitiría que la artillería naval dominase la zona circunvecina. Además, San Diego se hallaba a bastante distancia de la base desde donde operaba la caballería de Flores, y esto haría posible la provisión desde Baja California de caballos, equipo y víveres.

A Flores no le faltaban problemas, y a decir verdad eran aún más serios que los de Stockton. Los californios sólo eran revolucionarios a medias, y cuando fueron reclutados los hombres en edad de pelear eran muy pocos. Los pertrechos eran escasos, sin excluir las municiones, y Flores no disponía de dinero suficiente para pagar a la tropa. A fin de hacer frente a sus problemas, el capitán mexicano había descentralizado sus fuerzas, enviando a Castro a San Luis Obispo con 100 hombres y a Andrés Pico (hermano de Pío Pico, el ex gobernador) con otros 100 a San Diego, para no perder de vista a Stockton. Como una agradecida legislatura compuesta de californios lo había elegido gobernador provisional y comandante general, Flores se quedó en Los Ángeles con 200 hombres,[1] y se dispuso a esperar la reacción de los norteamericanos.

Por los días en que Los Ángeles estaba quedando en poder de los californios, el general de brigada Stephen W. Kearny había llegado al final de sus actividades en Santa Fe. La zona parecía pacificada y sus habitantes se veían contentos. Por tanto, preparándose para trasladarse a California, Kearny nombró para que lo remplazara a un gobernador civil, Charles Bent. Éste al parecer era el hombre ideal para ese puesto, y Kearny confiaba en que en sus manos estuviera segura la administración de Nuevo México.

Kearny sabía que aún le quedaba por delante lo más difícil de su viaje transcontinental. Entre Fort Leavenworth y Santa Fe había seguido el bien establecido camino del Santa Fe Trail, pero en lo sucesivo iría por una ruta que sólo conocían unos cuantos montañeses, esto es, la ruta del Río Gila, explorada en 1828 por dos tramperos, Sylvester Pattie y su hijo James.[2] Era un cami-

[1] Nevin, *The Mexican War,* p. 115; Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 340.
[2] Goetzmann, *Army Exploration…,* p. 47.

no que ni siquiera el veterano guía de Kearny, Tom Fitzpatrick, había recorrido. Por lo tanto, Kearny y sus 300 dragones iban preparados para lo peor cuando cabalgaron a lo largo del Río Bravo hacia un punto a unos 100 kilómetros al sur de Socorro y a 400 de Santa Fe. Desde allí se dirigirían al oeste cruzando las montañas.

Al acercarse a Socorro en la mañana del 6 de octubre de 1846, Kearny recibió una sorpresa. Nueve jinetes de extraño aspecto se aproximaron a su columna, lanzando gritos y armando jaleo como los indios por simple diversión. Los capitaneaba nada menos que Kit Carson, quien había sido enviado por Frémont de California para llevar buenas noticias a Washington. Ignorante de los levantamientos que desde su salida de California habían expulsado de Los Ángeles y de Santa Bárbara a los norteamericanos, Carson informó sobre la situación existente en agosto. La ocupación del oeste, aseguró, había llegado a feliz término.

Estas noticias produjeron en Kearny y sus hombres reacciones encontradas. Por supuesto, las nuevas sobre cualquier victoria eran bien acogidas, pero los dragones habían caminado mucho cruzando montañas y desiertos, padeciendo soledad y privaciones, y al llegar a aquel punto no habían disparado un solo tiro. Algunos esperaban ver acción de armas, algún "encuentrito" con el enemigo, para disminuir el tedio que los agobiaba.[3]

Para el propio Kearny, sin embargo, las noticias significaban, ante todo, que iba a cambiar su misión. Hasta ese momento había concentrado su atención en la conquista militar de California con sus 300 dragones, pero con el nuevo giro que tomaban las cosas ya resultaba innecesario hacer que su tropa cruzara las montañas. Una escolta que garantizara su seguridad era todo lo que le hacía falta, además de que un contingente pequeño sobreviviría con menos dificultades a la escasez de agua y de forraje en las inmediaciones del Río Gila. Por consiguiente, Kearny ordenó a la mayor parte de sus dragones que regresara a Santa Fe. Con dos compañías —100 hombres— cruzaría las montañas.

Al mismo tiempo, Kearny convenció al desilusionado Carson de que entregara sus despachos a Fitzpatrick y de que personalmente encabezara el retorno de su Ejército del Oeste a Califor-

[3] Griffin, "A Doctor…", p. 20.

nia. Fitzpatrick transmitiría las noticias de la victoria a una agradecida nación, y Carson se expondría de nuevo al peligro y a las penalidades. Por supuesto, Kearny pedía a Carson algo difícil, algo en lo que no tenía autoridad formal para insistir. Por fortuna Carson comprendió el derecho que asistía a Kearny, y aceptó el cambio de planes con sólo una endeble protesta.

Los cien dragones de Kearny dejaron el Río Bravo el 15 de octubre, y se internaron en la montaña algo más allá de su primera parada: el antiguo mineral de Santa Rita del Cobre, explotado casi 20 años antes por Sylvester Pattie y su hijo, y que acabó convertido en pueblo fantasma ocupado por un jefe apache.[4] Al cabo de cinco días Kearny encontró a un grupo de 30 guerreros apaches, con quienes se celebró una reunión pacífica en la que los indios juraron "eterna amistad" a los blancos y perpetuo odio a los mexicanos. Carson estaba receloso, pero a Kearny no le quedó más remedio que aparentar que creía en ellos.[5] El encuentro terminó con una sesión de intercambio comercial, al parecer amistosa.

El 20 de octubre Kearny llegó al Río Gila. El camino a lo largo del desfiladero próximo al río presentaba muchas dificultades. Por supuesto, abundaba el agua, pero los jinetes se veían forzados a atravesar la corriente de trecho en trecho debido a que el muro del desfiladero llegaba hasta el filo del agua. Agua y montaña configuraban un paisaje pintoresco, pero el camino era malo y no mejoraba. En ese clima árido el polvo se metía en los ojos y en la nariz; sin embargo, lo peor de todo fue que no había nada para comer. Carson comentó que jamás había conocido a nadie que no dejara el Río Gila después de haber padecido hambre.[6]

El 22 de noviembre, a 16 kilómetros del punto donde el Gila desemboca en el Río Colorado, la vanguardia de Kearny descubrió huellas de cascos producidas por las cabalgaduras de

[4] Goetzmann, *Army Exploration…*, p. 134.

[5] W. H. Emory, *Notes…*, p. 60. Los apaches quizá fueron, al menos en parte, sinceros. A James y Sylvester Pattie se les permitió trabajar las minas sólo porque no eran mexicanos (William H. Goetzmann, *Army Exploration…*, pp. 46 y 47). Kearny llevó consigo tres hábiles reporteros: el teniente William Emory, del Cuerpo de Ingenieros Topógrafos; Henry S. Turner, su segundo; y el doctor John S. Griffin. Con sus diferentes puntos de vista se logró una imagen equilibrada.

[6] Griffin, "A Doctor…", pp. 25 y 26.

probablemente un millar de hombres. Quizá Castro conducía un ejército de Sonora a California. Kearny hizo alto para considerar lo que esto podría significar. Si una fuerza mexicana de esa magnitud realmente andaba cerca, su única esperanza podría ser encontrarla y atacar. Esta "fanfarronada", táctica perfectamente aceptable en zonas aún por colonizar, podría disfrazar su propia debilidad ante un enemigo con fuerzas superiores. Por lo tanto, Kearny siguió las huellas de aquellos cascos, hasta que descubrió que las habían dejado unos 500 caballos vigilados por sólo cuatro hombres.[7]

Al día siguiente, en la confluencia del Gila y el Colorado, uno de los oficiales de Kearny capturó a un mexicano de aspecto sospechoso, que resultó ser un importante mensajero de los californios que llevaba cartas donde se confirmaba que la contrarrevolución había "arrojado el detestado yugo de los angloyanquis" de Los Ángeles, Santa Bárbara y otros lugares, y que describían la derrota de las fuerzas de Mervine a manos de Flores en San Pedro.

Kearny mostró calma. Bien podía desestimar el grandilocuente estilo de las cartas como "alarde mexicano", pero no podía pasar por alto la consistencia de los informes. Por otra parte, no se trataba de información reciente —llevaban fecha del 15 de octubre—, y quizá ya había sido superada por posteriores sucesos.[8] De tal forma, Kearny decidió seguir adelante, no obstante lo endeble de su pequeño contingente. Atravesó el Desierto de Arena y, el 2 de diciembre, llegó al rancho Warner, a casi 1 600 kilómetros de Santa Fe.[9]

El rancho Warner, también conocido como Agua Caliente, era un sitio hospitalario, como Sutter's Fort, en el que trabajaban y al que protegían algunos indios. También era una especie de central del rumor, donde Kearny confirmó sin dificultad los informes acerca de la revuelta de los californios. De conformidad con esta nueva información decidió que su destino sería San Diego, en vez de Los Ángeles, pero se dio cuenta de que fácilmente podría ser interceptado en el camino. Por fortuna, un inglés que iba a salir para San Diego a la mañana siguiente se ofreció a lle-

[7] Emory, *Notes…*, pp. 94 y 95.
[8] *Ibid.*, p. 96.
[9] Turner, *The Original Journals…*, p. 123, y Emory, *Notes…*, mapas, pp. 25 y 35.

var un mensaje de Kearny a Stockton. Inmediatamente redactó Kearny un mensaje en el que pedía refuerzos.

El muy reducido Ejército del Oeste salió del rancho Warner en la mañana del 4 de diciembre de 1846. Detrás de una cadena de escarpadas colinas se hallaba el pequeño valle de San Pascual.

Batalla de San Pascual

Tomando precauciones, Kearny se encaminó al valle de San Pascual, siempre temeroso de que en cualquier momento podría encontrarse con Andrés Pico. Todos sus caballos se habían muerto; las mulas estaban agotadas, y los hombres ni siquiera pudieron proteger la pólvora cuando les cayó encima un tremendo aguacero. En esas condiciones sólo recorrió 20 kilómetros el primer día, llegando a la ranchería de Santa Isabel.

Al día siguiente la situación mejoró, pues cabalgando a la cabeza de 35 marineros e infantes de marina lo encontró Arnold Gillespie. Stockton había recibido el mensaje de Kearny y respondió sin la menor dilación. Los hombres de Gillespie recorrieron en poco tiempo los 60 kilómetros que los separaban de San Diego, y le informaron que una fuerza comandada por Andrés Pico lo estaba esperando para interceptarlo en San Pascual, pequeña aldea indígena, a sólo 15 kilómetros del sitio a donde esa noche quería llegar Kearny.

Éste y sus hombres llegaron esa noche al rancho Santa María, donde ya habían decidido acampar, pero encontraron que ese lugar no se prestaba para hacerlo. Kearny, impaciente, de nuevo se puso en marcha con todos los suyos en la oscuridad de la madrugada. Al cabo de tres kilómetros hizo alto y envió al teniente Thomas C. Hammond para que reconociera la zona. Hammond avistó a algunos californios, quienes lo descubrieron y a punto estuvieron de emboscarlo. Se perdió la oportunidad de atacar por sorpresa, y Hammond, en la oscuridad, ni siquiera pudo calcular las fuerzas del enemigo.

Una vez más, igual que a orillas del Río Colorado, Kearny decidió emplear la táctica común por aquel entonces: ordenó el ataque. Como tanto sus hombres como las bestias estaban exhaustos —y probablemente eran superados numéricamente—,

nada ganaba retrasando la acción. Además, Carson y Gillespie, los hombres que mejor conocían a los californios, le aseguraban que el enemigo pondría pies en polvorosa. Así, a las dos de la madrugada del 16 de diciembre de 1846, Kearny ordenó el toque de salida.[10]

El pueblo de San Pascual se hallaba en el extremo oriental del amplio y plano valle del mismo nombre. Como Kearny iba a entrar al valle partiendo de un barranco angosto, hizo que sus hombres marcharan formando una columna. Y así continuaron en la oscuridad a la zaga de una avanzada de 12 hombres al mando de su ayudante, el capitán Abraham R. Johnston. El propio Kearny iba a continuación, acompañando al cuerpo principal, los 50 dragones que mandaba el capitán Benjamin D. Moore. Cerraban la marcha los 20 voluntarios y marinos de Gillespie, que arrastraban los dos cañones del comando.

El precipitado ataque táctico de Kearny era una medida desesperada, que en incontables ocasiones se había puesto en práctica contra los indios. Sin embargo, Andrés Pico era un estupendo soldado de caballería, y en vez de huir preparó una emboscada; sus jinetes ya estaban montados cuando los hombres de Kearny avanzaban tropezando en la oscuridad. Sobrevino el choque, y algunos —no todos— los jinetes de Pico se escabulleron. Kearny, engañado por los californios que huían, creyó que la victoria estaba al alcance de la mano.[11] Detrás de la vanguardia de Johnston, Moore espoleó al cuerpo principal y a la unidad de Kearny que venía inmediatamente después. Los dragones continuaron adelante, mostrando más "valor que disciplina".[12]

De pronto los californios dejaron de huir, dieron media vuelta y los 160 jinetes atacaron a los engañados, jadeantes y desorganizados norteamericanos. Los dragones se hallaban impotentes; su pólvora seguía húmeda y las culatas de sus fusiles no eran rivales para las diestras lanzas de los californios. En 15 minutos los lanceros mataron a 18 norteamericanos para después, tan rápidamente como se habían presentado, desaparecer. Así terminó la principal acción de la batalla de San Pascual.

[10] Emory, *Notes…*, p. 108, y DeVoto, *The Year…*, p. 357.

[11] Kearny al procurador general, 13 de diciembre de 1846, Exec. Doc. núm. 1, p. 515.

[12] John S. Griffin, "A Doctor…", p. 47. Con toda sinceridad, atribuyó la culpa de este cálculo equivocado a Moore, no a Kearny.

Desconcertados, los norteamericanos contaron sus pérdidas. Entre los 18 muertos estaban tres de los oficiales clave: Johnston, Moore y Hammond. Trece hombres estaban gravemente heridos. A Kearny le clavaron una lanza en la ingle, y tuvo que entregar el mando a su suplente, el capitán Henry S. Turner. Gillespie presentaba una horrible herida en la cara. El Ejército del Oeste tuvo así su "encuentrito", en el que perdió una tercera parte de sus fuerzas. Para colmo de males, también perdió uno de sus dos cañones cortos. Las mulas, a la desbandada, lo habían arrastrado en medio de la confusión, y fue recibido con regocijo en las filas de los californios.

Entonces la batalla de San Pascual se convirtió en el largo e insoportable sitio de San Pascual. Pico no volvió a atacar, y su caballería se concretó a rondar fuera del alcance de los rifles. Rodeada y cargada con heridos a quienes no podía ni transportar ni abandonar, la unidad de Kearny sería aniquilada si no recibía más ayuda de Stockton. Por consiguiente, Turner, el comandante en funciones, a la mañana siguiente envió a Alexis Godey y a otros dos hombres a San Diego, pero como tardaría mucho en llegar el socorro, se organizó el campamento y se dispuso el levantamiento de los cadáveres dispersos de los soldados. Esa noche los hombres de Kearny sepultaron a 18 de sus camaradas, quienes habían marchado con ellos 3 200 kilómetros llenos de desgracias, peligros y privaciones. Turner hizo cuanto le fue posible para que las tumbas quedaran ocultas. Sabía que los californios exhumarían los cadáveres para saquearlos, y los indios, sencillamente para mutilarlos.[13]

Esa misma noche los soldados de Kearny no pudieron dormir. En la colina rocosa donde acamparon no había manera de estirarse, y la noche fue fría y húmeda. A la mañana siguiente, el "más andrajoso y desnutrido destacamento de cuantos Estados Unidos haya reunido bajo su bandera" se puso de nuevo en marcha, y Kearny otra vez asumió el mando. Al fin, mientras la caballería enemiga observaba todos sus movimientos, hallaron un rancho donde había pollos y algunas cabezas de ganado. Con los pollos dieron de comer a los heridos y al ganado lo agruparon en la vanguardia.[14]

[13] Emory, *Notes…*, p. 109.
[14] *Ibid.*, pp. 109 y 110.

En el rancho tuvieron un respiro, pero en los alrededores no había ni hierba ni agua, por lo que Kearny siguió adelante hasta que de nuevo se enfrentó a un grupo de hombres de Pico, esta vez adueñados de un cerro. Como ya se había secado la pólvora, los ocho hombres de la vanguardia de Kearny llegaron hasta ese puesto avanzado y causaron al menos cinco bajas a los californios, sin sufrir ninguna pérdida. En esa colina, Kearny al fin encontró una posición verdaderamente defendible.[15]

Los hombres de Kearny, debilitados y hambrientos, se quedarían en el cerro mientras les llegaba ayuda. Durante la primera noche, el teniente William Emory prestó especiales cuidados a un débil anciano mexicano, de Santa Fe, que servía de intérprete a Kearny. Gracias a la solicitud de Emory el anciano sobrevivió aquella noche y, por la mañana, para agradecer a Emory le regaló la más preciosa de sus pertenencias, un pan de harina "casi ennegrecido por la suciedad". Al romperlo, Emory descubrió "varios de los más asquerosos insectos", pero no por eso dejó de comerse el pan, que le gustó.[16]

El sitio se convirtió en una larga espera. Pico propuso un intercambio de prisioneros. Como tanto los californios como los estadunideses sólo habían hecho uno, Kearny estuvo de acuerdo. El prisionero norteamericano, una vez libre, informó que Godey y su grupo sí habían llegado a San Diego, pero que al regreso habían sido capturados. Stockton había recibido la petición en la que Kearny solicitaba ayuda, pero hasta donde sabía el prisionero no había hecho nada al respecto.[17] En vista de ello, Kearny optó por enviar otro grupo a San Diego esa misma noche, del 9 de diciembre. Esta vez lo integraron tres hombres: Carson, el teniente de marina Edward Beale y un indio. Los californios sabían ya que Carson estaba en la colina, y para impedir que este famoso montañés llegara hasta sus posiciones, destacaron centinelas especiales.

Carson y sus dos compañeros se quitaron los zapatos y pasaron la noche deslizándose boca abajo para descender del cerro. Al llegar la mañana ya habían logrado escabullirse y cruzar el cerco de centinelas enemigos. Al darse cuenta de que les espera-

[15] Kearny al procurador general, 13 de diciembre de 1846, Exec. Doc. núm. 1, p. 516.

[16] Emory, *Notes…*, p. 111.

[17] *Ibid.*

ba un viaje lleno de peligros mortales, decidieron que cada uno siguiera una ruta diferente para recorrer descalzos los 55 kilómetros de piedras puntiagudas que los separaban de San Diego. Milagrosamente los tres pasaron la prueba, pero Beale tardó dos años en recuperar la salud, e incluso el formidable Carson estuvo semiparalizado durante varios días. Al llegar a San Diego supieron que sus padecimientos habían sido innecesarios, pues Stockton ya había enviado 180 hombres para rescatar a Kearny.[18]

En San Pascual, con Pico enfrente, Kearny se mantuvo a la expectativa, pero el 10 de diciembre comprendió que esa actitud era insostenible. Sin tener la seguridad de que el auxilio ya estuviera en camino, decidió que a la mañana siguiente se abriría camino disparando. En eso, mientras sus hombres, ojerosos y macilentos, esperaban el amanecer, los centinelas de los puestos de avanzada oyeron voces de gente que hablaba en inglés. Minutos después percibieron una columna que avanzaba hacia ellos y oyeron el grito de un centinela. El destacamento de cien marinos y 80 infantes de marina, que había partido de San Diego la noche del 9 de diciembre, se había ocultado durante el día del 10 y reanudado su marcha al caer la noche.

Al aparecer estas tropas frescas, desaparecieron los californios de Pico. Enseguida, según las agradecidas palabras de Emory, "esos bravos camaradas se dedicaron a entregar alimentos y ropa a sus compañeros hambrientos y desnudos".[19]

Al día siguiente, Kearny y lo que quedaba de su unidad entraron tambaleantes en San Diego, la meta de sus jornadas. Ellos habían librado la única verdadera batalla de la campaña de California, demostración suprema de valor individual y colectivo, en la que participaron por igual dragones, marineros e infantes de marina. En su informe Kearny describió la batalla de San Pascual como una "victoria". Según la definición comúnmente aceptada de este término, sí había sido una victoria, porque sus hombres sobrevivieron y retuvieron el campo disputado. Por lo demás, con otra "victoria" así dejaría de existir el Ejército del Oeste.[20]

En San Diego, los marinos brindaron cálida acogida a sus her-

[18] DeVoto, *The Year…*, p. 358.
[19] Emory, *Notes…*, p. 112.
[20] En un principio se supuso que Pico prácticamente no había sufrido pérdidas,

manos, los dragones de Kearny, e hicieron todo lo posible por proporcionarles alguna comodidad. Kearny, sin embargo, se sentía desanimado, desengañado de cuanto había hecho durante los dos meses anteriores, y con las molestias que todavía le causaba su herida. Más aún, se había convertido en general sin ejército, pues el grueso de sus fuerzas habían pasado a formar parte de las que comandaba Stockton. Sin embargo, pronto se reanimó cuando él y Stockton comenzaron a prepararse para ir al norte y tomar el pueblo de Los Ángeles.[21]

La delicada cuestión relativa al mando se arregló recurriendo a la buena voluntad. Kearny, como general de brigada, era el jefe de más alto rango —Stockton, oficialmente, era capitán—, pero casi todas las tropas que participarían en la acción eran marineros e infantes de marina al mando de Stockton. Más aún, Kearny era el recién llegado a la región y aún no se recuperaba físicamente. Por lo tanto, se ofreció a actuar como "oficial ejecutivo" de Stockton en la operación planeada para tomar Los Ángeles.[22] Era de suponer que Kearny tendría a su cargo la comandancia del campo.

Inmediatamente Kearny comenzó a preparar a los marineros para el combate. Stockton ya había iniciado este proceso, y Kearny estuvo enteramente de acuerdo con lo realizado hasta entonces. Como en aquellos días eran bastante complicados los ejercicios que debía practicar la infantería, el plan que se adoptó fue que

y los detractores de Kearny dijeron que la batalla representaba una victoria de los californios. Más tarde se demostró que Pico había perdido tantos hombres como Kearny. En la misión de San Juan Capistrano, el 5 de enero de 1847, el cirujano de Kearny encontró una casa donde cuatro californios se curaban heridas que habían recibido en la batalla. Poco después aumentaron en dos los primeros cálculos. Gillespie dijo más tarde que la unidad de Pico sufrió 27 bajas entre muertos y heridos (Griffin, "A Doctor…", pp. 57 y 76).

[21] Emory, *Notes…,* p. 114. En la p. 115 hay una lista donde se enumeran los siguientes oficiales y soldados:

Dragones (Turner)	57
Marineros, en unidad de artillería (teniente W. B. Renshaw)	47
Marineros e infantes de marina, en unidades de infantería (teniente J. Zeilen)	407
Voluntarios (Gillespie)	54
Total	565

[22] "A petición del comodoro R. F. Stockton —informó posteriormente— acepté tomar el mando de la expedición contra [Los Ángeles]... El comodoro Stockton nos acompañó" (Kearny al procurador general, 12 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 516 y 517).

se enseñaría a los marineros e infantes de marina a formar un cuadrado hueco, formación defensiva muy eficaz contra cualquier ataque, que se asumiría siempre que el enemigo estuviera a la vista. Durante el ataque, el cuadrado se movería hacia adelante, y el equipo y los demás suministros quedarían protegidos en el centro. Por fortuna, el acondicionamiento físico no constituía un problema porque la vida activa a bordo había mantenido en estupenda condición a marineros e infantes de marina. Como asimismo eran extremadamente disciplinados, pronto se adaptaron a las nuevas circunstancias y se ganaron la aprobación del estado mayor de Kearny.[23]

El 29 de diciembre de 1846, las unidades, encabezadas por comandantes provisionales, salieron con dirección a Los Ángeles, a unos 225 kilómetros de distancia. Como los pies se hundían en la arena y los marineros calzaban zapatos de lona de fabricación casera, caminaban despacio, y los tres primeros días sólo pudieron avanzar 50 kilómetros.

En la misión de San Luis Rey, el 4 de enero de 1847, Stockton recibió un mensaje del gobernador Flores en el que proponía la suspensión bilateral de las hostilidades hasta que un tratado de paz entre Estados Unidos y México decidiera el futuro de California. Por supuesto, Flores conservaría el poder pues, al fin y al cabo, era californio.

El mensaje de Flores indignó a Stockton, y no sólo rechazó rotundamente la propuesta sino que se dirigió a los mensajeros del gobernador en términos tales que los californios le guardaron rencor toda la vida.[24]

Perdida toda esperanza de negociar, Flores se vio obligado a defender Los Ángeles —o, mejor dicho, a defender su honor, conduciéndose como si de verdad fuera a defender el pueblo—. Para hacerlo sólo contaba con unos 450 hombres mal armados y motivados, cuatro piezas de artillería y poca pólvora. Supuso que el Batallón de California, al mando de Frémont, representaba la amenaza más seria, pero Stockton llegó antes. El caso es que Flores situó sus fuerzas en una loma, 600 metros detrás del

[23] Griffin, "A Doctor…", p. 53.

[24] Emory, *Notes…*, p. 117. Flores firmaba como "Gobernador y Comandante en Jefe". Stockton, por otra parte, creía que Flores era un rebelde. Stockton "lo mandaría fusilar si pudiera ponerle las manos encima" (Griffin, "A Doctor…", pp. 58 y 59).

Río San Gabriel, a unos 20 kilómetros del pueblo de Los Ángeles.[25]

El 8 de enero de 1847, las fuerzas de Stockton llegaron al Río San Gabriel y se dirigieron al vado Bartolo. Kearny, nuevamente muy animado, pasó revista a cada una de sus unidades, y les recordó que en esa fecha se conmemoraba el aniversario de la victoria de Andrew Jackson en Nueva Orleans en 1815, hecho que, se atrevía a predecirlo, infundiría en sus hombres un heroico espíritu de combate.

Al caer la tarde el cuadrado hueco comenzó a vadear el río para hacer frente a un grupo de jinetes californios que, con apoyo de artillería, se hallaban en una cuesta baja de la otra orilla.[26]

La batalla de San Gabriel fue rápida y sencilla. El problema más difícil fue conseguir que las carretas cruzaran el río que, si bien sólo medía entre 50 y 100 metros de ancho, en ninguna parte llegaban sus aguas arriba de la rodilla.[27] Los ataques de la caballería de Flores resultaban lastimosamente ineficaces contra el cuadrado hueco, y, por añadidura, la artillería de los californios no sirvió de nada. La artillería norteamericana estaba causando bajas y Stockton, deseoso de participar personalmente en una batalla, hizo de artillero y se encargó de una de las piezas. A los 90 minutos de iniciada la lucha, los hombres de Stockton ya habían tomado la hilera de lomas al norte del Río San Gabriel.

Los norteamericanos pasaron la noche del 8 acampados en las lomas, y a la mañana siguiente, como el enemigo se había esfumado, cruzaron la mesa y se dirigieron al Río San Fernando. Excepto por algún fuego esporádico de la artillería enemiga pronto silenciado, los norteamericanos no encontraron oposición hasta el pueblo de Los Ángeles propiamente dicho, donde algunos jinetes californios lanzaron un desanimado ataque en un montecillo contra uno de los lados del cuadrado. Unos cuantos metrallazos bastaron para dispersarlos. La batalla de La Mesa llegó a su fin, pues la voz de alarma que se oyó por la tarde resultó ser falsa.[28] Los norteamericanos pasaron la noche en las afueras del pueblo.

En esta forma terminaron las escaramuzas conocidas con el

[25] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. I, p. 343.

[26] Griffin, "A Doctor…", p. 67; Kearny al procurador general, 12 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 517.

[27] Emory, *Notes…*, p. 119.

nombre de batallas de San Miguel y de La Mesa. En las filas norteamericanas se contaron un muerto y 13 heridos, entre ellos Gillespie y otro oficial. Como los californios se llevaron a sus muertos y a sus heridos, Kearny no pudo hacer cálculos sobre estas bajas, y se limitó a informar que "seguramente fueron considerables".[29]

A la mañana siguiente, 10 de enero de 1847, una diputación de Los Ángeles llegó al campamento de Stockton para anunciar que Flores evacuaría la ciudad si se respetaba a las personas y las propiedades de los californios. Stockton estuvo de acuerdo, pero Kearny, por precaución, aprestó sus tropas para entrar en batalla. Tuvo razón en hacerlo, pues las calles de Los Ángeles estaban llenas de ciudadanos hostiles, algunos de ellos borrachos, que "agitaban los brazos y lanzaban [contra los norteamericanos] toda clase de improperios". Los dragones a duras penas lograron contenerse cuando vieron a un californio que vestía la guerrera arrancada al cuerpo desenterrado de uno de sus camaradas muerto en San Pascual.[30]

Para entonces casi todo el ejército californio se había dispersado, y Flores huyó al sur, hacia Sonora; en su lugar quedó Andrés Pico con sólo unos 100 hombres.[31]

En el transcurso de ambas batallas, la de San Pascual y la de San Gabriel, el Batallón de California, el de Frémont, brilló por su ausencia. No obstante, a eso de la medianoche del 14 de enero de 1847, Frémont y los suyos, como quien no quiere la cosa, llegaron al campamento norteamericano, en las afueras de Los Ángeles, tirando de varias piezas de artillería, una de las cuales —esto irritó a los hombres de Kearny— era el cañón corto que habían perdido en San Pascual.[32] Aún más importante que lo del cañón corto fue el documento que obraba en poder de Frémont: el "tratado" de Cahuenga firmado por Frémont y Andrés Pico. Todos se asombraron al enterarse de su existencia.

Frémont permaneció en Sacramento aproximadamente un mes

[28] *Ibid.,* pp. 120 y 121.
[29] Kearny al procurador general, 12 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 517.
[30] Emory, *Notes…*, p. 121.
[31] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I. p. 345.
[32] Griffin, "A Doctor…", p. 65.

tras su decisión de no moverse hacia el sur en octubre. A fines de noviembre ya había iniciado el viaje de 600 kilómetros por tierra.[33] No fue una marcha peligrosa, pero sí ardua e incómoda. En San Luis Obispo le vino como anillo al dedo la captura de Jesús Pico, primo de Andrés Pico. Igual que este último, Jesús había violado los términos de su libertad condicional, delito por el cual se le podía condenar a muerte. Cuando Frémont le perdonó la vida, a nadie sorprendió que Jesús se convirtiera en uno de sus más entusiastas partidarios y que rápidamente arreglara un encuentro entre su primo y Frémont. Lo que quedaba del ejército de Pico se había extraviado en el norte de Los Ángeles, pero Jesús Pico logró localizarlo. Entonces Andrés presentó una propuesta de paz a Frémont, que éste firmó en nombre de Estados Unidos, sin tomar en cuenta que Stockton y Kearny eran sus superiores y que podría comunicarse sin dificultad con ellos.

El Tratado de Cahuenga concedía todo cuanto los californios pudieran desear, sin exceptuar las condiciones que Stockton había rechazado previamente. Establecía que los californios depusieran las armas y volvieran a sus ocupaciones habituales, y a cambio serían perdonados quienes habían violado los términos de su libertad condicional. Todos los californios gozarían de los derechos de un ciudadano norteamericano sin que para ello tuvieran que pronunciar el consabido juramento de fidelidad. El acuerdo era más generoso de lo necesario, teniendo en cuenta la ya abrumadora superioridad militar de los norteamericanos.[34] Sin embargo, Stockton aceptó sin dificultad el pacto, con lo cual llegó a su fin el conflicto en California. Quizá Stockton no hubiera podido por sí solo negociar la paz, incluso en términos tan generosos como los mencionados, dada la forma como trató a los representantes de Flores en San Luis Rey.[35]

Desafortunadamente, la campaña de California terminó en una lucha intestina que podría haber sido peligrosa si los californios se hubieran sentido inclinados a la rebelión. En realidad, no había motivo para llegar a ese indecoroso callejón sin salida.

[33] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 345.

[34] Griffin ("A Doctor…", p. 66) calcula que había 1 100 hombres y varias piezas de artillería contra los 500 soldados de infantería que Pico había logrado reunir después de San Gabriel.

[35] Griffin, "A Doctor…", p. 660.

El 16 de enero de 1847, menos de una semana después de la ocupación de Los Ángeles por los norteamericanos, el comodoro Stockton arbitrariamente volvió a nombrar gobernador de California a John C. Frémont. Obró así a pesar de las órdenes del presidente Polk, que Kearny le mostró, y en las que se mandaba que Kearny asumiese la gubernatura. Stockton sostuvo que las órdenes de Polk quedaban rebasadas por el hecho de que él, Stockton, había consolidado el poder en esa región.

Kearny presentó una protesta al día siguiente, a la que Stockton no prestó ninguna atención, afirmando que por la "Ley de las Naciones" a él le tocaba señalar la política que debía seguirse.

Esto colocó a Kearny en una situación inaceptable. Aunque no tenía ningún interés personal en ser gobernador de esa tierra desértica, sí estaba decidido a que se cumplieran las órdenes de Polk. En realidad, carecía de medios para lograrlo, pues lo que aún quedaba de sus dragones sólo representaba una pequeña fracción de las fuerzas en California, y Frémont, que mandaba al resto del ejército en esa zona, por motivos egoístas se había puesto del lado de Stockton.

El 18 de enero de 1847, al día siguiente de su confrontación con Stockton y Frémont, Kearny salió de Los Ángeles con sus 50 hombres para irse a San Diego, donde se mantuvo a la espera de noticias de Washington, aun después de que el teniente coronel Philip St. George Cooke llegara en su ayuda con el Batallón de los Mormones. Mientras tanto, Stockton siguió adelante con sus planes.[36]

La cuestión quedó arreglada dos semanas después con la llegada del sucesor de Stockton, el comodoro Branford Shubrick, a quien a principios de febrero ya habían recibido con agrado soldados, marineros y californios.[37] Shubrick, persona sensata, inmediatamente levantó la ley marcial y envió el *Cyane* a San Diego para que en él Kearny se trasladara a Monterey, donde se celebraría una conferencia. En cuanto se reunió con Kearny, Shu-

[36] Se trataba de una cuestión espinosa con los hombres de Kearny. Todos estaban de acuerdo en que Frémont debería ser juzgado por un consejo de guerra, y muchos, entre ellos Griffin ("A Doctor…", p. 71), entendieron que Kearny se vio reducido a la impotencia. Sin embargo, Henry Turner *(The Original Journals…,* pp. 155 y 156) afirma implacablemente: "El secreto de todo el asunto se halla en que [a Kearny] le da miedo ofender a Benton. Dice que presentará acusaciones contra Frémont… pero yo no lo creo. Pienso que no hará nada que pueda desagradar al coronel Benton".

brick reconoció su autoridad, pero lo convenció de que pospusiera un par de días la toma de posesión, mientras llegaba el coronel Richard B. Mason con su batallón de dragones.

Mason llegó el día en que se le esperaba con órdenes presidenciales de asumir la gubernatura en cuanto Kearny declarara que en el territorio "reinaba la paz". Así, con el asentimiento de Shubrick, Kearny asumió el poder, y se dispuso a "regularizar" el Batallón de California que comandaba Frémont.

Frémont, sintiéndose frustrado, amenazó con suscitar una revuelta y retó a duelo a Mason.[38] Pero la buena suerte de Frémont había llegado a su fin, como pudo verse cuando los miembros del Batallón de California, una vez cumplida la misión que se habían impuesto, acabaron "diluyéndose", por así decirlo, en la campiña del Río Sacramento. Incluso Gillespie y Stockton, ya desprovistos de mando, se trasladaron por tierra al este. En junio de 1847 Kearny y Frémont también salieron de California. Frémont, acusado de insubordinación, tendría que responder ante un consejo de guerra por los cargos que presentó en su contra el que había sido su amigo, Stephen Kearny.[39]

Así terminó el "episodio de California" que, no obstante sus errores y mezquindades, consolidó el dominio norteamericano de California mientras duró el conflicto entre México y Estados Unidos. ¿Pudieron manejarse mejor las cosas? Posiblemente sí, pero debe recordarse que el objetivo se alcanzó en gran parte mediante la amenaza de recurrir a la fuerza más que por la violencia en el campo de batalla. Sin duda, muchos esfuerzos y

[37] "La conducta del comodoro Stockton aquí ha sido extraordinaria… Es un político vulgar, insignificante, adulador, a quien miran con desprecio tanto los oficiales de la marina como los del ejército… El arribo del comodoro Shubrick causó gran regocijo; tanto [Stockton] como Frémont se han convertido en los dos individuos menos importantes del territorio" (Turner, *The Original Journals…*, pp. 156 y 157).

[38] DeVoto, *The Year…*, p. 459, y Bauer, *The Mexican War…*, p. 156. Kearny prohibió el duelo.

[39] Véase una exposición amplia del tema en Bernard DeVoto, *The Year…*, pp. 456-467. Este autor se coloca totalmente del lado de Kearny. Califica a Stockton de "tonto" y a Frémont de "torpe en un grado verdaderamente peligroso". DeVoto no escatima elogios a Kearny, mientras otros autores, si bien formulan críticas adversas a Stockton y Frémont, no lo alaban tanto (véase Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. II, p. 454).£

recriminaciones —además de algún derramamiento de sangre— se habrían evitado si hubiera prevalecido el criterio pacificador de Larkin, Sutter y Vallejo.

XX. TERROR EN TAOS
Diciembre de 1846-abril de 1847

El Primer Regimiento de Misuri, al mando del coronel Alexander Doniphan, originalmente estaba programado para acompañar a California a Kearny, pero por órdenes de éste permaneció en Santa Fe. Kearny deseaba que Doniphan, en cuanto llegara el Segundo Regimiento, de Sterling Price, se dirigiera al sur hasta llegar a Chihuahua, donde se presentaría ante el general John E. Wool, a quien se esperaba de un momento a otro.

Sin embargo, a 110 kilómetros de Santa Fe, por la ruta del Río Bravo, Kearny encontró un cuadro desolador. Los apaches acababan de atacar por sorpresa el poblado mexicano de Pulvidera, donde mataron hombres, raptaron mujeres y robaron caballos. Los norteamericanos se estremecieron al pensar en lo que esperaba a esas mujeres: sus secuestradores se casarían con ellas, pero las otras esposas las tratarían como esclavas e incluso las golpearían.[1] Dado que Estados Unidos había asumido responsabilidad sobre la zona, Kearny dio órdenes a Doniphan de suspender su marcha hacia el sur y atacar en cambio a los indios del lugar. Una vez que se convenciera de que los indios no causarían más problemas, podría Doniphan iniciar la marcha.

Doniphan recibió las nuevas órdenes a principios de octubre de 1846, por los días en que llegó Sterling Price con 1 700 hombres: 1 200 pertenecientes a su propio Segundo Regimiento de Infantería Montada de Misuri y 500 del Batallón de los Mormones. Para entonces ya era indispensable que Doniphan saliera de Santa Fe, pues esta población de sólo 3 000 habitantes no podría sostener a tan numerosas fuerzas de ocupación, aun cuando los mormones ya hubieran partido rumbo a California.

Por consiguiente, Doniphan salió de Santa Fe e inició la ardua

[1] "Lo peor que puede suceder a una mujer en cautiverio es que la reclamen dos individuos. En casos así, o la fusilan o la hacen víctima de una violencia indiscriminada" (W. H. Emory, *Notes…*, p. 50).

tarea de someter a los apaches.[2] Debido a las nevadas, tardó siete semanas en sacarlos de las montañas, pero al fin logró colocarlos en situación tal que se mostraron dispuestos a firmar un tratado de paz. Luego aceleró sus preparativos para salir de Santa Fe, pero se enteró de que caravanas de civiles que se dirigían a Chihuahua se habían detenido en Valverde, esperando que él pudiera escoltarlos.

Para ganar tiempo, Doniphan dividió su pequeño ejército en dos secciones, y el 16 de diciembre de 1846 se puso a la cabeza de 850 fusileros que partirían de Valverde rumbo al sur, a quienes posteriormente seguirían los de la segunda sección. Junto con los de la primera sección Doniphan llevó consigo a los civiles que habían esperado una escolta. El primer destino de Doniphan era El Paso, a unos 320 kilómetros de distancia, mas para poder llegar tuvo que recorrer los 150 kilómetros de la fatal "Jornada del Muerto", a unos 2 300 metros de altura.

Por la tarde del día de Navidad de 1846, la vanguardia de Doniphan llegó a un sitio llano, unos 50 kilómetros al norte de El Paso, donde el Río Brazito desemboca en el Río Bravo. Sin dar importancia ni a la seguridad ni a la disciplina, los desordenados voluntarios de Doniphan, para su gran sorpresa, de pronto se vieron enfrente de un batallón mexicano de unos 1 200 hombres (según cálculos de Doniphan). Afortunadamente para Doniphan, el comandante mexicano, el coronel Ponce de León, exigió formalmente la rendición de los norteamericanos, demanda que proporcionó un muy útil paréntesis que Doniphan aprovechó para reunir a sus hombres en forma más o menos ordenada.

La escaramuza que vino a continuación terminó en 40 minutos. La caballería del coronel Ponce de León, escasamente motivada, atacó con lamentables resultados a los expertos tiradores de Doniphan: cien mexicanos fueron muertos o heridos, y ningún norteamericano murió. Después de la llamada "Batalla del Brazito", los hombres de Doniphan siguieron adelante y ocuparon El Paso, una población llena de comerciantes que recibieron entusiasmados a los norteamericanos. Poco después Doniphan concentró las dos secciones de sus fuerzas y las equipó para la larga marcha que tenían por delante.[3]

[2] Las tribus eran los eutaws y los navajos, ramas de la nación apache.
[3] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 299-302.

Por lo demás, no todo andaba bien en Santa Fe. Los voluntarios norteamericanos, aburridos en ese sombrío y sucio pueblo, observaban pésima conducta. Las riñas y las borracheras eran comunes. Peor aún, como los ciudadanos de California, los orgullosos habitantes de Nuevo México se sentían humillados por la abyecta rendición en agosto del ex gobernador Manuel Armijo. Comenzaron a urdirse conjuras contra los norteamericanos. Dos hombres, Tomás Ortiz y Diego Archuleta, iniciaron una conspiración para asesinar a Sterling Price y al gobernador Charles Bent. El círculo de los maquinadores se extendió con rapidez, e incluyó a varios miembros de la familia Armijo y a algunos clérigos. Pero el santo y seña de la conjuración fue conocido, y una parte de los conspiradores fue aprehendida. Los jefes lograron escapar, pero la facilidad con que se descubrió el complot hizo que las fuerzas de ocupación se sintieran muy satisfechas de sí mismas.[4] Así, el 26 de diciembre el gobernador Bent escribió al secretario de Estado, James Buchanan, en términos muy tranquilizadores: "Hasta donde yo sé, la conspiración se redujo a cuatro condados del norte de este Territorio, y no podría decirse que los líderes sean personas particularmente importantes".[5]

Bent se sentía completamente a gusto en Santa Fe, a donde llegó en 1826 proveniente de San Luis, Misuri, y donde siguió viviendo como socio de su hermano William en las actividades comerciales de Bent's Fort. En el transcurso de los años William Bent se encargó de estas últimas mientras Charles dirigía las empresas de la familia en Santa Fe, Taos y Chihuahua. Eran actividades lucrativas, y Charles Bent era muy conocido y respetado en Nuevo México. Pasaba mucho tiempo en Santa Fe, pero su reservada esposa mexicana y sus hijos vivían en la casa que tenían en el centro comercial de Taos. Bent se consideraba uno del pueblo, a pesar de ser "anglo" por nacimiento.[6]

Bent subestimó el descontento que reinaba en el pueblo y sobrestimó su propio prestigio, aunque sabía que no le faltaban

[4] McNierney, *Taos 1847…*, p. 4.

[5] Bent a Buchanan, 26 de diciembre de 1846, en McNierney, *Taos 1847…*, pp. 7 y 8.

[6] Taos, hoy centro del arte moderno, a 120 kilómetros al norte de Santa Fe, era en aquella época, por el número de habitantes (3 000), la tercera población de Nuevo México. Era un puesto comercial independiente. Ahí vivía Kit Carson desde 1825. Tanto los indios como los blancos se abstuvieron de toda contienda fronteriza en sus alrededores.

enemigos (entre ellos se contaba, en Taos, el influyente arzobispo Martínez). No creía, sin embargo, que la hostilidad fuera a desembocar en la violencia. Sin prestar oídos a amigos suyos que le aconsejaban permanecer bien protegido en Santa Fe, se fue a Taos el 14 de enero de 1847 a pasar unas vacaciones cortas con su familia.

Al llegar Bent a las afueras de Taos lo recibió una multitud de indios de uno de los pueblos cercanos. Aseguraban que dos amigos suyos habían sido injustamente encarcelados por robo, y exigían que Bent los pusiera en libertad. Sin perder la calma, Bent explicó que tal acción dependía de las autoridades competentes, que él no tenía tal prerrogativa. La multitud, al parecer tranquilizada, se dispersó, y Bent se dirigió a su casa, donde había invitados que estarían una temporada, entre ellos la esposa de Carson, Josefa Jaramillo, hermosa muchacha de 17 años, cuñada de Bent. Aunque el hogar de los Carson se ubicaba a sólo una cuadra del de los Bent, Josefa acostumbraba buscar la seguridad de la casa del gobernador mientras su marido seguía en California con Frémont.

A eso de las seis de la mañana, el 19 de enero de 1847, el gobernador despertó por un insistente toqueteo en la puerta. Era un mensajero, quien le advirtió que una multitud se dirigía a su casa. Los indios de la localidad, encabezados por Pablo Montoyo y Tomás Romero, se habían congregado la noche anterior y, enardecidos, habían entrado a la cárcel y asesinado al prefecto del pueblo y al alguacil. Poco después de la partida del mensajero, una multitud comenzó a dar golpes en el portón de la casa. Cuando Bent preguntó lo que deseaban, le respondieron: "Gringo, queremos tu cabeza. No permitiremos que ningún gringo nos gobierne, y por eso venimos a matarte".[7]

Bent se sorprendió pero conservó la calma; tenía tiempo para escapar por la puerta trasera y salir huyendo a caballo. Pero su orgullo no le permitió obrar así. Él era el gobernador, después de todo, y tenía a su familia en esa casa; además, en otras ocasiones ya había logrado persuadir y calmar a la gente alborotada.

"¿Qué mal les he hecho? —preguntó a los atacantes —. Siempre los he ayudado. Los he curado cuando se enferman, y nunca les he cobrado nada."

[7] Manuscrito inédito de Teresina Bent Scheurich, hija de Bent, testigo de los hechos.

"No lo niego —dijo uno de los indios—, pero ahora te vas a morir porque ningún gringo nos va a gobernar." Entonces la multitud, en la que no faltaban los borrachos, comenzó a disparar a diestra y siniestra flechas y armas de fuego. Bent, herido, procuró ganar tiempo mientras las mujeres de la casa golpeaban desesperadamente la frágil pared de adobes a fin de abrir un hueco por el que esperaban alcanzar la puerta de la casa vecina.

Pero a Bent le sería imposible escapar. Con varias flechas en el cuerpo, lo arrojaron al suelo y todavía vivo le arrancaron el cuero cabelludo. Entre tanto, las mujeres lograron escurrirse por el hueco. Benton trató de seguirlas, pero se detuvo para quitarse una dolorosa flecha.[8]

No se ha aclarado cómo fueron los últimos momentos de Bent. Sólo se sabe que fue decapitado en el vestíbulo o en la casa vecina. Luego los indios reflexionaron un momento: ¿matarían también a las mujeres? Como entre ellas había dos mexicanas, les perdonaron la vida. La señora Bent y Josefa Carson, por supuesto, ya habían escondido a sus niños, todos ellos de piel blanca.

A final de cuentas los indios se calmaron, y sintieron remordimientos. Muchos se pusieron tristes, y uno de ellos se lamentó de que habían enloquecido; sólo tenían que haber tomado como rehén al gobernador.[9]

Las matanzas y los saqueos se extendieron por toda la región de Taos. Simeon Turley y otros seis hombres fueron asesinados en el cercano Arroyo Hondo, donde Turley durante años había destilado el licor que quizá influyó en la explosión de violencia. En el poblado de Mora también fueron asesinados ocho norteamericanos.[10] Muchos de los residentes de esa nacionalidad se habían alejado por un tiempo de la región, lo cual probablemente les salvó la vida. Uno de ellos era Kit Carson. ¿Qué habría hecho si se hubiera encontrado en la zona de Taos?

Al día siguiente el coronel Sterling Price recibió noticias sobre la matanza de Taos; asimismo, se enteró de que los rebeldes habían partido hacia el sur, precisamente con dirección a Santa Fe, y de que iban engrosando sus filas en cada pueblo con nuevos reclu-

[8] McNierney, *Taos 1847…*, p. 14.
[9] Estergreen, *The Real…*, p. 21.
[10] *Ibid.*

tas. Era una situación que reclamaba respuesta inmediata, pero como Price no podía dejar Santa Fe sin tropas norteamericanas, mandó llamar a un batallón de Albuquerque, y él mismo, con cinco compañías de su Segundo Batallón de Misuri, el batallón de infantería al mando de Angney y una compañía de voluntarios de Nuevo México, salió para Taos el 23 de enero. Su fuerza estaba formada por un total de 353 hombres y cuatro cañones cortos de montaña. Con excepción de los voluntarios de Nuevo México, todos los demás hombres eran de a pie.[11]

En una pequeña aldea llamada Canadá, a un día de camino de Santa Fe, Price encontró a un grupo considerable de 1 500 neomexicanos. Sin gran dificultad logró Price sacarlos de donde se habían atrincherado, matando a un total de 36. Poco después se unieron a Price una compañía del Primer Batallón de Dragones, al mando del capitán J. H. K. Burgwin, y una compañía del Segundo Batallón de Voluntarios de Misuri. Su fuerza se incrementó a 479 hombres, cifra ya respetable en aquellas circunstancias.[12]

La marcha de Price distaba mucho de ser fácil, pues tenía que escalar altas montañas y cruzar áreas donde la nieve tenía 60 centímetros de profundidad. Además, encontró resistencia en varias partes. En el Paso del Embudo de nuevo se presentó una situación como la de Canadá, que terminó en forma parecida. A pesar de todo, las fuerzas de Price llegaron intactas a Taos el 2 de febrero de 1847. Al norte de la población, en el famoso Pueblo de Taos, los rebeldes ya se estaban preparando para ofrecer resistencia.

El varias veces centenario Pueblo de Taos se componía de dos conjuntos piramidales de apartamentos, uno frente al otro, cada uno de 125 metros de largo y siete pisos de altura, cuyos ejes se orientaban de oriente a poniente. Entre ambos corría un arroyo. Cada edificio tenía capacidad para 500 o 600 residentes, y reunidos formaban un cuadrado de unos 250 metros por lado, todo ello rodeado por un muro. En la esquina noroeste del recinto estaba la iglesia de la misión, construcción de adobe cuyas pare-

[11] Price al procurador general, 15 de febrero de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 521. El comandante de los voluntarios era el capitán Ceran St. Vrain, antiguo socio de Bent.

[12] *Ibid.*, pp. 521 y 522. Hay que recordar que Kearny mandó de regreso a 200 de los 300 dragones con que originalmente contaba.

des de gran consistencia hacían de ella una verdadera fortaleza. La iglesia miraba al norte, y tenía un corral en el costado sur.[13]

Price reconoció la posición, y averiguó que la mayor parte de los rebeldes se había congregado en el patio norte del riachuelo, y que, al parecer, en la iglesia se hallaba la mayor concentración. Price, por consiguiente, decidió atacar esa posición, pero como resultaría costoso un ataque de la infantería, dedicó todo el miércoles 3 de febrero a lanzar los proyectiles de su artillería ligera contra el muro de adobe. Al terminar el día, con sus tropas ya muy fatigadas y con pocas municiones, Price se retiró a Taos para que sus hombres descansaran a su gusto.

Al día siguiente Price volvió al Pueblo de Taos, decidido a poner fin a la situación. Para tener la seguridad de que ningún rebelde escapara, colocó a los jinetes de St. Vrain y de Slack en un bosquecillo al oriente del recinto. El batallón de Angney atacaría el costado norte de la iglesia, mientras los dragones de Burgwin y otra compañía caían sobre el costado oeste. A las 11 de la mañana todas las fuerzas se lanzaron al mismo tiempo sobre la muralla. Cruzaron pronto el espacio abierto con el fin de controlar el muro de la iglesia y derribar los bloques de adobe. Los hombres de Burgwin acercaron una escalera de mano, y uno de ellos le prendió fuego al techo. Burwin, con varios de los suyos, llegó al costado sur de la iglesia e intentó entrar al corral. La maniobra fracasó, y Burgwin cayó mortalmente herido.

Mientras tanto, la artillería de Price había abierto un boquete en el muro oriental de la iglesia. Luego ordenó que su cañón de seis libras se colocara en dicho muro y empezó a disparar por el boquete. A las tres de la tarde el cañón fue trasladado a un punto a 50 metros del muro; al cabo de varias series de disparos fue llevado a otro punto a sólo 10 metros de distancia, desde donde los disparos resultaban más eficaces. La iglesia estaba llena de humo y los rebeldes ya habían huido. Entonces los atacantes entraron sin encontrar oposición.

Después de abandonar la iglesia, los neomexicanos entraron a las dos casas de apartamentos. Cincuenta trataron de escapar del recinto trepando por el muro, pero todos perdieron la vida en el intento. Al caer la noche, los hombres de Price siguieron en

[13] Estergreen, *The Real…,* p. 524, con mapa esquemático en la portada.

el lugar donde estaban, preparados para terminar la tarea a la mañana siguiente.

Pero nadie presentó batalla al día siguiente. Los rebeldes, al verse en situación desesperada, renunciaron a seguir adelante. Price opinó que la ferocidad de la lucha había sido una lección para los rebeldes, y aceptó una tregua a condición de que le entregaran a Romero y Montoyo, los principales culpables de la muerte de Bent, para juzgarlos. Se llegó a un acuerdo, y con ello terminó la lucha. Las pérdidas de los rebeldes se calcularon en 150 muertos; los norteamericanos tuvieron siete muertos (entre ellos Burgwin), pero alrededor de 45 de sus heridos murieron poco después.[14]

Los rebeldes se dispersaron. De sus dirigentes, sólo Romero y Montoyo fueron capturados vivos. Romero, mientras esperaba ser sometido a juicio, fue asesinado en la cárcel por un pariente de una de sus víctimas. A Montoyo se le juzgó en la casa del padre Martínez,[15] y la señora Bent estuvo entre sus acusadores. Uno de los dos jueces había sido amigo íntimo de Bent, y el otro era el padre de un hombre brutalmente asesinado la misma noche en que mataron a Bent. En esas circunstancias, resulta natural que Montoyo, junto con otros seis, haya sido declarado culpable y recibido la sentencia de muerte. Fue ahorcado en la plaza de Taos en abril de 1847. Otros cinco neomexicanos y cuatro indios corrieron igual suerte algún tiempo después.[16]

A partir de entonces el territorio se dedicó a empresas pacíficas. Aun cuando las condiciones siguieron tan malas como antes —ninguna de las causas de la rebelión se había eliminado—, los ciudadanos de Nuevo México toleraron el dominio norteamericano a la espera del final de la guerra.≤

[14] Price al procurador general, 15 de febrero de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 522-525. El pueblo está igual que en 1847. Los sucesos del pasado siglo y medio no han afectado en lo mínimo sus paredes de adobe. La iglesia nunca fue reconstruida. Por otra parte, hay prosperidad en este pueblo. En Taos, a unos ocho kilómetros de distancia, en la casa del gobernador Bent aún puede verse el boquete en el vestíbulo por el cual, según se dice, él y su familia intentaron escapar.

[15] Se sospechaba, pero nunca llegó a probarse, que Martínez era el autor intelectual de la rebelión en Taos.

[16] McNierney, *Taos 1847…*, p. 5, y Estergreen, *The Real…*, p. 23.¶

XXI. EL JENOFONTE DE MISURI
Enero-mayo de 1847

El 21 de mayo de 1847, la vanguardia del Primer Batallón de Infantería Montada, al mando del coronel Alexander Doniphan, acampó en San Juan, a 25 kilómetros del cuartel del general de brigada John E. Wool en Buena Vista. Los hombres de Doniphan acababan de hacer un penoso recorrido de 5 600 kilómetros a través de tierras desérticas, desde que salieron de Misuri en junio de 1846 como unidad de las fuerzas de Stephen Kearny. De Santa Fe pasaron, como partida independiente, por El Paso, Chihuahua y Parras, soportando por largos periodos toda clase de peligros y penalidades: hielo, aguanieve, calor, falta de agua.

Mucho padecieron los hombres de Doniphan, pero su hazaña no podría calificarse de única en la guerra contra México. Con todo, la "Marcha de Doniphan" alcanzó fama en la historia por diversas razones. Una de ellas es que el contingente de Doniphan estaba formado por un solo regimiento de voluntarios, a las órdenes de un coronel voluntario. La coordinación fue meramente fortuita; el regimiento regresó a su lugar de origen un poco antes que las otras unidades de servicio voluntario por un año. Pero, sobre todo, esta marcha alcanzó fama por la personalidad del hombre extraordinario que la encabezó.

Alexander Doniphan no sólo era un gran hombre en lo moral. Físicamente, medía casi dos metros de estatura y pesaba 109 kilos. Se decía que sus dedos alcanzaban los 22 centímetros de largo y que sus pies les hacían juego. Su pelo rubio rojizo semejaba "púas de puerco espín", y sus hombres afirmaban que "no temía ni al diablo ni al Dios que lo creó".[1] Además, Doniphan tenía sentido del humor y a menudo sonreía. Sin cohibirse cubría de varonil ternura a la tropa que unánimemente lo había elegido para el

[1] Nelson McClanahan a John McClanahan, 19 de junio de 1847, documentos personales de McClanahan-Taylor, Southern Historical Collection, Carolina del Norte. Citado en Smith y Judah, *Chronicles…*, p. 32.

puesto que ocupaba, y la hacía sentir que influía en sus decisiones. Su forma de mandar era la de los pioneros del oeste, no la del tipo que se inculcaba en West Point.

Doniphan se había distinguido en Misuri como un especialista en derecho procesal, y antes de la guerra había tenido bajo su mando varios regimientos de la milicia. Aun cuando por lo general respetaba a sus superiores en la jerarquía militar, una vez puso de manifiesto su estatura moral desafiando abiertamente una orden de ejecutar a un grupo de mormones acusados de traición, y se salió con la suya.[2] Sólo un hombre de la talla de Doniphan podría conducir a un poco prometedor grupo de voluntarios a desempeñarse como lo hicieron.

Después de la batalla del Brazito, en la Navidad de 1846, la unidad de Doniphan descansó algún tiempo en El Paso. En esos días Doniphan recibió la noticia de que Wool, con quien debía reunirse en Chihuahua, había sido enviado a Saltillo, y no a Chihuahua como originalmente se proyectó. Asimismo, Doniphan supo que Santa Anna constituía una seria amenaza para las recién extendidas líneas de Taylor, razón por la que Wool iría a Saltillo con refuerzos.

La perspectiva de entrar en acción entusiasmaba a Doniphan, pero el que Wool no fuera a estar en Chihuahua creaba un problema. Doniphan estaba varado y solo en El Paso, sin contribuir en nada a la marcha de la guerra. Por tanto, habría que elegir entre regresar a Santa Fe o dirigirse a Chihuahua, donde, según se afirmaba, se estaban concentrando numerosas fuerzas mexicanas. Seguir avanzando era la opción más audaz.

Doniphan decidió la situación sometiéndola al voto de sus hombres. Éstos, sin duda influidos por lo que Doniphan prefería, votaron por trasladarse a Chihuahua. El coronel decidió que eso era exactamente lo que iba a hacerse, pero sólo después de que el mayor Merriwether Lewis Clark, comandante de la artillería de Misuri, pudiera reunirse con ellos. Sin tal artillería, una

[2] La orden en cuestión era la "Extermination Order" del gobernador Lillburn W. Boggs, que databa de octubre de 1838. "No obedeceré la orden de usted —dijo Doniphan por escrito a su superior militar—. Mi brigada se dirigirá mañana por la mañana a Liberty, y si usted pasa por las armas a estos hombres lo haré responsable ante algún tribunal de esta tierra, así Dios me ayude" (Bernard DeVoto, *The Year…*, pp. 83 y 84).

expedición a Chihuahua no sólo sería audaz: sería suicida.

Cuando Clark y el capitán Richard H. Weightman llegaron a El Paso a principios de febrero con seis piezas de artillería, Doniphan estaba listo para emprender la marcha. Junto con los 924 hombres directamente bajo sus órdenes, llevó consigo a los grupos de comerciantes y carreteros que se le unieron en Valverde, a quienes organizó en unidad de combate un tanto irregular. Los civiles que lo acompañaban constituían una caravana de 315 carros, bastante superior en número a las de las compañías y a las del gobierno.[3] Por todo ello la expedición parecía a la vez un movimiento migratorio y una expedición militar.

Por otra parte, la conducta de los de Misuri nada tenía de "militar". En su campamento no había nada que pudiera servir de ejemplo. Un civil británico comentó que, exceptuando cierto alineamiento en la forma como se colocaron las tiendas de campaña, no había la menor uniformidad en aquel vivaque. En el campamento, añadía el inglés, "por doquier había huesos y despojos de los ganados sacrificados para alimentar a la gente, y nadie hacía nada para que no siguiera acumulándose tanta inmundicia". Aquellos hombres "no se lavaban, no se afeitaban, vestían harapos sucios". No se tomaban ni siquiera las más elementales precauciones de tipo militar, porque se había decidido mediante votación que eran innecesarios los centinelas nocturnos. El resultado fue que "un buen día tres indios navajos se llevaron del campamento 800 borregos, matando a los dos voluntarios encargados de ellos". Las mulas y los caballos iban y venían por toda el área circundante. "En realidad —puntualizó el británico con cierto tono de superioridad—, en todo había una total carencia de disciplina."[4]

En fin, disciplinada o no, la chusma de Doniphan sobrevivió a las inclemencias del tiempo y a las grandes dificultades del terreno durante la marcha de 500 kilómetros a Chihuahua. Atravesaron dos enormes desiertos, uno de 100 kilómetros de ancho. El agua era escasa, lo mismo que la caza, y abundaban las serpientes de cascabel y las de cabeza de cobre, las tarántulas y los espías mexicanos. No se podía hacer hablar a las serpientes

[3] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 303.

[4] George F. Ruxton, *Adventures in Mexico and the Rock Mountains* (Londres, John Murray, 1847), citado en Smith y Judah, *Chronicles…*, pp. 296 y 297.

y a las tarántulas, pero sí a los espías capturados. Gracias a esto supo Doniphan que unos 700 jinetes mexicanos estaban apostados un poco más adelante. Esto era muy posible, pero por bastante tiempo la caballería mexicana no apareció mientras los de Misuri marchaban hacia el sur.

Al acercarse Doniphan, en Chihuahua las autoridades mexicanas tenían ante sí una población muy dividida. La gente odiaba profundamente a los gringos que habían invadido otras partes de México, pero, por otro lado, su hostilidad se reducía ante el jugoso comercio que floreció entre Chihuahua, Santa Fe y otros puntos al este de Misuri, el cual proporcionó buena parte de los medios de vida a disposición de los chihuahuenses, y el ex gobernador de Chihuahua había cultivado la amistad de los norteamericanos antes de que las autoridades de la ciudad de México lo mandaran llamar en agosto de 1846.

El nuevo gobernador era un hombre activo y ambicioso llamado Ángel Trías, quien incitó a la población a que ofreciera resistencia. Durante algún tiempo Trías hizo progresos estableciendo una defensa de respeto fabricando piezas de artillería de fuentes locales y entrenando a quienes iban a emplearlas. Pero, igual que en Tampico, apareció Santa Anna y comenzó a retirar de la zona Zacatecas-Chihuahua a todas las tropas regulares a fin de constituir el ejército que emplearía en su expedición a Buena Vista. A pesar de ello, Trías opinó que en Chihuahua quedaba un número suficiente de miembros de la guardia nacional para repeler cualquier contingente norteamericano de menos de 1 000 hombres.

Cuando Doniphan estaba ya cerca de Chihuahua a fines de febrero de 1847, el general García Condé llegó de la ciudad de México para tomar el mando en Chihuahua. Para entonces García Condé había reunido unos 1 500 soldados de infantería (algunos de ellos regulares), 1 200 jinetes y 119 artilleros que se encargarían de 10 cañones de latón y nueve mosquetones. Esta fuerza, de casi 3 000,[5] hizo renacer la confianza en los mexicanos, al grado de que García Condé llenó toda una carreta con reatas para amarrar a los misurianos a la silla de sus monturas conforme fueran cayendo prisioneros.[6]

[5] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, p. 306. En su informe (Exec. Doc. núm. 1, p. 501), Doniphan proporciona datos ligeramente diferentes sobre las

La Batalla de Sacramento. 28 de febrero de 1847

No obstante sus bravatas, García Condé comprendía que sus tropas no estaban entrenadas, por lo cual prudentemente decidió defenderse en vez de atacar a las numéricamente inferiores fuerzas norteamericanas. Escogió una posición a unos 23 kilómetros al norte de Chihuahua, un poco más allá del Río Sacramento, en una meseta ubicada entre el río y un arroyo seco. Avanzar más allá del río constituía una maniobra poco convencional, pero la meseta proporcionaba una línea de defensa mejor que la que brindaba un río fácilmente vadeable. La posición se ubicaba en un desfiladero de sólo dos kilómetros y medio de ancho entre dos montañas; además, el extremo norte de la meseta, hacia donde se encontraba Doniphan, constituía una enorme muralla de 20 metros, cortada por un solo camino. En opinión de García Condé, la inclinación de la muralla bastaría para hacer que los norteamericanos dejaran sus incómodas carretas en el camino real. Como este camino atravesaba un tajo que podía defenderse sin gran dificultad, García Condé supuso que Doniphan se vería forzado a debilitar la posición firme desde donde se dominaba el tajo, a un costo por todos conceptos inaceptable. Por lo tanto, a lo largo de esa posición emplazó tres baterías, una detrás de la otra, todas ellas apuntando al noroeste a fin de cubrir la ruta que, se suponía, seguiría el enemigo.

Las disposiciones de García Condé parecían muy sensatas... siempre y cuando los misurianos no abandonaran el camino real. Tan seguro estaba García Condé de que el enemigo no atravesaría la tundra del costado occidental que la dejó sin defensa.

Pero Doniphan no actuó como lo esperaba García Condé. Sus fuerzas salieron al amanecer del domingo 28 de febrero, y poco

fuerzas mexicanas: 1 200 soldados de caballería, 1 200 de infantería, 300 artilleros y 1 420 rancheros. Sin embargo, las cifras que menciona Smith provienen de fuentes mexicanas. Son dignos de crédito los datos sobre las piezas de artillería. En estas cifras no se incluyen los 1 000 rancheros que estaban disponibles.

[6] William H. Richardson, *Journal of William H. Richardson, a Private in Col. Doniphan's Command* (Baltimore, J. Robinson, 1847), en Smith y Judah, *Chronicles…*, p. 137.

después los exploradores descubrieron que por la cuesta podrían subir incluso las carretas, utilizando un punto, al oeste, que acababan de descubrir. Por tanto, cuando sus huestes se aproximaron al arroyo, Doniphan envió una cobertura de caballería en esa dirección, a fin de que subiera por la cuesta fuera del alcance de los cañones de García Condé. El resto del contingente lo siguió. Detrás de la caballería 300 carretas formaron cuatro columnas, entre las cuales quedaron ocultas la infantería y la artillería. Todo iba a depender de la habilidad de los hombres de Doniphan para sacar del cauce del arroyo las carretas y hacerlas llegar hasta la meseta.[7]

A principios de la tarde, después de horas y horas de esforzarse y de proferir maldiciones, los hombres de Doniphan por fin lograron subir todas las carretas y la artillería desde el fondo del arroyo hasta el acantilado. Entonces, a las tres de la tarde, cuando la caballería de García Condé (800 hombres) detectó las carretas que estaban en la llanura, se lanzó al ataque. Inmediatamente la artillería de Clark y Weightman la hicieron retroceder, y Doniphan avanzó hacia el sureste, hasta la punta de la retaguardia de la posición mexicana. Sus carretas conservaron la formación inicial, y tanto la artillería como la infantería siguieron entre las carretas, con la caballería a la cabeza.

Al avanzar las cuatro columnas de Doniphan dejaron atrás las posiciones mexicanas que estaban a su izquierda, y al llegar a un punto desde donde podría hacer daño su artillería, Doniphan puso en la mira el ángulo posterior de la posición mexicana, concentrando el fuego en los puntos más estratégicos y evitando lo más nutrido del fuego enemigo. Una vez controlado ese ángulo, se volvió hacia el norte y empezó a eliminar, una por una, las demás posiciones mexicanas que tenía enfrente.

Durante toda la batalla Doniphan aplicó tácticas no convencionales. Por ejemplo, envió a la vanguardia la artillería de Weightman, y en lugar de apoyarla con la infantería, lo hizo con tres compañías de caballería. Se reconoció que la coordinación dejó bastante que desear, pero al fin y al cabo las tres compañías de artillería dominaron los reductos del enemigo.[8] La lucha fue muy dura, cuerpo

[7] La formación de cuatro en fondo era común en el Oeste. Con ella se evitaba que un accidente detuviera la marcha de toda la columna, se formaba una fácil defensa y se reducía el número de conductores que tuvieran que soportar el polvo que levantaban los demás.

a cuerpo. Las culatas hicieron su horrible tarea de partir cráneos. Murieron muchos caballos, pero, milagrosamente, sólo un norteamericano perdió la vida.[9] Todo terminó en el desplome de la posición mexicana.

Doniphan, en su informe, aseguró que el enemigo perdió "toda su artillería, 10 carretas, grandes cantidades de frijol y pinole". Y como si se le hubiera olvidado, agregó: "Sufrió 300 muertes y más o menos el mismo número de heridos". Las pérdidas en el contingente de Misuri fueron un muerto, un soldado mortalmente herido y siete "heridos que sanarán sin perder ningún miembro". Luego añadió, orgulloso: "Mucho se ha dicho, con toda justicia, sobre el valor de nuestros artilleros que emplazaron sus cañones en Palo Alto a 250 metros del enemigo; pero esto quedó superado cuando para el ataque del capitán Weightman la artillería se emplazó a 50 metros del reducto enemigo".[10]

Doniphan entró oficialmente en Chihuahua el 1 de marzo de 1847. La ocupación no fue un modelo de conducta militar (como tampoco lo era lo que pasaba en el campamento). A decir verdad, como casi toda la población había huido, las huestes de Doniphan simplemente se mudaron a las casas vacías y las usaron como mejor les pareció. Susan Magoffin, esposa de James Magoffin, de Bent's Fort, manifestó asombro en su famoso diario al describir aquellas escenas. Por todas partes se veían voluntarios de Misuri, "que, aunque buenos a la hora de pelear, si no son cuidadosos con las propiedades de los amigos, mucho menos lo serán con las de los enemigos". Susan Magoffin se inclinaba en favor de los "buenos habitantes de Chi", quienes jamás soñaron que "sus queridos hogares fueran convertidos en barracas para soldados rasos, que sus hermosas casas sirvieran como establos, y que las fuentes de agua potable sirvieran de bañeras". Ahora bien, esta buena señora

[8] Doniphan al procurador general, 4 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 500. El capitán Hudson "previó" la orden de Doniphan y decidió atacar. Parsons solicitó autorización específica para lanzar el ataque.

[9] Con el deseo de perder la vida o con una gran carencia de buen sentido, el mayor Samuel C. Owens, uno de los irregulares del convoy, atacó a caballo cuando iba muy adelante de sus compañeros, e inmediatamente cayó abatido.

[10] William H. Richardson, *Journal of William H. Richardson, a Private in Col. Doniphan's Command* (Baltimore, J. Robinson, 1847), en Smith y Judah, *Chronicles…*, p. 501.

distaba mucho de ser demócrata cuando se trataba de su propia comodidad. Aunque los hogares de los chihuahuenses eran demasiado buenos para un soldado raso, ella y sus allegados "tomamos posesión de una casa muy cómoda, cerca de la plaza mayor… donde pasamos tres semanas con todas las comodidades posibles en aquellas circunstancias".[11]

Una vez instalado en Chihuahua, Doniphan tuvo que decidir lo que iba a hacer después. Había conquistado la meta deseada, pero le sería imposible con sólo 1 000 hombres controlar el territorio circundante. Más aún, como no contaba con el contingente de Wool, y era de esperarse que su posición fuera haciéndose más peligrosa día con día, envió una expedición a Durango para averiguar si el peligro estaba en el sur, y se dispuso a aguardar.

El grupo explorador regresó pronto, y pudo asegurar que, de momento, no había fuerzas mexicanas que representaran una amenaza para Chihuahua. Pero aun así Doniphan seguía impaciente por abandonar la ciudad. Por tanto, el 20 de marzo envió un mensaje a Wool, a quien seguía considerando su superior inmediato, en el que calificaba su posición de "excesivamente embarazosa". La mayor parte de sus hombres, recordaba, habían estado en el servicio desde el 1 de junio de 1846, y aún no recibían un solo centavo. Ya habían caminado más de 3 000 kilómetros y, con el final de su reclutamiento ya cercano, estaban resueltos a regresar a Monclova e incorporarse a los contingentes de Wool.

Doniphan añadió que durante algunos días aún no podría dejar a Chihuahua en una posición segura, y que los comerciantes norteamericanos, que veían en peligro algunos centenares de dólares, se oponían terminantemente a la salida de sus compatriotas. Doniphan insistió en que "deseaba y ansiaba" proteger a los comerciantes tanto como le fuera posible, pero que se negaba a permanecer en Chihuahua "como simple guardián de carretas". Siempre cortés, Doniphan aseguró a su superior que gustosamente obedecería cualquier orden, pero (todavía no se enteraba de la victoria de Taylor en Buena Vista) le parecía que "aún podemos serle útiles a usted en varias cosas". Por encima de todo, deseaba unirse a Wool antes de que expirara el periodo

[11] Susan S. Magoffin, *Down the Santa Fe Trail, 1846-1847* (New Haven, Yale University Press, 1926), citado en Smith y Judah, *Chronicles…,* p. 139.

de servicio de su regimiento.[12]

Wool envió la carta de Doniphan a Taylor, entonces en Monterrey. Taylor, a su vez, envió una copia de esa misma carta a Washington el 4 de abril e informó que iba a ordenar a Doniphan reunirse con Wool. Insistió, por otra parte, en que los comerciantes "podían elegir entre quedarse en Chihuahua o irse a Saltillo protegidos por la columna".[13]

Entre tanto, Doniphan estaba haciendo cuanto podía para garantizar la seguridad de los civiles que se quedarían en Chihuahua. Propuso a los mexicanos "neutralizar" esa ciudad a cambio de que se protegiera a los comerciantes. Se comprometía a que las tropas norteamericanas evacuarían la ciudad y no volverían a ella, siempre y cuando el estado de Chihuahua permaneciera neutral.[14] Como los mexicanos rechazaron esta propuesta, cuando el 25 de abril recibió las órdenes de Taylor, Doniphan dijo a los comerciantes que escogieran entre las dos posibilidades señaladas por Taylor. Muchos prefirieron irse a Saltillo, pero algunos se quedaron en Chihuahua. Entonces Doniphan se comunicó con las autoridades mexicanas y demandó que los norteamericanos residentes en Chihuahua fueran tratados decentemente, pues de lo contrario regresaría a la ciudad. Los mexicanos prometieron, extraoficialmente, cumplir con lo que se les proponía, y en vista de ello Doniphan quedó persuadido de que había hecho todo cuanto le era posible.

Tres días después la caravana de Doniphan inició la marcha a Saltillo. El 11 de mayo llegó a Parras, donde Wool había acampado unos meses antes. Allí la vanguardia de Doniphan participó en una escaramuza con un grupo de indios lipanes que habían saqueado un rancho, secuestrado mujeres y niños, además de robarse el ganado. Una de las compañías de Doniphan les tendió una emboscada a los indios, liberó a los cautivos y recuperó lo robado. Así, en cierta forma, agradeció Doniphan a los habitantes de Parras su amabilidad hacia Wool y los cuidados que les proporcionaron a los enfermos que este general no pudo llevar consigo.[15]

[12] Doniphan a Wool, 20 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 1128 y 1129.
[13] Taylor al procurador general, 4 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1127.
[14] Mora a Santa Anna, 13 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1088.

Tras establecer contacto con las avanzadas de Wool en Buena Vista, los hombres de Reid esperaron la llegada del resto de la columna de Doniphan. Una vez que esto sucedió, Doniphan estuvo de acuerdo en que el superior inmediato pasara revista a sus hombres. Era imposible que éstos tuvieran el aspecto de los soldados normales, pero bien sabían que se habían portado como héroes y estaban orgullosos de ello. Un militar pedante bien podría mofarse de la revista, pero nadie se atrevió a hacerlo teniendo en cuenta las hazañas del Primer Batallón de Misuri. La ceremonia se repitió pocos días después en Monterrey, esta vez ante Zachary Taylor.

De acuerdo con una ley de mayo de 1846, se podría retener en Monterrey a los hombres de Doniphan hasta el final de su periodo de enrolamiento, esto es, hasta el último día de mayo de 1847, pero no hubo necesidad de hacerlo dado que no había enemigos en las cercanías, además de que todos deseaban regresar a casa. Así, Taylor giró inmediatamente órdenes en ese sentido, de manera que los soldados recibieron su paga, fueron dados de baja en Nueva Orleans y regresaron a sus hogares para ser recibidos como lo merecían.

Los hombres de Doniphan no quedaron como héroes desconocidos. Por el contrario, fueron desmedidamente homenajeados. El senador Thomas Hart Benton salió de Washington expresamente para recibirlos con un discurso laudatorio; se les dedicaron composiciones musicales que, una vez publicadas, mostraban en la portada un retrato de Doniphan luciendo un deslumbrante uniforme de gala. William Cullen Bryant comparó a Doniphan con Jenofonte, cuyos 10 000 griegos hicieron un recorrido comparable en Asia Menor en el siglo IV a.C.

"Esos dos hombres —dijo un editorial del *Post* de Nueva York— [fueron] dos comandantes que realizaron las más ex-

[15] Informe de Reid, 21 de mayo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1144. Este episodio tuvo una secuela fuera de lo común. Adolph Wislizenus, "médico practicante" alemán, a quien Doniphan liberó en Chihuahua, apareció en escena a los dos días del encuentro. Entre los 15 cadáveres de indios se encontraba el de un curandero de buena apariencia. Se abandonaron los cadáveres para que los lobos dieran cuenta de ellos, pero Wislizenus se llevó consigo el cráneo del curandero. En su diario no explica cómo separó la piel de la cara de la del resto de la cabeza (Adolph Wislizenus, *Memoir of a Tour to Northern Mexico,* pp. 70-72).

traordinarias marchas conocidas en los anales militares de su época."[16]

[16] Dufour, *The Mexican War…*, p. 185.

LA GUERRA DE WINFIELD SCOTT

XXII. EL SITIO DE VERACRUZ
Noviembre de 1846-marzo de 1847

El 12 de marzo de 1847, el general de división Winfield Scott escribió un exultante informe en una playa al sur de Veracruz:

> Señor: La bandera de Estados Unidos se izó triunfalmente en la playa, a la vista de la ciudad y de su castillo, y bajo el incesante fuego proveniente de ambos sitios, la tarde del 9 del presente mes […] Todo el ejército llegó ejemplarmente a la playa, sin encontrar oposición directa, sin accidentes ni pérdidas.[1]

Este mensaje señaló el final del primer paso de una larga, difícil y sangrienta campaña. Sin embargo, aunque sólo se trataba de un principio, el desembarco por sí mismo constituyó una hazaña merecedora de una refocilación momentánea.

Meses antes, en octubre de 1846, cuando comenzaba a planearse el desembarco en Veracruz, Scott ya había iniciado su campaña con Polk y Marcy a fin de garantizar que la operación fuera aprobada (y que estuviera a cargo del propio Scott). Los tres memorandos que Scott escribió con ese fin fueron tan completos que constituyeron la base de los planes y de la obtención de los medios necesarios.

La visión de conjunto de Scott siempre fue la misma: *a)* a la ciudad de México debe llegarse desde Veracruz, no de Monterrey, donde se encontraba Taylor;[2] *b)* la velocidad era un factor indispensable debido a la temida epidemia del vómito (fiebre amarilla) en la región veracruzana; *c)* la necesidad de rapidez descartaba que se empleara cualquier otro puerto en vez de Veracruz; *d)* no se debía lanzar directamente un asalto contra el castillo de San Juan de Ulúa, que protege la entrada al puerto; *e)* la ciudad debía tomarse desembarcando un ejército a alguna distancia, para luego debilitar las defensas con un asalto o con un sitio, y *f)* se debían

[1] Scott a Marcy, 12 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 216.
[2] *Ibid.*, 27 de octubre de 1847, Exec. Doc. núm. 59, pp. 54 y 55.

construir botes especiales o chalanas, para que ese ejército desembarcara fuera del alcance de la artillería enemiga.

Los memorandos de Scott sólo diferían en detalles, o, mejor dicho, se iban refinando progresivamente. En un principio calculó que 10 000 hombres serían suficientes: la primera oleada se compondría de 2 500 soldados, más dos baterías de artillería ligera; la caballería y los caballos de la artillería irían desembarcando en oleadas ulteriores. Inicialmente esperaba que la expedición ya estaría equipada el 1 de enero de 1847 y que con los refuerzos se llegaría a contar en un momento dado con 20 000 hombres.[3]

Al cabo de un poco más de dos semanas, Scott, ya más confiado, recortó un poco lo que pedía, suponiendo que, específicamente, recibiría ayuda del "Home Squadron" de Conner, utilizado en bloqueos, el cual proporcionaría 1 200 hombres para la maniobra del desembarco. Para llegar a la cifra calculada de 20 000 hombres, propuso que se tomara de Taylor el grueso de las tropas necesarias. Scott calculaba que el total de las fuerzas de Taylor, teniendo en cuenta las tropas de Wool, era de 20 000 hombres, por lo cual si se le retiraban 9 000 soldados aún le quedarían 11 000. Scott insistía en que se reunieran inmediatamente los transportes navales y que se comenzara en breve a construir el equipo de desembarco.[4]

El memorándum final de Scott, fechado cuatro días después, añadía una importante suposición: que nueve regimientos voluntarios adicionales, un total de 6 750 hombres, serían llamados a filas; y especificaba la flota que sería necesaria: 50 barcos de entre 500 y 750 toneladas cada uno y 140 chalanas, suficientes para transportar 5 000 hombres en la primera oleada.[5]

La campaña de Scott por obtener el mando de las operaciones en Veracruz llegó emocionalmente al máximo tres días después durante su memorable reunión con Polk. Cuando Scott salió a toda prisa de Washington el 26 de noviembre, esperaba que su ejército estaría a bordo el 15 de enero o, a lo sumo, el 1 de febrero

[3] Scott a Marcy, 27 de octubre de 1847, Exec. Doc. núm. 59. Los 10 000 hombres se subdividirían como sigue: 2 000 en la caballería, 2 000 en la artillería y el resto en la infantería. Toda la artillería y la mitad de la caballería estarían integradas por tropas regulares.

[4] Scott a Marcy, 27 de octubre de 1847, Exec. Doc. núm. 59, pp. 58 y 59.

[5] Scott a Marcy, 16 de noviembre de 1846, Exec. Doc. núm. 59, pp. 59 y 60.

de 1847.[6]

Scott había planeado la invasión anfibia más grande entre todas las intentadas a lo largo de la historia. Tenía los hombres y los suministros que necesitaba, pero aún seguía "en veremos" la obtención del transporte naval adecuado, el sempiterno problema de las operaciones anfibias.[7] Por fortuna ya existían los 50 barcos, pues para la misión en cierne bastarían los barcos mercantes comunes de la época. Sin embargo, sólo una parte de los indispensables transportes pertenecía al gobierno; los demás navegaban en diversos puntos del mundo acarreando mercancías, y los arreglos para contratarlos tendrían que hacerse personalmente en los diversos puertos, pues aún no había comunicaciones telegráficas interportuarias. Por fortuna para Scott, el responsable de todo aquello, el intendente general Thomas S. Jesup, era una persona de mucha iniciativa que enfrentó el reto con gran confianza en sí mismo. A fin de contratar a tiempo las naves, Jesup se trasladó de Washington a Nueva Orleans desde antes de que lo hiciera Scott. Como los barcos tendrían que estar dos meses después en Brazos y en Tampico, durante varias semanas Jesup y Scott vivieron muchas horas de incertidumbre.

En lo relativo a las chalanas que abordarían las tropas para abandonar los barcos, en cierta forma había menos dificultades, porque se construirían en los puertos bajo la supervisión directa del personal de Jesup. Pero las instrucciones para su diseño eran muy exigentes,[8] y ello quizá influyó en los retrasos que sufrió su producción. De las 141 naves de desembarco ordenadas, sólo 65 estaban listas cuando llegó el momento de utilizarlas.

Aunque el ejército de Scott viajaría en los barcos que había

[6] *Ibid.*, 21 de noviembre de 1846, Exec. Doc. núm. 59, p. 60.

[7] Casi un siglo después, los planes para invadir Francia cruzando el Canal de la Mancha (operación Overlord) encontrarían las mismas dificultades, la falta de naves de desembarco.

[8] Había tres tipos de botes: unos medirían 12 metros de largo, otros más de 12 metros y los demás casi 11 metros. Se especificaba con exactitud el ancho de cada uno, la profundidad (el mayor medía poco más de 1.30 metros), el número y tamaño de los remos y el peso del ancla (75 kilogramos). Cada uno de los mayores pesaría casi tres toneladas, y se especificaban en detalle los materiales de que estarían construidos. Se ordenaron 141 de estos botes. El precio, 795 dólares, considerado exorbitante, disminuiría 10 dólares por cada día de retraso en la entrega (Temple, W. G., "Memoir…", pp. 60-62).

contratado y desembarcaría en chalanas propiedad del Departamento de Guerra, Scott siempre había contado con la ayuda de la Marina de Estados Unidos. Por ello, desde Nueva Orleans escribió al comodoro David E. Conner, quien por aquellos días bloqueaba Veracruz, pidiendo ayuda y consejo.[9] La respuesta no lo desilusionó, pues el comodoro, aunque enfermo y de bastante edad, estaba decidido a ayudar a Scott en todo lo que le fuera posible. Al responder a la carta de Scott, inicialmente opinó que con 5 000 hombres podía lograrse que, sin derramamiento de sangre, Veracruz se rindiera tras un sitio de 10 días. Él mismo estaría presente para brindar ayuda. Además, a fin de facilitar la coordinación, recomendó a Scott que condujera la flotilla al cuartel general que él, Conner, tenía en Antón Lizardo, cerca de Veracruz. Cuando llegara Scott le indicaría los lugares más convenientes para realizar el desembarco. Pero, sobre todo, el comodoro insistió en la rapidez. "El momento actual sería el más a propósito para el proyectado ataque…"[10]

Pero el ataque no pudo realizarse cuando lo recomendaba Conner, y ni siquiera en una fecha cercana. Los primeros transportes de Scott no lograron llegar a Brazos antes de mediados de febrero, casi un mes después del día en que Conner había firmado su carta.

Para entonces Scott ya no se sentía eufórico en lo relativo a sus vínculos con el presidente Polk. Casi a punto de salir de Nueva Orleans para Brazos, una persona que no conocía se le acercó, como ocultándose, para decirle que Polk le había pedido al Congreso que instituyera un nuevo grado militar, el más alto de los existentes, el de teniente general.[11] Si el Congreso autorizaba la petición, todos en Washington suponían que el nombramiento recaería en el senador Benton. Scott se resistía a creer lo que le estaban diciendo, y prefería suponer que en todo caso el nuevo grado se creaba para él mismo. Por consiguiente, Scott no interrumpió la correspondencia amistosa en lo personal y en lo oficial que sostenía con Marcy. Sin embargo, pasó el tiempo y Scott acabó

[9] La medida podría calificarse de obvia. Se menciona porque el hijo de Conner, Philip, tenía la impresión de que Scott había planeado prescindir de la marina en su expedición (véase P. S. P. Conner, *The Home Squadron…).*

[10] Conner a Scott, 18 de enero de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 892.

[11] Eliot, *Winfield Scott…*, p. 444. El informante era Alexander Barrow.

por comprender que iba a suceder lo que en un principio había predicho, esto es, que lo apuñalarían por la espalda.[12]

El ejército de Scott se concentró en dos lugares. Las tropas venidas directamente de Estados Unidos se reunieron en Brazos y las unidades que recibió de Taylor lo hicieron en Tampico. Ambos cuerpos tendrían que unirse antes de avanzar hacia Veracruz. ¿Cómo lo harían? Por una parte, el reunirse en el mar encerraba demasiados factores impredecibles, y, por la otra, el puerto de Tampico resultaba insuficiente para dar cabida a toda la flota.

En vista de ello, Scott decidió organizar su ejército en los corales arenosos del puerto de la Isla de Lobos, a unos 100 kilómetros al sur de Tampico. Para ello se trasladó a esta ciudad, y desde ahí, acompañado por el grueso de sus tropas, se dirigió a Lobos, donde desembarcó a mediados de febrero de 1847.

Cuando llegó a Lobos, ya habían arribado algunos regimientos de voluntarios y varias de las naves requisadas, pero ninguna de las chalanas que se emplearían en el desembarco. Por lo tanto, vivió dos semanas de gran tensión instruyendo y ejercitando a sus hombres, y organizando su estructura de mando en aquella isla de 40 hectáreas de extensión. El tiempo transcurrió con gran lentitud para las tropas en aquel diminuto arrecife de coral.

El 2 de marzo de 1847 por fin llegó un número suficiente de las chalanas de desembarco que necesitaba Scott, con lo que pudo completar la organización de sus 12 000 hombres. Por tanto, en esa fecha ordenó que comenzaran a moverse.[13] A Scott le agradaba mucho la pompa de los desfiles militares, y por ello dio importancia al hecho de permanecer con la cabeza descubierta en

[12] Winfield Scott, *The Memoirs…*, vol. I, pp. 399 y 400. Las sospechas de Scott referentes a Polk (que eran recíprocas, por supuesto) se confirmaron en el caso del coronel William S. Harney, comandante del Segundo de Dragones. Harney obró en forma testaruda e insubordinada como miembro de la unidad de Wool, causando pérdidas y situaciones embarazosas. Cuando Scott le ordenó regresar a Monterrey, Harney se negó a obedecer. Worth, que temporalmente había asumido el mando, lo sometió a un consejo de guerra. Scott revocó la sentencia y reinstaló a Harney en su puesto, pero no antes de que Polk hubiera llegado a la conclusión de que la única culpa de Harney era su filiación demócrata. El incidente debilitó la confianza mutua entre el presidente y el general (Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 268, 269, 364 y 365; James K. Polk, *Diary,* 20 de febrero de 1847, p. 198).

[13] La distribución fue como sigue (según la consigna Emory Upton, *The Mili-*

el puente del vapor *Massachusetts* mientras éste se colocaba a la cabeza de la flota. La bandera azul de Scott indicaba que el general se hallaba presente —¡como si hiciera falta hacerlo saber!—, y "una oleada de aclamaciones resonó de nave en nave… Los marineros se pusieron a entonar sus animosos cantos; las velas se hincharon airosas, y la flota comenzó a alejarse".[14]

Durante dos días se avanzó con lentitud, pero en la última etapa del viaje un "norte"[15] empujó a la flota. El 5 de marzo los hombres de Scott vieron las torres y los campanarios de Veracruz —la Ciudad de la Verdadera Cruz—, y, a la entrada del puerto, un imponente guardián, el castillo de San Juan de Ulúa. En el horizonte, a unos 80 kilómetros tierra adentro, pero visible en aquella atmósfera transparente, se alzaba el Pico de Orizaba, de 5 000 metros de altura. No lejos de Isla Verde, a ocho kilómetros de la ciudad, dieron la bienvenida al *Massachusetts* dos balandros, el *Albany* y el *John Adams,* cuyos pilotos guiarían a los navíos de Scott a la laguna de Antón Lizardo. La flota ancló entre Antón Lizardo y la isla de Salmadia, a unos 19 kilómetros de Veracruz.

Durante los dos días siguientes, los oficiales del "Home Squadron" que comandaba Conner cooperaron con Scott en el lanzamiento, la inspección y formación de las chalanas de acuerdo con el plan trazado por el general.[16] Para entonces Conner ya

tary Policy…, p. 211):

División de Worth:

Artillería: nueve compañías, Segundo de Artillería; cuatro compañías, Tercero de Artillería.

Infantería: Cuarto, Quinto, Sexto y Octavo de Infantería.

División de Twiggs:

Artillería: 12 compañías, Primero de Artillería; seis compañías, Cuarto de Artillería.

Infantería: Segundo, Tercero y Séptimo de Infantería.

Regimiento de Fusileros Montados.

División de Patterson:

Infantería: Tercero de Illinois, Cuarto de Illinois, Regimiento de Nueva York, Primero de Tennessee, Segundo de Tennessee, Regimiento de Kentucky, Primero de Pensilvania, Segundo de Pensilvania, Regimiento de Carolina del Sur, Regimiento de Caballería Voluntaria de Tennessee.

Tropa del ejército: Primero y Segundo de Dragones (seis compañías), Cuerpo de Ingenieros, Cuerpo de Topografía y Cartografía.

[14] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 18.

[15] El "norte" es un viento muy fuerte que por lo general no presenta precipitaciones, pero que en el agua y en las playas arenosas produce efectos impresio-

había reducido a dos las opciones sobre las playas en que habría de realizarse el desembarco. Conner se inclinó por la tranquila playa conocida como la Collada, porque estaba a corta distancia de la ciudad y contaba con la barrera protectora de la Isla de Sacrificios cuando soplaba el norte, pero tenía el grave inconveniente de ser demasiado pequeña para dar cabida a las naves que transportaban a las tropas. Sin embargo, Conner ideó un plan para superar ese obstáculo: si Scott lo autorizaba, podría desembarcar al ejército partiendo de sus propios navíos, cuyo gran tamaño reduciría el número de naves necesarias para entrar en la Collada. Scott, en principio, aceptó la propuesta de Conner: si se demostraba que esa playa reunía las condiciones necesarias, la Marina se encargaría del desembarco del ejército.[17]

Para que Scott tuviera oportunidad de examinar personalmente la playa, Conner arregló las cosas de manera que el general y su estado mayor lo acompañaran a bordo de una nave pequeña. El 7 de marzo, Scott, satisfecho de las ventajas de la Collada, aceptó el plan de Conner. Toda la operación habría sido normal si el barco no se hubiera acercado tanto al castillo de San Juan de Ulúa, desde donde les hicieron algunos disparos de artillería. Los artilleros mexicanos no hicieron blanco, pues sus proyectiles cayeron en el agua. Una andanada de disparos con mejor suerte habría hundido a la nave y Estados Unidos hubiera perdido no sólo a Scott y Conner, sino a varios oficiales, los más importantes del estado mayor. El ingeniero George Meade presenció el incidente, y en tono condenatorio dijo que "un solo proyectil que hubiera hecho blanco en la nave… podría haber acabado con la expedición".[18] Salta a la vista el efecto que una desgracia así habría tenido años después, cuando estalló en Estados Unidos la Guerra de Secesión. Dos hombres destinados a mandar los ejércitos de la Unión y de la Confederación en Gettysburgo iban a bordo de aquel navío: George G. Meade y Robert E. Lee, junto con Joseph E. Johnston y P. G. T. Beauregard.

Se había proyectado que al día siguiente, 8 de marzo, se desembarcaría en la Collada, pero en la noche anterior un norte impi-

nantes.

[16] Temple, "Memoir…", pp. 63 y 64.

[17] Semmes, *Service…*, p. 125.

dió toda actividad en esa fecha, y hubo que posponer 24 horas el desembarco. Era una maniobra difícil, pues se trataba de que todas las tropas de Scott pasaran de sus propias naves a las de Conner y enseguida a las chalanas. La primera etapa se terminó durante la mañana, cerca de Antón Lizardo; por la tarde, cuando la flota llegó por detrás de la Isla de Sacrificios, los hombres pasaron a las chalanas. Cada bote, al mando de un oficial de la Marina y con marineros manejando los remos, transportaba 70 soldados.

Poco antes del ocaso de un día hermoso, los hombres de Scott vitorearon a su jefe al ir pasando frente a él, que todavía se hallaba a bordo del *Massachusetts.* William J. Worth fue el primero en llegar a la playa (su brigada encabezaba a todo el ejército). El fuego proveniente de Veracruz y de San Juan de Ulúa era insignificante y además, para sorpresa de Scott, sólo unos cuantos erráticos tiradores hicieron frente a los 5 500 hombres de la primera oleada mientras chapoteaban camino de la playa. Por la noche el resto de los cerca de 12 000 hombres de Scott ya habían desembarcado. Fue una operación notable por su magnitud y por la eficiencia con que se llevó a cabo.[19]

Podría decirse que la ciudad de Veracruz estaba sobrepoblada, pues si bien sólo tenía 15 000 habitantes, el territorio que ocupaba era muy reducido. Tenía forma de media luna, cuyo "diámetro" iba del sureste al noroeste, a lo largo de sólo un kilómetro y medio de playa. La ciudad estaba rodeada por una muralla, que encerraba al Fuerte de Santiago en la esquina sureste y al Fuerte Concepción en la noroeste, con algunos más entre ellos.

Scott ya había decidido apoderarse de la ciudad sitiándola, no asaltándola, a pesar de las protestas de Worth y otros impacientes oficiales. Para retener a sus tropas a prudente distancia de la artillería mexicana, decidió excavar trincheras a lo largo de unas lomas arenosas de poca altura, a unos tres kilómetros de la ciudad. Para atacar con su artillería a la ciudad, proyectó emplazar cuatro baterías enfrente y a buena distancia de la infantería (por supuesto, con suficiente protección por parte de la infantería). La

[18] Meade, *The Life and Letters…,* vol. I, p. 187.

[19] Scott, *The Memoirs…,* pp. 419 y 420. P. S. P. Conner *(The Home Squadron…,* p. 36) dice que dos barcos, el *Raritan* y el *Potomac,* transportaron a más de 5 000 hom-

línea de dunas era bastante larga (alrededor de 13 kilómetros), y sólo para ocuparla y emplazarse se requerirían grandes esfuerzos. Dos semanas fueron necesarias para que Scott pudiera iniciar la etapa activa de sus operaciones.[20]

Sin tiendas de campaña, los hombres pasaron una incómoda primera noche en tierra firme. A la mañana siguiente, Worth avanzó para ocupar las posiciones previstas. Aunque ninguna tropa enemiga le salió al paso, la naturaleza del terreno sí presentó serias dificultades. Las espinas de las mimosas y de los nopales cubrían la arena suelta de las dunas, con lo que se formaba un chaparral casi impasable que los soldados tuvieron que cortar a hachazos. Además, entre las dunas había lugares con agua que tenían que vadearse o que obligaban a dar un rodeo. Sin embargo, los hombres de Worth siguieron con denonado esfuerzo.[21]

Scott proyectó un emplazamiento singular de sus tropas. La división de Worth, en la vanguardia, sólo cubriría una tercera parte de su camino y entonces haría alto. Los voluntarios de Patterson se seguirían para ocupar el centro. Después la división de Twiggs continuaría hasta llenar el espacio desde Patterson hasta el ángulo noroeste en el pueblo de Vergara. La tarea de Twiggs se habría facilitado, por supuesto, si hubiera desembarcado en algún lugar cercano a Vergara, pero no había ninguna playa por ese rumbo. En todo caso, la difícil tarea de abrirse paso en el chaparral se distribuyó tan equitativamente como se pudo, y al terminar el tercer día la posición entera ya estaba ocupada.

Scott conservó su cuartel cerca de la Collada, en el extremo sureste de la línea, desde donde podría vigilar el flujo de suministros proveniente de las playas y seguir en contacto con Conner.

El 13 de marzo otro norte hizo de las suyas, obligando a las naves a buscar refugio en mar abierto, y la comunicación entre el ejército de Scott y el escuadrón de Conner fue cortada. Aun así, en tierra continuaron algunas de las operaciones, a pesar de que el viento rellenaba de arena en un momento lo que acababa de cavarse. Sólo cuando perdió fuerza el norte pudieron los marineros comenzar a desembarcar los morteros, la artillería y los caballos. Estas bestias eran particularmente útiles a los hombres de Twiggs en Vergara, pues sus suministros tenían que recorrer por

bres entre Antón Lizardo y la Isla de Sacrificios, donde ya estaban las chalanas.

[20] *Ibid*. Véase también el mapa en Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 24.

tierra una gran distancia.[22]

Para entonces Scott se había concentrado en cómo colocar su artillería. Había dos áreas desde donde serían más eficaces los disparos: una se ubicaba en el agua, en Punta Hornos, dentro del sector de Worth. Esta posición, aunque expuesta al fuego mexicano, estaba cerca y bastante bien protegida por el terreno. Sin embargo, el ingeniero de Scott[23] pronto encontró otra al parecer más conveniente porque ofrecía mayor seguridad y porque desde ella se podía disparar más eficazmente sobre la ciudad. Los hombres de Scott comenzaron a adaptar esta última posición a fin de instalar en ella sus 10 morteros (distribuidos en las baterías 1, 2 y 3) y, posteriormente, sus cuatro cañones cortos de 24 libras (batería 4).

No obstante, el 18 de marzo Scott comenzó a preocuparse porque, contra lo que esperaba, aún no habían llegado los morteros de mayor calibre. Por supuesto, lo único que podía hacer era escribir a Marcy, y lo hizo en tono airado, insistiendo en que desde noviembre se había "estipulado y acordado" que todos los morteros llegarían a Brazos a mediados de enero. Scott concluyó su carta con estas palabras: "Bien pueden imaginarse mi desilusión y mi contrariedad".[24] Y era que Scott dependía de esos morteros de gran calibre para bombardear Veracruz hasta su rendición.

Entonces Conner le formuló otra propuesta: podría proporcionar algunos de los cañones de grueso calibre que tenían sus barcos a fin de reforzar desde tierra el ataque de Scott. Éste, sin embargo, difirió su decisión, en parte, sin duda, por amor propio, pero en especial por todo lo que había que hacer para trasladar a tierra esos cañones. Además, abrigaba la esperanza de que nada de ello llegaría a ser necesario.[25] Al anochecer del 19 de marzo, ya emplazada su artillería, Scott notificó a Conner que al día siguiente podrían iniciarse los disparos, y que, de ser así, se le informaría al comodoro a fin de que sus naves se unieran a la opera-

[21] Semmes, *Service…*, p. 129.
[22] *Ibid.*, pp. 129 y 130.
[23] Coronel J. G. Totten, jefe del cuerpo de ingenieros del ejército.
[24] Scott a Marcy, 18 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 222. Al día siguiente envió una carta a Jesup aún más terminante (*cf.* Exec. Doc. núm. 60, p. 913).

ción.[26] No obstante, de nuevo pospuso Scott toda acción durante dos días hasta que, el 21 de marzo, decidió aceptar la oferta de Conner sobre los cañones de la marina que, desde tierra, tomarían parte en el bombardeo.

La petición que hizo Scott, no precisamente de buena gana, sobre esas piezas de artillería, llegó a manos de Conner cuando estaba a punto de entregar el mando del "Home Squadron" al comodoro Matthew C. Perry, de acuerdo con las órdenes del Departamento de la Marina.[27] Los oficiales de Scott se sintieron desconcertados por este cambio, debido al alto grado de respeto y cooperación existente entre Scott y Conner. Cada uno de los oficiales de Scott que pudo abandonar durante unos minutos sus urgentes deberes visitó a Conner, y quienes no pudieron hacerlo enviaron mensajes.

Por fortuna, el comodoro Perry no interrumpió la política de Conner en materia de ayuda y estrecha cooperación, e inmediatamente aprobó la solicitud de Scott sobre los cañones de grueso calibre, si bien a condición de que sus propios artilleros se encargaran de su funcionamiento. Como esto le pareció perfectamente aceptable al general, el cuerpo de ingenieros comenzó a arrastrar los seis enormes cañones por el arenal y el chaparral hasta la posición escogida. El emplazamiento lo dirigió el capitán Robert E. Lee, quien la noche anterior había estado a punto de perder la vida a manos de un centinela despistado. Ni remotamente sospecharon los mexicanos esta maniobra, realizada atrás de las dunas.[28]

Sin embargo, Scott no esperó hasta la llegada de la artillería naval, y el 22 de marzo presentó un ultimátum al general mexicano Juan Morales para que se rindieran tanto la ciudad como el castillo. Morales respondió en forma desafiante, y ni siquiera los extranjeros que vivían en Veracruz hicieron caso de las adver-

[25] Semmes, *Service…*, p. 132.

[26] P. S. P. Conner, *The Home Squadron…*, p. 46.

[27] La coordinación anduvo por los suelos, en la medida en que causaba dificultades a Conner. En realidad, su gira fue ampliada, pensando que el sitio comenzaría en febrero.

[28] Raphael Semmes, *Service…*, p. 134. Estos cañones —que eran los de más peso "jamás empleados en un sitio"— aumentaron considerablemente el fuego que Scott hizo llover sobre Veracruz. Tres de estos monstruos de casi 3 000 kilos de peso disparaban proyectiles sólidos de 132 libras cada uno, capaces de ir demoliendo los fuertes que rodeaban la ciudad. Los otros tres cañones, denominados Paixhans, disparaban proyectiles explosivos de 62 libras que, por la gran solidez de su

tencias de Scott. Éste, por consiguiente, cortó todas las comunicaciones entre la ciudad y las naves neutrales que estaban observando desde el Golfo de México, y ordenó que esa misma noche comenzaran a disparar los morteros y los cañones cortos.

Al atardecer del día siguiente, 23 de marzo, la batería naval abrió fuego, siguiendo las órdenes del capitán J. H. Aulick, subcomandante del "Home Squadron". Pero los mexicanos sabían manejar expertamente el fuego de la artillería costera y, en cuanto se recuperaron de la sorpresa, comenzaron a responder. Los marineros norteamericanos, que durante meses se habían aburrido bloqueando un país que no tenía marina, recibieron con alegría la oportunidad de pelear. Mantuvieron el ánimo incluso cuando un proyectil privó de la vida a cuatro de sus compañeros, y el comodoro Perry ordenó que diariamente cambiaran los artilleros para que el mayor número posible de ellos pudiera tener su parte de "gloria".[29]

El 25 de marzo, los cañones de 24 libras de Scott también entraron en acción. Así, el 25 de marzo, 10 morteros de 10 pulgadas, cuatro cañones de 24 libras, dos cañones de asalto de ocho pulgadas, tres cañones de 32 libras y tres Paixhans de ocho pulgadas bombardearon Veracruz y sus murallas.

La población civil fue la que más sufrió en esa ciudad, que día y noche fue bombardeada por morteros, cañones cortos y Paixhans, así como por la batería de los navíos pequeños. Cayeron tantas granadas en el templo de San Agustín y en el polvorín, que los mexicanos se quejaron de que los norteamericanos lo hacían a propósito. Las baterías emplazadas en los fuertes de Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara devolvieron el fuego, y otro tanto hicieron las de San Juan de Ulúa. Sin embargo, los observadores mexicanos informaron que los norteamericanos fueron capaces de mantener en el aire entre cuatro y seis proyectiles durante todo el bombardeo.[30]

Los efectos del ataque fueron inmediatos. Por la tarde de ese mismo 25 de marzo, los cónsules de Inglaterra, Francia y Prusia enviaron un mensaje a Scott para que suspendiera el bombardeo mientras salían de la ciudad los extranjeros y las mujeres y niños

revestimiento, penetraban mucho antes de explotar.

[29] Semmes, *Service…*, p. 136.

mexicanos. Recordando con toda intención las advertencias que había formulado el día 22, Scott rechazó la petición,[31] al tiempo que se sentía satisfecho de haber escogido sitiar la ciudad en vez de lanzar un asalto con la infantería.[32] La actitud burlona de Worth y de otros carecía de fundamento.

Para los cónsules era suficiente. En cuanto recibieron la respuesta negativa de Scott, acorralaron al general Morales para que se rindiera. Morales se fingió enfermo —recurso tradicional para rehuir situaciones desagradables—, y entregó el mando a su segundo, el general J. J. Landero. Éste, sabiendo lo que de él se esperaba, propuso a Scott que ambas partes nombraran comisionados encargados de preparar una "convención". Entonces Scott ordenó que sus baterías interrumpieran el fuego, y los comisionados se reunieron por primera vez la tarde del día 26.[33]

Las negociaciones subsiguientes dieron la impresión de ser una tediosa repetición del estira y afloja de los comisionados en Monterrey, pero fueron más breves. En un principio los mexicanos demandaban que, sin más condiciones, se permitiera la salida de los 3 000 hombres de la guarnición, junto con sus armas y su equipo. Como los norteamericanos rechazaron esta petición,

[30] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 184.

[31] Exec. Doc. núm. 1, pp. 230 y 231.

[32] "Por supuesto, caballeros, debemos tomar la ciudad y el castillo antes de que reaparezca el *vómito,* si no mediante un buen plan (que presupone un lento proceso de estudio), lanzándonos al ataque, para luego continuar nuestra conquista en el interior del país, donde el clima es más sano. Me inclino decididamente por la primera alternativa, a no ser que puedan ustedes demostrarme que es preferible lo segundo. Por el reconocimiento a fondo que hemos llevado a cabo, creo que se trata de una posibilidad practicable y que sólo nos acarrearía pocas pérdidas.

"Con el segundo método, sin duda se obtendrían resultados igualmente buenos, pero al precio de una gran carnicería en ambos bandos, incluso entre los no combatientes: hombres, mujeres y niños mexicanos, porque los asaltos deben efectuarse en la oscuridad, y porque los atacantes no pueden perder el tiempo haciendo y custodiando prisioneros, ya que, de hacerlo, correrían el peligro de caer ellos mismos prisioneros. Todo esto sucedería mientras se ocupan todos los baluartes de la ciudad. Los horrores de una carnicería así, con sus terribles secuelas, son de lo más repugnante. Además de estas objeciones, es necesario considerar la probable pérdida en el asalto de 2 000 y quizá de 3 000 de nuestros mejores hombres, y sólo he recibido la mitad del número de soldados prometidos. ¿Cómo podríamos, entonces, marchar al interior del país?" (Scott, *The Memoirs…*, vol. II, pp. 423 y 424). Recuérdese que Scott escribió lo anterior casi 20 años después de los hechos.

[33] R. S. Ripley, *The War…*, pp. 40 y 41: Norteamericanos: Worth, Pillow y Totten.

al día siguiente se celebró otra junta. Esta vez el obstáculo fue que Morales, como lo había supuesto Scott, no había autorizado a Landero la rendición de San Juan de Ulúa. Scott comenzó a perder la paciencia, y cuando se vio claramente que ordenaría la reanudación del bombardeo, los mexicanos firmaron por fin el tan discutido acuerdo. Esto sucedió a las 9 de la noche del 27 de marzo de 1847.

Considerando la posición de uno y otro bandos, los términos acordados favorecían generosamente a la guarnición mexicana. Tanto la ciudad como el castillo de San Juan de Ulúa se rendirían con todas sus armas y todos sus oficiales, pero la tropa quedaría en libertad condicional a la espera del intercambio debido. La guarnición marcharía con todas sus prerrogativas hasta el campo donde recuperaría sus armas. Los derechos religiosos y civiles del pueblo de Veracruz serían respetados.[34]

Al recibir la noticia sobre la firma del convenio, un exultante Winfield Scott estuvo a punto de hacer desmontar al mensajero para darle un cordial abrazo.

Mexicanos: coroneles Herrera, Villanueva y Robles.

[34] En la última fase, el capitan Aulick, en representación del comodoro Perry, firmó en su calidad de cuarto comisionado.

U. S. Congress, Exec. Doc. núm. 1, p. 237. Los 5 000 soldados mexicanos que se hallaban en la ciudad y en San Juan de Ulúa estaban a las órdenes de cinco generales, 18 coroneles, 37 tenientes coroneles, cinco mayores, 90 capitanes y 180 tenientes. De ellos, "en un acto de benevolencia y diplomacia", Scott dejó libres a un general, dos coroneles, cuatro tenientes coroneles, un mayor, 10 capitanes y 20 tenientes. Los envió a la ciudad de México, "donde podrían, si lo desean, realizar una misión de paz" (Hitchcock, *Fifty Years…*, p. 247).

XXIII. CERRO GORDO
Abril de 1847

El objetivo de Winfield Scott en México, y en esto coincidía con Polk, era necesariamente "conquistar la paz", pues con unos cuantos miles de bayonetas nunca podría subyugar a una nación unida de siete millones de habitantes. Por tanto, su única esperanza consistiría en ganar la aceptación del pueblo mexicano, ya que no una verdadera amistad.

Inició su campaña concediendo términos generosos para la rendición de Veracruz; pero para conciliarse con el pueblo era necesario que los comandantes norteamericanos obraran correctamente en todas sus relaciones con los ciudadanos mexicanos. Era difícil imponer disciplina a la tropa porque el encierro y las dificultades a que había estado sometida la impulsaban a cometer excesos. La orden general número 20, de Scott, en la que se proclamaba la ley marcial, se dirigía tanto a sus propios soldados como a la población civil. Además, como un ordenamiento de tipo general nunca bastaría por sí mismo para impedir que los soldados revoltosos cometieran sus desmanes, Scott emitió una orden complementaria con la siguiente queja: "El general en jefe, así como todos los buenos oficiales y soldados de este ejército, ha sufrido un cruel desengaño". En esta orden, Scott prohibía asimismo que sus hombres saliesen de la ciudad y, específicamente, que se mataran animales domésticos.[1] Scott estaba decidido a hacer cumplir cuanto decía, y, por tanto, se castigaron severamente los desórdenes. Durante la segunda semana de abril, Hitchcock estuvo presente cuando se ahorcó a un soldado norteamericano culpable de haber violado a una mujer.[2]

Scott también procuró atraer a la Iglesia católica y convencerla de que la victoria norteamericana le sería favorable. Con este objeto ordenó a sus soldados que cuando en la calle encontraran

[1] Scott, GO núm. 87, Exec. Doc. núm. 60, p. 914.
[2] Hitchcock, *Fifty Years…*, p. 250.

a un clérigo lo saludaran, y personalmente solicitó permiso a la autoridad eclesiástica para celebrar servicios religiosos para las tropas en dos templos de la localidad. Los curas mexicanos estuvieron de acuerdo con esta inusitada solicitud, pero a condición de que fuesen ellos los encargados de las ceremonias.

Más aún, siempre cuidadoso de las apariencias, el domingo 4 de abril Scott y su estado mayor, vistiendo uniformes de gala, se unieron al nuevo alcalde en la misa que se celebró en la catedral de Veracruz. Los sacerdotes cooperaron al ambiente de buena voluntad, e insistieron en que el general Scott, cirio encendido en mano, se uniera a la procesión que recorrió los alrededores del templo. El ver al severo general sometido de esta manera a las órdenes de los curas provocó una contenida hilaridad entre el estado mayor, pero no podía negarse que su jefe estaba haciendo su mejor esfuerzo. Quienes compartían sus simpatías políticas afirmaron que al tomar parte en una misa católica había colocado su misión militar por encima de sus aspiraciones presidenciales. La noticia de su proceder inevitablemente causaría malestar entre los "norteamericanos nativos" que lo apoyaban políticamente.[3]

Veracruz, aunque importante ciudad portuaria, sólo serviría como base para el avance que terminaría en la capital de México. Los riesgos inherentes a una expedición hasta el centro del país eran enormes, pero Scott jamás consideró ninguna otra meta. Sus energías estaban orientadas hacia ese fin.

Era preciso tomar una decisión de trascendental importancia: ¿qué ruta iba a seguirse? Tomando como punto de partida Veracruz,[4] Scott tenía dos posibilidades: el camino real, seguido por Cortés en 1519, y el camino de Orizaba.[5] Por ambas rutas se atravesaban pronto las malsanas tierras bajas, pero Scott escogió

[3] Freeman, *R. E. Lee,* pp. 235 y 236, y Elliott, *Winfield Scott…,* pp. 461 y 462.

[4] Scott pasó por alto una carta hipócrita de Marcy, evidentemente escrita con fines políticos, donde se habla de una línea de abastecimiento que partiría de Tampico, no de Veracruz, porque, se decía, Tampico estaba menos expuesto a la epidemia del vómito durante los meses de calor. Marcy, supuestamente, quería que Scott "se enterara del punto de vista del presidente en lo relativo a la salud de las tropas" (Marcy a Scott, 13 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 905).

[5] Durante su campaña (1863) para instalar a Maximiliano en el trono, los franceses utilizaron el camino que pasaba por Orizaba (Matthew Steele, *American Campaigns,* p. 107). Hoy en día, la ruta principal más bien va por el camino de Orizaba, no por donde pasaba el camino real en 1847.

el camino real —por Jalapa, Perote y Puebla— porque entonces se hallaba en mejores condiciones.

El principal problema para Scott era la carencia de medios de transporte. Tenía en abundancia víveres y municiones, pero le faltaba en qué transportarlos. Las carretas tendrían que venir desde Estados Unidos, y no abrigaba la menor esperanza de que en efecto fueran a llegar. Por tanto, lo mejor sería obtener mulas entre los campesinos mexicanos. Con este objeto envió a Alvarado, al sur de Veracruz, una partida al mando del general de brigada John Quitman, pero sólo se obtuvieron unos cuantos animales.[6] Otra expedición, a Antigua, corrió con mejor suerte. Con todo, como al cabo de estos dos esfuerzos sólo se había reunido algo así como 25% de los 8 000 animales que hacían falta,[7] Scott decidió que sólo una parte de sus fuerzas continuara la marcha, y que las demás permanecieran en Veracruz hasta que se obtuvieran medios de transporte adicionales.[8]

Al hacer planes para entrar a México partiendo de Veracruz, Scott escogió a Twiggs para que, en vez de Worth, comandara la división de avanzada. Esto se debió quizá a que la división de Twiggs, acampada al norte del perímetro sitiado de Veracruz, estaba más cerca del camino real. Sin embargo, el vanidoso Worth se negó a reconocer la lógica de este argumento y protestó. Cuando Scott le contestó que otros generales también tenían derecho a esa "posición de honor", Worth consideró que era víctima de un rechazo de carácter personal, pues, al fin y al cabo, había sido muy amigo de Scott desde que fuera su ayudante durante la guerra de 1812. Más aún, a uno de sus hijos lo había bautizado como Winfield Scott Worth. Tras este choque comenzó a desbaratarse la antigua amistad que ligaba a ambos generales.

Antonio López de Santa Anna, después de la batalla de Buena Vista, regresó a San Luis Potosí el 9 de marzo de 1847, el mismo día en que Scott desembarcó en Veracruz. Este viaje de regreso había sido literalmente espantoso, mucho más devastador que la

[6] Quitman a H. L. Scott, 7 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 917 y 918.

[7] Elliott, *Winfield Scott…*, p. 462; Scott a Jesup, 19 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 913.

[8] Scott nunca resolvió el problema. En la campaña subsiguiente trasladó por partes su ejército, hasta que al fin renunció a abastecerse desde Veracruz.

marcha hacia el norte e incluso que la misma batalla. Su ejército caminó durante 16 días sometido a las inclemencias del tiempo, al hambre y a la sed. Sumando las pérdidas sufridas en la batalla y en las dos marchas, los soldados mexicanos muertos llegaban a 10 500, muchos más de la mitad de los que un mes antes habían salido orgullosamente de San Luis Potosí.[9]

El propio Santa Anna no se quedaría mucho tiempo en San Luis Potosí porque en la ciudad de México había estallado otra revolución,[10] en cuyo centro se hallaba Gómez Farías, a quien Santa Anna había encargado sus dificultades políticas cuando le pareció, tres meses antes,[11] que lo mejor sería trasladarse al campo de batalla.

Al parecer Gómez Farías, el idealista, en algo había cambiado desde el regreso de Santa Anna en 1833, cuando fue su suplente en la presidencia de México. Ahora se le reconocía como líder del ala radical del partido federalista, y nuevamente se dispuso a abolir los privilegios tradicionales de la Iglesia y del ejército. Teniendo esto en cuenta, la guerra resultaba su aliada, pues además de mantener a los generales lejos de la capital creaba grandes necesidades de ingresos, los que sólo podrían salir de las arcas de la Iglesia. Para tal efecto, hizo que se aprobaran dos leyes, el 11 de enero y el 4 de febrero de 1847, respectivamente, que imponían cargas fiscales excesivas al clero. La Iglesia, alarmada, ejerció tal presión que a Gómez Farías le volvieron la espalda incluso sus seguidores, pero él no cedió, se quedó en el poder y luchó con denuedo para sobrevivir física y políticamente.

El 27 de febrero, cuando el ejército de Santa Anna a duras penas regresaba de Agua Nueva, el general Peña y Barragán se levantó en armas en la capital con el apoyo de la Iglesia. Pero Gómez Farías puso en juego sus fuerzas, y en poco tiempo la rebelión necesitó urgentemente unos 40 000 dólares para poder sobrevi-

[9] No hay seguridad sobre el tiempo transcurrido. Alcaraz, fuente de esta información, hace el cómputo como si febrero tuviera 30 días. En el cálculo de 16 días se toma esto en consideración.

[10] El levantamiento nada tuvo que ver con la batalla de Buena Vista, a la que, de momento, se consideró como una victoria.

[11] En las elecciones de diciembre de 1846, como se recordará, Santa Anna ganó la presidencia por un escaso margen (11 a nueve). Considerando que ahí era más segura su posición, se trasladó a toda prisa al campo de batalla, y dejó al vicepresidente Gómez Farías para que gobernara en lugar suyo.

vir una semana más. Entonces intervino un norteamericano, Moses Y. Beach, quien en Nueva York era director del periódico *Sun* y supuestamente había llegado a la capital mexicana en viaje de negocios. En realidad lo habían enviado Polk y Buchanan para trabajar tras bambalinas en favor de la paz. Esperando que el general Peña y la Iglesia resultaran más tratables que Gómez Farías en esta materia, Beach animó a los rebeldes para que continuaran. Entonces Gómez Farías arrestó a sus opositores políticos, entre ellos al moderado y muy respetado Gómez Pedraza.[12]

A principios de marzo, Peña y Barragán le escribió a Santa Anna para insistir en que regresara a "tomar posesión de la silla presidencial". Santa Anna, al recibir esa carta, decidió partir para la capital acompañado de dos de sus mejores unidades. Aún no sabía a quién daría su apoyo, si a Gómez Farías o al general Peña, e incluso siguió indeciso cuando supo que el clero le pagaría dos millones de pesos si lograba la anulación de aquellas inaceptables leyes.[13]

La fortuna de nuevo sonreía a Santa Anna: cuando se supo que Scott había desembarcado cerca de Veracruz, el pueblo volvió a poner los ojos en el Napoleón de Occidente, y la unidad nacional se convirtió en consigna. El día en que Santa Anna entró al suburbio de Guadalupe Hidalgo (21 de marzo de 1847), las facciones dejaron de combatir entre sí y su prestigio personal nuevamente se colocó en la cima. Exhibía las banderas y piezas de artillería norteamericanas que habían caído en sus manos, lo cual constituyó para el pueblo una prueba evidente de que en Buena Vista se había alcanzado una gran victoria, y Santa Anna prometió que seguiría conquistándolas. Pero lo de verdadera importancia fue que con su llegada a la capital se evitó que corriera sangre por las calles.[14]

Bien comprendía Santa Anna que su porvenir político dependía de que lograra derrotar a Scott en el campo de batalla. Una

[12] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 3-14.

[13] *Ibid.,* p. 114, y Calcott, *Santa Anna…,* pp. 255 y 256.

[14] "El feliz fin de la insurreción fue obra del general Santa Anna, quien salvó la vida a una multitud cuya muerte habría llenado a México de luto" (Ramón Alcaraz, *The Other Side…,* p. 166).

hazaña así le permitiría a México negociar una paz favorable con Estados Unidos y a Santa Anna establecerse permanentemente como dictador de México. Ahora bien, para lograr ese objetivo era indispensable reconstituir sin tardanza el ejército, y en esta materia el Congreso cooperaba sólo hasta cierto punto. Se autorizó a Santa Anna para que aceptara 20 millones de pesos de las autoridades eclesiásticas a cambio de la abrogación de las dos leyes anticlericales,[15] y se nombró presidente provisional a Pedro María Anaya, su hombre de confianza. Sin embargo, el Congreso mostró cautela en la concesión de los fondos militares que solicitaba Santa Anna, e incluso, pensando en el futuro, desoyó algunas de sus recomendaciones en materia de ascensos en el escalafón militar. Nada de ello impidió que Santa Anna declarara en público: "Tengo el deber de sacrificarme, ¡y sabré cumplirlo! Quizá las huestes enemigas lleguen a marchar altivas en la ciudad imperial de los aztecas, pero yo jamás seré testigo de tal oprobio, porque he decidido primero morir peleando".[16] Y el pueblo estaba fascinado.

Como Scott ocupó Veracruz antes de que Santa Anna pudiera consolidar su poder en la ciudad de México, este último tuvo que encontrar un punto en el que montaría la defensa de la capital. Calculaba que Scott, después de tomar Veracruz, probablemente avanzaría por el camino real, y por ello, para salirle al encuentro, envió tres brigadas de infantería a ese camino, a las que siguieron una brigada de caballería y 2 000 hombres de la Guardia Nacional acantonada en Perote. Todos esos elementos quedarían temporalmente a las órdenes del general Valentín Canalizo, hombrecillo terco y bastante raro, leal a Santa Anna, que poco antes había sido presidente interino. Específicamente, se le ordenó a Canalizo que se apoderara del Puente Nacional, un punto decisivo ubicado en el camino entre Cerro Gordo y Veracruz.[17]

El 30 de marzo de 1847 se enteró Santa Anna de la caída de Veracruz, y comprendió que sin la menor tardanza debía encargarse personalmente del mando de las fuerzas en campaña. Cuatro días más tarde salió de la ciudad de México por calles

[15] Calcott, *Santa Anna…*, pp. 256 y 257.
[16] Proclama, ciudad de México, 31 de marzo de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 260.
[17] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 198, y Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. II, p. 40.

repletas de gente que lo vitoreaba, y poco después llegó a su rancho, El Encero, adelante de Jalapa. Escogió, para hacer frente al enemigo un desfiladero cercano al pueblo de Cerro Gordo y una colina del mismo nombre; con ello podría gozar de las comodidades de su hacienda mientras dirigía los preparativos.

Santa Anna escogió una posición fuerte, un desfiladero desde donde se dominaba el camino real a ambos lados de las colinas, y donde su flanco derecho quedaba protegido por el caudaloso Río del Plan. El punto clave de la región era el Cerro Gordo, también conocido como El Telégrafo, de unos 300 metros de altura, a la izquierda (desde el punto de vista de Santa Anna) del camino real. A la derecha de este camino, al otro lado del Cerro Gordo, algunos peñascos escarpados dominaban el Río del Plan a menos de 800 metros de distancia.

La posición de Santa Anna tenía asimismo profundidad. Unos 1 600 metros enfrente del Cerro Gordo, entre el camino real y el Río del Plan, el terreno descendía repentinamente, oponiendo a cualquier ejército que avanzara tres abruptos acantilados. En su conjunto, los acantilados constituían, más que un puesto de avanzada, una verdadera posición defensiva natural.

Como su frente y su flanco derecho estaban protegidos de tal manera, Santa Anna ya sólo tendría que preocuparse por su flanco izquierdo, al norte. El terreno al norte del camino real (que corría más o menos de oriente a poniente) parecía intransitable. Un hondo barranco convergía al norte con el camino real, 6 500 metros más adelante, en Plan del Río. Ochocientos metros al noreste de Cerro Gordo había una colina de cima plana denominada La Atalaya, de altura algo menor y a alguna distancia del camino real. Entre el barranco y La Atalaya había un compacto chaparral al que cortaban hondonadas y lomas, por lo que Santa Anna consideró que por ese rumbo no podría temerse un ataque. Por ende, Scott se vería obligado a acercarse por el camino real.

Con el fin de defender esta posición, desde mediados de abril había logrado Santa Anna, con no poco esfuerzo, reunir 12 000 hombres que contarían con el apoyo de 43 piezas de artillería.[18] Era una fuerza numéricamente superior a la de Scott pero no muy digna de confianza, pues muchos de esos hombres habían

[18] *West Point Atlas,* mapa 15 C, Exec. Doc. núm. 1, p. 264.

sido enrolados pocos días antes tras recibir su libertad condicional de la cárcel de Veracruz. Como elementos así sólo podrían aprovecharse en un punto defensivo fijo, Santa Anna situó a la mayoría de ellos en el Cerro Gordo, y un poco más adelante también emplazó piezas de artillería en cada uno de los tres acantilados. El resto, a manera de reserva, se quedó en el pueblo de Cerro Gordo. En La Atalaya sólo instaló un puesto avanzado. Hecho esto, se dispuso a esperar.

El general de brigada David E. Twiggs por primera vez tenía mando independiente desde que había llevado por tierra al Segundo de Dragones a Corpus Christi. Su personalidad contrastaba mucho con la de su rival, el general Worth. Twiggs no era bien parecido ni elegante; tenía 60 años, de mediana estatura, anchas espaldas y cuello grueso; era corpulento, robusto, de facciones toscas, coronadas por "exuberante melena blanca, con barba y patillas del mismo color". Su aspecto tosco correspondía a su modo de ser. Sin embargo, gozaba de gran popularidad entre sus hombres, aun cuando esta popularidad, en palabras de un observador, se basaba en "sus maneras bruscas, toscas, en su singular costumbre de lanzar vehementes maldiciones […] con el menor pretexto".[19] En su propio estilo, Twiggs era un jefe del tipo que agrada a muchos soldados.

El 8 de abril por la mañana Twiggs cabalgó al frente de su columna por el camino real en dirección a los cerros. (Jalapa se halla algo más adelante de ese punto.) Su contingente estaba formado por 2 600 soldados de infantería, dos baterías de artillería ligera, seis cañones de 26 libras, dos cañones cortos de ocho pulga-

[19] George Ballantine, *An English Soldier…*, p. 163. En un alto que se hizo durante la marcha, unos hombres de Twiggs encontraron brandy en un departamento del edificio que Twiggs ocupaba. El dueño se quejó por este robo, y Twiggs se encargó personalmente del asunto. "La cólera con que el general Twiggs se presentó en el lugar de los hechos, y la celeridad con que los merodeadores pusieron pies en polvorosa en cuanto corrió el ominoso aviso de que ya 'estaba allí el viejo Davy', son indescriptibles. Twiggs se topó con dos o tres de aquellos pobres diablos en la puerta, en el momento de huir, a quienes sujetó del cuello e hizo girar para propinarles una buena patada en el trasero. Por lo demás, ninguno de ellos se puso a protestar por aquellas desagradables demostraciones del amor que sentía el viejo general por la justicia…" (Ballantine, *An English Soldier…*, pp. 168 y 169).

[20] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 45.

das, cuatro morteros de 10 pulgadas y un escuadrón de dragones.[20]

La marcha no se inició con buenos auspicios. Durante los primeros 20 kilómetros se avanzó lenta y penosamente, pues en la arena suelta los pies se hundían hasta el tobillo. Además, Twiggs cometió el incomprensible error de permitir que la cabeza de la columna caminase demasiado aprisa, pues con ello provocó que muchos hombres de la retaguardia se fueran retrasando cada vez más, con el riesgo de morir a manos de los rancheros mexicanos. Por lo menos la tercera parte de la unidad se fue rezagando, y aunque la mayoría de los soldados desaparecidos pronto se reincorporó, otros no sentían el menor deseo de hacerlo y se dedicaron a disparar sobre el ganado y al saqueo. Con todo, también éstos volvieron paulatinamente a las filas de sus unidades.[21]

Al día siguiente la marcha fue menos difícil, a menor velocidad y sobre un terreno plano. La columna atravesó 13 kilómetros de un bosque tranquilo. Al tercer día Twiggs ordenó que sus hombres se levantaran muy temprano para reanudar la marcha antes del amanecer. A eso de las 11 de la mañana, la cabeza de la columna vio el famoso Puente Nacional, sobre el Río Antigua. El paisaje era asombrosamente bello, y los pocos soldados de origen escocés dijeron que los aledaños del río, con sus arbustos en flor, "se parecían muchísimo a las cañadas de los ríos de Escocia".[22] Los soldados gozaron de aquellas aguas espumosas, casi sin prestar atención a las endebles casuchas de la aldea cercana. Tampoco se fijaron en las huellas de las fortificaciones recientemente construidas y demolidas por el general Canalizo, cuyos hombres huyeron víctimas del pánico cuando se enteraron de la caída de Veracruz.[23]

El comando de Twiggs volvió a ponerse en movimiento en las primeras horas del día siguiente, pero la marcha se volvió fatigosa por lo accidentado del terreno. Al mediodía la columna entró al pueblo de Plan del Río, donde un puente de sólida construcción atravesaba el Río del Plan. Los dragones hicieron huir a un grupo de lanceros mexicanos, que se alejaron haciendo unos cuantos disparos. No los persiguieron porque sus caballos

[21] Ballantine, *An English Soldier…,* p. 171.
[22] *Ibid.,* pp. 171 y 172.
[23] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 41 y 42.
[24] Ballantine, *An English Soldier…,* p. 174.

estaban muy cansados.[24]

En este punto se enteró Twiggs de que Santa Anna estaba reuniendo a un gran contingente en un desfiladero como a seis kilómetros de distancia por el camino real. Enseguida ordenó que sus hombres hicieran alto, instaló puestos de vigilancia y comenzó a recorrer el campo que después se conoció con el nombre de Cerro Gordo. Esto sucedió al anochecer del 11 de abril de 1847.

Atrás de la división de Twiggs venía la de Robert Patterson, la cual llegó al día siguiente. Patterson asumiría automáticamente el mando del sector cuando se reunieran ambas fuerzas, pues tenía el grado de general de división, pero como se encontraba enfermo, muy a su pesar dejó el mando en manos de Twiggs, cuya sangre hervía de las ganas de entrar en combate. Twiggs empezó a planear un asalto contra la posición mexicana, que se lanzaría el 14 de abril.

El teniente primero Pierre G. T. Beauregard, el ingeniero adscrito a la división de Patterson, quedó a cargo de los ingenieros que reconocerían el frente donde operaba Twiggs. Esta labor ya la habían comenzado los tenientes Zealous B. Tower,[25] Joseph E. Johnston y W. H. T. Brooks, ayudante de Twiggs. El 13 de abril por la mañana, Brooks condujo a Beauregard por una vereda que descubrió a la derecha del campamento (a la izquierda de la posición de Santa Anna), por la que se podría rodear la al parecer inexpugnable posición mexicana a lo largo del camino real. Sin que se dieran cuenta los centinelas mexicanos, Beauregard subió hasta la cima de La Atalaya, desde donde se veía la cúspide del Cerro Gordo. Satisfecho con lo que había visto, regresó al campamento para informar al general Twiggs. Entre tanto, el teniente Tower acompañó al general Pillow, de la división de Patterson, para que reconociera el ala derecha del enemigo, hacia la cual, llegado el momento, Tower dirigiría su ataque, y donde Santa Anna había colocado tres piezas de artillería. Pillow fue seleccionado para atacar esta área.

Por la noche Twiggs dio la orden de atacar. Su maniobra se

[25] Zealous Bates Tower obtuvo el primer lugar en West Point en la clase 1841. (Beauregard obtuvo el segundo en 1838.) Tower llegó a ser general de división del ejército de voluntarios, y fue, durante un corto periodo, superintendente de West Point. Johnston también llegó a general.

concentraría en el asalto encabezado por Pillow, cuyos voluntarios atacarían a bayoneta calada las baterías enemigas. Los comandantes de los regimientos y de las compañías que participarían en la operación fueron comunicando la orden tan alentadoramente como pudieron, pero ninguno estaba contento. Conscientes de las limitaciones de Twiggs y sabedores de que no estaba presente todo el ejército, temían estar en "peligro de una derrota o de obtener una victoria con base en una desproporcionada e innecesaria pérdida de vidas humanas".[26]

Algo más tarde esa misma noche, Beauregard volvió a su tienda en el cuartel de Patterson. Éste, aún en cama, lo mandó llamar para pedirle su opinión sobre el plan de Twiggs. Beauregard respondió que si bien el plan funcionaría, encerraba riesgos innecesarios. En su concepto sería preferible concentrar el ataque de todo el ejército contra la posición de Cerro Gordo y sólo hacer un simulacro contra las tres baterías. Interesado en el asunto, Patterson envió a Beauregard para que le expusiera a Twiggs sus puntos de vista.

Conociendo el carácter voluble del general, Beauregard se sintió incómodo conforme se acercaba a la tienda de Twiggs, pero por fortuna lo encontró solo y de buen humor. Beauregard le preguntó si podría manifestar su opinión sobre el ataque, a lo cual accedió Twiggs de buena gana.

Beauregard sabía que Patterson y Twiggs no simpatizaban y, por lo tanto, no obstante lo modesto de su rango, decidió tomar la responsabilidad de su misión. Resumió sus puntos de vista, subrayando las ventajas de concentrar todas las fuerzas en el ataque contra Cerro Gordo.

Twiggs, después de reflexionar un momento, dijo: "Quizá tenga usted razón pero ya es demasiado tarde, porque cambiar ahora las órdenes podría ocasionar gran confusión e incertidumbre. ¿No le parece que de todas maneras triunfaremos?"

"Sin duda, señor, pero creo que debíamos procurar que todas las probabilidades estuvieran a nuestro favor."

La conversación se tornó bizantina. Patterson, cada vez más preocupado, se levantó de la cama y esa misma noche reasum-

[26] Ballantine, *An English Soldier…*, pp. 174 y 175.

[27] Pierre Beauregard, *With Beauregard…*, pp. 32-38. No se sabe cómo reaccionó Twiggs, pero es de suponerse que con desagrado. Beauregard, quien veía a Twiggs

ió el mando.[27] Alrededor de las 11, mientras oficiales y soldados permanecían apáticos en torno de las fogatas del campamento, llegaron noticias de que Patterson había pospuesto el ataque. Inmediatamente se alegraron los rostros, y "todo el mundo se fue a dormir, con la noticia de que se difería el ataque hasta el arribo de Scott".[28]

Scott llegó a Plan del Río al mediodía del 14 de abril, entre las aclamaciones de todos sus hombres.[29] Sin darse tiempo para descansar y tomar algún refrigerio, de inmediato se concentró en su plan para atacar la posición mexicana, aunque no era necesaria ninguna acción por el momento. Su ejército había dejado atrás la región donde el vómito hacía estragos, y ahora tenía tiempo para analizar a fondo la posición de Santa Anna. Scott esperaba que con un movimiento envolvente en el flanco izquierdo de los mexicanos no sería necesario un ataque frontal, y, por tanto, asignó al capitán Robert E. Lee, que lo había acompañado desde Veracruz, para que dirigiera las labores de reconocimiento. Beauregard, quien cayó enfermo, fue relegado a funciones menores en el estado mayor.

A la mañana siguiente a su llegada Lee comenzó el reconocimiento, siguiendo la ruta indicada por Beauregard y confirmando su viabilidad en la medida de lo posible. No conforme con ello, Lee amplió su inspección hasta la retaguardia mexicana, cruzando barranco tras barranco hasta quedar persuadido de que había

con buenos ojos, afirmó más tarde que, en su concepto, Twiggs habría modificado su plan para adaptarlo al de Beauregard.

[28] Ballantine, *An English Soldier…*, pp. 175 y 176.

[29] Su entusiasmo fue en aumento con el impresionante despliegue de uniformes. Posteriormente Grant escribió al respecto: "El general Scott […] cuando recorría sus líneas, siempre vistió el uniforme que ordenaba o permitía el reglamento. Se avisaba con anticipación a todos los comandantes de divisiones y brigadas a qué hora debían esperar al general en jefe, a fin de que, al pasar, todo el ejército lo saludara presentando armas. En ocasiones así Scott vestía uniforme de gala, tricornio, cordones, sable y espuelas. Tanto su estado mayor como todos los oficiales adscritos —ingenieros, inspectores, oficiales de intendencia, etc.— lo seguían, en el orden y con el uniforme de rigor" (*Personal Memoirs…*, vol. I, pp. 138 y 139).

[30] Freeman (*R. E. Lee*, vol. I, pp. 238-241) refiere en forma impresionante cómo Lee quedó inmovilizado cerca de un manantial donde los mexicanos se proveían de agua, y cómo tuvo que pasar buena parte del día oculto detrás de un tronco, a sólo unos pasos del lugar a donde con frecuencia iban los soldados a descansar. Por lo demás, Freeman no indica la ubicación exacta de ese manantial.

dejado atrás el flanco principal.[30] Tras el informe de Lee sobre lo que había descubierto, Scott ordenó que se hiciera una trocha (desde entonces conocida como "el camino") que siguiera la ruta de Beauregard. Abrirse paso a machetazos por la espesura de aquellos bosques era un trabajo arduo y peligroso, que al parecer se logró realizar sin que el enemigo lo notara.

En la mañana del sábado 17 de abril, tras la llegada de la división de Worth proveniente de Veracruz, Scott ya estaba listo para atacar. Envió a Twiggs al recién abierto "camino", esperando que pudiera ocupar y acampar en La Atalaya, como medida previa al ataque en gran escala proyectado para la mañana siguiente en Cerro Gordo y en el camino de Jalapa. Aun cuando Scott sólo podía oponer 8 500 hombres a los entre 12 000 y 18 000 mexicanos, nunca dudó de su victoria.[31]

La división de Twiggs constaba entonces de dos brigadas de infantería, por lo regular comandadas por los coroneles Persifor F. Smith y Bennet Riley. Como el primero estaba enfermo, Scott encomendó al coronel W. S. Harney el mando de su brigada, y con el fin de que Twiggs tuviera los elementos necesarios, adscribió a sus fuerzas la brigada de voluntarios de Shields.

El "Viejo Davy" ordenó que sus hombres se levantaran a las 4:30 de la madrugada para que cuanto antes comenzaran a marchar por el camino real. Al cabo de cinco kilómetros tomaron la derecha para dirigirse al "camino". Como el "camino" era bastante accidentado, en cuatro horas sólo recorrieron los seis kilómetros que los separaban del pie de La Atalaya. De acuerdo con las "sugerencias" de Scott, Twiggs envió entonces una compañía del Séptimo de Infantería para ocupar el cerro, esperando desalojar a los pelotones mexicanos.

Eso no fue tan fácil. Algunos soldados mexicanos surgieron de Cerro Gordo y contraatacaron por la cuesta noroeste de La Atalaya. Enseguida Twiggs ordenó a la brigada de Harney, que se encontraba en la pendiente del lado opuesto, que organizara al "Primero de Artillería y a los Fusileros en la línea, y cargara cuesta arriba". Se tomó la loma, y cuando alguien preguntó hasta dónde había que llegar, en pleno

[31] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 50. Twiggs recibió de Scott órdenes verbales. Pero, tras amplias investigaciones, Smith pudo averiguar en las memorias de los testigos en qué consistían esas órdenes.

fragor de la batalla Twiggs gritó: "¡Hasta que se los lleven los demonios!" Los soldados, tomando al pie de la letra estas palabras, continuaron su persecución más allá de Cerro Gordo. El pequeño contingente pronto quedó a merced de miles de soldados de la infantería mexicana y del fuego cruzado de la artillería. Como resultaba imposible retirarse, los que estaban en la vanguardia, para hacer tiempo, se escondieron entre las rocas y los árboles, contestando ocasionalmente el desordenado fuego de los mexicanos, hasta que, al ponerse el sol, pudieron regresar a salvo a La Atalaya. Al anochecer los mexicanos se alinearon como si se prepararan para atacar, pero un solo disparo de un obús de montaña los desorganizó.[32]

Así terminó un día en el que supuestamente sólo tendría lugar una maniobra de acercamiento. Varias unidades tuvieron que intervenir para sacar del atolladero a quienes se habían aventurado demasiado lejos, y las pérdidas norteamericanas fueron considerables. Los hombres de Twiggs acamparon esa noche en La Atalaya. Santa Anna, exultante por su "victoria",[33] creyó que ese había sido el mayor esfuerzo de Scott.

Horas antes, aquella misma tarde, Scott había emitido la orden general número 111, especificando las misiones correspondientes al ataque planeado para el día siguiente. Twiggs continuaría abriéndose paso en el bosque, más allá de donde terminaba el "camino", a fin de apoderarse del área que dominaba el camino real donde se desviaba al oeste de la vanguardia mexicana. Era una labor difícil; el bosque era tupido, y nadie sabía exactamente hasta dónde llegaba ese camino. Shields continuaría unido a Twiggs, y Worth iría detrás de Shields.

En un ataque secundario, Pillow debía avanzar al empezar el día "por la ruta que ya había reconocido cuidadosamente" y, en cuanto oyera "disparos en nuestro flanco derecho", se "abriría

[32] Ballantine, *An English Soldier…,* pp. 180-182.

[33] Justin Smith, *The War With Mexico,* vol. II, pp. 50-52. Scott, en su informe del 23 de abril de 1847, se mostró característicamente benévolo. Twiggs escribió: "se vio inevitablemente arrastrado a la acción al escoger el terreno para su vivaque y la altura para nuestra artillería. Se verá que muchos de nuestros oficiales y soldados fueron muertos o heridos en este reñido combate, valerosamente iniciado por una compañía del Séptimo de Infantería…" (Scott a Marcy, 23 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 261 y 262).

paso en la línea enemiga", contra las tres baterías desplazadas entre el camino real y el río, delante de Cerro Gordo. Debía atacar como mejor le pareciera, "cuanto más cerca del río, mejor". Después Pillow debería doblar "hacia la izquierda o hacia la derecha, o en ambas direcciones", para atacar las baterías colocadas en la retaguardia, o para perseguir al enemigo si tales baterías ya hubieran sido abandonadas.[34]

Scott estaba tan confiado, que añadió: "Esta persecución puede continuar durante muchos kilómetros, en dirección a Jalapa, hasta que la oscuridad o las fortificaciones enemigas la detengan".[35]

El ataque del 18 de abril se inició con un asalto contra Cerro Gordo lanzado desde La Atalaya, hasta cuya cima, con grandes esfuerzos, los norteamericanos habían arrastrado la noche anterior un cañón de 24 libras. Harney siguió al mando de la brigada delantera, a la que pertenecían el Tercero y el Séptimo de Infantería y la infantería "piernas rojas" de C. F. Smith. El Primero de Dragones, del propio Harney, cubriría el flanco izquierdo.

Este feroz ataque fue decisivo. En el poco expresivo estilo de los informes oficiales, Scott afirmó que "la división de Twiggs tomó por asalto Cerro Gordo, posición fortificada de vital importancia, penetró el centro, tomó todas los atrincheramientos y cortó las líneas por donde podían recibir ayuda".[36]

En un estilo más florido, digno de un historiador que busca efectos dramáticos, Harney justificó de sobra por qué Twiggs había retenido el mando, y escribió: "Estupendamente alto, de figura atlética, no necesitaba adornarse con penachos; conducía a sus hombres blandiendo la espada; como la aguda cresta de una ola que precipitadamente se dirige a la playa, su voz calmada y penetrante sobrevolaba el tumulto".[37]

Los mexicanos, por supuesto, veían de forma diferente el ataque. Concedían que los norteamericanos habían atacado "con vigor, desplegándose con maestría, ocultándose entre los arbustos y las zarzas". El estrépito de la fusilería se equiparaba a la vehemencia de la lucha. Vieron a la "muerte batiendo sus alas

[34] Scott, GO núm. 111, 17 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 258.
[35] *Ibid.*, p. 59.
[36] Scott a Marcy, 23 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 262.
[37] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 54.

en el campo ensangrentado", el fuego y las espesas humaredas, millares de hombres "teñidos de rojo al fragor de la batalla". Mexicanos y norteamericanos "se desplomaban por montones en medio de la confusión", pero eran "al instante remplazados por otros". Vieron "al bravo general Vásquez" caer, con toda su energía, "gloriosamente muerto, en la agitación de la lucha". Sucumbieron ante la superioridad numérica de los norteamericanos, quienes al principio tomaron las fortificaciones bajas de la posición y luego, "sin perder un instante", se lanzaron al asalto de la cima.

Los refuerzos de los mexicanos acometieron con entusiasmo, a bayoneta calada, para a continuación encontrarse luchando cuerpo a cuerpo contra un enemigo que los superaba en número. Rodeados por todos lados, los defensores, víctimas del pánico y del desorden, cayeron literalmente unos sobre otros, "arrastrados por la multitud que los impelía como un torrente que se precipitaba sobre ellos desde la altura".[38]

Cerro Gordo estaba en poder de Scott.

La gran preocupación de Scott por no ofender en Washington a sus jefes se refleja en el informe preliminar que envió al secretario Marcy: "El general de brigada Pillow y sus hombres asaltaron dos veces con gran valentía la línea de baterías del enemigo emplazadas a nuestra izquierda. Si bien esto no tuvo éxito, sí contribuyó en mucho a distraer al enemigo y a desanimar a los oponentes cercanos".[39] Estas juiciosas palabras encubren el fracasado ataque secundario que Pillow lanzó contra tres baterías mexicanas que se hallaban entre el camino real y el Río del Plan.

El fracaso de este ataque no tuvo, en conjunto, efectos catastróficos sobre la batalla, pues la victoria obtenida en Cerro Gordo y en la retaguardia mexicana le quitaron importancia. Pero muchas vidas se perdieron innecesariamente, y las relaciones entre Scott y Pillow comenzaron a deteriorarse.

El hecho de haber enviado a los dos regimientos de Tennessee y a los dos de Pensilvania, de la brigada de Pillow, contra esas tres formidables baterías bien puede considerarse temerario. Beauregard, entre otros, sólo había recomendado un "simulacro", no que

[38] Alcaraz, *The Other Side…,* pp. 209-211.
[39] Scott a Marcy, 19 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 257

se lanzara un ataque. Quizá Scott esperaba que Pillow redujera sus actividades a una mera demostración, pero las órdenes de Pillow decían otra cosa. En todo caso, no cabe dudar de que así las interpretó Pillow.

Aun cuando Pillow era un implacable polemista, en el campo de batalla no era el soldado que necesita una tropa de asalto. Por eso, cuando recibió las órdenes, protestó y calificó su misión de "empresa desesperada". Scott procuró tranquilizarlo, y le dijo que no tenía que atacar antes de oír el fuego en Cerro Gordo, o sea, cuando las líneas mexicanas estuvieran ya "a punto de desintegrarse". Pero Pillow, lejos de tranquilizarse, estalló en manifestaciones histriónicas y aseguró que, como soldado, obedecería las órdenes de Scott aun cuando, como esperaba, "dejara sus huesos en el intento". En su agitación no cedió hasta que Scott hábilmente aludió a la "disciplina", y entonces Pillow tuvo que alinearse lo mejor que pudo.[40]

La misión de Pillow era bastante discutible, pero la forma en que se llevó a cabo produjo resultados caóticos. Por principio de cuentas tuvo serias dificultades con el teniente Tower, quien conocía muy bien el terreno, sobre la mejor manera de aproximarse al objetivo del ataque, e insistió en seguir una ruta en la que el flanco izquierdo estaría expuesto constantemente al fuego de las tres baterías.[41] Después se exasperó con sus comandantes, y explotó contra el coronel Wyncoop, del Primero de Pensilvania, en voz tan alta que alertó a los artilleros de las baterías mexicanas, los cuales ametrallaron al Segundo de Tennessee. El coronel William T. Haskell, comandante de esta unidad, decidió atacar por cuenta propia, al tiempo que aparecieron siete u ocho cañones adicionales de la artillería mexicana, y sus hombres se retiraron en desorden.[42]

Entonces Pillow perdió el control sobre sí mismo, y sostuvo

[40] Hitchcock, *Fifty Years…*, p. 251.

[41] George McClellan *(The Mexican…*, pp. 81 y 82) opinaba que Tower debía haber sido más terminante. Sin embargo McClellan era un militar atrozmente pedante. Esa mañana se despidió de sus amigos como si estuviera seguro de que jamás volvería a verlos, diciendo que había sido designado para morir con los voluntarios.

[42] Semmes, *Service…*, p. 182, y McClellan, *The Mexican…*, p. 83.

[43] McClellan, *The Mexican…*, p. 84. La acusación más grave fue la de un voluntario de Pensilvania: "Para entonces, el general de brigada Gideon Johnston

una discusión a gritos con Haskell, hasta que, herido ligeramente en un brazo, desapareció del escenario.[43]

Sin embargo, la posición mexicana en Cerro Gordo se desplomó a eso de las 10 de la mañana, y pronto comenzaron a aparecer las banderas blancas enfrente del sitio que ocupaba Pillow. El coronel Wyncoop, desilusionado, decidió atacar de todos modos con su Primero de Pensilvania. "Díganle al general Pillow —advirtió Wyncoop— que si antes de media hora no recibo órdenes de atacar, que el demonio me lleve si no decido hacerlo sea como sea."[44] Por fortuna Wyncoop se calmó antes de provocar una carnicería de grandes proporciones.

El principal ataque de Twiggs se realizó en Cerro Gordo, aun cuando en el plan original de Scott el objetivo principal era cortar el camino real en la retaguardia mexicana. No obstante, preocupado por lo que estaba sucediendo en La Atalaya y en Cerro Gordo, envió a la brigada de Shields, formada por el Tercero y el Cuarto de Illinois y el Regimiento de Nueva York, a cortar exclusivamente el camino. En la mañana del 18, Shields ya estaba listo para colocarse al norte de la posición principal y atacar la batería de cinco cañones enemigos emplazados en el pueblo de Cerro Gordo.

La ruta de Shields, que ya quedaba fuera del terreno antes examinado, era sumamente difícil, aun cuando la distancia era de sólo tres kilómetros. Los hombres de Shields salieron del bosque más o menos cuando comenzó el ataque final contra Cerro Gordo, pero existía el inconveniente de que 300 voluntarios con poca experiencia iban a enfrentarse a 2 000 mexicanos de caballería y a una batería de cinco cañones. Los norteamericanos

Pillow […] fue visto descendiendo del cerro a nuestra retaguardia, y no se volvió a ver ni oír de él hasta pasado el combate […] nuestro regimiento, y en realidad toda la división, empezó a impacientarse y a irritarse al no recibir de nuestro general la orden para atacar […] Ahora la pregunta es: ¿dónde estaban los generales Patterson y Pillow durante el enconado tiroteo? No estaban donde prometieron estar, ni los tres mensajeros enviados por el coronel Wyncoop pudieron encontrarlos. Entonces ¿dónde estuvieron los generales Patterson y Pillow? Nos responde el eco: ¿Dónde?" (J. Jacob Oswandel, *Notes…*, pp. 127 y 128).

[44] McClellan, *The Mexican…*, p. 87.

[45] Los primeros informes que llegaron a Scott decían que Shields había sido mortalmente herido. Scott simpatizaba con Shields, y el pesar que expresó en su parte fue sincero.

fueron rechazados, y el propio Shields recibió una herida grave en la cabeza.[45] Pero los mexicanos no tenían manera de averiguar cuántos soldados habían acompañado a Shields cuando atravesó el bosque. "¡Los yanquis brotaron del camino real! ¡Sálvese quien pueda!" Estos gritos se oyeron a lo largo y ancho de la línea mexicana. A este ataque se añadió la intervención de la brigada de Riley en el flanco izquierdo de Shields, y juntos hicieron que la defensa mexicana se viniera abajo.[46]

Durante la batalla, Santa Anna, con tres baterías, inicialmente fijó su posición en el camino real. Después, cuando la acción se trasladó a Cerro Gordo, él también se desplazó a ese punto. Pero una vez que Shields cortó el camino real, Santa Anna comprendió que se había perdido la batalla, y reunió a unos cuantos hombres e intentó escapar a Jalapa. Pero ya era demasiado tarde, pues Shields ya había copado el camino. Llovió metralla sobre el coche en que viajaba, y seis de sus mulas murieron. Peor aún, el general mexicano perdió los 6 000 dólares que había destinado para pagar a sus hombres. Santa Anna huyó a pie, primero caminando hacia el campamento norteamericano y luego por atajos que cruzaban el Río del Plan, rumbo a la temporal seguridad de Orizaba. Miles de soldados mexicanos, dejando a un lado la disciplina y la obediencia a sus superiores, huyeron en esa misma dirección: "lo único que importaba era salvarse". Estos hombres desesperados dejaron tras de sí ríos de sangre, y todas las distinciones militares y el respeto desaparecieron. Las insignias se "convirtieron en blanco de todo tipo de sarcasmos".[47]

La batalla de Cerro Gordo constituyó una victoria más completa de lo que Scott había esperado. Los 3 000 prisioneros le creaban una "situación embarazosa", y quizá se sintió aliviado cuando más de 1 000 pudieron escapar.[48]

En palabras de un periodista mexicano: "Al perderse Cerro Gordo, México quedó abierto a la iniquidad del invasor".[49]

[46] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 55.
[47] *Ibid.*
[48] Hitchcock a Scott, 24 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 1089 y 1090. Véase también Hitchcock, *Fifty Years…,* p. 251.
[49] Alcaraz, *The Other Side…,* p. 214.

XXIV. "LA GUERRA DE MR. POLK"
Fines de 1846 y principios de 1847, en Estados Unidos

Por estas fechas, la disposición del pueblo norteamericano hacia la guerra con México comenzó a deteriorarse. El desencanto había empezado desde antes —en realidad, nunca faltaron las protestas—, pero, unos ocho meses después de la primera convocatoria del presidente Polk para enrolar voluntarios, el descontento aumentó a tal grado que amenazaba entorpecer la campaña militar.

El estallido de patriotismo que respondió a los peligros que Taylor vio en el Río Bravo duró todo el verano de 1846. La War Bill, que suministraba amplios medios para la prosecución de la lucha armada, fue aprobada por abrumadora mayoría en ambas cámaras, a pesar de la oposición de John Quincy Adams y de otros 13 intransigentes diputados abolicionistas. A estos "Inmortales Catorce", como los llamaban sus admiradores, generalmente se les consideraba irresponsables, y sólo el prestigio de Adams como ex presidente impidió que se le midiera con la misma vara.

Las dudas acerca de la guerra no respetaban límites geográficos, y las protestas más graves se concentraron sobre todo en Nueva Inglaterra. Es verdad que uno de los principales abolicionistas entre los *whigs*, a quien sólo Adams superaba en prestigio, era el diputado Joshua Giddings, de Ohio; pero el verdadero semillero del descontento se hallaba en Massachusetts, tradicional vivero radicalista desde los días del Boston Tea Party, donde las figuras literarias abolicionistas desde un principio se opusieron a la guerra. Uno de ellos, James Russell Lowell, poeta y crítico literario de 27 años, escribió el primero de sus famosos *Biglow Papers* cuando aún estaba fresca la tinta de la War Bill.[1] A su vez, Henry David Thoreau, indignado porque el gobernador de Massachusetts había lanzado una convocatoria para el enrolamiento de voluntarios,

[1] El primer poema de protesta de James Russell Lowell se publicó el 17 de junio de 1846 en el *Courier* de Boston. Escrito en "dialecto yanqui", es el primero de una serie publicada posteriormente con el título de *The Biglow Papers*. Tras de calificar a la guerra como asesinato en masa, Russell Lowell afirma que la con-

entró por su propio pie a la cárcel por negarse a pagar impuestos estatales. (Sus amigos pagaron la fianza y sólo pasó una noche en la prisión.)

Pero esas protestas iniciales no dieron resultado. Los conservadores, el ala dominante del partido *whig,* llegaron a la conclusión de que sus predecesores, los federalistas, se habían extinguido precisamente por rehusarse a apoyar la guerra de 1812. Y así, aunque *whigs* conservadores como Daniel Webster censuraron sin ambages a Polk por sus manipulaciones en favor del conflicto, al fin aprobaron el suministro de los recursos necesarios. En términos generales, los *whigs* veían en Lowell a un extremista, e incluso Ralph Waldo Emerson, a pesar de que en lo personal no aprobaba la guerra, consideró que la actitud de Thoreau no tenía razón de ser. Al fin y al cabo, ninguno de los impuestos que Thoreau se negaba a pagar habría contribuido, ni siquiera indirectamente, al financiamiento de los ejércitos enviados a México.

El pueblo norteamericano conservó el fervor patriótico que lo invadió en la primavera de 1846. En todo caso, las victorias iniciales de Zachary Taylor en Palo Alto y en Resaca de la Palma se lograron con tropas regulares venidas "de otra parte". Durante

tienda contra México es una estratagema urdida "por esos estados donde mangonean los negros":

They may talk o' Freedom's airy
Till they's pupple in the face,—
It's a grand gret cemetary
For the barthrights of our race;
They jest want this Californy
So's to lug new slave-states in
To abuse ye, an' to scorn ye,
And to plunder ye like sin.

[Pueden, hasta reventar, parlotear frívolamente de libertad...
Todo lo han convertido en enorme cementerio
de los derechos ancestrales de nuestra raza.
A esta California sólo la quieren
para que haya más estados esclavistas;
para mejor afrentarte, denigrarte y saquearte.]

James Russell Lowell, *The Biglow Papers,* Boston, 1848. Citado por John H. Schroeder, *Mr. Polk's War…,* donde se habla extensamente sobre el disentimiento durante la guerra contra México.

algún tiempo se mantuvo el optimismo prevaleciente en casi todos los conflictos en que participó Estados Unidos. La gente creía que la guerra se ganaría pronto y a bajo precio.

Sin embargo, en el verano de 1846 comenzó a echar raíces la impaciencia. Después de las primeras embriagadoras victorias ya no sucedió nada. Hubo voluntarios que regresaron a sus casas sin haber visto una batalla; algunos murieron por enfermedades que contrajeron durante su servicio militar, y sus seres queridos ni siquiera tuvieron el consuelo de saber que habían muerto heroicamente. Al cundir el descontento, algunas de las críticas se dirigieron contra el propio Zachary Taylor, el favorito del pueblo.[2]

Mientras el público esperaba alguna señal de lo que estaba pasando en el Río Bravo, a fines del verano de 1846 la relación entre la guerra contra México y la expansión de la esclavitud pasó a ocupar la primera línea en el Congreso. Involuntariamente, Polk desencadenó este proceso.

A principios de agosto, muy poco antes de que el Congreso entrara en receso, el presidente solicitó dos millones de dólares del fondo disponible para pagar a cualquier gobierno mexicano que firmara un tratado. Polk consideraba ese pago como una especie de "prenda", un adelanto de lo que posteriormente se pagaría por las concesiones territoriales.

Polk pensaba, con bastante razón, que esa cantidad disponible en efectivo aseguraría que el gobierno signatario sobreviviría el tiempo suficiente para la ratificación del Senado. Sin embargo, la petición encerraba consecuencias de largo alcance, pues confirmaba algo que muchos sospechaban desde tiempo atrás: que Polk intentaba anexarse territorios como resultado de la guerra. Su petición trataba de orientar la atención del Congreso hacia las posibles consecuencias de la expansión territorial. Fue de esta forma como se introdujo el regionalismo en las cuestiones relativas a la guerra contra México, y los dos partidos políticos se encontraron, por primera vez, divididos en cuatro tendencias: *whigs* esclavistas, *whigs* abolicionistas, demócratas esclavistas y demócratas abolicionistas.

Mientras se debatía en el Congreso la cuestión de los dos mil-

[2] La presión que de ello resultó hizo que Taylor se trasladara prematuramente a Monterrey.

lones de dólares, un diputado por Pensilvania, demócrata radical, introdujo una enmienda de gran importancia. David Wilmot, siguiendo el criterio de Hugh White, diputado por Nueva York, planteó la famosa Salvedad Wilmot (Wilmot Provise), que imponía como requisito para aprobar los dos millones de dólares que se estipulara expresamente "que, como condición fundamental y explícita para la compra de cualquier territorio de la República Mexicana por Estados Unidos…, que ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria existirían jamás en ninguna parte de dicho territorio".[3] En realidad, esta enmienda no era un mero recurso para asegurar la aprobación del proyecto de ley; más bien dio como resultado que se definiera la oposición de los *whigs* a ese proyecto. Así, aunque el proyecto sobre los dos millones de dólares fue aprobado como enmienda por un escaso margen en la Cámara de Representantes, en el Senado se enredó en una maniobra obstruccionista. El 10 de agosto de 1846 Polk recibió la noticia sobre el resultado, y manifestó su disgusto tanto por el rechazo del proyecto de ley como por la enmienda —a la que calificó de "malévola"— que la anuló.[4]

El 2 de octubre de 1846 se supo en Washington que el coronel Kearny había tomado Santa Fe, y poco después llegaron las noticias de que Stockton había ocupado California y de que Taylor había salido victorioso en Monterrey. Para casi todo el público se trataba de buenas noticias, mas para los adversarios del expansionismo las declaraciones de Kearny y Stockton en las que proclamaban la anexión de esos territorios eran ilegales. Astutamente, para evadir esas protestas Polk atribuyó la culpa a los comandantes, y como ya habían terminado las sesiones del Congreso, las repercusiones fueron mínimas. Pero con la caída de Monterrey llegó la impresionante primera lista de bajas. Y peor aún, el público se estaba dando cuenta de que Santa Anna, a quien Polk había permitido cruzar el bloqueo en Veracruz, no tenía intención de firmar la paz.

Así, en la tercera semana de octubre de 1846, mientras Polk y su gabinete discutían en secreto sobre una campaña para que la guerra llegara hasta Veracruz,[5] el público se daba cuenta de que

[3] *Congressional Globe Appendix*, p. 1217.
[4] Polk, *Diary*, p. 138.

la guerra sería larga y de que iba a ser preciso reclutar a más voluntarios. Esta angustiosa situación era atribuida, casi universalmente, a la "mendacidad" de Polk. En palabras del *Atlas* de Boston, el conflicto se había convertido en "la guerra de Mr. Polk".[6]

La creciente desconfianza que inspiraba Polk provenía, en parte, de las circunstancias en las que había sido nominado y elegido, agravadas por el resentimiento provocado por sus hábiles maniobras en el mes de mayo anterior. La publicación de las órdenes de Polk a Kearny y Stockton sólo le echó leña al fuego. La desconfianza se atribuía básicamente a la persona de Polk, a quien se consideraba como un político segundón del estado de Tennessee,

> frío, de mentalidad estrecha, metódico, obstinado, con más laboriosidad que talento, obstinadamente partidista, profundamente convencido de su importancia personal y de su responsabilidad, sin pizca de sentido del humor, carente de idealismo, absolutamente incapaz de expresar sus sentimientos, malicioso, totalmente incapaz de ver las cosas de buena manera.[7]

Entre todas esas fallas, su falta de sentido del humor quizá haya sido la peor, pues sin esa arma contra la calumnia era vulnerable a las más injustas de las acusaciones que se lanzaban en contra suya.

Estas acusaciones se hicieron extensivas a todo el gabinete. Como el corresponsal en Washington del *Atlas* de Boston comentó, sin excepción eran gente "de poca monta", y "si se les metiera a todos en un saco, a nadie le importaría cuál saldría primero".[8] Ataques de este calibre eran importantes no por la verdad que pudieran encerrar, sino por la influencia que tenían en la actitud del público.

Como era de esperarse, Polk respondía a sus críticos sin la sombra del sentido del humor necesario. No hacía ningún esfuerzo por desarrollar cualidades que lo convirtieran en un político más popular y eficiente. En vez de ello respondía dando

[5] *Ibid.*, p. 159.

[6] *Boston Atlas,* 16 de mayo de 1847, citado en Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 180.

[7] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. I, pp. 128 y 129.

[8] *Boston Atlas,* 31 de diciembre de 1846, citado en Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 270.

golpe por golpe y condenando a sus detractores. En su segundo mensaje sobre el estado de la Unión, leído el 8 de diciembre de 1846, dedicó unas 8 000 palabras a la legitimidad de cualquier punto de vista de Estados Unidos frente a México, remontándose hasta 1819. A continuación, a pesar del proyecto de ley sobre los dos millones de dólares y de sus órdenes secretas a Kearny y a Stockton, Polk se aferró a su afirmación de que la adquisición de nuevos territorios no constituía el objetivo de la guerra. "No se ha hecho esta guerra con el deseo de conquistar [territorios], pero como la inició México se llevó hasta el país enemigo, donde probablemente continuará a fin de llegar a una paz honrosa, y por ello se debe garantizar una amplia indemnización."[9]

Después se lanzó contra todos los que no estuvieran de acuerdo con él. Términos como "injusta", "innecesaria" y "agresión", afirmó Polk, "dan alas al enemigo y prolongan la guerra". El abogar por la causa de México "da a ese país 'ayuda y consuelo'";[10] por consiguiente, enfatizó, es antipatriótico criticar lo justo de la guerra.

La segunda sesión de la XXIX Legislatura, celebrada a fines del verano de 1846, sería responsable de la continuación de la guerra. Al fin de la sesión, en el siguiente mes de marzo, terminaría el periodo de enrolamiento de los primeros voluntarios, y habría que traer a filas más soldados y contar con más fondos. Por fortuna, aún no se llegaba al punto más alto del disentimiento. Si sólo seis meses antes el Congreso hubiera tenido que enfrentarse a semejantes decisiones, el resultado de la guerra contra México quizá habría sido completamente diferente. En vez de ello, prevaleció el temor a parecer antipatriota, con lo cual el presidente obtuvo la mayor parte, si no todo, del apoyo que deseaba.

En su mensaje sobre el estado de la Unión, Polk solicitó autorización para tomar un préstamo por 23 millones de dólares a 20 años, con el fin de hacer frente a los crecientes gastos del gobierno, en la inteligencia de que esa suma podría reducirse si se le autorizaba gravar con un impuesto adicional ciertos artículos, y si se le permitía ofrecer mejores condiciones en la venta de tierras propiedad de la nación. Polk también solicitó de nuevo los

[9] *The Chief Executive: Inaugural Addresses,* p. 687.
[10] *Ibid.,* p. 666.

dos millones de dólares para la compra de tierras a México, cantidad que poco después subió a tres millones. Esta solicitud, por supuesto, ya había sido denegada en el mes de agosto anterior.[11] Esto en cuanto a las finanzas; pero Polk también necesitaba gente de armas.

En su informe del 5 de diciembre de 1846, Marcy recomendaba el enrolamiento y la organización de 10 nuevos regimientos de tropas regulares (uno de dragones y nueve de infantería). La solicitud relativa a este incremento no fue incluida en el mensaje presidencial, pero se presentó un poco después, en ese mismo mes, a la Cámara de Representantes, la cual aprobó rápidamente el respectivo proyecto de ley, el 11 de enero de 1847, motivada ante todo por la posición de Worth en Saltillo, calificada de precaria.[12] Hasta ahí todo marchó bien. Pero entonces Polk suscitó la insidia en el Congreso al insistir en su quijotesca petición de que se estableciera un nuevo grado, el de teniente general del ejército, que intentaba otorgar al senador Benton.[13] Esta solicitud no sólo no tuvo la menor oportunidad de ser aprobada, sino que su rechazo constituyó un punto en el que coincidieron los *whigs* y los demócratas de Calhoun (lo mismo que aquellos a quienes preocupaba la excelencia militar).[14] Pronto quedó claro que Calhoun, quien controlaba los votos de cuatro leales senadores, tenía en sus manos el equilibrio del poder entre la endeble mayoría demócrata y los unidos *whigs*.

Calhoun, al igual que los conservadores *whigs*, prefería obrar con cautela cuando se trataba de obstruir las medidas que se necesitaban para el suministro del ejército; no obstante, al pare-

[11] *Ibid.*, pp. 680-698.

[12] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. II, p. 74.

[13] *Ibid.*, p. 75.

[14] Mucho tardó Benton en renunciar a sus esperanzas de tener bajo su mando el ejército enviado a México. Aún después de que el Congreso rechazó la propuesta para crear el grado de teniente general, Benton y el senador Allen se entrevistaron con Polk a fines de enero. Benton declaró que aceptaría con cualquier grado el mando de las tropas enviadas a México, lo mismo el de general de división que el de teniente coronel. Después, a principios de marzo de 1847, Polk en efecto nombró a Benton general de división, pero al enterarse de que para ponerlo al mando en México el presidente tendría que remplazar a Scott, Taylor, Butler y Patterson, no aceptó el nombramiento. Cabe mencionar que, en opinión de Sam Houston, el ascenso le correspondía a él, no a Benton (Polk, *Diary*, 23 de enero de 1847, pp. 190 y 191; 3 de marzo de 1847, p. 200, y 10 de marzo de 1847, p. 202).

cer le agradaba poner en práctica su capacidad para causarle preocupaciones a Polk. Así, aprovechando el bloque de votos de que disponía, logró retrasar la aprobación en el Senado del "proyecto sobre los 10 regimientos". En realidad, por la noche de lunes 8 de febrero, el senador Lewis Cass fue a la Casa Blanca para comunicar al presidente que el Senado había eliminado el acuerdo entre las dos Cámaras para proporcionar las tropas solicitadas. Polk, con toda razón, le echó la culpa a Calhoun. Pero la medida no estaba realmente "muerta". Dos días después se llegó a otro arreglo, que esta vez aprobaron ambas Cámaras.[15] Así, tanto el proyecto sobre el empréstito como el de las asignaciones para el ejército se aprobaron por abrumadora mayoría.[16]

El sábado 10 de abril de 1847, el presidente Polk tomó, sin dilación, una de las decisiones verdaderamente importantes de aquella guerra cuando nombró a Nicholas P. Trist emisario para negociar la paz con México.

Ese día de primavera arribó al puerto de Baltimore, proveniente de Pensacola, una nave portadora de buenas noticias sobre la rendición de Veracruz al general Scott el 27 de marzo. El mensaje respectivo iba dirigido al *Sun,* de Baltimore, cuyos editores transmitieron las felices nuevas por telégrafo a Washington, una vez aprovechadas en beneficio propio las primicias de su publicación. Al enterarse, extraoficialmente, de todo ello, Polk por única vez se permitió dar señales de gran alegría: "Son noticias formidables", escribió en su diario. Dos horas después llegó por ferrocarril, procedente de Baltimore, un informe más detallado.[17]

Inmediatamente se reunió el gabinete. Debido a la caída de Veracruz, anunció Polk, era urgente nombrar un comisionado plenipotenciario, el cual tendría que estar al lado del general Scott, "listo para aprovechar las circunstancias, según se fueran presentando, en la negociación de la paz".[18]

[15] Polk, *Diary,* 8 de febrero de 1847, p. 195, y 10 de febrero de 1847, p. 196.

[16] El proyecto de ley acerca del préstamo fue aprobado en la Cámara de Representantes por 165 votos contra 22, y en el Senado por 43 contra dos. El proyecto sobre la asignación de fondos lo aprobó la Cámara por 152 votos a favor y 28 en contra y el Senado mediante una votación nominal *(Journal of the House of Representatives,* XXIX Legislatura, 2ª sesión; *Senate Journal,* XXIX Legislatura, 2ª sesión. Citado por John H. Schroeder, *Mr. Polk's War…,* p. 72).

[17] Polk, *Diary,* 10 de abril de 1847, p. 211.

El gabinete enseguida estuvo de acuerdo en esto, pero el problema que representaba la selección del comisionado no era fácil de resolver. El prestigio que se ganaría negociando un tratado de paz tendría un incalculable valor para cualquier político con aspiraciones presidenciales para 1848. Además, dar ese regalo a un político, el que fuera, suscitaría entre los demás senadores demócratas tal envidia que pondría en peligro la ratificación de cualquier tratado.

A final de cuentas, Polk deseaba instintivamente controlar este proceso. Por ello le convenía enviar a México a uno de los suyos, esto es, al secretario de Estado. Buchanan estuvo de acuerdo, pero arguyó, atinadamente, que no podría abandonar su posición en Washington para ir a hacer antesala indefinidamente en el cuartel general de Scott en México. Sin embargo, como ya había pensado en este problema, propuso una buena solución: que el oficial mayor del Departamento de Estado, Nicholas P. Trist, fuera en su lugar.

Trist poseía muchas de las cualidades indispensables para asumir esa responsabilidad. En el escalafón de aquella época, era el funcionario profesional de más alta categoría en el Departamento de Estado. Además, poseía un impresionante currículum: había estudiado derecho bajo la dirección de Thomas Jefferson (de quien era pariente político); había sido cadete en West Point y secretario particular de Andrew Jackson; hablaba bien el español; estaba familiarizado con las costumbres latinoamericanas, pues había sido cónsul de Estados Unidos en La Habana. Era solemne, inteligente, tratable y enérgico. Trist parecía ser el candidato ideal, y a Polk le agradó la idea de enviarlo a México.

Esa misma tarde lo entrevistó y, sin vacilar, Trist estuvo de acuerdo en embarcarse inmediatamente para Veracruz. Durante esa conversación, Polk advirtió a su nuevo representante que sus instrucciones irían en sobre cerrado, y que su contenido, absolutamente secreto, no debía conocerlo nadie, ni siquiera el general Scott. Más aún, de momento Polk vaciló sobre la conveniencia de que otro funcionario del Departamento de Estado colaborara en la preparación de esas instrucciones.

Trist se hizo cargo de la situación. Iba a llevar consigo el borrador del tratado de paz, con la esperanza de que el gobierno

[18] *Ibid.*

mexicano lo aceptara.[19]

[19] *Ibid.,* pp. 212-214.

XXV. "SOLICITO MI RETIRO…"
Abril-junio de 1847

Una vez más en su alocada y vertiginosa carrera Santa Anna tuvo que huir para salvar la vida. En silencio montó su caballo y tomó el camino en el escarpado valle del Río del Plan, y luego con sus allegados vadeó el río y subió a la otra ribera. Sabía que los soldados norteamericanos probablemente estaban a corta distancia, pero ningún gringo se dejó ver. Ampudia y otros se unieron a Santa Anna, y poco a poco se constituyó un pequeño destacamento. Después de cruzar el río, de pronto cambiaron de rumbo y se dirigieron hacia el oeste, en dirección de Jalapa, con la esperanza de poder llegar a El Encero, el rancho de Santa Anna. Mientras cabalgaban oyeron disparos al otro lado del Río del Plan, y comprendieron que los norteamericanos estaban dando cuenta de lo que aún quedaba del ejército enemigo.

Al acercarse a El Encero, Santa Anna y su grupo vieron a cierta distancia jinetes yanquis; éstos, a su vez, los vieron, y comenzaron a disparar. Inmediatamente cambió Santa Anna sus planes; renunció a llegar hasta su rancho y se dirigió a Orizaba, al sur.[1]

Santa Anna estaba descorazonado. Unas cuantas horas antes montaba orgulloso su caballo, "con el poder en sus manos y con la esperanza de una más luminosa gloria", pero había acabado "humillado, confuso, buscando junto con otros desdichados un sitio donde refugiarse". Ahora bien, esos "desdichados" distaban mucho de estar dispuestos a someterse. En cierto punto Santa Anna le pidió a un párroco que le cambiara los caballos porque el de él ya no podía más. El clérigo se negó a hacerlo. Los acompañantes de Santa Anna aprobaron en silencio la actitud retadora del cura, pero siguieron con su general.

Temprano, a la mañana siguiente, el grupo llegó a una cómoda hacienda cuyo dueño le ofreció hospitalidad. Santa Anna la aceptó temporalmente. Por desgracia, esa misma noche uno de

[1] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 214 y 215.

los vigilantes advirtió que se estaba acercando una partida norteamericana. Santa Anna ordenó que le trajeran su cómoda litera, pero sus ayudantes se las arreglaron para "inutilizarla", y de nuevo tuvo que emprender la marcha a caballo. El frío y el cansancio comenzaron a hacer estragos, pero aun así Santa Anna y su grupo llegaron al cabo de dos días a Orizaba, donde los recibieron las autoridades y algunos generales que habían arribado poco antes.

El ambiente en Orizaba era también hostil, pero durante el camino Santa Anna se había reanimado. En el pequeño pero próspero pueblo de Huatusco el ayuntamiento lo trató con tanto respeto y tanta sinceridad que renacieron en el dictador las esperanzas de recuperar una vez más el poder. Sin embargo, tenía una peculiar manera de manifestar su buen ánimo, y desfogó sus iras en un grupo de soldados que también habían tenido que huir, "profiriendo mil improperios y castigándolos sin piedad con su fusta". El caso es que en Orizaba, sin prestar atención al ambiente desfavorable, un optimista Santa Anna se dispuso a reunir el mayor número posible de soldados, y pronto organizó una escolta personal de 4 000 hombres.[2]

La reacción inmediata de los norteamericanos después de lo sucedido en Cerro Gordo fue de gran alivio, de alivio colectivo porque la batalla se había ganado con facilidad, y de alivio personal por haber salido con vida. Los soldados de la división al mando de Twiggs, con los ojos brillantes y la voz temblorosa, intercambiaron apretones de manos y felicitaciones al ver que el general Scott se acercaba. Después formaron un gran círculo a su alrededor mientras él les dirigía la palabra:

> Hermanos soldados: estoy orgulloso de llamaros hermanos, y vuestra patria se sentirá orgullosa cuando sepa cómo os habéis conducido hoy. Nuestra victoria le costó la vida a numerosos valientes, pero ellos murieron peleando por el honor de su nación. Soldados, tenéis derecho a mi gratitud por vuestra conducta del día de hoy, que jamás olvidaré.[3]

Versión afectada, quizá, pero sincera de la arenga de Enrique

[2] *Ibid.*, pp. 215-219 y 221.

[3] Ballantine, *An English Soldier…*, p. 191.

V. El general habló con la cabeza descubierta, aunque todavía montado; parecía "muy emocionado, y rodaban lágrimas por las arrugadas mejillas de aquel majestuoso viejo héroe". Y "muchos rostros rudos, curtidos por el viento", también derramaron "compasivas lágrimas". Scott se retiró haciendo reverencias y agitando su sombrero.[4]

Pero no se podía dedicar mucho tiempo a las manifestaciones de alegría. Aún quedaba bastante por hacer; en primer lugar, inevitablemente, dar sepultura a los caídos. Scott empleó en esta labor, a la vez horrible y lastimosa, prisioneros mexicanos y soldados norteamericanos. Entre los cadáveres había un gran número de jóvenes mujeres que habían seguido a sus maridos y a sus amantes cuando Santa Anna reclutó su improvisado ejército civil. Ellas, como sus hombres, habían pagado el precio.[5]

Aquella escena de carnicería también tuvo su lado humanitario. Los médicos mexicanos que permanecieron en el campo de batalla no sólo prestaron ayuda a sus compatriotas sino también a los norteamericanos. Según se dijo, el general Shields sobrevivió, no obstante la herida grave que recibió en la cabeza, gracias a los cuidados de un cirujano mexicano. Un sarcástico explicó con esta teoría la competencia de aquel cirujano: "Venía de una tierra en la que abundan los heridos por bala o cuchillo, y la práctica hace al maestro". No faltó quien celebrara sonriendo la ocurrencia. Una mujer, con una herida de bala en una pierna, en un principio se negó a que la examinara el médico, aunque tal manifestación de pudor se consideraba "extremadamente rara entre las mexicanas de clase baja".[6]

Una vez enterrados los muertos y atendidos los heridos, Scott volvió su atención a lo que aún le esperaba. Casi al punto decidió, haciendo a un lado no pocas objeciones, poner en libertad, bajo

[4] *Ibid.*

[5] "Entre los que pudimos observar se hallaba el cuerpo de una mujer mal vestida pero joven y hermosa, de unos 18 años de edad. Era pareja de uno de los soldados, a cuyo lado permaneció durante la batalla. Quizá se habían casado poco antes y estaban pasando la luna de miel entre los horrores de la guerra. No podía uno menos de preguntarse cuál de los cadáveres de aquel horripilante montón era el de su esposo. Sin duda se encontraba entre ellos, pues no se podría ni siquiera imaginar que, huyendo en dirección a Jalapa, hubiera abandonado el cuerpo ensangrentado de su joven y bella esposa." George Ballantine, *An English Soldier…*, pp. 199 y 200.

[6] Ballantine, *An English Soldier…*, pp. 192 y 200.

palabra, a los prisioneros mexicanos.[7] Sencillamente, explicó, no tenía qué darles de comer.

Ahora bien, mientras una parte del ejército ponía las cosas más o menos en orden, otra se lanzó en persecución de los grupos dispersos del ejército mexicano que se dirigían a Jalapa, a sólo seis kilómetros de distancia. El general Patterson, ya con vigor suficiente después de su enfermedad, se dedicó con entu-siasmo a dicha persecución. Una de las unidades a sus órdenes, el Cuarto de Illinois, se las arregló para saquear el abandonado campamento de Santa Anna, donde encontró una pierna de palo que, sin duda, había pertenecido al mismísimo presidente. Algunos soldados regulares no estaban seguros de la identidad del propietario anterior de esa folclórica pierna artificial, que se envió como preciado trofeo a Estados Unidos y que durante años se exhibió en el capitolio del estado de Illinois.[8]

Jalapa era una bella población, el ansiado remanso para unas tropas que habían padecido toda clase de penalidades en el mar, en las trincheras en torno de Veracruz y en el camino que las llevó a Cerro Gordo. A Kirby Smith, el taciturno capitán del Tercero de Infantería, le parecía que ese pueblo en plena montaña era "el más bello de cuantos he visto, rodeado de tierras con el mejor clima del mundo, donde el termómetro nunca sube a más de 26 grados ni desciende muy abajo de 15". En el pueblo había una capilla, originalmente construida por Cortés, que entonces estaba junto a un monasterio franciscano.

Aun así, ciertos presentimientos atemperaban el entusiasmo del capitán Smith, quien predecía que ni siquiera con la decisiva batalla de Cerro Gordo se pondría fin a la guerra. Para ello, los norteamericanos tendrían que apoderarse de cada pueblo y fortaleza del país. "¡El mexicano es un pueblo estúpido! —exclamaba furioso—. Sus continuas derrotas deberían convencerlo de que ya nada puede hacer. Perdieron seis grandes batallas; les

[7] Hitchcock, inspector general, calculó que se había puesto en libertad bajo palabra a 199 oficiales y 2 837 soldados rasos, y que un millar de ellos se había escapado (K. Jack Bauer, *The Mexican War…*, p. 168). En su informe sobre bajas norteamericanas, Scott habla de 63 muertos y 367 heridos (Exec. Doc. núm. 1, p. 974).

[8] Ballantine, *An English Soldier…*, p. 197; Nevin, *The Mexican*, p. 150, y Bauer, *The Mexican War…*, p. 268.

quitamos 680 cañones y casi 100 000 armas de diversos tipos; les hicimos 20 000 prisioneros, dominamos la mayor parte de su país, y estamos avanzando rápidamente hacia su capital que pronto será nuestra. ¡Y aún así se niegan a negociar! ¡Los dioses obnubilan a los que quieren aniquilar!"[9]

Kirby Smith llegó a sus conclusiones tras de pensarlo mucho. En efecto, la victoria en Cerro Gordo era tan completa que Scott se había ufanado de ello en una carta dirigida a Taylor: "México ya no tiene ejército".[10] Pero el "fuerte" de Santa Anna seguía siendo su habilidad para rehacer ejércitos diezmados, y como para los prisioneros puestos en libertad significaba menos que nada el término "bajo palabra", bien podrían reincorporarse a sus antiguas unidades. Dicho en otra forma, Santa Anna pronto podría volver a pelear.

Bastante más serio desde el punto de vista norteamericano era que las tropas de Taylor habían sido diezmadas, no en el frente de batalla sino como consecuencia de la War Bill aprobada de prisa en mayo de 1846. Casi 3 000 de sus voluntarios —es decir, casi todos ellos— ya habían cumplido el año de servicio por el que habían firmado. Legalmente estaban autorizados, si así lo deseaban, a seguir en filas mientras durara la guerra, pero una encuesta puso de manifiesto que pocos de aquellos hombres volverían a enrolarse. Ya tenían suficiente. Por consiguiente, el 3 de mayo, apenas dos semanas después de la batalla de Cerro Gordo, Scott promulgó la orden general número 135:

> El general en jefe se ha enterado con pesar […] de que, con toda probabilidad, ni siquiera uno de cada 10 hombres pertenecientes a esos regimientos siente inclinación a seguir como voluntario en la guerra. Esta predeterminación, desde el punto de vista del general en jefe, no amerita ningún reproche, teniendo en cuenta los arduos, fieles, valientes servicios que prestaron esos cuerpos…[11]

En la orden se subrayaba que la partida de los voluntarios prolongaría la contienda, pero agregaba, no sin tristeza, que el

[9] Kirby Smith, *To Mexico…*, pp. 137 y 138.

[10] Scott a Taylor, 24 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 948.

[11] Congreso de Estados Unidos, Exec. Doc. núm. 60, p. 956. Se refiere a los siguientes regimientos: el de caballería de Tennessee, el Tercero y el Cuarto de la infantería de Illinois, el Primero y el Segundo de la infantería de Tennessee, la infantería de Georgia y la infantería de Alabama.

general en jefe no podía, obrando de buena fe, retener más tiempo a esos hombres. Por otra parte, Scott "no los obligaría a regresar a Veracruz para embarcarse en la estación del año en que, en esa región, la vida está en mayor peligro".[12]

En vista de lo anterior, siete regimientos salieron de Jalapa el 6 de mayo de 1846, bajo el mando del general Patterson. Desgraciadamente, los heridos de gravedad tendrían que esperar. Como las guerrillas mexicanas habían hecho intransitable el camino a Veracruz para todo el mundo, excepto para las escoltas mejor armadas, la mayor parte de quienes no pudieron salir tendrían que aguardar un mes entero más.[13]

Durante el mes de mayo los soldados, víctimas del aburrimiento, se dieron a la indisciplina. Los heridos morían a diario. Poco antes de salir, los últimos voluntarios fueron testigos del castigo que en público se infligió a cinco soldados. "Uno se queda helado —escribió uno de ellos— al ver que a algún norteamericano se le ata y azota como a un perro, en una plaza de mercado de un país extranjero."[14]

A Scott sólo le quedaban algo más de 7 000 hombres,[15] pero tenía confianza en el valor de su tropa. Por lo tanto, el 6 de mayo, precisamente cuando se despedían los voluntarios, envió parte de su ejército a Puebla, al mando de Worth. Cuando estas fuerzas pasaron por el fuerte de Perote, tuvieron que dejar allí a un regimiento como guarnición. Tras la partida de Worth, Scott ya sólo tenía unos 3 000 hombres en Jalapa.[16]

Puebla se halla a unos 100 kilómetros de Jalapa, y el ejército de Worth no tenía más soldados que el de Scott. Con todo, el haber dividido así el ejército no era tan temerario como podría parecer a primera vista. Santa Anna aún no estaba listo para reanudar la lucha y, además, Scott creía contar con un buen aliado en Puebla: la Iglesia católica. El que Scott hubiese procurado en Veracruz atraer a los obispos podría darle buenos dividendos, porque Santa Anna era el archienemigo de esos prelados. Desde

[12] Scott a Taylor, 24 de abril de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 948.
[13] Tennery, *The Mexican…,* pp. 86 y 92.
[14] *Ibid.,* p. 88.
[15] Justin Smith *(The War with Mexico,* vol. II, p. 64) habla de 7 113 hombres.
[16] Scott a Worth, 6 de mayo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 957 y 958.

su regreso en el verano anterior, Santa Anna había dispuesto sin el menor escrúpulo de los bienes de la Iglesia.

El clero, en un principio, al igual que los liberales mexicanos, se había declarado en favor de que continuara la guerra, con la esperanza de que Santa Anna fuera eliminado en el campo de batalla. Pero, como otras veces, el dictador demostró ser indestructible. Moses Y. Beach, el agente norteamericano entonces en la ciudad de México, convenció a los clérigos de que serían tratados con equidad por los norteamericanos si trabajaban en favor de la paz. Por ello el obispo de Puebla intervino para que fuera depuesto el alcalde de esa ciudad, quien era hostil a Scott, y para que se le sustituyera con un hombre más "dedicado a la causa de la paz".[17] En esta forma, aunque las autoridades de Puebla recibieron con frialdad a Worth, el pueblo, influido por el clero, se mostró amable.[18]

Una circular que Scott redactó, con la ayuda de un sacerdote poblano, fue determinante para conservar el orden en la ciudad. Se prometía, entre otras cosas, que el ejército norteamericano respetaría las propiedades de todas las clases sociales y los bienes de la Iglesia: "¡Ay de aquel que no lo haga!" La promesa terminaba con esta amenaza: "No les oculto que entraré con mi ejército a Puebla y a la ciudad de México".[19]

El 19 de mayo, cuatro días después de su llegada a Puebla, Worth envió un informe optimista. Calculaba que entre 600 y 800 "miserables soldados de caballería" quizá estuvieran infestando la zona entre uno y otro punto, pero conformaban una fuerza tan pobre que no podrían hacer frente ni siquiera a un centenar de norteamericanos disciplinados. Agregaba Worth que podía arreglárselas mientras llegaba Scott con el resto del ejército y, entusiasmado por la mencionada circular, afirmó que ya la había reimpreso dos veces. "Ha tenido […] mejor efecto que cuantos golpes se asestaron desde Palo Alto a Cerro Gordo."[20]

A continuación decidió Scott seguir adelante. Dejó una pequeña guarnición en Jalapa, y llegó a Puebla el 28 de mayo de 1847.

[17] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. II, pp. 65 y 66.
[18] Worth a Scott, 15 de mayo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 994 y 995.
[19] Exec. Doc. núm. 60, pp. 973 y 974.
[20] Worth a Scott, 19 de mayo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 967.

El ejército de Scott había quedado reducido a sólo una fracción de la fuerza que necesitaba, pero, aun así, su mayor problema táctico era mantener abiertas las comunicaciones con la costa. Las guerrillas mexicanas a lo largo del camino real hacían peligroso el envío de convoyes no acompañados por una considerable escolta. Después de la salida para Veracruz, a principios de mayo, de un contingente escoltado por 3 000 "antiguos" voluntarios, no esperaba Scott que aquellas 600 carretas pudieran regresar antes de muchos meses, porque no contaba con hombres suficientes para escoltarlas. Con 2 000 hombres heridos o enfermos distribuidos entre Veracruz, Jalapa y Perote, calculaba Scott, destinar guarniciones a esos tres lugares habría reducido el ejército activo que se hallaba en Puebla a sólo 5 820 hombres, lo cual resultaba alarmante. No había más remedio que traer esas tropas a Puebla. El 4 de junio de 1847 Scott abandonó todos los puestos ubicados entre Veracruz y Puebla, con lo que, efectivamente, su ejército quedó sin comunicación con la costa. Al carecer de una línea de abastecimiento, tendría que proveerse del territorio ocupado.[21]

Al enterarse de las desesperadas medidas de Scott, el anciano duque de Wellington, que había estado analizando en un mapa los movimientos del general norteamericano, llegó a la conclusión de que su antiguo conocido había ido demasiado lejos. "¡Scott está perdido! —afirmó el duque—. ¡Sus triunfos le hicieron perder la cabeza! No puede tomar la ciudad ni regresar a sus bases."[22]

Winfield Scott podía reunir ejércitos, instalarlos en territorio extranjero, sitiar ciudades, diezmar al enemigo, incluso podía desparramar una fuerza pequeña en plena zona enemiga sin perder por ello su aplomo. Pero siempre que percibía el menosprecio, real o imaginario —lo cual sucedía con frecuencia—, en Polk o en Marcy, casi se desquiciaba. Por eso interpretó la llegada de Nicholas Trist, portador de un mensaje confidencial para el gobierno mexicano, como una maniobra de Polk para humillarlo. La mera posibilidad de que un civil pudiera negociar debidamente la paz con México, al parecer fue algo que ni siquiera imaginó.

[21] Scott a Marcy, 4 de junio de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 993.
[22] Scott, p. 466n.

Por otra parte, el proceder de Trist contribuyó en gran medida a enfurecer a Scott. En Washington se le había inculcado a Trist la misma aversión de Polk y Marcy hacia el general. Polk le dio instrucciones para que cuando llegara al cuartel de Scott depositara su confianza en Gideon Johnson Pillow, una especie de Cincinato y de Escipión *el Africano*. La misión de Trist sería "llevar a cabo una 'gran acción nacional', y, por añadidura, poner a Winfield Scott en su lugar".[23]

Trist fue receptivo a todo ello, pues a pesar de sus imponentes credenciales y de su aparente amabilidad, padecía de delirios de grandeza. Polk, aprovechando esta debilidad, le había insinuado que se le podría tomar en cuenta como candidato demócrata a la presidencia en 1848 si manejaba bien tanto a Scott como a los mexicanos. Durante el necesario periodo de espera, mientras el Departamento de Estado y el de Guerra preparaban sus credenciales y mensajes secretos,[24] Trist tuvo tiempo para meditar en las magníficas posibilidades que encerraba su situación.

Trist llegó de Nueva Orleans a Veracruz el 6 de mayo de 1847. Por desgracia, en lo referente a sus relaciones con Scott, cayó seriamente enfermo poco después de desembarcar, y por lo pronto se vio impedido de continuar su viaje. Desde su lecho de enfermo envió a Scott ciertos documentos en sobre cerrado para que un mensajero los llevara a la ciudad de México. Trist dejó en claro que no quería que el general leyera esos documentos, y tampoco las intrucciones que le había entregado Buchanan. Aunque se le había "autorizado" a proporcionar a Scott una copia del borrador del tratado de paz, decidió no hacerlo, y en lugar de ello le escribió una carta, en la que seguramente le faltó el tacto.[25]

Si Trist hubiera podido entregar personalmente a Scott los documentos, quizá su don de gentes habría hecho menos

[23] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. II, p. 128.

[24] La carta de presentación dirigida al gobierno mexicano, el borrador del tratado (en sobre cerrado), el nombramiento oficial hecho por el presidente, las cartas credenciales firmadas por el secretario de Estado y la autorización para retirar del Tesoro tres millones de dólares (que se entregarían al ratificarse el tratado). De igual forma, una carta, no oficial, de Marcy a Scott (Bauer, *The Mexican…*, p. 282).

[25] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. II, p. 128. Se ha perdido la carta de Trist, pero Smith concluye, lógicamente, que era "altanera" y "tensa".

desagradable el mal rato por el que pasó el general. La desazón de éste llegó al grado de que no leyó con cuidado la explicación que Marcy le envió directamente. A primera vista le pareció que las palabras de Marcy confirmaban sus sospechas de que sería insultado:

> El señor Trist tiene amplios poderes diplomáticos que lo autorizan a iniciar negociaciones con el gobierno mexicano acerca de la suspensión de las hostilidades. Si llegara a comunicarle a usted, por escrito, que esto ya ha tenido lugar, y que en vista de ello el presidente Polk está dispuesto a que cesen las operaciones militares, deberá usted considerar que esa comunicación expresa las órdenes del presidente…

Al parecer, Scott pasó por alto la advertencia que unas líneas después hacía la carta, y sin más concluyó que Trist estaba autorizado para decidir cuándo debería Scott interrumpir la lucha. Esto era muy duro para un comandante que se hallaba en muy peligrosa situación, con menos de 6 000 hombres, sin esperanza de recibir refuerzos y cortado de su base de abastecimiento.

Para colmo de males, Scott ya se sentía molesto por la presencia del teniente de marina Raphael Semmes, enviado por el comodoro Perry para conseguir una escolta que lo acompañara a la ciudad de México, donde intercedería por un guardia marino injustamente detenido acusado de espionaje. Scott únicamente se enteró de la trivial misión de Semmes por las credenciales que éste llevaba, porque ni Perry ni nadie se comunicó directamente con él.

La combinación de esas dos demandas colmó la paciencia de Winfield Scott. Contestó sin rodeos que lamentaba que el comandante de la base en Veracruz hubiera distraído soldados para que llevaran a Puebla la carta de Trist —y al teniente Semmes—. El meollo del mensaje se encontraba en este pequeño párrafo: "Veo que el secretario de Guerra intenta degradarme, pues demanda que yo, comandante en jefe de este ejército, me someta a usted, oficial mayor del Departamento de Estado, en lo relativo a la suspensión o continuación de las hostilidades".

Scott no podía tolerar nada de eso. Por tanto, terminó exigiendo que Trist tratara con él toda propuesta sobre la cesación de las hostilidades, porque "lo exige nada menos que la seguridad

de este ejército, de la que yo soy responsable…"[26]

Scott escribió largo y tendido a Marcy, en estilo cortante, sólo para poder enviar a Trist una copia de su diatriba. Marcy respondió con cierta mesura a fines de mayo, y prometió que enviaría el remplazo de los voluntarios que dejaban el servicio, pero le reprochó a Scott que con tanta liberalidad hubiese puesto en libertad a los prisioneros de guerra. Luego, refiriéndose a la carta de Scott a Trist, lamentó Marcy que el general hubiera escrito algo tan "fuera de proporción", y añadía que "usted también lamentará el haberlo hecho en cuanto reflexione y tenga mejor información".

Marcy conjeturó atinadamente en su carta que si Trist hubiera estado presente (y dispuesto a mostrar todos los despachos) Scott no habría tenido "ninguna razón valedera para quejarse". Aclaró que Trist le había "llevado ese despacho a usted, no al gobierno mexicano, y con ponerlo en sus manos terminaba su intervención".[27] Pero las cosas no sucedieron así en Jalapa, y Trist había dado una impresión muy diferente.

Para esas fechas Trist ya estaba tan furioso como Scott, y cuando al fin llegó a Jalapa, el 14 de mayo, se negó a hacer una visita de cortesía a Scott. El general, a su vez, también se negó a visitar a Trist, y prefirió seguir escribiendo cartas ofensivas. Incluso después de la entrada del ejército a Puebla, Scott calificó la última misiva de Trist de "fárrago insolente, presuntuoso y arrogante", y tildó al autor de "personificación de Danton, Marat y St. Just", prometiendo responder a todo insulto posterior con "el desdén y el desprecio que usted me merece".[28]

No obstante, Scott procuró que Trist gozara de ciertas comodidades… pero en la parte del cuartel que ocupaba Persifor Smith, no en la suya. Cuando llegaron noticias sobre estas niñerías al Departamento de Guerra, Marcy, que conocía bien a los dos, refunfuñó: "Mucho me temo que Scott y Trist van a seguir escribiéndose cartas, y si es así, ¡todo estará perdido!"[29]

William Marcy estuvo en lo cierto en lo referente al general Scott,

[26] Scott a Trist, 7 de mayo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 959 y 960.
[27] Marcy a Scott, 31 de mayo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 961.
[28] Scott a Trist, 29 de mayo de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 996.
[29] Justin Smith, *The War wit Mexico*, vol. II, p. 129.

el cual escribió el 4 de junio de 1847: "Teniendo en cuenta todos los desengaños y humillaciones de que he sido víctima desde que salí de Washington […] solicito mi retiro de este ejército a partir del momento en que sea posible embarcarse en Veracruz sin correr peligro…"[30]

[30] Scott a Marcy, 4 de junio de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 994.

XXVI. ¡ESPLÉNDIDA CIUDAD!
Julio-agosto de 1847

Scott permaneció tres meses en Puebla, mucho más de lo que inicialmente se había propuesto. Su plan original se basaba en la suposición de que le llegarían los remplazos de los hombres que había perdido a principios de mayo, pero Polk y Marcy destinaron los nuevos regimientos a Taylor, durante el periodo (marzo de 1847) en que se pensaba que este general corría peligro en Saltillo. Aun cuando después de la batalla de Buena Vista Taylor ya estaba a salvo, los referidos regimientos de voluntarios se encontraban demasiado lejos de Scott para serle de utilidad. Éste tendría que esperar la llegada del siguiente contingente de voluntarios y de las "nuevas" tropas regulares.

Empero, Scott (quien siempre salía adelante) aprovechó muy bien el tiempo. En Puebla instauró el orden y la confianza, se reconcilió con Trist, puso en marcha un sistema de abastecimiento y de espionaje local y se esforzó en hacer las paces con Santa Anna. Aunque esto último no se logró, el intento valió la pena.

La tarea primordial de Scott, restablecer su autoridad ante sus tropas y ante la población civil, resultaba desagradable, sobre todo porque cualquier acción que emprendiera acabaría afectando al general Worth; pero era imposible no hacer frente a la situación. Al acercarse a Puebla a mediados de mayo, Worth al parecer se había ilusionado más de la cuenta por la forma amistosa en que fue recibido, y entonces aceptó condiciones extremadamente liberales para la rendición de la ciudad. Particularmente, había concedido a los tribunales mexicanos el derecho a juzgar los casos de civiles acusados de asesinar a soldados norteamericanos. Los mexicanos abusaron sin tardanza de esta concesión, y esto influyó negativamente en el estado de ánimo de las tropas de Worth. Además, el continuo e innecesario estado de alerta que mantenía Worth, originado por el temor de inexistentes amenazas del enemigo, se hizo tan frecuente que el batir de

tambores llegó a ser conocido entre la tropa como el "espantapájaros de Worth".[1] No es de extrañar, por tanto, que los soldados acogieran el arribo de Scott y el cambio de mando casi con el mismo entusiasmo que mostraron en abril, poco antes de la batalla de Cerro Gordo.

Scott procuró restablecer el orden en Puebla sin mucho despliegue de fuerza. Para revertir las concesiones que Worth hizo a los tribunales mexicanos, sencillamente desempolvó la orden general número 20, originalmente emitida en Veracruz, para establecer la ley marcial.[2] Además, con objeto de poner coto al incesante estado de alerta, cambió completamente la costumbre de organizar una partida de persecución cada vez que un puesto avanzado era molestado por el enemigo. Pero incluso después de la llegada de Scott, sin ningún fundamento, Worth emitió una circular para poner en guardia a sus hombres sobre una intriga para envenenar el agua, lo cual ofendió a los mexicanos. Cuando Scott pidió a Worth que retirara tan ofensiva circular, éste se indignó al grado de exigir que se formara una comisión para que investigara el caso. La comisión, integrada por Quitman, Twiggs y Persifor Smith, declaró culpable a Worth y recomendó que se le amonestara. Scott se limitó a distribuir el texto de la pesquisa entre los comandantes de la división, pero desde entonces se desvaneció todo indicio de amistad entre Worth y Scott.[3]

No obstante esas dificultades, atribuibles más bien a la deficiente administración norteamericana que a la hostilidad de los mexicanos, las relaciones entre ambos bandos no fueron malas. Puebla era un centro de cultura religiosa y en sus calles pululaban los sacerdotes y las monjas. Como la Iglesia no veía con buenos ojos a Santa Anna, mantuvo en la ciudad un ambiente de tranquilidad. Un signo de que no todos los mexicanos eran hostiles podía verse en el hecho de que Hitchcock logró reclutar a un grupo de soldados irregulares para que realizaran tareas de espionaje. Esta compañía estaba integrada sobre todo por forajidos, a quienes despreciaba el pueblo, pero el caso es que, a pesar de sus virtudes y defectos, este grupo proporcionó a Scott valiosos informes.[4]

[1] Bill, *Rehearsal…*, p. 245.
[2] Exec. Doc. núm. 60.
[3] Elliott, *Winfield Scott…*, pp. 486 y 487.
[4] Hitchcock *Fifty Years…*Consúltese también Semmes, *Service…*, p. 275.

En julio de 1847 comenzaron a llegarle a Scott algunos refuerzos a Puebla. El primer contingente, al mando de Gideon Pillow, entonces ya general de división, llegó el 8 de julio.[5] Constaba de tres destacamentos —casi 4 500 hombres— que habían salido de Veracruz a principios de junio. El primero de ellos estaba al mando del coronel J. S. McIntosh y el segundo al del general de brigada George Cadwalader. Los dos primeros, inicialmente organizados para servir de protección contra los ataques de las guerrillas, se habían quedado en Perote por órdenes del general Pillow, quien ocupaba el tercer lugar en el escalafón de los jefes. El único perjuicio que causó este retraso en Perote fue que Scott se vio temporalmente privado de los tan necesarios 200 000 dólares en metálico que llevaba McIntosh.

Durante más de tres semanas no le llegaron más refuerzos a Scott. Los siguientes llegaron el 6 de agosto de 1847, comandados por el general de brigada Franklin Pierce, político de Nueva Inglaterra que seis meses antes no había aceptado el nombramiento de procurador general de justicia a fin de poder enrolarse como voluntario. Aun cuando el contingente de Pierce era considerable —2 400 hombres—, preocupaba tanto a Scott la seguridad de estas fuerzas que envió la brigada de Persifor Smith a Perote para escoltarlas. Pero surgieron tantas dificultades que Pierce tuvo que dejar en Perote a muchos enfermos y a algunos heridos.[6]

Mientras tanto, para fortuna de los norteamericanos, Scott y Trist hicieron las paces; más aún, habían vuelto a ser buenos amigos. Trist se había alojado por algún tiempo en la parte del cuartel que dirigía Quitman, sin encontrarse siquiera con el general en jefe. Este interludio permitió a los dos hombres reconsiderar sus respectivas posiciones, un tanto inseguras, y comprender la necesidad de trabajar juntos.[7] El 24 de junio de 1847 Trist recibió

[5] Ripley, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 130-139, y Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 76 y 77. La fechas varían un poco en estos relatos. Las antes citadas se tomaron de Smith, autor de la más precisa de estas narraciones. Pillow avanzó a marchas tan forzadas que seis de sus hombres murieron en el camino *(Niles' National Register*, 10 de julio de 1847, citado por Charlie W. Elliott, *Winfield Scott…*, p. 489).

[6] Ripley, *The War…*, vol. II, p. 166.

[7] Buchanan escribió a Trist el 14 de junio de 1847. Estuvo de acuerdo en que la carta de Scott había sido "extraordinaria" y "bien calculada para herir los sen-

alentadoras noticias del gobierno mexicano a través del ministro británico, Charles Bankhead, y de su representante, Edward Thornton: Santa Anna vería con buenos ojos las negociaciones si "se le untaba la mano" con monedas de oro. Trist meditó en todo ello y decidió que valía la pena correr el riesgo, pero necesitaba la cooperación de Scott, entre otras cosas porque el general era quien tenía en sus manos el indispensable dinero. Por tanto, Trist explicó la situación en una carta muy cortés a Scott, a la que anexó copia del documento que lo autorizaba a actuar como comisionado del gobierno.[8] Scott respondió inmediatamente con una nota muy cordial, y como Trist aún seguía enfermo, le envió por conducto de Persifor Smith una caja de mermelada de guayaba:

> Muy señor mío:
>
> Al echar un vistazo a mi despensa encontré una caja de mermelada de guayaba que, posiblemente, contará con la aprobación del médico para que pueda incluirse en la dieta de su compañero enfermo.
>
> Atentamente suyo,
> Winfield Scott [9]

Gestos así prepararon el terreno para que estos dos personajes se reunieran, y cuando ello aconteció, comprendieron que realmente simpatizaban.

A fines de julio Trist escribió a Buchanan del "espléndido espíritu ciudadano" de Scott, de su "insuperable y consagrada entrega […] a la restauración de la paz".[10] Scott, por su parte, escribió a Marcy para pedirle que no hiciera caso de las cartas en las que describía a Trist como "personificación de Danton, Marat

timientos de usted y llenarlo de indignación", pero dio a entender que buena parte de la culpa de todo la tuvo el excesivo sigilo del propio Trist: "Sin duda nunca se habría escrito esa carta si él hubiera esperado a que usted llegara a su cuartel general y leyera las instrucciones [que traía de Washington] y el borrador del tratado con México, lo que usted estaba autorizado a comunicarle confidencialmente. Con la lectura atenta de esos documentos se habrían desvanecido aquellas sospechas sin fundamento sobre la misión de usted, que al parecer preocupó a Scott e influyó en su proceder". A continuación recordó a Trist que tenía instrucciones para "ya no intervenir", una vez que la carta del propio Buchanan al ministro mexicano de Relaciones Exteriores "obrara en poder del general Scott". (Buchanan a Trist, 14 de junio de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 826 y 827.

[8] Ripley, *The War…*, vol. II, p. 166. Véase también Bill, *Rehearsal…*, p. 259.

[9] Documentos de Trist, citado en Elliott, *Winfield Scott…*, p. 491.

y St. Just". Scott indicó asimismo que Trist fuera tratado como ministro de Estados Unidos, y no como un simple oficinista. Los guardias del cuartel general lo saludarían militarmente y en cualquier circunstancia le rendirían los honores correspondientes a su investidura.[11]

Ahora bien, el asunto que había acercado a Scott y a Trist, esto es, la no muy velada insinuación de soborno de Santa Anna, era bastante delicado. El cohecho, aun en el caso de una noble causa, era un procedimiento reconocidamente peligroso. Los dos personajes, tras examinar el tema detenidamente, acabaron por decidir que sí convenía correr el riesgo. Como resultado, a mediados de julio Trist resumió sus ideas de esta manera: "Ambos estamos convencidos de que la única manera de evitar la indefinida prolongación de esta guerra… es el desembolso secreto de fondos en México". Se requeriría el anticipo de 10 000 dólares, a los que seguiría un millón una vez que se ratificara el tratado.

Scott estuvo de acuerdo, pero se sentía a disgusto. Justificaba el soborno aduciendo que la responsabilidad recaía sobre Santa Anna pues era él quien había hecho la propuesta. Además, existía un precedente: el gobierno norteamericano había autorizado el pago a escondidas de 500 000 dólares en las negociaciones sobre la frontera del noreste con Canadá; y no sólo eso, contrariamente a lo que creía el pueblo de Estados Unidos, este país acostumbraba entregar dinero a los piratas bereberes a principios del siglo.[12] Tranquilizado con estos argumentos, Scott propuso a Trist que le solicitara el millón de dólares, y él a su vez firmaría una letra de cambio sobre el Departamento del Tesoro a cargo de los fondos del ejército.[13] Los 10 000 dólares del pago inicial podía proporcionarlos Scott en el acto tomándolos de su fondo para gastos secretos.

Sin embargo, Scott consideró conveniente asegurar el apoyo de sus generales, de los cuales por lo menos Pillow, Shields y Quitman eran influyentes demócratas. Como el apoyo de Pillow era particularmente importante, en cuanto llegó a Veracruz se le puso al tanto de la situación. Al principio Pillow se mostró

[10] Trist a Buchanan, 23 de julio de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 831.
[11] Ripley, *The War…*, vol. II, p. 152.
[12] *Ibid.*, p. 153.

reticente, pero en el transcurso de la discusión fue retirando sus objeciones. Quitman opinaba que el cohecho causaría mala impresión en Estados Unidos. Shields, ex procurador de justicia de Illinois, manifestó dudas y recelos, pero no se comprometió en pro ni en contra, y prefirió dejar la decisión en manos de Trist. Shields, por su amistad con Scott, esperaba que el general se desligara de toda decisión y que se concretara a procurar que Trist recibiera el dinero.[14]

Para entonces las tropas que ya habían permanecido tres meses en Puebla se encontraban descansadas y bien entrenadas, y las que acababan de llegar por lo menos ya sabían lo que era hacer frente a graves dificultades. Por otra parte, como las negociaciones con Santa Anna todavía no podían afectar los planes de Scott de avanzar hacia la capital, éste continuó preparando su ejército para la campaña final.

Su ejército constaba ahora de unos 14 000 hombres, de los cuales 2 500 estaban enfermos y otros 600 convalecían.[15] Scott organizó esta fuerza en cuatro divisiones: la Primera División (al mando del general de división honorario Worth), la Segunda División (comandada por el general de brigada David E. Twiggs), la División del general Pillow y la División del general de brigada Quitman. Sólo tres de estas divisiones se consideraban "regulares", pues las dos brigadas de Pillow (al mando de Cadwalader y de Pierce) estaban formadas por reclutas que se habían enrolado recientemente para servir mientras durara la guerra. Sin embargo, la mayor parte de los oficiales eran volun-

[13] Elliott, *Winfield Scott…*, pp. 495 y 496.

[14] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 132; Ripley, *The War…*, vol. II, p. 154, y Hitchcock, *Fifty Years…*, p. 267.

[15] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 76.

[16] Primera División (Worth):

Brigada de Garland: Segundo de Artillería, Tercero de Artillería y Cuarto de Infantería.

Brigada de Clarke: Tercero, Sexto y Octavo de Infantería, Cuerpo A, Segundo de Artillería y Batallón de Artillería Ligera.

Segunda División (Twiggs):

Brigada de P. F. Smith: Primero de Artillería, Tercero de Infantería, Regimiento de Tiradores.

Brigada de Riley: Cuarto de Artillería, Segundo y Séptimo de Infantería, Cuerpo de Ingenieros, Cuerpo Regular, Cuerpo Ligero K, Primero de Artillería.

División de Pillow:

tarios.[16]

Con estas fuerzas Scott se encontraba en posición de enfrentarse a un ejército mexicano que entonces contaba, según cálculos, con 36 000 hombres y alrededor de 100 cañones.[17]

El arreglo que Santa Anna había propuesto al gobierno norteamericano —la firma de un tratado de paz a cambio de un millón de dólares— nunca se puso en práctica. En un momento dado, muy conveniente a sus intereses, Santa Anna "descubrió" la ley mexicana del 20 de abril de 1847 según la cual era culpable de alta traición cualquier funcionario que entrara en tratos con el enemigo, y con base en ella sencillamente se embolsó los 10 000 dólares ya adelantados.

Quizá influyeron en que Santa Anna retirara su ofrecimiento las pruebas, cada vez más evidentes, de que Scott tenía dificultades para comunicarse con la costa. De tal forma, con su acostumbrado optimismo, el general mexicano se dispuso a aniquilar al aborrecido invasor.[18]

Aunque parecía difícil reclutar combatientes debido al desconcierto que produjo la derrota de Cerro Gordo, cuando Santa Anna regresó a la capital de México con parte de sus tropas supo que podía contar con el orgullo de sus ciudadanos para defenderla. Según fuentes mexicanas, "era mucho más glorioso sucumbir peleando que abrir las puertas de la ciudad sin disparar un solo cañón contra el enemigo".[19] El pueblo respondió. Las campanas

Brigada de Pierce: Noveno, Decimosegundo y Decimoquinto de Infantería.

Brigada de Cadwalader: Voltiguers, Decimoprimero y Decimocuarto de Infantería, Cuerpo Ligero I y Primero de Artillería.

División de Quitman:

Brigada de Shields: Regimiento de Nueva York, Regimiento de Carolina del Sur y Destacamento de Marina.

Brigada de Watson: Segundo Regimiento de Pensilvania, Cuerpo H, Tercero de Artillería, Cuerpo C y Tercero de Dragones.

Brigada de Harney: Primero y Segundo Batallones de Caballería.

Esta lista aparece en Emory Upton, *The Military Policy…*, p. 214.

[17] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II., p. 213.

[18] Elliott, *Winfield Scott…*, p. 500. Scott *(Memoirs…*, p. 466) describe así a Santa Anna: "Su viveza y energía eran incuestionables, como admirables su poder creador y de organización. También estaba dotado de gran capacidad administrativa, y aun cuando no carecía de valor personal, en el campo de batalla fallaba en la rapidez de percepción y en la pronta asociación de ideas. De ahí provenían sus derrotas".

y la vetusta artillería del castillo de Chapultepec fueron fundidas para forjar nuevos cañones; se repartieron mosquetes comprados a los extranjeros en los puertos o en Guatemala, y diversas armas pequeñas salieron de roperos y alacenas. Asimismo, a toda prisa se fabricaron morteros, bayonetas y proyectiles. Detrás de este gran esfuerzo se encontraban la habilidad y la voluntad de Santa Anna.[20]

Asimismo surgieron elementos para reorganizar un respetable ejército. Por principio de cuentas, unos 4 000 veteranos de Buena Vista habían permanecido en San Luis Potosí al mando del general Gabriel Valencia, subordinado no muy digno de confianza pero que mientras ardiera "el nuevo patriotismo" posiblemente se portaría bien. El caso es que, por órdenes de Santa Anna, Valencia llegó a Guadalupe Hidalgo el 27 de julio.[21]

A la columna vertebral de las tropas regulares de Valencia se añadirían, por supuesto, los casi 10 000 hombres de la Guardia Nacional. Además, Santa Anna mandó llamar de Puebla a 3 500 soldados, y, ya desde antes, se encontraban otros 10 000 en la ciudad de México. El Ejército del Sur, al mando de Juan Álvarez, proporcionó 2 500 hombres y a Canalizo aún le quedaban varios miles. Sumando todos esos efectivos, las fuerzas de Santa Anna llegaban a 25 000 y quizá a 30 000 soldados.[22]

Sin embargo, a pesar de su superioridad numérica, la estrategia de Santa Anna tendría que ser fundamentalmente defensiva. Algunos lo tildaron de pusilánime, pero su actitud era realista. A su ejército le faltaban cohesión y disciplina, por lo que las maniobras ofensivas se le dificultarían. Pero mucho más importante era que el Valle de México estaba tan pantanoso que los movimientos en gran escala resultaban imposibles para cualquier ejército, incluso para el de Scott. Aun cuando se halla a 2 150 metros de altura sobre el nivel del mar, la ciudad de México se asienta en el punto más bajo de una meseta, y el terreno siempre húmedo entonces lo estaba aún más porque la población lo había inundado. Por un suelo así ni la caballería ni la artillería podrían avanzar. Cualquier movimiento de tropas en el valle resultaba en extremo azaroso, y los accesos a la ciudad se reducían

[19] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 238.
[20] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 87.
[21] *Ibid.,* p. 88.

a algunas calzadas construidas sobre terraplenes, por las que era imposible que pasara un ejército numeroso. Por tanto, dadas estas restricciones, Santa Anna no podía aprovechar plenamente su superioridad numérica. Por otro lado, disponía de tropas suficientes para guarnecer todas las calzadas, y cada guarnición podría defenderse como Horacio Cocles en el Puente Sublicio cuando salvó a Roma de los etruscos.

Cuando Santa Anna comenzó a planear la defensa vio, naturalmente, que lo mejor sería hacer frente a Scott tan lejos de la ciudad de México como fuera posible, utilizando para ello la pequeña red de caminos, rota aquí y allá por lagunas, pero que tenía muchos kilómetros de largo. Como sólo uno de los caminos atravesaba las montañas entre Puebla y la ciudad de México, Santa Anna conocía la ruta que seguiría Scott; esto es, por Buena Vista, pueblo situado unos 50 kilómetros al oriente de la capital. Una vez que Scott llegara a Buena Vista desde el este, no tendría más remedio que continuar hacia el poniente por alguno de los tres caminos menores, sólo uno de los cuales conducía directamente a la ciudad de México.

Esos tres ramales eran canalizados por tres grandes lagos al oriente de la ciudad. El mayor de ellos, el de Texcoco, al este y al noreste, se extendía a tal grado hacia el norte que casi nadie, y sin duda menos Santa Anna, encontraba practicable el camino de la más distante de sus riberas. Los otros dos lagos, el de Xochimilco y el de Chalco, se hallaban al sur del de Texcoco, alineados de este a oeste. De esos lagos, el de Xochimilco era el más cercano a la ciudad, y uno de sus extremos llegaba a sólo unos ocho kilómetros de la puerta de San Antonio. Por supuesto, al este de Xochimilco se encontraba el Lago de Chalco, uno de cuyos recodos casi llegaba hasta Buena Vista. Entre el Lago de Xochimilco y el de Chalco había un angosto istmo con otra ruta, por lo que era posible que Scott pasara entre ambos lagos para llegar a la ciudad por el sur.

De los tres accesos, Santa Anna escogió el más directo, el del camino real que venía de Puebla, pasaba por Buena Vista y terminaba en la puerta de San Lázaro, precisamente al sur del lago de Texcoco. Santa Anna resolvió bloquear ese camino en El Peñón, cerro cónico situado a unos 15 kilómetros de la ciudad.

Como la defensa de El Peñón constituía el "puesto de honor", la encomendó a las tropas de la Guardia Nacional. Era evidente que Santa Anna pensaba que la Guardia Nacional, muy identificada con el pueblo, encendería el entusiasmo de éste. Por lo demás, si Scott atacaba por ese rumbo, lo más duro de la lucha recaería sobre los contingentes con menos experiencia.

Para hacer más efectiva su estratagema, Santa Anna instaló la defensa de El Peñón con gran aparato. El 10 de agosto de 1847, la primera brigada, la del general Anaya, marchó por las calles de la capital. Los balcones y las azoteas, y sobre todo la Plaza Mayor, estaban abarrotados de entusiastas ciudadanos. La banda de música del Undécimo de Infantería "inundó el aire con sonidos marciales, a los que respondieron miles de vivas, mientras la Guardia Nacional marchaba entre los mejores deseos del pueblo".

Las brigadas tenían nombres impresionantes: la Victoria, la Hidalgo, la Independencia y la Bravo. Cada unidad representaba las diferentes clases sociales, y cada una era acogida con aclamaciones y aplausos de sus partidarios. El servicio militar estaba subordinado al espectáculo. La brigada del general Anaya, por ejemplo, "entró al Palacio, y luego desfiló dos veces por las calles principales; las damas corrían a asomarse a los balcones en cuanto oían a la banda de música, que sabía convertir una polka en himno a la Guardia Nacional". Todas las emociones se entremezclaban, lo mismo el entusiasmo que la pena, la ternura que la solicitud.

Esa mañana, Santa Anna llegó a El Peñón a caballo, acompañado de su numeroso estado mayor y de una glamorosa escolta. "Se le recibió con toques de honor y entusiastas vivas. Por doquier surgieron puestos de comida y de golosinas. Algunos con espíritu emprendedor convirtieron las zanjas próximas a las calles en canales por donde trajeron en canoas muebles, material de guerra y toda clase de curiosidades. Todos caminaban despreocupados, entonando sus cantos favoritos…"[23]

En esa forma se prepararon los mexicanos para defender su capital.

El sábado 7 de agosto de 1847 las divisiones de Scott salieron de Puebla, encabezadas por la que comandaba el general Twiggs.

[22] *Ibid.*

Los hombres de Pierce apenas habían llegado el día anterior, pero contarían con algún tiempo de descanso porque Scott estaba despachando de una en una las divisiones. A fin de que cada unidad estuviese a una distancia razonable de las demás, el general en jefe había dispuesto que las divisiones fueran saliendo cada mañana y que cada una sólo hiciera media jornada por día. En esta forma ninguna unidad distaría más de media jornada de quien pudiera prestarle ayuda, tanto de la división que iba adelante de ella como de la que venía detrás. Muy a su pesar, Scott tuvo que dejar a los enfermos y heridos en Puebla. En lo sucesivo su ejército avanzaría "con la espada desenvainada".[24]

La marcha hacia el Valle de México encerraba no pocos peligros. Según un observador extranjero, las dificultades para la toma de la ciudad de México sólo podrían ser superadas por las que presentaría la casi impensable retirada a Veracruz.

Durante los primeros cinco días Scott encontró poca resistencia, cosa que realmente no esperaba pues más o menos supuso que Santa Anna procuraría defenderse en Río Frío, al oeste de Puebla. A decir verdad, lo más memorable de ese difícil desplazamiento fue el magnífico paisaje. El punto culminante para los soldados llegó al tercer día de marcha, cuando alcanzaron la cima de un alto lomerío situado en la base del Popocatépetl, la "Montaña que humea". En ese momento se abría ante sus ojos el Valle de México.

Los que lo han visto compiten en describir ese espectáculo, sin duda uno de los más hermosos de México. A una altura de 3 000 metros —900, si se cuenta desde el valle—, el observador capta el paisaje que se extiende ante él como un mapa. El valle está rodeado por "un círculo de formidables, oscuras y escarpadas montañas, donde se combina a la perfección lo bello con lo sublime". Se calcula que la circunferencia de la cuenca mide 200 kilómetros, y es perfectamente visible a la mirada en aquella atmósfera transparente.

Los campanarios de la capital de México, a 40 kilómetros de distancia, se destacaban nítidamente. En el gran valle verde casi no había árboles, excepto en torno de la ciudad propiamente di-

[23] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 247-251.

[24] Scott, *The Memoirs…*, vol. II, p. 466. Ésta era la secuencia: Twiggs, Quitman,

cha, "moteada por iglesias blancas, torres y haciendas". Los tres grandes lagos —Texcoco, Chalco y Xochimilco— semejaban enormes láminas de agua; los soldados sabían que alguna vez esos lagos cubrieron todo el valle. Por la transparencia del aire, el Popocatépetl y su gigantesco hermano, el Iztaccíhuatl, en realidad a 30 kilómetros de distancia entre sí, dan la impresión de estar separados sólo por dos o tres.[25]

Winfield Scott, quien jamás pasaba por alto los aspectos dramáticos de una situación, años más tarde describió el valle como "el objeto de todos nuestros sueños y esperanzas, de nuestros trabajos y peligros, el en alguna ocasión magnífico asiento de los Moctezumas". Y lleno de "admiración religiosa", exclamó exultante: *"Esa espléndida ciudad pronto será nuestra"*.

Worth y Pillow.

[25] Ballantine, *An English Soldier…*, pp. 236 y 237.

XXVII. VIERNES SANGRIENTO
19 y 20 de agosto de 1847

El 12 de agosto de 1847, la avanzada del general de brigada David E. Twiggs cruzó Buena Vista y continuó tres kilómetros adelante, hasta al pequeño pueblo de Ayotla. A poca distancia se alzaba el fuerte de El Peñón, y un poco atrás estaba la ciudad de México propiamente dicha, el ansiado objetivo de toda la campaña. El arribo de Twiggs significaba que Scott se encontraba, literal y metafóricamente, en la encrucijada de la decisión; tendría que optar, de una vez por todas, entre recorrer los últimos 30 kilómetros por el camino real —y tomar por asalto El Peñón— o dar vuelta al sur del lago de Chalco y acercarse a la ciudad de México por una ruta indirecta.

Durante mucho tiempo Scott había pensado en esa hora decisiva. En Puebla nombró dos oficiales, el mayor William Turnbull[1] y el capitán Robert E. Lee, para que estudiaran diversas opciones. Scott los vigiló paternalmente, primero enfrentándolos entre sí y después permitiendo que unieran sus esfuerzos. Al combinar sus respectivas fuentes de información Turnbull y Lee obtuvieron muchos datos sobre la situación en las cercanías de la ciudad de México, sobre todo en las defensas de El Peñón y en la red de caminos en torno de los lagos. Con base en el trabajo de estos dos oficiales, Scott decidió, tentativamente, abandonar el camino real y aprovechar una de las rutas al sur del Lago de Chalco.[2]

Ahora bien, un estudio realizado exclusivamente en los mapas y a 115 kilómetros de distancia tenía limitaciones, por lo que resultaba indispensable examinar el terreno personalmente. Como no podría realizar este reconocimiento por sí mismo, Scott encomendó al capitán Lee, en quien tenía gran confianza, la responsabilidad de examinar las diversas rutas que conducían a la capital.

Inmediatamente Lee puso manos a la obra, y comprendió que

[1] Ingeniero topógrafo en jefe.

[2] Testimonio en el consejo de guerra contra Gideon Pillow, 23 de enero de 1848, Exec. Doc. núm. 65, p. 523.

ante todo necesitaba confirmar las informaciones que él y Turnbull habían recibido sobre lo que estaba sucediendo en El Peñón. Utilizando a todo el cuerpo de ingenieros, pronto concluyó que los datos en su poder correspondían a la realidad: El Peñón constituía la principal defensa de los mexicanos, encomendada a unos 7 000 hombres que disponían de 30 cañones. Por consiguiente, comenzó a buscar una ruta que ofreciera menos resistencia. Primero pensó en un pequeño camino que se desviaba a la izquierda del camino real, unos tres kilómetros antes de El Peñón, y que conducía a la aldea de Mexicaltzingo. Sin embargo, como este camino presentaba no pocos inconvenientes,[3] Lee pensó en otro que hasta entonces nadie le había mencionado, al sur del lago de Chalco, "muy a propósito, a pesar de ser angosto y accidentado".[4] Si era transitable, esta vía podría conectarse con el camino de Acapulco a la altura de San Agustín, justamente al sur de la ciudad de México. El camino de Acapulco podría ser el nuevo eje para el avance de Scott.

Lee proporcionó estos datos preliminares a su jefe, quien entonces ordenó al general Worth —por esos días en el pueblo de Chalco— que estudiara la ruta de San Agustín sugerida por Lee. Éste, a su vez, envió todos los datos que tenía a James Mason, ingeniero de la división de Worth.[5]

Worth, al parecer, tenía más confianza en su gente que en los ingenieros de Scott, por lo que encomendó la labor de reconocimiento a James Duncan, teniente coronel honorario. Duncan encontró que se trataba de una ruta magnífica, "que difícilmente podría ser bloqueada o defendida", y esa misma noche informó de ello al general Worth.[6]

Scott ya no necesitó saber más. A la mañana siguiente trasladó a la división de Worth primero al sur y luego al oeste, en dirección a San Agustín, seguida por las divisiones de Pillow y de Quitman. Twiggs se detuvo un día más en Ayotla para seguir amagando a El Peñón. Mas cuando ya iba en marcha fue atacado por un

[3] Lee a la señora Totten, 22 de agosto de 1847. Documento presentado en el consejo de guerra contra Pillow, Exec. Doc. núm. 65, pp. 461 y 462.

[4] Dufour, *The Mexican…*, p. 239.

[5] Lee a Mason, 14 de agosto de 1847, citado en Ripley, *The War…*, vol. II, apéndice 1.

[6] Informe de Duncan, 14 de agosto de 1847, en Ripley, *The War…*, vol. II, apéndice 2.

destacamento de caballería que lo duplicaba en el número de soldados, pero lo repelió sin gran dificultad. Esta unidad mexicana pertenecía a la caballería de Álvarez, la cual formaba parte de las fuerzas de Valencia, y se dirigía a una nueva posición, partiendo del punto donde anteriormente había estado Valencia, al norte de la ciudad de México.[7]

El 18 de agosto, el ejército de Scott, después de recorrer 40 kilómetros de camino fangoso, se fue acercando a San Agustín. Así, el camino de Acapulco se convertiría en la nueva ruta de avance hacia la ciudad capital, por el sur, ya no por el oriente.

Para el 14 de agosto Santa Anna ya sabía que Scott pensaba atacar por el sur. Sus exploradores le informaron que unos grupos de norteamericanos andaban por el camino de Chalco; además, sus espías le dijeron que el ataque vendría de tal dirección. Pero no se trataba de informes concluyentes, y Santa Anna prefirió no darles crédito. Como se resistía a evacuar El Peñón, se concretó a acosar a Twiggs y a hacer planes para posibles maniobras de defensa al sur de la ciudad. Esta letargia facilitó el avance de Scott, y los pocos y débiles ataques que los norteamericanos enfrentaron en su camino fueron rechazados sin dificultad.[8]

No obstante, el 17 de agosto Santa Anna se convenció de que Scott se había movido por el sur y que, por lo tanto, él tendría que evacuar El Peñón y tomar posiciones en ese rumbo de la ciudad. La salida de El Peñón entristeció a una población que pocos días antes había aclamado a los defensores del cerro. Más aún, muchos de los habitantes de la capital no sólo sentían tristeza, sino pavor, y en gran número la abandonaron tras cerrar las puertas y los balcones de sus casas: "El solo espectáculo de la ciudad desierta producía desolación y hacía estremecer al observador. Era una belleza sin vida, una especie de calavera que antes había tenido ojos bellos y expresivos".[9]

Santa Anna, pensando como siempre en el futuro, con toda

[7] Informe de Scott, 19 de agosto de 1847. Exec. Doc. núm. 1, pp. 303 y 304. Alcaraz *(The Other Side…,* p. 266) afirma que el ataque lo encabezó Álvarez, adscrito a la caballería de Valencia: "…al amanecer [del 16], el general Álvarez se encontraba en la retaguardia del enemigo, desde donde, sin obtener ningún resultado, dispararon algunos cañones".

[8] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 97 y 98.

[9] Alcaraz, *The Other Side…,* p. 256.

energía se entregó a la conformación de su nueva línea de defensa. El terreno era favorable para las operaciones defensivas: el Río Churubusco, al suroeste de Mexicaltzingo, constituía un obstáculo considerable entre el pueblo de Churubusco y el Lago de Xochimilco, por lo que Santa Anna situó sus fuerzas al otro lado del río. Sin embargo, al suroeste, su línea llegó algo más adelante: asignó a Valencia (con 5 500 hombres) una posición en San Ángel; a Francisco Pérez (3 500 soldados) lo envió a Coyoacán, tres kilómetros al oriente; y a Nicolás Bravo a Churubusco, cinco kilómetros al este de Pérez. Estas unidades de punta a punta sólo ocupaban ocho kilómetros, por lo que podrían reforzarse mutuamente sin gran dificultad. Como al fin y al cabo se resistía a abandonar por completo El Peñón, Santa Anna, a manera de unidad de reserva, dejó en el cerro al general Manuel Rincón, y estableció su propio cuartel en Churubusco, junto al de Bravo.

Para la defensa de la ciudad Santa Anna tenía 20 000 hombres, esto es, el doble que Scott.[10]

El 18 de agosto de 1847 Scott movió la división de Worth hacia el norte, de San Agustín a la ciudad de México. Los dragones de Harney, en la vanguardia, fueron atacados con fuerte cañoneo proveniente de San Antonio, posición firme a unos cinco kilómetros al sur de Churubusco. La primera andanada quitó la vida al infortunado Seth Thornton, quien 16 meses antes, al ser hecho preso en Matamoros, había precipitado el inicio de la guerra. En vista del fuerte cañoneo de la artillería contraria, Worth hizo alto y ordenó a sus ingenieros que evaluaran la posición del enemigo. No tardaron en informar que no podría flanquearse San Antonio porque un inmenso terreno de piedra volcánica, denominado el Pedregal, estaba al oeste de esa posición, y porque por el costado este el agua era demasiado profunda. Por consiguiente, en vez de atacar siguiendo el camino de San Antonio, Scott ordenó a Worth que se detuviera, que se concretara a presionar sobre esa posición y que esperara.[11]

En esos momentos la situación de Scott no era la mejor. No había forraje para los caballos; escaseaban las provisiones, y las que todavía quedaban se estaban pudriendo. Cuando Scott ins-

[10] Dufour, *The Mexican…*, p. 241.
[11] Informe de Scott, 19 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 304.

peccionó a sus tropas, que esperaban en zanjas a un lado de las carretas y de los caballos, la expresión de su rostro se ensombreció. Esto ocurrió en la mañana del 19 de agosto de 1847. Había llegado la hora en que el general en jefe debía actuar con plena decisión.

Padierna / Contreras

El general Gabriel Valencia, comandante del Ejército del Norte, no era el tipo de subordinado que Santa Anna hubiera escogido de haber podido hacerlo. La hostilidad era mutua, y por ello Santa Anna casi siempre había mantenido a Valencia lo más lejos posible de la capital. Además procuraba que Valencia no conquistase demasiados laureles militares. Algunas veces estas maniobras habían resultado costosas, como en la batalla de Cerro Gordo, que dirigió Santa Anna mientras Valencia permanecía inactivo en San Luis Potosí. Lo peor de todo era que Valencia, además de subordinado difícil, era un rival político. En 1841 habían sido aliados cuando, en unión con Lombardini y otros personajes, arrojaron del poder al presidente Anastasio Bustamante. Sin embargo, posteriormente, junto con Álvarez, Valencia perteneció al grupo de oficiales que depusieron a Santa Anna a fines de 1844. La más reciente actividad política de Valencia había sido ayudar a Paredes en el derrocamiento de Herrera en el invierno de 1845.

Valencia era rechoncho, de cuello grueso y ojos azules. Se le ha descrito como un "conspirador, un borracho, un bobo, un volcán".[12] Pero Valencia estaba dotado de cierto donaire, y su división, la élite del ejército, lo obedecía de buena gana. En la segunda mitad de 1847, cuando el pueblo apenas toleraba a Santa Anna, comprendió Valencia que ya estaba llegando su ansiada oportunidad. A tal grado confiaba en que podría derrocar al presidente que llevaba consigo una lista de quienes iba a nombrar miembros de su gabinete cuando llegara al poder.[13]

En un ejército capitaneado por jefes militares aliados entre sí, Santa Anna no podía remplazar a Valencia, y ni siquiera podía

[12] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 88.

[13] Carta escrita por un miembro del Congreso mexicano, 21 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 65, p. 417.

obligarlo a obedecer. En cuanto Valencia llegó a San Ángel, a la derecha (poniente) de la nueva línea defensiva de Santa Anna, inmediatamente su burló de tan indefinida posición y siguió adelante hasta una loma a ocho kilómetros de distancia, cerca del pueblo de Contreras, donde podría tener lugar su propia e independiente batalla. Esta maniobra, si salía bien, quizá bastara para que Valencia, haciendo a un lado al desacreditado Santa Anna, se instalara en el poder. Por tanto, cuando recibió órdenes del presidente para que se quedara en San Ángel, sin hacerles el menor caso marchó con sus 4 000 veteranos a un punto situado entre la aldea indígena de Padierna y Contreras.[14]

Cuando Santa Anna se enteró de estos movimientos, inmediatamente envió órdenes a Gabriel Valencia, el 18 de agosto por la mañana, para que regresara a San Ángel.[15] Valencia respondió en tono deferente, pero no obedeció. Sus razones eran convincentes, al menos para él: su posición era de tipo "auxiliar"; si el enemigo lanzaba un fuerte ataque en San Antonio, entonces él podría atacarlo por la retaguardia. Pero si el enemigo lo atacaba a él, entonces Santa Anna podría lanzarse contra la retaguardia norteamericana en San Antonio. Santa Anna acabó cediendo: "Le permitiré a Valencia que actúe bajo su propia responsabilidad", declaró.[16]

La verdad es que la situación precaria en que se colocó Valencia le dio a Scott la oportunidad de reponerse.

Las batallas de Contreras y de Churubusco, que tuvieron lugar el viernes 20 de agosto de 1847, en realidad constituyeron dos partes de una misma batalla. Esos pueblos distaban sólo 10 kilómetros el uno del otro; la lucha tuvo lugar con sólo pocas horas de diferencia, y casi todos los hombres que pelearon en Churubusco también lo habían hecho, en una u otra forma, en Contreras.

La clave para estas batallas se hallaba en el enorme y supuestamente intransitable campo de piedra volcánica denominado el Pedregal. Este imponente obstáculo era de forma oval; su eje mayor corría de oriente a poniente y medía ocho kilómetros, y

[14] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 270.

[15] La verdad es que se ordenó a Valencia que regresara a Coyoacán con su infantería y que enviara la artillería a Churubusco (Alcaraz, *The Other Side…*, p. 270, y R. S. Ripley, *The War…*, vol. II, donde se cita correspondencia oficial del gobierno mexicano, p. 208).

[16] Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 270-272.

el eje menor era de cinco kilómetros de sur a norte. La base de Santa Anna, en Churubusco, estaba en el extremo norte del óvalo; la de Scott, en San Agustín, en el extremo sur. Ambos pueblos se hallaban un poco al oriente del eje norte-sur del óvalo. La ruta más directa entre Churubusco y San Agustín, por consiguiente, era el camino norte-sur que se curvaba alrededor del este del Pedregal, atravesando San Antonio. Ahora bien, dado que esta posición estaba muy bien defendida, Scott, para llegar a Churubusco, tendría que rodear el extremo oeste del Pedregal, siempre y cuando hubiera caminos que permitieran hacerlo.

Como costaría muchas bajas neutralizar las fuerzas que defendían San Antonio, Scott comenzó a considerar seriamente la posibilidad de hacer un rodeo por el oeste. Para conocer en qué estado se encontraban los caminos que iban en esa dirección, nuevamente recurrió al capitán Lee, quien con ese fin, el 18 de agosto, condujo un regimiento de infantería y dos compañías de dragones. Esencialmente, la ruta iba por el borde sur del Pedregal y, aunque accidentada, no presentaba obstáculos infranqueables para la infantería. Más aún, una vez realizados ciertos trabajos, también podría pasar la artillería. Al cabo de cinco kilómetros de marcha Lee y sus hombres llegaron a la cima del Cerro Zacatépetl, donde había guerrillas enemigas. Este encuentro bastó para que Lee se convenciera de que la ruta era transitable: si los mexicanos habían logrado llegar a esa cima por el costado oeste, los norteamericanos sin duda podrían caminar por la ruta que habían seguido. A continuación, Lee y sus hombres regresaron a San Agustín.[17]

Por la noche Scott celebró un consejo de guerra. Como solía hacer en esos casos, primero escuchó atentamente los informes de sus subordinados, sin tomar partido. Mason, el ingeniero que había estudiado el camino de San Antonio, recomendó que esa posición se tomara por asalto. A ese respecto, Lee opinó que las bajas podrían reducirse a un mínimo si se cruzaba por el oeste. Como ambas argumentaciones eran verdaderamente impresionantes, Scott aplazó su decisión. Sin embargo, a la mañana siguiente optó por seguir el camino que había estudiado el capitán Lee, el que atravesaba el Pedregal. Desde el poniente

[17] Freeman, *R. E. Lee*, vol. I, p. 256.

rodearía a Churubusco y a San Antonio.

Scott no estaba enterado entonces de que Valencia se había hecho fuerte en un punto de la ruta que él pensaba seguir, por lo que esperaba encontrar poca o ninguna resistencia. Consiguientemente, permaneció en San Agustín, y ordenó que 500 hombres de la división de Pillow formaran una cuadrilla de trabajo encargada de hacer que el camino del Pedregal fuera propio para el acarreo de piezas de artillería. La división de Twiggs, a su vez, estaría encargada de la protección de estos trabajadores[18] y de "dispersar al enemigo" si éste llegara a mostrarse "inoportuno". Por otra parte, si se presentaba una situación seria —que Scott consideraba improbable—, Pillow se incorporaría a la lucha junto con todos sus hombres y asumiría el mando de la operación.[19] De ocurrir así las cosas, Scott llegaría cuanto antes al terreno de los hechos.

Twiggs estaba molesto por haber quedado subordinado al impopular general Pillow, casi 30 años menor que él, pero salió en la mañana del 19 de agosto a cumplir la misión encomendada. Como se escogió a la división de Worth para seguir por la ruta que habían abierto Twiggs y Pillow, Scott destinó tres de sus cuatro divisiones para que se encargaran de las operaciones en el Pedregal. Sólo el desilusionado Quitman permaneció en San Agustín, como jefe de las tropas de reserva.

Bajo la supervisión de Lee, los hombres de Pillow se entregaron a un trabajo que duró desde la mañana hasta principios de la tarde. Poco a poco fueron abriéndose paso a través de un "enorme mar de roca fundida",[20] hasta que lograron hacer un camino aceptable que, pasando por el cerro Zacatépetl, llegaba a un lugar desde donde se podían ver el pueblo de Padierna, al frente, el de San Jerónimo, a la derecha, y el de Contreras a la izquierda.[21] Por causa de la extraña forma del terreno, Scott pudo ver San Jerónimo desde el tejado de su casa, en San Agustín.

En las primeras horas de la tarde, cuando ya casi estaban ter-

[18] *Ibid.*, p. 258.

[19] Testimonio de Riley durante el consejo de guerra contra Pillow, Exec. Doc. núm. 65, p. 182.

[20] Justin Smith, *The War with México,* vol. II, p. 101.

[21] Frecuentemente se confunden estos pueblos. En el mapa de Scott (Exec. Doc. núm. 1, p. 304) por error se lee *San Gerónimo Contreras.* De allí se toma el erróneo nombre de la batalla. En el verdadero Contreras jamás se vio a un soldado norteamericano, al menos hasta entonces.

minadas las obras del camino, llovió fuego enemigo sobre las unidades que, con Twiggs a la cabeza, iban cerro abajo por las faldas del Zacatépetl. Quizá con la esperanza de poder aplastar toda oposición sin tener que pedir ayuda a Pillow, Twiggs, sin pensarlo dos veces, envió al frente dos piezas de artillería con órdenes de disparar. Durante un rato estos artilleros, a cargo del capitán John Magruder, resistieron el fuego de 22 cañones pesados, pero al fin tuvieron que retirarse. En este punto llegó Pillow para encargarse del mando.

Al parecer Pillow quería dirigir la batalla sin la presencia de Scott, pues avisó al coronel Riley, quien se hallaba en la cabeza de la columna, que se dirigiera a la ribera del río, lo cruzara y tomara San Jerónimo, con lo que dejaría a la posición enemiga sin comunicaciones con San Ángel, su principal línea de abastecimiento. Riley, un viejo y desconfiado militar, al punto preguntó si su comandante, Twiggs, ya estaba enterado de la orden. Pillow le aseguró, como era verdad, que sí lo estaba; más aún, casi a continuación llegó uno de los oficiales de Twiggs que confirmó sus palabras. Entonces desmontó Riley y, a la cabeza de sus hombres, comenzó una marcha por la accidentada ribera del río en dirección a Padierna. Luego se dirigió a la huerta de Ansaldo[22] y a San Jerónimo, donde no encontró alma viviente. En el camino varias veces fue amenazado, primero por los lanceros, después por la caballería del general Torrejón y por último por la artillería de Valencia. Sin embargo, no lo atacó la infantería, porque Valencia estaba preocupado por el duelo que sostenían su artillería y las baterías de Magruder.

Pronto comprendió Pillow que Riley, aislado en San Jerónimo, corría peligro. En consecuencia, envió a Cadwalader y enseguida al Decimoquinto de Infantería, al mando del coronel George W. Morgan, ambas unidades pertenecientes a su propia división.[23] Ese mismo día, algo más tarde, después de que le llegaron refuerzos, Riley comenzó a explorar la retaguardia (al oeste) de la posición de Valencia. Valencia no hizo nada por contenerlo porque sólo tenía ojos para el duelo de artillería. Al terminar el día se retiraron los cañones de Magruder, y Valencia creyó que

[22] Testimonio de Riley durante el consejo de guerra contra Pillow, Exec. Doc. núm. 65, p. 147.

[23] Exec. Doc. núm. 65, p. 332.

había rechazado un fuerte ataque norteamericano. Por consiguiente, proclamó entusiasmado su victoria y comenzó a celebrarla con autoalabanzas, ascensos para todos sus oficiales y una borrachera.[24]

En otra parte del frente, Riley, Cadwalader y Morgan se encontraban en una situación difícil, pues detectaron que se acercaba, por el camino de San Ángel, un considerable número de soldados enemigos. Los 3 500 norteamericanos, aislados entre Valencia y lo que resultó ser el grueso del ejército de Santa Anna, estaban en gran peligro de ser aniquilados. Ante esa situación, Pillow se concretó, primero, a ordenar a Riley que se retirara, y luego a dar la contraorden.[25]

Entonces entró en escena Persifor F. Smith, un abogado titulado en Princeton oriundo de Nueva Orleans, veterano de la guerra de Florida y héroe de la batalla de Monterrey. A este hombre nada vanidoso, a quien le faltaba el exhibicionismo, el ego y las pretensiones de Pillow, Scott, Worth y otros más, le tocó en suerte, en el transcurso de las siguientes 24 horas, salvar al ejército de Scott de una muy dudosa situación.

La brigada de infantería de Smith se hallaba en la vanguardia de la división de Twiggs cuando sonaron los primeros disparos provenientes de la posición donde estaba Valencia; de manera que cuando las baterías de Magruder comenzaron a responder al fuego del enemigo, la brigada de Smith quedó en un sitio desde donde podía dar apoyo a esas baterías. Smith continuaba en esa posición cuando Riley, Cadwalader y Morgan ya estaban participando en el combate; por lo tanto, la suya era la única brigada disponible que aún no lo hacía.

Apoyando a Magruder desde ese punto, Smith vio la difícil situación en que se encontraban las tres unidades al otro lado del río, y comprendió que necesitaban de su ayuda. Ahora bien, como Valencia se hallaba al otro lado del río, casi en línea recta de donde estaba Smith, y con grandes cañones apuntando precisamente en esa dirección, al punto percibió el norteamericano que un ataque frontal podría costar muchas bajas. Además, un ataque hacia la izquierda, en dirección a Contreras (a la derecha de Valencia),

[24] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 106.
[25] Exec. Doc. núm. 65, p. 332.

no lograría aislar a Valencia del ejército ya en camino para reforzarlo. Por consiguiente, por cuenta propia, sin órdenes de Pillow, Twiggs o Scott, decidió Smith ir hacia la derecha, siguiendo la misma ruta que habían seguido los demás. Después de buscar a algún superior que aprobara lo que estaba haciendo, reunió finalmente a los comandantes de su batallón, les comunicó su plan y ordenó a Magruder que, para cubrirlo, reanudara el fuego. Acto seguido condujo a sus hombres a lo largo del flanco derecho.[26]

Una hora antes de la puesta del sol, Smith salió del Pedregal por un punto detrás del Decimoquinto de Infantería, el que comandaba Morgan. Desde ahí pudo ver que grandes contingentes mexicanos se hallaban entre él y San Ángel. Smith, asumiendo el mando de las unidades de Cadwalader y Morgan —Riley había perdido contacto con ellos—, organizó una posición defensiva. Sin embargo, como poco después se le informó que se había localizado a Riley no muy lejos del pueblo, comenzó a preparar un ataque por el norte. Por otra parte, Cadwalader había encontrado dificultades en el terreno que intentaba atravesar y al parecer no había entendido las órdenes que se le dieron. Debido a estas complicaciones y a que ya estaba oscureciendo, Smith canceló el ataque. Al suceder esto, aún no tenía Smith la menor idea de que las fuerzas que se hallaban entre él y San Ángel eran las que comandaba personalmente Santa Anna.[27]

Santa Anna, a su vez, estaba actuando en forma evidentemente letárgica. Ya estaba oscureciendo, y tenía que sortear un hondo barranco. Había fallado al no atacar a los enemigos que se hallaban entre él y Valencia, dejando escapar una buena oportunidad. No hay explicación que aclare satisfactoriamente este error. Quizá en su pique con Valencia se encuentre la verdadera razón. Santa Anna, por supuesto, tenía diferencias políticas y personales con la mayor parte de sus generales, pero casi siempre esas diferencias se olvidaban en el campo de batalla. Pero el caso de Valencia era bastante especial, pues aun si Santa Anna lograba aplastar a los norteamericanos, Valencia, con alguna razón, iba a querer compartir los honores porque, al fin y al cabo, él había escogi-

[26] *Ibid.*

[27] *Ibid.*, pp. 99 y 100, y Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 104 y 105.

do el terreno donde se hubiese conquistado la victoria.[28] Por otra parte, Santa Anna nunca se mostraba ágil o perspicaz en el campo de batalla, y su falla bien podía explicarse por ese defecto. Cualesquiera que hayan sido las razones de su conducta, las consecuencias fueron desastrosas para el propio Santa Anna.

Después de cancelar el ataque proyectado para el final de la tarde, Persifor Smith comenzó a meditar sobre lo que haría a continuación. Riley, ya localizado adelante, informó que sus ingenieros habían descubierto unas veredas que iban a dar a la retarguardia de la posición de Valencia. Smith, sin considerar el tipo de terreno, no dejó escapar la oportunidad de copar a Valencia por tres lados y atacar su posición al amanecer. Scott se hallaba demasiado lejos y no había manera de pedir su autorización, pero aun así quería Smith informar a su general. ¿Cómo podría hacerlo? El capitán Lee dio pronta solución al problema cuando se ofreció a ir a donde estuviese Scott, quizá en Zacatépetl, según los informes más recientes. Smith aceptó el ofrecimiento de Lee, y añadió un mensaje: la tropa a su mando atacaría a Valencia a las tres de la mañana, con o sin órdenes, pero pedía a Scott que, para prestarle apoyo, ordenase una maniobra de distracción enfrente de Valencia.

Lee, acompañado de unos cuantos hombres, atravesó la desolación del Pedregal en la oscuridad de la noche. Se avecinaba una tormenta, y tuvo que valerse de su notable facilidad para orientarse y de la luz de los rayos para no perder el camino. Al llegar a Zacatépetl, Lee se sintió desilusionado al descubrir que Scott había vuelto a San Agustín para pasar la noche. No le quedó más remedio al exhausto ingeniero que caminar otros cinco kilómetros, hasta el cuartel de Scott, donde a las 11 de la noche

[28] Justin Smith *(The War with Mexico*, vol. II, p. 106) al parecer no lo dudaba. "Santa Anna, devorado por sus pasiones y perplejidades, [ordenó a Valencia] que se retirara inmediatamente. No mucho después, dos de los ayudantes de Valencia llegaron a San Ángel con la noticia de que, en vez de haber sido exterminados, millares de norteamericanos habían sentado sus reales en el bosque de San Jerónimo. 'No me hablen —gritó Santa Anna a los ayudantes, los cuales se esforzaban por presentar disculpas por la situación a que se había llegado—. Valencia es un ambicioso, un borracho insubordinado; merece que alguien le vuele la tapa de los sesos. No permitiré que mis hombres se expongan al bombardeo por él. Que inutilice sus cañones y las municiones, y que luego se retire.'" Debe tenerse en cuenta que el incidente que refiere Scott tuvo lugar al acabar el día, cuando ya se había perdido la oportunidad.

encontró al general escribiendo muy tranquilo su informe sobre las operaciones de ese día. Mucho le agradó recibir noticias.[29]

La situación de Persifor Smith le había preocupado tanto a Scott que envió a siete oficiales en su busca. Ninguno tuvo éxito. Por consiguiente, experimentó un gran alivio al escuchar las noticias que le daba Lee. Luego las dijo a Twiggs y a Lee que se las arreglaran para reunir las tropas que participarían en la maniobra de diversión de la madrugada siguiente. No tardaron en encontrar la brigada de Franklin Pierce, provisionalmente comandada por el coronel T. B. Ransom, del Noveno de Infantería.[30]

En Padierna, Smith se estaba preparando para atacar a Valencia al romper el día. La brigada de Riley salió poco antes de las tres de la mañana y la de Cadwalader fue dividida de manera que dos regimientos siguieran a Riley y los otros dos se quedaran donde estaban para hacer frente a Santa Anna. El Decimoquinto de Infantería de Morgan seguiría a Riley, pero iría listo para enfrentarse a Santa Anna en caso de ser necesario. Shields, quien había llegado la noche anterior, permanecería en San Jerónimo.[31] La marcha de Riley fue difícil, y llegó al amanecer, tres horas más tarde, antes de que él y Cadwalader estuvieran en posición. Dos elementos circunstanciales habían venido en su ayuda: *1)* las tormentas y el intenso frío habían obligado a buscar refugio a los pelotones que hacían guardia en el campamento de Valencia, y *2)* Santa Anna se había retirado en dirección norte, desde su posición de avanzada hasta San Ángel. En esta forma no correría peligro la retaguardia de Smith.[32]

[29] Freeman, *R. E. Lee*, vol. II, pp. 263 y 264.

[30] *Ibid.*, pp. 254-265. Pierce estaba herido porque el día anterior se había caído del caballo. En términos generales, en su actuación durante la guerra contra México no hay nada que llame la atención. Con todo, U. S. Grant escribió en sus *Memoirs* (vol. I, p. 147): "Al día siguiente, cuando […] se le ordenó a la brigada del general Pierce que atacara el flanco y la retaguardia del enemigo, él mismo quiso salir con ella, pero como aún no sanaba bien [de sus heridas] cayó desmayado. Esto dio lugar a críticas excesivas e injustas cuando fue candidato a la presidencia. Sea cual fuere la capacidad que el general Pierce haya podido tener para ocupar la primera magistratura, era todo un caballero, un hombre valiente".

[31] *Ibid.*, pp. 100 y 101. Smith, aunque era menor que Shields, continuó al mando de las fuerzas. Quizá ninguno de los dos pensó en su edad o en su grado; quizá, visto que Smith conocía mucho mejor el terreno, Shields decidió no pensar en esas cosas. La verdad es que posteriormente Smith manifestó su aprecio por la magnanimidad de Shields. En todo caso, fue un arreglo prudente.

Los hombres de Valencia, temblando de frío, pasaron toda la noche esperando que Santa Anna acudiera en su ayuda. Cuando salió el sol clavaron la vista en San Ángel y comprendieron que Santa Anna se había retirado. Presas del pánico, algunos comenzaron a desertar, y el desaliento se apoderó de los demás.[33] Momentos después se inició el ataque norteamericano.

El asalto sólo duró 17 minutos. Los soldados de Valencia perdieron el ánimo y empezó la desbandada. Shields interceptó a muchos de esos hombres cuando se dirigían a San Ángel. Santa Anna vio a lo lejos lo que estaba pasando, pero en vez de ir en auxilio de Valencia siguió su retirada hacia Churubusco. Valencia logró librarse de la trampa norteamericana y, sin acompañantes, caminó hacia el norte, evitando pasar cerca de San Ángel tras enterarse de que Santa Anna había ordenado que lo fusilaran.

Los norteamericanos persiguieron al enemigo sin misericordia y tenazmente hasta San Ángel. En el momento en que iba a entrar al pueblo Persifor Smith encontró a Pillow,[34] quien había llegado inmediatamente después de la batalla para asumir el mando.

Esto es cuanto hay que decir sobre Padierna/Contreras, una batalla que jamás esperaba librar Scott. Con 4 500 hombres este general hizo frente a los 7 000 de Santa Anna, "y a otros 12 000 que podían verse no muy lejos". Scott afirmó que en la refriega perdieron la vida 700 soldados del enemigo, y que entre los 813 prisioneros había cuatro generales.[35] A Santa Anna se le fue de las manos la magnífica oportunidad de asestar un golpe devastador a un enemigo que no podía permitirse una sola derrota, pero al menos la mayor parte de su ejército aún estaba intacta.

Aunque no por mucho tiempo. A media distancia entre San Agustín y Padierna, Scott se enteró de la victoria de los suyos

[32] Exec. Doc. núm. 65, p. 101.

[33] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 279.

[34] Exec. Doc. núm. 65, p. 102.

[35] Informe de Scott, 28 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 308. Redactado casi enseguida de los hechos, podría decirse que el informe sólo se aproxima a lo que en verdad sucedió. Con grandes muestras de alegría se celebró la recuperación de los dos cañones del Cuarto de Artillería, de los que Santa Anna se había apoderado en Buena Vista.

e inmediatamente comenzó a perseguir al enemigo. Juzgando acertadamente que con el desplome de la posición de Valencia se iniciaría la retirada a todo lo largo de la línea mexicana, ordenó que, en vez de continuar avanzando hacia San Ángel, regresaran las divisiones de Worth y de Quitman. Worth, dispuso Scott, esperaría a que la división de Pillow, que de San Ángel se dirigía a Churubusco, cortara en la retaguardia el camino que iba de Churubusco a San Antonio. Después, Worth perseguiría al enemigo en retirada. El propio Scott continuó hacia el camino de San Ángel, y cuando llegó a Coyoacán, a pocos kilómetros de San Ángel, alcanzó a Pillow y a Smith. Allí, entre aclamaciones, reasumió el mando directo de su ejército.[36]

Sin embargo, Worth, sin esperar a que Pillow viniera en su ayuda, envió a la brigada de Clarke hacia el poniente para que, cruzando el Pedregal, llegara a la parte trasera del pueblo de San Antonio. Esto hizo que la guarnición huyera presa del pánico. Worth persiguió a sus integrantes por el camino de Churubusco. Los dos caminos principales que, partiendo de San Ángel y San Antonio, llegaban al Río Churubusco, quedaron abiertos, y por ellos se persiguió encarnizadamente a los mexicanos.

Santa Anna, entre tanto, habiendo recobrado hasta cierto punto la calma, decidió concentrar en la ciudad de México las tropas que aún le quedasen. Para lograr esto, bien lo sabía, era preciso conservar el puente de Churubusco abierto a sus tropas en retirada.

El puente cruzaba en Churubusco el río del mismo nombre y estaba protegido por dos puntos defensivos principales. Uno era la formidable *cabeza de puente* que defendía al puente principal; el otro, el convento de San Mateo, grande y muy bien resguardado, unos 450 metros al suroeste. Santa Anna ordenó que ambas posiciones debían retenerse a cualquier precio. Hubo quienes calificaron de superflua esa orden. Tanto en la *cabeza de puente* como en el convento había artilleros que en Matamoros habían desertado del ejército norteamericano. Los hombres del tristemente célebre Batallón de San Patricio, persuadidos de que si los capturaban serían condenados a morir en la horca, sin duda cons-

[36] Informe de Scott, 28 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 308 y 309.

tituirían la espina dorsal de toda la defensa.

Por desgracia para sus hombres, Winfield Scott obró con precipitación. Sin caer en la cuenta de la solidez de esas dos posiciones, por una vez descuidó la necesidad de hacer un reconocimiento, y ordenó un ataque frontal contra el convento y contra la cabeza de puente. Estaba enterado de que otros dos puentes cruzaban el Río Churubusco, uno de ellos entre el camino principal a Coyoacán y la parte trasera de Churubusco. Por este puente envió a Shields y a Pierce al pueblo de Portales, al norte de Churubusco. Si Scott hubiera previsto la determinación y la energía con que se sostendrían el convento y la *cabeza de puente,* probablemente los habría evitado enviando el grueso de sus fuerzas más allá de donde se hallaba Shields. Así las cosas, y como lo habría hecho cualquier otro comandante, continuó sin pensarlo mucho.

Churubusco

La batalla de Churubusco, que comenzó alrededor del mediodía del viernes 20 de agosto de 1847, en realidad comprendió tres acciones independientes: *1)* el ataque principal (Worth y Pillow) contra el puente de Churubusco, *2)* el ataque contra el convento de San Mateo (Twiggs) y *3)* el movimiento envolvente hacia Portales, al norte del puente de Churubusco (Shields y Pierce). Al distribuir sus fuerzas en esa forma Scott comprometió a todas sus brigadas, con lo cual limitó su capacidad de influir en la batalla. Así, cuando Lee le informó que Shields y Pierce se encontraban en situación difícil en Portales, Scott se vio obligado a "saquear" las reservas de Twiggs para enviar a los fusileros montados y una compañía de dragones en ayuda de aquéllos. No eran refuerzos considerables, pero llegaron a tiempo de cambiar el curso de lo que estaba sucediendo en el ala derecha.[37]

La primera posición que cedió ante el ataque norteamericano fue la *cabeza de puente* en Churubusco. La brigada de Clarke (Quinto, Sexto y Octavo de Infantería) y la brigada de Cadwalader (Decimoprimero y Decimocuarto de Infantería), apoyadas por el batallón de artillería de Duncan (2 600 hombres en

[37] *Ibid.,* p. 309.

total), convergieron en esa posición donde se concentraban entre 7 000 y 9 000 soldados enemigos. Cuando las bayonetas entraron en acción, incluso un profesional como Worth se sintió "lleno de admiración […] y de gratitud".[38] Realmente había sido espectacular la hazaña que realizaron aquellos oficiales y sus hombres.

Una vez tomada la *cabeza de puente,* Worth ya pudo dirigir el fuego al convento y con ello sellar su suerte. El capitán Edmund B. Alexander, al mando del Tercero de Infantería, fue quien primero cruzó la muralla, y entonces la bayoneta fue de nuevo el arma decisiva. Veinte minutos después, al cabo de una batalla que ya había durado dos horas y media, sucumbió el convento de San Mateo.[39] Entonces cayeron prisioneros los sobrevivientes del Batallón de San Patricio.

Al norte, en Portales, Shields tuvo que hacer frente a circunstancias muy difíciles. Su triunfo final se vio un tanto opacado porque, justo cuando el enemigo ya huía y se dispersaba, los victoriosos hombres de Worth irrumpieron en el camino desde Churubusco. La persecución fue reiniciada, pero resultó inefectiva, en especial por los muchos obstáculos que había en las calzadas, al grado de que la caballería no logró cercar a los fugitivos.

De esa batalla queda un pequeño episodio. Quizá hubiera pasado inadvertido en la historia de no haber sido por la futura importancia de los dos dragones que en él participaron. Como no oyeron que el coronel Harvey había ordenado hacer alto, el capitán Philip Kearny y el teniente Richard E. Ewell continuaron persiguiendo al enemigo hasta las puertas de la ciudad de México, donde los recibió el fuego nutrido de los mosquetes. Kearny recibió heridas tan graves en el brazo izquierdo que fue necesario amputárselo. Alrededor de 15 años después, estos ex camaradas estuvieron entre las bajas sufridas cerca de Bull Run, en Virginia. Kearny perdería la vida peleando por los del norte, los de la Unión, y Ewell sería gravemente herido peleando por los del sur, los de la Confederación.[40]

Santa Anna sintió que todo se venía abajo. En un solo día había perdido alrededor de 4 000 hombres entre muertos y heridos,

[38] Informe de Worth, 23 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 316 y 318.
[39] Informe de Scott, 28 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 311.

y entre los 3 000 que cayeron prisioneros había ocho generales (dos de ellos ex presidentes de México).

Scott, evidentemente, también sufrió bajas considerables. Él mismo reconoció que ese día perdió 1 053 hombres entre oficiales y soldados, de los cuales 139 murieron.[41]

Más aún, podría haber tomado la ciudad… pero no lo hizo.

[40] Ewell, a las órdenes de Jackson, perdió una pierna en Groveton el 29 de agosto de 1862. Kearny murió en realidad en Chantilly, muy poco después de la segunda batalla de Bull Run, 1 de septiembre de 1862.

[41] Informe de Scott, 28 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 313 y 314.

XXVIII. LOS PALACIOS DE MOCTEZUMA
Agosto-14 de septiembre de 1847

Santa Anna regresó al Palacio de los Moctezumas, en la ciudad de México, en las primeras horas de la tarde del 20 de agosto, "sumido en negra desesperación a causa de los infortunados azares de la guerra".[1] Lo rodeaban la confusión y la desilusión de todo el pueblo de la capital. Menos de 10 días antes, la Guardia Nacional había ocupado El Peñón entre floridos discursos y animada música marcial. Todavía el día anterior la gente se sentía segura, creyendo que el odiado Scott, al haber extendido demasiado sus líneas, se había condenado a la derrota; pero menos de 24 horas después su mundo se había venido abajo.

Sin embargo, de nuevo Santa Anna dio muestras de su gran ductilidad. Mientras los gringos limpiaban el convento de San Mateo, en Churubusco, Santa Anna conferenciaba con su gabinete sobre lo primero que convendría hacer. El presidente dio esta respuesta: solicitar una tregua. Gracias al respiro que le proporcionaría, esperaba reorganizar sus tropas para así defender efectivamente la ciudad. Algunos ministros, más realistas que su jefe, insistieron en la rendición inmediata, hasta que Santa Anna logró que se llegara a un consenso: se negociaría una tregua recurriendo a los buenos oficios del embajador de España, Bermúdez de Castro, o a los del cónsul general de Inglaterra, Edward Mackintosh.

Bermúdez de Castro inmediatamente rehusó el encargo, pero Mackintosh sí lo aceptó. Al anochecer de ese mismo día, el cónsul y Edward Thornton fueron al pueblo de San Agustín para hablar con Scott. El objeto de su visita era obtener un salvoconducto para que los súbditos británicos pudieran abandonar la ciudad, pero el norteamericano sospechó que en realidad se trataba de "preparar el camino de la paz".[2]

[1] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 301.

[2] *Ibid.* Es interesante la razón por la cual Santa Anna escogió al cónsul británico en vez del embajador español. Quizá deseaba considerar la negociación como

Scott no tomó muy en cuenta la visita, y a la mañana siguiente mudó su cuartel a Coyoacán, preparándose para un asalto final a la ya muy vulnerable capital. Sin embargo, antes de que pudiera lanzarse el ataque, el general Ignacio Mora y Villamil, jefe del cuerpo de ingenieros del ejército mexicano, llegó con un paquete sellado dirigido a Trist que contenía una nota del ministro de Relaciones Exteriores, J. R. Pacheco, a Buchanan; la nota respondía a la que Trist le había entregado varios meses antes. En su nota Pacheco declaraba con altanería que ya estaba dispuesto a "recibir" a Trist, y que examinaría si las propuestas de Buchanan respetaban el "honor" de los mexicanos. También se proponía un año de tregua, durante el cual se negociaría una paz permanente.[3]

Por supuesto, la nota de Pacheco no pasaba de ser una futileza, pero Mora, un individuo astuto, informó extraoficialmente a Scott que Santa Anna con mucho gusto aceptaría una tregua breve que comenzara a regir inmediatamente. Scott consultó a Trist, y se llegó a la conclusión de que la tregua encerraba muchas ventajas. Scott pensaba que podría tomar la ciudad inmediatamente, pero si lo hacía quizá "disgregaría los factores de la paz, infundiría un espíritu de desesperación nacional y, con ello, pospondría indefinidamente toda esperanza de entendimiento". Por tanto, en vez de exigir que Santa Anna entregara la ciudad, le envió una nota conciliadora en la que proponía una tregua. El ejército, informó a Marcy, "de muy buena gana sacrificó… el *éclat* que sigue a la entrada, espada en mano, a una gran capital".[4]

Winfield Scott era un gran soldado —uno de los mejores— pero su correspondencia anterior no le había enseñado a evitar sus repetidos yerros. Vivía en el mundo de *Ivanhoe,* de Walter Scott, al parecer incapaz de prever cómo el común de los mortales iba a recibir su elevado lenguaje. Esta falla estuvo a punto

un asunto de alcance meramente local, y por ello se dirigió al cónsul, acreditado ante la ciudad, no ante el país. Pero también es posible que como el cónsul Mackintosh era dueño de grandes propiedades en varias partes del país, tendría especial interés en promover la paz. Cuando se descubrió a Mackintosh entre unas personas que estaban hablando con Scott, un reportero del *Picayune,* de Nueva Orleans, quien conocía a Mackintosh, exclamó, según se dice: "Todo esto es inútil. Nos embaucaron: ¡Mackintosh está entre ellos!" (Charles Dufour, *The Mexican…,* pp. 257 y 258).

[3] Ramón Alcaraz, *The Other Side…,* p. 301.

[4] Informe de Scott, 18 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 314.

de dejarlo en la ciudad de Washington en el mes de mayo anterior y retrasó el desarrollo de su amistad con Trist. En el caso a que ahora nos referimos, la frase inicial de sus esfuerzos conciliadores causó mala impresión: "Señor —decía en su carta a Santa Anna—, ya se ha derramado demasiada sangre en esta guerra antinatural entre las dos grandes repúblicas de este continente".[5] El problema radicaba en estas dos palabras: "guerra antinatural". La traducción al español del inofensivo término fue inexacta, y para algunos mexicanos fue una falta de delicadeza;[6] para personas de más sentido práctico, como Santa Anna, por ejemplo, el tono de toda la carta, sin excluir la frase de la discordia, denotaba debilidad. Pero, haciendo a un lado lo de la redacción, el caso es que Santa Anna obtuvo lo que quería, una tregua, y la aceptó inmediatamente, al tiempo que conservó sus tropas en activo y las emplazó con desesperación en posiciones ventajosamente defensivas, posiciones que podía ocupar durante la tregua.[7]

El domingo 22 de agosto, comisionados de uno y otro bandos se reunieron en la casa de Mackintosh en Tacubaya. Los generales Ignacio Mora y Villamil y Benito Quijano representaban a México; Quitman, Persifor Smith y Pierce, a Estados Unidos.[8] Al cabo de una larga discusión acordaron la tregua. Desde un punto de vista moderno, el documento resultante es notable, pues permitía que ambos beligerantes se comunicaran normal y frecuentemente, le prohibía a cada bando todo tipo de actividad militar (por ejemplo, construir fortificaciones a menos de 150 kilómetros de la ciudad de México), y a los norteamericanos que interfirieran en el tráfico normal de personas y mercancías que entraran a la ciudad o salieran de ella. A cambio, los norteamericanos qued-

[5] Exec. Doc. núm. 52, p. 308.

[6] Alcaraz escribe (*The Other Side…*, p. 301n): "El texto inglés original dice *'of nature'* [de la naturaleza]… Ahora bien, para la sensibilidad española una guerra contra natura constituye algo perfectamente inusitado, no sólo asqueroso sino atrozmente insultante […], que añadía una nueva especie a lo que se había castigado en los sodomitas de que habla la Biblia…"

[7] Alcaraz *(The Other Side…*, p. 302) afirma que Santa Anna personalmente ordenó que una unidad entrara a la garita de la Candelaria a las dos de la madrugada del día 21.

[8] Scott escogió con gran cuidado a sus representantes; todos eran abogados y demócratas.

aban autorizados para abastecerse de provisiones en la capital misma. Se intercambiarían prisioneros y se les prestaría atención médica a los heridos. Se respetarían los derechos civiles de los mexicanos que se encontraran en los territorios ocupados. Cualquiera de las partes podía dar por terminada la tregua tras notificarlo con 48 horas de anticipación.[9]

Probablemente la tregua constituyó un esfuerzo sensato, basado en lo que, en opinión de Scott, era la situación mexicana. En todo caso, sensata o no, Scott la propuso con base en motivaciones sólidas. Más aún, según su amigo Hitchcock, Scott siempre pensó en detenerse cerca de la capital propiamente dicha, como un medio para asegurar la paz sin humillar completamente a los mexicanos.[10] La verdad es que Scott se engañaba si creía, como lo expresó en un informe, que sus hombres aceptaban de buena gana no entrar a la ciudad. El prestigio de ocupar una capital importante no era lo que deseaban aquellos hombres —pocas veces se preocupan los soldados por cosas así—; pero sabían que, con tiempo suficiente, Santa Anna fortificaría la ciudad, con lo que la toma de la misma sería más costosa en vidas humanas. Kirby Smith, elocuente pesimista, a menudo daba expresión a la opinión de muchos: "Estamos en una situación bastante extraña. Somos un ejército conquistador que desde un cerro observa la capital del enemigo, perfectamente a merced nuestra, pero no podemos entrar en ella y, además, nos vemos obligados a soportar toda clase de insultos de sus corruptos habitantes".[11]

Prudente o no, la tregua fracasó. En el primer día se prohibió el paso a un convoy norteamericano de provisiones por la garita de la ciudad de México. Santa Anna inmediatamente presentó disculpas, pero siguieron ocurriendo incidentes de ese tipo. En la mañana del 27 de agosto, un convoy de 100 carretas entró a la ciudad para abastecerse de provisiones, de acuerdo con lo con-

[9] Scott, GO núm. 262, Exec. Doc. núm. 1, pp. 357 y 358.

[10] "Poco antes de abandonar Puebla […] el general Scott redactó un memorándum, uno de los más notables jamás escritos por un comandante en plena campaña […] donde afirma que avanzaría sobre la capital, *y, una de dos, o derrotaría al enemigo con la ciudad a la vista, si presentaba batalla, o le arrebataría alguna posición fortificada para luego, si podía reprimir el entusiasmo de sus hombres, detenerse afuera de la ciudad y tomar medidas que proporcionaran a quienes estuviesen en la capital la oportunidad de salvarla estableciendo la paz"* (carta de Hitchcock, 23 de enero de 1848, en Exec. Doc. núm. 65. Consejo de Guerra, Pillow, p. 524. Cursivas en el texto original).

[11] Kirby Smith, *To Mexico…*, p. 208.

venido, pero turbas de descontentos lo apedrearon al grito de "¡Mueran los yanquis!" Luego, cuando llegaron los lanceros para restablecer el orden, la gente los calificó de "cobardes", implorando al Todopoderoso que mandara una muerte repentina tanto a los yanquis como a Santa Anna, el autor de tales arreglos.[12] Mucho más serias eran las violaciones de carácter militar. Santa Anna, lo cual no es de sorprender, aprovechó al máximo el tiempo, tal y como lo había planeado, en la reconstrucción de su ejército. Esto lo hacía ocultamente, en la medida de lo posible, pero los norteamericanos sabían lo que estaba pasando. Beauregard, Kirby Smith y Hitchcock, entre otros muchos, se sentían indignados porque Scott respetaba la tregua mientras Santa Anna estaba muy lejos de hacerlo. Smith incluso presentó por escrito pruebas a Scott, pero éste calificó de "mentiroso" a quien le proporcionaba informes a Smith.[13]

Sin embargo, lo que al fin puso fin a la tregua fue el fracaso de las negociaciones de paz. Durante más de una semana, hasta el 2 de septiembre, Trist y Scott tenían alguna esperanza de que las pláticas entre Trist y los comisionados mexicanos llegaran a buen fin. Pero ese día 2, como no se adelantaba en lo concerniente a futuras líneas divisorias, Trist presentó un ultimátum, y ambas partes acordaron un paréntesis en las pláticas que se extendería hasta el día 6. Para esa fecha Scott ya había averiguado que Santa Anna, en una junta con su gabinete, había decidido, al recibir la notificación de Trist, reanudar abiertamente la fortificación de la ciudad. Enseguida Scott envió a Santa Anna una nota acusándolo de haber violado el artículo tercero del convenio, el cual prohibía toda actividad militar.[14] Más aún, le advirtió que si no recibía "cumplida satisfacción" sobre estas cuestiones antes de las 12 horas del día siguiente daría por terminado el armisticio. Scott ya no pensó en el aviso que debía enviarse con 48 horas de anticipación para dar por terminada la tregua, pues Santa Anna, según él, le había puesto fin tres días antes.

Ese mismo día, Santa Anna contestó "que rechazaría la fuerza

[12] Hitchcock, *Fifty Years…*, pp. 287-289, y Alcaraz, *The Other Side…*, p. 313. Véase también el informe de Scott, 11 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 355.

[13] Dufour, *The Mexican…*, p. 259, y Kirby Smith, *To Mexico…*, p. 216. Consúltese asimismo Hitchcock, *Fifty Years…*, p. 293.

[14] Scott a Santa Anna, 6 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 359.

[15] Exec. Doc. núm. 1, pp. 355 y 361. Santa Anna defendió elocuentemente su

con la fuerza, con la decisión y energía que me impone mi alta investidura".[15]

Se habían reanudado oficialmente las hostilidades, y Scott, con su acostumbrada minuciosidad, antes de lanzar un ataque comenzó a estudiar los puntos de acceso a la ciudad de México. Como siempre, esta dura labor recayó sobre el cuerpo de ingenieros, entonces a cargo del capitan Robert E. Lee por la enfermedad de su superior, el mayor Smith. En cierta forma se trataba de un problema sencillo. El campo entre las calzadas —unas pantanosas, otras inundadas— era intransitable, sobre todo para la artillería, por lo que Scott se limitaría a averiguar qué calzadas podría utilizar. El tener que emplear esas calzadas construidas sobre terraplenes encerraba dificultades porque eran angostas, y si eran defendidas por fuerzas dispuestas a todo podrían convertirse en posiciones tan fuertes que no podrían flanquearse. Sin embargo, los defensores apostados en una calzada quedarían expuestos al fuego de la artillería norteamericana. En otras palabras, el problema distaba mucho de ser insoluble.[16]

Al sur y al poniente de la ciudad de México —los únicos puntos de entrada que se consideraron—, seis de esas calzadas conducían a las garitas, edificios cuadrados sólidamente construidos que de ordinario se utilizaban como barreras de peaje. Dos partían del oeste, la de San Cosme y la de Belén. Como ambas empezaban debajo del fortificado castillo de Chapultepec, Scott primero fijó la atención en las cuatro que se encontraban al sur, en el siguiente orden de izquierda a derecha: *a)* calzada de La Piedad, que convergía con la de Belén en la garita del mismo nombre; *b)*

posición: " No estoy ciego para no ver que la verdadera causa de las amenazas acerca de la reanudación de las hostilidades, contenida en la nota de V. E., es que no he estado dispuesto a firmar un tratado que disminuiría considerablemente no sólo el territorio de la República sino también la dignidad e integridad que todas las naciones defienden hasta la muerte. Si estas consideraciones no tienen el mismo peso en la mente de V. E., la responsabilidad ante todo el mundo, el cual sabe distinguir en qué lado se hallan la moderación y la justicia, caerá sobre usted".

[16] "Cada una de esas rutas (calzadas elevadas) tiene una vía doble a los lados de un acueducto de sólida mampostería, de gran altura, que descansa sobre arcos abiertos y grandes pilares, que constituyen excelentes puntos para el ataque y la defensa. Los costados del acueducto están, además, defendidos por muchos parapetos colocados en las entradas y a alguna distancia de los mismos. Tal como lo esperábamos, encontramos que las cuatro vías están extraordinariamente secas y firmes para esta época del año" (Informe de Scott, 18 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 381).

calzada del Niño Perdido, que partía de la garita homóloga, al suroeste, y llegaba a San Ángel; *c)* calzada de San Antonio, que corría de la garita de San Antonio por el sur hasta Churubusco, y, por último, *d)* el Paseo de la Viga, al oriente. Las principales fortificaciones fuera de la ciudad propiamente dicha eran el castillo de Chapultepec, Molino del Rey (un kilómetro y medio al sur de Chapultepec) y Casa Mata, más allá de Molino del Rey.

El 7 de septiembre, cuando terminó la tregua, Scott se encontraba con la división de Worth en Tacubaya, a casi un kilómetro y medio de Chapultepec; Twiggs estaba en San Ángel, Pillow en Mixcoac y Quitman seguía en San Agustín.[17] Scott y sus ingenieros procedieron a estudiar las entradas a la ciudad por el costado sur.

Molino del Rey

En la tarde del 7 de septiembre de 1847, recibió Scott la noticia de que un gran cuerpo de tropas mexicanas había sido avistado cerca de Molino del Rey, "a dos kilómetros y un tercio" del cuartel de Scott en Tacubaya. Molino del Rey era "un gran conjunto de edificios de piedra de 200 metros de largo", donde había un molino de harina y donde, en otros tiempos, hubo una fundición de cañones.[18] Añadía el informe que cerca de ahí se habían localizado grandes depósitos de pólvora y que se habían enviado a Molino muchas campanas de iglesia para aprovechar su metal en la fundición de cañones. Por consiguiente, Scott hizo una pausa. En vista de que sus contingentes principales aún tardarían un par de días en quedar listos para el asalto a la ciudad, opinó que sería conveniente lanzar un ataque en pequeña escala contra Molino del Rey. Como para ello bastaría una división reforzada, Scott escogió la más cercana, esto es, la que estaba en Tacubaya

[17] Steele, *American…*, p. 115.

[18] *Ibid.*, p. 16.

[19] No todo el mundo calificó de operación "menor" la que se estaba preparando. El capitán E. Kirby Smith escribió a su casa esa misma noche: "Acabo de enterarme de que ya está listo el plan de ataque. Con tristes esperanzas de salir adelante, 500 hombres al mando del mayor G. Wright se acercarán a la fundición con el fin de hacerla volar. Al mismo tiempo, nuestra artillería, el resto de la primera división y la brigada de Cadwalader atacarán la primera línea del enemigo y Chapultepec. Nuestro batallón quedará de reserva. La operación comenzará a las tres de la madrugada. El de mañana va a ser un día de matanza. Rezo con la

al mando de Worth.[19] Para reforzarla, Scott optó por la brigada de Cadwalader (de la división de Pillow) y 270 dragones a las órdenes del mayor E. V. Sumner.[20]

Worth salió en la mañana del 8 de septiembre con sus 3 500 hombres, encabezados por James Mason y James Duncan, quienes ya habían explorado el área. Worth tenía enfrente una posición bien defendida con dos puntos principales, Molino del Rey a la derecha y Casa Mata a 600 metros a la izquierda. Aun cuando la artillería enemiga estaba emplazada en el medio, el principal problema eran esos dos puntos.

Worth aprovechó admirablemente su división. En el centro colocó la batería de Duncan para neutralizar a la artillería mexicana y disparar contra Molino del Rey. Luego envió a la derecha a la brigada de Garland, junto con la batería de Huger, para cortar los posibles refuerzos desde Chapultepec y atacar desde el este. Destinó la brigada de Clarke para que acabar con la peligrosa Casa Mata, y a los 270 dragones de Sumner para que detuvieran cualquier ataque de la caballería que viniera del oeste. Para el asalto a Molino del Rey, organizó un escuadrón de ataque, al mando del mayor George Wright, formado por 500 hombres seleccionados en varios regimientos.[21] Estas tropas de asalto, por muy escogidas que fueran, no sentían lealtad personal hacia la improvisada unidad, y se sentían extrañas entre sus compañeros.[22]

El plan merecía resultados mejores que los que obtuvo. Santa Anna cayó en la cuenta de lo que Scott había ordenado a Worth, y se aprestó a rechazarlo. Emplazó en Molino del Rey a cinco brigadas con apoyo de artillería, y envió a 4 000 soldados de caballería, al mando de Álvarez, a Los Morales, al oeste de donde se encontraba Worth, desde donde podría atacarlo, flanquearlo y destruirlo.[23] Curiosamente, Santa Anna no encargó a nadie la dirección de la defensa de Molino del Rey; cada unidad luchó por sí sola. Sin embargo, el resultado fue una batalla importante,

esperanza de que la victoria corone nuestros esfuerzos, aunque tenemos muchas cosas en contra. Me alegra que no puedan tener ustedes una idea del peligro a que estamos expuestos. Buenas noches" (Kirby Smith, *To Mexico…*, p. 217). Esas fueron las últimas palabras que escribió Smith.

[20] Informe de Scott, 11 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 355.

[21] Informe de Worth, 10 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 362.

[22] Estos asaltos eran más o menos frecuentes. Se les conocía con el nombre de "empresa desesperada".

[23] Steele, *American…*, p. 116.

no la escaramuza que Scott y Worth habían esperado.

Al principio, el eje de la acción estuvo en las fuerzas de asalto de Wright. Los cañones de Huger bombardearon Molino del Rey, en apoyo de los hombres de Wright que avanzaban bajo el intenso fuego de la artillería y de los mosquetes mexicanos. Fuera de Molino del Rey, Wright sometió con ataques de bayoneta a la infantería y a la artillería de los mexicanos, y luego dirigió el fuego contra los fugitivos. Éstos no tardaron en descubrir que Wright sólo disponía de pocos hombres, por lo cual contraatacaron con una nutrida lluvia de disparos. En esta forma cayeron 11 de los 14 oficiales de Wright, y el propio Wright entre ellos. El resto de los norteamericanos se dispersó, pero vinieron en su ayuda la ya victoriosa brigada de Garland y la batería de Huger que desde el oeste atacaban Molino del Rey. A continuación los hombres de Wright fueron en busca de sus respectivos regimientos, y de vuelta en sus unidades se desempeñaron muy bien durante el resto de la batalla.[24]

Garland había tomado Molino del Rey, y Worth pudo concentrarse en Casa Mata, contra la cual dispararon las baterías de Duncan y Huger. Entre tanto, la Segunda Brigada de Clarke, al mando de McIntosh, descubrió que Casa Mata era una verdadera fortaleza de piedra, no de simples muros de adobe como originalmente se supuso. Los norteamericanos rodearon esta antigua posición española, pero fueron rechazados por una lluvia de fuego. Al hacer alto, vieron cómo salían los defensores y remataban a los norteamericanos heridos. Fueron crímenes que hicieron pagar caro los norteamericanos.

Así estaban las cosas cuando Worth detectó que del poniente, al otro lado de un barranco, arribaba un gran contingente: la caballería y la infantería de Álvarez. Sin embargo, por ese mismo flanco llegó la batería de Duncan, y sus disparos hicieron que Álvarez se desistiera de atacar. Mientras tanto, Sumner, siempre intrépido, con su puñado de dragones cruzó el barranco y desafió a Alcaraz en su propio terreno. Pero no hubo ahí ningún combate de caballería; las bajas de Sumner ocurrieron en Casa Mata.

En Casa Mata los mexicanos se encontraban en una situación desesperada, pues carecían de artillería y los muros se estaban

[24] Informe de Worth, 10 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 363.

desplomando. Más aún, se habrían rendido si el bombardeo hubiera durado un poco más. Pero el impetuoso Worth ordenó a McIntosh que se lanzara al ataque. Éste obedeció, y más tarde cayó, junto con sus dos oficiales inmediatos. La brigada se retiró, pero un poco después, bajo el fuego de la artillería de Duncan, huyó la guarnición de Casa Mata, que cayó en poder de Worth.[25]

La batalla de Molino del Rey sólo duró dos horas.[26] Pero la lucha fue encarnizada, y Worth, aunque triunfó, estuvo a punto de ser destruido. Su división sufrió terribles bajas: 116 muertos, entre ellos el teniente coronel Scott, que mandaba el Quinto de Infantería (que perdió 38% de sus efectivos),[27] y el capitán Kirby Smith, temporalmente al mando de la infantería ligera. Entre los 671 heridos, muchos de ellos de gravedad, estaban el coronel McIntosh y el mayor Waite, que comandaba el Octavo de Infantería.[28] Estas bajas fueron más numerosas que las de Taylor en Monterrey, y las sufrió una fuerza que sólo equivalía a la mitad de la que mandaba el Viejo Zack.

Resulta irónico que Worth no haya encontrado en Molino del Rey ni rastros de una fundición. El sangriento ataque que encabezó únicamente sirvió para asestar otro golpe a la ya bastante baja moral de los mexicanos.

Scott observó la caída de Molino del Rey el 8 de septiembre, pero no intervino para nada en la forma como Worth condujo la batalla. Al día siguiente, de nuevo libre para concentrar la atención en los puntos de acceso a la capital, llevó consigo a Lee por el camino del Niño Perdido. Desde ahí podían ver, al oriente, la garita de San Antonio, posición vulnerable porque se hallaba bastante al sur de las otras entradas. Mientras tanto, I. I. Stevens, Beauregard y Tower se dirigieron a la derecha, por el Paseo de la Viga, desde donde podían ver la misma garita de San Antonio desde 1 200 metros al este. Por cuanto lograron observar, tanto la garita

[25] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 143 y 144.

[26] Informe de Worth, Exec. Doc. núm. 1, p. 364, y Steele, *American…,* pp. 116 y 117.

[27] Freeman, *R. E. Lee,* vol. I, p. 275.

[28] *Ibid.,* p. 117, e informe de Worth, 10 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 362-364. Se calculó que las bajas mexicanas ascendieron a 700 prisioneros, 2 000 muertos o heridos y 2 000 desertores (Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 147).

de San Antonio como al Paseo de la Viga se estaban reforzando rápidamente. Calcularon que en cada acceso había de momento 11 piezas de artillería, pero podían caber muchas más.[29] Evidentemente, no había tiempo que perder; era indispensable atacar cuanto antes.

Sin embargo, Scott pasó aún dos días estudiando el terreno. El 11 de septiembre, ya bastante tarde, convocó a un consejo de guerra en la pequeña iglesia de La Piedad. Como de costumbre, estuvieron presentes sus oficiales y su estado mayor, destacándose entre todos ellos los ingenieros. Para entonces Scott ya había reducido el problema a esta disyuntiva: ¿debería apoderarse de la fortaleza de Chapultepec antes de atacar la ciudad, o era mejor olvidarla temporalmente para concentrarse en la garita de San Antonio? Como carecía de recursos para superar un fracaso, se trataba de una decisión crucial.

Scott adoptó un procedimiento poco común. Empezó declarando que él se inclinaba por la toma del cerro de Chapultepec, pues tenía informes de que el castillo no estaba tan bien defendido como originalmente se pensó, y de que un solo día de intenso bombardeo bastaría para demolerlo. Tras la caída de esta posición el gobierno mexicano probablemente estaría dispuesto a llegar a un arreglo sin que para ello hubiera sido preciso atacar la ciudad propiamente dicha. Después de exponer su punto de vista —y sólo entonces—, pidió su opinión a los presentes.

Por fortuna, a pesar de su proceder un tanto presumido y sentencioso, Scott no intimidaba a sus oficiales, los cuales hablaron con toda libertad. Primero lo hizo Lee, en su calidad de jefe de ingenieros; recomendó que se iniciara la operación llegando a la ciudad por el sur y tomando, en primer lugar, la garita de San Antonio. Otros tres ingenieros, junto con cuatro generales, estuvieron de acuerdo. Uno de éstos, Beauregard, había permanecido en un rincón y guardado silencio, pero Scott le pidió expresamente su opinión. El interrogado se puso de pie y expuso con todo detalle argumentos técnicos favorables al ataque contra Chapultepec, en vez de amagar por el poniente y atacar por el sur, pues el ejército probablemente lograría convencer a Santa Anna de que el ataque se iniciaría en la garita de San Antonio

[29] Informe del mayor John Smith, 26 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, p. 427.

y que luego continuaría en Chapultepec. Fue tan convincente Beauregard que el general Franklin Pierce cambió de opinión. Sin embargo, el único voto que en verdad contaba era el de Scott, quien decidió tomar Chapultepec.

"Señores —sentenció solemnemente—, atacaremos por las entradas del poniente. Los generales presentes en esta junta permanecerán en la sala para recibir órdenes adicionales. Se da por terminada la sesión."[30]

Chapultepec

Santa Anna contaba con muchos más soldados que Scott, pero como tenía dudas sobre el plan que seguiría el norteamericano decidió distribuir casi todos sus hombres en las diversas garitas. Para aumentar la incertidumbre de Santa Anna, Scott decidió simular ataques por el rumbo de la calzada de San Antonio. Para hacerlo ordenó a Quitman que saliera de Coyoacán y se reuniera con Pillow en La Piedad. Esto se realizaría de día con la esperanza de que los vigías mexicanos los vieran avanzar en tal dirección. Luego, ya de noche, ambas divisiones se retirarían con rumbo a Tacubaya. Pillow se dirigiría entonces a Molino del Rey desde donde, por el poniente, atacaría Chapultepec, mientras Quitman preparaba el ataque al extremo sureste de Tacubaya. A continuación vendrían las dos extenuadas divisiones de tropas regulares. Twiggs y la brigada de Riley harían un simulacro de ataque en La Piedad, y la brigada de P. F. Smith quedaría de reserva en San Ángel. Worth vendría enseguida de Pillow, lo apoyaría y atravesaría la ciudad de México una vez que Pillow hubiera tomado Chapultepec.[31]

Scott esperaba que el fuego de los cañones bastaría para someter a Chapultepec, e incluso tenía esperanzas de que la capital se rindiera antes sin pasar por los sufrimientos y el derramamiento de sangre inherentes a un asalto. Por ello Scott colocó una batería (la de Drum) en la hacienda de la Condesa, en el camino de Tacubaya a la ciudad; otra (la de Hagner) cerca del camino que

[30] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 149. Le llama la atención al autor hasta qué grado influyó en esta decisión el deseo de justificar el error cometido al atacar Molino del Rey por esa ruta.

[31] Informe de Scott, Exec. Doc. núm. 1, p. 376, y Steele, *American…,* p. 117.

salía de Molino del Rey, frente al extremo suroeste, y otras dos (la de Brooks y la de Anderson) en un tercer punto, precisamente al sur de Molino del Rey. Recientemente se habían capturado cañones al enemigo, con lo cual se triplicaban las piezas de artillería utilizables en un sitio: ya se disponía de cañones de asedio de 16 libras, de cañones cortos de ocho pulgadas, de un mortero de 10 pulgadas y de un cañón de 24 libras.[32]

Las baterías comenzaron a disparar a las cinco de la mañana del 12 de septiembre. En un principio el fuego no fue nutrido. Luego se comenzaron a perforar los muros del castillo y el techo quedó parcialmente destruido. En pleno bombardeo los ingenieros mexicanos procuraban hacer reparaciones. Alrededor del mediodía Santa Anna llegó a Chapultepec, donde encontró a Nicolás Bravo, anciano héroe de la lucha de 1821, desayunando tranquilamente "mientras a corta distancia caían proyectiles y bombas". Durante el día el bombardeo se hizo tan nutrido que siempre había en el aire un proyectil estadunidense. "En un pasillo, convertido en pabellón de cirugía, se encontraron amontonados cuerpos en putrefacción, heridos que gemían de dolor y los cadetes del Colegio Militar", de quienes aún quedaba medio centenar. Se habían agotado los medicamentos. Demasiado tarde Santa Anna y Bravo comprendieron que habrían podido dejar la mayor parte de la infantería al pie del cerro, con lo cual se habrían evitado muchas muertes innecesarias. Bravo, que ni remotamente pensaba en abandonar toda esperanza, pidió refuerzos, pero Santa Anna no quiso enviarlos antes de que comenzara el asalto.[33]

La suerte estaba echada: a la mañana siguiente el enemigo se lanzaría al asalto.

Por la mañana del 13 de septiembre de 1847 se vio que se gozaría de un día espléndido, de cielos intensamente azules, frecuentes a una altura de 2 400 metros antes de la contaminación industrial, y la temperatura sería moderadamente cálida. Mas para las tropas de Scott fue una jornada de presagios. Las victorias habían costado muchas bajas, sobre todo la de Molino del Rey. El ejército había disminuido considerablemente, y tenía enfrente a un

[32] Informe de Scott, Exec. Doc. núm. 1, p. 377, y Ripley, *The War…,* vol. II, p. 402.
[33] Alcaraz, *The Other Side…,* pp. 359 y 360.

enemigo numéricamente muy superior. También entre los oficiales reinaba el pesimismo. Al salir de la junta celebrada la noche anterior, incluso Worth había dicho confidencialmente: "Nos van a derrotar". Más aún, el propio Scott le confesó a Hitchcock: "Tengo un mal presentimiento".[34]

Chapultepec —castillo y parte del bosque— medía más o menos 1 200 metros de largo y unos 400 metros de ancho. El costado norte y el costado este del cerro tenían demasiada pendiente para ser escalados; de los otros dos, el de cuesta considerablemente más suave era el del oeste, hacia donde estaba Molino del Rey, pero para llegar a él se tenía que atravesar un pantano poblado de ahuehuetes. La división de Pillow, que se estaba congregando cerca de Molino del Rey, con la brigada de Pierce al frente, se encargaría del asalto principal. Los hombres de Pierce escalarían los muros de unos grandes jardines, avanzarían entre los centenarios ahuehuetes y cruzarían un lodazal de 800 metros de largo antes de iniciar el ataque al castillo.

Quitman, a la derecha de Pillow, avanzaría por la calzada que partía de Tacubaya y desembocaba en el extremo sureste de Chapultepec, donde tras escalar los muros de los jardines podría controlar las veredas, pendientes y sinuosas, que cuesta arriba llegaban a la base de los muros. Una vez que se tomara Chapultepec, Quitman y sus hombres podrían continuar por la calzada de Belén, hacia el oriente, hasta la ciudad de México.

Para lanzarse al asalto de los muros, Scott organizó grupos de escaladores parecidos a los que habían intervenido en Molino del Rey. Para encabezar la división de Quitman, Twiggs escogió a 265 oficiales y soldados rasos (otra "empresa desesperada"), y un grupo parecido fue proporcionado por Worth para conducir a los hombres de Pillow.[35] Las tropas de asalto, entre ellas un destacamento de 40 infantes de marina, serían todas del ejército regular.

En realidad Chapultepec no era inexpugnable, como pudiera pensarse. Aunque se alzaba a casi 65 metros del nivel del pantano, en tal altura quedaba incluido el cerro donde estaba construido el castillo. Además, debido a la pendiente de los muros, los

[34] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 153 y 154.

[35] Informe de Scott, 18 de septiembre de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 277 y 278, y Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 153.

defensores no podían disparar con puntería a su base. El edificio sólo tenía cabida para 260 soldados, entre ellos los cadetes del Colegio Militar, quienes habían insistido en que se les permitiera permanecer en el castillo. Santa Anna emplazó a otros 600 hombres fuera del edificio, algunos de ellos tiradores expertos desde los árboles, para defender las murallas que rodeaban el patio.

El bombardeo empezó al amanecer, según lo planeado. La lluvia de metralla contra el castillo duró hasta las 7:30 de la mañana, cuando las bocas de los cañones fueron apuntadas para barrer a los defensores de los muros que rodeaban los terrenos del castillo. Después de 30 minutos cesó el fuego; había llegado el momento del asalto. La brigada de Pierce salió de Molino del Rey; escaló los muros y, como al principio encontró poca resistencia, avanzó por el pantano cubierto de ahuehuetes. Pero poco después aumentó la resistencia y la brigada sufrió sus primeras bajas. El coronel T. B. Ransom, al mando del Noveno de Infantería, recibió un tiro de fusil en la frente. Pillow, herido en un tobillo, no pudo seguir combatiendo. Entre grandes dolores pero consciente, Pillow mandó llamar a Worth para urgirlo a que se "apresurara al máximo".[36] Entre tanto, los cañones y los morteros concentraron de nuevo el fuego en los muros del castillo.

El grupo de avanzada que comandaba Quitman tuvo que hacer alto[37] en la calzada de Tacubaya, al sur. Pero un regimiento, el de los Voltiguers de Joseph E. Johnston, con uniforme gris, logró pasar el muro del sur y unirse al flanco derecho de Pillow (a quien suplió Pierce). Twiggs envió en ayuda de Quitman a la brigada de Persifor Smith.

Smith intentó hacer retroceder a los mexicanos que se hallaban en el área de Quitman, pero no lo logró. Entonces Quitman mandó a los voluntarios de Nueva York y de Pensilvania a la calzada, al otro lado de las zanjas, cerca de la estrella del muro del jardín. Se abrió una brecha por la que pudieron pasar el Regimiento Palmetto de Carolina del Sur y la brigada de Clarke (Worth),

[36] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 156.

[37] A la "empresa desesperada" al mando del capitán Silas Casey, de la que habla Quitman, se le añadió un destacamento de 40 infantes de marina comandados por el capitán John G. Reynolds, y 120 voluntarios cuyo jefe era el mayor Levi Twiggs. Tanto Casey como Twiggs perdieron la vida.

también enviada en ayuda de Quitman. Cuando el teniente James Longstreet, del Octavo de Infantería, cayó herido, George Pickett, del mismo regimiento, tomó la bandera que momentos antes llevaba el primero.[38] Pronto los soldados de las divisiones de Quitman, Pillow y Worth se entremezclaron al pie de los muros de Chapultepec.

Allí se detuvo el avance, pues aún no llegaban las escaleras que se emplearían para trepar por los muros. Durante largos 15 minutos los soldados de infantería al mando de Pierce y de Johnston tuvieron que permanecer agachados, temporalmente a salvo en la base del castillo, mientras abajo continuaba un nutrido intercambio de disparos. Los francotiradores mantuvieron a raya a los mexicanos. Por fin llegaron algunas escaleras. Las primeras que se colocaron fueron derribadas junto con quienes las estaban utilizando. Pero pronto llegaron más escaleras, con lo cual hasta 50 hombres pudieron subir simultáneamente. Lo hicieron con rapidez, y los defensores de los muros comenzaron a retirarse.

A eso de las 9:30 de la mañana, apenas dos horas después del comienzo de la operación, cuando la bandera del Regimiento Voltiguer de Johnston ya ondeaba en los muros del costado oriente, comenzó en todo el castillo una carnicería cuerpo a cuerpo. Los norteamericanos, sedientos de venganza por la cruel e innecesaria matanza de sus camaradas heridos, efectuada en Molino del Rey, mataron mexicanos a diestra y siniestra. El general Bravo entregó su espada, tachonada de piedras preciosas, pero no logró que se rindieran seis de sus jóvenes cadetes, los cuales prefirieron morir. Uno de aquellos muchachos, con la bandera mexicana en los brazos, perdió la vida al arrojarse desde lo alto del muro.[39]

En un altozano a corta distancia del castillo, 30 condenados a muerte estaban de pie en unas carretas de mulas y con sogas en el cuello. Todos ellos eran desertores, miembros del Batallón de San Patricio, capturados en el convento de Churubusco. En cuanto se izara la bandera de Estados Unidos en los muros del casti-

[38] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 157.

[39] A los seis se les inmortalizó en México con el nombre de los Niños Héroes. En el bosque de Chapultepec se les erigió un impresionante monumento.

llo, se daría un latigazo a las mulas, y los desertores quedarían suspendidos en el aire.

Scott hubiera preferido obrar con misericordia. En realidad, de los 69 capturados se perdonó la vida a quienes habían desertado antes de que comenzaran las hostilidades (26 de abril), pero fueron condenados a prisión, azotados y algunos marcados con hierro candente. En privado afirmó Scott que si ya hubiera terminado la guerra a todos les habría perdonado la vida, pero al fracasar las negociaciones durante la tregua quedó sellado el destino de los prisioneros. Scott, por otra parte, no podía establecer un precedente de clemencia cuando su ejército sin duda aún sufriría muchas bajas en futuros combates.[40]

Los desertores, hombres rudos en una época difícil, aceptaron con humor sardónico su suerte. Uno de ellos había perdido ambas piernas en la contienda de Churubusco, y a sus compañeros les pareció divertido que cuando los colgaran bailaría en el aire igual que los demás. En fin, se izó la bandera, restalló el látigo y las mulas emprendieron la carrera.

Cayó Chapultepec. Esa mañana Santa Anna perdió 1 800 hombres; Scott, la cuarta parte de ese número. Apenas se había barrido al enemigo —Scott acababa de llegar— cuando dos comandantes, Quitman y Worth, ordenaron a sus fuerzas que se dirigieran a las calzadas que conducían a la misma ciudad de México. Encontraron cierta resistencia, pero al acabar el día Worth ya se había apoderado de la garita de San Cosme, en el extremo noroeste de la capital, y la garita de Belén, en el extremo suroeste, ya estaba en poder de Quitman.

Por la noche Santa Anna decidió evacuar la ciudad y proporcionar algún descanso a sus hombres. A la mañana siguiente aún hubo encuentros esporádicos, pero al mediodía de ese 14 de septiembre de 1847 el general Scott entró triunfalmente a la Plaza Mayor entre las ensordecedoras aclamaciones de lo que aún quedaba de su ejército.

[40] Ripley, *The War…*, vol. II, pp. 355 y 356.

LA GUERRA DE NICHOLAS TRIST

XXIX. LA OCUPACIÓN
Otoño de 1847 en la ciudad de México

Los habitantes de la ciudad de México no se tumbaron al suelo fingiéndose muertos sólo porque Scott había cruzado triunfalmente las puertas de la capital. Todo lo contrario. Es verdad que Santa Anna se había retirado a Guadalupe Hidalgo, en las afueras de la ciudad, a esperar los acontecimientos, pero en las calles las multitudes distaban mucho de haber adoptado una actitud dócil.

Precisamente cuando Scott entraba a la Plaza Mayor, multitud de "léperos" (gente de la plebe) ya habían saqueado el desprotegido Palacio Nacional y, formando grupos en torno de la plaza, supuestamente provocados por la "altanería" de los norteamericanos, comenzaron a alborotar. De momento se pudo dispersar a esa multitud, pero en cuanto los invasores comenzaron a dirigirse a los cuarteles, alguien, a quien nunca se identificó, hizo un disparo, y otros hicieron lo mismo. Uno de esos tiros iba apuntado a Worth, pero hirió a Garland en una pierna. Algunos delincuentes a quienes Santa Anna había sacado de la cárcel se unieron a la muchedumbre, y la situación fue de mal en peor. Durante algunos minutos parecía que los veteranos de Scott tendrían que entablar otra batalla, pero acciones rápidas, de hombres acostumbrados a combatir, salvaron la comprometida situación. Las unidades formaron filas listas para disparar, cargaron sus piezas de artillería con botes de metralla y comenzaron a desalojar las calles. Revisaron los edificios desde donde les habían disparado, y con proyectiles de alto calibre abrieron boquetes en las paredes, y los enfurecidos soldados se dedicaron a matar y al pillaje. Como la mayor parte de los civiles sólo tenía piedras para pelear, pronto se puso fin a la resistencia.

Para el mediodía las tropas de Scott ya se habían apoderado de todos los puntos clave de la ciudad, y comenzaron a disminuir los brotes de violencia.[1] Sin embargo, por la noche, a pesar

[1] Al mediodía, el jefe del Ayuntamiento expidió el siguiente aviso dirigido a

del frío, grandes multitudes recorrieron las oscuras calles de la ciudad, y en el empedrado de la vía pública se amontonaron los cadáveres. Las patrullas lograron controlar a la muchedumbre, pero la mayor parte de la población pasó la noche despierta y amedrentada. En un principio, al amanecer, pareció que se estaba restableciendo el orden, pero poco después reapareció en parte la violencia. Entonces algunos soldados de la caballería mexicana aparecieron a las puertas de la ciudad, pero al ser dispersados se desvaneció toda esperanza de que Santa Anna regresase. El pueblo, comprendiendo entonces que la resistencia la habían presentado las clases bajas, no las privilegiadas, se negó a unirse de nuevo a la lucha. Los brotes de violencia se hicieron esporádicos, y en ellos probablemente murieron más civiles que soldados.[2]

Scott, con gran experiencia en materia de ocupación, se dispuso a actuar metódicamente. El día en que entró a la ciudad de México emitió la orden general núm. 284, para advertir a las tropas que aún no terminaba la guerra y para urgirlas a "la sobriedad, el orden y la misericordia". Además confirmó el nombramiento de John Quitman como gobernador de la capital.[3] El 17 de septiembre de 1847 volvió a publicar una orden general sobre el establecimiento de la ley marcial, aplicable tanto a los militares como a los civiles. Al día siguiente determinó cuáles serían las obligaciones de las principales unidades de su ejército durante la ocupación.[4]

Bajo la estricta vigilancia de Scott la ciudad fue recuperando gradualmente la calma, y a mediados de octubre pudo decirse que de nuevo estaba en paz.

los habitantes de la ciudad: "El general al mando de las fuerzas norteamericanas que ocuparon la ciudad esta mañana informó al Ayuntamiento que si al cabo de tres horas, contadas desde el momento en que se haga público este aviso, no han cesado todos los actos hostiles que se han estado cometiendo […] procederá con todo rigor contra los culpables, permitirá el saqueo de mercancías y propiedades y arrasará la manzana donde están situadas las casas desde donde se ha disparado contra las tropas norteamericanas" (citado por Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 420).

[2] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, pp. 166 y 167, y Alcaraz, *The Other Side…*, pp. 375-380.

[3] Exec. Doc. núm. 1, p. 386.

[4] Exec. Doc. núm. 1, p. 387. Ejemplo: "2. La primera división que se encuentre en, o cerca de la ruta que va directamente de la garita de San Cosme hacia la catedral, y que se extiende un poco más allá del extremo oriental de la Alameda, mantendrá guardias competentes y dos cañones de mediano calibre en la garita".

Scott hizo esfuerzos, paralelos a sus medidas disciplinarias, para crear un ambiente más o menos civilizado en el que soldados y civiles pudieran convivir. Uno de los medios de comunicación con sus tropas era el periódico *The American Star,* que anteriormente ya había circulado en Jalapa. En esta nueva época, el *Star* tuvo un rival, *The North American,* que nunca llegó a la categoría del primero, pues saltaba a la vista que su objetivo era infundir, tanto en los yanquis como en los mexicanos, la idea de que a unos y a otros convenía que todo el territorio mexicano se anexara a Estados Unidos. También prosperaron los periódicos mexicanos, entre ellos el *Eco del Comercio,* partidario de la paz con Estados Unidos, y *El Conejo*, hoja escandalosa que, como reconocían los propios mexicanos, "a veces mostraba destellos de ingenio".[5]

Los oficiales norteamericanos pronto formaron un club exclusivo, uno de cuyos descendientes aún existe. Se llamaba Aztec Club, y podían pertenecer a él los oficiales que desde Veracruz habían participado en la guerra. Evidentemente, el pertenecer al club proporcionaba gran prestigio no sólo en México sino también en Estados Unidos.

Santa Anna, en Guadalupe Hidalgo, tuvo noticia de los primeros levantamientos en la ciudad de México, y envió grupos merodeadores para que se acercaran a las entradas. El 15 de septiembre, comprendiendo que los disturbios ya habían sido sofocados, renunció a la presidencia de México en favor de Manuel de la Peña y Peña, presidente de la Suprema Corte de Justicia. Luego, acompañado por un pequeño ejército de voluntarios, salió para Puebla, donde aún convalecían los norteamericanos heridos en Cerro Gordo. Santa Anna pensaba apoderarse de esa ciudad, interrumpir las comunicaciones de Scott con la costa, y entonces obligarlo a luchar en retirada, con lo cual su derrota podría convertirse en victoria.

Pero los soldados de Santa Anna ya no tenían ánimos para esa empresa pues su jefe ya no era símbolo de gloria y grandeza. Por consiguiente, cuando Santa Anna envió un ocioso ultimátum al coronel C. F. Childs, comandante de la guarnición de Puebla, sus

[5] Alcaraz, *The Other Side…,* pp. 422 y 423.

hombres se negaron a lanzarse al asalto, y Santa Anna tuvo que contentarse con iniciar un sitio carente de todo entusiasmo.[6]

Entre tanto, en el campo prosiguió una guerra de guerrillas con la que se acosaba a la línea de comunicaciones de Scott. Los más decididos entre los mexicanos aún tenían alguna esperanza en esas guerrillas, pues sabían que en España habían sido muy eficaces en la lucha contra Napoleón, y en épocas más recientes los mismos mexicanos las habían empleado contra los españoles en los años previos al final de la guerra de independencia (1821). El punto más débil en esta nueva versión de las heroicas guerrillas era la falta de espíritu que había en ellas. Al enfrentar a un enemigo siempre alerta, se dedicaron a saquear a sus propios compatriotas. Ni las mujeres ni los niños se salvaron de estas depredaciones. Por supuesto, con tales atrocidades perdieron el apoyo del pueblo, tan necesario en ese tipo de lucha.

Mientras tanto, Scott continuó recibiendo refuerzos. El 6 de agosto de 1847, unas tres semanas después de que Pierce había salido de Veracruz, el mayor F. T. Lally, del Noveno de Infantería, salió a su vez con una fuerza de 1 000 hombres, integrada por 11 compañías de los nuevos remplazos del ejército regular y por dos compañías de la caballería voluntaria. Al avance de Lally opuso resistencia un contingente de 2 000 mexicanos al mando de Juan Soto, gobernador del estado de Veracruz.

Lally continuó por el camino real, y su expedición parecía semejante a la campaña de Scott del pasado mes de abril. Encontró resistencia en el Puente Nacional, en Cerro Gordo (donde atacó por la misma ruta que empleó Pillow durante la batalla anterior) y también en Jalapa. Cuando llegó a esta ciudad el 19 de agosto, el día en que se combatía en Contreras y en Churubusco, sus hombres se hallaban exhaustos y desorganizados. De su contingente original, 200 soldados (esto es, uno de cada cinco) estaban heridos o enfermos, y sus bestias ya no daban para más. Como necesitaría mucho tiempo para reorganizar y rehabilitar a esos hombres, decidió acampar entre los amistosos jalapeños.[7]

[6] Justin Smith (*The War with Mexico,* vol. II, pp. 174 y 175) estima que las fuerzas de Santa Anna sumaban 2 000 soldados de caballería, 2 500 hombres de la Guardia Nacional, 600 jinetes a las órdenes de Álvarez y 600 irregulares al mando de J. Rea.

[7] Ripley, *The War…,* vol. II, pp. 499-504.

El 20 de septiembre de 1847, un mes después de la llegada de Lally a Jalapa, una fuerza más numerosa, al mando del general de brigada Joseph Lane, partió de Veracruz por la misma ruta. Lane, veterano de Buena Vista, había sido separado del ejército de Taylor al abandonarse toda esperanza de una campaña contra San Luis Potosí desde Saltillo. Todos los hombres de Lane eran voluntarios: un regimiento de Indiana, uno de Ohio, dos batallones de reclutas y cinco compañías de infantería, lo cual montaba la respetable cifra de 2 500 soldados.[8]

Algunas partidas acosaron tímidamente a Lane antes de llegar a Jalapa, donde se reunió con Lally. Cuando se enteró de las dificultades de Childs en Puebla, Lane decidió avanzar sin hacer pausa. Como Lally lo acompañó, una vez más Jalapa se quedó sin guarnición.

Santa Anna, quien seguía sitiando Puebla, se enteró de que Lane se estaba acercando, y en vez de ofrecer resistencia en el paso de El Pinal, decidió esconderse en el pueblo de Huamantla, un poco al norte del camino real, con la esperanza de que Lane pasara de largo sin darse cuenta de su presencia. Una vez que Lane hubiera seguido su camino, Santa Anna esperaba atacar la retaguardia de su columna, pero como Lane tuvo conocimiento de dónde andaba Santa Anna, optó por atacarlo el 8 de octubre en ese sitio.

La vanguardia de Lane estaba al mando del capitán Sam Walker, el texano que se unió a Zachary Taylor en Point Isabel. Lane sorprendió a la avanzada de Santa Anna y la persiguió hasta el pueblo, en cuya plaza principal se topó con 500 lanceros mexicanos apoyados por dos piezas de artillería que lo desbarataron. El propio Walker perdió la vida en el encuentro y su muerte causó gran consternación entre sus camaradas. Resulta irónico que Walker, al cabo de tantas situaciones difíciles a las que se enfrentó durante la guerra, desde Palo Alto y Monterrey, haya sucumbido, después de la caída de la ciudad de México, en un pueblo insignificante.

El resto de las fuerzas norteamericanas se libró de una suerte aún peor gracias a la llegada del cuerpo principal de la infantería de Lane. Éste atacó simultáneamente con un regimiento y un

[8] *Ibid.*, p. 504.

batallón, y se apoderó, al precio de considerables pérdidas, de los dos cañones que hicieron fuego sobre el contingente de Walker y de gran cantidad de municiones. Después de una noche en Huamantla, Lane prosiguió su marcha.[9]

Una vez más la suerte abandonó a Santa Anna. Poco después de la batalla de Huamantla recibió un mensaje del presidente Peña y Peña en el que cortésmente le indicaba que entregase el mando a Manuel Rincón, un viejo rival suyo, y que se retirara a donde él mismo quisiera, para aguardar ahí la convocación del consejo de guerra que juzgaría la forma como se había conducido en la contienda.[10]

El 14 de diciembre de 1847 las fuerzas de Scott en la ciudad de México sólo llegaban a 8 000 hombres, apenas suficientes para mantener en paz a la ciudad.[11] Scott no dejaba de comprender, sin embargo, la conveniencia de enviar expediciones a otras partes del país —por ejemplo, a San Luis Potosí o a Mazatlán, como se lo había pedido el comodoro Shubrick—.[12] Pero esas expediciones tendrían que posponerse hasta la llegada de más refuerzos. Scott calculaba que las expediciones a Zacatecas y San Luis Potosí necesitarían, cada una, 5 000 hombres, en la inteligencia de que para la segunda quizá hicieran falta 7 000. Suponiendo que conservara 7 000 soldados en la capital, aún necesitaría muchos más de los que tenía incluso en enero de 1848.[13]

Poco a poco comenzaron a llegar los refuerzos. Aparte de la brigada de Lane, que permaneció en Puebla, el general de división Robert Patterson (que ya había regresado al país) salió de Veracruz con 3 000 hombres el 1 de noviembre de 1847. Tras dejar un regimiento en Puente Nacional, siguió con rumbo a Jalapa, adonde arribó el día 8 con 2 600 hombres. Después llegaron una

[9] *Ibid.*, pp. 505 y 506.

[10] Alcaraz, *The Other Side…*, p. 403.

[11] Scott a Marcy, 14 de diciembre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1039.

[12] "General: …estoy seguro de que no tengo que insistir sobre la importancia de que usted retenga esa plaza [Mazatlán], ni en lo conveniente que sería que los barcos pudieran retirar a sus hombres y hacerse a la mar. Entonces podríamos cerrar herméticamente la costa [del Pacífico]… Mucho deseo tener noticias de usted. […] P. D. Tuve el honor de recibir esta mañana la carta de usted fechada el día 2, por la que me enteré con pena de que no figura en sus planes el envío *inmediato* de fuerzas a esta costa" (Shubrick a Scott, 17 y 18 de diciembre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 1084 y 1085).

[13] Scott a Marcy, 6 de enero de 1848, Exec. Doc. núm. 60, pp. 1061 y 1062.

columna de 4 000 hombres al mando del general de división William O. Butler, ya restablecido de la herida que recibió en Monterrey, y 1 300 soldados encabezados por el ubicuo coronel Joseph E. Johnston. Una vez que llegaron a la ciudad de México todos esos refuerzos, el general Scott tuvo a su disposición casi 15 000 hombres.[14]

Sin embargo, Scott no envió grandes contingentes a otras partes del país. En cierto momento, a mediados de diciembre, emitió una optimista orden para que el ejército estuviese listo "para… ocupar la República Mexicana".[15] Pero apenas 10 días después Scott informó a Marcy que el "intolerable trabajo" de conducir a los nuevos reclutas a "un grado respetable de disciplina, instrucción y comportamiento" debe proseguir en la ciudad de México. Y añadía, con su acostumbrada afición a lo hiperbólico: "Las penalidades que a diario llevo en la cabeza me hacen inclinarla hasta el suelo".[16]

Scott fue blanco de muchas críticas porque no logró ocupar puntos claves en otras zonas, sobre todo a causa de la pereza del gran número de soldados que se hallaban en la ciudad de México. "No hay nada tan desmoralizador para un gran contingente militar como la ociosa ocupación de una grande y lujosa capital", escribió un oficial, quien reconocía ser enemigo de Scott. Durante algún tiempo, añadía, "los desmanes y los robos eran de poca importancia y, en comparación con los que a menudo cometían los mexicanos, resultaban verdaderamente insignificantes".[17] Pero pronto toda clase de apostadores llegaron a la ciudad, y las licencias para abrir garitos de apuestas se conseguían sin dificultad. Oficiales y soldados habitualmente se iban de juerga a esos sitios, "que variaban de categoría tanto como las aptitudes y fortunas de sus dueños".[18]

Los mexicanos opinaban lo mismo:

En las habitaciones de abajo se apostaba; en el segundo piso estaban

[14] Ripley, *The War…*, vol. II, pp. 560 y 561.

[15] GO núm. 376, 15 de diciembre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1050.

[16] Scott a Marcy, 25 de diciembre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1048. En realidad sí envió expediciones a las grandes minas de Real del Monte y a Toluca, capital del Estado de México.

[17] Ripley, *The War…*, vol. II, p. 569.

[18] *Ibid.*, pp. 570 y 571.

> la cantina, los billares y los salones de baile, y la otra planta se dedicaba sobre todo a actividades que la decencia nos impide mencionar. Desde las nueve de la noche hasta las dos o tres de la madrugada, las orgías se prolongaban como nunca se había visto en México. Abundaban las representantes del bello sexo, mujeres jóvenes a veces viciosas, a veces atraídas con malas artes, a veces obligadas a entregar su honra a cambio de un pedazo de pan para sus familias.[19]

Es difícil imaginar hasta qué grado la presencia de 6 000 soldados podía reducir a la miseria a los habitantes de la ciudad de México, pero todos los informes al respecto corresponden sustancialmente a la verdad. En términos generales, la ocupación de la capital de México fue relativamente tan ordenada como puede esperarse en esos casos. Pero de ninguna manera el ambiente de relajación que se establece en un territorio ocupado debe ser motivo para los vergonzosos conflictos de intereses que estallaron entre los oficiales más veteranos del ejército. Parte de ese lamentable desorden puede atribuirse a los nervios crispados de aquellos sobre quienes pesaban graves responsabilidades en los combates. Sin duda, algunas de las decisiones de Scott merecían juicios adversos, pero las intrigas y conspiraciones llegaron en este caso a extremos desconocidos en los anales militares de Estados Unidos, y aunque hubo otros involucrados, el más revoltoso fue Gideon J. Pillow.

Gideon Pillow era inepto a la hora del combate, pero lo que más deseaba era conquistar gloria en el campo de batalla. Se alistó en el ejército pensando sólo en la fama y los honores. Sin ningún mérito, simplemente por favoritismo, fue ascendido al segundo lugar en el escalafón del ejército de Scott. Por consiguiente, antes del arribo de Patterson a mediados de diciembre, con la salida de Scott habría podido quedarse con el mando. Se había incluso insinuado que si llegaba a ocupar una posición tan eminente, era posible que a Pillow se le postulase como candidato a la presidencia para las elecciones de 1848. Pero es indudable que Pillow no fue calculador hasta ese grado. Scott, en algo que escribió años después, lo describe generosamente como

> una anomalía, sin sombra de malignidad en su modo de ser, amable, dotado de cierta agudeza, pero […] totalmente indiferente ante la

[19] Alcaraz, *The Other Side…,* p. 416.

verdad o la mentira, ante la probidad o la falta de ella; siempre listo para alcanzar sus fines lo mismo recurriendo a la una que a la otra, y habitualmente ufano de los actos de inteligencia desprovistos de cualquier aspecto moral.[20]

El primer roce entre Pillow y Scott surgió inmediatamente después de la entrada del ejército en la ciudad de México. Pillow, o uno de sus ayudantes, se apoderó de uno de los dos cañones cortos que habían sido recogidos en Chapultepec y, seguramente a manera de recuerdo, lo depositó en su carro de equipaje. Con esta apropiación se violaba la aceptada premisa de que ese tipo de botín es propiedad del gobierno. Entonces alguien, quizás algún desencantado segundón, lo descubrió antes de que Pillow pudiera deshacerse de él, y Pillow tuvo que enfrentar cargos ante un tribunal militar. Los esfuerzos de Pillow por echar la culpa de todo a dos jóvenes tenientes fracasaron, y el 27 de octubre de 1847 el tribunal lo reconvino. Reconocieron los jueces que Pillow había devuelto el cañón, pero tenían la "firme convicción" de que lo había hecho porque había sido descubierto.[21] De momento ahí quedaron las cosas.

El verdadero alboroto empezó cuando Pillow presentó su informe sobre las batallas de Contreras, Churubusco y Chapultepec. En tal informe, fechado el 24 de agosto de 1847, Pillow se expresó como si hubiera tenido a su cargo el mando de todo el ejército durante la batalla de Contreras, y casi sin hacer mención de Scott. Posteriormente se atribuyó el mérito de haber ordenado el asalto contra Chapultepec, y la culminación de sus jactancias fue afirmar que por órdenes suyas Quitman y Worth, después de la caída de Chapultepec, habían atacado las calzadas que conducían a la ciudad.[22]

Por una vez Scott quiso obrar con tacto, y se concretó a señalar ciertas discrepancias en una amable carta dirigida a Pillow el 2 de octubre. Entre los puntos que Scott deseaba aclarar se hallaba lo relativo a los desmedidos autoelogios que Pillow se había prodigado, técnicamente incorrectos puesto que Scott era el supe-

[20] Scott, *The Memoirs…*, vol. II, p. 416.

[21] Exec. Doc. núm. 65.

[22] Scott a Pillow, 2 de octubre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 1015 y 1016. Asimismo el informe de Pillow del 24 de agosto de 1847, Exec. Doc. núm. 1, pp. 333 -341. Algunas de estas discrepancias no aparecen en el informe de Pillow que se publicó originalmente, porque el propio Pillow introdujo más tarde algunos cam-

rior de Pillow. Éste respondió desde su cama de hospital, donde convalecía de su dolorosa, aunque no grave, herida en el tobillo, con una carta asombrosamente obsequiosa, donde protestaba, entre otras cosas, que "por la inconmovible bondad y amistad de usted siempre sentiré una profunda *gratitud*, que espero saber expresar".[23] Para terminar, Pillow pidió a Scott "me honre usted con su visita, dado que estoy imposibilitado para ir a verlo".[24]

Quizá Scott hubiera podido suavizar la virulencia de posteriores recriminaciones si magnánimamente hubiera visitado a Pillow, con la excusa de que Pillow se hallaba incapacitado. Con ese gesto de generosidad se habrían aplacado los ánimos. Sin embargo, Scott estaba demasiado consciente de su categoría como general en jefe, y se concretó a escribir una larga descripción de las cargas y obligaciones que pesaban sobre él. Pillow respondió inmediatamente con una carta también muy larga, a la que el día siguiente Scott contestó diciendo que lamentaba que Pillow hubiera hecho tantos cambios en su informe original, advirtiendo que enviaría al Departamento de Guerra los informes como estaban escritos.[25]

Ahí podía haber terminado todo, pero la verdad es que apenas comenzaba el embrollo, pues por esos días llegaron a la ciudad de México dos incendiarios artículos periodísticos. Uno de ellos, publicado en el *Delta*, de Nueva Orleans, el 10 de septiembre, estaba firmado con el seudónimo de "Leónidas", y contenía algunas asombrosas afirmaciones:

> El plan [de Pillow] para la batalla [de Contreras] y la disposición de sus fuerzas fueron los más atinados y tuvieron éxito. Con ello dio prueba, igual que en otras ocasiones, de su genio militar y de su profundo conocimiento de la ciencia de la guerra, que han asombrado grandemente a quienes no pasan de ser simples ordenancistas de la profesión. Su plan era muy parecido al que Napoleón empleó para tomar la fortaleza de Ulm […] Durante esa gran batalla, que duró dos días, excepto la división del general Worth que no participó en la lucha, el general Pillow tuvo bajo su mando a todas las fuerzas combatientes […] El general Scott dio una sola orden: que se reforzara a la brigada del general Cadwalader.[26]

bios.

[23] Pillow a Scott, 3 de octubre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1017. Cursivas en el original. Pillow tenía la costumbre de subrayar casi una de cada cinco palabras.

[24] Exec. Doc. núm. 65.

[25] Scott a Pillow, 3 de octubre de 1847; Pillow a Scott, 3 de octubre de 1847, y

El artículo fue reproducido en el *Picayune,* con ciertos adornos y agregados, con los que posiblemente se deseaba poner de manifiesto lo ridículo de las afirmaciones de Pillow,[27] y también apareció en el *American Star*, el periódico que publicaba en la ciudad de México el ejército de ocupación.

Como era de esperarse, el artículo de "Leónidas" produjo, según el caso, risas o indignación entre quienes participaron en esas batallas. Por otra parte, con base en diversas circunstancias y observaciones, Pillow fue identificado plenamente como el autor del artículo. Más aún, el corresponsal del *Delta*, James L. Freaner, descubrió que el artículo de "Leónidas" era casi idéntico al que Pillow le pidió que enviara a Nueva Orleans firmado con su nombre (el de Freaner). Al ver que estaba plagado de inexactitudes, Freaner se negó a enviarlo al periódico. Después llegó a la conclusión de que alguien había introducido subrepticiamente el texto entre el material que envió a Nueva Orleans.[28] Sorprendido con las manos en la masa, Pillow se apaciguó por algún tiempo.

Nuevamente ahí pudo haber terminado el embrollo, pero el 23 de octubre el *American Star* reprodujo otro artículo, originalmente publicado en el *Post* de Pittsburgh, y reimpreso en el *Union* de Washington y en una hoja que aparecía en Tampico. El artículo no mencionaba a Pillow, pero en él se afirmaba que Worth y Duncan habían salvado a Scott de sus errores cuando lo convencieron de que el 15 de agosto tomara la ruta de Chalco en vez de lanzar un ataque frontal contra El Peñón. A este artículo siguió otro fechado a fines de octubre en la ciudad de México, con alabanzas a Pillow y firmado con el seudónimo de "Veritas".[29]

A Scott se le había acabado la paciencia. Hasta ese momento había procurado ser condescendiente con Pillow, pero el 12 de noviembre le respondió. En un singular documento empezó por

Scott a Pillow, 4 de octubre de 1847, en Exec. Doc. núm. 60, pp. 1018-1020.

[26] *Delta,* Nueva Orleans, 10 de septiembre de 1847, reproducido en Exec. Doc. núm. 65, pp. 385-389.

[27] *Delta,* Nueva Orleans, 10 de septiembre de 1847, reproducido en Exec. Doc. núm. 65, pp. 385-389. La edición del *Picayune* agregó lo siguiente: "[Un mexicano] atacó furiosamente con su lanza a nuestro general, el cual la esquivó impetuosamente en el acto con su espada, lanzando al aire el arma del mexicano para enseguida, con toda serenidad, volarle la tapa de los sesos con su revólver".

[28] Freaner a menudo permitía que varios oficiales enviaran cartas en su propia maleta porque en esta forma llegaban rápidamente a Nueva Orleans.

citar una regulación militar de años atrás, pero aún legalmente en vigor, la cual prohibía la publicación de "cartas personales o informes relacionados con desplazamientos y operaciones militares", ya que "a menudo se hace con aviesa intención y siempre con consecuencias lamentables para el ejército". Además, cualquier oficial a quien se encontrase culpable de "elaborar un informe para publicarlo sin autorización expresa […] será expulsado del ejército".[30] Scott aprovechó esta disposición como fundamento jurídico para la orden general número 349, en la cual se censuraba enérgicamente a "Leónidas" y a "Veritas", firmantes de las cartas de marras. Con evidente irritación, Scott observó en la orden que, "sobre el eco que han tenido en Estados Unidos las brillantes operaciones de nuestras fuerzas armadas en esta cuenca", sólo hemos tenido noticia por periódicos de Nueva Orleans y Tampico, donde se identifica a los autores de los informes como los "héroes principales de las escandalosas cartas". Luego, ardiendo en justa indignación, añade:

> Sin duda, puede obtenerse un falso prestigio en Estados Unidos mediante despreciables autoalabanzas y una malévola exclusión de los demás, a expensas de la estima y consideración de los honorables oficiales que aman a su patria, a su profesión y a la verdad histórica.[31]

Esta explosión en las comunicaciones oficiales por primera vez incluyó a Worth. Técnicamente, Worth era inocente de las acusaciones que formulaba Scott; Duncan, no él, fue quien escribió a un amigo de Pittsburgh la misiva que sirvió de base a las exageraciones de la carta publicada en Tampico. Pero Worth, sintiendo rencor por los reales o imaginarios desaires de Scott, le informó en una carta al general en jefe que la "opinión predominante en este ejército" reconoce que las palabras de Scott acerca de la "escandalosa" conducta y "la indignación de la mayoría" iban destinadas a él mismo. Worth exigía saber si el general Scott le dirigía esos epítetos.[32]

El meollo de la respuesta de Scott fue que, de haber identificado a los culpables, los habría sometido a consejo de guerra, y que, como en cualquier asunto con implicaciones de carácter perso-

[29] Elliott, *Winfield Scott…*, p. 568.
[30] Exec. Doc. núm. 65, pp. 454 y 455.
[31] Scott, GO núm. 49, 12 de noviembre de 1847, Exec. Doc. núm. 65, p. 455.

nal, "al que le quede el saco que se lo ponga". Este brusco "punto final" no satisfizo ni amedrentó a Worth, por lo cual dos días después apeló al presidente, a través de Marcy, su amigo y paisano de Nueva York, acusando a Scott de "conducta arbitraria e ilegal [de] malévola y desmedida injusticia". Por supuesto, como lo establece la etiqueta militar, envió a Winfield Scott copia de la acusación.[33]

Al llegar a este punto, Duncan intervino en la pugna, y se declaró (lo que sólo era parcialmente cierto) autor de la carta de "Veritas". Cuando Scott se enteró de que Pillow había pedido a Polk que desconociera lo que el consejo de guerra había averiguado sobre lo de los cañones cortos, arrestó a los tres —Worth, Duncan y Pillow— y los acusó de insubordinación. A mediados de noviembre de 1847, y mientras no se supiera cómo reaccionaría Washington, ahí quedó el asunto.

Esta desavenencia entre Scott y tres de sus principales subordinados no disminuyó el espíritu de fanfarronería. Había ganado demasiadas victorias a lo largo de su vida y sufrido demasiadas derrotas. En la guerra de 1812 su grado ya era superior al de coronel, cuando Pillow apenas era un bebé; en cuanto a Worth, en opinión de Scott, nunca pasaría de ser el antiguo ayudante suyo que había hecho carrera por la bondad con que fue tratado. Por consiguiente, Scott se ocupó de sus negocios como acostumbraba.

El 5 de noviembre de 1847 recibió Scott una comunicación de Juan Manual, arzobispo de México, en la que protestaba por la prolongada retención como prisioneros de algunos soldados mexicanos. A los cinco días respondió Scott muy cortésmente, explicando que después de la toma de Veracruz y tras de la batalla de Cerro Gordo había concedido el perdón bajo palabra a muchos soldados, sólo para que los beneficiados volvieran a tomar las armas, y añadía que necesitaría la ayuda del arzobispo en esta cuestión antes de conceder una nueva liberación condicionada.

El prelado estuvo de acuerdo, e intervino en el proceso del otorgamiento de la libertad condicional. En lo sucesivo se requeriría que el beneficiado jurase "ante Dios Nuestro Señor y sobre

[32] Worth a Scott, 14 de noviembre de 1847, en Elliott, *Winfield Scott…*, p. 571.

su Santa Cruz" que mientras durase esa guerra sólo volvería a tomar las armas si se le intercambiaba debidamente. La consecuencia de todo ello sería que Dios recompensaría el cumplimiento de lo prometido y castigaría el incumplimiento. El procedimiento se completó en seis semanas, y a fines de diciembre los prisioneros quedaron en libertad.[34]

Scott tenía otras preocupaciones; una de ellas era el pago de una indemnización por parte de México. La guerra cada vez era más impopular en Estados Unidos, y el principal blanco del resentimiento era el propio presidente Polk, quien, por ello, insistía en que la ocupación se autofinanciase. En consecuencia, cuando Scott entró por primera vez a la ciudad de México, el 14 de septiembre, hizo un cálculo que ascendía a 150 000 dólares, y se puso a investigar cuánto había pagado por concepto de impuestos cada estado mexicano al gobierno federal en 1843. La suma así establecida sería la que habría de pagarse al gobierno norteamericano.[35] A fines de 1847, una vez terminado su estudio, Scott publicó la orden general núm. 395, con la que se exigía una suma de 3 046 498 dólares, dividida proporcionalmente entre los 19 estados de la República. El Estado de México, en el que se incluía a la ciudad de México, pagaría 668 332 dólares.[36]

El 8 de diciembre de 1847 Scott ofreció una cena en honor del general de brigada David E. Twiggs, quien partiría para hacerse cargo del mando de las tropas acantonadas en Veracruz. En la larga lista de invitados figuraban Trist y algunos generales especialmente seleccionados, entre ellos Patterson, Cadwalader, Pierce,

[33] Elliott, *Winfield Scott…*, p. 571.

[34] Manual a Scott, Scott a Manual, 5 de noviembre de 1847, hasta el 23 de diciembre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 1054-1057.

[35] Scott a Marcy, 25 de diciembre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1048. Winfield Scott (*The Memoirs,* pp. 582 y 583) menciona, además de los 150 000 dólares, otros 50 000 de la venta de tabaco del gobierno mexicano, y "dos o tres sumas menores por licencias, etc., con lo cual se llegaba a un total de unos 220 000 dólares". De estos fondos se destinaron 60 000 dólares a la adquisición de frazadas y zapatos adicionales; se entregaron 10 dólares a cada soldado herido, y se "remitieron alrededor de 118 000 dólares a Washington para constituir un fondo destinado al Asilo Militar para soldados incapacitados, con excepción de los oficiales". El saldo lo entregó posteriormente a su sucesor, el general Butler. El Asilo Militar aún existe, pero con el nombre de Old Soldiers Home (Hogar para Soldados Ancianos).

Caleb Cushing y Persifor Smith. También estuvieron presentes jefes de brigada o de regimiento como Withers, Wyncoop, Bonham, Lally y Hitchcock.

La velada resultó especialmente memorable para Hitchcock por el brindis que Scott dedicó a la Academia Militar de Estados Unidos. Entre los presentes sólo había tres antiguos cadetes: Trist, Hitchcock y Withers. Los graduados de la academia a quienes directamente se dedicaba el brindis, en general, aún no tenían un grado que justificara su presencia.

Después de decir a esos tres "que se consideraran fuera de combate" (esto es, borrachos), Scott añadió que si no fuera "por la ciencia de la Academia Militar […] este ejército, multiplicado por cuatro, no habría podido entrar en la capital de México".[37]

[36] Exec. Doc. núm. 60, p. 1063.
[37] Hitchcock, *Fifty Years…*, p. 310.

XXX. LA PAZ
Otoño de 1847-junio de 1848

Mientras Winfield Scott pacificaba la ciudad de México, James K. Polk se llenaba de impaciencia en Washington. Durante casi tres semanas se había sentido irritado por el armisticio que Scott había firmado con Santa Anna a las puertas de la capital de México, hasta que, el 4 de octubre de 1847, decidió entrar en acción. Llamaría a Trist y le ordenaría a Scott que cuanto antes se asegurara de que la manutención del ejército que él mandaba correría por cuenta de México.[1]

Al día siguiente Polk explicó al gabinete cómo había llegado a esas conclusiones. No estaba, al menos no aún, particularmente descontento con Trist, pero temía que su ininterrumpida presencia en México probablemente fomentara en el gobierno de ese país la idea de "que Estados Unidos se hallaba tan ansioso por lograr la paz que acabará por firmarla aceptando las condiciones propuestas por México".[2] Por consiguiente, Polk indicó a Buchanan que enviara una carta de retiro a Trist, al tiempo que ordenaba a Marcy que pusiera al tanto a Scott acerca de sus deseos sobre las cargas económicas que se impondrían a México. En consecuencia, Marcy ordenó a Scott echar la carga de sostener a las fuerzas norteamericanas, "hasta el máximo grado", sobre la población de México.[3]

Dos semanas después, la actitud de Polk hacia Trist de pronto pasó de la indiferencia a la ira. El 21 de octubre de 1847, el correo del sur llevó un mensaje reciente de Trist donde se delineaban los términos que había propuesto al gobierno mexicano. Uno de ellos puso a Polk fuera de sí: la propuesta de conceder a México el territorio entre el Río Nueces y el Río Bravo. Polk había reaccionado con indiferencia el día anterior, pero en cuanto supo que

[1] Polk, *Diary*, 4 de octubre de 1847, p. 267. Como se indicó antes, Scott ya habia comenzado a hacer recaudaciones con ese objeto.

[2] Hitchcock, *Fifty Years…*, p. 267.

[3] Marcy a Scott, 6 de octubre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, pp. 1007 y 1008.

Scott había ocupado la capital escribió lo siguiente: "[Trist] no tenía ningún derecho para apartarse de sus instrucciones, y desapruebo el que lo haya hecho".

Por esos días las cosas no andaban bien para Polk. Sus críticos cada vez se volvían más audaces y, por añadidura, a causa de las grandes bajas sufridas, iba disminuyendo el apoyo que se daba a la guerra. El humor del presidente empeoró con una visita del senador Benton, quien lo acorraló para que defendiera a John C. Frémont, yerno del influyente senador, que en breve sería sometido a un consejo de guerra en Washington por su insubordinación en California. Polk había aprobado la conducta de Kearny cuando formuló cargos contra Frémont, y en la visita, si bien se calló la boca, no cedió terreno ante las bravatas del poderoso legislador. En todo caso, la penosa situación tuvo consecuencias, pues Polk desahogó su ira cuando, al día siguiente, censuró ante el gabinete el proceder de Trist: "El señor Trist ha conducido las negociaciones mañosamente y sin habilidad […] manifesté con toda fuerza y decisión que desaprobaba su conducta…"[4]

En la ciudad de México, Nicholas Trist, por supuesto, aún no estaba enterado de que sería retirado, y seguía pacientemente sus negociaciones. El 20 de octubre, el día anterior a la indignada explosión de Polk, reanudó las pláticas de paz con el gobierno del presidente Peña y Peña. El asunto marchaba despacio, y Trist hubo de esperar dos semanas para saber que Peña y Peña, "en pocos días", nombraría a sus representantes.

Peña y Peña, por supuesto, sabía en términos generales qué condiciones iba a proponer Trist, y, en lo personal, las miraba con buenos ojos, pues su propio objetivo era la paz. Sin embargo, Peña y Peña era un moderado, y había otros que no estaban de acuerdo con él. Sus principales opositores políticos, los radicales del partido de los denominados "puros", deseaban que la guerra continuara hasta que los norteamericanos hubieran destruido todo vestigio del antiguo ejército mexicano y hubieran desacreditado a la Iglesia, pues con estas dos instituciones fuera de combate se podrían llevar a cabo las reformas sociales que

[4] Polk, *Diary,* 21 y 23 de octubre de 1847, pp. 271 y 272. La conjetura sobre el vínculo entre el episodio de Benton y la disposición de Polk al día siguiente la formula el autor.

preconizaban. Otros viejos políticos mexicanos, menos idealistas, no querían mostrarse favorables a la paz por temor a que se les acusara de haber sido sobornados. Otros más se aferraban a la esperanza de que los *whigs* obligarían a Polk a aprobar términos de paz poco exigentes con tal de que los soldados regresaran cuanto antes a Estados Unidos. No obstante, como los moderados del grupo de Peña y Peña representaban a la mayoría de los mexicanos con influencia, al parecer sí se lograría la paz, aun cuando fuera con cierta lentitud.[5]

La estructura gubernamental mexicana estaba saturada de "mañanismo". El propio Peña y Peña, aunque fuera el más destacado estadista mexicano de su época, era sólo un presidente encargado del despacho mientras se elegía un "presidente interino". Las elecciones, celebradas el 11 de noviembre de 1847, favorecieron a los moderados, con el concluyente triunfo de Pedro María Anaya, y una semana después una junta de siete estados dio su apoyo a un movimiento por la paz.[6] El proceso de paz, si bien no se había interrumpido, se estaba prolongando demasiado.

El 16 de noviembre de 1847 llegó a la ciudad de México la orden de Polk sobre el regreso de Trist a Washington. Al principio Trist aceptó filosóficamente su retiro, pensando que al gobierno norteamericano le podría ser de utilidad un informe de primera mano sobre lo que estaba pasando en México. Por otra parte, contaría con tiempo de sobra para preparar su partida, pues Scott no podría proporcionarle antes del 4 de diciembre una escolta que lo acompañara a Veracruz. Tenía, por consiguiente, un par de semanas para reflexionar.

Para sorpresa de Trist, muchas personas influyentes en México consideraban que su retiro sería un grave error. Una de ellas, Edward Thornton, de la legación británica, comenzó a representar el papel de "honrado intermediario" entre Trist y México. Como Trist se entendía bien con Thornton, le pidió a éste, que estaba a punto de salir para Querétaro, que extraoficialmente informara a Peña y Peña sobre su retiro y le preguntara si tenía

[5] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 234 y 235.

[6] *Ibid.,* p. 236. Sólo San Luis Potosí presentó objeciones, con su belicoso gobernador a la cabeza.

alguna propuesta que enviar a Washington. A Peña y Peña, para entonces ministro de Relaciones Exteriores, le apenó el retiro de Trist, pues con ello, a su parecer, para alcanzar la paz no le quedaría a México más recurso que enviar a Washington una solicitud de negociaciones, un acto tan humillante para el país que ningún gobierno mexicano se atrevería a llevarlo a cabo. Así, Peña y Peña le pidió a Thornton que, cuando regresara a la ciudad de México, le informara a Trist que los comisionados del gobierno mexicano podían iniciar inmediatamente las pláticas de paz, que los gobernadores aprobaban los "principios" de paz y que el gobierno británico no iba a intervenir.

Trist se encontraba en una situación difícil. Legalmente ya no podía continuar las negociaciones; peor aún, a veces cruzaba por su mente la horrible palabra "traidor".[7] Por otra parte, comprendía que abandonar sus negociaciones, tan sutilmente llevadas a cabo, podría ser desastroso. Coincidía con Peña y Peña en que México nunca iría a humillarse a Washington, y que la alternativa sería una larga y muy costosa ocupación norteamericana de imprevisibles resultados.

Muchas voces dignas de respeto urgían a Trist para que permaneciera en México, entre ellas las de Peña y Peña, Thornton, Scott, e incluso la del corresponsal James Freaner. Con todo, estas expresiones de confianza no hubieran convencido a Nicholas Trist si de antemano no estuviera ya convencido. Así, el 4 de diciembre de 1847 decidió que se quedaría. En todo caso, el tiempo que tardaba la correspondencia en ir y venir le proporcionaría unas cuantas semanas más.

Aun cuando Peña y Peña había asegurado que se procedería con rapidez, continuaron las dilaciones por parte de México. Para entonces se discutía sobre la línea fronteriza entre ambas naciones. Los comisionados estaban dispuestos a aceptar la propuesta oficial de Trist (que no coincidía con sus propias opiniones), para que siguiese la línea el curso del Río Bravo hasta los 32º de longitud norte, desde donde continuaría hacia el oeste. Pero se trataba de una propuesta carente de autoridad, pues no había sido confirmada por el Senado. En todo caso, a Trist, después de haber desobedecido, no le quedaba más remedio que esperar.

[7] *Ibid.*, p. 238.

México estaba recibiendo del extranjero diversos tipos de mensajes. El más importante se refería al rumor de que los *whigs* impondrían condiciones menos exigentes que las ofrecidas por Trist. Éste procuró combatir tal expectativa recordando que en Estados Unidos había una corriente de pensamiento que se declaraba en favor de la ocupación y anexión de todo el territorio mexicano. Por otra parte, el ya consagrado "derecho de conquista" podría justificar un mal menor: retener el control de Chihuahua, Veracruz y otros puntos ocupados por las fuerzas de Estados Unidos. Afortunadamente, desapareció una posible complicación, la de la interferencia británica. Inglaterra prestaría exclusivamente sus "buenos oficios", y no se declararía en favor de México.

Las conversaciones, si bien obstaculizadas por la reticencia con que procedían las diversas facciones que operaban en México, eran cordiales. Trist conservó sus buenas relaciones con los negociadores, especialmente con su jefe, J. B. Couto.[8] Los representantes británicos continuaron proporcionando ayuda pero sin abandonar su neutralidad.

Para entonces Scott ya apoyaba abiertamente a Trist. Sus evaluaciones pecuniarias de los estados de la República Mexicana, por ejemplo, habían servido para demostrar a México que la ocupación norteamericana tenía con qué sostenerse durante mucho tiempo. Por otro lado, el haber limitado su trabajo a la capital (y a unos cuantos puntos importantes fuera de ella) tenía motivaciones tanto políticas como militares. Además, su inesperado descubrimiento de que era imposible ocupar Zacatecas y San Luis Potosí, a pesar de lo antes anunciado,[9] facilitó considerablemente las negociaciones de paz entre Trist y el gobierno mexicano.

El 6 de enero de 1848 Scott le dijo a Hitchcock que en un plazo de tres días quizá ya se pudiera contar con un tratado de paz.[10] Pero continuaba la incertidumbre, siempre bajo la amenaza de una reacción enérgica por parte de Washington. El 8 de enero Anaya cumplió el mes de su interinato como presidente, y Peña

[8] Después de la firma del tratado, dijo Couto sobre Trist: "De él sólo quedan agradecidos y honrosos recuerdos" (Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. II, p. 323).

[9] GO núm. 376, 15 de diciembre de 1847, Exec. Doc. núm. 60, p. 1050, y Scott a Marcy, 6 de enero de 1848, Exec. Doc. núm. 60, p. 1062.

[10] Hitchcock, *Fifty Years…*, p. 313.

y Peña reasumió el poder. Las pláticas continuaron en un ambiente de confusión,[11] hasta que, a fines de enero, el gobierno mexicano estuvo dispuesto a firmar un tratado. Aceptó las condiciones de Trist, pero asimismo exigió un pago de 30 millones de dólares. Como Trist no podía acceder a esto último, declaró terminadas las negociaciones.[12]

No obstante, el ambiente continuaba siendo cordial. El 30 de enero el Ayuntamiento de la ciudad de México invitó a Scott a visitar las ruinas de un convento carmelita, a unos 25 kilómetros de la capital. Scott aceptó con gusto, pero no sin tomar precauciones: mientras las autoridades de la ciudad y otras distinguidas personalidades se trasladaron en carruajes, él y su estado mayor, entre otros los generales Butler y P. F. Smith, lo hicieron a caballo. A las ocho de la mañana salieron de la ciudad, acompañados por un regimiento de infantería en los primeros ocho kilómetros. En el resto del camino dos compañías de dragones se encargaron de la vigilancia.

En el banquete, amenizado por una buena banda de música, Scott se sentó junto al alcalde. Los brindis giraron en torno de los sentimientos favorables a la paz, aun cuando algunos mexicanos hablaron sin ambages de sus esperanzas de que la guerra continuase hasta la destrucción del clero y del ejército. Al empezar la tarde, Scott y su estado mayor regresaron a la capital, animados por la hospitalidad del antiguo enemigo, y más convencidos que nunca de que la paz estaba ya al alcance de la mano.[13]

Dos días después, Freaner, a quien se consideraba ya casi miembro del estado mayor, hizo saber que Trist estaba celebrando una reunión con los comisionados mexicanos en el santuario de Guadalupe Hidalgo con el propósito de firmar cuanto antes un convenio de paz. Por la noche, el estado mayor de Scott tuvo en sus manos copias del texto.

El miércoles 2 de febrero de 1848, por la mañana, Trist y los comisionados se reunieron de nuevo en Guadalupe Hidalgo, donde firmaron el tratado del mismo nombre. La línea divisoria entre uno y otro país seguiría el curso del Río Bravo hasta el

[11] Una insurrección en San Luis Potosí, aunque fue sofocada pronto, amenazó con dividir a todo el país.

[12] Justin Smith, *The War with Mexico*, vol. II, p. 240.

[13] Hitchcock, *Fifty Years…*, pp. 313-315.

extremo meridional de Nuevo México —cerca del lugar originalmente propuesto por Trist—, y de allí se dirigiría al oeste a lo largo del Río Gila hasta el Golfo de California, de donde procedería hacia el poniente a lo largo de una línea al sur de San Diego y hasta el Océano Pacífico. Estados Unidos tomaría a su cargo la deuda de México con sus ciudadanos y pagaría 15 millones de dólares por el territorio adquirido. Scott, a petición de Trist, "dio su palabra" de que suspendería las hostilidades.[14]

Por lo demás, continuaba la lucha intestina entre los propios vencedores. El 9 de febrero de 1848, una semana después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, Winfield Scott dirigió al secretario de Guerra una encendida carta donde aparecen estas palabras:

> Han llegado a personas interesadas [de esta ciudad] notas de prensa y cartas de Washington donde se habla, según he sabido, de que el presidente decidió que debo ser sometido a juicio […] y remplazarme por el general de división Butler. Mis pobres servicios a la cabeza de ese ejército de valientes por fin van a ser recompensados tal y como esperaba que iba a suceder.[15]

Como en efecto sucedió. El 18 de febrero de 1848 recibió Scott una comunicación legalista firmada por Marcy que comenzaba así: "Teniendo en cuenta la situación actual del ejército bajo su mando inmediato, y de conformidad con las garantías que aparecen en mi respuesta a la carta de usted fechada el 4 de junio, donde solicita su retiro, el presidente decidió relevarlo de los deberes de comandante general en México".[16] La carta continuaba con la designación de Butler como sucesor de Scott y con instrucciones a este último para que se presentara ante el tribunal encargado de investigar tanto los cargos que Scott había presentado contra Pillow y Duncan como las acusaciones que Worth había hecho contra él. Por consiguiente, ante ese tribunal

[14] Trist a Scott, 28 de enero de 1848, en McCormac, *James K. Polk…*, p. 538.

[15] Scott a Marcy, 9 de febrero de 1848, Winfield Scott, *The Memoirs*, vol. II, pp. 572 y 573. Una de las fuentes de información fue un artículo del *American Star*, publicado en la ciudad de México el 7 de febrero de 1848.

[16] Marcy a Scott, 13 de enero de 1848, Exec. Doc. núm. 60, p. 1044.

el general en jefe iba a ser acusador y acusado.

Scott ya había pasado por cosas así anteriormente, y aunque lanzó bravatas en una larga carta a Marcy,[17] entregó de buena voluntad el mando a Butler, y estuvo presente en la primera sesión del mencionado tribunal. A fines de abril de 1848, cuando interrumpió sus sesiones el tribunal, partió para Estados Unidos rehusando todo tipo de ceremonias y honores.

Al parecer Scott se había conformado con su situación, pero no podría decirse otro tanto de su antiguo ejército. Robert E. Lee, entre otros, lamentó que, tras haber cumplido con su deber, se relegara a Scott como a un "caballo viejo listo para el matadero".[18] Otros se expresaron aún con más fuerza: "Oficiales de pelo cano y soldados endurecidos en la lucha lloraron al despedirse de su general, a quien muchos oficiales acompañaron hasta El Peñón para obtener una última palabra, una última mirada de su héroe, de su ídolo".[19]

No obstante que muchos oficiales y soldados habían estado en contra de las decisiones de Scott durante la lucha, las acciones de Polk una vez lograda la paz pusieron de su lado al ejército y a buena parte de la opinión pública.

Un último incidente, pequeño pero significativo, pone fin a la historia de Winfield Scott. Poco después de su relevo del mando, recibió una muy notable oferta de prominentes personalidades mexicanas que estaban en favor de que México pasara a formar parte de Estados Unidos. Le proponían a Scott que renunciara al ejército norteamericano —a lo que legalmente tenía derecho— y emitiera una proclama declarándose dictador de México por un periodo de seis años.

La propuesta no era tan quimérica como pudiera parecer. Scott sabía que 70% de sus hombres serían dados de baja *in situ* cuando se ratificara el tratado de paz. Mediante una oferta generosa, como un aumento de paga entre 10 y 20%, creía poder mantener en México una fuerza de algunos 15 000 hombres. Dominaba los principales puertos, arsenales y fuertes, e incluso las minas del

[17] Exec. Doc. núm. 60, pp. 1218-1227.

[18] Justin Smith, *The War with Mexico,* vol. II, p. 188.

[19] William D. Wilkins a su padre, 22 de abril de 1848. Citado en Smith y Judah, *Chronicles…,* p. 440.

país. Sin embargo, a pesar de sus desengaños, Scott no consideró con seriedad la oferta, aunque parecía divertirle la idea. La rechazó, como dijo después, porque le preocupaban las consecuencias que para Estados Unidos pudiera representar la anexión de México por considerarla "peligrosa para las libres instituciones norteamericanas". Con ello, además, hizo una señal de aprobación a "los deseos de la administración de Polk".[20] Haciendo a un lado las razones de carácter público, Scott era a tal grado la personificación del soldado norteamericano, que no iba a participar en un proyecto tan dudoso.

El presidente Polk comprendió que lo único posible era aceptar el Tratado de Guadalupe Hidalgo y someterlo a la aprobación del Senado. Todo el proyecto lo sacaba de quicio. El hecho de que Nicholas Trist, sin autoridad especial para ello, hubiera negociado el tratado le producía rencor. Pero el mismo Polk había creado el precedente para la firma de un tratado informal, pues casi un año antes ya todo estaba dispuesto para aceptar el tratado que supuestamente Moses Y. Beach iba a negociar en secreto.[21] Lo que ante todo ponía a Polk fuera de sí era la actitud del hombre que había firmado el tratado, pues Trist, en cuanto cruzó el Rubicón de actuar sin tener autoridad para hacerlo, cada vez se había sentido más seguro de su propia integridad y más despreciativo hacia Polk y Buchanan, convirtiéndose, realmente, en más anti-Polk que su amigo Winfield Scott. La actitud de Trist llegó a ser retadora: se negó a continuar prestando sus servicios en el gobierno; calificó a Pillow de "reptil"; y acerca de Polk escribió lo

[20] Scott, *The Memoirs…*, vol. II, pp. 581 y 582.

[21] Estaba Beach en México cuando Polk escribió en su diario: "Miércoles 14 de abril de 1847.— A la noche siguiente el señor Buchanan me hizo una visita y me leyó una carta de Moses Beach, del *Sun* de Nueva York, que acababa de recibir […] El señor Beach describe la condición revolucionaria en que se encuentra México, pero opina que podría concluirse un tratado satisfactorio para Estados Unidos, y deja entrever que él podría lograrlo. […] El señor Buchanan [el pasado noviembre] le informó confidencialmente sobre los términos en que enfocaríamos el tema, y que se consideraba conveniente nombrarlo agente secreto en México. Así se le nombró […] aunque sin autoridad diplomática. Quizá interprete mal su autoridad y quizá llegue a inducir al gobierno mexicano […] a firmar un tratado con él. De ser así, y si el tratado tiene posibilidades, no insistiré en su autoridad para hacerlo, y lo someteré al Senado para su ratificación. Será una magnífica broma si, arrogándose la autoridad para hacerlo, sorprende a todo el país concertando un tratado" (Polk, *Diary*, pp. 217 y 218).

siguiente: "Su mente o está corrompida o es la de un imbécil […] y otro tanto digo de quienquiera que haya podido retener un puesto en su gabinete durante los últimos tres, cuatro o cinco meses".[22] Por fortuna, la más desafiante de las cartas de Trist no fue conocida por esos días. Afirmaba en ella que las tierras entre el Río Nueces y el Río Bravo pertenecían a Tamaulipas tanto como Accomac y Northampton pertenecían a Virginia.[23]

No obstante, Polk logró superar su indignación. Ejerciendo su acostumbrado "excelente juicio sobre lo que era o no era realizable",[24] decidió aceptar el tratado. Le proporcionaba cuanto había buscado, y si se negaba a aceptarlo caería en manos de quienes le habían puesto el sobrenombre de Polk *el Mendaz*. Por tanto, al recibir el tratado (de manos de Freaner) de nuevo, como al principio de la guerra, convocó a su gabinete a una reunión, en domingo. El lunes volvieron a reunirse los secretarios, y aunque Buchanan y Walker inicialmente se opusieron al tratado,[25] Marcy, Mason, Johnson y el secretario de Justicia, Nathan Clifford, votaron en favor del documento. Como el tratado no demandaba territorios que no estuviesen ya ocupados por Estados Unidos, había grandes probabilidades de que México lo ratificara.

El martes 22 de febrero, aniversario del primer día de la batalla de Buena Vista, el presidente Polk sometió el Tratado de Guadalupe Hidalgo a la aprobación del Senado. Su ratificación distaba mucho de ser algo ya decidido. Los opositores *whigs,* encabezados por Daniel Webster, lo rechazaban alegando que ellos desaprobarían cualquier adquisición de territorio. Sin embargo, eran más numerosos quienes exigían más, no menos, concesiones por parte de México. Algunos, como Houston y Jefferson Davis, basaban su objeción en el hecho de que las negociaciones las había realizado un particular. Además, por entonces el senador Benton se oponía a cuanto propusiera Polk, pues le guardaba rencor por el asunto de Frémont.

El debate se estaba poniendo al rojo vivo, y la ratificación

[22] McCormac, *James K. Polk…,* pp. 544 y 545.

[23] Trist a Buchanan, 25 de enero de 1848, Exec. Doc. núm. 52, p. 290. Véase también McCormac, *James K. Polk…,* p. 544.

[24] McCormac, *James K. Polk…,* p. 541.

[25] Buchanan, anteriormente el hombre que clamaba la paz, ahora se quejaba de que con el tratado no se conseguía suficiente territorio para Estados Unidos.

parecía dudosa.

El diputado John Quincy Adams, ex presidente de Estados Unidos, había servido bien a su país, y su última contribución cívica la hizo en forma inesperada. En la noche del 22 de febrero, el mismo día en que el tratado se sometía a la aprobación de la cámara alta, Adams falleció. Como diputado no habría podido votar en los debates, pero su influencia —por ser uno de los "Inmortales Catorce" — era tanta que, junto con su prestigio como ex presidente, hizo que, durante el receso declarado para que tuvieran lugar las debidas ceremonias fúnebres, los ánimos se calmaran. Así, al reanudarse los debates el lunes 28 de febrero, los senadores tornaron a su tarea con un muy notable aumento de su sentido de responsabilidad.

Sin embargo, la aprobación seguía en tela de juicio. La misma noche del día en que se presentó el texto, Polk supo que cuatro de los cinco miembros del Comité de Asuntos Exteriores del Senado votaron en contra, aduciendo que Trist había negociado sin autoridad. Por consiguiente, iban a recomendar que Polk enviase a México una nueva comisión debidamente autorizada.

Polk devolvió golpe por golpe. Después de calificar a Trist de "insolente e insubordinado", hizo ver que no era propiamente Trist lo que estaba a discusión sino el tratado. Si el Senado insistía en el envío de una nueva comisión, esperaba que los senadores le dijeran qué condiciones estarían dispuestos a aceptar. Por último, resumió con estas palabras su posición: "Si el tratado se ratifica en su forma actual, se añadirá a Estados Unidos un inmenso imperio cuyo valor al cabo de 20 años será incalculable".[26]

Durante varios días más continuó en la balanza el destino del tratado. Se calculaba que una docena de demócratas votarían en contra porque se demandaba muy poco territorio. El Senado inició una sesión ejecutiva en la que Webster exigió que se nombrara una nueva comisión; Houston continuó desconociendo la autoridad de Trist, y junto con Davis insistió en que se debía pedir más territorio, y Baldwin, de Nueva Inglaterra, subrayó que la esclavitud debía quedar expresamente prohibida en los nuevos territorios.[27] Al final el Senado se conformó con la intro-

[26] Polk, *Diary*, 28 de febrero de 1848, pp. 312 y 313. Más detalles en McCormac, *James K. Polk…*, p. 546.

ducción de ciertas modificaciones. Así, el 10 de marzo, un año y un día después del desembarco en Veracruz, se ratificó una versión modificada del Tratado de Guadalupe Hidalgo, con 38 votos a favor, 14 en contra y cuatro abstenciones.[28] Polk envió una comisión integrada por Nathan Clifford, secretario de Justicia, y el senador Ambrose Sevier para que llevaran a la capital de México el tratado.

Ya casi había terminado la guerra. Había pasado mucho tiempo entre la llegada del grupo senatorial y la ratificación del tratado por el Senado mexicano el 25 de mayo de 1848. Pero la aprobación definitiva era ya inevitable, porque para México no había alternativa: todo el territorio cedido ya estaba en poder de Estados Unidos. En palabras de Bernardo Couto, uno de los negociadores,

> El presente tratado no sólo impide que aumenten nuestras pérdidas a causa de la continuación de la guerra; sirve, además, para recuperar la mayor parte de lo que ya está bajo el dominio del ejército conquistador. Se trata más bien de un acuerdo de recuperación que de un acuerdo de cesión.[29]

El 12 de junio de 1848 Clifford envió un emotivo mensaje: "La bandera de Estados Unidos fue arriada del asta del Palacio Nacional en esta ciudad, y se izó la de la República Mexicana".

La paz había llegado casi exactamente a los nueve meses del día en que Winfield Scott ocupó la ciudad de México.

[27] Exec. Doc. núm. 52, citado en McCormac, *James K. Polk…*, p. 548.

[28] Polk reconoció que Magnum "era un caballero, a pesar de ser *whig*". Exec. Doc. núm. 52, citado por McCormac, *James K. Polk…*, p. 548.

[29] Dufour, *The Mexican…*, p. 279.

EPÍLOGO

Y ASÍ terminó esa guerra de dos años entre dos vecinos en la América del Norte. Desde cualquier punto de vista, había sido un conflicto costoso. En ambos lados hubo un número asombroso de muertos. Entre los norteamericanos llegó a 13 780, y miles más sufrieron heridas de las que nunca se recuperarían. Se calculó en cien millones de dólares[1] lo que tuvo que desembolsar el Tesoro estadunidense, cifra inferior a la que el conflicto representó para México.

El Tratado de Guadalupe Hidalgo establecía que Estados Unidos pagaría a México la suma de 15 millones de dólares como compensación por los territorios cedidos. Además, Estados Unidos asumía la responsabilidad de los tres millones de dólares, aproximadamente, que México adeudaba a algunos ciudadanos norteamericanos desde antes de la guerra. Con esos y otros pagos casi se llegaba a los 25 millones de dólares que John Slidell había sido autorizado a ofrecer a finales de 1845,[2] y los límites fronterizos que resultaron del tratado eran muy semejantes a los que el

[1] Emory Upton, *The Military Policy…,* pp. 216-218. El número de hombres en el servicio militar llegaba a 31 024 regulares (cuerpos antiguos y nuevos, entre ellos 548 infantes de marina) y 73 532 voluntarios. De ellos, 944 regulares (nueve de ellos infantes de marina) fueron muertos en combate o murieron a causa de las heridas; otro tanto ocurrió a 607 voluntarios. Por enfermedad o accidentes perdieron la vida 5 821 regulares (entre ellos tres infantes de marina) y 6 408 voluntarios. En el campo de batalla la proporción de las bajas debidas a enfermedades correspondiente a los voluntarios resultó muy superior a la de los regulares, aunque los regulares tenían a su cargo las guarniciones en Veracruz y otros lugares insalubres. Aproximadamente sólo una muerte de cada ocho la causó el enemigo.

[2] Upton (*The Military Policy…,* p. 221) dice que los egresos entre 1846 y 1848 ascendieron a 74 millones de dólares para el ejército y a 27 millones para la armada. Este total de 101 millones excede en unos 81 millones los egresos de 1843 por los mismos conceptos. Sin embargo, tomando en cuenta otros gastos, entre ellos los 15 millones pagados a México, Justin Smith calcula el costo total en 100 millones por encima de los egresos "normales" (*The War with México,* vol. II, p. 267).

Los archivos mexicanos eran tan incompletos —o no existían— que Justin Smith, el más destacado especialista en la guerra contra México, ni siquiera menciona el tema.

mismo Slidell tenía ordenado buscar.

Era muy lógico, pues, que para ambas naciones hubiera sido mejor fijar las nuevas fronteras mediante un contrato de compraventa negociado sin recurrir a las armas. Mas si prácticamente México ya había perdido todo control sobre Nuevo México y California, jamás habría renunciado a esos territorios sin pelear. Por tal razón, la transferencia no habría sido el resultado de un acuerdo voluntario como el de la compra de Luisiana en 1803; más bien se habría parecido a las diversas divisiones de Polonia en el siglo XVIII o habría sido consecuencia de un acuerdo como el de Munich de 1938, de triste memoria. Pocos pueblos, y menos el orgulloso pueblo mexicano, estarían dispuestos a vender parte de su territorio nacional. Muy caro le costó a México resistir, pero redunda en honra suya el haberlo hecho.

En cuanto al marcado sentimiento de culpa que experimentaron muchos norteamericanos por la forma en que su gobierno se apoderó de Nuevo México y California, hay que añadir que el "derecho de conquista" se respetaba más en el siglo XIX que en nuestros días, y que algunos especialistas adujeron ese derecho para justificar la anexión de Tamaulipas, Nuevo León e incluso Veracruz. Hasta la idea de la anexión de todo México, por muy absurda que hoy nos parezca, tuvo un decidido apoyo de algunos grupos de ambos lados del Río Bravo. En realidad, el Tratado de Guadalupe Hidalgo fue objeto de más censuras en el Senado por su excesiva indulgencia que por la compra de territorio mexicano.

Fue una guerra sucia, y su excesivo costo se debió más a las enfermedades y penalidades que al fuego enemigo. Los sufrimientos del soldado —tanto norteamericano como mexicano— superan cuanto hoy pueda imaginarse. Las largas y difíciles jornadas de Taylor desde Corpus Christi hasta Matamoros, la marcha de Santa Anna de San Luis Potosí a Agua Nueva, la de Wool de San Antonio a Parras, las de Doniphan y Kearny, el terrible clima de Veracruz… Bien cabe dudar de que, antes o después, los soldados del continente norteamericano hayan pasado por nada semejante. Como forzosamente hubo que imponer una disciplina brutal, muchos desertaron. Pero por encima de las fallas humanas estuvieron el heroísmo y la actitud estoica para arrostrar sufrimien-

tos y penalidades. No se trata, pues, de un episodio secundario de la historia norteamericana.

Mucho se ha escrito sobre la calidad de los jefes de los combatientes de uno y otro lado. La jefatura del ejército mexicano merece un triste olvido; la admiración debe ir a los valientes soldados, quienes fueron traicionados por los generales cuya motivación principal eran la codicia y los intereses políticos. Es significativo que Santa Anna, tan lleno de defectos y debilidades, fuese entonces el más competente de los dirigentes mexicanos.

La ininterrumpida serie de triunfos parciales estadunidenses que culminaron en la victoria final oculta el hecho de que las fuerzas norteamericanas a menudo estuvieron en condiciones sumamente precarias. Taylor siempre contó con poquísimos fondos, y para Scott la situación era tal, que le fue imposible mantener una línea de comunicaciones con Veracruz, en la costa del Golfo de México. La insuficiente ayuda que proporcionaba Washington se debía a la avaricia que caracterizaba al presidente Polk, a la poca confianza que le inspiraban sus generales, a su constante subestimación de los problemas a los que se enfrentaban. Empeñado en hacer la guerra al menor costo posible para justificar su papel en el inicio de la misma, se sintió frustrado, con toda razón, por el evidente letargo de los departamentos de Guerra y de Marina. El intendente general, sobre todo, distaba mucho de satisfacer las legítimas necesidades de los ejércitos que se encontraban en el campo de batalla, aun cuando Thomas Jesup merece comprensión teniendo en cuenta la enorme tarea a la que se enfrentaba. Se le debe reconocimiento porque supo salir adelante cuando hubo que obtener barcos, construir equipo de desembarco y enviar miles de toneladas de municiones a dos frentes en México, siempre recurriendo a las carretas o a las mulas.

El sistema militar norteamericano aún no llegaba a la mayoría de edad, pero, en términos generales, son dignos de admiración los logros tanto del ejército como de la armada.

En este relato quedan muchos cabos sueltos en lo referente al fin que tuvieron varios de sus protagonistas. Un resumen de los últimos días de Polk, Scott y Pillow, en particular, puede ser de interés.

El tribunal ordenado por Polk en enero de 1848 para investi-

gar a Pillow, Worth, Duncan y Scott, realmente, fue realizado en la ciudad de México. El virulento proceso se prolongó durante todo el mes de abril y luego entró en receso para continuar más tarde en Frederick, Maryland. Scott, relevado ya del mando, cayó gravemente enfermo de vómito durante el viaje de regreso a Estados Unidos. Aún no se recuperaba totalmente cuando desembarcó en Nueva York, donde se le acogió y celebró como a un héroe. El Congreso, haciendo a un lado la niebla en la que Polk quería mantenerlo, le expresó oficialmente su agradecimiento.[3] Sin embargo, se reanudó en Frederick la triste actividad del tribunal de investigación, la cual continuó hasta que otros sucesos distrajeron la atención del público. Lo que esas investigaciones pusieron de manifiesto, si bien un tanto desfavorable para Pillow, acabó por encubrir en parte su proceder, con lo que Pillow pudo celebrar su pequeño triunfo en la Casa Blanca como invitado del presidente.

La controversia frustró las ambiciones políticas de Scott.[4] Cuando aún continuaban las investigaciones, los *whigs* se reunieron en Filadelfia y, encabezados por el senador John Crittenden, postularon a Zachary Taylor para presidente. Taylor derrotó al candidato demócrata, el senador Lewis Cass, en las elecciones de 1848 sin siquiera tomarse la molestia de hacer campaña.

Esto constituyó la humillación definitiva para James Polk, el presidente que había hecho todo lo posible por politizar la guerra. El haber tenido que recorrer la avenida Pensilvania al lado de Zachary Taylor camino de la ceremonia de la toma de posesión, sin duda, superó cuanto sus enemigos pudieron desear. Agotado por tanto trabajo dedicado a los detalles, Polk falleció en Nashville tres meses después de abandonar el poder, a los 54 años de edad.

Ahora bien, ¿en que paró Gideon Pillow? Este discutido personaje al parecer cambió poco después de 1848. Tras regresar a la vida civil en Tennessee, volvió a vestir uniforme en la Guerra de Secesión. Quizá la Unión salió ganando cuando escogió el uniforme gris. Lo último que se sabe de Pillow es que sacó a sus

[3] Bill, *Rehearsal…*, p. 64.

[4] Los *whigs* postularon a Scott en 1852, pero fue derrotado por Franklin Pierce, antiguo subordinado suyo. Continuó como general en jefe del ejército norteamericano hasta 1861, cuando se retiró con el grado honorario de teniente general.

hombres de Fort Donelson, en el Río Cumberland, en febrero de 1862. El triunfador en esa campaña fue Ulysses S. Grant, en otro tiempo oficial de bajo rango del ejército en el que llegaría a general de división.

¿Y el jactancioso William Jenkins Worth? Siempre fueron quiméricas sus ambiciones políticas, y el papel que desempeñó en la controversia con Scott no le fue favorable. Continuó en el ejército hasta su muerte en 1851, en Texas. Su nombre fue inmortalizado, no por sus actos de heroísmo en la guerra contra México, sino por un fuerte que posteriormente construyó en lo que entonces constituía la línea fronteriza de Texas: Fort Worth.

¿Y los dos pintorescos personajes del Oeste, Stephen W. Kearny y John C. Frémont? Cuando regresaron al este de California, siguieron relacionados con el tan traído y llevado proceso contra Frémont. Durante todo aquel "circo",[5] Benton hizo cuanto pudo por ayudar a su yerno, recurriendo siempre a su principal arma, la ampulosidad, que "convertía a Júpiter en demagogo".[6] A fin de cuentas, el tribunal militar desafió al influyente senador y declaró a Frémont culpable de insubordinación, sentenciándolo a ser expulsado del ejército. En cuanto a Kearny, al darse por terminada su intervención en las audiencias del juicio, a principios de 1848, fue enviado como comandante a Veracruz y después a la ciudad de México. Entonces, como Scott, fue víctima del vómito, pero, al contrario que Scott, sólo sobrevivió el tiempo necesario para volver a Washington y ser investido del grado honorario de general de división. En su lecho de muerte pidió ver a Jessie Frémont, "amiga suya en otros tiempos, hija de un hombre y esposa de otro que alguna vez fueron sus amigos".[7] Pero Jessie Frémont siempre consideró a Kearny responsable de todo lo sucedido a su padre y a su marido, y Kearny murió sin que se cumpliera este último deseo.

Frémont, al igual que Pillow, nada aprendió de sus tribulaciones. Polk, a pesar de sus esfuerzos, no logró apaciguar a Benton condonando la expulsión de Frémont. Éste, furioso, pasando por encima de todo, renunció a su grado en el ejército. Como aún tenía influencia, pronto encabezó otra expedición a las Montañas

[5] Scott, *The Memoirs…*, vol. II. pp. 586-588.
[6] DeVoto, *The Year…*, p. 564.
[7] *Ibid.*

Rocosas, ya sin Carson y sin Fitzpatrick, con desastrosos resultados. Su grupo se perdió en la nieve, y algunos de sus integrantes recurrieron al canibalismo antes de ser rescatados los sobrevivientes.[8] Frémont continuó siendo inmensamente popular en California, y fue uno de los dos primeros senadores elegidos para representar ese estado en 1850. En 1856 fue el primero de los candidatos a la presidencia postulados por el Partido Republicano, siendo derrotado por el ya casi anciano James Buchanan. Posteriormente Frémont reingresó al ejército como general de división al mando de los voluntarios durante la Guerra Civil, y fue el incompetente comandante de una división en 1862 en la campaña del valle de Shenandoah. Vivió hasta 1890, cuando murió después de perderlo todo, al igual que Nicholas Trist.

La vertiginosa carrera de Santa Anna no terminó cuando perdió el poder en ese 1847. El 20 de abril de 1853, el Napoleón de Occidente volvió a tomar posesión como presidente de la república mexicana. Esa presidencia duró alrededor de dos años y medio, y en 1855 Santa Anna fue de nuevo exiliado. Visitó Nueva York en mayo de 1866, y en 1874 terminó de escribir sus memorias, cuando se le permitió regresar a México como un ciudadano cualquiera. Falleció en el anonimato el 21 de junio de 1876, en la ciudad de México. Su carrera llena de altibajos simboliza la confusión que reinó en México durante el siglo XIX.

La guerra contra México ensombreció las relaciones entre Estados Unidos y su vecino del sur, situación que prevalece hasta el día de hoy porque los mexicanos jamás se han reconciliado con aquello. La historia mexicana desde 1848 ha sido desafortunada: el sometimiento a un emperador extranjero, Maximiliano; la restauración del celebrado Benito Juárez; la larga dictadura de Porfirio Díaz; las revueltas apenas iniciado el siglo XX, y el gobierno ejercido por un solo partido, a todo lo cual debe añadirse la pobreza y la corrupción crónicas. De todas sus tribulaciones y desgracias, los mexicanos han encontrado más conveniente echarle la culpa al coloso del Norte.

En efecto, mucho dista Estados Unidos de haber vivido limpio de culpa desde 1848, y sus acciones hacia México las han echado a perder episodios como la expedición punitiva de Pershing

[8] Goetzmam, *Army…*, p. 297, y DeVoto, *The Year…*, p. 467.

(1916) para perseguir a Pancho Villa.

Pero aunque el proceder de Estados Unidos durante los últimos decenios por lo general haya sido honorable, el resentimiento continúa latente, y la guerra de 1846-1848 a menudo se menciona como la causa principal de los infortunios de México: "¡Pobre México! ¡Tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos!"

APÉNDICES

APÉNDICE I
México en 1844

Inestabilidad, éste es el término que mejor expresa la condición en que se hallaba México en 1844, y en la que se encontraba desde que en 1821 se independizó de España. México constituía una sociedad dividida por conflictos de lealtad e intereses. Parte de ello era el resultado de su cultura fragmentada, mezcla de lo azteca y de lo español. Al contrario de lo que ocurrió en Estados Unidos, donde los colonizadores más que mezclarse con los indios los remplazaron, España sobrepuso su autoridad y costumbres a las de los naturales, de lo que resultó una sociedad mexicana que es una combinación de lo español y lo azteca. Como los españoles trajeron pocas mujeres, los mexicanos de ascendencia totalmente española se hallaban en absoluta minoría. En 1844 dos millones entre los siete millones de habitantes eran mestizos y cuatro millones eran indios, de manera que sólo había un millón de mexicanos de ascendencia íntegramente española.

No obstante, la raza significaba poco en la sociedad mexicana de ese periodo. El lugar de origen —el ser nacido en España (gachupín) o nacido en México (criollo)— era mucho más importante. Los gachupines de la "clase alta" y sus descendientes inmediatos, hay que reconocerlo, preferían no ensuciarse las manos, y hacía mucho que habían perdido el verdadero poder político. Todos los presidentes de México hasta la época de la guerra habían salido de un solo grupo: el de los generales criollos.

La infraestructura política española, si bien proporcionaba estabilidad, nunca había sido totalmente aceptada por el pueblo, y el control gubernamental siempre fue débil, especialmente entre los indios y los pobres. Durante la dominación española, que terminó en 1821, el orden lo había mantenido la fuerza de las armas al mando de los virreyes, pero esta fuerza la comandaban e integraban casi en su totalidad los criollos. En gran parte, España gobernó a la Nueva España recurriendo a mercenarios mexicanos pagados por la corona.

Gracias al ejercicio de la autoridad sobre las masas, era lógico que los pertenecientes a la élite criolla se convirtieran en seres privilegiados. Tanto la Iglesia católica como el ejército gozaban de *fuero,* esto es, de inmunidad ante la autoridad de los tribunales. La Iglesia, en efecto, amasó grandes riquezas, pero sirvió al mismo tiempo al pueblo; los grandes y espléndidos templos y catedrales proporcionaban la única belleza al alcance de los pobres, y las pequeñas y humildes capillas eran centros a la vez comunales y de devoción. Por ello bien podía decirse que cada mexicano tenía dos hogares: su jacal y el templo. Pero en los altos niveles eclesiásticos la jerarquía había sucumbido a las prácticas de la sociedad secular, preocupada por conservar su posición en el caótico México de entonces.

Si bien poderoso en los asuntos políticos locales, el ejército tenía una capacidad combativa muy débil. Sus tropas de mero aparato, en especial la espectacular caballería, podían organizar grandes desfiles en la capital, que proporcionaban al pueblo un falso sentimiento de seguridad, pero la mayor parte de la infinidad de pequeñas luchas internas la realizaron elementos mal entrenados que periódicamente cambiaban de general. Sin dar importancia alguna al profesionalismo, y con un ejército más interesado en el poder político, no es de sorprender que los oficiales carecieran de formación técnica militar. En cuanto a la disciplina, severa entre la tropa, era en verdad motivo de risa entre los jefes.[1]

A principios del siglo XIX la desigualdad entre ricos y pobres, entre los privilegiados y los oprimidos, se había convertido en carga insoportable para los ciudadanos menos favorecidos. La rebelión contra los gachupines estalló en 1810, cuando un pobre párroco, Miguel Hidalgo y Costilla, fue inducido a unirse a un grupo de oficiales revolucionarios que en Querétaro conspiraban contra el virrey. Hidalgo estaba dotado de gran magnetismo personal, y pronto se convirtió en jefe. En un principio tuvo éxito y proclamó la independencia de México en septiembre de 1810.

Sin embargo, Hidalgo, como casi todos los visionarios, no tenía sentido de la realidad política, y creyó que los indios protegerían los derechos y personas de los criollos al levantarse contra los gachupines. Se equivocó totalmente. Tras tomar Guanajuato,

[1] En 1840, el ejército registraba 24 000 oficiales y únicamente 20 000 soldados rasos.8

los indios de Hidalgo exterminaron a la población blanca de la ciudad, lo mismo a los nacidos en México que a los españoles. Hidalgo mismo pareció incapaz de contener a sus seguidores y el movimiento comenzó a dar señales de inestabilidad. La revolución perdió apoyo y desertaron sus seguidores. En enero de 1811 Hidalgo cayó prisionero en Chihuahua y poco después fue fusilado. Su cabeza clavada en un poste se exhibió durante 10 años en Guanajuato.

Poco después de la muerte de Hidalgo, otro sacerdote populista, José María Morelos y Pavón, asumió el mando de la rebelión. Más capaz y más realista que Hidalgo, Morelos se alzó contra España, definió sus objetivos y logró seguir adelante, con muchos altibajos, hasta que fue capturado y pasado por las armas en 1815.

La revolución finalmente triunfó en 1821 no porque la apoyaran las masas sino por el desencanto de las clases más favorecidas, temerosas de que la reciente liberalización del gobierno de España las pudiera privar de los privilegios de que gozaban en México. Agustín de Iturbide, oficial mexicano al servicio del virrey, sencillamente cambió de bando y se llevó consigo a sus hombres. En su Plan de Iguala proclamó tres garantías: *1)* el sostenimiento de la Iglesia católica; *2)* la independencia de México del poder español, y *3)* la unión en México de criollos y gachupines. Pronto se unió a Iturbide Vicente Guerrero, un auténtico rebelde antiespañol.

La independencia de México quedó asegurada cuando Estados Unidos se apresuró a reconocerlo como Estado soberano: fue el primer país en hacerlo. Sin embargo, puesto que el Plan de Iguala establecía una monarquía constitucional, y dado que México no pudo encontrar a un noble español que viniera a gobernarlo, Iturbide se proclamó emperador. Esto último fue su ruina; en menos de un año cayó del poder y fue enviado al exilio. Mal aconsejado para que volviera a México en 1824, fue aprehendido y fusilado.

La revolución —o mejor dicho, las revoluciones— devastó a México. La violencia cobró unas 600 000 vidas y destruyó la industria. Además, con la desaparición de la autoridad española, prácticamente reinó la anarquía. De los presidentes de México entre 1821 y 1844, sólo uno, Guadalupe Victoria, permaneció

en el poder los cuatro años de su mandato.[2] Pero incluso él, en sus últimos días como presidente, se enfrentó a una revolución —entre los instigadores figuraba el joven Santa Anna—, aunque pudo cumplir hasta el final su periodo presidencial. Precisamente esta crónica anarquía fue la que hizo posible que Santa Anna ocupara periódicamente el poder.

[2] Lo logró, entre 1825 y 1829, gracias a un considerable préstamo de Inglaterra que le permitió pagar al ejército. □

APÉNDICE II
Artillería empleada en la guerra contra México

La artillería norteamericana en la época de la guerra contra México era igual si no es que superior a cualquiera otra en el mundo. Previsores secretarios de Guerra de épocas anteriores —John C. Calhoun, Lewis Cass y Joel Poinsett— contribuyeron a ello. Joel Poinsett, en 1840, llevó a cabo la importantísima tarea de enviar a un grupo de oficiales a Europa para que estudiaran todo lo relacionado con la artillería y para que llevaran a Estados Unidos cañones de diversos países a fin de que los analizara el Departamento de Material de Guerra. De ahí provino que en 1841 ya contara Estados Unidos con un buen sistema de artillería,[1] justo a tiempo para la guerra contra México.

En la denominada "familia de armas", modelo 1840, se incluían dos piezas de artillería ligera diseñadas para uso en el campo: el cañón de seis libras y el cañón corto de doce libras.[2] De esas piezas, el cañón de seis libras, con un alcance de 1 500 metros y 880 libras de peso, "era el elemento de campaña básico" del ejército.[3] Para los sitios se desarrolló una serie de *howitzers* pesados, entre los que se contaban cañones de 18 y de 24 libras, obuses de ocho pulgadas y morteros de ocho a 10 pulgadas. Los cañones de sitio eran pesados, algunos llegaban a las 5 600 libras, y no resultaban prácticos en el campo de batalla.

En 1844 el ejército de Estados Unidos tenía cuatro regimientos de artillería y ocho de infantería. En cada uno de los de artillería se incluían 10 compañías de 50 hombres cada una. Sin embargo, una sola compañía dentro de cada regimiento recibía el nombre de "ligera", esto es, idónea para operar junto con la infantería.

[1] Lester R. Dillon, Jr., *American Artillery…*, p. 10.

[2] Los proyectiles de un cañón tienen una trayectoria que podría denominarse plana. El *howitzer*, por lo general una pieza de menores dimensiones pero que emplea proyectiles del mismo tamaño que los cañones, dispara con menor carga de pólvora y con la boca hacia arriba. El mortero es generalmente una pieza pesada que dispara desde un ángulo a menudo de 45 grados.

[3] Dillon, *American Artillery…*, p. 11.

Así, cuando Taylor se trasladó a Corpus Christi y posteriormente a Matamoros, sólo había en el ejército cuatro compañías de artillería ligera perfectamente entrenadas, de las cuales se le asignaron tres, lo que no bastaba para que cada regimiento de infantería tuviera la suya.[4] Las compañías de artillería con cuatro cañones —o secciones de dos— se colocaban, lógicamente, en el punto de mayor peligro. Por consiguiente, el resultado de una batalla más bien podría decidirlo el desempeño de un teniente regular al frente de una compañía de artilleros que el de un coronel de infantería a cuyo regimiento se le prestaba apoyo.B

[4] Comp. "A", segundo de art. (James Duncan); Comp. "C", tercero de art. (Samuel Ringgold); Comp. "E", tercero de art. (Braxton Bragg). La Comp. "B", cuarto de art. (John M. Washington), se unió más tarde a Taylor como parte de la división del general John E. Wool.X

CRONOLOGÍA

1844

2 de noviembre	James K. Polk es elegido presidente de Estados Unidos.
6 de diciembre	Antonio López de Santa Anna es derribado del poder como presidente de México.

1845

1 de marzo	El presidente John Tyler firma la propuesta sobre la anexión de Texas.
4 de marzo	Polk toma posesión como décimo presidente de Estados Unidos.
4 de julio	El Congreso de Texas acepta la anexión como estado de Estados Unidos.
25 de julio	El general de brigada Zachary Taylor desembarca fuerzas cerca de Corpus Christi, Texas.
16 de noviembre	Polk conferencia con el senador Benton sobre Oregon y California. Como resultado, el presidente envía al teniente Arnold Gillespie con mensajes para Sloat, Larkin y Frémont, en California.
6 de diciembre	El emisario de Polk, John Slidell, llega a la ciudad de México.
9 de diciembre	El capitán John C. Frémont llega a Sutter's Fort, California.

1846

8 de marzo	Taylor sale de Corpus Christi con dirección al Río Bravo.

9 de marzo	Frémont abandona los alrededores de Monterey y se dirige a Klamath.
28 de marzo	Taylor arriba a Matamoros navegando por el Río Bravo.
25 de abril	La unidad del capitán Seth Thornton cae en una emboscada en Brownsville, Texas.
8 de mayo	Batalla de Palo Alto.
9 de mayo	Batalla de Resaca de la Palma.
13 de mayo	El Congreso ratifica la existencia de la guerra y aprueba la War Bill. Polk habla con Scott.
15 de junio	Estados Unidos e Inglaterra firman un tratado sobre Oregon.
16 de junio	El coronel Stephen W. Kearny sale de Fort Leavenworth para ir a Santa Fe.
4 de julio	Se proclama en Sonoma, California, la República de la Bandera del Oso.
7 de julio	La ciudad de Monterey, California, es ocupada por el comodoro Sloat.
23 de julio	El comodoro Robert F. Stockton llega a Monterey, California.
13 de agosto	La ciudad de Los Ángeles es ocupada por las fuerzas del general Stockton.
16 de agosto	Santa Anna regresa a México; desembarca en Veracruz.
17 de agosto	Kearny ocupa Santa Fe, Nuevo México, sin encontrar resistencia.
20-24 de septiembre	Taylor toma Monterrey, Nuevo León.
25 de septiembre	El general de brigada Kearny sale de Santa Fe rumbo a California.
29 de septiembre	El gobernador Gillespie rinde Los Ángeles a Flores.
19 de noviembre	Polk nombra a Scott comandante de la expedición a Veracruz.
23 de noviembre	El general de división Winfield Scott sale de Washington para dirigirse al Río Bravo.
12 de diciembre	El coronel Alexander Doniphan sale de Nuevo México para dirigirse a El Paso.

6 de diciembre	Batalla de San Pascual, cerca de San Diego, California.
12 de diciembre	Kearny llega a San Diego.

1847

3 de enero	Scott llega a Camargo.
8 de enero	Batalla de San Gabriel, en Los Ángeles.
3-4 de febrero	El coronel Sterling Price domina a los rebeldes de Taos, Nuevo México.
22-23 de febrero	Taylor derrota a Santa Anna en Buena Vista.
28 de febrero	Doniphan, después de la batalla de Sacramento, ocupa Chihuahua.
2 de marzo	Scott sale de la isla de Lobos rumbo a Veracruz.
9 de marzo	Scott desembarca en Veracruz.
29 de marzo	Rendición de Veracruz.
18 de abril	Batalla de Cerro Gordo y ocupación de Jalapa.
14 de mayo	Nicholas Trist, emisario de Polk, arriba a Jalapa.
21 de mayo	Doniphan se une a Wool en Buena Vista.
28 de mayo	Scott traslada a Puebla el ejército principal.
3 de junio	Scott se queda sin comunicación con Veracruz.
20 de agosto	Batallas de Contreras y Churubusco.
24 de agosto	Tregua entre Scott y Santa Anna.
6 de septiembre	Fin de la tregua.
8 de septiembre	Cae Molino del Rey.
13 de septiembre	Ataque a Chapultepec.
14 de septiembre	Scott ocupa la ciudad de México.
17 de septiembre	Mensaje de Polk en el que ordena el regreso de Trist (se recibió el 16 de noviembre).
9 de octubre	Sam Walker, de los Texas Rangers, pierde la vida en Huamantla.

1848

2 de febrero	Trist y Peña y Peña firman el Tratado de Guadalupe Hidalgo.
10 de marzo	Ratifica el Congreso norteamericano el Tratado de Guadalupe Hidalgo.
30 de marzo	El Congreso mexicano ratifica el tratado.
15 de julio	Las últimas tropas norteamericanas, al mando de Worth, salen de Veracruz.C

BIBLIOGRAFÍA

Libros

Adams, John Quincy, *The Diary of John Quincy Adams,* Allan Nevins (ed.), Nueva York, Longmans, Green & Co., 1928.

*Alcaraz, Ramón, *et al., The Other Side: Notes for the History of the War Between Mexico and the United States,* trad. del español y ed. por Albert C. Ramsey, Nueva York, John Wiley, 1850.

*Ballantine, George, *An English Soldier in the US Army,* Nueva York, Stringer and Townsend, 1853. Reimpreso en 1860 por W. A. Townsend & Co., Nueva York.

Bancroft, Hubert H., *History of California,* vol. xx, Santa Bárbara, Calif., Wallace Hebbard, 1966.

Barbour, Philip, y Martha Barbour, *The Journals of Major Philip Norbourne Barbour and His Wife Martha Isabella Hopkins Barbour,* Rhoda Van Bibber Tanner Doubleday (ed.), Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1936.

Bassett, John Spencer, *The Life of Andrew Jackson,* Hamden, Conn., Archon Books, 1967.

Bauer, K. Jack, *The Mexican War, 1846-1848,* Nueva York, Macmillan, 1974.

Bayard, Samuel John, *Life of Com. Robert F. Stockton,* Nueva York, Derby & Jackson, 1856.

*Beauregard, Pierre G. T., *With Beauregard in Mexico: The Mexican War Reminiscences of P. G. T. Beauregard,* T. Harry Williams (ed.), Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1956.

Benton, Thomas Hart, *Thirty Years' View; or A History of the Working of the American Government for Thirty Years, from 1820 to 1850,* 2 vols., Nueva York, D. Appleton & Co., 1854.

*Bill, Alfred Hoyt, *Rehearsal for Conflict,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1947.

* Obras de valor especial, como antecedentes e información de primera mano o de perspectiva.

Brack, Gene M., *Mexican Views Manifest Destiny, 1821-1846: An Essay on the Origins of the Mexican War,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1975.

Brooks, Nathan Covington, *A Complete History of the Mexican War, 1846-1848,* Albuquerque, Gilberto Espinosa, 1849. Reimpreso por Rio Grande Press, Chicago, 1965.

*Calcott, Wilfrid Hardy, *Santa Anna, the Story of an Enigma Who Was Once Mexico,* Norman, University of Oklahoma Press, 1936 (DeGolyer Collection).

*Calderón de la Barca, Fanny, *Life in Mexico,* Howard T. y Maron Hall Fisher (ed.), Garden City, N. Y., Doubleday and Company, 1966.

Calhoun, John C., *Correspondence of John C. Calhoun,* Franklin Jameson (ed.), Annual Report of the American Historical Association, 1899; vol. II, Washington, 1900.

Callahan, James Morton, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* Nueva York, Macmillan, 1932.

Carson, Kit, *Kit Carson's Own Story of His Life,* Blanche C. Grant (ed.), Taos, N. M., Kit Carson Memorial Foundation, Inc., 1955.

*Chamberlain, Samuel E., *My Confession,* Nueva York, Harper and Brothers, 1956.

Chatfield, W. H., *The Twin Cities of the Border and the Country of the Lower Rio Grande,* Nueva Orleans, E. P. Brandao, 1893.

The Chief Executive: Inaugural Addresses of the Presidents of the United States from George Washington to Lyndon B. Johnson, Fred L. Israel (ed.), Nueva York, Crown Publishers, 1965.

Colton, Calvin, *The Life and Times of Henry Clay,* 2 vols., Nueva York, A. S. Barnes, 1845.

*Colton, Walter, *Three Years in California,* Nueva York, A. S. Barnes & Co., 1850.

Connelly, William E., *War with Mexico, 1846-1847, Doniphan's Expedition and the Conquest of New Mexico and California,* Topeka, Kans., publicado por el autor, 1907.

Conner, David, *The Correspondence of Commodore David Conner, USN, During the War of 1812 and Mexican War,* Filadelfia, Henkel.

*Conner, Philip Syng Physick, "Commodore Conner: Notes on Maclay's History of the United States Navy", *United Review,* 1895.

Conner, P. S. P., *The Home Squadron under Commodore Conner in the War with Mexico, Being a Synopsis of Its Services, 1846-1847,* Filadelfia, 1896.

*Crittenden, John J., *The Life of John J. Crittenden,* con selecciones de su correspondencia y su discursos, Mrs. Chapman Coleman (ed.), 2 vols., Filadelfia, J. B. Kippincott & Co., 1871.

Dillon, Lester R., Jr., *American Artillery in the Mexican War 1846-1847,* Austin, Tex., Presidial Press, 1975.

*DeVoto, Bernard, *The Year of Decision, 1846,* Boston, Little, Brown and Company, 1943.

Dobie, J. Frank, *Coronado's Children,* Nueva York, Grosset and Dunlap, 1930.

*Dufour, Charles L., *The Mexican War, A Compact History, 1846-1848,* Nueva York, Hawthorn Books, Inc., 1968.

Dupuy, R. Ernest, y Trevor N. Dupuy, *Military Heritage of America,* Nueva York, Toronto, Londres, McGraw-Hill, 1956.

Dyer, Brainard, *Zachary Taylor,* Nueva York, Barnes & Noble, Inc., 1946.

*Elliott, Charles W., *Winfield Scott: The Soldier and the Man,* Nueva York, Macmillan Company, 1937.

*Emory, W. H., *Notes of a Military Reconnaissance from Fort Leavenworth, in Missouri, to San Diego, in California, 1848,* Executive Document núm. 41, 30th Cong., primera sesión, Washington, 1848. Reimpreso por Arno Press en *The United States Conquest of California,* 1976.

Estergreen, Marion, *The Real Kit Carson,* Taos, N. M., Kit Carson Memorial Foundation, 1955.

Ferguson, Henry N., *The Port of Brownsville, A Maritime History of the Rio Grande Valley,* Brownsville, Tex., Springman-King Press, 1976.

Folsom, George, *Mexico in 1842,* Nueva York, Folsom, 1842.

*Freeman, Douglas Southall, *R. E. Lee,* vol. I, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1949.

Frémont, John Charles, *Narratives of Exploration and Adventure,* Nueva York, Londres, Toronto, Longmans, Green & Co., 1956.

*French, Samuel Gibbs, *Two Wars. An Autobiography,* Nashville, Tennessee, The Confederate Veteran, 1901.

Frost, John, *The History of Mexico and Its Wars,* Nueva Orleans, A. Hawkins, 1882.

Fry, J. Reese, *A Life of Zachary Taylor, Comprising a Narrative of Events Connected with His Professional Career,* Filadelfia, Grigg, Elliot & Co., 1848.

Fuller, John Douglas Pitts, *The Movement for the Acquisition of All Mexico, 1846-1848,* Baltimore, Johns Hopkins Press, 1936.

*Giddings, Luther, *Sketches of the Campaign in Northern Mexico in Eighteen Hundred Forty-six and Seven,* Nueva York, George P. Putnam and Company, 1853.

*Goetzmann, William H., *Army Exploration in the American West, 1803-1863,* Lincoln, University of Nebraska Press, 1959.

Grant, Ulysses Simpson, *The Papers of U. S. Grant,* vol. I, John Y. Simon (ed.), Carbondale, Southern Illinois University Press, 1967.

*———, *Personal Memoirs of U. S. Grant,* vol. I, Nueva York, Charles A. Webster & Co., 1885.

Gregg, Kate L., *The Road to Santa Fe: The Journal and Diaries of George Champlin Sibley,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1952.

*Griffin, John S., "A Doctor Comes to California", San Francisco, California, *Historical Society Quarterly,* XXI, 3, 4, y XXII, 1, 1943. Reimpreso por Arno Press en *The United States Conquest of California,* 1976.

Guild, Thelma S., y Harvey L. Carter, *Kit Carson: A Pattern for Heroes,* Lincoln, University of Nebraska Press, 1984.

Hamilton, Holman, *Zachary Taylor: Soldier in the White House,* Nueva York, Bobbs-Merrill Company, Inc., 1951.

———, *Zachary Taylor: Soldier of the Republic,* Nueva York, Bobbs-Merrill Company, Inc., 1941.

Harlow, Neal, *California Conquered: War and Peace on the Pacific, 1846-1850,* Berkeley, University of California Press, 1982.

*Hawgood, John A. (ed.), *First and Last Consul: Thomas Oliver Larkin and the Americanization of California,* Palo Alto, Calif., Pacific Books, 1970.

Henry, Robert Selph, *The Story of the Mexican War,* Nueva York, Frederick Unger, 1950.

*Henry, William Seaton, *Campaign Sketches of the War with Mexico,* Nueva York, Harper Bros., 1847. Reimpreso por Arno Press, N. Y., 1973.

A History of the City of Baltimore, Its Men and Institutions, publicado por el *American* de Baltimore, 1902.

*Hitchcock, Ethan Allen, *Fifty Years in Camp and Field,* W. A. Croffut (ed.), Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1909.
Howard, George W., *The Monumental City, Its Past History and Present Resources,* Baltimore, J. D. Ehlers & Co., 1873.
Hughes, John T., *Doniphan's Expedition, Containing an Account of the Conquest of New Mexico,* Nueva York, Arno Press, 1973.
Hutchinson, W. H., *California,* Palo Alto, Calif., American West Publishing Company, 1969.
Jackson, Andrew, *Correspondence of Andrew Jackson,* vol. VI, John Spencer Bassett (comp.), Washington, Carnegie Institution of Washington, 1933. Reimpreso por Krause Reprint Co., Nueva York, 1969.
James, Marquis, *Andrew Jackson: Portrait of a President,* Nueva York, Grosset & Dunlap, 1937.
———, *The Life of Andrew Jackson,* Camden, Haddon House Craftsmen, Inc., 1938.
———, *The Raven: The Life Story of Sam Houston,* Garden City, N. Y., Blue Ribbon Books, 1929.
Johannsen, Robert W., *To the Halls of the Montezumas: The Mexican War in the American Imagination,* Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1985.
Jones, Anson, *Memoranda and Official Correspondence Relating to the Republic of Texas,* Nueva York, D. Appleton and Company, 1859. Reimpreso por Arno Press, Nueva York, 1973.
*Jones, Oakah L., Jr., *Santa Anna,* Nueva York, Twayne Publishers, Inc., 1968.
Junior League of Washington, *The City of Washington: An Illustrated History,* Thomas Froncek (ed.), Nueva York, Alfred A. Knopf, 1981.
*Kenly, John R., *Memoirs of a Maryland Volunteer,* Filadelfia, J. B. Lippincott and Co., 1873.
Lavender, David, *Bent's Fort,* Lincoln, University of Nebraska Press, 1954.
———, *Climax at Buena Vista: The American Campaigns in Northeastern Mexico, 1846-47,* Filadelfia y Nueva York, J. B. Lippincott Co., 1966.
Lens, Sidney, *The Forging of the American Empire,* Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1971.
Lewis, Oscar, "California in 1846: Described in Letters from

Thomas O. Karkin", en *The United States Conquest of California,* Nueva York, Arno Press, 1976.
Lewis, Oscar, *Sutter's Fort,* Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, Inc., 1966.
*McClellan, George Brinton, *The Mexican War Diary of General George B. McClellan,* William Starr Myers (ed.), Princeton, Princeton University Press, 1917.
*McCormac, Eugene I., *James K. Polk: A Political Biography,* Nueva York, Russell and Russell, 1965.
McNierney, Michael (ed.), *Taos 1847: The Revolt in Contemporary Accounts,* Boulder, Colo., Johnson Publishing Company, 1980.
Manning, William R., *Early Diplomatic Relations Between the United States and Mexico,* Baltimore, Johns Hopkins Press, 1916.
*Meade, George, *The Life and Letters of George Gordon Meade, Major-General, United States Army,* vol. I, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1913.
Meigs, William M., *The Life of Thomas Hart Benton,* Filadelfia y Londres, Lippincott Company, 1904.
The Mexican War and Its Heroes: Being a Complete History of the Mexican War, Embracing All the Operations under Generals Taylor and Scott, with a Biography of All the Officers, Filadelfia, Lippincott, Grambro, & Co., 1850.
Morgan, Robert J., *A Whig Embattled: The Presidency Under John Tyler,* Lincoln, University of Nebraska Press, 1954.
National Park Service, Department of the Interior, *Exploring the American West, 1803-1879,* Washington, D. C., 1982.
Neal, William, y William A., *Century of Conflict, 1821-1913: Incidents in the Lives of William Neal and William A. Neal, Early Settlers in South Texas,* Waco, Tex., Texian Press, 1966.
*Nevin, David, *The Mexican War,* Alexandria, Va., Time-Life Books, Inc., 1978.
*Nichols, Edward J., *Zach Taylor's Little Army,* Garden City, N. Y., Doubleday & Company, 1963.
Nichols, Roy Franklin, *Franklin Pierce,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1931.
Nolan, Jeanette Covert, *Andrew Jackson,* Nueva York, Julian Messner, Inc., 1949.
Oliva, Leo E., *Soldiers on the Santa Fe Trail,* Norman, University of Oklahoma Press, 1967.

Oswandel, J. Jacob, *Notes on the Mexican War, 1846-47-48,* Filadelfia, 1885.

Parton, James, *Life of Andrew Jackson,* Nueva York, Mason Brothers, 1860. Reimpreso por Johnson Reprint Corp., Nueva York, 1967.

*Pletcher, David M., *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon, and the Mexican War,* Columbia, University of Missouri Press, 1973.

Polk, James K., *Polk: The Diary of a President, 1845-1849,* Allan Nevins (ed.), Londres, Nueva York y Toronto, Longmans Green and Company, 1929.

*Price, Glenn W., *Origins of the War with Mexico: The Polk-Stockton Intrigue,* Austin y Londres, University of Texas Press, 1967.

Prucha, Francis Paul, *The Sword of the Republic: The United States Army on the Frontier, 1783-1846,* Bloomington y Londres, Indiana University Press, 1969.

*Reid, Samuel C., Jr., *The Scouting Expeditions of McCullough's Texas Rangers,* Nueva York, Books for Libraries Press, 1847. Reimpreso en 1970.

Remini, Robert V., *Andrew Jackson,* Nueva York, Twayne Publishers, Inc., 1966.

———, *Andrew Jackson and the Course of American Empire, 1767-1821,* Nueva York, Harper & Row, 1977.

*Ripley, R. S., *The War with Mexico,* 2 vols., Nueva York, Burt Franklin, 1970. (Originalmente publicado en 1849.)

Rippy, J. Fred, *Joel R. Poinsett, Versatile American,* Durham, N. C., Duke University Press, 1935.

Rives, George L., *The United States and Mexico,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1913. Reimpreso por Kraus Reprint Co., Nueva York, 1969, 2 vols.

Robertson, Brian, *Wild Horse Desert: The Heritage of South Texas,* Edinburg, Tex., New Santander Press, 1985.

Roosevelt, Theodore, *Thomas Hart Benton,* Boston y Nueva York, Houghton and Mifflin Co., 1886.

*Santa Anna, Antonio López de, *The Eagle: The Autobiography of Santa Anna,* Ann Fears Crawford (ed.), Austin, Tex., Pemberton Press, 1967.

*Schroeder, John H., *Mr. Polk's War: American Opposition and Dissent 1846-1848,* Madison, University of Wisconsin Press, 1973.

*Scott, Winfield, *The Memoirs of Lieut-Gen Winfield Scott, LLD,* 2 vols., Nueva York, Sheldon & Co., 1864.
Sears, Louis Martin, *A History of American Foreign Relations,* Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1927.
Sedgwick, John, *Correspondence of John Sedgwick,* vol. I, Stoeckle, 1902.
*Sellers, Charles, *James K. Polk. Continentalist, 1843-1846,* Princeton, Princeton University Press, 1966.
*Semmes, Raphael, *Service Afloat and Ashore During the Mexican War,* Cincinnati, Wm. H. Moore, 1851.
Seward, Frederick W., *William H. Seward, an Autobiography from 1801 to 1846,* Nueva York, Derby and Miller, 1891.
Sides, Joseph C., *Fort Brown Historical,* San Antonio, Tex., Naylor Company, 1942.
Silver, James W., *Edmund Pendleton Gaines: Frontier General,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1944.
Singletary, Otis A., *The Mexican War,* Chicago, University of Chicago Press, 1960.
*Smith, E. Kirby, *To Mexico with Scott: Letters of Ephraim Kirby Smith to His Wife,* Cambridge, Harvard University Press, 1917.
Smith, Elbert B., *Magnificent Missourian; The Life of Thomas Hart Benton,* Filadelfia y Nueva York, J. B. Lippincott Co., 1958.
Smith, George Winston, y Charles Judah, *Chronicles of the Gringos: The U. S. Army in the Mexican War, 1846-1848,* Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1968.
Smith, Justin H., *The Annexation of Texas,* Nueva York, AMS Press, 1971. (Reimpreso de la edición de 1911, Nueva York.)
*———, *The War with Mexico,* 2 vols., Gloucester, Mass., Peter Smith, 1963. (Originalmente publicado por Macmillan Company, 1919.)
Soto, Miguel E., "The Monarchist Conspiracy and the Mexican War", en Douglas W. Richmond (ed.), *Essays on the Mexican War,* University of Texas en Arlington, 1986.
The State of the Union Messages of the Presidents, 1790-1966, vol. I, Fred L. Israel (ed.), Nueva York, Chelsea House, 1966.
*Steele, Matthew Forney, *American Campaigns,* vol. I, Washington, D. C., United States Infantry Association, 1943.
Strode, Hudson, *Timeless Mexico,* Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1944.

Taylor and His Generals: A Biography of Major-General Zachary Taylor; and the Sketches of the Lives of Generals Worth, Wool, and Twiggs, Filadelfia, E. H. Butler & Co., 1847.

*Taylor, Zachary, *Letters of Zachary Taylor from the Battlefields of the Mexican War,* Rochester, N. Y., William K. Bixby, 1908. Reimpreso por Krause Reprint Company, Nueva York, 1970.

Temple, William G., "Memoir of the Landing of the United States Troops at Vera Cruz in 1847", apéndice a P. S. P. Conner, *The Home Squadron* (q. v.).

Tennery, Thomas D., *The Mexican War Diary of Thomas D. Tennery,* Norman, University of Oklahoma Press, 1970

*Turner, Henry Smith, *The Original Journals of Henry Smith Turner,* Norman, University of Oklahoma Press, 1966.

Tyler, Lyon G., *The Letters and Times of the Tylers,* vol. II, Richmond, Virginia, Whittet and Shepperson, 1885.

*U. S. Congress, *Congressional Globe Appendix,* 29th Cong., primera sesión, 1845-1846.

*U. S. Congress, Executive Document núm. 1. 30th Cong., segunda sesión, *Message from the President of the United States to the Two Houses of Congress. With accompanying documents,* Washington, D. C., Wendell & Van Benthuysen, 1848.

U. S. Congress, Senate. Executive Document núm. 52. 30th Cong., primera sesión, *The Treaty Between the United States and Mexico, 1848.*

*U. S. Congress, House. Executive Document No. 59. 30th Cong., primera sesión, *Correspondence Between the Secretary of War and General Scott,* Washington, D. C., 1848.

*U. S. Congress, House. Executive Document núm. 60. 30th Cong., primera sesión, *Messages of the President of the United States with the Correspondence, Therewith Communicated, Between the Secretary of War and Other Officers of the Government: The Mexican War,* Washington, D. C., Wendell and Van Benthuysen, 1848.

*U. S. Congres, Senate. Executive Document núm. 65, *Message from the President of the United States Communicating, in Compliance with a Resolution of the Senate, the Proceedings of the Two Courts of Inquiry in the Case of Major General Pillow,* Washington, D. C., 1848.

U. S. Congress, Executive Document núm. 4, *The President's Message to the Two Houses of Congress, December 8, 1846, 29th Cong.,*

segunda sesión, Washington, D. C., Ritchie & Heiss, 1846.
*Upton, Emory, *The Military Policy of the United States,* 4a. ed., Washington, D. C., Government Printing Office, 1917. Primer manuscrito, 1881.
Van Deusen, Glyndon C., *The Jacksonian Era,* Nueva York, Evanston, Londres, Harper & Row, 1959.
Wallace, Edward S., *General William Jenkins Worth, Monterey's Forgotten Hero,* Dallas, Tex., Southern Methodist University Press, 1953.
———, *The Great Reconnaissance,* Boston, Little Brown, 1955.
War Department, Adjutant General's Office, *Official Army Register for 1846-55,* Military History Institute, Carlisle Barracks, Pensilvania.
Wartenburg, Count Yorck von, *Napoleon as a General,* 2 vols., The Wolseley Series, Londres, 1897.
*Webb, Walter Prescott, *The Texas Rangers in the Mexican War,* Austin, Tex., Jenkins Garrett Press, 1975.
*Wilcox, Cadmus M., *History of the Mexican War,* Washington, D. C., Church News Publishing Co., 1892.
Williams, Frank B., Jr., *Tennessee's Presidents,* Knoxville, University of Tennessee Press, 1981.
Willson, Beckles, *John Slidell,* Nueva York, Minto, Balch, & Co., 1932.

Revistas y periódicos

Ames, George W., Jr., "Gillespie and the Conquest of California", en *California Historical Society Quarterly,* vol. 17 (2), 1938, pp. 123-140.
———, "Gillespie and the Conquest of California", en *California Historical Society Quarterly,* vol. 17 (4), 1938, pp. 325-350.
Baltimore American, 2, 27, 28, 29 y 30 de mayo y 1 de junio de 1844, Maryland Historical Society, Baltimore.
The Battery, Headquarters, Army of Occupation, Camp near Fort Brown, Texas, 17 de mayo de 1846.
Castel, Albert, "Winfield Scott, Part II", en *American History Illustrated,* julio de 1981.
Cooling, Benjamin Franklin, "Lew Wallace and Gideon Pillow: Enigmas and Variations on an American Military Theme", en

Lincoln Herald, vol. 84, núm. 2 (verano de 1981).
"The Diary and Letters of William P. Rogers, 1846-1862", Eleanor Damon Pace (ed.), en *Southwestern Historical Quarterly,* vol. 30, núm. 4 (abril de 1929), pp. 259-285.
"General Jackson on Annexation", en *Niles' National Register,* Baltimore, 15 de junio de 1844.
"George Washington Trahern: Texas Cowboy Soldier from Mier to Buena Vista" A. Russell Buchanan (ed.), en *Southwestern Historical Quarterly,* vol. 63, julio de 1954, pp. 60-90.
Ferguson, Henry N., "The Great Western", en *Westways,* diciembre de 1970.
Houston, Donald E., "The Role of Artillery in the Mexican War", en *Journal of the West,* vol. II, núm. 2 (abril de 1972), pp. 273-284.
Hussey, John A., "The Origin of the Gillespie Mission", en *California Historical Society Quarterly,* vol. 19 (1).
"Intercession of Gen. Jackson on Behalf of Texan Prisoners in Mexico", en *Nashville Union,* 17 de abril de 1844.
Irey, Thomas R., "Soldiering, Suffering, and Dying in the Mexican War", en *Journal of the West,* vol. 11, núm. 2 (abril de 1972), pp. 285-298.
Oates, Stephen B., "Los Diablos Tejanos: The Texas Rangers in the Mexican War", en *Journal of the West,* vol. 11, núm. 2 (abril de 1972), pp. 487-504.
Payne, Darwin, "Camp Life in the Army of Occupation: Corpus Christi, July 1845 to March 1846", en *Southwestern Historical Quarterly,* vol. 63, julio de 1954.
Reilly, Tom, "Jane McManus Storms: Letters from the Mexican War, 1846-1848", en *Southwestern Historical Quarterly,* vol. 85, julio de 1981.
Remini, Robert V., "Texas Must Be Ours", en *American Heritage,* febrero-marzo de 1986.
Republic of the Rio Grande: And Friend of the People, vol. 1, núm. 6, ciudad de Matamoros, 23 de junio de 1846.
Stenberg, Richard R., "Further Letters of Archibald H. Gillespie", en *California Historical Quarterly,* vol. 18, núm 3 (1939), pp. 217-228.
Stonesifer, Roy P., Jr., "Gideon Pillow: A Study in Egotism", en *Tennessee Historical Quarterly,* vol. 25, núm. 4 (invierno de 1966).

Wallace, Edward S., "General William Jennings Worth and Texas", en *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 54, octubre de 1950, pp. 159-168.

Washington Globe, 28 de abril, 24, 28, 29 y 30 de mayo y 4 y 6 de junio de 1844.

Woodward, Arthur, "The Great Western… An Amazon Who Made History", Arizona Pioneers Historical Society.

"Worth Letters", en *New York Times*, 16 de julio de 1916.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud especial para:

El coronel Bruce Aiken, de Brownsville, Texas, quien generosamente puso a mi disposición libros, información, documentos y periódicos antiguos. Él y su esposa Irma me llevaron personalmente en gira por el Norte de México, incluyendo Brownsville, Mier, Cerralvo, Monterrey, Saltillo y Buena Vista.

La historiadora Louise Arnold, del Instituto de Historia Militar del Ejército de Estados Unidos, en Carlisle Barracks, Filadelfia, quien mostró un enorme interés en este proyecto y un gran conocimiento de los recursos disponibles. Mi agradecimiento por su ayuda y entusiasmo es difícil de expresar. También doy las gracias a John Slonaker, Denny Vetock y Judy Meck, de la misma institución.

Charlotte E. Bartlett, de la West Chester University, por su continuo interés y apoyo.

El pueblo de Brownsville, Texas, que mostró especial interés en este libro y se esforzó por ayudarme. Además de Bruce Aiken y Robert Vezzetti, mencionados en otra parte, estoy en deuda con el señor A. A. Champion, máxima autoridad en relación con la batalla de Palo Alto; con el señor Frank Yturria y su esposa, ex propietarios de lo que fue el campo de batalla de Resaca de la Palma; con el señor Henry P. Griffin, Jr., una autoridad en lo relacionado con el incidente de Arroyo Colorado, y con la señora Yolanda Z. González, de la Arnulfo Oliveira Memorial Library.

Paul Cross, de Columbia, Tennessee, por su gran ayuda en la recopilación de materiales y por ofrecerme ideas acerca de Gideon Pillow. Y John R. Neal, propietario de Clifton, el hogar de Pillow, por poner a mi disposición los servicios del señor Cross.

El doctor Wayne Cutler, editor de los documentos de James K. Polk, quien fuera de la Universidad Vanderbilt, de Nashville, Tennessee, me proporcionó un gran apoyo y ayuda, e incluso un viaje a Texas en 1983.

La doctora Guadalupe Jiménez Codinach y su esposo, Modes-

to Suárez Altamirano, ciudadanos mexicanos, empleados hoy en la Sección Latinoamericana de la Biblioteca del Congreso, quienes compartieron conmigo sus inapreciables conocimientos del punto de vista mexicano y de la cultura del México actual.

Joanne Thompson, por su apoyo, aliento y sagaces comentarios editoriales, particularmente en la fase final.

Robert Vezzetti, presidente de la Asociación Histórica de Brownsville, y su esposa Isabel, por su apoyo.

La señora Jerome *(Dodie)* Yentz y la señora Thomas *(Judy)* Hedberg, mis secretarias y ayudantes personales. Mientras Judy se encargó del aspecto administrativo, Dodie Yentz manejó el procesador de palabras y mantuvo en orden los diversos manuscritos, lo que fue una labor titánica. *Dodie* redujo al menos un año el tiempo necesario para terminar este libro.

BIBLIOTECARIOS Y OTRAS PERSONAS CON QUIENES ESTOY EN DEUDA

Jack K. Boyer y Lorraine D. Dyson, de la Kit Carson Memorial Foundation, de Taos, Nuevo México.

Charles Colley, director de la Colección Jenkins Garrett, de Library Special Collections, de la University of de Texas en Arlington.

Jenkins Garrett, de Fort Worth, Texas, fundador de la Biblioteca Jenkins Garrett, una de las colecciones más completas del país, quien me guió personalmente en una visita.

El doctor William H. Goetzmann, por un almuerzo sumamente ilustrativo y por su guía en exploraciones por el Oeste.

La doctora Laura Gutiérrez Witt, jefa bibliotecaria de la Benson Latin American Collection, University of Texas.

El doctor John Hebert, División Hispánica, Biblioteca del Congreso, y John Hobart, de la División Fotográfica.

La señora Marcel Hull, de Colecciones Especiales, de la University of Texas en Arlington.

William W. Hughes, de la University of Arkansas, por ofrecerme materiales acerca de Archibald Yell.

El doctor Harold Moser, editor de los Andrew Jackson Papers, de la University of Tennessee.

El coronel Jim R. *(Rod)* Paschall, director del U. S. Army Mili-

tary History Institute, Carlisle Barracks, Filadelfia. El MHI, bajo la dirección de Rod Paschall, fue mi mayor fuente de material de investigación.

El profesor Roy P. Stonesifer, por poner a mi disposición material inédito sobre Gideon Pillow.

Hannah Zeidlik, de la Oficina del Jefe de Historia Militar, de Washington, D. C., por su ayuda.

AMIGOS QUE ME DIERON APOYO Y ALIENTO

El coronel Doniphan Carter, presidente de *Eagle Graphics.*

Detmar Finke, ex trabajador de la Oficina del Jefe de Historia Militar.

Richard H. Foltz, de Los Ángeles, quien organizó una útil visita a William Mason, del Museo de Historia Natural del Condado de Los Ángeles.

Michael Killian, del *Chicago Tribune.*

Sandra Myres, del Departamento de Historia de la University of Texas en Arlington.

Stephen Neal, del *Sun-Times* de Chicago.

El profesor Louis D. Rubin, Jr., de la University of North Carolina en Chapel Hill.

Charles M. Tyson, por comentarios editoriales y por la entrega de bellos bosquejos originales.

Carol Utecht, de Brokaw, Wisconsin, por comentarios editoriales y por la investigación para los capítulos correspondientes a California.

Anne Marie Woodward, de Washington, D. C.

ÍNDICE ANALÍTICO

Aberdeen, George Hamilton-Gordon, lord: 53-55, 83, 95
Abert, John J.: 271
Acapulco, camino de, avance de Scott por el: 392-393
Adams, John Quincy: 51, 51n, 106, 258, 357, 456
Agua Nueva: 340, 460; destacamento norteamericano en: 230, 235-237, 238, 249; reconocimieno norteamericano al sur de: 234-238; retiro de tropas norteamericanas de: 238-239
Aiken, Bruce: 116n, 119n, 145n
Álamo, El, asalto a: 44, 44n, 128-129
Alcaraz, Ramón: 9, 97n, 98n, 101n, 102n, 114n, 119n, 121n, 122n, 159n, 168n, 180n, 187n, 188n, 190n, 197n, 198n, 200n, 204n, 206n, 232n, 233n, 238n, 242n, 340n, 341n, 342n, 353n, 356n, 367n, 385n, 388n, 393n, 397n, 410n, 411n, 412n, 423n, 432n, 433n, 436n, 438n
Alexander, Edmund B.: 408
Almonte, Juan N.: 52, 161-162, 162n
Alta California, autoridad norteamericana establecida sobre la: 276-277
Alvarado: 211, 211n, 338
Álvarez, Juan: 160, 162n, 386, 393, 393n, 396, 418-419, 434n
Allen, Ethan: 65
Allen, William: 50, 76, 97, 363n
American Artillery in the Mexican War (Dillon): 26n, 473n
American Campaigns (Steele): 67n, 337n
American Star: 433, 441, 452n
American Star: 433, 441
Ampudia, Pedro de: 27, 101n, 101-102, 102n, 114, 367; y la batalla de Buena Vista: 242-244; y la batalla de Monterrey: 175-176, 179-180, 183-184, 184n, 188, 190-194, 195, 202-203, 204-205; crueldad de: 100-101, 128-129; evacuación de Monterrey por orden de: 199-200; y las negociaciones de paz en Monterrey: 196-199, 201, 203; reinstalación de: 167-168; evacuación de Saltillo por orden de: 207; y el avance de Taylor por: 168-170, 172; ultimátum de, a Taylor: 101-102, 103-104, 160; debilidad de: 169
Anaya, Pedro María: 342, 388, 448
Antigua: 338
Apache Canyon: 269
apaches: 283, 283n; sometimiento de los, a manos de Doniphan: 298-299, 299n
Apuntes para la guerra con Estados Unidos: 12
Archuleta, Diego: 269n, 300
Arista, Mariano: 27, 100-102, 142, 147, 151; y el ataque a Longoreno: 113-114; en la batalla de Palo Alto: 117-122; y la batalla de Resaca de la Palma: 122-127; destitución de: 159-160, 167; intenciones hostiles de: 103; retiro de, de Matamoros: 143-144, 159; retiro de, de Palo Alto: 122n, 122-123; y las diferencias en armamento: 118-121; y la ocupación de Matamoros por parte de Taylor: 143-145
Armijo, Manuel: 256-257, 300; y la expedición de Kearny: 267-269
Armstrong, Robert: 33-34
Army Exploration in the American West (Goetzmann): 271n
arrieros: 170, 170n
Arroyo Colorado: cruce de tropas norteamericanas por: 89-90, 92, 113
Arroyo Hondo: violencia de la muchedumbre en: 302-303
artillería: 121, 122-123, 266n, 325n, 473-474; en el sitio contra Veracruz: 331-335; de Estados Unidos, comparada con la de México: 25-26, 26n
Atlas de Boston: 361, 361n
Atocha, Alejandro José: 161; oferta de paz de: 94-97

Aulick, J. H.: 333, 335n
Ayotla: 391-392
Aztec Club: 433

Backus, Electus: 187
bajas: en la batalla de Buena Vista: 246-250; en la batalla de Cerro Gordo: 351n, 351-353, 355, 355n, 368-369, 369n, 433-434; en la batalla de Churubusco: 407-409, 409n; en la batalla de Monterrey: 179-180, 180n, 184-191, 192n, 192-193, 199n, 199-200, 419-420, 420n; en la batalla de Padierna/Contreras: 405-406; en la batalla de Palo Alto: 119-122, 147n, 152; en la batalla de Resaca de la Palma: 123-125, 126-127, 147n, 152; en la batalla de Sacramento: 312-313; en la batalla de San Pascual: 286-287, 289n, 293; en las batallas de la ciudad de México: 419-420, 420n, 424-427; en las batallas de San Gabriel y La Mesa: 292-293; a causa de enfermedades: 155-156, 459n, 460; en la guerra México-Estados Unidos: 20-21, 360, 459, 459n; en la rebelión de Taos: 302-303, 304-305
Baker, Edward D.: 105n, 153n
Baldwin, Henry: 75, 456-457
Ballantine, George: 344n, 346n, 348n, 349n, 351n, 369n, 370n
Bancroft, George: 52, 56, 78, 78n, 134, 161n, 162n; y el mensaje de guerra de Polk: 104-106
Bancroft, Hubert: 258
Bankhead, Charles: 381-382
Barbour, Philip Norbourne: 97n, 98n, 111n, 112n, 119n, 122n, 186
Barradas, Isidro: 41
Barrow, Alexander: 324
Bauer, K. Jack: 370n, 375n
Beach, Moses Y.: 340-341, 373, 454, 454n; y Buchanan: 454n
Beale, Edward: 288
Beauregard, Pierre G. T.: 327, 347n, 348n, 414, 420-422; y la batalla de Cerro Gordo: 347n, 347-349, 353-354
Belknap, coronel: 125
Bent Scheurich, Teresina: 301n
Bent, Charles: 255-256, 268n, 281, 301n; muerte de: 301-302, 305, 305n; la inquietud en Nuevo México y: 300-302
Bent, señora: 302, 305
Bent, William: 255-256, 300
Bent's Fort: 255-256, 265, 272, 300, 313; paradas de Kearny en: 266-270
Bent's Fort, proclama de: 267-269
Benton, Thomas Hart: 28, 49, 55, 96-97, 106, 131, 131n, 134, 253-254, 274n, 316-317, 447n; y el tema de California: 77-78; y Frémont: 270-272, 274-275, 295n, 447, 447n, 455, 463-464; ambiciones militares de: 136-137, 140; y la ley de nombramientos militares: 136-137, 139-141, 324-325, 363, 363n; en la conspiración contra Scott: 136-138; y la controversia en torno a Oregon: 76, 77-78, 79, 271; y el desembarco en Veracruz: 214-219
Benton-Brown, compromiso: 49-50
Berra, Francisco: 190
Biblioteca del Congreso (México): 42n, 77n
Biglow Papers, The (Lowell): 357n, 357-358
Bissell, William H.: 209n; y la batalla de Buena Vista: 239-242, 245-248
Black Fort (La Ciudadela): 168-169, 173-174, 175, 184, 185, 186, 185n, 188, 188n; bombardeo al: 184-185; rendición mexicana del: 198n, 198-202; avance de Worth sobre el: 175-181
Black Hawks, guerra de los: 62, 132
Black, John: 80
Blake, Jacob: 117
Blanco, Santiago: 243-246
Blanchard, Albert C.: 146-147, 176n, 190, 222n
Bliss, William W. S.: 117
Boggs, Lillburn W.: 307n
Bolívar, Simón: 42n
Bonneville, mayor: 209n
Borginnis, Sarah: 112-113, 113n, 116
Borland, Solon: 230, 232n
Bosch García, Carlos: 11
Boston Tea Party: 357-358
Bowles, William A.: 239-242, 245-246
Bragg, Braxton: 68, 112, 118n, 118-119, 474n; y la batalla de Buenavista: 239-242, 288-249; y la batalla de Monterrey: 186-188, 191-192
Bravo, Nicolás: 160, 394, 423, 426
Bravo, Río: 13, 15, 20, 22, 23, 66, 69, 71, 81, 90, 92, 93, 93n, 94, 113,

Brazito, batalla de: 299, 307
Brazos Santiago: 102, 128-129, 148, 323-324; tropas de Scott reunidas en: 324, 325, 331, 332; avance de Taylor hacia: 84-95; defensa norteamericana de: 86-87, 94-95, 142
Brazos, Isla de: 143, 143n, 152-153
Bronaugh, Robert: 183
Brook Farmers: 254
Brooks, W. H. T.: 347
Brown, Jacob: 112, 115, 116-117, 126-127, 145
Brown, Melton: 50, 55
Bryant, William Cullen: 316, 317
Buchanan, James: 54, 56, 67, 83n, 105, 106-107, 214-215, 300, 300n, 340-341, 381n, 455, 455n, 464; diferencias de Polk con: 75-76, 96-97, 104-105; y el mensaje de guerra de Polk: 104-106; y la misión de Trist: 364-366, 375-376, 381n, 383-384, 411-412, 446, 454n, 454-455, 455n
Buena Vista (Coahuila): 237n; "Marcha de Doniphan" a: 306, 315-316; avance de Scott por: 387, 391
Buena Vista, batalla de (Morelos): 237n, 237-250, 309, 340n, 341, 379, 386; bajas en la: 246-250; plan de ataque de Santa Anna en la: 243-244; regreso de Santa Anna de la: 338-340; posiciones defensivas norteamericanas en la: 238-242
Buhoup: 209n
Bull Run, primera batalla de: 239n
Bull Run, segunda batalla de: 408-409, 409n
Burgwin, J. H. K.: 303-305
Burr, Aaron: 133
Bustamante, Anastasio: 396
Butler, William O.: 156-157, 170, 184, 185, 188, 218, 224, 226-229, 363n, 436-437; y la batalla de Monterrey: 175, 184-185, 188-189; y el campamento en Cerralvo: 167; como remplazo de Scott: 452-453

Cadwalader, George: 381, 384, 385n, 407-408, 417n, 417-418, 444-445; y la batalla de Padierna/Contreras: 400-403, 404, 440-441
Cahuenga, Tratado de: 293-294
Calcott, Wilfrid H.: 18, 40, 162n, 206
Calhoun, John C.: 48, 49n, 50, 76, 95-96, 106, 363-364, 473; y el desembarco en Veracruz: 214, 215n
California: expedición de Frémont a: 271-272, 279-280, 282, 301; controversia sobre la gubernatura en: 294-296; expedición de Kearny a: 253, 265-266, 270, 281-290, 295, 295n, 298, 360-362; lazos entre México y: 259-263; intentos de compra de, por parte de Estados Unidos: 258n, 258-259; autoridad norteamericana establecida en: 278, 296-297, 360, 460; intereses norteamericanos en: 52, 76-79, 81, 94-95, 253-256, 265; migración norteamericana a: 258-259, 262-264
californios: 77, 259-264, 271-274, 277-278, 289, 289n; en la batalla de San Pascual: 285-289; defensa de Los Ángeles por parte de los: 292-295; rebelión de los, contra Estados Unidos: 279-282, 285; levantamientos contra los: 274-277
Cámara de Representantes de Estados Unidos: 33, 139-140, 364n; y la ley de nombramientos militares de Benton: 136, 139-141; *véase también* Congreso de los Estados Unidos
Camargo: 223; salida de Kearny de: 164-165; llegada de Scott a: 225-227; salida de Taylor de: 157-158, 164-165, 205, 226n; campamento norteamericano en: 150-151, 153-158
camino real: 256, 337n, 337-338, 343, 347, 391-392, 434; defensas de Santa Anna en el: 343-344, 347, 356, 387-388; avance de Twiggs por el: 344-347, 350-351, 351n, 355
Camp Belknap, descripción física de: 152-153
Canadá: 303
Canal de la Mancha: 323n
Canales, Antonio: 88, 100, 111n, 125, 147
Canalizo, Valentín: 36, 342, 346, 386
Carnero Pass: 237, 238
Carson, Josefa Jaramillo: 301-302
Carson, Kit: 271, 300n, 301-302, 463-464; y la batalla de San Pascual: 285-286, 288-289; y la expedición de Kearny a California: 282-283, 285-286, 289

Casa Mata, ataque contra: 419-420
Casey, Silas: 425n
Cass, Lewis: 80, 97, 364, 462, 473
Castro, José María: 261-262, 276, 281, 283-284; oposición de, a los *Bear Flaggers*: 275-276; y la expedición de Frémont: 271-272; y la ocupación norteamericana de Los Ángeles: 277-279
católica romana, Iglesia: 470-471; y los lazos entre California y México: 259-261; aborrecimiento de la, hacia Santa Anna: 272-273, 380; relaciones de Gómez Farías con la: 259-261, 340-341; cortejo de Scott a la: 336-337, 372-373
Cerralvo: 157, 162, 170n, 249n; salida de los norteamericanos de: 169-171; marcha de los norteamericanos hacia: 165
Cerro Gordo: 16
Cerro Gordo, batalla de: 342-356, 370, 371, 379-380, 385-386, 396; bajas en la: 351-353, 354-355, 368-370, 370n, 433; huida de Santa Anna de la: 356; estrategia de Santa Anna en la: 342-344; estrategia de Twiggs en la: 346-348, 348n; reacción norteamericana después de la: 368-369
Chalco, Lago de: 387, 389-390, 391-393
Chamberlain, Samuel: 113n, 209n, 209-210, 210n; misiones de reconocimiento de: 234n, 234-235, 236n, 237n, 238n
Champion, A. A.: 119n
Chantilly: 409n
Chapultepec, batalla de: 415, 415n, 417n, 421-427, 439
Charleston: 132
Chase, Anne McClarmonde: 212n
Chihuahua: 208, 209-210, 221, 256, 268, 298; antecedentes: 309-310; expedición de Doniphan a: 299-300, 306-313, 460; ocupación de, a cargo de Doniphan: 313-316, 316n
Childs, C. F.: 176n, 176-177, 179, 189-190, 433-434, 435
Chipita (guía de Taylor): 97n
Chippewa, batalla de: 131-132
Churchill, Sylvester: 209
Churubusco, base mexicana en: 394, 397n, 397-399, 406
Churubusco, batalla de: 397n, 397-398, 406-409, 426-427, 439
Cimarron Cutoff: 267
Ciudadela, La; *véase* Black Fort
Clark, Merriwether Lewis: 307-308, 312
Clark, William: 21
Clay, Henry: 33, 133, 133n
Clay, Henry, Jr.: 248
Clifford, Nathan: 455, 456-457
Coahuila, ocupación de Taylor de: 150-151
Código Kearny: 270
Cold Harbor, batalla de: 189
Colton, Walter: 261n, 262n
Collada, playa La: desembarco de Scott en: 326-328
Congresional Globe Appendix: 137n, 140n
Congreso estadunidense: 9, 22-23, 61n, 67n, 76, 137-138, 215-219, 462-463; y la anexión de Texas: 48-49, 49n, 54-55; y el financiamiento de la guerra contra México: 359-365; en apoyo de la guerra contra México: 128-131, 134-135, 253, 357; y la ley de nombramientos militares: 136-137, 139-141, 324, 363n, 363-364; relaciones de Polk con el: 29-30, 76, 78-79, 79n; mensaje de guerra de Polk al: 103-107, 129; *véase también* Cámara de Representantes de Estados Unidos; Senado de Estados Unidos
Congreso mexicano: 18, 36-37, 41, 42, 230, 341-342, 396n
Congreso texano: 57, 61n, 61-62
Congressional Globe: 140n
Conner, David E.: 28; y la defensa de Brazos Santiago: 86-88, 88n, 94, 142; y la ocupación y sostenimiento de Matamoros: 142-143; bloqueo de, del Río Bravo: 101-102, 103-104, 134; y el regreso de Santa Anna a México: 134, 160-162, 162n; y la toma de Tampico: 208, 210, 211-212, 223; y el sitio de Veracruz: 328-332, 332n; y el desembarco en Veracruz: 322-324, 324n, 326-327, 328
Conner, Philip S. P: 324n, 328n, 332n
Connor, Seymour V.: 11
Constitución de Coahuila y Texas: 14
Constitución estadunidense: 85, 103, 146, 146n
Constitución mexicana: 42

Contreras: 399, 399n, 401-402
Contreras, batalla de: 396-406, 439-441
Cooke, Philip St. George: 295
Coronado, Francisco Vázquez de: 255
Corpus Christi: 142-143, 344; salida de Taylor de: 83, 84-88, 460; desembarco y campamento norteamericano en: 65-73, 40, 112-113, 135-136, 473-474
Cortés, Hernán: 337
Courier and Enquirer de Nueva York: 49n
Courier de Boston: 357n
Couto, J. B.: 450, 450n, 457
Coyoacán: 394, 397n, 406-407, 411
Crittenden, John J.: 130, 130n, 133, 133n, 136n, 203n, 213-214, 217, 217n, 224n, 462; y el conflicto Taylor-Scott: 229-230, 230n, 233, 233n
Cross, Truman: 100-102, 102n, 115n, 128, 151
Cushing, Caleb: 444-445

Dallas, George M.: 51
Dana, Richard Henry: 258
Davis, Garret: 139-140
Davis, Jefferson: 455, 456-457; y la batalla de Buena Vista: 239, 246, 248-249; y la batalla de Monterrey: 187-188, 191-192, 203, 203n
De Castro, Bermúdez: 410
De la Peña y Peña, Manuel: 18
De la Rosa, Luis: 18
Deas, Edward: 189n, 189-190
Deas, George: 189n
Declaración de Independencia (Estados Unidos): 55-56
Delta de Nueva Orleans: 440-441, 441n
Departamento de Estado de Estados Unidos: 77, 105, 263; y la misión de Trist: 365-366, 375n, 375-377
Departamento de Guerra de Estados Unidos: 84n, 85-86, 86n, 105, 130, 157-158, 200, 208-209, 237n, 324, 440, 461; y la misión de Trist: 375-376, 377-378
Departamento de la Marina de Estados Unidos: 78, 86, 134, 461
Destino Manifiesto, teoría del: 13, 21, 30, 253-254, 254n, 271
DeVoto, Bernard: 19-20, 20n, 137n, 253, 253n, 254n, 263n, 266n, 289n, 296n, 307n, 463n
Diary of a President, The (Polk): 94n, 95n, 96n, 131n, 134n, 135n, 136n, 138n, 139n, 201n, 208n, 211n, 216n, 218n, 325n, 363n, 364n, 446n, 447n, 454n, 456n
Díaz de la Vega, Rómulo: 92-93, 93n; y la batalla de Resaca de la Palma: 125n, 125-126, 234
Díaz, Porfirio: 9, 464
Dilworth, teniente: 185n
Dillon, Lester R., Jr.: 473n
Doctor Comes to California, A (Griffin): 286n
Donelson, Andrew Jackson *(Jack):* 48-50, 54n, 55-56, 62, 64-65
Donelson, Fort: 462-463
Doniphan, Alexander W.: 313n, 315n; y la batalla de Sacramento: 310-313, 313n; ocupación de Chihuahua por parte de: 313-316, 316n; expedición de, a Chihuahua: 299-300, 306-313, 460; y la expedición de Kearny: 266n, 266-267, 269-270, 298; marcha de, a Buena Vista: 306, 316; marcha de, a Saltillo: 314-317; calidad moral de: 306-307, 307n; aspecto físico de: 306-307, 307n; reconocimiento público a: 316-317; y el sometimiento de los apaches: 298-299
Dos Amades, señorita: 207, 207n
Dufour, Charles: 392n, 410n, 414n
Duncan, James: 97, 118n, 118-119, 122n, 222n, 392, 392n, 408, 462, 474n; y la batalla de Monterrey: 176n, 179, 190; y las batallas en la ciudad de México: 417-420, 441, 442; conflictos de Scott con: 442-443, 452-453
Durango: 205, 314

Eco del Comercio: 433
Eisenhower, Dwight D.: 12-13
ejército de los Estados Unidos: 473-474; Cuerpo de Ingenieros Topógrafos del: 270-271, 271n, 272, 283n, 326n; deserciones del: 98-99, 248-249, 406-407, 426-427, 460-461; en el desembarco en Veracruz: 326-327; movilización del: 325n; voluntarios en el: 140n, 145n, 145-148, 152-158, 158n, 170, 172-174, 176n, 176-184, 187, 189n, 191-192, 195, 202, 202n, 234, 240-242, 245, 306-307, 307n,

325n, 325-326, 354n, 354-355, 371-372, 374, 377, 379, 381
El Conejo: 433
El Encero: 342-343, 367
El Paso: 306; ocupación de, por Doniphan: 299-300, 307-308
El Peñón, defensas mexicanas de: 387-388, 391-394, 410, 441
El Soldado: 180-182, 189n
Eliot, sir Charles: 48-49, 55, 56-57
Elliott, Charles W.: 337n, 338n, 380n, 381n, 383n, 385n, 441n, 442n, 443n
Emerson, Ralph Waldo: 358
Emory, William H.: 268n, 283n, 284n, 286n, 287n, 288n, 288-289, 289n, 291n, 292n, 293n, 298n
Encarnación: 230-233, 237
English Soldier in the U.S. Army, An (Ballantine): 344n, 346n, 348n, 349n, 351n, 368n, 369n, 370n
Enrique V, rey de Inglaterra: 368-369
Escipión *el Africano:* 375
esclavitud, expansión de la: 359-360
España: rebelión mexicana contra: 38, 39-42, 102n, 255, 469-472; dominio de, sobre Nuevo México: 255
Estados Unidos: expansionismo de: 21-23, 253-254, 254n; opinión pública en: 20-21, 22-23, 128-129, 157, 357n, 357-362
Ewell, Richard: 408-409, 409n
expedición punitiva de Pershing: 464-465

Falcón, Blas: 151
Faulk, Oddie B.: 11
Federación, Cerro de la: 168-169; ocupación norteamericana del: 190, 199; ataque de Worth contra el: 180-182
Fernando VII, rey de España: 41
Fifity-four Forty or Fight ("Al paralelo 54-40, o a pelear"): 53, 76
Fifty Years in Camp (Hitchcock): 98n, 100n, 446
Fitzpatrick, Tom *(Broken Hand):* 271-272, 463-464; y la expedición de Kearny a California: 281-283
Flores, José María: 279; defensa de Los Ángeles por parte de: 280-281, 284, 291n, 291-293
Florida, compra de, por parte de Estados Unidos: 96-97
Florida, guerra de la: 132
Fort Brown: 127, 142, 143, 145, 145n
Fort Laramie: 265
Fort Leavenworth: 134, 150, 266-267, 271n, 281
Fort Marcy: 270
Fort Polk: 115
Fort Texas: 111-113, 115, 126; recibe un nuevo nombre: 127, 145; sitio de: 116-117, 126, 142
Fort Worth: 463
Francia: 337n; invasión de, a través del Canal de la Mancha: 323n; ocupación de Veracruz por: 45
Freaner, James L.: 441, 441n, 449, 451, 455
Freeman, Douglas Southall: 349n, 404n, 420n
Frémont, Jessie Benton: 271, 463
Frémont, John C.: 77-78, 447, 455; antecedentes de: 270-271, 271n; expedición de, a California: 271-278, 279-280, 282, 301; y la controversia por la gubernatura de California: 294-296; reunión de Gillespie con: 273n, 273-274; avatares de, después de la guerra contra México: 463-464; y la recuperación de Los Ángeles: 292-295; Tratado de Cahuenga, firmado por: 293-294
French, Samuel: 118n
Fuerte Concepción: 328
Fuerte de San Fernando: 333
Fuerte de San José: 333
Fuerte de Santa Bárbara: 333
Fuerte de Santiago: 328, 333
Fuerte del Diablo: 168, 183, 184, 186; las fuerzas mexicanas abandonan el: 190-192; ocupación norteamericana del: 191-192

gachupines: 469-472n
Gaines, Edmund Pendleton: 129, 133n, 140-141, 145-146, 214, 220n, 230, 232n
García Condé, general: 188n, 198n; y la batalla de Sacramento: 310-312
Garland, John: 418-422, 431; y la batalla de Monterrey: 184-188, 193
Garnett, R. S.: 246n
Gettysburgo, batalla de: 189, 327
Giddings, Joshua: 357

Giddings, Luther: 152-153, 153n, 154n, 173; y el avance sobre Monterrey: 170n, 173n; y la batalla de Monterrey: 174n, 202, 202n; y el campamento en Camargo: 154-155; y la marcha a Cerralvo: 165n, 166, 166n
Gila, Río: ruta del: 281-284
Gilmer, Thomas W.: 56
Gillespie, Arnold H.: 77n, 77-78, 78n, 296; y la batalla de San Pascual: 286-287; y el movimiento de los *Bear Flaggers*: 275-277; reunión de Frémont con: 272-274; rendición de Los Ángeles, lograda por: 279; misión de, en Monterrey: 272-273; y la recuperación de Los Ángeles: 279-280, 292-293
Godey, Alexis: 271-272, 287-288
Goetzmann, William H.: 272n
Goliad, masacre de: 44-45, 128-129
Gómez Farías, familia: 162n
Gómez Farías, Valentín: 17, 27, 42, 206, 340n; y los lazos entre California y México: 259-261; revuelta de Peña y Barragán contra: 340-341
Gómez Pedraza, Manuel: 341
Graham, James: 213n
Gran Bretaña: 131-132, 278; y la anexión de Texas: 48-49, 51, 53-55; interés de, en California: 77-78, 259; derechos de, sobre Oregon: 50-51, 67-68, 76, 79, 83, 95-97, 106-107; y la misión de Gillespie a Monterrey: 272-273; y el mensaje de guerra de Polk: 104-105, 106-107; y la ocupación de Sloat de Monterrey: 276-277; y las negociaciones de paz entre México y Estados Unidos: 449-451
Grant, Ulysses S.: 13, 19n, 19-20, 26, 26n, 28, 68, 115, 189, 192n, 207, 207n, 349n, 404n
Griffin, John S.: 283n, 286n, 292n, 293n, 294n, 295n
Guadalajara: 160-161, 167
Guadalupe Hidalgo, Tratado de: 24-25, 451-452, 454-457; términos del: 459-460
Guanajuato: 205
guerra de 1812: 33, 112, 129, 131-132, 156, 216, 265, 338, 358, 443
Guerra de Independencia: 65
Guerra de Secesión: 19-21, 235n, 327, 462-463, 464
Guerrero, Vicente: 41-42

Hamer, Thomas L.: 156, 165-166, 207n; y la batalla de Monterrey: 188, 191-192, 196; muerte de: 207
Hammond, Thomas C.: 285-287
Hardin, John J.: 209n; y la batalla de Buena Vista: 239-242, 246-249
Harney, William S.: 209n, 325n, 350-351, 352, 385n, 394, 408-409
Haskell, William T.: 354-355
Hays, John C. *(Jack):* 147, 157; y la batalla de Monterrey: 176-180, 189-191
Heady, William J.: 230-231, 232n
Henderson, J. Pickney: 147, 207; y el avance a Monterrey: 172-174; y las negociaciones de paz en Monterrey: 197-198
Henry, William: 213n, 221n, 223n, 170n; avanza a Monterrey: 166-167, 169-170; y la batalla de Monterrey: 174n, 188n, 199n, 200n; y la ocupación de Monterrey: 207n, 207-208
Herrera, coronel: 334n
Herrera, José Joaquín de: 36-37, 46, 52, 54-57, 94, 160; caída de: 82-83, 128, 396
Hidalgo y Costilla, Miguel: 39-40, 470-472
History of California (Bancroft): 258n
History of the Mexican War (Wilcox): 102n, 246n
Hitchcock, Ethan Allen: 65-66, 67n, 69-73, 98-100, 335n, 336, 336n, 370n, 380, 413-415, 423-424, 444-445, 450-451
Home Squadron Under Commodore Conner in the war with Mexico, The (Conner): 324n
Houston, Sam: 48, 105n, 363n, 456-457; y la independencia de Texas: 21-22, 43-45
Howard, Oliver O.: 28
Huamantla, batalla de: 435-436
Huatusco: 368
Hudson, capitán: 313n
Hudson, John: 258n
Hudson's Bay Company: 77

Ide, William B.: 275
Iguala, Plan de: 40, 471
Independencia, Cerro de la: 168-169,

175, 177-179, 182; ocupación norteamericana del: 189-190, 193, 199; ataques de Worth contra el: 180-181, 189-190
"Inmortales Catorce", los: 106, 139-140, 357, 456
internacionales, relaciones: 12
Iturbide, Agustín de: 40, 471
Ivanhoe (Scott): 411-412

Jackson, Andrew: 14, 33, 44-46, 48, 53-54, 62, 79-82, 132-133, 156, 216, 258, 292, 365
Jackson, Thomas J. *(Stonewall):* 115, 189
Jackson Turner, Frederick: 11
Jalapa: 162, 337-338, 343-344, 352, 356, 374, 434-435; huida del ejército méxicano hacia: 356, 367, 369-371; llegada de Trist a: 376-378; ocupación norteamericana de: 372-374, 432-433, 436-437
Jalapa, camino de: 351-352
Jalisco: 205
James K. Polk (McCormac): 452n, 455n, 456n, 457n
Jefferson, Thomas: 21, 77n, 96-97, 365
Jenofonte: 317
Jesup, Thomas: 323, 331n, 461
Jiménez Codinach, Guadalupe: 42n, 7n
Johnson, Cave: 455
Johnson, Isaac: 146n
Johnston, Abraham R.: 286-287
Johnston, Joseph E.: 327, 347, 425-426, 436-437
Jones, Anson: 48, 54-57
Jones, H. Catesby: 262-263, 276
Jones, Roger: 84n, 104, 133n
Jornada del Muerto: 299
Journals (Barbour): 97n, 98n, 111n, 122n
Juárez, Benito Pablo: 464
Juvera, Julián: 243

Kearny, Philip: 408-409
Kearny, Stephen W.: 23, 27, 28, 303n, 408-409, 409n, 447, 460-461; antecedentes de: 265-266, 266n; y la batalla de San Patricio: 285-290, 290n; expedición de, a California: 253, 265-266, 270, 281-290, 290n, 294-295, 295n, 298, 360-362; y la controversia sobre la gubernatura en California: 294-296, 296n; fuerzas bajo el mando de: 265-266, 266n; avatares de, después de la guerra contra México: 463; ascenso de: 140-141, 149; en la recuperación de Los Ángeles: 290n, 290-295; expedición de, a California: 150, 150n, 253, 266-270, 281-282; muerte de: 409n
Kenly, John R.: 221n, 224n; en el avance a Monterrey: 170n, 170-172, 173, 173n; y la batalla de Monterrey: 182-183, 183n, 185n, 186n; comando de: 164n, 164-165, 165n
Kinney, H. L.: 66, 173
Klamath Superior, Lago: 273-275

La Angostura: 16, 17, 237, 238-239, 242, 243, 244, 245; ataque de Santa Anna en: 243-246; retirada norteamericana a: 237n, 237-239
La Atalaya: 343-344, 347, 350-352, 355
La Mesa, batalla de: 292-293
Lally, F. T.: 434-435, 445
Landero, J. J.: 334-335
Lane, James H.: 239-242, 246-247
Lane, Joseph: 239, 435-437
Larkin, Thomas O.: 77, 274, 296-297; y la expedición de Frémont a California: 272-274, 275-276, 276n; misión de, en Monterrey: 262-264, 264n; y la ocupación de Monterrey por parte de Sloat: 276n, 276-277; y la ocupación de Los Ángeles por parte de Stockton: 277-278
Lee, Robert E.: 189, 327, 332, 453; y el avance sobre la ciudad de México: 391-392, 392n, 398-399; y la batalla de Cerro Gordo: 349n, 349-351; y la batalla de Churubusco: 407-409; y la batalla de Padierna, 403-404; y las batallas de la ciudad de México: 415, 421
Leónidas, rey de Esparta: 239n
Letcher, R. P.: 135n, 136n, 137n
Letters of Zachary Taylor (Taylor): 146n, 153n
Lewis, Merriwether: 21
Lewis, Oscar: 273n, 274n, 275n,
Ley sobre los 10 regimientos (1847): 364, 364n
Life and Letters of George Gordon Meade, The (Meade): 69n, 73n, 86n, 98n, 99n, 100n, 102n, 158n, 172n, 177n, 202n, 327n

Life of John J. Crittenden, The (Crittenden): 130n, 133n, 136n, 137n, 203n, 213n, 217n, 224n, 226n, 230n, 233n
Life of Thomas Hart Benton, The (Meigs): 217n
Linares: 151, 159, 223
Lincoln, Abraham: 153n
lipanes: 315
Lobos, Isla de: desembarco realizado en la: 325
Lombardini, Manuel: 232n, 396; y la batalla de Buena Vista: 243, 245-249
Longoreno, planes de ataque en: 113-114
Longstreet, James: 426
Los Ángeles: 261, 281-282, 290, 290n; defensa de, a cargo de Flores: 280-281, 284-285, 291-294; entrega de Gillespie de: 279; ocupación de, por parte de Stockton: 277-278; recuperación de, por parte de Stockton: 279-281, 290n, 290-295; derrota norteamericana en: 279-285
Lowell, James Russell: 357n, 357-358
Luisiana, compra de: 460
Lundy's Lane, batalla de: 132

Llano, Manuel María del: 198n

Mackall: 176n, 179, 190
Mackintosh, Edward: 410-412
Madisonian: 49n
Magnificent Missourian (Smith): 215n, 216n, 217n
Magoffin, James: 268, 313-314
Magoffin, Susan: 313-314
Magruder, John: 400-402
Mansfield, Joseph K. F.: 112; y la batalla de Monterrey: 175-179, 184-186
Manual, Juan: 443, 444n
Marcy, William L.: 62, 62n, 64, 64n, 67n, 83n, 84n, 105n, 131, 142, 149n, 224-225, 230n, 324-325, 337n, 379, 411, 436n, 437, 437n, 444n, 446, 446n, 450n, 452n, 455; y la batalla de Cerro Gordo: 251n, 352n, 353n, 353-354; Kearny es enviado a Santa Fe por: 149-150, 150n, 253; y la tregua de Monterrey: 200-203, 212-214; en la confabulación contra Scott: 136-139; y el retiro de Scott: 451-453; toma Monterrey: 149n, 149-150, 150n; y la toma de Tampico: 211-212; y el sitio a Veracruz: 331n, 331-332; y el avance de Taylor por el Río Bravo: 83, 83n, 84n; quejas de Taylor a: 145-146, 146n; y la misión de Trist: 374n, 374-378, 378n, 382-383; y el desembarco en Veracruz: 215-219, 321, 321n, 322n; participa en los planes de guerra: 134-137, 137n, 149n, 149-150, 150n, 363
Marín: 167-168, 223; marcha norteamericana a través de: 170-171, 172
Marina de Estados Unidos: 323n, 323-324, 327
Marshall, Humphrey: 239, 244-245
Marshall, Thomas: 249n
Martin, Barclay: 105n
Martin, Thomas Salathiel: 271n
Martínez, arzobispo: 300-301, 305, 305n
Mason, James: 392, 392n, 398, 418
Mason, John Y.: 455
Mason, Richard B.: 296
Mason, William: 258n
Matamoros: 97n, 121, 126, 135-136, 142n, 144n, 172n, 228, 276, 394, 406-407; retiro de Arista de: 125-126, 143-144, 159; marcha de Taylor hacia: 86-93, 474; campamentos norteamericano y mexicano en: 90-93, 97n, 97-103, 111-14, 148, 158n, 167; ocupación norteamericana de, y su sostenimiento: 142-146, 146n, 158, 460
Maximiliano, emperador de México: 337n, 464
May, Charles: 125, 125n, 234; y la batalla de Buena Vista: 239-240, 246; misiones de reconocimiento conducidas por: 234-237
Mazatlán: 272-273, 276
McCall, George A.: 123
McClanahan, John: 306n
McClanahan, Nelson: 306n
McClellan, George: 354n, 355n
McCormac, Eugene: 52n, 452n, 455n, 456n, 457n
McCulloch, Ben: 147-149, 151-152, 239-240; en la exploración de Agua Nueva: 234-238; y la batalla de Monterrey: 179-180, 195-196; y las negociaciones de paz en Monterrey: 195-196, 202n
McDuffie, George: 95-96
McIntosh, J. S.: 122n, 382, 419-420

McKee, William R.: 239-242, 247-248
McLane, Louis: 54, 95-96
McNierney, Michael: 300n, 302n, 305n
Meade, George G.: 28, 68-69, 71-73, 102n, 126, 158n; y el avance sobre Monterrey: 172n; y la batalla de Monterrey: 177, 179n, 202; en marcha hacia Matamoros: 86n; y el desembarco en Veracruz: 327-328
Meigs, William M.: 217n
Mejía, Tomás: 159, 167; campamento de, en Matamoros: 90-93, 97-98, 113-114; y la marcha hacia Matamoros: 90-93
Memoir of a Tour to Northern Mexico (Wislizenus): 316n
Memoirs of a Maryland Volunteer (Kenly): 164n, 165n, 170n, 173n, 184n, 185n, 186n, 187n, 221n, 224n
Memoirs of Lieut-Gen Winfield Scott, The (Scott): 139n, 325n, 328n, 334n, 385n, 389n, 452n, 454n
Mervine, William: 276-277, 280, 284
Meseta: luchas en la: 246-248; ataque de Santa Anna en la: 243, 246-247; defensa norteamericana de la: 242, 244-247
Mexican War Diary of General George B. McClellan, The (McClellan): 354n, 355n
Mexican War, The (Bauer): 370n
Mexican War, The (Dufour): 392n, 394n, 411n, 414n, 457n
Mexican War, The (Nevin): 99n, 103n, 212n, 266n, 275n, 281n
mexicana, historiografía: 11
México: derechos de, sobre California y Nuevo México: 253-254, 254n; indemnización a Estados Unidos pagada por: 444n, 444-445, 446, 450-451; dominio español sobre: 39-41, 255, 469-472; ingreso de Taylor a: 90-93; territorio entregado por: 459-460; lazos entre California y: 359-363; fronteras de Estados Unidos negociadas con: 80-81; declaración de guerra de Estados Unidos contra: 106, 130-131, 253, 278; ocupación norteamericana de: 23-26, 134-135, 146-147, 207-208, 450-451; relaciones México-Estados Unidos después de la guerra, 464-465; debilidad de: 22-23
México, ciudad de: 160, 321; fragmentación política en la: 205-206; revolución en la: 340n, 340-342; defensa de Santa Anna de la: 341-343, 385-390, 393-398, 406-407; regreso de Santa Anna a la: 162n, 162-163, 204; avance de Scott sobre la: 337-338, 342-343, 384-390, 391-396, 398-399; ocupación de la, por parte de Scott: 431n, 432-433, 446-447, 450-452, 452n, 457; misión de Semmes a la: 376; apropiación de Estados Unidos de la: 23-24, 28-29, 220, 220n
México, ciudad de: batallas de la: 415-427, 439
México-Estados Unidos, guerra: 11-18 *passim;* diferencias de armamento en la: 26-28; costo de la: 459n, 459-460; evaluaciones de la: 19-21; opinión de la población norteamericana sobre la: 20-21, 23, 128-129, 157, 357n, 357-362; personajes participantes en la: 26-27
Michoacán: 205
Mier: 165
Mier, expedición a: 128-129
Military Policy of the United States, The (Upton): 67n, 129n, 130n, 147n, 325n, 385n, 459n
ministro de Guerra de México: 114
"Missouri Compromise": 49-50
Molino del Rey, batalla de: 417-421, 422n, 422-424, 426
"Monarchist Conspiracy and the Mexican War, The" (Soto): 94n
Monclova: 209, 221, 314
Monroe, Doctrina: 79
Monroe, James: 74
Monroe, John: 87, 111, 115
Montaña del Obispado: 168n, 172, 175, 180-181; ataque norteamericano sobre la: 189-190; ocupación norteamericana de la: 191-192
Montemorelos: 226-227
Monterey: 142n, 258-264; y la expedición de Frémont: 273-275; misión de Gillespie a: 273-274, 275n; captura de Jones de: 263, 276; misión de Larkin a: 262-264, 264n; ocupación de, por parte de Sloat: 276-277
Monterrey: 142n, 221n, 228-229; forti-

ficación de, realizada por Ampudia: 169-170, 183-184; arribo de Doniphan a: 316; características físicas de: 168; avance norteamericano sobre: 142, 149-151, 157-158, 162, 166-174, 359n; ocupación norteamericana de: 199-200, 203, 207-209, 220, 221n, 222-224, 225-228, 249-250, 315-316, 321
Monterrey: batalla de: 173-174, 175-194 *passim;* 195-203 *passim;* 207, 222n, 360, 420; estrategia de Ampudia en la: 183-184, 184n; estrategia de Taylor en la: 175n, 175-179, 185-189, 192n, 192-193; técnicas de lucha callejera de los texanos, utilizadas en la: 193-194, 195; negociaciones de una tregua en la: 195-203 *passim;* 204-205, 209, 213, 220n, 334, 334n
Montoyo, Pablo: 301n, 305
Moore, Benjamin D.: 286n, 286-287
Mora y Villamil, Ignacio: 411-412
Mora, J. M.: 162n
Mora, violencia de la gente en: 302
Morales, Juan: 332-335
Morelos y Pavón, José María: 40, 471
Moreno, Francisco R.: 196-197
Morgan, George W.: 249n, 400-402, 404
Mr. Polk's War (Schroeder): 358n, 364n
My Confession (Chamberlain): 113n, 209n, 210n, 236n, 237n, 238n

Nájera, Juan N.: 179
Napoleón I, emperador de Francia: 21, 38, 434, 440
navajos: 308
Nevin, David: 212n, 266n, 275n
Niles' National Register: 381n
norteamericana, historiografía: 11-12, 14
norteamericano, expansionismo: 11
North America Divided. The Mexican War, 1846-1848 (Connor): 11
North American: 433
Notes of a Military Reconnaissance (Emory): 268n, 283n, 284n, 286n, 287n, 288n, 289n, 290n, 291n, 292n, 293n, 298n
Notes on the Mexican War (Oswandel): 355n
Nueva Orleans, batalla de: 112
Nuevo León: 150, 165
Nuevo México: bajo el gobierno de Armijo: 256-257, 267-269; fundación de: 255; inquietud de los nativos en: 300-305, 305n; autoridad norteamericana establecida en: 269n, 269-270, 460; derechos de Estados Unidos sobre: 80-81, 94-95, 253-255

Oñate, Juan de: 255
Oregon: 215; tratado Estados Unidos-Gran Bretaña sobre: 106-107; migración norteamericana a: 253-254, 271; disputa entre Estados Unidos y Gran Bretaña por: 51-54, 67-68, 76, 79, 95-97
Original Journals of Henry Smith Turner, The (Turner): 267n, 269n, 295n
Orizaba, camino de: 337n, 337-338
Orizaba, huida de Santa Anna a: 367-368
Ortega, J. M.: 232, 232n, 247
Ortiz, Tomás: 300
Oswandel, J. Jacob: 354n
Other Side, The (Alcaraz): 97n, 98n, 101n, 102n, 114n, 119n, 121n, 122n, 180n, 187n, 190n, 190n, 197n, 198n, 200n, 204n, 206n, 232n, 233n, 238n, 242n, 341n, 343n, 353n, 356n, 393n, 405n, 410n, 411n, 412n, 414n, 423n
Owens, Samuel C.: 313n

Pacheco, Francisco: 232n, 232-233, 243n, 245-247
Pacheco, J. R.: 411
Packenham, lord: 54, 67, 107
Padierna: 399-401
Padierna/Contreras, batalla de: 396-406, 439-441
Page, John: 121
Palo Alto: 121-122, 147n, 148
Palo Alto, batalla de: 117-122, 135-138, 157, 313, 358-359; bajas en la: 119n, 119-122, 147n, 152-153
Papagayos: 170n
Paredes, Mariano: 36, 45, 87-88, 100-102; Arista utilizado como chivo expiatorio por: 159-160; golpe de: 82-83, 396; y la misión de Slidell: 94-97; caída de: 159-161
Parras: 224, 226, 306, 315-316, 460
Parrodi, Anastasio: 211-212
Parrot, William S.: 53; y el interés por California: 77; y la misión de Slidell:

78-80
Paso de los Pinos: 234-236
Paso del Embudo: 303
Patterson, Robert: 158, 211n, 211-213, 218, 224, 325n, 363n, 372, 436-437, 438, 444-445; y la batalla de Cerro Gordo: 347-348, 354n; en la persecución hacia Jalapa: 369-371; y el sitio a Veracruz: 329
Pattie, James: 281-282, 283n
Pattie, Sylvester: 255, 281-282, 283n
Pedregal: 394, 397-399, 403-404
Peel, sir Robert: 53-54
Pennsylvanian: 49n
Peña y Barragán, general: 341
Peña y Peña, Manuel de la: 80, 82, 82n, 433, 436; y las negociaciones con Trist: 447-451
Pérez, Francisco: 248n, 394-396
Perote: 337-338, 372, 374, 381
Perry, Matthew C.: 212, 335n, 376; y el sitio de Veracruz: 332-333
Personal Memoirs of U. S. Grant (Grant): 19n, 192n, 349n, 404n
Peyton, Bailly: 203n
Picayune de Nueva Orleans: 104n, 410n, 441n
Pickett, George: 425-426
Pico de las Truchas: 268
Pico de Pike: 268
Pico, Andrés: 281; y la batalla de San Pascual: 285-289, 289n; defiende Los Ángeles: 293-294, 294n
Pico, Jesús: 294
Pico, Pío: 261, 278, 279, 281
Pierce, Franklin: 381, 384n, 388-389, 404, 404n, 412, 421-422, 434, 444-445, 462n; y la batalla de Churubusco: 407; y las batallas de la ciudad de México: 422-426
Pike, Zebulon: 255
Pillow, Gideon J.: 28, 156-157, 157n, 334n, 413n; en avance hacia la ciudad de México: 306n, 306-307, 389n, 391n, 392n, 392-393n; arribo de, a Puebla: 381, 381n; y la batalla de Cerro Gordo: 347-348, 351-355, 355n; y la batalla de Padierna/Contreras: 399-402, 405-406, 439n, 439-441; y las batallas de la ciudad de México: 417-418, 422-426, 439n, 439-440; avatares de, después de la guerra contra México: 462-463; conflicto de Scott contra: 438-443, 452-453; y la misión de Trist: 374-375, 383-384, 384n, 454-455
Plan del Río: 346
Pletcher, David: 12
Poinsett, Joel: 80, 80n, 271, 473
Point Isabel: 85, 90, 121, 145, 148, 435; reunión Conner-Taylor en: 142-143; marcha de Taylor hacia: 111-117, 142
Polk, James K.: 9, 15, 27-28, 99-100, 104n, 146, 233, 340-341, 363n, 379, 443-444, 462-463; y la anexión de Texas: 47-57 *passim*, 62, 64-65; misión de paz de Atocha con: 94n, 94-97; y la tregua de la batalla de Monterrey: 201n, 201-203; diferencias de Buchanan con: 75-77, 96-97, 104; y la controversia sobre la gubernatura en: 294-296; y el interés por California: 51-52, 77-78; y el desembarco en Corpus Christi: 67n, 67-68, 72-73; críticas a: 358, 360-362, 447, 447n; dedicación de: 75; y el financiamiento a la guerra contra México: 359-364, 364n; discurso de toma de posesión de: 50-52, 53; y la expedición de Kearny: 253, 265, 270, 295, 295n, 361-362; y la misión de Larkin en Monterey: 263n; apoyo de, a la ley de nombramientos militares: 136, 140-141, 324-325, 325n, 363-364; en la controversia en torno a Oregon: 50-54, 67-68, 76, 78-79, 82-83, 95-97, 106n, 106-107; y Pillow: 155-156; campaña presidencial de: 33-34, 53, 55-56, 156; objetivos presidenciales de: 51-53, 74; y la prosecución de la guerra: 23-25, 130-131, 133-136, 150, 156-157, 208-209, 214-219, 220, 253, 336, 461; reputación de: 29-30; y Scott: 29-30, 131, 133n, 133-139, 139n, 141, 149, 218-219, 224-225, 321-323, 324-325, 325n, 363-364; y la toma de Tampico: 211; y la misión de Slidell: 79-80, 83, 95-97, 104-105; mensajes de, sobre el estado de la Unión: 78-79, 82-83, 214-215, 361-362; Taylor como amenaza política para: 213-214, 218; Taylor es enviado al Río Bravo por: 83, 84n, 84-85, 94-95; Taylor es ascendido por: 136,

139-140; y el Tratado de Guadalupe Hidalgo: 454-457; y la misión de Trist: 364-366, 374-376, 446-449, 454-455; y el desembarco en Veracruz: 214-219, 220n, 321-323, 360-361; War Bill (Declaración de Guerra), firmada por: 130-131, 357; mensaje de guerra de: 103-107, 129
Polk, Sarah: 74, 74n
Ponce de León, coronel: 299
Portales: 407
Porter, David: 102, 102n
Post de Nueva York: 292n, 293n, 298n
Post de Pittsburgh: 441
Pozo de Todos los Santos: 159
Presidio del Río Bravo: 209
Price, Sterling: 265, 298-300; rebelión de neomexicanos, sofocada por: 302-305, 305n
Puebla: 337-338; arribo de refuerzos a: 381; sitio de Santa Anna a: 433-436; salida de Scott de: 388-389; movimiento de Scott hacia: 372-374, 376-377; ocupación norteamericana de: 379-381, 391; movimiento de Worth hacia: 372-373
Puente de La Purísima: 183, 188, 188n, 190
Puente Nacional: 342, 346, 434, 436-437
Pulvidera, ataque apache en: 298, 298n
Puntiaguda: 165

Quijano, Benito: 412
Quitman, John A.: 156, 224, 226, 338, 338n, 380-382, 406, 412, 432; avanza hacia la ciudad de México: 384, 384n, 389n, 392, 399; y la batalla de Monterrey: 187, 187n, 191-192; y las batallas de la ciudad de México: 417, 422-427, 439; y la marcha hacia Victoria: 224, 226-228; y la misión de Trist: 383-384

R. E. Lee (Freeman): 349n, 398n, 404n, 420n
Ramón (barquero): 127
Rancho Hedionda: 235-236
Ransom, T. B.: 404, 425
Raton Pass: 266-267, 268
Rea, J.: 434n
Recuerdo de la invasión norteamericana (Roa Bárcena): 12
regionalismo: 359
Reichstein, Andreas: 14
Reid, Samuel: 144n, 180n, 181n, 195, 202, 316, 316n
Rejón, Crescencio Manuel: 48, 52-53, 162n
Remini, Robert V.: 45n
Republic of the Rio Grande and Friend of the People: 144-145, 145n
República de la Bandera del Oso: 275-277
Republican de San Luis: 104n
Requena, general: 198n
Resaca de la Palma: 148-149; retirada de Arista hacia: 121-123; retirada mexicana de: 126-127, 151
Resaca de la Palma, batalla de: 122-127, 136-138, 142-143, 157, 169, 234, 358-359; bajas en la: 126-127, 147n, 152
Reynolds, John G.: 425
Richey, John Alexander: 228-231
Ridgeley, Randolph: 68, 118n, 118-119; y la batalla de Monterrey: 188, 192; y la batalla de Resaca de la Palma: 122n, 123-125; muerte de: 207
Riley, Bennet: 350, 356, 384n, 422; y la batalla de Padierna/Contreras: 399n, 399-404
Riley, John: 99
Rincón, Manuel: 160, 394, 436
Ringgold, Samuel: 68, 123, 474n; en la batalla de Palo Alto: 118n, 118-121
Río Antigua: 346
Río Bravo: 106n, 140-141; bloqueo de Conner del: 101-102, 103-104, 134; uso logístico del: 142-143, 143n, 151-152, 153-155; brote de hostilidades a lo largo del: 103-106, 111; partida de Scott hacia el: 135-138, 224-229; cruce de Taylor del: 143-144, 149-150; avance norteamericano hacia la margen oriental del: 83, 84-95, 113-114, 128, 130; posiciones mexicana y norteamericana en el: 90-94, 97-103, 135-139, 142
Río del Plan: 343, 346, 353, 356, 367
Ripley, R. S.: 198n, 204n, 211n, 212n, 228n, 232n, 238n, 246n, 334n, 381n, 382n, 397n
Rippy, Fred J.: 11-12
Ritchie, Thomas: 104-105, 140
Rives, George L.: 11

Roa Bárcena, José María: 12
Robles, coronel: 334n
Romero, Tomás: 301, 305
Sacramento, batalla de: 310-313
Sacramento, Valle de: 262, 272, 276
Salas, José Mariano: 162, 204-206
Saltillo: 207, 220; marcha de Doniphan hacia: 314-317; marcha de Santa Anna sobre: 231-232, 236-237; marcha de Taylor sobre: 221-223; captura de Taylor de: 150, 226; guarnición norteamericana en: 224, 226, 229-231, 237n, 245-246, 246n, 248, 307, 363, 379
Saltillo, camino de: ocupación del, por parte de Worth: 179-181
Saltillo-San Luis Potosí, camino: defensa norteamericana en el: 240-242
Salvedad Wilmot (Wilmot Provise): 360
San Agustín: avance de Scott hacia: 392-396; base norteamericana en: 394-396, 397-399, 403-404, 406, 410
San Ángel: 394, 396-397, 402, 403n, 404-406
San Antonio (ciudad de México): defensa mexicana en: 394, 398-399, 420-422
San Diego: 277; arribo de Kearny a: 289-290; expedición de Kearny a: 284-285, 289-290
San Gabriel, batalla de: 292-293
San Jacinto, batalla de: 22, 44
San Jerónimo: 399n, 399-400, 403n, 404-405
San Juan: 306
San Juan Capistrano, misión de: 289n
San Juan de Ulúa, castillo de: 14, 321-322, 326, 327, 333-335, 335n
San Luis Potosí: 220; base mexicana en: 204-207, 211, 221-223, 228-232, 242-243, 338-340, 386, 396, 460
San Luis Rey, misión de: 291, 294
San Mateo, convento de: defensa mexicana en el: 406-407
San Pascual, batalla de: 285-290; bajas en la: 286-287, 289n, 293-294
Santa Anna, Antonio López de: 17-18, 21-22, 37n, 38-46 *passim*, 52-53, 103, 134, 167, 235, 307, 340n, 471-472; ejércitos reconstituidos por: 369; y la misión de Atocha en Estados Unidos: 94-95; antecedentes de: 38-40; y la batalla de Buena Vista: 238n, 238-247, 249-250, 309-310; y la batalla de Cerro Gordo: 342-348, 350-351, 356, 396; y la batalla de Churubusco: 409; y la batalla de Padierna/Contreras: 400-406; y las batallas de la ciudad de México: 418-419, 420-425, 427; carrera de: 38-39; golpe protagonizado por: 45; dictadura de: 42n, 42-43; problemas políticos internos de: 34-37, 44-45; huida de, a Orizaba: 367-368; guerra de guerrillas de: 434-436; encarcelamiento y exilio de: 37; herencia de: 46; magnetismo de: 161-162, 162n; marcha de, hacia Saltillo: 231-233, 236-237; y la independencia mexicana: 40-42; y la defensa de la ciudad de México: 341n, 341-343, 385n, 385-390, 393-398, 406-407; éxitos militares de: 41-42, 46; deficiencias morales de: 38-39; y la revuelta en la ciudad de México: 340-341, 341n; personalidad de: 27-28; avatares de, después de la guerra contra México: 464; regreso a México de: 160-163, 169-170, 204; aborrecimiento de la Iglesia católica romana hacia: 372-373, 380; base de, en San Luis Potosí: 204-207, 211, 221-223, 228-233, 338-340, 460; y la ocupación de la ciudad de México por parte de Scott: 431n, 431-434, 434n; tregua de Scott con: 410n, 410-415, 446; correspondencia entre Scott y Taylor, interceptada por: 228-231; engrandecimiento personal de: 45-46, 231; y el avance de Taylor sobre Monterrey: 162n, 162-163; y la marcha de Taylor sobre Victoria: 226; y la independencia de Texas: 39-40, 42-46; y la misión de Trist: 382-385, 414; y la captura norteamericana de Tampico: 210-212; y el desembarco norteamericano en Veracruz: 231, 342-343; y la relación de Valencia con: 45, 396-397, 397n, 402-403, 403n; pierna de palo de: 37, 370; pierna amputada de: 45-46
Santa Anna, Inés de: 34-36
Santa Anna, María de: 36
Santa Anna, the Story of an Enigma Who

Was Once Mexico (Calcott): 161n, 162n, 205n, 206n, 341n, 342n
Santa Catarina, Río: 168, 181, 222
Santa Catarina, Valle de: 195
Santa Fe: 255-256, 281-282, 298-300, 300n, 301, 307, 309; expedición de Kearny a: 150, 253, 266-270; descripción física de: 256; derechos de Texas sobre: 257-258; ocupación norteamericana de: 299-300, 302-303, 360
Santa Fe Trail: 255-257; y la expedición de Kearny: 266-267, 268n, 281-282
Santa Isabel, ranchería de: 285
Santa María, rancho: 285
Santa Rita del Cobre, mineral de: 283, 283n
Scott, teniente coronel: 420
Scott, Walter: 411
Scott, Winfield: 12, 15, 17, 24-28, 64-65, 84n, 85, 214, 225n, 226n, 227n, 228n, 229n, 230n, 240n, 337n, 363n, 461-462; avance de, sobre la ciudad de México: 337-340, 342-343, 384-390, 391-396, 398-399, 399n; y la batalla de Cerro Gordo: 343-344, 348-356, 368-371; y la batalla de Churubusco: 407-409, 409n; y la batalla de Monterrey: 193-194, 200-201, 201n; y la batalla de Padierna/Contreras: 399n, 399-406; y las batallas de la ciudad de México: 414n, 414-417, 418n, 418-425, 427; orden de llevar un ejército al Río Bravo dada a: 134-138, 139n, 139-140; conflictos entre Taylor y: 226n, 226-230, 230n, 233; y el desembarco en Corpus Christi: 67, 67n, 71-73; ejército de, diezmado: 370n, 370-372, 372n, 374-376; partida de, hacia el Río Bravo: 135-137, 224-229; dictadura de México, ofrecida a: 453-454, 454n; orden general núm. 20 de: 336, 380; orden general núm. 111 de: 351; orden general núm. 135 de: 371-372; orden general núm. 284 de: 432; orden general núm. 349 de: 442; orden general núm. 395 de: 444; Jalapa ocupada por: 372-374; conjura de Marcy y Benton contra: 136-139, 139n; ciudad de México ocupada por: 431n, 431-445, 446n, 446-447, 450-452, 457; competencia militar de: 28-29, 131-133; estrategia militar de: 321-322, 322n, 328n, 328-331, 351-352; movimiento de, hacia Puebla: 372-375, 376-377; conflicto de Pillow con: 437-443, 452-453; Polk y: 29-30, 131n, 131-132, 133n, 133-139, 139n, 141, 149, 218-219, 224-225, 321-323, 325n, 452-453; avatares de, después de la guerra contra México: 462n, 462-463; ambiciones presidenciales de: 131-134, 462; y la ocupación de Puebla: 379-381; relaciones entre Trist y: 374-378, 379, 381n, 381-383; es relevado: 451-454; cortejo de Scott a la: 336-337, 372-373; armisticio de Santa Anna con: 410n, 410-415, 446; Monterrey en poder de: 149-150; y el sitio a Veracruz: 328n, 328-334, 334n; rendición de Veracruz a: 334-335, 335n, 336, 364-365; falta de tacto de: 132-133; y la misión de Trist: 364-366, 374-378, 381n, 382-384, 411n, 411-412, 413-414, 448-452, 452n; y el desembarco en Veracruz: 215-219, 220n, 220-221, 230-231, 321n, 321-328, 328n, 338n, 338-340, 341-342; Veracruz, ocupado por: 336n, 336-340, 341-343, 379-380; y el movimiento de Worth hacia Puebla: 372n, 372-374
Scouting Expeditions of McCullough's Texas Rangers, The (Reid): 144n, 148n, 151n, 177n, 179n, 180n, 181n, 182n, 195n
Schroeder, John H.: 357n, 364n
Sedgwick, John: 68, 122n
semínolas, guerra contra los: 61-62, 132
Semmes, Raphael: 332n, 333n, 376
Senado de Estados Unidos: 47, 72, 456-457; Comité de Asuntos Exteriores del: 50, 76, 456-457; Comité de Asuntos Militares del: 133; y la controversia en torno a Oregon: 95-97, 106-107, 253; y el Tratado de Guadalupe Hidalgo: 454n, 454-457, 459-460; *véase también* Congreso de Estados Unidos
Senado de México: 457
Sentmanat, Francisco: 100, 129
Service Afloat and Ashore during the Mexican War (Semmes): 263n, 331n,

332n, 333n, 354n
Severir, Ambrose: 457
Seymour, sir John: 276
Shannon, Wilson: 48, 52-53
Sherman, Sydney: 56
Sherman, Thomas W.: 240-242, 248
Shields, James: 156, 223, 384n, 404, 404n; y la batalla de Cerro Gordo: 350-351, 355n, 355-356, 369; y la batalla de Churubusco: 407-408; y la misión de Trist: 383-384
Shubrick, Branford: 295-296, 296n, 436, 436n
Siete Leyes: 43
Sketches of the Campaign in Northern México (Giddings): 152n, 153n, 154n, 165n, 166, 170n, 172n, 173n, 174n, 184n, 186n, 187n, 196n, 202n
Slidell, John: 106; misión en México de: 78-83, 83n, 95-97, 104-105, 128, 272, 459-460
Sloat, John D.: 77, 77n; y la misión de Gillespie en Monterrey: 272-273; ocupación de Monterrey por parte de: 276-277; puertos de la Alta California capturados por: 150
Smith, C. F.: 89-90, 90n, 352; y la batalla de Monterrey: 176n, 181-182, 189n,
Smith, Elbert: 215, 216n, 217n
Smith, Ephraim Kirby: 68, 70n, 70-71, 98n, 207n, 370-371, 413n, 413-414, 414n, 417n, 418n, 420; en marcha hacia Matamoros: 88, 88n; y el campamento en Matamoros: 100, 100n
Smith, Justin: 12, 13, 19n, 19-20, 48n, 52n, 54n, 157n, 158n, 160n, 167n, 169n, 180n, 181n, 183n, 184n, 185n, 209n, 212n, 213n, 224n, 226n, 232n, 237n, 240n, 245n, 246n, 247n, 248n, 249n, 256n, 257n, 258n, 259n, 261n, 266n, 267n, 269n, 276n, 277n, 281n, 292n, 293n, 294n, 296n, 299n, 308n, 309n, 325n, 326n, 329n, 341n, 344n, 346n, 350n, 351n, 352n, 356n, 361n, 363n, 373n, 375n, 377n, 393n, 396n, 399n, 401n, 402n, 403n, 420n, 422n, 424n, 425n, 426n, 431n, 432n, 434n, 448n, 450n, 451n, 453n, 459n
Smith, mayor John: 421n
Smith, Persifor F.: 350, 377, 380-382, 384n, 412, 422, 425, 444-445, 451; y la batalla de Monterrey: 176n, 176-177, 181; y la batalla de Padierna/Contreras: 401-406; y las negociaciones de paz de Monterrey: 199
Socorro: 282
Sonoma: 259; se declara república independiente: 275-276
Soto, Juan: 434
Soto, Miguel: 94n
St. Vrain, Ceran: 303n, 304
Staniford, Thomas: 176n, 176-177
Steele, Matthew: 67n, 337n
Steen, Enoch: 239
Stevens, I. I.: 420
Stewart, teniente: 170n
Stockton, Robert F.: 27, 28, 360-362; y la anexión de Texas: 55-57; y la controversia por la gubernatura de California: 294-296, 296n; y la expedición de Kearny a California: 285, 287-290, 290n; Los Ángeles, ocupado por: 277-278; en la recuperación de Los Ángeles: 279-281, 290n, 290-295
Strout, Jake: 210
Sturgis, Samuel D.: 235, 235n
Sullivan, John: 77n
Sumner, E. V.: 417-419
Sun de Baltimore: 364
Sun de Nueva York: 340-341, 454n
Suprema Corte de Estados Unidos: 75–76
Suprema Corte de Justicia de México: 433
Sutter, John A.: 262-264, 273-276, 297
Sutter's Fort: 262, 272-275, 284
Sutter's Fort (Lewis): 262n, 273n, 275n

Tamaulipas: 210
Tampico: 205, 309, 323, 337n; ejército de Scott emplazado en: 325; historia de: 211; ocupación norteamericana de: 223, 227-228; captura norteamericana de: 208, 210-212, 220, 223
Taos: 300n, 300-305, 305n; marcha de Price hacia: 302-304; violencia de rebeldes en: 301-305, 305n
Taos 1847 (McNierny): 300n, 302n, 305n
Taylor, Zachary: 15, 16, 17, 19-22, 27, 61-73 *passim*, 128-129, 133n, 153, 234, 265n, 357, 363n, 379, 435, 461; avance de, a Monterrey: 142, 150n, 150-152, 152n, 157n, 157-158, 158n,

162, 167-174, 359n; avance de, hacia el Río Bravo: 83, 84-95, 128, 130; ultimátum de Ampudia a: 101n, 101-102, 103-104, 160; y la anexión de Texas: 62-66, 69-70; en Agua Nueva: 236-237; antecedentes de: 61n, 61-62; y la batalla de Buena Vista: 237n, 237-250; y la batalla de Cerro Gordo: 371; y la batalla de Monterrey: 174, 175-189, 190-194, 360, 420; y la batalla de Palo Alto: 117-122, 122n, 136-137, 358-359; y la batalla de Resaca de la Palma: 123-127, 135-137, 358-359; y el campamento en Camargo: 151-152, 154-156, 165, 167-168; y el campamento en Cerralvo: 165, 167; conflictos entre Scott y: 226n, 226-229, 233; y el desembarco en Corpus Christi: 65-73, 74, 135-136, 474; ordena a Doniphan dirigirse a Saltillo: 314-317; y la llegada de Doniphan a Monterrey: 315-317; y Fort Texas: 111, 113-114, 116-117, 126-127; y la marcha contra Saltillo: 222-223, 225, 229-230; y la marcha hacia Point Isabel: 111-117, 142; y la marcha a Victoria: 223-224, 226-227; y el campamento de Matamoros: 97-101, 103, 111, 135-136, 142-145, 460-461, 473-474; errores militares de: 188-189; competencia militar de: 28-29, 61n, 61-62; estrategia militar de: 175n, 175-179, 186-189, 191-192, 220n, 220-224, 224n, 229-231; éxitos militares de: 20-21, 23, 25-26, 135-140, 149, 157-158, 213-214, 214n, 225, 358-359; y la ocupación de Monterrey: 199-200, 203, 207, 223-224, 229-230, 249-250, 315-316, 321; y la tregua en Monterrey: 196-198, 198n, 200-203, 209, 213, 213n, 220n; y el inicio de las hostilidades: 102n, 103-104, 111; popularidad de: 139-140; avatares de, después de la guerra contra México: 462; ambiciones presidenciales de: 133, 213-214; ascensos de: 136-137, 139-141; crítica pública contra: 359; y la marcha de Santa Anna sobre Saltillo: 231-232, 236-237; preparativos militares de Santa Anna contra: 204-207, 307; y el regreso de Santa Anna a México: 169-170; y la salida de Scott hacia el Río Bravo: 224-229; y el plan de Scott de remplazar a: 135-136; y la captura de Tampico: 211-212, 220; y la ocupación de Tampico: 223; y el desembarco en Veracruz: 216-218, 321-323; voluntarios bajo el mando de: 145-148, 156, 242; y la expedición de Wool: 208-210, 221, 221n; evaluación de Worth por: 149

Temple, William G.: 323n

Tenería: 169-170, 184, 184n; ataques norteamericanos contra la: 184-188; ocupación norteamericana de la: 187-188, 192, 196-199

Termópilas, batalla de las: 239n

Texas, independencia de: 21-22, 42-46, 147; actitud de Santa Anna hacia: 39-40; y la dictadura de Santa Anna: 42-44, 44n; defensa de, a cargo de Taylor: 84, 87; territorio reclamado por: 254, 256-257; anexión de, por parte de Estados Unidos: 22, 34, 37, 47-57 *passim*, 62-66, 69-70, 80-81; voluntarios de, para el ejército de Taylor: 147-148, 151, 157, 172-174, 176-182, 189n, 191-192, 195, 202

"Texas Must Be Ours" (Remini): 45n

Texas Rangers in the Mexican War, The (Webb): 117n

Texas, independencia de: 13-14, 18

Texcoco, Lago de: 387-388, 389-390

Thayer, Sylvanus: 68

The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon and the Mexican War (Pletcher): 12

The Making of the Lone Star (Reichstein): 14

The United States and Mexico (Rippy): 11-12

The U. S. and Mexico, 1821-1848 (Rives): 11

The War with Mexico (Smith): 12

Thirty Years' View (Benton): 215n, 274n

Thompson, Waddy: 52n

Thoreau, Henry David: 357-358

Thornton, Edward: 381-382, 410, 448-449

Thornton, Seth: 103, 111, 111n, 128-129, 276, 394

Three Years in California (Colton): 261n, 262n, 263n, 277n

Tilghman, Lloyd: 117
To Mexico with Scott (Smith): 100n, 112n, 417n
Torrejón, Anastasio: 103, 114, 188n, 400; en la batalla de Palo Alto: 119; y el avance de Taylor sobre Monterrey: 167-168, 172-173
Totten, J. G.: 331n
Tower, Zealous B.: 347, 347n, 354, 354n, 420-421
Trías, Ángel: 309
Trist, Nicholas P.: 444-445, 464; arribo de, a Jalapa: 376-378; misión de, para negociar la paz: 365-366, 374-378, 381n, 381-385, 411-412, 414, 446-452, 452n, 454-455, 455n; destitución de, ordenada por Polk: 446-449; relaciones entre Scott y: 374-378, 379, 381n, 381-383; y el Tratado de Guadalupe Hidalgo: 451-452, 454n, 454-457
Tula: 226-227
Turley, Simeon: 302
Turnbull, William: 391n, 391-392
Turner, Henry S.: 267n, 269n, 283n, 284n, 290n, 295n
Twiggs, David E.: 28, 66-67, 68, 72, 99, 157, 164, 224, 224n, 227-228, 325n, 380, 444; avance de, por el camino real: 344n, 344-347, 350n, 350-351, 355; avanza hacia la ciudad de México: 338, 388-389, 389n, 391-393, 399-400; avanza hacia Monterrey: 170-172; y la batalla de Cerro Gordo: 346-353, 355, 368-369; y la batalla de Churubusco: 407-408; y la batalla de Monterrey: 176, 185; y la batalla de Padierna/Contreras: 401-405; y las batallas de la ciudad de México: 417, 422, 424-425; en marcha hacia Matamoros: 86-87, 90-92; ascenso de: 140-141, 149; y el sitio de Veracruz: 329-331
Twiggs, Levi: 425n
Two Wars (French): 118n
Two Years Before the Mast (Dana): 258
Tyler, John: 55-56, 74-75; y la anexión de Texas: 47-51, 52, 55, 62

Union de Washington: 104-105, 140, 441
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM): 94n
Upshur, Abel P.: 55-56
Upton, Emory: 67n, 129n, 130n, 147n, 325n, 385n, 459n
Urrea, José: 44n

Valencia, Gabriel: 27, 45; y la batalla de Padierna/Contreras: 400-405; en la defensa de la ciudad de México: 386, 393n, 393-394, 396-399; relación de Santa Anna con: 396-397, 402-403
Valverde: viaje de Doniphan a: 298-299, 308
Valle de San Juan: 172
Vallejo, Mariano Guadalupe: 263-264, 274-275, 296-297
Van Buren, Martin: 80n, 81, 81n
Vázquez, general: 353
Velasco, "tratado" de: 21-22, 45
Veracruz: 45, 231; y lo intransitable del camino de: 372-374, 377-378; desembarco de Santa Anna en: 160-163, 169, 204; Scott no puede mantener comunicación con: 374-375, 385, 461; ocupación de Scott de: 336-340, 342-343, 379-380; sitio de: 328-334, 334n; rendición de: 333-335, 336, 342-343, 346-347, 364-365; desembarco norteamericano en: 24-25, 28-29, 214-219, 220, 220n, 231, 321-328, 328n, 338, 341, 360-361
Victoria: 223, 226-228
Victoria, Guadalupe: 471-472
Villa, Pancho: 465
Villagrán: 228
Villanueva, coronel: 334n

Waite, mayor: 420
Walker, Joseph: 271
Walker, Robert: 50, 455
Walker, Sam: 116-117, 147, 453-456
Walnut Springs: base de Taylor en: 174, 175-179, 180-182, 183, 188, 191-192, 196-198; defensa norteamericana de: 183
War Bill (Declaración de Guerra) (1846): 130-132, 357-358, 371
War with Mexico, The (Ripley): 197n, 221n, 232n, 238n, 334n, 382n, 397n
War with Mexico, The (Smith): 52n, 157n, 158n, 169n, 180n, 184n, 185n, 187n, 209n, 222n, 224n, 246n, 247n, 248n, 249n, 258n, 259n, 267n, 296n, 309n, 325n, 351n, 352n, 377n, 381n, 402n, 403n, 420n, 422n, 432n, 448n

Warner's Ranch: 284-285
Washington, John M.: 209n, 474n; y la batalla de Buena Vista: 239-240, 245-246, 248-249
Waterloo, batalla de: 239n, 250
Watson, William H.: 146, 224n; y la batalla de Monterrey: 183, 186-187; muerte de: 183, 187n, 193
Webb, Walter Prescott: 117n, 147
Webster, Daniel: 358, 455-456
Weigart, sargento: 116
Weightman, Richard H.: 308, 312-313
Wellington: Arthur Wellesley, duque de: 29, 374
White Oak Swamp, batalla de: 189
White, Hugh: 360
Wickliffe, Charles A.: 55n
Wilcox, Cadmus: 102n, 246n
Wilmot, David: 360
Williams, William G.: 176, 186
Winfield Scott (Elliott): 383n, 385n
Wislizenus, Adolph: 316n
With Beauregard in Mexico (Beauregard): 348n
Withers, jefe de brigada: 445
Woll, Adrian: 46
Wood, Robert C.: 146n, 154n
Woods, George: 191-192
Woodson, teniente: 210
Wool, John E.: 23, 133n, 223, 226, 245-246, 247, 265n, 322, 325n, 460-461, 474n; guarnición de, en Agua Nueva: 230; y la batalla de Buena Vista: 237-244, 246, 250; y la expedición de Doniphan a Chihuahua: 307; y la marcha de Doniphan a Buena Vista: 306, 316-317; y la ocupación de Chihuahua, por parte de Doniphan: 314-316; expedición de, a través del Río Bravo: 149-150, 207-210; en marcha hacia la ciudad de México: 149-150
Worth, William Jenkins: 28, 69, 72, 87, 99-100, 170, 325n, 401, 406, 418n, 431, 442-443; avanza hacia la ciudad de México: 338-340, 389n, 392, 394, 398-400; y la batalla de Cerro Gordo: 350-353; y la batalla de Monterrey: 175-182, 188-193, 203; y las batallas de la ciudad de México: 417-427, 439, 442; y el campamento de Camargo: 151-152, 154-155, 157; en marcha a Matamoros: 87, 88-93, 148; en marcha contra Saltillo: 221-224; y la ocupación de Monterrey: 199-200; y las negociaciones de paz en Monterrey: 196-198, 198n; movimiento de, hacia Puebla: 372-374; avatares de, después de la guerra contra México: 462-463; y la ocupación de Puebla: 379-381; guarnición de, en Saltillo: 226, 230, 363; conflictos de Scott con: 338, 379-380, 442n, 442-443, 452-453; y el sitio de Veracruz: 328-329, 333-334, 334n; evaluación de, por Taylor: 149; y el desembarco en Veracruz: 325n, 328
Worth, Winfield Scott: 338
Wright, George: 417n, 418
Wyncoop, coronel: 354-355, 445

Xochimilco, Lago de: 387, 389-390, 394

Year of Decisión, The (DeVoto): 20n, 137n, 253n, 254n, 259n, 263n, 266n, 289n, 296n, 307n, 463n, 464n
Yell, Archibald: 55n, 209n, 238; y la batalla de Buena Vista: 239, 245

Zacatecas: 205
Zacatépetl, cerro: 398-399, 400, 403-404
Zorrilla, Luis: 11

ÍNDICE GENERAL

Prólogo a la edición en español, Josefina Zoraida Vázquez . . . 11
Introducción 19

ANTECEDENTES

I. *Preludio* 33
II. *La era de Santa Anna* 38
III. *¡Anexión!* 47

EL ENFRENTAMIENTO

IV. *El Viejo Zack* 61
V. *Misión de "paz"* 74
VI. *Sangre norteamericana en suelo norteamericano* 84

LA GUERRA DE ZACHARY TAYLOR

VII. *¡Qué bueno que no me fui con ellos!* 111
VIII. *"Un plato de sopa a toda prisa"* 128
IX. *Preparativos* 142
X. *Regreso del Soldado del Pueblo* 159
XI. *Monterrey I: Vías de acceso* 164
XII. *Monterrey II: "Tres gloriosos días"* 175
20 de septiembre de 1846 176
21 de septiembre de 1846 179
22 de septiembre de 1846 189
Miércoles 23 de septiembre de 1846. 191
XIII. *Monterrey III: La tregua* 195
XIV. *Segundo intento*. 204
Operaciones a cargo del general Wool: agosto-noviembre de 1846 . . . . .

.....208
Conner en Tampico 210
XV. *Buena Vista I: "Enorme ansiedad"* 220
XVI. *Buena Vista II: "Al borde del desastre"* 234
23 de febrero de 1847 244
Atardecer del martes 23 de febrero de 1847 248
24 de febrero de 1847 249

La guerra en el Oeste

XVII. *"Pera madura a punto de caer"* 253
XVIII. *Ocupación del Oeste* 265
XIX. *Caos en California* 279
Batalla de San Pascual 285
XX. *Terror en Taos* 298
XXI. *El Jenofonte de Misuri* 306
La batalla de Sacramento. 28 de febrero de 1847 ... 310

La guerra de Winfield Scott

XXII. *El sitio de Veracruz* 321
XXIII. *Cerro Gordo* 336
XXIV. *"La guerra de Mr. Polk"* 357
XXV. *"Solicito mi retiro"* 367
XXVI. *¡Espléndida ciudad!* 379
XXVII. *Viernes sangriento* 391
Padierna/Contreras 396
Churubusco 407
XXVIII. *Los palacios de Moctezuma* 410
Molino del Rey 417
Chapultepec 422

La guerra de Nicholas Trist

XXIX. *La ocupación* 431
XXX. *La paz* 446

Epílogo 459

APÉNDICES

Apéndice I 469
Apéndice II 473

Cronología 475

Bibliografía 479
Libros 479
Revistas y periódicos 488

Agradecimientos 491
Bibliotecarios y otras personas con quienes estoy en deuda 492
Amigos que me dieron apoyo y aliento 493

Índice analítico 495